La batalla de , el Armagedón

ESTUDIOS
EN LAS
ESCRITURAS

«El camino de los justos es como la luz resplandeciente, que brilla cada vez más hasta el día perfecto».

SERIE IV
La batalla de , el Armagedón

«Y el sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y sus aguas se
se secaron, para que se preparara el camino de los reyes del Oriente. Y vi tres espíritus inmundos… espíritus de demonios, que hacían prodigios, y salían hacia los reyes de la tierra y de todo el mundo, para reunirlos para la batalla de aquel gran día de Dios Todopoderoso.
...Y los reunió en un lugar llamado en lengua hebrea el Armagedón». Apocalipsis 16:12-16

[Publicado originalmente en 1897]

Al Rey de reyes y Señor de señores

EN INTERÉS DE

SUS «SANTOS» CONSAGRADOS,

QUE ESPERAN LA ADOPCIÓN, –

Y DE–

«TODOS LOS QUE EN CADA LUGAR INVOCAN AL SEÑOR»,

«LA FAMILIA DE LA FE», –Y DE–

LA CREACIÓN QUE GIME, EN TRABAJO DE PARTO Y ESPERANDO LA

MANIFESTACIÓN DE LOS HIJOS DE DIOS,

A ESTOS ESTÁ DEDICADA ESTA OBRA.

«Para que todos vean cuál es la comunión del misterio que desde el principio del mundo ha estado oculto en Dios».
«En el cual nos ha colmado de toda sabiduría y prudencia, habiéndonos dado a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se propuso en sí mismo, para que, en la dispensación de la plenitud de los tiempos, reuniera todas las cosas en Cristo».
Efesios 3:4, 5, 9; 1:8-10

Escrito en 1886 por el pastor Russell

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Nos complace, en colaboración con los numerosos amigos de este y otros volúmenes de «Estudios de las Escrituras», volver a poner a disposición del público el volumen IV.

En un momento en que las condiciones mundiales —a nivel nacional, político y religioso— se encuentran en un estado tan caótico como el actual, parece apropiado que este libro, LA BATALLA DEL ARMAGEDÓN, sea reeditado. Si bien se reconoce que las noticias, opiniones editoriales y estadísticas, entre otras cosas, que se citan están algo desactualizadas, no dejan de ser de gran valor en relación con el esquema de la verdad profética expuesto por el autor. Ayudan al lector a comprender de manera más integral las tendencias mundiales que, a lo largo de los años, han conducido gradualmente y han culminado en la actual agitación mundial de los hombres y las naciones.

Solo una gran fe en el cumplimiento de las profecías bíblicas y una comprensión integral de esas profecías pudieron permitir al autor analizar con tanta valentía y precisión el significado de los acontecimientos de hace tantos años, y señalar que su resultado serían las convulsiones internacionales que el mundo ha presenciado desde el memorable año 1914. Lo publicamos con la esperanza y la oración de que ayude a muchos a aferrarse con mayor firmeza a las verdades de la Palabra de Dios y a dejarse guiar con mayor precisión por sus profecías.

LOS EDITORES

La batalla del Armagedón
PRÓLOGO DEL AUTOR

LA PRIMERA EDICIÓN de este volumen se publicó en 1897. Se refiere a la época final de la edad evangélica, la superposición entre esta y la Nueva Dispensación —un período que trae al mundo bendiciones maravillosas, las cuales, a su vez, debido a la falta de preparación del corazón, se convierten cada vez más en causas de fricción, descontento y problemas. Si las bendiciones de los últimos 43 años continuaran al ritmo actual de crecimiento, el descontento de la humanidad también aumentaría, y el propósito mismo de Dios al establecer el Reino del Mesías y bendecir a la humanidad a través de él se vería frustrado.

Por esta razón, Dios permite que el alba milenaria llegue al mundo gradualmente. A medida que los hombres despiertan del letargo del pasado, no tienen en cuenta al Señor ni reconocen Su gracia en relación con las bendiciones presentes y futuras. Hemos estimado que estos 43 años han traído a la humanidad mil veces más riqueza que la creada durante los seis mil años anteriores. La mejora de las condiciones de toda la humanidad en las tierras civilizadas, la reducción de las horas de trabajo, etc., se ven contrarrestadas por un mayor conocimiento y un descontento que viene con él. Esto está en armonía con la declaración del Señor respecto a este tiempo. Al describir nuestros días en la profecía de Daniel, Él dice: «Muchos correrán de un lado a otro, y el conocimiento aumentará». «Los sabios entenderán», «Y habrá un tiempo de angustia como nunca lo hubo desde que hubo una nación». Daniel 12:1-4, 10.

En otras palabras, el aumento del conocimiento es responsable del aumento del descontento y el temor que están trayendo el Armagedón, o el Día de la Venganza de Dios, sobre el mundo entero. En la gran guerra actual, vemos que las grandes naciones han temido la prosperidad de las demás.

Prólogo del autor

Aunque todos se han enriquecido fabulosamente, todos están más descontentos que nunca y más temerosos de que ocurra algo que obstaculice su enriquecimiento y desvíe las corrientes de riqueza hacia los puertos de la competencia. Su temor mutuo determinó que la guerra tuviera que llegar, y se eligió el momento actual como la oportunidad más propicia, antes de que los más débiles se volvieran demasiado fuertes. El mismo espíritu se manifiesta en todas partes: ingratitud por el presente y el pasado, temor por el futuro y un egoísmo que presta poca atención a la Regla de Oro. El conflicto entre el capital y el trabajo sigue esta línea, y debemos esperar que estas cosas vayan rápidamente de mal en peor.

Se afirma con autoridad que las deudas de las naciones beligerantes ascienden a cincuenta y cinco mil millones de dólares —una suma que, por supuesto, nunca podrá pagarse en oro—; y todos saben que no hay oro suficiente para pagar los *intereses* de las deudas del mundo. Esto significa la quiebra —tan pronto como termine la guerra y la emisión de bonos deje de proporcionar dinero para el pago de los intereses de otros bonos—. Las naciones están cayendo así en el abismo de la quiebra, pero les ocurre lo mismo que a un ser humano que cae: las sensaciones no son tan malas hasta que la caída se detiene en una conmoción desmoralizante. Evidentemente, la guerra no se detendrá por falta de hombres para disparar y ser disparados, sino ya por falta de alimentos o por debilidad financiera. La opinión del autor es que será por lo segundo.

Ya los reyes —políticos y financieros— y sus asesores se encuentran en gran perplejidad respecto a lo que se deberá hacer tras el fin de la guerra para evitar una revolución mundial de los descontentos. Veinte millones de hombres que ahora están en armas necesitarán empleo. Supongamos que una cuarta parte de ellos se queda en el ejército, ¿qué se hará con las tres cuartas partes restantes? Esa es la pregunta que tiene desconcertados a muchos de los sabios del mundo. El mundo se las está arreglando sin ellos ahora, y además está fabricando grandes cantidades de pertrechos militares y municiones. Evidentemente, podría arreglárselas sin esos veinte millones de hombres

por completo. Al no valorar la vida humana, serán, en mayor o menor medida, una amenaza en todas las naciones. Los británicos se están preparando para animar a su excedente de población a convertirse en agricultores en Canadá y Australia. Sin duda, otras naciones están siguiendo un curso similar en la medida de sus posibilidades. Pero todas se dan cuenta de que tendrán mucho trabajo para hacer frente a la situación.

La Biblia señala que, por estos tiempos, los sistemas de la Iglesia nominal del mundo volverán a cobrar gran importancia en relación con los poderes civiles. Podemos ver fácilmente las razones de esto. Todos los reinos, debilitados financieramente, se darán cuenta de la necesidad de mantener un control dominante sobre el público y de impedir cualquier cosa parecida al socialismo y la anarquía. Naturalmente, recurrirán a las grandes instituciones religiosas llamadas iglesias para que las respalden, amenacen al pueblo con tormentos futuros y, en general, ayuden a evitar que la nave del Estado se hunda. Las iglesias también estarán listas y encantadas de aprovechar tal oportunidad. Ya se están uniendo como un rollo: por un lado, la católica; por el otro, la protestante, opuestas y, sin embargo, conectadas; cada una unida y federada lo mejor que puede.

Pero la Biblia declara que este reinado «como reina» será breve, y que la caída de Babilonia será tremenda —como una gran piedra de molino arrojada al mar—. Será durante el poder de esta supuesta «reina», por una pequeña temporada, cuando el mundo se verá sometido a una gran presión en lo que respecta a cualquier presentación de la Verdad. Y aquellos que se mantengan fieles a Dios y a los principios sin duda sufrirán por ello.

En el momento de la caída de Babilonia, los poderosos de la tierra —los príncipes y reyes financieros y políticos— se mantendrán a distancia, evitando una asociación demasiado estrecha con ella, aunque lamentarán profundamente su destrucción, al darse cuenta de que presagia la suya propia. Entonces, muy pronto, se producirá el derrocamiento y la destrucción totales de los actuales gobiernos gentiles, representados simbólicamente en la Biblia como un

gran conflagración que consumirá toda la tierra —todas las instituciones—: religiosas, sociales, políticas y financieras.

Teniendo en cuenta que este volumen se escribió hace veinte años, a nadie debe sorprenderle que algunas de sus afirmaciones, aunque sorprendentemente contundentes, no reflejen ahora la verdad completa. Por ejemplo, la riqueza del mundo se ha multiplicado enormemente en estos veinte años. Las concentraciones de capital han aumentado considerablemente en capitalización, poder e influencia. Se estima que durante los últimos cuatro años el capital de los Estados Unidos ha aumentado a un ritmo de diez mil millones al año.

En este volumen se señaló que, aunque los trust, en el momento de la redacción, eran más beneficiosos que perjudiciales, estos gigantes, nacidos de la avaricia y construidos en función del interés propio, acabarían convirtiéndose en una amenaza, un peligro para el pueblo y sus intereses. Hemos llegado a ese momento, y muchos se están dando cuenta de que el peligro está sobre nosotros. No se puede hacer nada malo mientras la maquinaria funcione bien y esté bajo control; pero cuando llegue el momento en que los intereses de los gerentes y los capitalistas vayan en dirección opuesta a los intereses de sus empleados y del público, ¡entonces cuidado! Recuerden la Palabra inspirada: que este será «un tiempo de angustia como nunca hubo desde que existe una nación».

¡Cuán felices estamos de que la situación extrema del hombre en este tiempo de angustia sea la oportunidad del Señor! Él está esperando para mostrar su misericordia. Desea derramar sobre la humanidad las bendiciones del Reino Milenario durante mil años, para elevarla de las condiciones de pecado y muerte de vuelta a la imagen y semejanza de Dios. Él previó que primero deben aprender sus lecciones. Ya se lo ha mostrado a quienes tienen ojos para ver, al conceder más de cuarenta años del período del Alba —que, sin embargo, en lugar de traer bendiciones y felicidad al mundo, han traído cada vez más descontento—. El Señor permitirá ahora que la humanidad siga

hasta el final en la ejecución de sus propios planes y maquinaciones. Les permitirá demostrar la futilidad de todas estas maquinaciones, y que nada más que la intervención divina los salvará de destruir todo el entramado de la sociedad. De hecho, permitirá la ruina, y luego reorganizará a la humanidad bajo el Mesías; pues promete que su Reino será «el deseo de todas las naciones». Hageo 2:7

Su siervo en el Señor,

Charles T. Russell

Brooklyn, Nueva York,
1 de octubre de 1916

PRÓLOGO
LA BATALLA DEL ARMAGEDÓN

«Y el sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y sus aguas se secaron, para que se preparara el camino de los reyes del oriente. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos semejantes a ranas. Porque son espíritus de demonios que hacen milagros, y que van a los reyes de la tierra y de todo el mundo, para reunirlos para la batalla de aquel gran día de Dios Todopoderoso. He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, para que no ande desnudo y vean su vergüenza. Y los reunió en un lugar llamado en lengua hebrea el Armagedón. −Apocalipsis 16.12-16.

El Armagedón es una palabra hebrea que significa la Colina de Megido, o el Monte de la Destrucción. Megido ocupaba una posición muy destacada en el extremo sur de la llanura de Esdraelón y dominaba un importante paso hacia la región montañosa. Esta localidad fue el gran campo de batalla de Palestina, en el que se libraron muchas de las famosas batallas de la historia del Antiguo Testamento. Allí Gedeón y su pequeña tropa alarmaron y desbarataron a los madianitas, quienes se destruyeron unos a otros en su huida. (Jueces 7:19-23) Allí el rey Saúl fue derrotado por los filisteos. (1 Samuel 31:1-6) Allí el rey Josías fue asesinado por el faraón Neco en uno de los conflictos más desastrosos de la historia de Israel. (2 Crónicas 35:22-25) Allí también vivieron el rey Acab y su esposa Jezabel, en la ciudad de Jezreel, donde Jezabel sufrió posteriormente una muerte horrible. —2 Reyes 9:30-37.

Estas batallas fueron, en cierto sentido, típicas. La derrota de los madianitas liberó al pueblo de Israel de la esclavitud de Madián. Así, Gedeón y su grupo tipificaban a nuestro Señor y

la Iglesia, quienes liberarán a la humanidad de su esclavitud al pecado y a la muerte. La muerte del rey Saúl y el derrocamiento de su reino por parte de los filisteos abrieron el camino para el reinado de David, quien tipificaba al Mesías. El rey Acab tipificaba al gobierno civil, llamado simbólicamente el «Dragón» en el Apocalipsis. La reina Jezabel presagiaba simbólicamente a la gran ramera, Babilonia, y como tal se la menciona por su nombre. «Tú permites que esa mujer Jezabel, que se hace llamar profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos». Apocalipsis 2:20, 16:12-16.

En las Escrituras, el Señor evidentemente ha considerado oportuno asociar el nombre de este famoso campo de batalla, el Armagedón, con la gran controversia entre la Verdad y el Error, lo correcto y lo incorrecto, Dios y Mammón, con la cual concluirá la edad evangélica y se dará inicio a la Era Mesiánica. Él ha utilizado deliberadamente un lenguaje altamente simbólico en el último libro de la Biblia, evidentemente con el propósito de ocultar ciertas verdades importantes hasta el momento oportuno para su revelación. Pero incluso en el momento oportuno, «Ninguno de los impíos lo comprenderá; pero los sabios lo comprenderán» (Dan. 12:10). Nadie que no esté
de armonía de corazón con Dios lo sabrá; sino solo los sabios de entre su pueblo —la clase de las vírgenes prudentes de la parábola del Maestro—. —Mateo 25:1-13.

Por lo tanto, al considerar nuestro texto, no debemos esperar ninguna reunión literal de la gente en el cerro de Megido. Más bien, debemos buscar lo que simboliza esa montaña. Muchas cosas se denominan «La batalla del Armagedón»; esta frase se utiliza de muchas maneras y desde muchos puntos de vista. Pero los cristianos se dan cuenta de que esta palabra, el Armagedón, pertenece especialmente a la Biblia, donde se usa en un sentido espiritual. Por lo tanto, si el presente es un momento oportuno para considerar la Batalla del Armagedón desde un punto de vista político, sin duda es el momento adecuado para considerar el término desde su verdadero punto de vista religioso.

Todos sabemos que el libro del Apocalipsis está lleno de símbolos. Dios parece haber colocado este libro al final de la

Biblia con la intención de ocultar verdades grandes e importantes. Que contiene verdades valiosas es la opinión de todos los estudiantes de la Biblia. Sin embargo, Dios ha ocultado esas verdades con tal destreza que su pueblo, en tiempos pasados, no ha podido discernirlas plena y claramente. Los estudiantes de la Biblia creen que esta ha sido la intención divina, no solo porque estas verdades no debían ser comprendidas, sino porque Dios pretende ocultar al mundo ciertos aspectos de su Verdad. La humanidad siempre ha malinterpretado el Plan Divino; pues Dios, en su sabiduría, desea que lo malinterpreten. Las verdades registradas en el Apocalipsis no son para el mundo, ni para los cristianos nominales, sino para la Iglesia —el Cuerpo de Cristo, los santos—: «la Iglesia de los primogénitos que están inscritos en el cielo». Para ellos, este conocimiento se convertirá en «alimento a su debido tiempo». «Los sabios entenderán».

Las Escrituras abundan en alusiones al Armagedón. Nuestro Señor Jesús lo llama «gran tribulación, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás» (Mateo 24:21). El profeta Daniel lo describe como «un tiempo de angustia, como nunca hubo desde que existe una nación, hasta ese mismo tiempo» (Dan. 12:1). En estrecha relación con esta declaración, Daniel afirma que el Representante de Dios, «Micael, se levantará, el gran Príncipe que defiende a los hijos de» —Israel. La palabra «Micael» significa
"El que es como Dios" —el Divino—. Él se levantará por la salvación del pueblo de Dios, por la rectificación del error y la injusticia, por el establecimiento de la justicia y la verdad, para traer al mundo de la humanidad el gran Reino de Dios, que se ha predicado desde los días de Abraham.

El momento del establecimiento del Reino del Mesías

El Apocalipsis de San Juan, al ser un libro de símbolos, no será comprendido por el mundo. Dios mismo ha dicho que solo en un momento determinado podrá incluso la Iglesia esperar comprenderlo. Cuando el profeta Daniel preguntó acerca del significado de su visión, el ángel respondió: «Vete,

Daniel: pues las palabras están ocultas y selladas hasta el tiempo del fin» —no el fin del mundo, sino el fin de la Era— el fin de esta Dispensación. «La tierra permanece para siempre». —Eclesiastés 1:4.

San Pedro nos dice que esta Era terminará en una gran conflagración —símbolo del Tiempo de Angustia—, en la que las instituciones actuales serán devoradas. (2 Pedro 3:8-13) En otras partes de las Escrituras, este terrible Tiempo de Angustia se representa simbólicamente como una tormenta, como un torbellino, como un fuego que lo consume todo. Una vez que el orden actual haya pasado en el gran Tiempo de Angustia, Dios mismo establecerá su Reino —aquel por el que oramos: «Venga tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»—.

Si, pues, hay algo que indique que estamos viviendo el final de la edad evangélica, algo que indique que las vírgenes están preparando sus lámparas, podemos estar seguros de que el momento en que las vírgenes prudentes entren en la gloria está muy cerca. ¡Qué mensaje tan bendito es este para «todos los que aman su aparición»!

En la misma profecía que dice que el tiempo del fin es el momento en que los sabios ante Dios comprenderán, se nos dice que este tiempo se caracterizará especialmente por dos rasgos particulares: primero, «Muchos correrán de aquí para allá»; segundo, «El conocimiento aumentará» (Dan. 12:4).
Hoy vemos cómo se cumple esta profecía. En todo el mundo, la gente va y viene como nunca antes. Los ferrocarriles, los barcos de vapor, los automóviles, los autos eléctricos —de superficie, metro y elevados—, etc., transportan a la humanidad a todas partes. El aumento general del conocimiento caracteriza nuestra maravillosa época. Todo niño de diez años sabe leer. En todo el mundo hay libros, periódicos y Biblias en cada hogar: una oportunidad para el conocimiento como nunca se ha conocido desde que el hombre está en la tierra.

El notable cumplimiento de esta profecía marca nuestra época como el tiempo del fin, en el que la actual Dispensación es

y se dará inicio a la Nueva Dispensación: el momento en que el pueblo de Dios podrá comprender la situación y prepararse para su cambio.

SE DISCUTEN LOS PRINCIPIOS, NO LOS INDIVIDUOS

Todos los cristianos atribuyen el libro del Apocalipsis a nuestro Señor, tal como lo hace San Juan (Ap. 1:1). Por lo tanto, no somos responsables del simbolismo utilizado en ese libro. Hay tantas formas en que uno podría ser malinterpretado, incluso por buenos cristianos, que naturalmente nos sentimos un poco cohibidos a la hora de expresar nuestras opiniones. Al proceder a exponer nuestra comprensión de los símbolos del Apocalipsis, deseamos afirmar con el mayor énfasis que no estamos diciendo nada en absoluto en contra de los cristianos piadosos en ningún lugar, en ningún momento, ya sea dentro o fuera de cualquier iglesia. No tenemos nada que decir con respecto a las personas. Discutimos PRINCIPIOS, DOCTRINAS, SIEMPRE; individuos, ¡NUNCA! Dios no nos ha dado ningún encargo para discutir *sobre las personas;* lo que nos corresponde es discutir *Su Palabra.*

Al presentar nuestras interpretaciones de los símbolos del Apocalipsis, nos damos cuenta de que la Palabra de Dios transmite una acusación muy severa contra algunos de los grandes sistemas de nuestros días —algunos a los que durante mucho tiempo hemos venerado y estimado, y de los que hemos pensado que albergaban a muchos que son piadosos en palabra y en obra. Distinguamos, por lo tanto, claramente entre *individuos* y *sistemas.* No decimos nada en contra del *individuo piadoso,* pero en la interpretación de la Palabra de Dios lo que tenemos que decir se refiere únicamente a estos *sistemas.* De hecho, creemos que el pueblo santo de Dios queda fuera de estos símbolos, probablemente porque los santos de Dios, en comparación con los cientos de millones de la humanidad, son simplemente un pequeño grupo, como dijo Jesús: «No temáis, rebañito».

Al pasar a la interpretación de los símbolos de Apocalipsis 16:13-16, encontramos que hay tres agentes relacionados con la reunión de las huestes para esta batalla del Armagedón. Leemos que de la boca de la bestia, de la boca

del falso profeta y de la boca del Dragón salieron tres espíritus inmundos semejantes a ranas; y que estos tres espíritus inmundos, semejantes a ranas, salieron por todo el mundo para reunir a todo el mundo en la batalla del Armagedón.

Es conveniente, pues, que nos preguntemos a qué sistemas se refieren estas palabras simbólicas: el Dragón, la bestia y el falso profeta. Una vez que descubramos qué significan estos términos, nos preguntaremos qué simbolizan las ranas que salieron de sus bocas.

A lo largo de la Biblia, la bestia es el símbolo utilizado para representar un gobierno. En la profecía de Daniel, los grandes imperios universales de la tierra se simbolizan de esta manera. Babilonia era el león, Medo-Persia el oso, Grecia el leopardo y Roma el dragón. (Dan. 7:1-8) El Imperio Romano aún persiste. La cristiandad es parte de ese gran Imperio Romano que comenzó en los días de César y que, según las Escrituras, aún existe en el mundo.

Prácticamente todos los exégetas bíblicos coinciden en que el dragón del Apocalipsis representa el poder puramente civil, dondequiera que se encuentre. No interpretamos esto en el sentido de que todos los poderes del mundo sean malignos o del diablo, sino que el dragón es el símbolo que al Señor le place utilizar para representar el poder civil.

La bestia de Apocalipsis 16:13 es la misma que se menciona en Apocalipsis 13:2, donde se la describe como parecida a un leopardo, con manchas. Los intérpretes protestantes del Apocalipsis coinciden en que este símbolo se refiere al sistema papal —no al Papa, ni a las congregaciones católicas, ni a los católicos a título individual, sino al *sistema en su conjunto,* que ha existido durante siglos—.

En Su Palabra, a Dios le ha complacido reconocer al papado como un sistema, como un gobierno. El papado afirma que el Reino de Dios, el Reino de Cristo, se estableció en el año 799 d. C.; que duró mil años, tal como la Biblia declara que durará el Reino de Cristo; y que expiró en

1799 d. C. Afirman también que, desde 1799, este Reino de Cristo (es decir, el sistema papal, representado en el Apocalipsis como la bestia) ha estado sufriendo violencia; y que durante este tiempo el Diablo ha sido desatado, en cumplimiento de Apocalipsis 20:7.

La historia registra que la era que concluyó en 1799, marcada por la campaña egipcia de Napoleón, selló y definió el límite del dominio papal sobre las naciones. Napoleón incluso llevó al Papa prisionero a Francia, donde murió. Esta experiencia humillante, afirman los católicos romanos, marca el momento de la liberación de Satanás, en cumplimiento de Apocalipsis 20:7.

No podemos estar de acuerdo con la interpretación de la profecía que hacen nuestros hermanos católicos. Nuestro Señor tenía sin duda razón cuando declaró que «el príncipe de este mundo es Satanás», y que este es «el mundo malo actual» o la era actual. La razón por la que hay tanta corrupción, falsa doctrina, engaño, ignorancia y superstición por todas partes es que Satanás es el gran ser que está engañando al mundo. Según las Escrituras, Satanás será atado por mil años, para que ya no engañe más a las naciones (Apocalipsis 20:3). Una vez que se hayan cumplido los mil años, Satanás será desatado por una pequeña temporada para poner a prueba a la humanidad. Luego será destruido en la Segunda Muerte, junto con todos los que están de acuerdo con él.

Los estudiantes de la Biblia recién ahora están abriendo los ojos para ver las longitudes, anchuras, alturas y profundidades del amor de Dios: su maravillosa provisión hecha, en primer lugar, para la Iglesia, que participará de la gloria del Reino; y en segundo lugar, para la humanidad, que recibirá la bendición de ser elevada a la perfección humana durante esos mil años. Esta gloriosa época se está acercando, en lugar de pertenecer al pasado. Tan gloriosa será la condición de la humanidad al final del Reino del Mesías que nada de lo que jamás se haya soñado se comparará con ella. Pero la gran obra de Dios no se perfeccionará hasta que cada ser humano haya alcanzado la perfección, o haya sido destruido en la Segunda Muerte, debido a su negativa a entrar en armonía con las leyes de

justicia. Entonces se oirá a todas las criaturas en el cielo y en la tierra decir: «Bendición, honor, gloria y poder sean al que está sentado en el trono y al Cordero, por los siglos de los siglos». −Ap. 5:13.

El Dragón, pues, simboliza el poder romano, representado por el poder civil en el mundo. La bestia es el sistema papal de gobierno. Queda por interpretar el tercer símbolo, el falso profeta. Creemos que este es otro nombre para el sistema que en otros pasajes se denomina «la imagen de la bestia». (Ap. 13:14). Según las Escrituras, esta imagen es una representación muy exacta de la bestia. Entendemos que el falso profeta, o imagen de la bestia, se refiere a la Federación Protestante de Iglesias.

LA IMAGEN DE LA BESTIA

Para comprender por qué la Federación Protestante de Iglesias debe simbolizarse como la imagen de la bestia y como el falso profeta, debemos examinar otros pasajes simbólicos de las Escrituras. En Apocalipsis 17:5, se nos llama la atención sobre un gran «misterio». La palabra «ramera» en el simbolismo bíblico no significa una persona inmoral. Se refiere a la Iglesia, que debía ser el Reino de Dios, pero que perdió su virginidad y se unió a un esposo terrenal, en lugar de a su Esposo Celestial. ¿A qué esposo terrenal se unió la Iglesia? Al Imperio Romano. En la mente de Lutero y otros reformadores no había duda de que existía una estrecha unión entre la Iglesia y el mundo. La Iglesia, durante un tiempo, afirmó estar esperando a que Cristo estableciera su Reino. Finalmente, dijo: «No esperaré hasta la Segunda Venida de Cristo, me uniré al Imperio Romano».

Todos conocen el resultado. La Iglesia Católica Romana fue exaltada y reinó como reina durante siglos. Esta unión entre la Iglesia y el Estado está representada en un famoso cuadro que se encuentra en Italia. En un trono, el Papa y el Emperador están sentados uno al lado del otro. A un lado se encuentran los cardenales, los obispos, el clero menor y los laicos, en orden de rango. Al otro lado están los generales,

tenientes, soldados, etc., hasta llegar al pueblo llano. Así se reconoció la unión entre la Iglesia y el Estado.

Sobre la base de esta unión, todos los gobiernos terrenales se denominan cristianos, pues afirman que la unidad es parte integrante de la Iglesia. La historia nos dice que, durante siglos, la Iglesia nombró a los reyes terrenales. Quienquiera que el Papa deseara era coronado. Como prueba de la supremacía de la Iglesia, se cuenta una historia sobre el emperador Enrique IV de Alemania, quien se había ganado el descontento papal y, como castigo, fue obligado a permanecer de pie durante tres días frente a las puertas del castillo de Canossa, descalzo y vestido únicamente con la camisa de cilicio de un penitente, expuesto a las inclemencias del pleno invierno. Luego se vio obligado a arrastrarse de rodillas ante la presencia del Pontífice, a quien se le quitó la media de seda para que el emperador pudiera besar el dedo gordo del pie del Papa, en cumplimiento del Salmo 2:12: «Besen al Hijo», oh reyes de la tierra.

A nuestro entender, esta es una aplicación errónea de las Escrituras. «El Hijo» no es el Papa. El «monte santo» es el Reino de Dios. Su ministerio se simboliza como el santo Monte Sión. El gran Mesías derrocará por completo todas las cosas del tiempo presente y establecerá el Reino de la Justicia y la Verdad, que elevará a la humanidad por encima del pecado y la degradación.

Los católicos romanos creen que el Papa es el vicario de Cristo, que reina en su lugar. Creen que en la actualidad es cuando Satanás ha sido desatado para engañar a las naciones; que muy pronto la Iglesia volverá a tener pleno poder en el mundo; y que, como resultado, todo aquel que no les obedezca será destruido. Esta interpretación nos remite a los capítulos 13 y 20 del Apocalipsis. Los protestantes no ven la situación de esa manera. Sin duda, todas las personas reflexivas han notado que las propuestas de unión provienen del protestantismo, pero nunca del catolicismo.

Ahora surge la pregunta: ¿Por qué las Escrituras describen al protestantismo como una imagen de la bestia? ¿Cuándo y cómo sucedió esto? Desde la época de la Reforma, los protestantes se habían esforzado individualmente por salir de la oscuridad del pasado y, por lo tanto, habían formulado muchos credos y organizado muchas denominaciones. Pero hacia mediados del siglo pasado, los líderes comenzaron a darse cuenta de que, si cada uno seguía estudiando la Biblia por su cuenta, llegaría el momento en que cada uno tendría un credo propio. Para evitar lo que les parecía una pérdida de poder, planearon una unión de protestantes en un sistema llamado la Alianza Evangélica.

La Alianza Evangélica, una organización de las diferentes denominaciones protestantes, se formó en 1846 con el propósito específico de hacer, a su manera, lo mismo que el catolicismo haría a la suya. Al ver el gran poder que los católicos romanos ejercerían gracias a un sistema unido, los protestantes dijeron: «Estamos divididos. No tenemos poder. Nos organizaremos». En ese mismo momento, según las Escrituras, crearon una imagen de la bestia.

Sin embargo, la Biblia dice que, antes de que la imagen pueda causar algún daño concreto, debe recibir vida de la bestia de dos cuernos (Apocalipsis 13:15). Creemos que esta bestia de dos cuernos, con cuernos como los de un cordero pero con voz de dragón, representa a la Iglesia de Inglaterra, la cual no forma parte de la Alianza Evangélica. La Iglesia de Inglaterra sostiene lo mismo que la Iglesia de Roma: que ella es la verdadera Iglesia; que todas las demás están equivocadas; que ella posee la sucesión apostólica original; y que nadie tiene un encargo para predicar a menos que se le hayan impuesto las manos de manera divina y apostólica. Esta ha sido la postura de la Iglesia de Inglaterra durante siglos y constituye la diferencia entre esa Iglesia y todas las demás denominaciones protestantes.

Aunque la Alianza Evangélica se fundó en 1846, no ha podido cumplir su propósito porque no supo cómo funcionar. Las denominaciones

dentro de la Alianza estaban unidas solo de nombre y, por lo tanto, han trabajado unas contra otras. Se declaró que las denominaciones fuera de la Alianza carecían de autorización; y estas, a su vez, desafiaron a las Iglesias Evangélicas a demostrar de dónde obtenían la autoridad para predicar. Como resultado, la Imagen no tenía poder para actuar; fue pisoteada; y para obtener vitalidad —vida— necesitaría la sucesión apostólica; debe tener algo como base para su funcionamiento.

Las Escrituras indican que la Iglesia de Inglaterra entablará una relación estrecha con la Alianza Evangélica y le otorgará autoridad apostólica para predicar. Gracias a esta unión, la Alianza podrá afirmar: «Tenemos autoridad apostólica para predicar. Que nadie hable a menos que cuente con nuestra autorización». Esta acción de su parte se describe en Apocalipsis 13:17. A nadie se le permitirá comprar ni vender cosas espirituales en el mercado espiritual a menos que tenga la marca de la bestia o la marca de la Imagen.

En Apocalipsis 16:13 encontramos mención del falso profeta, otra representación de la Imagen: el producto vitalizado de la Alianza Evangélica, que ha tomado la forma de una Federación de Iglesias y que hoy en día goza de gran vitalidad. Queda por verse si podemos esperar que tenga aún más. Las Escrituras indican claramente que la Imagen de la bestia obtendrá tanto poder que hará lo mismo que hizo la Iglesia Católica Romana en el pasado; y que los dos sistemas, el católico y el protestante, gobernarán el mundo civilizado con mano dura a través del poder civil: el Dragón.

«TRES ESPÍRITUS INMUNDOS COMO RANAS»

Las Escrituras nos dicen que este resultado se producirá por las declaraciones del poder combinado de la Iglesia y el Estado. «Tres espíritus inmundos, semejantes a ranas, salieron de la boca del Dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta». En este pasaje, el espíritu es una doctrina —una doctrina inmunda—, una doctrina falsa. Cada uno de estos sistemas pronunciará las mismas cosas, y estas

declaraciones tendrán el efecto de reunir a los reinos de la tierra para la gran batalla del Armagedón.

El simbolismo de las Escrituras, bien entendido, es muy contundente, y siempre existe un gran parecido entre el símbolo en sí y lo que simboliza. Cuando el espíritu santo utiliza una rana para representar ciertas doctrinas o enseñanzas, podemos estar seguros de que la aplicación encajará perfectamente. Aunque la rana es una criatura pequeña, se hincha hasta casi reventar en su esfuerzo por ser alguien. Una rana tiene una mirada muy sabia, aunque en realidad no sabe mucho. Además, una rana croa cada vez que emite un sonido.

Las tres características más destacadas de una rana, pues, son la pomposidad, un aire de sabiduría y conocimiento superiores, y un croar continuo. Al aplicar estas características a la imagen que nos da la Palabra Divina, aprendemos que del poder civil, de la Iglesia Católica y de la Federación de Iglesias Protestantes surgirán las mismas enseñanzas. El espíritu de todos será jactancioso; se asumirá un aire de conocimiento y sabiduría superiores; todos predecirán resultados nefastos si no se obedecen sus consejos. Por más contradictorios que sean los credos, las diferencias se ignorarán ante la proposición general de que nada antiguo debe ser alterado, investigado o repudiado.

No se permitirá que la autoridad divina de la Iglesia y el derecho divino de los reyes, al margen de la Iglesia, entren en conflicto; pues ambos serán respaldados. Cualquier persona o enseñanza que entre en conflicto con estas afirmaciones jactanciosas y contrarias a las Escrituras será tildada de lo más vil, por boca de las ranas que croan desde los púlpitos y las tribunas, y a través de la prensa religiosa y secular. Los sentimientos más nobles de algunos serán sofocados por la filosofía del mismo espíritu maligno que habló a través de Caifás, el sumo sacerdote, con respecto a nuestro Señor Jesús. Así como Caifás declaró conveniente cometer un crimen en violación de la justicia, tanto humana como divina, para deshacerse de Jesús y de sus enseñanzas, así este espíritu similar al de una rana aprobará toda y cualquier violación de principios que sea necesaria para la autoprotección.

La batalla del Armagedón

Todo verdadero cristiano se avergüenza al repasar las páginas de la historia y ver qué actos terribles se cometieron en nombre de Dios y de la justicia, y en nombre de nuestro Señor Jesús. No debemos pensar ni por un momento que estos espíritus de rana, o doctrinas, sean todos malos, sino más bien que son doctrinas grandilocuentes y pomposas, que se presentan a sí mismas como muy sabias y grandiosas, y que cuentan con el respaldo de siglos. De la boca del Dragón sale la doctrina del derecho divino de los reyes: «No mires más allá del telón de la historia para ver de dónde sacaron los reyes ese derecho. Acepta la doctrina; porque si no lo haces, y si la gente investiga el asunto, ¡habrá una revolución terrible y todo se derrumbará!».

La bestia y el falso profeta tienen graznidos similares. La Iglesia católica dice: «¡No mires atrás! ¡No cuestiones nada sobre la Iglesia!». El protestantismo dice, también: «Somos grandes, somos sabios, sabemos mucho. ¡Cállate! Así nadie sabrá que no sabes nada». Todos dicen (graznando): «Te advertimos que si dices algo en contra de los arreglos actuales, sucederán cosas terribles».

Los partidos políticos también intervienen en esto. Todos declaran: «¡Si se produjera algún cambio, significaría un desastre terrible!». Algunos tienen la firmeza necesaria y otros cuentan con el respaldo del poder civil, pero, unidos, le repiten al pueblo que si se realiza algún cambio, significará la ruina del orden actual. En el lenguaje de nuestros días, «¡No cambien nada!» es la orden tanto en la Iglesia como en el Estado; pero el pueblo está siendo movido por el miedo. Es este graznido de la bestia, el Dragón y el falso profeta lo que despertará a los reyes de la tierra y los reunirá para la batalla del Armagedón y la destrucción.

Los reyes y príncipes eclesiásticos, con su séquito de clérigos y fieles seguidores, se reunirán en una falange sólida —protestantes y católicos—. Los reyes y príncipes políticos, senadores y todos los que ocupan altos cargos, con sus secuaces y vasallos, seguirán en fila del mismo lado. Los reyes financieros y los príncipes mercantiles, y todos

a quienes puedan influir mediante el poder más gigantesco jamás ejercido en el mundo, se unirán al mismo bando, según esta profecía. Sin embargo, no se dan cuenta de que se dirigen al Armagedón; aunque, por extraño que parezca, esto forma parte de su propio grito: «¡Reúnanse en el Armagedón!»

Hablando de nuestros días, nuestro Señor declaró: «Los corazones de los hombres desmayarán por el temor y por la expectación de las cosas que vendrán sobre la tierra; porque las potencias de los cielos serán sacudidas». (Lucas 21:26) Los reyes de Europa saben
qué hacer. Todo el sectarismo se está sacudiendo. Muchos del pueblo de Dios están perplejos.

El croar de los espíritus de rana, o doctrinas, reunirá a los reyes y príncipes —financieros, políticos, religiosos e industriales— en un gran ejército. El espíritu de temor, inspirado por el croar, azotará las pasiones de hombres que, de otra manera, serían buenos y razonables, llevándolos a la furia y la desesperación. En su ciego seguimiento de estos espíritus malignos y doctrinas perversas, estarán dispuestos a sacrificar la vida y todo lo que tienen en lo que erróneamente suponen que es el altar de la Justicia, la Verdad y la Rectitud, bajo un designio divino.

Muchas personas nobles de este gran ejército adoptarán una actitud totalmente contraria a sus convicciones. Por un tiempo, las ruedas de la libertad y el progreso girarán hacia atrás, y las restricciones medievales se considerarán necesarias para la autopreservación —para el mantenimiento del orden actual de las cosas y para impedir el nuevo orden que Dios ha decretado, cuyo momento oportuno está cerca. Incluso aquellos que puedan ser el pueblo de Dios no se detienen a considerar si es Su voluntad que las cosas continúen como han sido durante los últimos seis mil años. La Biblia dice que esa no es la voluntad de Dios, sino que habrá un gran cambio radical, que se avecina un nuevo orden.

Durante un breve tiempo, según entendemos las Escrituras, estas fuerzas combinadas del Armagedón triunfarán. La libertad de expresión, la libertad de correspondencia y otras libertades que se han convertido en el aliento mismo de las masas en nuestros días, serán despiadadamente

Se cerrará con el pretexto de *la necesidad*, la gloria de Dios, los mandamientos de la Iglesia, etc. Se tapará la válvula de seguridad, y así dejará de molestar a los reyes de la tierra con el sonido del vapor que se escapa; y todo parecerá estar en calma, hasta que ocurra la gran explosión social descrita en el Apocalipsis como un *terremoto*. En lenguaje simbólico, un terremoto significa revolución social, y la declaración bíblica es que nunca antes había ocurrido algo semejante. (Ap. 16:18, 19) Véase la referencia de nuestro Señor al respecto en Mt. 24:21.

EL GRAN EJÉRCITO DEL SEÑOR

En este momento, según muestran las Escrituras, el Poder Divino dará un paso al frente, y Dios reunirá a las huestes alineadas en el Armagedón —en el Monte de la Destrucción—. (Ap. 16:16) Precisamente aquello que buscaban evitar mediante su unión, federación, etc., será lo mismo que ellos mismos acelerarán. Otras Escrituras nos dicen que Dios estará representado por el Mesías, y que Él estará del lado de las masas. «En aquel tiempo se levantará Miguel [el Semejante a Dios —el Mesías]». (Dan. 12:1) Él asumirá la autoridad. Él tendrá posesión de su Reino de una manera poco esperada por muchos de aquellos que erróneamente han estado afirmando ser su Reino, y autorizados por Él para reinar en su nombre y en su lugar.

Nuestro Señor Jesús declaró: «Servidores sois de aquel a quien prestáis servicio». Algunos pueden estar prestando servicio a Satanás y al error, aunque afirmen estar prestando servicio a Dios y a la justicia; y otros pueden servir por ignorancia, como lo hizo Saulo de Tarso, quien «creía de verdad que prestaba servicio a Dios» al perseguir a la Iglesia. El mismo principio se aplica a la inversa. Así como un rey terrenal no se hace responsable del carácter moral de cada soldado que libra sus batallas, tampoco el Señor responde por el carácter moral de todos los que se alistan y luchan de su lado en cualquier asunto. Son siervos de aquel a quien prestan servicio, sea cual sea el motivo u objetivo que los impulse.

La batalla del Armagedón

El mismo principio se aplicará en la venidera batalla del Armagedón. El bando de Dios en esa batalla será el del pueblo; y esa hueste tan heterogénea, el pueblo, será enviada al combate al inicio de la batalla. Anarquistas, socialistas y radicales impulsivos de todas las corrientes, racionales e irracionales, estarán al frente de esa batalla. Quien tenga algún conocimiento de la vida militar sabe que un gran ejército está compuesto por todas las clases sociales.

Las masas estarán inquietas bajo sus restricciones, pero serán conscientes de su debilidad en comparación con los reyes y príncipes —financieros, sociales, religiosos y políticos— que entonces ejercerán su dominio. La mayoría de los pobres y de la clase media prefiere la paz a casi cualquier precio. Las masas no simpatizan con la anarquía. Se dan cuenta verdaderamente de que la peor forma de gobierno es mejor que ninguna. Las masas buscarán alivio a través del voto y el reajuste pacífico de los asuntos de la tierra para eliminar el mal, para poner los monopolios, los servicios públicos y los recursos naturales en manos del pueblo en pro del bien común. La crisis se alcanzará cuando quienes hasta entonces habían sido defensores de la ley se conviertan en violadores de la ley y se opongan a la voluntad de la mayoría expresada mediante el voto. El temor por el futuro llevará a las masas bienintencionadas a la desesperación, y se producirá la anarquía cuando el socialismo fracase.

Los santos del Señor no deben participar en absoluto en esta batalla. El pueblo consagrado a Dios, que anhela en su corazón el Reino del Mesías y el glorioso Año del Jubileo y la restauración que este inaugurará, esperará pacientemente el tiempo del Señor y lo aguardará sin murmurar. Con sus lámparas preparadas y encendidas, no estarán en tinieblas respecto a los acontecimientos trascendentales de la batalla inminente; sino que tendrán buen ánimo, conociendo el desenlace descrito en la «profecía más segura», a la cual han hecho bien en «prestar atención, como a una luz que alumbra en lugar oscuro, hasta que amanezca el día». −2 Pedro 1:19.

Ahora surge la pregunta: ¿Por qué Dios no envió su Reino antes? ¿Por qué es necesario el Armagedón? Respondemos que Dios tiene sus propios tiempos y estaciones, y que Él ha designado el Gran Séptimo Día de Mil Años para el reinado de Cristo. La Sabiduría Divina ha retenido hasta nuestros días el gran conocimiento y la destreza que están generando al mismo tiempo millonarios y descontentos. Si Dios hubiera levantado el velo de la ignorancia mil años antes, el mundo se habría alineado para el Armagedón mil años antes. Dios no trajo estas cosas antes del tiempo presente porque su Plan tiene varias partes, todas las cuales están convergiendo al mismo tiempo. En su bondad, Dios veló los ojos de la humanidad hasta que la reunión para el Armagedón precediera inmediatamente al momento en que el Mesías tomara para sí su gran poder y comenzara su reinado. —Ap. 11:17, 18.

La actitud del pueblo de Dios debe ser de gran agradecimiento hacia el Dador de todo bien. Deben prepararse para la gran tormenta que se avecina y mantenerse muy tranquilos, sin interesarse indebidamente ni por el bando de los ricos ni por el de los pobres. Sabemos de antemano que el Señor está del lado del pueblo. Es Él quien librará la batalla del Armagedón, y su instrumento será ese ejército peculiar: todas las clases sociales. Cuando llegue este gran «terremoto» de revolución social, no será solo un puñado de anarquistas, sino un levantamiento del pueblo para liberarse del gran poder que lo está estrangulando. El egoísmo es la raíz de todo este asunto.

TODAVÍA NO, PERO PRONTO

Durante cuarenta años, las fuerzas del Armagedón se han estado reuniendo en ambos bandos del conflicto. Las huelgas, los cierres patronales y los disturbios, grandes y pequeños, han sido meras escaramuzas incidentales a medida que los beligerantes se cruzan en el camino. Los escándalos judiciales y militares en Europa, así como los de seguros, consorcios y tribunales en Estados Unidos, han sacudido la confianza del público. Los complots con dinamita, atribuidos alternativamente a los empleados y a los empleadores, han tendido a hacer que cada uno desconfíe del otro. Los sentimientos de amargura y enojo en ambos bandos son cada vez más y

más evidentes. Las líneas de batalla se marcan cada día con mayor claridad. Sin embargo, el Armagedón aún no puede librarse.

A los Tiempos de los Gentiles les quedan solo unos pocos años. La Imagen de la Bestia aún debe recibir poder vital. Debe transformarse de un mero mecanismo a una fuerza viva. La Federación Protestante se da cuenta de que su organización seguirá siendo inútil a menos que reciba vitalización —a menos que se reconozca, directa o indirectamente, que su clero posee la ordenación apostólica y la autoridad para enseñar. Esto, según indica la profecía, vendrá de la bestia de dos cuernos, que creemos que representa simbólicamente a la Iglesia de Inglaterra. Las actividades autoritarias del protestantismo y el catolicismo, que operan en conjunto para la supresión de las libertades humanas, esperan esta vivificación de la Imagen. Esto puede ocurrir pronto, pero el Armagedón no puede precederla, sino que debe seguirla —quizás un año después, según nuestra interpretación de la Palabra profética.

Sin embargo, hay otro factor que interviene. Aunque los judíos están llegando gradualmente a Palestina, obteniendo poco a poco el control de la tierra de Canaán, y aunque los informes indican que ya hay diecinueve millonarios allí, la profecía exige que haya un número evidentemente mayor de hebreos acaudalados antes de que se alcance la crisis del Armagedón. De hecho, entendemos que «la aflicción de Jacob en la Tierra Santa
llegará justo al final del Armagedón. Entonces el Reino del Mesías comenzará a manifestarse. A partir de ahí, Israel, en la Tierra Prometida, resurgirá gradualmente de las cenizas del pasado hacia la grandeza de la profecía. A través de sus príncipes designados por Dios, el Reino del Mesías, todopoderoso pero invisible, comenzará a disipar la maldición, a elevar a la humanidad y a dar belleza en lugar de cenizas.

ÍNDICE

ESTUDIO I
«EL DÍA DE LA VENGANZA»

Mención profética del mismo — El tiempo está cerca — Objetivo de este volumen — Observaciones generales..... 11

ESTUDIO II
«LA CONDENACIÓN DE BABILONIA» — «LA CRISTIANDAD» «MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN»

Babilonia — La cristiandad — La ciudad — El imperio — La madre — Las hijas — La condenación de Babilonia — Su terrible significado.
.....21

ESTUDIO III
LA NECESIDAD Y LA JUSTICIA DEL DÍA DE LA VENGANZA

Sobre esta generación, el típico y el antitipo — La Gran Tribulación como efecto legítimo de causas previas — Las responsabilidades de la «cristiandad» y su actitud hacia ellas — De las autoridades civiles, de los líderes religiosos, de los diversos rangos de las masas de hombres en las tierras civilizadas — La relación de las naciones paganas con la cristiandad y con la tribulación — El juicio de Dios — «La venganza es mía: yo daré la retribución, dice el Señor». 47

ESTUDIO IV
BABILONIA JUZGADA ANTE EL GRAN TRIBUNAL

Los poderes civiles, sociales y eclesiásticos de Babilonia, la cristiandad, están siendo sopesados en la balanza: el juicio de los poderes civiles; el juicio del sistema social actual; el juicio de los poderes eclesiásticos; incluso ahora, en medio de sus festividades, se traza la escritura de su condenación y puede leerse con claridad, aunque el juicio aún no haya concluido 75

ESTUDIO V
BABILONIA ANTE EL GRAN TRIBUNAL: SU CONFUSIÓN — NACIONAL

Los poderes civiles están en apuros, al ver que el juicio se vuelve en su contra —Con miedo y angustia buscan aliarse entre sí, y miran en vano a la Iglesia en busca de su poder de antaño— Aumentan sus ejércitos y sus flotas —Preparativos de guerra actuales— Las fuerzas de combate en tierra y mar —Instrumentos de guerra mejorados, nuevos descubrimientos, inventos. Explosivos, etc.—Despertad, hombres poderosos: que los débiles digan: «Soy fuerte»; convertid los arados en espadas y las podaderas en lanzas, etc.—Los Estados Unidos de América, únicos en su posición, pero amenazados con males aún mayores que los del Viejo Mundo—¡El grito de «Paz! ¡Paz!» cuando no hay paz 113

ESTUDIO VI
BABILONIA ANTE EL GRAN TRIBUNAL: SU CONFUSIÓN — ECLESIÁSTICA

La verdadera Iglesia, conocida por el Señor, no tiene parte en los juicios de Babilonia—La situación religiosa de la cristiandad no presenta un contraste esperanzador con la situación política—La gran confusión—La responsabilidad de llevar a cabo la defensa recae sobre el clero—El espíritu de la Gran Reforma ha muerto—Sacerdotes y pueblo en la misma situación—Los cargos presentados—La defensa—Se propone una confederación—El fin que se busca—Los medios adoptados—El espíritu general de compromiso—El juicio se pronuncia en contra de las instituciones religiosas de la cristiandad 157

ESTUDIO VII
LAS NACIONES REUNIDAS Y LA PREPARACIÓN DE LOS ELEMENTOS PARA EL GRAN FUEGO DE LA INDIGNACIÓN DE DIOS

Cómo y por qué se reúnen las naciones — Los elementos sociales que se preparan para el fuego — La acumulación de tesoros — El aumento de la pobreza — La fricción social al borde de la combustión — Unas palabras del presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo — Los ricos

a veces condenados con demasiada severidad — El egoísmo y la libertad combinados — La independencia vista por los ricos y por los pobres — Por qué las condiciones actuales no pueden continuar — La maquinaria como factor importante en la preparación para el gran fuego — La competencia femenina — La visión de los trabajadores sobre la situación: lo razonable y lo irrazonable —La ley de la oferta y la demanda, inexorable para todos—Las perspectivas de la competencia industrial extranjera son desoladoras—Los temores del Sr. Justin McCarthy por Inglaterra—Kier Hardie, diputado, sobre las perspectivas laborales en Inglaterra—El honorable Jos. Palabras proféticas de Chamberlain a los trabajadores británicos — La agresión nacional en relación con los intereses industriales — Herr Liebknecht sobre la guerra social e industrial en Alemania — Resoluciones del Congreso Internacional de Sindicatos — Gigantes de nuestros días — Lista de trusts y cárteles — Esclavitud bárbara frente a servidumbre civilizada — Las masas entre la piedra de molino de arriba y la de abajo — Las condiciones son universales y están más allá del poder humano para regularlas 269

ESTUDIO VIII
LOS GRITOS DE LOS SEGADORES

El elemento conservador de la sociedad — Campesinos, agricultores — Nuevas condiciones en la cristiandad — Agitación agraria — Sus causas — Los patrones de oro y plata son factores — El cumplimiento de la profecía bíblica — Estas cosas relacionadas con la batalla del Gran Día 385

ESTUDIO IX
EL CONFLICTO IRREPRIMIBLE
EL TESTIMONIO DE LOS SABIOS DEL MUNDO

La inteligencia general como nuevo factor en todos los cálculos — Las opiniones del senador Ingall — Las opiniones del reverendo Lyman Abbott — Las opiniones del obispo Newman (M. E.)— Opiniones de un destacado jurista—Opiniones del coronel Robert Ingersoll—El honorable J. L. Thomas sobre la legislación laboral—La opinión de Wendell Phillips—La predicción del historiador Macaulay—Las esperanzas del honorable Chauncey Depew—Entrevista al obispo Worthington (P. E.)—W. J. Bryan — Una perspectiva inglesa — La exposición de la situación por Edward Bellamy — La opinión del reverendo J. T. McGlynn — La perspectiva del profesor Graham — Opiniones de un juez de la Corte Suprema — Una perspectiva francesa, una «melé social» 413

ESTUDIO X:
REMEDIOS PROPUESTOS — PROHIBICIÓN SOCIAL Y FINANCIERA

y el sufragio femenino — La libre circulación de la plata y los aranceles proteccionistas — El «comunismo» — «Todo lo tenían en común» — El «anarquismo» — El «socialismo» o «colectivismo» — Babbitt sobre la reconstrucción social — Herbert Spencer sobre el socialismo — Ejemplos de dos comunidades socialistas — El «nacionalismo» — La educación mecánica general como remedio — El «impuesto único» —La respuesta de Henry George al Papa León XIII sobre el trabajo—El Dr. Lyman Abbott sobre la situación—La sugerencia de un obispo metodista episcopal—Otras esperanzas y temores—La única esperanza—«Esa bendita esperanza»: la actitud adecuada para el pueblo de Dios que ve
estas cosas: en el mundo, pero no del mundo. 469

ESTUDIO XI
LA BATALLA DEL ARMAGEDÓN

La tribulación que se avecina, simbolizada de diversas maneras por los profetas —Los profetas tipificaban la tribulación en la caída de Israel, en el año 70 d. C., y en la Revolución Francesa— Su carácter general y su alcance —El gran ejército del Señor— «Los peores de los paganos» —«El tiempo de la tribulación de Jacob: su liberación» La derrota de Gog
y Magog 527

ESTUDIO XI
LA GRAN PROFECÍA DE NUESTRO SEÑOR

MAT. 24; MARCOS 13; LUCAS 21:5-36; 17:20-37. Importancia de esta profecía — Las condiciones y las tres preguntas que la provocaron — Cuidado con los falsos Cristos — Un breve panorama histórico de dieciocho siglos — La tribulación al final de la era judía y la que cerrará la edad evangélica, combinadas en el lenguaje de todos los evangelistas — La abominación de la desolación — Huyan a la montaña
—Las que estén embarazadas, etc.—Antes del invierno y del sábado: «¡Miren aquí! ¡Miren allá!» No les crean—La tribulación de aquellos días—El oscurecimiento del sol y la luna como señales —La caída de las estrellas—Cumplimiento simbólico también—La señal del Hijo del Hombre—Lo que verán las tribus de la tierra

Verán — La higuera — «Esta generación» — «¡Vigilen!» — «Como en los días de Noé, no lo supieron» ——— Recuerden a la esposa de Lot — Uno será tomado y otro dejado — Las elegidas serán reunidas en la verdad — La casa de Satanás será desmantelada — Provisiones para alimentar a la familia de la fe. 563

ESTUDIO XIII
EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO Y CÓMO SE MANIFESTARÁ

Caminar por fe — Quiénes constituyen el Reino — El establecimiento del Reino espiritual — El establecimiento de «príncipes en toda la tierra» — El deseo de todas las naciones — La comunicación íntima entre el Reino y sus ministros o «príncipes» — La escalera de Jacob — Moisés'
El velo: se inician grandes cambios. ¿Habrá peligro al concentrarse tanto poder en manos del nuevo gobernante? —El gobierno con vara de hierro, ¿hasta cuándo? —La conversión del mundo. —Una nación nacida en un día. —«Todos los que están en las tumbas». —El crecimiento de su reino. —La renuncia al vicereinato. —Que se haga la voluntad de Dios en la tierra..... 615

ESTUDIO XIV
EL ESCABELLO DE JEHOVÁ GLORIFICADO

El estrado de Dios profanado y abandonado a causa del pecado — El renacimiento prometido de su gloria — La posesión redimida que será restaurada — Su joya más resplandeciente — El restablecimiento de los pies de Jehová «en el Monte de los Olivos» — Las bendiciones resultantes — El estrado finalmente glorioso en verdad 647

«EL DÍA DE LA VENGANZA»

ESTUDIO I

Mención profética del mismo — El tiempo está cerca — Objetivo de este volumen — Observaciones generales.

"El día de la venganza está en mi corazón, y ha llegado el año de mis redimidos. "Es el día de la venganza del Señor, y
el año de las recompensas por la controversia de Sion». —Isaías 63:4; 34:8.

ASÍ, el profeta Isaías se refiere a ese período que Daniel (12:1) describe como «un tiempo de angustia como nunca hubo desde que hubo nación»; del cual Malaquías (4:1) dice: «He aquí, viene el día, que arderá como un horno; y todos los soberbios, sí, y todos los que hacen maldad, serán como paja»; respecto a lo cual el apóstol Santiago (5:1-6) dice que los ricos llorarán y gemirán por las miserias que vendrán sobre ellos; el día que Joel (2:2) describe como un día de nubes y densa oscuridad; del cual Amós (5:20) dice que es «oscuridad y no luz, muy oscuro y sin resplandor alguno»----; y al que el Señor se refiere (Mateo 24:21, 22) como un tiempo de «gran tribulación, de carácter tan devastador
su naturaleza que, de no ser acortado, ninguna carne sobreviviría a sus estragos.

Que el día oscuro y lúgubre así descrito por los profetas es un día de juicio sobre la humanidad, tanto a nivel social como nacional —un día de recompensas nacionales—, queda claro en muchos pasajes de las Escrituras. Pero al tomar nota de estos, que el lector

tenga presente la diferencia entre el juicio nacional y el juicio individual. Si bien la nación está compuesta por individuos, y los individuos son en gran medida responsables del rumbo de las naciones, y deben sufrir —y de hecho sufren— enormemente en las calamidades que les sobrevienen; sin embargo, el juicio del mundo como individuos será distinto de su juicio como naciones.

El día del juicio individual para el mundo será la Era milenaria, como ya se ha mostrado.* Entonces, bajo las condiciones favorables del Nuevo Pacto, y contando con un conocimiento claro de la verdad, así como con toda la ayuda y los incentivos posibles para la justicia, todos los hombres, individualmente —y no colectivamente como naciones u otras organizaciones sociales—, serán sometidos a juicio para obtener la vida eterna. El juicio de las naciones, ahora instituido, es un juicio de los hombres en su capacidad colectiva (religiosa y civil). Las instituciones civiles del mundo han disfrutado de un largo período de poder; y ahora, a medida que los «Tiempos de los Gentiles» llegan a su fin, deben rendir cuentas. Y el juicio del Señor, expresado de antemano por los profetas, es que ninguna de ellas será hallada digna de una renovación de ese período de poder o de una continuación de la vida. El decreto es que se les quitará el dominio, y que aquel a quien le corresponde por derecho tomará el Reino, y las naciones le serán dadas como herencia.–Ezequiel 21:27; Daniel 7:27; Salmos 2:8; Apocalipsis 2:26, 27.

Escuchen la palabra del Señor dirigida a las naciones reunidas ante él para ser juzgadas: «Acérquense, naciones, para escuchar; y presten atención, pueblos; que escuche la tierra y todo lo que hay en ella; el mundo y todas las cosas que de él proceden. Porque la indignación del Señor está sobre todas las naciones, y su furor sobre todos sus ejércitos». «El Señor es… un rey eterno; ante su ira temblará la tierra, y las naciones no podrán soportar su indignación».

*Vol. I, capítulo 8.

«Llegará un estruendo hasta los confines de la tierra, pues el Señor tiene una contienda con las naciones. Así dice el
Señor de los ejércitos: He aquí, el mal se extenderá de nación en nación, y se levantará un gran torbellino [angustia y conmoción intensas y complicadas] desde los confines de la tierra. Y los muertos del Señor serán en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de la tierra». «Esperadme —dice el Señor— hasta el día en que me levante para tomar el botín; porque mi propósito es reunir a las naciones, para que pueda congregar los reinos, a fin de derramar sobre ellos mi indignación, sí, toda mi ira ardiente; pues toda la tierra [el orden social actual] será devorada por el fuego de mi celos. Porque entonces [después de eso] daré al pueblo una lengua pura, para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan de común acuerdo». –Isaías 34:1, 2; Jeremías 10:10; 25:31-33; Sofonías 3:8,
9; Lucas 21:25.

Ya hemos demostrado* que el tiempo está cerca y que los acontecimientos del día de Jehová se nos echan encima en este mismo momento. Unos pocos años más serán necesarios para que maduren los elementos que ahora actúan en dirección a la tribulación predicha; y, según la palabra segura de la profecía, la generación actual será testigo de la terrible crisis y atravesará el conflicto decisivo.

No es nuestro propósito, al llamar la atención sobre este tema, causar mera sensación ni satisfacer una curiosidad ociosa. Tampoco podemos esperar producir en el corazón de los hombres ese arrepentimiento que provocaría un cambio en el actual orden social, político y religioso de la sociedad, y así evitar la calamidad inminente. La tribulación que se aproxima es inevitable: las poderosas causas están todas en marcha, y ningún poder humano es capaz de detener su funcionamiento y su avance hacia el fin seguro; los efectos deben producirse tal como el Señor lo previó y predijo. Ninguna mano, salvo la mano de Dios

*Vol. II.

podría detener el avance de la corriente actual de los acontecimientos; y su mano no lo hará hasta que las amargas experiencias de este conflicto hayan grabado su lección en los corazones de los hombres.

El objetivo principal de este volumen no es, por lo tanto, iluminar al mundo, que solo puede apreciar la lógica de los acontecimientos y no aceptará otra cosa; sino advertir, preparar, consolar, alentar y fortalecer a «la familia de la fe», para que no se desanimen, sino que estén en plena armonía y simpatía incluso con las medidas más severas de la disciplina divina en el castigo del mundo, viendo por fe el glorioso resultado en los preciosos frutos de la justicia y la paz duradera.

El día de la venganza está naturalmente relacionado con el propósito benévolo de su permiso divino, que es el derrocamiento de todo el orden actual de las cosas, como preparación para el establecimiento permanente del Reino de Dios en la tierra, bajo Cristo, el Príncipe de la Paz.

El profeta Isaías (63:1-6), situándose al final de la cosecha de la edad evangélica, contempla a un poderoso Conquistador, glorioso en su vestidura (revestido de autoridad y poder), que cabalga victorioso sobre todos sus enemigos, con cuya sangre están manchadas todas sus vestiduras. Se pregunta quién es ese maravilloso forastero, diciendo: «¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras teñidas de Bozra? ¿Este que es glorioso en su atuendo, que marcha en la grandeza de su fuerza?».

Edom, como se recordará, fue el nombre que se le dio a Esaú, el hermano gemelo de Jacob, después de que vendiera su primogenitura. (Gén. 25:30-34) Posteriormente, el nombre se aplicó tanto al pueblo descendiente de él como al país en el que se establecieron. (Véase Génesis 25:30; 36:1; Números 20:18, 20, 21; Jeremías 49:17.) Por consiguiente, el nombre de Edom es un símbolo apropiado de una clase que, en este

época, ha vendido de manera similar su primogenitura; y eso, además, a cambio de algo tan insignificante como el plato de lentejas que influyó en Esaú. Los profetas utilizan con frecuencia este nombre para referirse a ese gran número de cristianos profesos a la que a veces se llama «el mundo cristiano» —y «la cristiandad»— (es decir, el Reino de Cristo), nombres que las personas reflexivas deberían reconocer fácilmente como denominaciones erróneas, que delatan una gran falta de comprensión del verdadero objetivo y carácter del Reino de Cristo, así como del tiempo y la forma establecidos para su establecimiento. Son simplemente denominaciones jactanciosas que tergiversan la verdad. ¿Es el mundo realmente cristiano todavía? ¿O lo es siquiera esa parte del mismo que reclama ese nombre? —¿las naciones de Europa y América?— Escucha el estruendo de los cañones, el paso de las huestes en formación, el estruendo de los proyectiles al estallar, los gemidos de los oprimidos y los murmullos de las naciones airadas, que con énfasis ensordecedor responden: ¡No! ¿Constituyen estos el Reino de Cristo —una verdadera cristiandad? ¿Quién, en realidad, se atreverá a asumir la carga de *la prueba* de una proposición tan monstruosa? La falacia de esa afirmación jactanciosa es tan palpable que cualquier intento de demostrarla disiparía tan por completo el engaño que nadie que desee perpetuarlo se atrevería a emprenderlo.

La idoneidad del nombre simbólico «Edom» al aplicarse a la cristiandad es muy evidente. Las naciones de la llamada cristiandad han gozado de privilegios por encima de todas las demás naciones, ya que a ellas, al igual que a los israelitas de la época anterior, se les han confiado los oráculos de Dios. Como resultado de las influencias iluminadoras de la Palabra de Dios, tanto directa como indirectamente, han llegado a estas naciones todas las bendiciones de la civilización; y la presencia en medio de ellas de unos pocos santos (un «pequeño rebaño»), que se desarrolló
bajo su influencia, ha sido como «la sal de la tierra», preservándola en cierta medida de la corrupción moral total. Y estos, con sus ejemplos piadosos y con su energía

al proclamar la Palabra de vida, han sido "la luz del mundo", mostrando a los hombres el camino de regreso a Dios y a la justicia. Pero solo unos pocos en todas estas naciones favorecidas han hecho un uso adecuado de sus ventajas, las cuales les han llegado como herencia por haber nacido en tierras tan bendecidas con las influencias de la Palabra de Dios, tanto directas como indirectas.

Al igual que Esaú, las masas de la cristiandad han vendido su primogenitura de ventaja especial y peculiar. Por «masas» nos referimos no solo a la parte agnóstica de la misma, sino también a la gran mayoría de los profesos mundanos de la religión de Cristo, que son cristianos solo de nombre, pero a quienes les falta la vida de Cristo en su interior. Estos han preferido las migajas de las ventajas terrenales presentes a todas las bendiciones de la comunión y la hermandad con Dios y Cristo, y a la gloriosa herencia con Cristo prometida a quienes siguen fielmente sus huellas de sacrificio. Estos, aunque son *nominalmente* el pueblo de Dios —el Israel espiritual nominal de la edad evangélica, del cual «Israel según la carne» en la era judía era un tipo—, en realidad
tienen poco o ningún respeto por las promesas de Dios. Estos, aunque son en verdad una hueste poderosa, que lleva el nombre de Cristo y se presenta ante el mundo como la Iglesia de Cristo; aunque han construido grandes organizaciones que representan diversos cismas en el cuerpo profesado de Cristo; aunque han escrito volúmenes masivos de «*teología no* sistemática» y han fundado numerosos colegios y seminarios para la enseñanza de estos; y aunque han realizado «muchas obras maravillosas» en el nombre de Cristo, que, sin embargo, a menudo fueron contrarias a las enseñanzas de su Palabra; estos constituyen la clase de Edom que ha vendido su primogenitura. La clase incluye a casi toda la «cristiandad» —todos los criados en las llamadas tierras cristianas, que no se han valido de los privilegios y bendiciones del Evangelio de Cristo y se han conformado

sus vidas a ello. El resto son los pocos individuos justificados, consagrados y fieles que están unidos a Cristo por una fe viva, y que, como «pámpanos», permanecen en Cristo, la Vid Verdadera. Estos constituyen el verdadero Israel de Dios —israelitas de verdad, en quienes no hay engaño.

El Edom simbólico de la profecía de Isaías corresponde a la Babilonia simbólica del Apocalipsis y de las profecías de Isaías, Jeremías y Ezequiel. Así, el Señor designa y describe ese gran sistema al que los hombres atribuyen el nombre engañoso de «cristiandad» —el Reino de Cristo—. Así como toda la tierra de Edom simboliza toda la «cristiandad», su capital, Bozra, representaba el eclesiasticismo, la principal ciudadela de la cristiandad. El profeta presenta al Señor como un guerrero victorioso que lleva a cabo una gran matanza en Edom, y especialmente en Bozra. El nombre Bozra significa «redil». Bozra sigue siendo conocida hasta hoy por sus cabras, y se dice que la matanza de este día de venganza es de los «corderos y cabras» (Isaías 34:6). Las
cabras corresponderían a la «cizaña», mientras que los corderos representarían a los santos de la tribulación (Ap. 7:14; 1 Cor. 3:1) que descuidaron aprovechar las oportunidades que se les concedieron, y no corrieron de tal manera que obtuvieran el premio de su alto llamamiento; y quienes, por lo tanto, aunque no fueron rechazados por el Señor, no fueron considerados dignos de escapar de la tribulación como «ovejas» maduras —llamadas, escogidas y fieles—.

La respuesta a la pregunta del profeta —«¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras teñidas de Bozra?» (Isaías 63:1)— es: «Yo, que hablo con justicia, poderoso para salvar». Es el mismo Poderoso descrito por el Revelador (Ap. 19:11-16), el «Rey de reyes y Señor de señores, el Ungido de Jehová, nuestro bendito Redentor y
Señor Jesús».

Para nuestra información, el profeta indaga más a fondo, diciendo: «¿Por qué estás rojo en tus vestiduras, y tus

como el que pisa el lagar?» Escucha la respuesta: «Yo solo he pisado el lagar; y de entre el pueblo no había nadie conmigo; pues los pisaré en mi ira y los aplastaré en mi furor; y su sangre se rociará sobre mis vestiduras y sobre todo mi atuendo. Porque el día de la venganza está en mi corazón, y ha llegado el año de mis redimidos. Y miré, y no había nadie que ayudara, y me extrañé de que no hubiera nadie que me sostuviera; por eso mi propio brazo [poder] me ayudó; y mi furia, esta fue la que me sostuvo. Y pisotearé a los pueblos en mi ira, . . . derribaré a la tierra su fuerza victoriosa». Y el Revelador añade: «Él pisa el lagar del furor y de la ira del Dios Todopoderoso». – Apocalipsis 19:15.

El pisado del lagar es la última etapa de la obra de la cosecha. Primero se lleva a cabo toda la siega y la recolección. Así que este pisado del lagar de la ira de Dios, en el que se arroja «la vid de la tierra» —(la vid falsa que se ha apropiado indebidamente del nombre de cristiano y del Reino de Cristo)— cuando sus racimos inicuos están completamente maduros (Ap. 14:18-20), representa la última labor de este período de «cosecha» lleno de acontecimientos.* Esto nos presenta en nuestra mente los últimos aspectos del gran tiempo de angustia que afectará a todas las naciones, y sobre el cual se nos advierte tan abundantemente en las Escrituras.

El hecho de que se represente al Rey de reyes pisando el lagar «solo» indica que el poder ejercido para el derrocamiento de las naciones será poder divino, y no mera energía humana. Será el poder de Dios el que castigará a las naciones, y el que finalmente «llevará el juicio [justicia, rectitud, verdad] a la victoria». «Él
herirá la tierra con la vara de su boca; y con el aliento de sus labios [la fuerza y el espíritu de su verdad] matará a los impíos».--- (Isaías 11:4; Apocalipsis 19:15; Salmos 98:1) A ningún mando militar humano pueden atribuirse los honores de

---

la venida

*Vol. III, Capítulo 6.

victoria de la verdad y la justicia. Salvaje será el conflicto de las naciones airadas, y mundial será el campo de batalla y la angustia de las naciones; y no se encontrará ningún Alejandro, César o Napoleón humano que pueda poner orden en medio de la terrible confusión. Pero al final se sabrá que la gran victoria de la justicia y la verdad, y el castigo de la iniquidad con su merecido, fueron logrados por el poderoso poder del Rey de reyes y Señor de señores.

Todas estas cosas se cumplirán en los últimos días de la edad evangélica, porque, como afirma el Señor por medio del Profeta (Isaías 63:4; 34:8): «Ha llegado el año de mis redimidos», y «es el día de la venganza del Señor, y
el año de las recompensas por la controversia de Sion». A lo largo de toda la edad evangélica, el Señor ha tomado nota de la controversia, la lucha y la contienda en la Sion nominal. Ha observado cómo los santos fieles han tenido que luchar por la verdad y la justicia, e incluso sufrir persecución por causa de la justicia a manos de quienes se les oponían en nombre del Señor; y por sabios propósitos, el Señor se ha abstenido hasta ahora de intervenir; pero ahora ha llegado el día de las recompensas, y el Señor tiene una controversia con ellos, como está escrito: "Porque el Señor tiene una controversia con los habitantes de la tierra, pues no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. Al jurar, mentir, matar, robar y cometer adulterio, se desatan, y la sangre toca a la sangre. Por lo tanto, la tierra se lamentará, y todo aquel que habite en ella languidecerá. (Os.
4:1-3) Esta profecía, tan cierta en su cumplimiento sobre el Israel carnal, lo es doblemente en su aplicación más completa al Israel espiritual nominal: la cristiandad.

«Llegará un estruendo hasta los confines de la tierra, pues el Señor tiene una contienda con las naciones; él entrará en juicio con toda la carne; entregará a los impíos a

la espada, dice el Señor». «Escuchad ahora lo que dice el Señor, . . . Escuchad, oh montañas [reinos], la contienda del Señor, y vosotros, [hasta ahora] cimientos fuertes de la tierra [sociedad]; porque el Señor tiene una contienda con su pueblo [profesante]», «Él entregará a los impíos a la espada», –Jer. 25:31; Miqueas 6:1, 2.

Escuchen nuevamente al profeta Isaías respecto a esta controversia: «Acérquense, naciones, para escuchar; y presten atención, pueblos; que escuche la tierra y todo lo que hay en ella: el mundo y todas las cosas que de él proceden [todas las cosas egoístas y malvadas que provienen del espíritu del mundo]. Porque la indignación del Señor está sobre todas las naciones, y su furia sobre todos sus ejércitos; él los ha [tomando el punto de vista futuro] destruido por completo, los ha entregado a la matanza; . . . y su tierra se empapará de sangre, y su polvo se engrosará con grasa. Porque es el día de la venganza del Señor, y el año de la retribución por la contienda de Sion». –Isaías 34:1, 2, 7, 8.

Así, el Señor golpeará a las naciones y les hará conocer su poder, y librará a su pueblo fiel, que no sigue a las multitudes por el camino del mal, sino que sigue por completo al Señor su Dios en medio de una generación torcida y perversa. E incluso este terrible juicio sobre el mundo, al hacer que las naciones se hagan pedazos como un vaso de alfarero, resultará una valiosa lección para ellas cuando se presenten ante un juicio individual bajo el reinado milenario de Cristo. Así, en su ira, el Señor se acordará de la misericordia.

ESTUDIO II

«LA CONDENACIÓN DE BABILONIA» – «LA CRISTIANDAD» «MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN»

Babilonia – La cristiandad – La ciudad – El imperio – La madre – Las hijas – La condenación de Babilonia – Su terrible significado.

«La ruina de Babilonia que Isaías... vio: Levantad un estandarte sobre el alto monte, alzad en alto vuestra voz hacia ellos, haced señas con la mano para que entren por las puertas de los príncipes.

«He ordenado a mis santificados, también he convocado a mis poderosos por mi ira; a aquellos que se regocijan en mi majestad.

«Vienen de un país lejano, desde el extremo de los cielos, el Señor y las armas de su indignación, para destruir toda la tierra.

«Hay un estruendo de tumulto en las montañas, como el de un gran pueblo; un estruendo tumultuoso de los reinos de las naciones reunidos; el Señor de los ejércitos reúne al ejército de la batalla.

«Lamentaos, porque el Día de Jehová está cerca; vendrá como una destrucción del Todopoderoso. Por eso, todas las manos se debilitarán, y el corazón de todo mortal se derretirá; y tendrán miedo; los dolores y las aflicciones se apoderarán de ellos; tendrán retortijones, como una mujer que da a luz; cada uno se mirará atónito a su prójimo; sus rostros resplandecerán rojos como llamas.

«He aquí, viene el Día de Jehová, terrible en ira y furor ardiente, para asolar la tierra; y destruirá de ella a sus pecadores.

«Porque las estrellas del cielo y sus constelaciones no darán su luz; el sol se oscurecerá al salir, y la luna no derramará su luz.

«Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; haré cesar la arrogancia de los soberbios, y humillaré la altivez de los tiranos. Haré al hombre más precioso que el oro fino; sí, al hombre más que la cuña de oro

de Ofir. Por eso sacudiré los cielos, y la tierra será removida de su lugar, en la ira del Señor de los ejércitos, en el día de su furor ardiente. –Isaías 13:1-13. Compárese con Apocalipsis 16:14; Heb. 12:26-29.

«También pondré el juicio en la cuerda y la justicia en la plomada; y el granizo barrerá el refugio de la mentira, y las aguas desbordarán el escondrijo».-----Isaías 28:17.

Las diversas profecías de Isaías, Jeremías, Daniel y el Apocalipsis relativas a Babilonia están todas en pleno acuerdo y se refieren manifiestamente a la misma gran ciudad. Y dado que estas profecías tuvieron un cumplimiento muy limitado en la antigua ciudad literal, y que las del Apocalipsis fueron escritas siglos después de que la Babilonia literal quedara en ruinas, es claro que la referencia *especial* de todos los profetas es a algo de lo cual la antigua Babilonia literal era una ilustración. También es evidente que, en la medida en que las profecías de Isaías y Jeremías sobre su caída se cumplieron en la ciudad literal, esta se convirtió, tanto en su caída como en su carácter, en una ilustración de la gran ciudad a la que el Revelador alude en el lenguaje simbólico del Apocalipsis (capítulos 17 y 18), y a la que se refieren principalmente los demás profetas.

Como ya se ha insinuado, lo que hoy se conoce como la cristiandad es el antitipo de la antigua Babilonia; y, por lo tanto, las solemnes advertencias y predicciones de los profetas contra Babilonia —la cristiandad— son asuntos de la más profunda preocupación para la generación actual. ¡Ojalá los hombres fueran lo suficientemente sabios como para tomarlas en cuenta! Aunque en las Escrituras se aplican otros nombres simbólicos a la cristiandad, como Edom, Efraín, Ariel, etc., este término, «Babilonia», es el que se utiliza con mayor frecuencia, y su significado —confusión— resulta notablemente apropiado. El apóstol Pablo también señala un Israel nominal y espiritual en contraposición a un Israel nominal y carnal (véase 1 Cor. 10:18; Gál. 6:16; Rom. 9:8); y

asimismo existe una Sión nominal y espiritual, y una Sión nominal y carnal. (Véase Isaías 33:14; Amós 6:1.) Pero examinemos algunas de las maravillosas correspondencias entre la cristiandad y Babilonia, su tipo típico, incluyendo el testimonio directo de la Palabra de Dios sobre el tema. Luego observaremos la actitud actual de la cristiandad y los indicios actuales de su destino predicho.

El Revelador dio a entender que no sería difícil descubrir esta gran ciudad mística, porque su nombre está *en su frente*; es decir, está marcada de manera prominente, de modo que no podemos dejar de verla a menos que cerremos los ojos y nos neguemos a mirar: «Y *en su frente* tenía escrito un nombre: Misterio, Babilonia la Grande, la Madre de las Rameras y de las abominaciones de la tierra» (Apocalipsis 17:5). Pero antes de fijarnos
esta Babilonia mística, observemos primero la Babilonia típica y luego, con sus rasgos más destacados en mente, busquemos el antitipo.

El nombre «Babilonia» se aplicaba no solo a la capital del imperio babilónico, sino también al imperio mismo. Babilonia, la capital, era la ciudad más magnífica, y probablemente la más grande, del mundo antiguo. Estaba construida en forma de cuadrado a ambos lados del río Éufrates; y, para protegerse de los invasores, estaba rodeada por un foso profundo lleno de agua y encerrada dentro de un vasto sistema de murallas dobles, de treinta y dos a ochenta y cinco pies de espesor, y de setenta y cinco a trescientos pies de altura. En la parte superior había torres bajas, de las que se dice que eran doscientas cincuenta, ubicadas a lo largo de los bordes exterior e interior de la muralla, torre frente a torre; y en estas murallas había cien puertas de bronce, veinticinco a cada lado, que correspondían al número de calles que se cruzaban entre sí en ángulo recto. La ciudad estaba adornada con espléndidos palacios y templos, así como con el botín de las conquistas.

Nabucodonosor fue el gran monarca del imperio babilónico, cuyo largo reinado abarcó casi la mitad del período de su existencia, y a él se debía principalmente su grandeza y gloria militar. La ciudad se distinguía por su riqueza y magnificencia, lo cual trajo consigo una degradación moral correspondiente, precursora segura de su declive y caída. Estaba totalmente entregada a la idolatría y estaba llena de iniquidad. El pueblo adoraba a Baal, a quien ofrecía sacrificios humanos. La profunda degradación de su idolatría puede entenderse a partir de la reprensión de Dios a los israelitas cuando se corrompieron al entrar en contacto con ellos. –Véase Jer. 7:9; 19:5.

El nombre tiene su origen en el fracaso del plan de la gran torre, llamada Babel (confusión), porque allí Dios confundió el lenguaje humano; pero la etimología nativa dio lugar al nombre Babil, el cual, en lugar de ser despectivo y un recordatorio del descontento del Señor, significaba para ellos: «la puerta de Dios».

La ciudad de Babilonia alcanzó una posición de prominencia y riqueza como capital del gran imperio babilónico, y fue llamada «la ciudad dorada», «la gloria de los reinos y la belleza de la excelencia de los caldeos». —Isaías 13:19; 14:4.

A Nabucodonosor le sucedió en el trono su nieto Belsasar, bajo cuyo reinado se produjo el colapso que el orgullo, la abundancia de pan y la ociosidad siempre aseguran y aceleran. Mientras el pueblo, ajeno al peligro inminente, seguía el ejemplo de su rey y se entregaba a excesos demoralizantes, el ejército persa, al mando de Ciro, se infiltró sigilosamente por el cauce del Éufrates (del cual habían desviado las aguas), masacró a los juerguistas y tomó la ciudad. Así se cumplió la profecía de aquella extraña escritura en la pared —*«Mene, Mene, Tekel, Upharsin»*— que Daniel había interpretado apenas unas horas

antes como: «Dios ha contado tu reino y le ha puesto fin. Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto. Tu reino ha sido dividido y entregado a los medos y a los persas». Y tan completa fue la destrucción de esa gran ciudad que incluso su ubicación quedó en el olvido y durante mucho tiempo fue incierta.

Así era la ciudad típica; y, como una gran piedra de molino arrojada al mar, se hundió hace siglos, para no volver a surgir jamás; incluso su recuerdo se ha convertido en un reproche y en un ejemplo de desdicha. Ahora busquemos su antitipo, observando primero que las Escrituras lo señalan claramente y, luego, notando la pertinencia del simbolismo.

En la profecía simbólica, una «ciudad» significa un gobierno religioso respaldado por poder e influencia. Así, por ejemplo, la «ciudad santa, la nueva Jerusalén», es el símbolo
que se utiliza para representar el Reino de Dios establecido, los vencedores de la Iglesia del Evangelio exaltados y reinando en gloria. La Iglesia también es, y en el mismo contexto, representada como una mujer, «la novia, la esposa del Cordero, en
poder y gloria, y respaldada por el poder y la autoridad de Cristo, su esposo. "Y vino a mí uno de los siete ángeles diciendo: Ven aquí, *te mostraré*
a la novia, la esposa *del Cordero*». Y *me mostró aquella gran ciudad, la santa Jerusalén*». —Ap. 21:9, 10.

Este mismo método de interpretación se aplica a la Babilonia mística, el gran reino eclesiástico, «esa gran ciudad»---- (Ap. 17:1-6), que se describe como una ramera, una mujer caída (una iglesia apóstata —pues la verdadera Iglesia es virgen—), exaltada al poder y al dominio, y respaldada, en gran medida, por los reyes de la tierra, los poderes civiles, los cuales están todos más o menos embriagados con su espíritu y su doctrina. La iglesia apóstata perdió su pureza virginal. En lugar de esperar, como una virgen prometida y casta, la exaltación con el Esposo celestial, ella

se asoció con los reyes de la tierra y prostituyó su pureza virginal —tanto en doctrina como en carácter— para adaptarse a las ideas del mundo; y a cambio recibió, y ahora ejerce en cierta medida, un dominio actual, en gran parte gracias a su apoyo, directo e indirecto. Esta infidelidad hacia el Señor, cuyo nombre ella reivindica, y hacia su alto privilegio de ser la «virgen casta» desposada con Cristo, es la razón de la denominación simbólica de «ramera», mientras que su influencia como
imperio sacerdotal, lleno de inconsistencias y confusión, se representa simbólicamente bajo el nombre de Babilonia, que, en su sentido más amplio —tal como lo simboliza el imperio babilónico—, reconocemos de inmediato como la cristiandad; mientras que en su sentido más restringido —tal como lo simboliza la antigua ciudad de Babilonia—, reconocemos que se trata de la Iglesia cristiana *nominal*.

El hecho de que la cristiandad no acepte el término bíblico «Babilonia» y su significado —la confusión— como aplicable a
ella, no es prueba de que no sea así. Tampoco la antigua Babilonia reivindicaba el significado bíblico: «confusión». La antigua Babilonia se atribuía ser la mismísima «puerta de Dios»; pero Dios la calificó de «confusión» (Génesis 11:9); y lo mismo ocurre hoy con su antitipo. Ella se autodenomina cristiandad, la puerta de entrada a Dios y a la vida eterna, mientras que Dios la llama Babilonia: «confusión».

Los protestantes han afirmado de manera muy general y muy acertada que el nombre «Babilonia» y la descripción profética se aplican al papado, aunque recientemente una actitud más conciliadora se muestra menos inclinada a aplicarlo así. Por el contrario, ahora las sectas del protestantismo hacen todo lo posible por conciliar e imitar a la Iglesia de Roma, y por afiliarse y cooperar con ella. Al hacerlo, se vuelven parte integrante de ella, al tiempo que justifican su proceder y llenan la medida de sus iniquidades, con la misma certeza con que los escribas y fariseos llenaron la medida de sus padres, quienes mataron a los profetas. (Mateo

23:31, 32) Todo esto, por supuesto, ni los protestantes ni los papistas están dispuestos a admitirlo, porque al hacerlo se estarían condenando a sí mismos. Y este hecho lo reconoce el Revelador, quien muestra que todos los que deseen obtener una visión verdadera de Babilonia deben, en el espíritu, situarse junto al verdadero pueblo de Dios «en el desierto» —en una condición de separación del mundo, de las ideas mundanas y de las meras formas de piedad, y en una condición de consagración total, fidelidad y dependencia exclusivas de Dios—. «Así que me llevó en el espíritu *al desierto*; y vi a una mujer, . . . Babilonia». —Ap. 17:1-5.

Y dado que los reinos del mundo civilizado se han sometido a ser dominados en gran medida por la influencia de los grandes sistemas eclesiásticos, especialmente el papado, aceptando de ellos la denominación de «naciones cristianas» y «cristiandad», y aceptando bajo su autoridad la doctrina del derecho divino de los reyes, etc., también se vinculan con la gran Babilonia y se convierten en parte de ella, de modo que, al igual que en el típico ejemplo, donde el nombre «Babilonia» se aplicaba no solo a la ciudad, sino también a todo el imperio, aquí también el término simbólico «Babilonia» se aplica no solo a las grandes organizaciones religiosas, papales y protestantes, sino también, en su sentido más amplio, a toda la cristiandad.

Por lo tanto, este día de juicio sobre la Babilonia mística es el día de juicio sobre todas las naciones de la cristiandad; sus calamidades afectarán a toda la estructura —civil, social y religiosa—; y los individuos se verán afectados por ellas en la medida de su interés y dependencia de sus diversas organizaciones y estructuras.

Las naciones fuera de la cristiandad también sentirán el peso de la mano severa de la retribución, ya que también están, en cierta medida, vinculadas a las naciones de la cristiandad por diversos intereses, comerciales y de otra índole; y con toda justicia, además, ya que tampoco han sabido apreciar la luz que tienen

visto, y han amado las tinieblas más que la luz, porque sus obras eran malas. Así, como declaró el Profeta: «Toda la tierra [la sociedad] será devorada por el fuego de los celos de Dios» (Sof. 3:8); pero contra Babilonia, la cristiandad,
debido a su mayor responsabilidad y al mal uso de los favores recibidos, arderá con la ferocidad de su ira e indignación. (Jer. 51:49) "Al ruido de la toma de Babilonia se conmueve la tierra, y se oye el clamor entre las naciones". –Jer. 50:46.

BABILONIA: LA MADRE Y LAS HIJAS

Pero algunos cristianos sinceros, que aún no se han dado cuenta del declive del protestantismo y que no comprenden la relación de las diversas sectas con el papado, aunque perciben la inquietud y los trastornos doctrinales en todos los sistemas religiosos, tal vez sigan preguntándose con ansiedad: «Si toda la cristiandad va a verse envuelta en la condenación de Babilonia, ¿qué será del protestantismo, fruto de la Gran Reforma?». Esta es una pregunta importante; pero que el lector considere que el protestantismo, tal como existe hoy, no es el resultado de la Gran Reforma, sino de su declive; y ahora comparte en gran medida la disposición y el carácter de la Iglesia de Roma, de la cual surgieron sus diversas ramas. Las diversas sectas protestantes (y lo decimos con todo el respeto debido a unas pocas almas devotas que hay en su seno, a quienes el Señor designa como *«trigo»,* en contraposición al número abrumador de «cizaña»...) son las verdaderas hijas de ese sistema degenerado de cristianismo nominal, el papado, al que la Apocalipsis hace referencia al aplicarle el nombre de «Madre de las rameras». (Ap. 17:5)
Y no pase desapercibido que tanto los romanistas como los protestantes reconocen ahora abiertamente la relación de madre e hijas: los primeros se autodenominan continuamente la Santa Madre Iglesia, y los segundos, con complacencia, respaldan la idea, como lo demuestran muchas declaraciones públicas

de destacados clérigos y laicos protestantes. Así, disfrutan de su vergüenza, aparentemente sin prestar atención al estigma que de este modo aceptan de la Palabra de Dios, la cual designa al papado como «la madre de las rameras». Tampoco el papado, al reivindicar su oficio de maternidad, parece haber cuestionado jamás su derecho a ese título, ni haber considerado su incompatibilidad con su afirmación de seguir siendo la única iglesia verdadera, a la que las Escrituras designan como *una* «virgen» desposada con Cristo. Sus reconocidas pretensiones de maternidad son motivo de vergüenza eterna tanto para ella misma como para su descendencia. La verdadera Iglesia, a la que Dios reconoce, pero que el mundo no conoce, sigue siendo virgen; y de su estado puro y santo nunca han surgido sistemas derivados. Ella sigue siendo una virgen casta, fiel a Cristo y querida por él como la niña de sus ojos. (Zac. 2:8; Sal. 17:6, 8) La verdadera Iglesia no puede señalarse en ningún lado *como una comunidad* de la que se haya separado toda la cizaña, sino que consiste únicamente en el verdadero «trigo», y todos ellos son conocidos por Dios, ya sea que el mundo los reconozca o no.

Pero veamos cómo los sistemas protestantes sostienen esta relación de hijas con el papado. Puesto que el papado, la madre, no es un solo individuo, sino un gran sistema religioso, de acuerdo con el símbolo, cabría esperar ver otros sistemas religiosos que respondieran a la ilustración de hijas de carácter similar —no, por supuesto, tan antiguas, ni necesariamente tan depravadas como el papado—, pero, no obstante, «rameras» en el mismo sentido; es decir, sistemas religiosos que afirman ser la virgen prometida o la novia de Cristo, y sin embargo buscan el favor y reciben el apoyo del mundo, a costa de la deslealtad hacia Cristo.

Las diversas organizaciones protestantes se ajustan plenamente a esta descripción. Son los grandes sistemas hijos.

Como ya se ha señalado*, el nacimiento de estos diversos sistemas «hijas» se produjo en relación con las reformas de la

*Vol. III, p. 112.

corrupciones de la Iglesia madre. Los sistemas derivados se separaron de la madre en circunstancias de dolor y nacieron vírgenes. Sin embargo, no solo contaban con verdaderos reformadores, sino que también incluían a muchos que aún conservaban el espíritu de la madre y heredaron muchas de sus falsas doctrinas y teorías; y no tardaron en caer en muchas de sus malas prácticas y demostrar que su carácter se ajustaba al estigma profético: «rameras».

Pero no se olvide que, si bien los diversos movimientos de reforma realizaron una valiosa labor en la «purificación del santuario», solo la clase del templo, la clase del santuario, ha sido siempre la verdadera Iglesia, a los ojos de Dios. Los grandes sistemas humanos llamados iglesias nunca han sido más que la Iglesia *de nombre*. Todos ellos pertenecen a un sistema falso que falsifica, tergiversa y oculta al mundo la verdadera Iglesia, la cual está compuesta únicamente por creyentes plenamente consagrados y fieles, que confían en el mérito del único gran sacrificio por los pecados. Estos se encuentran dispersos aquí y allá, tanto dentro como fuera de estos sistemas humanos, pero siempre separados de su espíritu mundano. Son la «clase del trigo» de la parábola de nuestro Señor, claramente
distinguido por él de la "cizaña". Al no comprender el verdadero carácter de estos sistemas, como individuos han caminado humildemente con Dios, tomando su Palabra como su consejero y el espíritu como su guía. Tampoco se han sentido nunca a gusto en la Sión nominal, donde a menudo han observado con dolor que el espíritu del mundo, actuando a través del elemento no reconocido de la «cizaña», ponía en peligro la prosperidad espiritual. Son los afligidos benditos de Sión, a quienes Dios ha concedido «belleza en lugar de cenizas, y aceite de gozo en lugar de luto» (Mateo 5:4; Isaías 61:3). Es solo en este
tiempo de la "cosecha" que se produce la separación de esta clase del "elemento de la cizaña"; pues era el propósito del Señor "dejar que
crecieran juntos hasta la cosecha [el tiempo en el que ahora vivimos]». –Mateo 13:30

Ahora surge la pregunta: ¿Por qué Dios no envió su Reino antes? ¿Por qué es necesario el Armagedón? Respondemos que Dios tiene sus propios tiempos y estaciones, y que Él ha designado el Gran Séptimo Día de Mil Años para el reinado de Cristo. La Sabiduría Divina ha retenido hasta nuestros días el gran conocimiento y la destreza que están generando al mismo tiempo millonarios y descontentos. Si Dios hubiera levantado el velo de la ignorancia mil años antes, el mundo se habría encaminado hacia el Armagedón mil años antes. Dios no trajo estas cosas antes del tiempo presente porque su Plan tiene varias partes, todas las cuales están convergiendo al mismo tiempo. En su bondad, Dios veló los ojos de la humanidad hasta que la reunión para el Armagedón precediera inmediatamente al momento en que el Mesías tomara para sí su gran poder y comenzara su reinado. —Ap. 11:17, 18.

La actitud del pueblo de Dios debe ser de gran agradecimiento hacia el Dador de todo bien. Deben prepararse para la gran tormenta que se avecina y mantenerse muy tranquilos, sin interesarse indebidamente ni por el bando de los ricos ni por el de los pobres. Sabemos de antemano que el Señor está del lado del pueblo. Es Él quien librará la batalla del Armagedón, y su instrumento será ese ejército peculiar: todas las clases sociales. Cuando llegue este gran «terremoto» de revolución social, no será solo un puñado de anarquistas, sino un levantamiento del pueblo para liberarse del gran poder que lo está estrangulando. El egoísmo es la raíz de todo este asunto.

TODAVÍA NO, PERO PRONTO

Durante cuarenta años, las fuerzas del Armagedón se han estado reuniendo en ambos bandos del conflicto. Las huelgas, los cierres patronales y los disturbios, grandes y pequeños, han sido meras escaramuzas incidentales a medida que los beligerantes se cruzan en el camino. Los escándalos judiciales y militares en Europa, así como los de seguros, consorcios y tribunales en Estados Unidos, han sacudido la confianza del público. Los complots con dinamita, atribuidos alternativamente a los empleados y a los empleadores, han tendido a hacer que cada uno desconfíe del otro. Los sentimientos de amargura y enojo en ambos bandos son cada vez más

Este carácter difuso, asumido desde el principio por los diversos movimientos reformistas y que gradualmente dio lugar a organizaciones sectarias, persiste hasta el día de hoy; y cuanto más crecen estas organizaciones en riqueza, número e influencia, más se alejan de la virtud cristiana y desarrollan la arrogancia de su madre. Unos pocos cristianos sinceros en las diversas sectas observan esto en cierta medida, y con vergüenza y dolor lo confiesan y lo lamentan. Ven que las diversas organizaciones sectarias hacen todo lo posible por complacer al mundo, ganarse su favor y asegurarse su patrocinio. Edificios eclesiásticos elegantes y costosos, agujas altísimas, campanas que repican, grandes órganos, mobiliario refinado, coros artísticos, oradores refinados, ferias, festivales, conciertos, obras de teatro, loterías y diversiones y pasatiempos cuestionables se organizan con el fin de asegurarse la aprobación y el apoyo del mundo. Las grandiosas y sanas doctrinas de Cristo quedan relegadas a un segundo plano, mientras que las falsas doctrinas y los temas sensacionalistas ocupan su lugar en el púlpito; la verdad es ignorada y olvidada, y se pierde el espíritu de ella. ¡En estos aspectos, cuán fielmente se asemejan las hijas a la organización madre!

Como una de las numerosas evidencias de la libertad e incluso del orgullo con que se reconoce esta relación de las sectas protestantes con el papado, presentamos los siguientes comentarios de un clérigo presbiteriano, citados de uno de sus sermones tal como lo publicó la prensa diaria. El señor dijo:

«Por mucho que les moleste, deben admitir que esta (la Iglesia católica) es la *Iglesia Madre.* Posee una historia ininterrumpida que se remonta a la época de los apóstoles. [Sí, ahí es donde comenzó la apostasía. 2 Tes. 2:7, 8] *Por cada fragmento de verdad religiosa que atesoramos, le estamos en deuda a ella como depositaria.* Si ella no tiene derecho a ser considerada la verdadera Iglesia, entonces somos *bastardos y no hijos.*

«¡Hablar de misioneros para trabajar entre los romanistas! Preferiría pensar en enviar misioneros entre los metodistas, los episcopalianos, los presbiterianos unidos y los luteranos con el propósito de convertirlos en presbiterianos».

Sí, casi todos los errores doctrinales que los protestantes defienden con tanta tenacidad los trajeron consigo desde Roma, aunque, más allá de los errores graves del papado —como el sacrificio de la misa, la adoración a los santos, a la Virgen María y a las imágenes, la confesión auricular, la concesión de indulgencias, etc.—, cada uno de los movimientos de reforma logró avances considerables. ¡Pero, ay!, los protestantes de hoy no solo están dispuestos, sino ansiosos, por hacer casi cualquier concesión para asegurarse el favor y la ayuda de la vieja «madre de cuya tiranía y villanía huyeron sus padres
hace tres siglos. Incluso aquellos principios de verdad que al principio constituyeron el fundamento de la protesta están siendo gradualmente olvidados o abiertamente repudiados. La doctrina fundamental misma de la «justificación por la fe» —en el «sacrificio continuo»– está cediendo rápidamente lugar al antiguo dogma papal de la
La justificación por las obras y por el sacrificio sacrílego de la misa.* Y muchos, tanto en los púlpitos como en los bancos de la iglesia, declaran ahora abiertamente que no tienen fe en la eficacia de la preciosa sangre de Cristo como precio de rescate para los pecadores.

Las afirmaciones sobre la sucesión apostólica y la autoridad clerical son expuestas con casi tanta presunción por parte de algunos miembros del clero protestante como por el sacerdocio papal. Y el derecho al juicio privado individual —el principio fundamental mismo de la protesta contra el papado, que condujo a la Gran Reforma— es ahora rechazado con casi la misma vehemencia por los protestantes que por los papistas. Sin embargo, los protestantes son plenamente conscientes de que fue en el ejercicio del derecho al juicio privado que se inició la Reforma y se llevó adelante durante un breve tiempo, aunque más tarde un dominio presuntuoso de líderes reconocidos retrasó las ruedas del progreso y, desde entonces, las ha mantenido estrictamente dentro de la

*Esta última, la misa, entre los episcopalianos —la «Alta Iglesia»— en Gran Bretaña y los Estados Unidos.

y ha impuesto una prohibición a todos los que, sin temor, las traspasan.

Visto así, el protestantismo ya no es una protesta contra la Iglesia madre, como lo fue al principio. Como señaló recientemente un columnista: «El "ismo" sigue con nosotros, pero ¿qué ha sido de la *protesta*?». Los protestantes parecen haber olvidado —pues en realidad lo ignoran— los fundamentos mismos de la protesta original y, como sistemas, se están desviando rápidamente de vuelta hacia los brazos abiertos de la «Santa (?) Iglesia Madre», donde son libremente invitados y se les garantiza una recepción cordial.

«Les tendemos nuestra mano con afecto» (dice el papa León a los protestantes en su famosa* encíclica dirigida "A los príncipes y pueblos de la tierra"), "y los invitamosa la unidad que nunca le ha fallado a la Iglesia católica, y que nunca podrá fallarle. Desde hace mucho tiempo nuestra madre común los ha llamado a su seno; desde hace mucho tiempo todos los católicos del universo los han esperado con la ansiedad del amor fraternal. .
. . Nuestro corazón, más aún que nuestra voz, los llama, queridos hermanos, quienes durante los últimos tres siglos han estado en desacuerdo con nosotros en la fe cristiana».

Una vez más, en su encíclica a la Iglesia romana en América**, el papa León dice: «Nuestros pensamientos se dirigen ahora hacia aquellos que discrepan de nosotros en cuestiones de fe cristiana. .
.¡Cuán preocupados estamos por su salvación; con qué ardor de alma deseamos que por fin sean restaurados al abrazo de la Iglesia, la madre común de todos!
. . Sin duda, no debemos dejarlos a merced de sus caprichos, sino atraerlos con mansedumbre y caridad, utilizando todos los medios de persuasión para inducirlos a examinar detenidamente cada parte de la doctrina católica y a liberarse de las ideas preconcebidas».

Y en su «Carta apostólica al pueblo inglés» (1895) expresa la siguiente oración: «Oh

*1894. **1895

Virgen María, Madre de Dios y nuestra más bondadosa Reina y Madre, mira con misericordia a Inglaterra... Oh Madre dolorosa, intercede por nuestros hermanos separados, para que, junto con nosotros en el único y verdadero redil, puedan unirse al Pastor Supremo, el Vicario de tu Hijo» —es decir, él mismo, el Papa.

Para promover este mismo plan, se han puesto en marcha «Misiones para protestantes» a cargo de los conocidos como los «Padres Paulistas». Estas reuniones se han celebrado y se siguen celebrando en las grandes ciudades. Se llevan a cabo bajo un espíritu de conciliación y explicación; se solicitan preguntas por escrito de los protestantes y se responden públicamente; y se distribuyen gratuitamente folletos para los protestantes. Los protestantes están prácticamente aceptando la postura de Roma y, en realidad, no tienen qué responder; y cualquiera que pueda responder y lo haga, y se refiera a los hechos, es denunciado como un alborotador tanto por los protestantes como por los católicos.

Toda persona inteligente puede ver con qué facilidad el protestantismo está cayendo en la trampa de esta astucia, y cuán perceptiblemente la corriente popular se inclina hacia la Iglesia de Roma, que ciertamente ha cambiado en voz y poder, pero no en su corazón, y que sigue justificando la Inquisición y otros de *sus métodos de la Edad Media* al reclamar su *derecho*, como gobernante de la tierra, a castigar a los herejes a su antojo.

Es claro, por lo tanto, que si bien muchas almas fieles, ignorantes del verdadero estado de las cosas, han adorado a Dios con reverencia y devoción dentro de estos sistemas de Babilonia; sin embargo, esto no altera el hecho de que son, todos y cada uno de ellos, *sistemas* de «ramera». La confusión reina en todos ellos; y el nombre de Babilonia encaja perfectamente con toda la familia: la madre, las hijas y los cómplices, las naciones denominadas «cristiandad». –Ap. 18:7; 17:2-6, 18.

Tengamos presente, pues, que en el gran contexto político-

eclesiásticos que los hombres llaman cristiandad, pero que Dios llama Babilonia, no solo tenemos los cimientos, sino también la superestructura y la cúspide culminante del orden social actual. Esto está implícito en el término generalmente aceptado, «cristiandad», que últimamente se aplica no solo a aquellas naciones que apoyan a las sectas cristianas mediante la legislación y los impuestos, sino también a todas las naciones que muestran tolerancia hacia el cristianismo sin favorecerlo ni apoyarlo de manera definida; como, por ejemplo, estos Estados Unidos.

La doctrina del «derecho divino de los reyes», enseñada o respaldada por casi todas las sectas, es el fundamento del antiguo sistema civil y durante mucho tiempo ha otorgado autoridad, dignidad y estabilidad a los reinos de Europa; y la doctrina del nombramiento y la autoridad divinos del clero ha impedido que los hijos de Dios progresen en las cosas divinas y los ha atado con las cadenas de la superstición y la ignorancia a la veneración y adoración de seres humanos falibles, así como a sus doctrinas, tradiciones e interpretaciones de la Palabra de Dios. Es todo este orden de cosas el que caerá y desaparecerá en la batalla de este gran día: el orden de cosas que durante siglos ha mantenido al pueblo dócil bajo los poderes gobernantes, civiles, sociales y religiosos. Todo esto ha sido con *el permiso* de Dios (no por su designación y aprobación, como ellos afirman). Pero aunque es un mal en sí mismo, ha servido a un buen propósito *temporal* al prevenir la anarquía, que es inconmensurablemente peor, porque los hombres no estaban preparados para hacer algo mejor por sí mismos, y porque aún no había llegado el tiempo del Reino Milenario de Cristo. Por lo tanto, Dios permitió que los diversos engaños ganaran credibilidad a fin de mantener a los hombres bajo control hasta «el tiempo del fin» —el fin de «los tiempos de los gentiles».

LA RUINA DE BABILONIA

En las páginas proféticas podemos leer claramente la ruina de Babilonia, la cristiandad; y no por ello está menos claramente expresada en las señales de los tiempos. Que su destrucción será repentina, violenta y completa se afirma así con contundencia: «Y un ángel poderoso tomó una piedra como una gran muela de molino y la arrojó al mar, diciendo: Así, con violencia, será derribada esa gran ciudad, Babilonia, y nunca más se la encontrará. (Ap. 18:8, 21; Jer. 51:63, 64, 42, 24-26). Y, sin embargo, Daniel (7:26) muestra que iba a sufrir un proceso gradual de consumación: «Pero se sentará el juicio, y le quitarán su dominio, para consumirlo y destruirlo hasta el fin». El *dominio* papal (y gran parte de la abyecta reverencia del pueblo por el eclesiasticismo en general), como ya se ha mostrado*, se derrumbó al comienzo del tiempo del fin —1799—; y aunque el proceso posterior de consumación ha sido lento, y ha habido signos ocasionales de aparente recuperación —que nunca parecieron más halagadores que en la actualidad—, la certeza de la destrucción final del papado es absoluta, y su agonía será violenta. Sin embargo, primero debe recuperar parte de su prestigio de antaño, el cual compartirá con una asociación confederada de sus hijas. Juntas serán elevadas, para que juntas puedan ser derribadas violentamente.

Es seguro que el castigo de Babilonia será grande. Está escrito proféticamente que: «La gran Babilonia vino a la memoria de Dios, para darle la copa del vino de la furia de su ira»,---- «Y él ha vengado la sangre de sus siervos de su mano». «Sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus iniquidades. Pagadle tal como ella os pagó, y duplicadle el doble según sus obras; en la copa que ella ha llenado, llenadle el doble. Cuánto haya

*Vol. III, p. 40.

Se ha glorificado y ha vivido en lujos; dadle, pues, tanto tormento y dolor como se merece, pues dice en su corazón: «Me siento como reina, no soy viuda y nunca conoceré el dolor». (Ap. 16:19; 19:2; 18:5-7) Si bien la aplicación más amplia de este lenguaje es, por supuesto, al papado, también incluye a todos los que, en cualquier grado, están en confederación o simpatizan con ella. Todos ellos participarán de sus plagas. (Ap. 18:4) Aunque los reyes de la tierra han odiado a la ramera y la han rechazado (Ap. 17:16), ella sigue diciendo: «Estoy sentada como reina, y no soy viuda», se jacta abiertamente de su derecho a gobernar a las naciones y afirma que pronto recuperará su antiguo poder.

De sus alardes y amenazas, lo siguiente, tomado de una revista católica reciente, es un buen ejemplo:

«El papado recuperará su soberanía temporal, porque es útil y conveniente para la Iglesia. Le da al máximo dirigente de la Iglesia una libertad y un dominio más plenos. El Papa no puede ser súbdito de ningún rey por mucho tiempo. No es propio de su oficio divino serlo. Eso lo limita y restringe su influencia para el bien. Europa ha reconocido esta influencia y se verá obligada a someterse a ella en momentos de mayor necesidad que este. Las convulsiones sociales y la mano roja de la anarquía aún coronarán a León o a su sucesor con la realidad del poder que simboliza el tercer círculo, y que en otro tiempo fue reconocido universalmente».

Sí, a medida que se acerque el día de la tribulación, el eclesiasticismo se esforzará por utilizar cada vez más su poder e influencia para asegurar su propio bienestar político, mediante el control de los elementos turbulentos de la sociedad; pero en la crisis del futuro cercano, el elemento anárquico rechazará toda influencia conservadora y romperá todas las restricciones, la mano roja de la Anarquía hará su terrible obra, y Babilonia —la cristiandad, social, política y eclesiástica— caerá.

«Por eso», dice el escritor inspirado —es decir, porque ella luchará violentamente por la vida y el poder— «sus plagas vendrán *en un solo día* [de repente], y la muerte, con fuego [fuego simbólico: calamidades destructivas]; porque poderoso es el Señor Dios que la juzga». —Ap. 18:8.

"Así dice el Señor: He aquí, levantaré contra Babilonia, y contra los que habitan en medio de los que se levantan contra mí [todos los que simpatizan con Babilonia], un viento destructor; y enviaré a Babilonia aventadores, que la aventarán y vaciarán su tierra; porque en el día de la angustia estarán contra ella por todas partes Destruyan
por completo a todo su ejército». –Jer. 51:1-3.

«Y haré recaer sobre Babilonia [especialmente sobre el papado] y sobre todos los habitantes de Caldea [o Babilonia —la cristiandad—; sobre todas las naciones del llamado mundo cristiano] todo el mal que han hecho en Sion ante tus ojos, dice el Señor». (Jer. 51:24) Al recordar la larga serie de males con los que Babilonia ha oprimido y agotado a los santos del Altísimo (la verdadera Sión), y cómo está escrito que Dios vengará a sus propios elegidos, y que lo hará rápidamente; que, según sus obras, pagará a sus enemigos; que le dará a Babilonia su merecido (Lucas 18:7, 8; Isaías 59:18; Jeremías 51:6), comenzamos a darnos cuenta de que le espera una calamidad terrible. Los horribles decretos del papado —cuyo oprobio y castigo también está incurriendo el protestantismo por su actual asociación transigente con él— por la quema, el masacre, el destierro, el encarcelamiento y la tortura de los santos de todas las formas imaginables, ejecutados con tan diabólica crueldad en los días de su poder por mano del Estado, cuyo poder ella exigió y recibió, esperan la plena medida de la justa retribución; pues recibirá «el doble por todos sus pecados». Y las naciones (de la cristiandad) que han participado en sus crímenes y su culpa deben

beber con ella hasta las heces esa copa amarga. «Y castigaré a Bel en Babilonia [el dios de Babilonia —el Papa—], y sacaré de su boca lo que se ha tragado [En su agonía, repudiará las "grandes palabras pomposas" y los títulos blasfemos que durante tanto tiempo se ha atribuido a sí mismo —que es el vicario infalible, "vicegerente de Cristo", "otro Dios en la tierra", etc.], y las naciones ya no acudirán más a él; sí, el muro de Babilonia [el poder civil que una vez la defendió, y que en cierta medida aún lo hace] caerá. Así dice el Señor de los ejércitos: Los anchos muros de
Babilonia serán completamente derribadas, y sus altas puertas serán quemadas por el fuego [serán destruidas]; y el pueblo se esforzará en vano, y la gente en el fuego [para apuntalar y salvar los muros de Babilonia], y se cansarán. (Jer.
51:44, 58). Esto muestra la ceguera del pueblo y el dominio que Babilonia ejerce sobre él, hasta el punto de que se esforzarán por sostenerla en contra de sus propios intereses; pero a pesar de su desesperada lucha por la supervivencia y por conservar su prestigio e influencia, como una gran piedra de molino arrojada al mar, Babilonia se hundirá para no volver a levantarse jamás; «porque poderoso es el Señor Dios que la juzga». Solo entonces el pueblo se dará cuenta
su maravillosa liberación, y que su derrocamiento fue por mano de Dios.–Ap. 19:1, 2

Tal es el destino de Babilonia, la cristiandad, que Isaías y otros profetas previeron y predijeron. Y es en vista del hecho de que dentro de sus fronteras se encuentran muchos de su propio y querido pueblo que el Señor, por medio de su profeta (Isaías 13:1, 2), ordena a sus santificados, diciendo: "Levantad un *estandarte* [el estandarte del bendito Evangelio de la verdad, despojado de los errores tradicionales que durante mucho tiempo lo han oscurecido] sobre el alto monte [entre aquellos que constituyen el verdadero Reino de Dios en gestación], alzad la voz hacia ellos [proclamad con fervor y ampliamente esta verdad a las ovejas desconcertadas del rebaño del Señor que aún están en Babilonia], sacudid la mano [dejad que

vean el poder de la verdad ejemplificado, además de escuchar su proclamación], para que ellos [los dispuestos y obedientes, las verdaderas ovejas] puedan entrar por las puertas de los nobles [para que puedan disfrutar de las bendiciones de los verdaderamente consagrados y herederos del Reino celestial]».

Así pues, la voz de advertencia se dirige a «el que tenga oídos para oír». Nos encontramos en la época de la última etapa —o etapa de Laodicea— de la gran iglesia nominal del evangelio, compuesta de trigo y cizaña. (Ap. 3:14-22) Se le reprende por su tibieza, orgullo, pobreza espiritual, ceguera y desnudez, y se le aconseja que abandone rápidamente sus malos caminos antes de que sea demasiado tarde. Pero el Señor sabía que solo unos pocos prestarían atención a la advertencia y al llamado; por eso se da la promesa de recompensa, no a toda la multitud a la que se dirige, sino a los pocos que aún tienen oído para la verdad y que son vencidos por la disposición y el espíritu generales de *Babilonia*: *«Al que venciere*, le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono. El que tenga oídos [una disposición para escuchar y prestar atención a la palabra del Señor], que oiga lo que el espíritu dice a las iglesias». Pero sobre aquellos que no tienen oídos, ni disposición para escuchar, el Señor derramará su indignación.

Es evidente incluso para el observador más casual que, salvo contadas excepciones individuales, la actitud de toda la cristiandad es de orgullo, hipocresía y autocomplacencia. Ella sigue diciendo en su corazón: «Me siento como reina, no soy viuda y no veré aflicción». Sigue glorificándose a sí misma y viviendo en deleite. Dice: «Soy rica y me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada», y no se da cuenta de que es «desgraciada, miserable, pobre, ciega y desnuda». Tampoco hace caso al consejo del Señor de comprarle (a costa del sacrificio personal) oro refinado en el fuego (las verdaderas riquezas, las riquezas celestiales, «la naturaleza divina»), y

vestiduras blancas (el manto de la justicia imputada de Cristo, que tantos están descartando ahora, para presentarse ante Dios en su propia injusticia), y ungir sus ojos con colirio (la consagración y la sumisión completas a la voluntad divina tal como se expresa en las Escrituras), para que pueda ver y ser sanada.–Ap. 3:18.

El espíritu del mundo se ha apoderado tan plenamente de los poderes eclesiásticos de la cristiandad, que la reforma de los sistemas es imposible; y los individuos solo pueden escapar de su destino mediante una retirada pronta y oportuna de ellos. Ha llegado la hora del juicio, y en este mismo momento, sobre sus muros, la mano advertidora de la providencia divina está trazando las misteriosas palabras: «Mene, Mene, Tekel, Upharsin» – Dan. 5:25. ¡DIOS HA CONTADO TU REINO Y LO HA TERMINADO! ¡HAS SIDO PESADO EN LA BALANZA Y HAS SIDO ENCONTRADO FALTO! Y el profeta (Isaías 47) ahora habla, diciendo:

«Baja y siéntate en el polvo, oh hija virgen de Babilonia [dicho en burla de su pretensión de pureza], siéntate en el suelo; no hay trono, oh hija de los caldeos, pues ya no serás llamada tierna y delicada... Tu desnudez quedará al descubierto, sí, tu vergüenza se verá: tomaré venganza y no te trataré como un hombre. Quédate en silencio y entra en la oscuridad, oh hija de los caldeos, pues ya no serás llamada “la señora de los reinos”. Dijiste: “Seré una señora para siempre»; de modo que no te tomaste estas cosas en serio, ni recordaste el desenlace de todo ello.

«Por tanto, escucha ahora esto, tú que te entregas a los placeres, que vives despreocupada, que dices en tu corazón: “Yo soy, y no hay nadie más que yo; no me sentaré como viuda, ni conoceré la pérdida de hijos”. Pero estas dos cosas te sobrevendrán en un instante, en un solo día: la pérdida de hijos y la viudez [compárese con Apocalipsis 18:8]; ellas

te sobrevendrán en toda su plenitud por la multitud de tus hechicerías y por la gran abundancia de tus encantamientos. Porque has confiado en tu maldad; has dicho: «Nadie me ve». Tu sabiduría [mundana] y tu conocimiento te han pervertido; y has dicho en tu corazón: «Yo soy, y no hay nadie más que yo». Por eso te sobrevendrá el mal; no sabrás de dónde surge; y te sobrevendrá la desgracia; no podrás evitarla; y te sobrevendrá de repente la desolación, de la cual no tendrás conocimiento [previo]». –Compárese el versículo 9 con Apocalipsis 18:7.

Siendo estas las solemnes declaraciones contra Babilonia, bien les irá a todos los que presten atención a la voz de advertencia y a la instrucción del Señor a su pueblo que aún se encuentra dentro de sus fronteras; pues «Así dice el Señor:». . . Huyan de en medio de Babilonia, y que cada uno salve su alma; no sean exterminados por su iniquidad; pues este es el tiempo de la venganza del Señor; él le dará su merecido. . . . Babilonia ha caído y ha sido destruida de repente. Nos hubiera gustado
haber sanado a Babilonia, pero no se ha sanado: abandonadla,
... pues su juicio llega hasta el cielo y se eleva hasta las alturas. Pueblo mío, salgan de en medio
de ella, y que cada uno salve su alma de la ira ardiente del Señor». –Jer. 51:1, 6, 8, 9, 45. Compárese con Ap. 17:3-6; 18:1-5.

Para aquellos que quieran obedecer este mandato de salir de Babilonia, solo hay un lugar de refugio; y ese no se encuentra en una nueva secta ni en una nueva esclavitud, sino en «el lugar secreto del Altísimo»: el lugar o la condición de la consagración total, tipificada por el Lugar Santísimo del Tabernáculo y del Templo. (Sal. 91) «El que habita en el lugar secreto del Altísimo morará bajo la sombra del Todopoderoso». Y estos podrán decir verdaderamente, en medio de todas las calamidades de este día malo: «El Señor es mi refugio y mi fortaleza, mi

Dios: en él confiaré».

Salir de Babilonia no puede significar una emigración física de entre las naciones de la cristiandad; pues no solo la cristiandad, sino toda la tierra, será devorada por el fuego [la aflicción ardiente] de la ira del Señor, aunque lo más feroz de su ira será contra las naciones ilustradas de la cristiandad, que conocían, o al menos tuvieron abundantes oportunidades de conocer, la voluntad del Señor. La idea del mandato es una separación de todos los yugos opresivos de la cristiandad —no tener parte ni suerte en sus organizaciones civiles, sociales o religiosas—; y esto, tanto por principio como por una política sabia y divinamente dirigida.

Por principio, tan pronto como la luz creciente de la verdad de la cosecha ilumine nuestras mentes y ponga de manifiesto las deformidades del error, debemos ser leales a la primera y descartar la segunda, retirándole toda nuestra influencia y apoyo. Esto implica la retirada de las diversas organizaciones religiosas, cuyas doctrinas tergiversan y anulan la Palabra de Dios; y nos coloca en la actitud de extranjeros frente a todos los poderes civiles existentes; no como extranjeros opositores, sin embargo, sino como extranjeros pacíficos y respetuosos de la ley, que dan al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios; extranjeros cuya ciudadanía está en el cielo, y no en la tierra; y cuya influencia es siempre favorable a la rectitud, la justicia, la misericordia y la paz.

El principio, en algunos casos, y la política, en otros, nos separarían de los diversos arreglos sociales entre los hombres. Por principio, liberaría a cualquiera que esté enredado en los juramentos y obligaciones de las diversas sociedades secretas; pues ustedes, que antes estaban en tinieblas, ahora son luz en el Señor, y deben andar como hijos de la luz, sin tener participación en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendiéndolas.–Ef. 5:6-17.

Pero a medida que nos acercamos cada vez más a la gran crisis de este "día malo", sin duda resultará evidente para quienes observan la situación desde el punto de vista de "la palabra segura de la profecía" que, aun cuando haya casos en los que no esté en juego un principio, lo más prudente será retirarse de las diversas ataduras sociales y financieras que inevitablemente sucumbirán a los estragos de la revolución y la anarquía a nivel mundial. En ese tiempo (y, tened en cuenta que probablemente será en los próximos años), las instituciones financieras, incluidas las compañías de seguros y las sociedades de socorro mutuo, se derrumbarán; y los «tesoros» que contienen resultarán totalmente sin valor. Estas cuevas y rocas de las montañas no brindarán la protección deseada contra la ira de este «día malo», cuando las grandes olas del descontento popular azoten y echen espuma contra las montañas (reinos — Ap. 6:15-17; Sal. 46:3); y llegará el momento en que los hombres «arrojarán su plata en las calles, y su oro será como si fuera impuro [al margen]: su plata y su oro no podrán librarlos en el día de la ira del Señor; no podrán [con su riqueza] satisfacer sus almas, ni llenar sus entrañas, porque fue la piedra de tropiezo de su iniquidad». (Ezequiel 7:19;
Compárese también con los versículos 12-18, 21, 25-27). Así hará el Señor que *la vida* del hombre sea más preciosa que el oro fino, incluso que la cuña de oro de Ofir.–Isaías 13:12.

Pero aquellos que han hecho del Altísimo su refugio no tienen por qué temer la llegada de tales tiempos. Él los cubrirá con sus plumas, y bajo sus alas confiarán; sí, les mostrará su salvación. A medida que se aproxima la confusión más desenfrenada, pueden consolar sus corazones con la bendita seguridad de que «Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, un socorro muy presente en la angustia»; y decir: «Por eso no temeremos, aunque se mueva la tierra [aunque el orden social actual sea derrocado por completo]; y aunque

las montañas [los reinos] sean arrastradas al medio del mar [abrumadas por la anarquía]; aunque sus aguas rugen y se agitan; aunque las montañas tiemblen por su oleaje». Dios estará en medio de sus santos fieles, quienes hacen de él su refugio, y no serán conmovidos. Dios ayudará a Sión al comienzo de la mañana milenaria; ella será «considerada digna de escapar de todas estas cosas que han de suceder». Salmo 46; Lucas 21:36.

«LAS TORMENTAS DE LA DUDA QUE SE ACUMULAN»

«Padre nuestro, mientras nuestros
corazones desaprenden los credos que
mancillan tu nombre,
deja que nuestros altares consagrados
sigan ardiendo con la llama
imperecedera de la fe.

«Ayúdanos a leer la voluntad de nuestro
Maestro a través de cada mancha que
oscurece
que aún nubla su imagen sagrada, y
volver a verlo.

«El hermano, el amigo compasivo, que
llora por los males humanos,
cuyas suplicantes palabras de perdón se
mezclan con los gritos de enemigos
furiosos.

«Si en medio de las tormentas crecientes
de la duda Nuestros corazones se
debilitan y se enfrían,
Tu amor no nos negará la fuerza sin la
cual no podemos vivir.

«Acepta nuestras oraciones; perdona
nuestros pecados; renueva nuestro
celo juvenil;
moldéanos para que vivamos vidas
más santas y realicemos obras
más nobles».

Los versos originales anteriores fueron leídos por el Dr. Oliver Wendell Holmes ante la Unión Cristiana de Jóvenes, en Boston, el 1 de junio de 1893. Indican que él se daba cuenta, en cierta medida, de la oscuridad que se cernía sobre
Babilonia.

ESTUDIO III

LA NECESIDAD Y LA JUSTICIA DEL DÍA DE LA VENGANZA

Sobre esta generación, tipo y antitipo — La Gran Tribulación como efecto legítimo de causas previas — Las responsabilidades de la «cristiandad» y su actitud hacia ellas — De las autoridades civiles, de los líderes religiosos, de los diversos rangos de las masas de hombres en tierras civilizadas — La relación de las naciones paganas con la cristiandad y con la tribulación — El juicio de Dios — «La venganza es mía: yo daré la retribución, dice el Señor».

«De cierto os digo que todas estas cosas vendrán sobre esta generación». —Mateo 23:34-36; Lucas 11:50, 51.

A AQUELLOS que no están acostumbrados a sopesar los principios desde el punto de vista de una filosofía moral exacta, les puede parecer extraño que una generación posterior de la humanidad deba sufrir el castigo por los crímenes acumulados de varias generaciones anteriores; sin embargo, dado que tal es el juicio expresado por Dios, quien no puede equivocarse, debemos esperar que una reflexión madura ponga de manifiesto la justicia de su decisión. En las palabras anteriores, nuestro Señor declaró que así sucedería con la generación del Israel carnal a la que se dirigía al final de la era judía típica. Sobre ellos recaería toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, quien fue asesinado entre el templo y el altar.–Mateo 23:35.

Esa fue una profecía terrible, pero cayó sobre los indiferentes

y a oídos incrédulos; y, tal como estaba escrito, se cumplió unos treinta y siete años después, cuando las luchas civiles y los invasores hostiles provocaron el terrible castigo. De aquella época leemos que los habitantes de Judea estaban divididos por los celos en muchas facciones beligerantes, y que la desconfianza mutua alcanzó su punto álgido. Los amigos se distanciaron, las familias se desintegraron y cada hombre sospechaba de su hermano. Los robos, las estafas y los asesinatos abundaban, y la vida de nadie estaba a salvo. Ni siquiera el templo era un lugar seguro. El sumo sacerdote fue asesinado mientras realizaba el culto público. Entonces, llevados a la desesperación por la masacre de sus hermanos en Cesarea, y aparentemente condenados a la matanza en todas partes, toda la nación se unió en rebelión. Judea entró así en abierta rebelión contra Roma y en desafío contra todo el mundo civilizado.

Vespasiano y Tito fueron enviados a castigarlos, y terrible fue su derrota. Una tras otra, sus ciudades fueron arrasadas, hasta que por fin Tito sitió a Jerusalén. En la primavera del año 70 d. C., cuando la ciudad estaba abarrotada de multitudes que habían acudido para la fiesta de la Pascua, él desplegó sus legiones frente a sus murallas, y los habitantes aprisionados pronto se convirtieron en presa del hambre, de la espada de los invasores y de la contienda civil. Cuando alguno lograba escabullirse de la ciudad, era crucificado por los romanos; y tan terrible era el hambre que los padres mataban y se comían a sus propios hijos. Josefo afirma que el número de perecidos superó el millón, y la ciudad y el templo quedaron reducidos a cenizas.

Tales fueron los hechos que cumplieron la profecía anterior sobre el Israel carnal y rebelde al final de su era de favor especial como pueblo elegido de Dios. Y ahora, al final de la edad evangélica, de acuerdo con el significado más amplio de la profecía, vendrá el paralelo de esa tribulación

sobre el Israel espiritual espiritual, que, en su sentido más amplio, es la cristiandad —«un tiempo de angustia como nunca hubo desde que hubo nación»— y, por lo tanto, en cierto sentido, incluso más terrible que la que cayó sobre Judea y Jerusalén. Apenas podemos imaginar una tribulación más severa que la descrita anteriormente, salvo en el sentido de que sea más general y extendida, y más destructiva, como lo sugiere claramente la maquinaria de la guerra moderna. En lugar de limitarse a una sola nación o provincia, su alcance abarcará al mundo entero, especialmente al mundo civilizado, la cristiandad, Babilonia.

Por lo tanto, podemos considerar ese castigo de la ira sobre el Israel carnal como un presagio de la mayor indignación e ira que se derramará sobre la cristiandad al final de esta era. Aquellos que, en su prisa, se inclinan a considerar injusto este proceder del Todopoderoso hacia esta generación, simplemente no han comprendido esa ley perfecta de la retribución, que sin duda, aunque a menudo lentamente, produce sus resultados inevitables. La justicia, sí, la necesidad y la filosofía de la misma, son muy evidentes para los reflexivos y reverentes, quienes, en lugar de inclinarse a acusar a Dios de injusticia, dedican sus corazones a la instrucción de su Palabra.

LA GRAN TRIBULACIÓN: UN EFECTO LEGÍTIMO DE CAUSAS PREVIAS

Nos encontramos hoy en un período que es la culminación de siglos de experiencia que debería ser, y es, en algunos aspectos, de gran provecho para el mundo; especialmente para aquella parte del mundo que ha sido favorecida, directa e indirectamente, con la luz de la verdad divina —la cristiandad, Babilonia—, cuya responsabilidad por esta administración de ventajas es, en consecuencia, muy grande. Dios hace responsables a los hombres, no solo por lo que saben, sino por lo que podrían saber si aplicaran sus corazones a la instrucción —por las lecciones que la experiencia (la suya propia

y de otros) está destinada a enseñar; y si los hombres no prestan atención a las lecciones de la experiencia, o descuidan o desprecian deliberadamente sus preceptos, deben sufrir las consecuencias.

Ante la llamada cristiandad se extiende la historia abierta de todos los tiempos pasados, así como la Apocalipsis divinamente inspirada. ¡Y qué lecciones contienen! —lecciones de experiencia, de sabiduría, de conocimiento, de gracia y de advertencia—. Al prestar atención a las experiencias de las generaciones anteriores en los diversos ámbitos de la industria humana, la economía política, etc., el mundo ha logrado un progreso muy encomiable en lo material. Muchas de las comodidades y facilidades de nuestra civilización actual nos han llegado en gran medida gracias a la aplicación de las lecciones observadas en las experiencias de generaciones pasadas. El arte de la imprenta ha puesto estas lecciones al alcance de todos. La generación actual, solo en este punto, cuenta con una gran ventaja en todos los sentidos: toda la sabiduría y la experiencia acumuladas del pasado se suman a las suyas propias. Pero las grandes lecciones morales que los hombres también deberían haber estado estudiando y aprendiendo han sido, en general, ignoradas, incluso cuando se han impuesto enfáticamente a la atención pública. La historia está llena de tales lecciones para las mentes reflexivas inclinadas a la rectitud; y los hombres de la actualidad cuentan con más de esas lecciones que los de cualquier generación anterior. Las mentes reflexivas han señalado y llamado la atención sobre este hecho de vez en cuando. Así, el profesor Fisher, en el prefacio de su relato sobre el surgimiento, el progreso y la caída de los imperios, afirma con razón: «Que existe un imperio de la ley en la sucesión de los acontecimientos humanos es una convicción respaldada por los hechos observados. Los acontecimientos no surgen de la nada, separados de los antecedentes que los preceden. Se perciben como el resultado natural de los tiempos que los han precedido. Los acontecimientos anteriores los han presagiado».

Esto es ciertamente cierto: la ley de causa y efecto no se manifiesta en ningún otro lugar de manera más prominente que en las páginas de la historia. De acuerdo con esta ley, que es la ley de Dios, las semillas sembradas en el pasado deben, por necesidad, germinar, desarrollarse y dar fruto; y, por lo tanto, en algún momento la cosecha es inevitable. En el vol. II, hemos demostrado que el tiempo de la cosecha de la edad evangélica ya ha llegado; que comenzó en 1874, cuando se esperaba la presencia del Señor de la cosecha; y que, si bien desde esa fecha se ha estado llevando a cabo una gran obra de cosecha, ahora nos estamos acercando rápidamente al final del período de la cosecha, cuando se quemará la cizaña y se recogerán y pisarán los racimos completamente maduros de la *«vid de la tierra* (los frutos maduros de la falsa —«Babilonia»—) está a punto de ocurrir.–Ap. 14:18-20.

LAS RESPONSABILIDADES DE LA CRISTIANDAD Y SU ACTITUD HACIA ELLAS

Babilonia, la cristiandad, ha tenido un largo período de prueba en el poder y ha contado con muchas oportunidades tanto para aprender como para practicar la justicia, así como con muchas advertencias sobre un juicio venidero. A lo largo de toda la edad evangélica, ha tenido en su seno a los santos de Dios —hombres y mujeres devotos, abnegados y semejantes a Cristo— «la sal de la tierra». Ha escuchado el mensaje de salvación de sus labios, ha visto los principios de la verdad y la justicia ejemplificados en sus vidas, y los ha oído razonar acerca de la justicia y del juicio venidero. Pero ha hecho caso omiso de estas epístolas vivientes de Dios; y no solo eso, sino que sus llamadas naciones cristianas, en su codicia por las ganancias, han traído reproche sobre el nombre de Cristo entre los paganos, siguiendo al misionero cristiano con el maldito tráfico de ron y otros males «civilizados»; y en medio de ella y bajo su autoridad, el verdadero reino embrionario de los cielos (compuesto únicamente por los santos, cuyos nombres están escritos en los cielos) ha

sufrido violencia. Ella los ha odiado y perseguido hasta la muerte, de modo que miles de ellos a lo largo de los siglos han, por sus decretos, sellado su testimonio con su sangre. Al igual que su Maestro, fueron odiados sin causa; fueron rechazados como la escoria de la tierra por causa de la justicia; y su luz fue apagada una y otra vez para que reinara la oscuridad preferida con sus oportunidades de cometer iniquidad. ¡Oh, cuán oscura es esta historia de la cristiandad! El sistema madre está «embriagado con la sangre de los santos y mártires de Jesús»;---—y ella y sus hijas, aún ciegas, siguen dispuestas a perseguir y decapitar (Ap. 17:6; 20:4), aunque de manera más refinada, a todos los que son leales a Dios y a su verdad, y que se atreven, por muy amablemente que sea, a señalarles claramente la Palabra del Señor que los reprende.

Los poderes civiles de la cristiandad han sido advertidos con frecuencia cuando, una y otra vez, los imperios y reinos han caído bajo el peso de su propia corrupción. E incluso hoy, si los que están en el poder prestaran atención, podrían escuchar una última advertencia del profeta inspirado por Dios, que dice: «Sed, pues, sabios ahora, oh reyes; dejad que os instruyan, jueces de la tierra. Sirvan al Señor con temor, y alégrense con temblor. Besen al Hijo, no sea que se enoje, y perezcan en el camino, cuando su ira se encienda aunque sea un poco. ¿Por qué
las naciones se enfurecen, y los pueblos traman cosas vanas? Los reyes de la tierra se levantan [en oposición], y los gobernantes se confabulan juntos contra el Señor y contra su ungido, diciendo: “Rompamos sus ataduras y deshagámonos de sus cuerdas”. Pero su resistencia no servirá de nada; pues: «El que está sentado en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Entonces [puesto que persisten en hacer caso omiso de sus advertencias] les hablará en su ira y los atormentará en su gran enojo». —Salmo 2:10-12, 1-5.

Una vez más, tal como lo representa la sencilla y ahora ampliamente

principios conocidos de su santa ley: «Dios está en la congregación de los poderosos [de quienes tienen autoridad]; juzga entre los dioses [los gobernantes], diciendo: "¿Hasta cuándo juzgarán injustamente y favorecerán a los impíos? Defiendan al pobre y al huérfano; hagan justicia al afligido y al necesitado. Liberen a los pobres y a los necesitados; sáquenlos de la mano de los impíos».---- (Sal. 82:1-4) La prensa diaria es un testimonio constante de que la importancia y la conveniencia de este consejo, debido a las exigencias de los tiempos actuales, están llamando la atención de quienes están en autoridad; y numerosas son las voces de advertencia de hombres reflexivos que ven el peligro del descuido generalizado de este consejo. Incluso los hombres del mundo, que analizan el futuro únicamente desde el punto de vista de la conveniencia, perciben la necesidad de seguir el camino aconsejado por los profetas.

El difunto emperador Guillermo de Alemania lo comprendió, como lo indica el siguiente pasaje del corresponsal en Berlín del *Observatore Romano* (1880):

«Cuando el emperador Guillermo recibió la noticia del último y horrible atentado contra la vida del zar, se puso muy serio y, tras permanecer en silencio durante unos minutos, dijo, con acento melancólico, pero con cierta energía: "Si no cambiamos el rumbo de nuestra política, si no pensamos seriamente en brindar una sólida educación a la juventud, si no le damos prioridad a la religión, si solo fingimos gobernar con expedientes del día a día, nuestros tronos serán derrocados y la sociedad se convertirá en presa de los acontecimientos más terribles. No tenemos más tiempo que perder, y será una gran desgracia si todos los gobiernos no lleguen a un acuerdo en esta saludable labor de represión».»----

En un libro de amplia difusión en Alemania, titulado *Reforma o Revolución*, su autor, el señor von Massow —quien no es ni socialista ni radical, sino conservador, y presidente del Comité Central de Colonias Laborales—, acusa a sus compatriotas de llevar a cabo una «política del avestruz», de imitar el proverbial hábito de esa ave de esconder la cabeza en la arena con la creencia de que se vuelve invisible cuando no puede ver. Von Massow escribe:

«Podemos ignorar los hechos, pero no podemos alterarlos. no hay duda de que estamos en la víspera de una revolución. Todos los que tienen ojos para ver y oídos para oír deben admitirlo. Solo una sociedad sumida en el egoísmo, la autocomplacencia y la búsqueda del placer puede negarlo; solo una sociedad así seguirá bailando sobre el volcán, se negará a ver el *Mene-Tekel* y seguirá creyendo en el poder de las bayonetas.

"La gran mayoría de los cultos no tiene idea de la magnitud del odio que se está gestando entre las clases más bajas. Al Partido Socialdemócrata se le considera como cualquier otro partido político; sin embargo, a este partido no le importan los derechos políticos, ni le interesan las reformas administrativas ni las nuevas leyes. Este partido se basa en el deseo de las clases más bajas de disfrutar de la vida, un deseo de saborear placeres de los cuales quienes nunca han tenido un billete de cien marcos tienen una concepción totalmente distorsionada.
... Por supuesto, el orden se restablecerá pronto [después del régimen socialista]; ¡pero en qué estado quedará el país! Habrá innumerables lisiados, viudas y huérfanos; los bancos públicos y privados habrán sido saqueados; ferrocarriles, telégrafos, caminos, puentes, residencias, fábricas, monumentos… todo estará demolido, y ni la Unión, ni los estados, ni las ciudades y parroquias podrán reunir los millones que costaría reparar siquiera una fracción de lo destruido. Es casi increíble que no se haga nada para evitar el peligro. Lo que se necesita no es caridad, sino corazones cálidos, dispuestos a mostrar algo de consideración por las clases más desfavorecidas. El amor, el amor que todo lo abarca, hará que gran parte del odio que se está gestando sea vencido. Puede que muchos estén tan perdidos que nada los haga volver; pero también hay millones a quienes aún se puede ganar para la ley y el orden, si se les demuestra que es posible que obtengan un sustento digno de un ser humano; que no tienen por qué, como ocurre en este momento, estar en peores condiciones que los animales, que al menos cuentan con un establo y son alimentados».

El autor prosigue extensamente para abrir los ojos de la gente de Berlín ante el peligro en el que viven. «Los berlineses»,

dice, «se creen a salvo bajo la protección de la Guardia, que cuenta con unos 60 000 efectivos. ¡Una vana esperanza! Durante el otoño, cuando los soldados que han cumplido su plazo abandonan sus regimientos y antes de que lleguen los nuevos reclutas, la guarnición apenas cuenta con 7 000 efectivos. Una insurrección liderada por algún exoficial descontento pronto podría reunir a 100 000 e incluso 160 000 obreros para que participen. Todos estos hombres han servido en el ejército, están tan bien entrenados como sus oponentes y comprenden la necesidad de la disciplina. Se cortarían los cables de telégrafo y teléfono; se dañarían las vías férreas para impedir la llegada de refuerzos; se interceptaría a los oficiales que se apresuran a ocupar sus puestos. Los revolucionarios podrían volar los cuarteles y fusilar al Emperador, a los ministros, a los generales, a los funcionarios —a todos los que vistan uniforme— antes de que una sola tropa de caballería o una batería de artillería pudiera acudir en su ayuda».

¿Pero prestan atención quienes están en el poder a las advertencias y a las solemnes lecciones de este momento? No: tal como el Profeta predijo acerca de ellos: «No saben, ni entenderán; andan en tinieblas; [hasta que] todos los cimientos de la tierra [los cimientos de la sociedad —los principios de ley y orden establecidos hasta ahora] sean sacudidos» —terriblemente sacudidos— sacudidos para que sean removidos. —Heb. 12:27; Sal. 82:5; Isa. 2:19.

El difunto emperador de Alemania hizo caso omiso de los temores expresados por su abuelo, que acabamos de citar. Hace años, al obsequiar al príncipe Bismarck con una magnífica espada enfundada en una vaina dorada, el emperador dijo:

«Ante los ojos de estas tropas vengo a entregarle a Su Alteza Serenísima mi obsequio. No pude encontrar mejor regalo que una espada, el arma más noble de los alemanes, símbolo de aquel instrumento que Su Alteza, al servicio de mi abuelo, ayudó a forjar, a afilar y también a empuñar; un símbolo de aquella gran época de construcción durante la cual el mortero fue sangre y hierro; un remedio que nunca falla y que, en manos de reyes y príncipes, preservará también, en caso de necesidad, la unidad en el interior de la patria, así como, cuando se aplicó fuera del país, condujo a la unión interna».

El London *Spectator,* al comentar esta expresión
, dice:

«Sin duda, se trata de una declaración sumamente alarmante, además de asombrosa. En Alemania circulan dos explicaciones al respecto: una, que está dirigida contra la pretensión de cualquier Estado alemán de separarse del Imperio; y la otra, que anuncia la decisión del Emperador y sus aliados de hacer frente a los socialistas y anarquistas, si es necesario, mediante la fuerza militar. En cualquier caso, el anuncio fue innecesario e indiscreto. Nadie duda de que el Imperio alemán, que de hecho fue construido a punta de espada en Langensalza, así como en la guerra contra Francia, decretaría la ocupación militar de cualquier estado que se separara; pero amenazar a cualquier partido, incluso a los socialistas, con la ley marcial, mientras este intenta imponerse a través de las urnas, equivale, de hecho, a suspender la Constitución en favor de un estado de sitio. No suponemos que el Emperador tuviera intención alguna de ese tipo, pero parece claro que ha estado dándole vueltas a la situación; que siente la resistencia de los socialistas y que su conclusión es: «Bueno, bueno, aún tengo la espada, y ese es un remedio que nunca falla». Muchos reyes han llegado a esa conclusión antes que él, pero pocos han estado tan abandonados a su suerte como para considerar prudente, en un tema así, pensar en voz alta. Es una amenaza, por más que la expliquemos; y los monarcas sensatos no amenazan hasta que llega la hora de atacar, y mucho menos amenazan con la violencia militar como remedio, ni siquiera para los agravios internos. «¡La espada, un remedio para los males internos que nunca falla!» Es como decir que el bisturí del cirujano es un remedio para la fiebre que nunca falla. El príncipe Schwartzenburg, un tory entre los tories, con un ejército irresistible a sus espaldas, probó ese remedio en circunstancias más favorables, y su conclusión tras una larga experiencia quedó plasmada en el más sabio de todos los dichos políticos, que el emperador alemán haría bien en considerar: «Con las bayonetas se puede hacer cualquier cosa, excepto sentarse sobre ellas».

«¿Qué podría haber dicho un imperator romano que fuera más contundente que “la espada es el remedio que nunca falla”? Ahí está la esencia de

la tiranía en una frase de ese tipo; y si el emperador realmente la pronunció tras reflexionar, Alemania no tiene en él a un líder, sino a un gobernante absoluto típico que toda la historia moderna nos muestra que está obsoleto. Por supuesto, puede resultar que el emperador haya hablado precipitadamente, bajo la influencia de esa emoción, mitad poética, mitad surgida de un sentido exagerado de su propia personalidad, que ya ha revelado con frecuencia anteriormente; pero si su discurso debe aceptarse a la luz de un manifiesto dirigido a su pueblo, lo único que se puede decir es: "¡Qué lástima! ¡Qué fuente de esperanza se ha desvanecido!" »----

La declaración del actual zar de Rusia, de que defendería la autocracia con el mismo ardor que su padre, fue otra señal de que no había prestado atención a las solemnes advertencias de su hora propicia ni a la Palabra de Dios. Y fíjense cómo fue recibida por el pueblo de su dominio, a pesar de toda la energía oficial ejercida allí para amordazar la libertad de expresión. El Partido de los Derechos del Pueblo de Rusia emitió un manifiesto, que circuló por todo el imperio.

El manifiesto tenía la forma de una carta dirigida al zar y se destacaba por su lenguaje sencillo y contundente. Tras censurarlo por su afirmación del absolutismo, declaraba:

«Los zemstvos más avanzados solo pedían la armonía entre el zar y el pueblo, la libertad de expresión y la supremacía de la ley sobre la arbitrariedad del poder ejecutivo. Ustedes fueron engañados y atemorizados por las declaraciones de los cortesanos y los burócratas. La sociedad comprenderá perfectamente que fue la burocracia, que custodia celosamente su propia omnipotencia, la que habló a través de ustedes. La burocracia, desde el Consejo de Ministros hasta el alguacil más humilde del campo, odia cualquier avance, ya sea social o individual, e impide activamente el libre intercambio del monarca con los representantes de su pueblo, salvo cuando estos se presentan en traje de gala, ofreciendo felicitaciones, íconos y ofrendas.

«Su discurso demostró que cualquier intento de expresarse ante el trono, incluso de la forma más leal, sobre las necesidades acuciantes del país, solo recibe un rechazo brusco y abrupto. La sociedad esperaba de usted aliento y ayuda, pero solo escuchó

un recordatorio de su omnipotencia, dando la impresión de un distanciamiento absoluto entre el zar y el pueblo. Usted mismo ha acabado con su propia popularidad y ha alejado a toda aquella parte de la sociedad que lucha pacíficamente por avanzar. Algunas personas se regocijan por su discurso, pero pronto descubrirá su impotencia.

«En otro sector de la sociedad, su discurso provocó un sentimiento de agravio y depresión, que, sin embargo, las mejores fuerzas sociales pronto vencerán, antes de emprender la lucha pacífica, pero obstinada y deliberada, necesaria para la libertad. En otro sector, sus palabras estimularán la disposición a luchar contra el odioso estado actual de las cosas por cualquier medio. Usted fue el primero en iniciar la lucha. En poco tiempo, esta continuará».

Así, todas las naciones de la «cristiandad» siguen tropezando imprudentemente en la oscuridad que tanto han preferido. Incluso esta hermosa tierra de la tan alardeada libertad, en muchos aspectos tan ricamente favorecida por encima de todas las demás naciones, no es la excepción; y ella también ha recibido muchas advertencias. Fíjate en las palabras casi proféticas de su presidente mártir, Abraham Lincoln, escritas poco antes de su asesinato, dirigidas a un amigo en Illinois. Él escribió:

«Sí, todos podemos felicitarnos de que esta cruel guerra esté llegando a su fin. Ha costado una enorme cantidad de tesoros y sangre. Lo mejor de la flor y nata de la juventud estadounidense se ha ofrecido generosamente en el altar de nuestro país para que la nación pudiera vivir. Ha sido, sin duda, un momento difícil para la República. Pero veo en un futuro cercano una crisis que se avecina y que me inquieta y me hace temblar por la seguridad de mi país. Como resultado de la guerra, las corporaciones se han entronizado; seguirá una era de corrupción en las altas esferas, y el poder del dinero del país se esforzará por prolongar su reinado aprovechando los prejuicios del pueblo hasta que toda la riqueza se concentre en unas pocas manos y la República sea destruida. En este momento siento más ansiedad por la seguridad de mi país que nunca
antes, incluso en medio de la guerra».

Y nuevamente, en el año 1896, se informa en la prensa pública que el representante Hatch, de Missouri, en un discurso ante el Congreso sobre asuntos financieros y sociales, dijo:

«¡Presten atención a lo que digo! Si la inexorable ley de causa y efecto no ha sido eliminada del código legislativo del Todopoderoso, a menos que se ponga un alto a esto muy pronto, pueden esperar ver los horrores de la Revolución Francesa representados en el escenario estadounidense con todas las mejoras modernas, y eso dentro de la próxima década. Tampoco estoy solo. Ese caballero, Astor, quien viajó a Inglaterra hace algún tiempo, se compró una propiedad en la isla y se convirtió en súbdito británico, vio lo que se avecina tan claramente como yo, así que tomó la iniciativa y se escapó cuando aún no había tanta prisa por conseguir camarotes como la que habrá dentro de un tiempo. Sabía muy bien que, si las cosas seguían como tú y yo las hemos visto durante algún tiempo, no estaba lejos el momento en que habría tal multitud de gente de su clase apresurándose a subir a bordo de cada vapor que saliera, que lo podrían empujar
de la pasarela».

El honorable H. R. Herbert, secretario de la Marina de los Estados Unidos, en un discurso pronunciado en Cleveland, Ohio, el 30 de abril de 1896, utilizó las siguientes palabras en un discurso muy moderado dirigido a hombres de negocios:

«Estamos entrando en una era de grandes empresas que amenazan con ocupar, excluyendo a todas las demás, todas las vías habituales del progreso humano. Los optimistas tal vez les digan que esto será para mejorar las condiciones de la vida humana, que las grandes empresas abaratarán los productos y el transporte. Por todas partes están surgiendo las tiendas gigantescas en las que se puede conseguir todo lo que se desea, y a bajo precio. Las plantas industriales respaldadas por millones de capital están tomando rápidamente posesión del terreno que antes ocupaban empresas más pequeñas del mismo tipo.

«El ingenio humano parece incapaz de idear, sin restringir peligrosamente la libertad natural del ciudadano, ningún plan para prevenir estos monopolios, y el resultado es la acumulación de una inmensa riqueza en manos de unos pocos, la reducción de las oportunidades para la mayoría y el fomento del descontento. Por lo tanto, los conflictos entre el trabajo y el capital cobrarán mayor importancia en el futuro que en el pasado.

«Hay hombres reflexivos que predicen que de los antagonismos entre el capital y el trabajo surgirá un conflicto que será fatal para el gobierno republicano que tenemos, un

que dará lugar primero a la anarquía y al derramamiento de sangre y luego a una monarquía bajo el mando de algún líder audaz que, gracias al poder militar, sea capaz de imponer el orden en medio del caos.

«A veces se nos señala al socialismo como el resultado lógico de la situación actual. Se dice que los primeros experimentos en esta dirección se llevarán a cabo en las ciudades, donde los empleadores, con medios ilimitados a su disposición, y los empleados, con pocas oportunidades de ascenso, salvo a través del voto, se enfrentarán entre sí, clase contra clase, por el control de los gobiernos municipales. Este es uno de los peligros del futuro. En otro tiempo se suponía que el agricultor estadounidense
se mantendría para siempre como un baluarte inquebrantable, pero se ha producido un cambio en el espíritu de muchos de nuestros agricultores».

Los poderes eclesiásticos de la cristiandad también han recibido línea tras línea y precepto tras precepto. Han sido advertidos por el trato providencial de Dios con su pueblo en el pasado y por reformadores ocasionales. Sin embargo, pocos, muy pocos, pueden leer la escritura en la pared, y son incapaces de vencer, o incluso de detener, la corriente popular. El reverendo T. De Witt Talmage parecía ver y comprender hasta cierto punto; pues, en un discurso oportuno, dijo:

«A menos que la Iglesia de Jesús se levante y demuestre ser amiga del pueblo, así como amiga de Dios, y solidaria con las grandes masas que, con sus familias a sus espaldas, libran esta batalla por el pan, la iglesia, tal como está organizada actualmente, se convertirá en una institución obsoleta, y Cristo volverá a bajar a la playa e invitará a pescadores sencillos y honestos a formar parte de un apostolado de justicia —hacia el hombre y hacia Dios—. Ha llegado el momento en que todas las clases sociales tengan los mismos derechos en la gran lucha por ganarse la vida».

Y, sin embargo, este hombre, dotado de un talento y una influencia que muy pocos poseen, no parecía tener prisa por seguir sus convicciones expresadas en cuanto a los deberes de los cristianos influyentes en la hora del peligro.

Las advertencias se difunden, y las convicciones de deber y privilegio se afianzan en muchas mentes; pero, ¡ay!, todo es en vano; no se les presta atención. Un gran poder ha estado, y en cierta medida aún está, en manos de los eclesiásticos; pero, en nombre de Cristo y del Evangelio, ha sido, y sigue siendo, utilizado y abusado de manera egoísta. «Honraos unos a otros», «los primeros asientos en las sinagogas» y «ser llamados rabí», doctor, reverendo, etc., y la búsqueda de ganancias, cada uno «de su propio grupo [o denominación]» (Juan 5:44;
Mateo 23:6-12; Isaías 56:11), y "el temor al hombre, que es una trampa", impiden incluso a algunos de los verdaderos siervos de Dios la fidelidad, mientras que, aparentemente, muchos de los subpastores nunca tuvieron ningún interés en el rebaño del Señor, salvo para asegurarse el vellocino de oro.

Si bien reconocemos con gusto que muchos caballeros educados, cultos, refinados y piadosos se encuentran, y se han encontrado, entre el clero de todas las diversas denominaciones de la Iglesia nominal —la cual, a lo largo de los siglos, ha incluido tanto trigo como cizaña (Mateo 13:30)—, nos vemos obligados a admitir que muchos de los que pertenecen a la clase de la «cizaña» han logrado llegar tanto a los púlpitos como a los bancos de la iglesia. De hecho, las tentaciones de orgullo y vanagloria —y, en muchos casos, de comodidad y opulencia— que se presentan ante los jóvenes talentosos que aspiran al púlpito han sido tales que garantizan que así sea, y en gran medida. De todas las profesiones, el ministerio cristiano ha ofrecido la ruta más rápida y fácil hacia la fama, la comodidad y la prosperidad temporal en general, y a menudo hacia la riqueza. La profesión de abogado requiere toda una vida de energía intelectual y esfuerzo empresarial, y conlleva su carga de preocupaciones apremiantes. Lo mismo puede decirse de la profesión médica. Y si los hombres alcanzan riqueza y distinción en estas profesiones, no es simplemente porque tengan ingenio rápido y labia, sino porque se han ganado honestamente la distinción mediante una dedicación mental constante y un esfuerzo laborioso. Por otro lado, en la profesión clerical, un comportamiento refinado y agradable, una capacidad moderada para dirigirse a una asamblea pública dos veces por semana sobre algún

tema tomado de la Biblia, junto con una educación moderada y un buen carácter moral, le aseguran a cualquier joven que ingresa a la profesión el respeto y la reverencia de su comunidad, un salario cómodo y una vida tranquila, sin perturbaciones y sin complicaciones.

Si tiene un talento superior, las personas que admiran la oratoria pronto lo descubren, y en poco tiempo lo llaman a ocupar un cargo más lucrativo; y, casi sin darse cuenta, se ha vuelto famoso entre los hombres, quienes rara vez se detienen a preguntarse si su piedad —su fe, humildad y devoción— ha avanzado al mismo ritmo que su progreso intelectual y oratorio. De hecho, si este último es el caso, resulta menos aceptable, especialmente para las congregaciones adineradas, las cuales, probablemente con mayor frecuencia que las muy pobres, están compuestas en su mayoría por «cizaña». Si su piedad sobrevive realmente a la presión de estas circunstancias, se verá obligado, con demasiada frecuencia para el bien de su reputación, a ir en contra de las inclinaciones y los prejuicios de sus oyentes, y en poco tiempo se encontrará impopular y no deseado. Estas circunstancias han llevado así al púlpito a una proporción muy grande de lo que las Escrituras denominan «pastores mercenarios». —Isaías 56:11; Ezequiel 34:2-16; Juan 10:11-14.

La responsabilidad de quienes han asumido el ministerio del Evangelio en el nombre de Cristo es muy grande. Se presentan de manera muy destacada ante el pueblo como representantes de Cristo —como exponentes especiales de su espíritu y expositores de su verdad—. Y, como grupo, han tenido ventajas sobre otros hombres para llegar al conocimiento de la verdad y declararla libremente. Se les ha liberado de las cargas del trabajo y las preocupaciones por ganarse el sustento que atan a otros hombres y, al estar cubiertas sus necesidades materiales, se les ha concedido tiempo, tranquilidad, educación especial y numerosas ayudas de asociación, etc., precisamente para este propósito.

Por un lado, han existido estas grandes oportunidades

para el celo piadoso y el sacrificio desinteresado por la causa de la verdad y la justicia; y, por otro lado, la gran fama, la riqueza o el poder. ¡Ay! La gran mayoría del clero ha sucumbido evidentemente a las tentaciones, en lugar de aprovechar y hacer uso de las oportunidades que les brindaban sus cargos; y, como resultado, hoy son «guías ciegos de ciegos», y tanto ellos como sus rebaños están tropezando rápidamente hacia la zanja del escepticismo. Han ocultado la verdad (porque es impopular), han promovido el error (porque es popular) y han enseñado como doctrina los preceptos de los hombres (porque se les paga por hacerlo). De hecho, y a veces con todas las palabras, le han dicho al pueblo: «Crean lo que les decimos por nuestra autoridad», en lugar de guiarlos a «examinarlo todo» mediante las palabras divinamente inspiradas de los apóstoles y profetas, y a «retener» solo «lo que es bueno». Durante largos siglos, el clero de la Iglesia de Roma mantuvo la Palabra de Dios enterrada en lenguas muertas y no permitió su traducción a las lenguas vernáculas, por temor a que el pueblo escudriñara las Escrituras y así demostrara la vanidad de sus pretensiones. Con el paso del tiempo, surgieron unos pocos reformadores piadosos de en medio de su corrupción, rescataron la Biblia del olvido y la llevaron al pueblo; y el resultado fue un gran movimiento protestante —que protestaba contra las falsas doctrinas y las malas prácticas de la Iglesia de Roma—.

Pero en poco tiempo el protestantismo también se corrompió, y su clero comenzó a formular credos a los que han enseñado al pueblo a considerar como la síntesis de las doctrinas de la Biblia y de importancia primordial. Los han bautizado y catequizado en la infancia, antes de que hubieran aprendido a pensar; luego, a medida que crecían hasta la edad adulta, los han adormecido y les han hecho creer que su camino seguro en materia religiosa consiste en confiarles todas las cuestiones doctrinales y seguir sus instrucciones, dando a entender que solo ellos poseían la educación, etc., necesaria para la comprensión de la verdad divina y que, por lo tanto,

deberían ser considerados *autoridades* en todos esos asuntos sin necesidad de recurrir a la Palabra de Dios. Y cuando alguien se atrevía a cuestionar esta autoridad asumida y a pensar de manera diferente, se le consideraba hereje y cismático. Los más eruditos y prominentes entre ellos han escrito voluminosos tratados de lo que denominan «Teología Sistemática», todos los cuales, al igual que el Talmud entre los judíos, están calculados en gran medida para invalidar la Palabra de Dios y enseñar como doctrina los preceptos de los hombres (Mateo 15:6; Isaías 29:13); y otros de los eruditos y prominentes han aceptado cátedras honorables y lucrativas en seminarios teológicos, establecidos, aparentemente, para capacitar a jóvenes para el ministerio cristiano, pero en realidad para inculcar las ideas de la llamada «Teología Sistemática» de sus respectivas escuelas —para encadenar el pensamiento libre y la investigación honesta y reverente de las Sagradas Escrituras con miras a una fe sencilla en sus enseñanzas, sin tener en cuenta las tradiciones humanas. De esta manera, generación tras generación del «clero» ha seguido el camino trillado del error tradicional. Y solo ocasionalmente ha habido alguien lo suficientemente despierto y leal a la verdad como para descubrir el error y clamar por una reforma. Ha sido mucho más fácil dejarse llevar por la corriente popular, especialmente cuando grandes hombres marcaban el camino.

Así, se ha hecho mal uso del poder y las ventajas superiores del clero como clase, aunque en sus filas ha habido (y aún hay) algunas almas sinceras y devotas que verdaderamente creían estar sirviendo a Dios al defender los sistemas falsos hacia los cuales habían sido conducidos, y por cuyos errores también habían sido cegados en gran medida.

Si bien estas reflexiones sin duda parecerán ofensivas para muchos miembros del clero, especialmente para los orgullosos y egoístas, no tememos que su presentación sincera ofenda a ninguno de los mansos, quienes, si reconocen la verdad, serán bendecidos por una humilde confesión

de la misma y una plena determinación de caminar en la luz de Dios tal como resplandece desde su Palabra, sin importar las tradiciones humanas. Nos regocijamos en decir que, hasta ahora, durante el período de la cosecha, hemos llegado a conocer a unos cuantos clérigos de esta clase, quienes, cuando la verdad de la cosecha se les reveló, abandonaron el error y persiguieron y sirvieron a la verdad. Pero la mayoría del clero, ¡ay!, no pertenece a la clase de los mansos, y una vez más nos vemos obligados a comprender la fuerza de las palabras del Maestro: «¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el reino de Dios!», ya sean esas riquezas de reputación, fama, erudición, dinero o incluso simple comodidad.

Por lo tanto, la gente común no debe sorprenderse de que el clero de la cristiandad, como clase, esté ciego ante las verdades que corresponden a este tiempo de cosecha, así como los maestros y líderes reconocidos al final de la era judía típica estaban ciegos y se oponían a las verdades que correspondían a aquella cosecha. Su ceguera es, en efecto, una recompensa por el mal uso que hicieron de sus talentos y oportunidades, y por lo tanto no se puede esperar luz ni verdad de ese sector. Al final de la era judía, los líderes religiosos sugirieron significativamente al pueblo la pregunta: "¿Acaso alguno de los gobernantes o de los fariseos ha creído en él?" — (Juan 7:48) — y al aceptar su sugerencia y someterse ciegamente a su guía, algunos perdieron su privilegio y no lograron entrar en las bendiciones de la nueva dispensación. Lo mismo sucederá con un grupo similar en estos últimos días de la dispensación del Evangelio: aquellos que sigan ciegamente la guía del clero caerán con ellos en la zanja del escepticismo; y solo aquellos que caminen fielmente con Dios, participando de su espíritu y confiando humildemente en todos los testimonios de su preciosa Palabra, podrán discernir y descartar la «paja» del error que desde hace tiempo se ha mezclado con la verdad, y mantenerse firmes con valentía en la fe del evangelio y en la lealtad de corazón hacia Dios, mientras las masas se desvían

a la deriva en la corriente popular hacia la infidelidad en sus diversas formas: la evolución, la alta crítica, la teosofía, la ciencia cristiana, el espiritismo u otras teorías que niegan la necesidad y el mérito del gran sacrificio del Calvario. Pero aquellos que logren mantenerse firmes en este «día malo» (Ef. 6:13) pondrán a prueba, al así hacerlo, pondrán a prueba la solidez de su carácter cristiano; pues tan fuerte será la corriente en su contra, que solo la verdadera devoción cristiana hacia Dios, el celo, el valor y la fortaleza podrán resistir hasta el final. Estas oleadas de infidelidad que se avecinan arrastrarán sin duda a todos los demás ante ellas. Está escrito: «Mil caerán a tu lado, y diez mil a tu diestra; pero a ti no te alcanzará. Porque has dicho: "El Señor es mi protección, y al Altísimo has hecho tu refugio". El que habita en el lugar secreto [de consagración, comunión y compañerismo] del Altísimo, morará bajo la sombra del Todopoderoso Él te cubrirá con sus plumas, y bajo sus alas confiarás; su verdad será tu escudo y tu protección». –Salmo 91.

Los cristianos no pueden eludir su responsabilidad personal, trasladándola a los pastores y maestros, ni a los concilios y credos. Es por la Palabra del Señor que somos juzgados (Juan 12:48-50; Apocalipsis 20:12), y no por las opiniones o los precedentes de nuestros semejantes en cualquier capacidad. Por lo tanto, todos deben imitar a los nobles bereanos que «escudriñaban las Escrituras diariamente» para ver si las cosas que se les enseñaban eran ciertas. (Hechos 17:11) Es nuestro deber como cristianos, a título individual, examinar todo lo que aceptamos y aferrarnos a lo que es bueno. «A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos». —Hechos 17:11; 1 Tes. 5:21; Isa. 8:20.

El mismo principio se aplica tanto a las cosas temporales como a las espirituales. Mientras los diversos barcos del Estado se dirigen a la deriva hacia la destrucción, aquellos que ven las olas rompientes que se avecinan,

aunque no puedan alterar el curso de los acontecimientos en general, pueden, al menos en cierta medida, aprovechar sabiamente las oportunidades actuales para regular su propia conducta ante la inevitable catástrofe; pueden preparar los botes salvavidas y los chalecos salvavidas, de modo que cuando los barcos del Estado naufraguen en el mar embravecido de la anarquía, puedan mantener la cabeza por encima de las olas y encontrar un lugar de descanso más allá. En otras palabras, la política sensata —por no hablar de los principios— en estos días consiste en tratar con justicia, generosidad y amabilidad a nuestros semejantes de cualquier rango y condición social; pues el gran problema surgirá de la intensa ira de las naciones enfurecidas —de la insatisfacción y la indignación de las masas ilustradas del pueblo contra las clases más afortunadas, aristocráticas y gobernantes. Los motivos de insatisfacción son actualmente objeto de un amplio debate; y ahora, antes de que estalle la tormenta de ira, es el momento de que cada persona dé a conocer sus principios, no solo con sus palabras, sino con su conducta en todas sus relaciones con sus semejantes. Ahora es el momento de estudiar y aplicar los principios de la regla de oro; de aprender a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y de actuar en consecuencia. Si los hombres fueran lo suficientemente sabios como para considerar cuál será, en un futuro muy cercano, el resultado del curso actual de los acontecimientos, lo harían por razones políticas, si no por principios.

Ante las tribulaciones que se avecinan, es razonable suponer que, incluso en medio de la confusión más desenfrenada, habrá un trato preferencial para quienes se hayan mostrado justos, generosos y bondadosos; y una ira extrema contra quienes hayan practicado y defendido la opresión. Así sucedió en medio de los horrores de la Revolución Francesa; y que volverá a suceder así lo insinúa el consejo de la Palabra del Señor, que dice: «Buscad la justicia, buscad la mansedumbre; tal vez seáis ocultados en el día de la ira del Señor». «Apartaos del mal y haced el bien; buscad la paz y persíganla. Los ojos del Señor están sobre los

justos, y sus oídos están atentos a su clamor. El rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra el recuerdo de ellos. (Sof. 2:3; Sal. 34:14-16) Estas palabras de sabiduría y advertencia están dirigidas al mundo en general. En cuanto a los «santos», el «pequeño rebaño» y los «vencidos», se les promete que serán considerados dignos de *escapar de* todas aquellas cosas que vendrán sobre el mundo.–Lucas 21:36.

LA RELACIÓN DE LAS NACIONES PAGANAS CON LA CRISTIANDAD Y CON LA GRAN TRIBULACIÓN

Si bien la ira feroz del Señor recaerá especialmente sobre las naciones de la cristiandad, porque han pecado a pesar de haber recibido mucha luz y muchos privilegios, las Escrituras muestran claramente que las naciones paganas no han estado exentas de responsabilidad y no quedarán impunes. Durante muchas generaciones y a lo largo de muchos siglos se han complacido en la injusticia. Sus padres en épocas pasadas se olvidaron de Dios, porque no les gustaba tener presente su autoridad justa; amaron las tinieblas más que la luz y persiguieron deliberadamente la locura de sus propias imaginaciones; y sus descendientes han seguido constantemente por el mismo camino de decadencia, hasta el día de hoy.

En cuanto a la responsabilidad de estas naciones, el apóstol Pablo (Rom. 1:18-32) nos dice muy claramente cuál es la voluntad del Señor, diciendo: «La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de aquellos hombres que, por su injusticia, reprimen la verdad; porque el conocimiento de Dios es evidente entre ellos, pues Dios se lo ha revelado. Porque sus cosas invisibles, es decir, su poder eterno y su divinidad, desde la creación del mundo se ven claramente, siendo percibidas por medio de las cosas creadas; de modo que [teniendo esta luz de la naturaleza —es decir,

el testimonio de la naturaleza sobre la existencia, el poder y la bondad de Dios, y de la conciencia que indica lo que está bien y lo que está mal], no tienen excusa [para seguir un camino de vida malvado]; porque, aunque conocían a Dios [al menos en cierta medida], no lo glorificaron ni le dieron gracias como a Dios, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su corazón perverso se oscureció [como resultado natural de tal conducta]. Preteniendo ser sabios, se volvieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen semejante al hombre corruptible, y a las aves, y a los cuadrúpedos, y a los reptiles. Por eso Dios los entregó, a través de los deseos impuros de sus corazones, a la impureza, para que deshonraran sus propios cuerpos entre sí; quienes cambiaron la verdad acerca de Dios por una religión falsa, y veneraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, quien es digno de alabanza por siempre. ¡Amén!

«Por esta razón, Dios los entregó a pasiones infames [es decir, Dios no luchó contra ellos ni se esforzó por recuperarlos, sino que los dejó seguir el camino del mal que habían elegido y aprender por experiencia sus amargos frutos]. … Y como no quisieron conservar el conocimiento de Dios, Dios los entregó a una mente vana, para que hicieran cosas indecentes, abundando en toda iniquidad; en maldad, en avaricia, en malignidad; llenos de envidia, homicidio, contiendas, engaños, malos hábitos; calumniadores en secreto, injuriosos, enemigos de Dios, insolentes, soberbios, jactanciosos, inventores de cosas malas, desobedientes a los padres, obstinados, infieles al pacto, desprovistos de afecto natural, sin piedad; quienes, aunque conocen el decreto de Dios [de que quienes practican tales cosas son dignos de muerte], no solo las cometen, sino que incluso aprueban a quienes las practican».

Mientras que, como aquí se muestra, las naciones paganas suprimieron hace mucho tiempo la verdad que se conocía en los primeros tiempos de

mundo acerca de Dios y su justicia, y prefirieron las tinieblas antes que la luz porque sus obras eran malas, y a partir de sus imaginaciones malvadas y vanas inventaron religiones falsas que justificaban sus malos caminos; y aunque las generaciones sucesivas han respaldado y justificado el mal camino de sus antepasados al suscribir sus doctrinas y seguir sus huellas, asumiendo así también la acumulación de su culpa y condenación, según el mismo principio por el cual las naciones actuales de la cristiandad también asumen las obligaciones de sus generaciones anteriores, las naciones paganas no han sido del todo ajenas al hecho de que una gran luz ha venido al mundo por medio de Jesús. Incluso antes de la venida de Cristo, el maravilloso Dios de Israel era conocido entre muchas naciones paganas a través de su trato con ese pueblo; y a lo largo de toda la edad evangélica, los santos de Dios han estado difundiendo la buena noticia por todas partes.

Aquí y allá, unos pocos individuos han prestado atención a la verdad, pero las naciones, en general, la han ignorado y han seguido caminando en la oscuridad. Por lo tanto, «la indignación del Señor está sobre todas las naciones» (Isaías 34:2). Las naciones paganas se encuentran ahora,
sin el evangelio y sus beneficios, son juzgadas indignas de que se les siga concediendo poder; mientras que las llamadas naciones cristianas, con la luz y los privilegios del evangelio de los que no han hecho un uso digno, también son juzgadas, según su estándar de verdad y justicia, indignas de seguir teniendo poder.

Así, toda boca queda callada, y todo el mundo se presenta culpable ante Dios. De todas las naciones «no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se han desviado, a una se han vuelto inútiles; no hay quien haga lo bueno; no, ni uno solo».

La justicia de Dios al castigar a todas las naciones es manifiesta; y mientras las naciones paganas recibirán la justa recompensa por sus obras, que no pase desapercibida la mayor responsabilidad

de la cristiandad; pues si los judíos tenían «gran ventaja en todo respecto sobre las naciones gentiles, principalmente en que a ellos les fueron confiados los oráculos de Dios (Rom. 3:1, 2), ¿qué diremos de las naciones de la cristiandad, con sus ventajas aún mayores tanto de la Ley como del Evangelio? Sin embargo, es cierto hoy en día para la cristiandad, como lo fue entonces para la nación judía, que el nombre de Dios es blasfemado entre los paganos por causa de ellos. (Rom. 2:24) Fíjense, por ejemplo, en la imposición del tráfico de licor y opio a las naciones paganas, debido a la codicia de las naciones cristianas por el oro.

Un testigo confiable, que habla desde su conocimiento personal, escribió hace algún tiempo al New York *Voice* lo siguiente:

«Según mis propias observaciones en el Congo y la Costa Occidental [de África], así como las declaraciones de muchos misioneros y otras personas, el alcohol está causando más daño a los nativos que el comercio de esclavos, tanto en la actualidad como en épocas pasadas. Aquello se lleva a la gente, destruye aldeas; esto no solo mata a miles, sino que corrompe y arruina en cuerpo y alma a tribus enteras, y las deja para que se conviertan en padres de criaturas degeneradas nacidas a su propia imagen y semejanza. A todos los trabajadores se les da una buena ración de ron todos los días al mediodía, y se les obliga a tomar al menos dos botellas de ginebra como pago por su trabajo cada sábado por la noche; en muchas de las fábricas, cuando vence un contrato de uno, dos o tres años, se les obliga a llevarse un barril de ron o algunas cajas o garrafas de ginebra para llevar a casa. Los comerciantes nativos se ven obligados a aceptar barriles de licor a cambio de productos locales, incluso cuando protestan, y, al no obtener reparación alguna, vierten el licor al río; los comerciantes dicen: «Los negros deben aceptar ron, no podemos ganar suficiente dinero para satisfacer a la empresa en casa vendiéndoles sal o telas». Los pueblos se convierten en un estruendoso pandemónium cada domingo por la bebida. Hay aldeas donde todos los hombres, mujeres y niños están completamente borrachos, y así, las antiguas prácticas religiosas

se interrumpen. Los jefes les dicen con tristeza a los misioneros: «¿Por qué ustedes, hombres de Dios, no vinieron antes de que llegara la bebida? La bebida le ha devorado la mente a mi pueblo y le ha endurecido el corazón: no pueden entender, no les importa nada bueno»----

Incluso se dice que algunos de los paganos les están mostrando la Biblia cristiana y les dicen: «Sus prácticas no se corresponden con las enseñanzas de su libro sagrado». Se dice que un brahmán le escribió a un misionero: «Los estamos descubriendo. No son tan buenos como su Libro. Si su gente fuera tan buena como su Libro, conquistarían la India en cinco años. –Véase Ezequiel 22:4.

En verdad, si los hombres de Nínive y la reina del sur se levantarán en juicio contra la generación de Israel a la que el Señor se dirigió directamente (Mateo 12:41, 42), entonces Israel y todas las generaciones anteriores, así como las naciones paganas, se levantarán contra esta generación de la cristiandad; porque a quien se le ha dado mucho, se le exigirá mucho.–Lucas 12:48

Sin embargo, dejando de lado el aspecto moralmente retributivo de la cuestión, vemos cómo, por la propia naturaleza del asunto, las naciones paganas deben sufrir con la caída de la cristiandad, es decir, de Babilonia. Gracias a las influencias de la Palabra de Dios, tanto directas como indirectas, las naciones cristianas han logrado grandes avances en civilización y prosperidad material en todos los ámbitos, de modo que en riqueza, comodidad, desarrollo intelectual, educación, gobierno civil, en ciencia, el arte, la manufactura, el comercio y todas las ramas de la industria humana, se encuentran muy por delante de las naciones paganas que no han sido tan favorecidas con las influencias civilizadoras de los oráculos de Dios, sino que, por el contrario, han experimentado un declive constante, de modo que hoy en día solo muestran los restos de su antigua prosperidad. Comparemos, por ejemplo, la Grecia de hoy con la antigua Grecia, que en su momento fue la sede de

el saber y la opulencia. Fíjate también en las ruinas actuales de la gloria del antiguo Egipto, que en su momento fue la nación más importante de toda la tierra.

Como consecuencia del declive de las naciones paganas y de la civilización y prosperidad de las naciones cristianas, las primeras están todas, en mayor o menor medida, en deuda con estas últimas por muchas ventajas recibidas —por los beneficios del comercio, de la comunicación internacional y la consiguiente ampliación de ideas, etc. Además, el avance del progreso en los últimos años ha vinculado a todas las naciones en diversos intereses comunes, los cuales, si se ven seriamente alterados en una o más de las naciones, pronto afectan a todas. Por lo tanto, cuando Babilonia, la cristiandad, caiga repentinamente, los efectos serán muy graves para todas las naciones más o menos dependientes, las cuales, en el lenguaje simbólico del Apocalipsis, se representan por eso lamentando profundamente la caída de esa gran ciudad, Babilonia. —Ap. 18:9-19.

Pero las naciones paganas no sufrirán únicamente por la caída de Babilonia; pues las crecientes olas de conmoción social y política se extenderán rápidamente y las envolverán y engullirán a todas; y así toda la tierra será barrida con la escoba de la destrucción, y la altivez del hombre será humillada; pues está escrito: “La venganza es mía; yo daré la retribución, dice el Señor”. (Rom. 12:19; Deut. 32:35) Y el juicio del
el Señor, tanto sobre la cristiandad como sobre el paganismo, se ajustará a los más estrictos principios de equidad.

La tormenta que se avecina

«¡Ay! Mi corazón está triste por la tormenta que se
avecina; como águilas, las nubes se precipitan
desde el mar; la gaviota busca refugio, los pinos
suspiran,
y todo anuncia la tempestad que se avecina.

«Un hechizo se ha susurrado desde la cueva o desde el
océano, los pastores duermen, los centinelas están mudos,
los rebaños están dispersos por los páramos y las montañas,
y nadie cree que el Maestro haya llegado.

"Él ha venido, pero ¿a quién encuentra velando? ¡Ay!
¿Dónde —en su presencia— está la fe en todo el mundo?
Los ricos, con todos sus sentidos sumergidos en el suave lujo;
los pobres, apenas logrando ahuyentar al lobo de la puerta.

«¡Oh, hombre, y oh, doncella, dejad de lado las frivolidades y los placeres!
¡Oh, escuchen! Mientras les cuento del dolor que está por venir.

* * *

¡Más valdría que suplicara en el camino de aquel
glaciar, o que gritara una advertencia a las olas del
mar!»

ESTUDIO IV

BABILONIA JUZGADA ANTE EL GRAN TRIBUNAL

Los poderes civiles, sociales y eclesiásticos de Babilonia, la cristiandad, están siendo sopesados en la balanza: el juicio de los poderes civiles; el juicio del sistema social actual; el juicio de los poderes eclesiásticos; incluso ahora, en medio de sus festividades, se traza la escritura de su condenación y puede leerse con claridad, aunque el juicio aún no haya concluido.

«El Dios poderoso, el Señor mismo, ha hablado y ha convocado a la tierra desde el salir del sol hasta su ocaso. Llamará a los cielos desde lo alto [los poderes superiores o gobernantes] y a la tierra [las masas del pueblo], para juzgar a su pueblo [profesante] [la cristiandad].

"Escucha, oh mi pueblo, y yo hablaré; oh Israel [Israel espiritual nominal —Babilonia, la cristiandad], y daré testimonio contra ti...
.A los impíos dice Dios: "¿Qué tienes que ver con proclamar mis estatutos, o con poner el pacto en tu boca? Puesto que aborreces la instrucción y arrojas mis palabras detrás de ti. Cuando viste a un ladrón, te alistaste con él, y te has hecho cómplice de los adúlteros. Das rienda suelta a tu boca para el mal, y tu lengua trama engaño. Te sientas y hablas contra tu hermano [los verdaderos santos, la clase del trigo]; calumnias al hijo de tu propia madre. Estas cosas has hecho, y yo guardé silencio; pensaste que yo era del todo como tú; *pero te reprenderé y pondré todo esto ante tus ojos.*

"Ahora consideren esto, ustedes que se olvidan de Dios, no sea que los haga pedazos y no haya quien los libre". – Sal. 50:1, 4, 7, 16-22.

COMO consecuencia lógica del gran aumento de conocimiento sobre todos los temas, concedido providencialmente en este

«día de preparación» —para el reinado milenario de Cristo—, los poderes civiles y eclesiásticos de la cristiandad, Babilonia, están siendo ahora sopesados en la balanza de la justicia, a la vista de todo el mundo. Habiendo llegado la hora del juicio, el Juez se encuentra ahora en el estrado; los testigos —el público en general— están presentes; y en esta etapa del juicio se permite a los «poderes constituidos» escuchar los cargos y luego defenderse por sí mismos. Sus casos se están juzgando en audiencia pública, y todo el mundo observa con intenso y febril interés.

El objetivo de este juicio no es convencer al gran Juez de la situación real de estos poderes; pues ya se nos ha advertido de su condenación mediante su «palabra de profecía segura»; y ya los hombres pueden leer en las paredes de sus salones de banquetes la escritura de la mano misteriosa, pero fatídica: «¡MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN!» (Dan. 5:25) El juicio actual, que implica la discusión de lo que está bien y lo que está mal, de doctrinas, autoridades, etc., tiene por objeto manifestar a todos los hombres el verdadero carácter de Babilonia, de modo que, aunque los hombres hayan sido engañados durante mucho tiempo por sus vanas pretensiones, puedan finalmente, a través de este proceso de juicio, comprender plenamente la justicia de Dios en su derrocamiento definitivo. En este juicio, se están poniendo en tela de juicio todas sus afirmaciones de santidad superior y de autoridad y designación divinas para gobernar el mundo, así como sus numerosas afirmaciones doctrinales monstruosas y contradictorias.

Con evidente vergüenza y desconcierto ante tal multitud de testigos, los poderes civiles y eclesiásticos, a través de sus representantes —los gobernantes y el clero—, se esfuerzan por rendir cuentas. Nunca, en todos los anales de la historia, ha existido tal situación. Nunca antes los eclesiásticos, los estadistas y los gobernantes civiles habían sido examinados, interrogados y criticados como ahora ante el tribunal del juicio público, a través del cual el espíritu del Señor, que escudriña los corazones, está actuando sobre

ellos para su gran confusión. A pesar de su determinación y esfuerzo por evitar el escrutinio y el interrogatorio del espíritu de estos tiempos, se ven obligados a soportarlo, y el juicio continúa.

BABILONIA PESADA EN LA BALANZA

Mientras que las masas de hombres están desafiando hoy abiertamente tanto a los poderes civiles como a los eclesiásticos de la cristiandad para que demuestren sus pretensiones de autoridad *divina* para gobernar, ni ellos ni los gobernantes ven que Dios ha concedido, o más bien permitido, un período de poder* a aquellos gobernantes que la humanidad en general pudiera elegir o tolerar, ya sean buenos o malos, hasta que expiren «los tiempos de los gentiles»; que durante este tiempo, Dios ha permitido que el mundo administre en gran medida sus propios asuntos y siga su propio curso en el autogobierno, con el fin de que, al hacerlo, todos los hombres aprendan que, en su condición caída, son incapaces de gobernarse a sí mismos, y que no vale la pena tratar de ser independientes ni de Dios ni unos de otros.–Rom. 13:1.

Los gobernantes y las clases dominantes del mundo, al no ver esto, pero al darse cuenta de su oportunidad y aprovecharse de las masas menos afortunadas, gracias a cuyo permiso y tolerancia —ya sea por ignorancia o por inteligencia— se han mantenido en el poder durante mucho tiempo, se han esforzado por imponer a las masas analfabetas la absurda doctrina del designio divino y del «derecho divino de los reyes» —tanto civil como eclesiástico—. Y con el fin de perpetuar esta doctrina, tan conveniente para su política, durante muchos siglos se ha fomentado y alentado la ignorancia y la superstición entre las masas.

Solo en tiempos muy recientes el conocimiento y la educación se han generalizado. Y esto ha sucedido por la fuerza de circunstancias providenciales, y no por los esfuerzos

*Vol. II, p. 80.

de reyes y eclesiásticos. La imprenta y el transporte a vapor han sido los principales agentes que lo han promovido. Antes de estas divinas intervenciones, las masas de hombres, al estar en gran medida aisladas unas de otras, no podían aprender mucho más allá de sus propias experiencias. Pero estos agentes han sido fundamentales para lograr un maravilloso aumento de los viajes y de las relaciones sociales y comerciales, de modo que todos los hombres, cualquiera que sea su rango o posición, puedan beneficiarse de las experiencias de otros en todo el mundo.

Ahora, el gran público es el público lector, el público viajero, el público pensante; y se está convirtiendo rápidamente en un público descontento y clamoroso, con poca reverencia ya por los reyes y potentados que han mantenido unido el antiguo orden de las cosas bajo el cual ahora se rebelan con tanta inquietud. Hace apenas unos trescientos cincuenta años que una ley del Parlamento inglés estableció una disposición para los analfabetos entre sus miembros, en estos términos: «Cualquier lord y los lores del Parlamento, y cualquier par y los pares del reino que tengan un escaño o voz en el Parlamento, a petición o ruego suyo, podrán reclamar el beneficio de esta ley, *aunque no sepan leer*». De los veintiséis barones que firmaron la Carta Magna, se dice que solo tres escribieron sus nombres, mientras que veintitrés pusieron su marca.

Al observar que la tendencia de la ilustración general de las masas populares se orienta hacia un cuestionamiento de los poderes gobernantes y no favorece su estabilidad, el ministro del Interior ruso propuso, como medida para frenar el crecimiento del nihilismo, poner fin a la educación superior de cualquier miembro de las clases más pobres. En 1887 emitió una orden de la que se extrae lo siguiente: «Los gimnasios, las escuelas secundarias y las universidades se negarán en adelante a admitir como alumnos o estudiantes a los hijos de sirvientes domésticos, campesinos, comerciantes, pequeños tenderos, agricultores y otros

de condición similar, cuya descendencia no debe ser elevada por encima del círculo al que pertenecen, ya que, como lo ha demostrado una larga experiencia, esto los llevaría a sentirse insatisfechos con su suerte y a sentirse irritados ante las inevitables desigualdades de las posiciones sociales existentes».

Pero ya es demasiado tarde para que una política como esta tenga éxito, incluso en Rusia. Es la política que el papado aplicó en los días de su poder, pero de la que esa astuta institución ahora se da cuenta de que sería un fracaso y que sin duda repercutiría en el poder que la intentara. La luz ha amanecido en las mentes de las masas, y no pueden ser relegadas a su antigua oscuridad. Con el aumento gradual del conocimiento, las instituciones monárquicas se han visto obligadas a modificarse en gran medida por la fuerza de su propio ejemplo y las demandas del pueblo.

A la luz del nuevo día que amanece, los hombres comienzan a ver que, bajo la protección de falsas pretensiones —apoyadas por el pueblo en su antigua ignorancia—, las clases dominantes han estado mercantilizando egoístamente los derechos naturales y los privilegios del resto de la humanidad. Y, al observar y sopesar las pretensiones de quienes están en el poder, están llegando rápidamente a sus propias conclusiones, a pesar de las pobres excusas ofrecidas. Pero al no estar ellas mismas impulsadas por principios de justicia y verdad más elevados que los de las clases gobernantes, el juicio de las masas está igualmente lejos de ser correcto en el otro extremo de la cuestión, ya que su creciente tendencia es ignorar apresuradamente toda ley y orden, en lugar de considerar con serenidad y sin pasiones las exigencias de la justicia de todas las partes a la luz de la Palabra de Dios.

Mientras Babilonia, la cristiandad —la organización y el orden actuales de la sociedad, representados por sus estadistas y su clero— es sopesada en la balanza de la opinión pública, se ve que sus numerosas y monstruosas pretensiones carecen de fundamento y son absurdas, y que las graves acusaciones en su contra —de egoísmo y de incumplimiento de la regla de oro de Cristo, cuyo nombre

y autoridad que ella reclama—ya han inclinado la balanza y elevado el peso tanto que, incluso ahora, el mundo tiene poca paciencia para escuchar nuevas pruebas de su carácter verdaderamente anticristiano.

Sus representantes exhortan al mundo a que contemple la gloria de sus reinos, los triunfos de sus armas, el esplendor de sus ciudades y palacios, el valor y la fortaleza de sus instituciones, tanto políticas como religiosas. Se esfuerzan por reavivar el espíritu de antaño del patriotismo sectario y la superstición, que antes se inclinaba con reverencia sumisa y adoradora ante quienes ostentaban autoridad y poder; que gritaba con entusiasmo: «¡Viva el rey!», y contemplaba con reverencia a quienes se proclamaban representantes de Dios.

Pero esos días han quedado atrás: los vestigios de la antigua ignorancia y superstición están desapareciendo rápidamente, y con ellos los sentimientos de patriotismo tribal y reverencia religiosa ciega; y en su lugar se encuentran la independencia, la desconfianza y el desafío, que prometen conducir en poco tiempo a una contienda mundial: la anarquía. Los pueblos de las diversas naves del Estado hablan con ira y tono amenazante a los capitanes y pilotos, y en ocasiones se vuelven casi amotinados. Afirman que la política actual de quienes están en el poder consiste en atraerlos hacia los mercados de esclavos del futuro, convertir en mercancía todos sus derechos naturales y reducirlos a la servidumbre de sus padres. Y muchos insisten con creciente vehemencia en destituir a los actuales capitanes y pilotos y dejar que los barcos vayan a la deriva mientras ellos luchan entre sí por el dominio. Pero frente a este clamor salvaje y peligroso, los capitanes y pilotos, los reyes y los estadistas, resisten y mantienen sus puestos de poder, gritándole todo el tiempo al pueblo: «¡No toquen nada! ¡Llevarán el barco contra las rocas!». Entonces los maestros religiosos dan un paso al frente y aconsejan la sumisión

por parte del pueblo; y, buscando enfatizar que su propia autoridad proviene de Dios, se confabulan con los poderes civiles para mantener al pueblo bajo control. Pero ellos también comienzan a darse cuenta de que su poder se ha esfumado, y están buscando algún medio para reforzarlo. Así que hablan de unión y cooperación entre ellos, y los oímos discutir con el Estado para obtener más ayuda de esa fuente, prometiendo a cambio defender las instituciones civiles con su (decreciente) poder. Pero mientras tanto se está gestando una tormenta, y mientras las masas populares, incapaces de comprender el peligro, continúan clamando, a los que están al timón de los barcos les falla el ánimo por temor a lo que ahora ven que sin duda vendrá.

Los poderes eclesiásticos, en particular, sienten que les corresponde rendir cuentas para dar la mejor imagen posible; así, si es posible, frenar la corriente revolucionaria del sentir público en su contra. Pero al intentar disculparse por los escasos resultados positivos de los últimos siglos de su poder, solo aumentan su propia confusión y perplejidad, y llaman la atención de los demás sobre la verdadera situación de los asuntos. Estas disculpas aparecen constantemente en las columnas de la prensa laica y religiosa. Y en marcado contraste con ellas están las críticas intrépidas del mundo en general, tanto hacia los poderes civiles como hacia los eclesiásticos de la cristiandad. De estas, los siguientes extractos de informes de prensa que circulan son ejemplos.

La acusación del mundo contra los poderes civiles

«Entre todas las extrañas creencias de la raza humana, no hay ninguna más extraña que aquella que hizo que Dios Todopoderoso seleccionara cuidadosamente a algunos de los miembros más comunes de la especie —a menudo enfermizos, estúpidos y viciosos— para que reinaran sobre grandes comunidades bajo su protección especial, como sus

representantes en la tierra». –*New York Evening Post*.

Hace algunos años, otro periódico publicó lo siguiente, bajo el título: «Una pobre camada de reyes»:

«Se afirma, con cierta apariencia de verdad, que el rey Milán de Serbia está loco. El rey de Wurtemberg es un lunático parcial. El último rey de Baviera se suicidó mientras estaba loco, y el actual gobernante de ese país es un idiota. El zar de Rusia ocupa ese cargo porque su hermano, el heredero natural, fue declarado mentalmente incapacitado; y el actual zar padece de melancolía desde el momento de su coronación, y ha recurrido a la ayuda de especialistas en salud mental de Alemania y Francia. El rey de España es víctima de la escrófula y probablemente no llegará a la edad adulta. El emperador de Alemania tiene un absceso incurable en el oído que, con el tiempo, le afectará el cerebro. El rey de Dinamarca ha legado sangre envenenada a media docena de dinastías. El sultán de Turquía padece melancolía. No hay un trono en Europa donde los pecados de los padres no hayan recaído visiblemente sobre los hijos, y en una o dos generaciones más ya no habrá ni Borbones, ni Habsburgo, ni Romanov, ni Guelfos para atormentar y gobernar el mundo. La sangre azul de este tipo no será muy apreciada en el siglo XX. Se está eliminando a sí misma del problema del futuro».

Otro columnista de la prensa diaria calculó el costo de la realeza de la siguiente manera:

"El acuerdo alcanzado con la reina Victoria al momento de su ascensión al trono le otorga 385 000 libras al año, con la facultad de otorgar nuevas pensiones por un monto de 1 200 libras al año, lo que se estima equivale a una renta vitalicia de
19 871 libras. Esto suma un total de 404 871 libras al año solo para la reina, de las cuales 60 000 libras se destinan a su fondo privado; es decir, simplemente dinero de bolsillo. El ducado de Lancaster, que aún permanece bajo la administración de la Corona, también aporta 50,000 libras esterlinas al año a la caja privada. De este modo, la reina cuenta con 110,000 libras esterlinas al año para gastos personales; pues los demás gastos de su casa real se sufragan con otros fondos de la Lista Civil.

Cuando se anuncia una donación de 50 o 100 libras esterlinas de la Reina a una organización benéfica, no debe suponerse que proviene del fondo privado, ya que existe una partida separada de 13 200 libras esterlinas al año destinada a limosnas, donaciones y obras de caridad de la Casa Real. Entre los cargos de la casa real hay 20 clasificados como políticos, con un salario total de 21 582 libras al año, y la norma es que un hombre cobre el salario y otro haga el trabajo. El departamento médico incluye a 25 personas, desde médicos extraordinarios hasta químicos y farmacéuticos, todos ellos destinados a mantener la salud de la familia real, mientras que 36 capellanes ordinarios y 9 sacerdotes ordinarios atienden el alma de la familia real. El departamento del Lord Chambelán incluye una interminable lista de cargos, entre los cuales, mezclados con el examinador de obras de teatro, el poeta laureado y el inspector de cuadros, se encuentran el capitán de barcazas, el cuidador de los cisnes y el guardián de las joyas de la Torre. El cargo más curioso bajo la dirección de la Caza Real es el de gran cetrero hereditario, que ostenta el duque de St. Albans con un sueldo de 1,200 libras al año. Probablemente el duque no conoce la diferencia entre un halcón y un pingüino, y nunca tiene la intención de averiguarla. Desde su ascensión al trono, la reina Victoria ha abolido muchos cargos inútiles, logrando así un ahorro considerable, que se destina en su totalidad a su abultada caja privada.

«Habiendo provisto así generosamente a la reina, la nación británica tuvo que darle algo a su esposo. El príncipe Alberto recibía 30 000 libras al año por voto especial, además de 6 000 libras al año como mariscal de campo, 2 933 libras al año como coronel de dos regimientos, 1 120 libras al año como gobernador del Castillo de Windsor y 1 500 libras como guardabosques de Windsor y los parques nacionales. En total, el esposo de la reina le costó a la nación 790 000 libras durante sus 21 años de vida matrimonial, y engendró una familia numerosa a cargo de la nación. Le sigue la emperatriz Augusta de Alemania, quien percibe 8,000 libras al año, además de contar con una dote de 40,000 libras y 5,000 libras para los preparativos de la boda. Pero esta generosa asignación no es suficiente para pagar su pasaje a Inglaterra para visitar a su madre, pues en cada una de esas ocasiones se pagan 40 libras por su pasaje. Cuando el Príncipe de Gales alcanzó la mayoría de edad, recibió la modesta suma de 601 721 libras como regalo de cumpleaños, que correspondía al monto de los ingresos acumulados del Ducado de Cornualles hasta ese momento. Desde entonces, ha recibido un promedio de 61 232 libras al año del Ducado. La nación también ha gastado 44 651 libras en reparaciones a Marlborough House, la residencia urbana del príncipe desde 1871; le paga 1,350 libras al año como coronel del Décimo Regimiento de Húsares; le otorgó 23,450 libras para cubrir los gastos de su boda; le concede a su esposa 10,000 libras al año, y le dio 60,000 libras para gastos personales durante su visita a la India en 1875. En total, ha recibido 2,452,200 libras (más de

$12,000,000) del bolsillo de Juan hasta hace diez años y ha estado recibiendo pagos regularmente desde entonces.

"Ahora, en cuanto a los hijos e hijas menores. La princesa Alicia recibió 30,000 libras esterlinas con motivo de su matrimonio en 1862, y una renta anual de 6,000 libras esterlinas hasta su muerte en 1878. Al duque de Edimburgo se le concedieron 15,000 libras esterlinas al año al alcanzar la mayoría de edad en 1866, y 10,000 libras esterlinas adicionales al año con motivo de su matrimonio en 1874, además de 6.883 libras para gastos de boda y reparaciones en su casa. Esto es lo que recibe sin hacer nada más que ser príncipe. Por su trabajo como capitán, y más recientemente como almirante en la marina, ha ganado 15 000 libras. La princesa Helena, al casarse con el príncipe Christian de Schleswig-Holstein en 1866, recibió una dote de 30 000 libras y una asignación de 7 000 libras al año de por vida, mientras que su esposo recibe 500 libras al año como guardabosques del Parque de Windsor Home. La princesa Luisa recibió los mismos beneficios que su hermana Helena. El duque de Connaught comenzó su vida en 1871 con 15 000 libras al año del Estado, suma que se incrementó a 25 000 libras al contraer matrimonio en 1879. Actualmente ostenta el mando del ejército de Bombay, con un sueldo de 6 600 libras al año y valiosos beneficios adicionales. Al duque de Albany se le concedieron 15 000 libras al año en 1874, suma que se incrementó a 25 000 libras al contraer matrimonio en 1882, y su viuda recibe 6 000 libras al año. El desafortunado duque era el genio de la familia; y, de haber sido un ciudadano común con oportunidades promedio, podría haberse ganado la vida cómodamente como abogado, pues era un orador. La princesa Beatriz, al casarse, recibió la dote habitual de 30 000 libras y una renta anual de 6 000 libras. Así, la nación, desde la ascensión al trono de la reina hasta finales de 1886, había pagado 4 766 083 libras por el lujo de contar con un príncipe consorte, cinco princesas y cuatro príncipes, sin contar los gastos de bolsillo especiales, las residencias sin renta y la exención de impuestos.

«Pero eso no es todo. La nación no solo tiene que mantener a los descendientes de la reina, sino también a sus primos, tíos y tías. Me limitaré a registrar las sumas que estos pensionados reales han recibido desde 1837. Leopoldo I, rey de los belgas, simplemente

por haberse casado con la tía de la reina, recibió 50 000 libras al año hasta su muerte, en 1865, lo que suma un total de 1 400 000 libras durante el reinado actual. Sin embargo, tenía cierto sentido de la decencia, pues cuando se convirtió en rey de los belgas en 1834, hizo que su pensión se transfiriera a unos fideicomisarios, estipulando únicamente que se pagaran anualidades a sus sirvientes y se mantuviera la Casa Claremont, y cuando falleció, la suma total se devolvió al Tesoro Público. No así el rey de Hannover, tío de la reina. Se quedó con todo lo que pudo obtener, lo cual, de 1837 a 1851, ascendió a 21 000 libras al año, es decir, 294 000 libras. La reina Adelaida, viuda de Guillermo IV, recibió 100 000 libras al año durante 12 años, o 1,200,000 libras en total. La madre de la reina, la duquesa de Kent, recibió 30,000 libras al año desde la ascensión al trono de su hija hasta su muerte, un total de 720,000 libras. El duque de Sussex, otro tío, recibió 18,000 libras al año durante seis años, un total de 108,000 libras. El duque de Cambridge, el tío n.º 7, recibió 24 000 libras al año, o 312 000 libras en total, mientras que su viuda, quien aún vive, ha recibido 6 000 libras al año desde su muerte, o 222 000 libras en total. La princesa Augusta, otra tía, recibió alrededor de 18 000 libras en total. La landgravina de Hesse, la tía n.º 3, se aseguró unas 35 000 libras. La duquesa de Gloucester, la tía n.º 4, se llevó 14 000 libras al año durante 20 años, es decir, 280 000 libras en total. La princesa Sofía, otra tía más, recibió 167 000 libras, y la última tía, la princesa Sofía de Gloucester, sobrina de Jorge III, recibió 7 000 libras al año durante 7 años, es decir, 49 000 libras. Luego, al duque de Mecklemburgo-Strelitz, primo de la reina, se le pagaron 1,788 libras al año durante 23 años de su reinado, es decir, 42,124 libras.

«El duque de Cambridge, como comandante en jefe del ejército británico, con sus pensiones, su salario como comandante en jefe, los cargos de coronel de varios regimientos y la administración de varios parques —gran parte de los cuales ha transformado en cotos de caza privados—, ha recibido 625 000 libras de fondos públicos. Su hermana, la duquesa de Mecklemburgo-Strelitz, ha recibido
132 000 libras, y su segunda hermana, «Fat Mary», duquesa de Teck, se ha embolsado 153 000 libras. Esto suma un total de 4 357 124 libras que la nación ha pagado para el sustento de la

tíos, tías y primos de la reina durante su reinado.

«Además de las sumas asignadas en la Lista Civil de la Reina, el costo original y el costo de mantenimiento de los cuatro yates reales se incluyen en los presupuestos de la Armada, aunque legítimamente forman parte de los gastos de la realeza. El costo original fue de 275 528 libras, y el costo total de mantenimiento y sueldos, de las prestaciones y el avituallamiento de la tripulación durante diez años fue de 346 560 libras, un total de 622 088 libras esterlinas solo para este rubro.

«En resumen, los numerosos tíos, tías y primos de la Reina han costado 4 357 124 libras esterlinas; su esposo, sus hijos e hijas, 4,766,083 libras esterlinas; ella misma y su casa real, 19,838,679 libras esterlinas; y sus yates, 622,088 libras esterlinas. Esto suma un total de 29,583,974 libras esterlinas [casi ciento cincuenta millones de dólares] que la nación británica ha gastado en la monarquía durante el reinado actual. [Hasta el año 1888.] ¿Vale la pena el esfuerzo? Es un precio bastante alto que pagar por la estabilidad, pues significa que se grava al pueblo hasta el límite de sus posibilidades para mantener en la ociosidad a un número de personas que harían más bien al país si se ganaran la vida honestamente».

La espectacular coronación del zar de Rusia fue un claro ejemplo de la extravagancia real, diseñada, como todas las ostentosas plumas de la realeza, para impresionar a las masas populares con la idea de que sus gobernantes están tan por encima de ellos en gloria y dignidad que son dignos de su adoración como seres superiores, y de su más abyecta y servil obediencia. Se dice que la gran exhibición de la realeza en esta ocasión costó 25 000 000 de dólares.

Ante esta extravagancia, que contrasta tanto con las miserables condiciones de sus millones de campesinos —cuyas penurias el mundo entero llegó a conocer tan bien durante la hambruna de 1893—, extraemos lo siguiente de los comentarios de una revista inglesa, **The Spectator**:

«Es difícil leer los relatos sobre los preparativos de la coronación rusa —que parecen hechos para ser impresos en oro sobre seda púrpura— sin sentir una sensación de repugnancia, más

especialmente si leemos al mismo tiempo las descripciones de las masacres de armenios a quienes los rusos se han negado a proteger, a pesar de que tenían el poder para hacerlo. Podemos, con cierto esfuerzo, evocar la maravillosa escena presentada en Moscú, con su arquitectura asiática y sus cúpulas relucientes, sus calles llenas de magníficos uniformes europeos y vestidos asiáticos aún más espléndidos, príncipes blancos vestidos de rojo, príncipes amarillos vestidos de azul, príncipes morenos con telas de oro, los gobernantes de tribus del Lejano Oriente, el dictador de China y el general japonés de piel morena ante quien ese dictador se ha postrado, hombro con hombro con miembros de todas las casas reinantes de Europa y representantes de todas las iglesias conocidas, excepto la mormona, de todos los pueblos que obedecen al zar —creemos que son ochenta— y de todos los ejércitos de Occidente, todos moviéndose en medio de regimientos de número y variedad de uniformes infinitos, y entre millones de gente humilde —mitad asiática, mitad europea— llena de emoción y devoción hacia su señor terrenal. Podemos anticipar el rugido de las multitudes interminables, los coros de los numerosos monjes, las salvas de artillería, que se repiten de estación en estación hasta que en todo el norte del mundo, desde Riga hasta Vladivostok, todos los hombres oigan al mismo tiempo que el zar se ha colocado la corona sobre la cabeza. El inglés lo analiza todo como si estudiara un poema de Moore, y lo encuentra a la vez magnífico y empalagoso. ¿No es esto demasiado grandioso para la grandeza? ¿No es más propio de la ópera que de la vida? ¿No hay algo parecido a la culpa, en un imperio como Rusia, con sus millones y millones de personas que sufren, en el gasto gigantesco que produce estos efectos pomposos? ¡Cinco millones de libras esterlinas para una ceremonia! ¿Existe algún principio sobre el cual un gasto como ese pueda justificarse de manera siquiera plausible? ¿No es el despilfarro de un Belsasar, la exhibición de un orgullo casi demencial, un derramamiento de tesoros como a veces lo hacen los reyes orientales, únicamente para despertar una emoción de gloria en una mente saciada? Nada podría inducir a un inglés a destinar tal suma a tal fin, y a Inglaterra le resultaría al menos diez veces más fácil prescindir de ese dinero que a Rusia.

«Sin embargo, cabe temer que quienes gobiernan Rusia sean sabios en su generación, y que este gasto imprudente de energía y tesoros asegure un resultado que, desde su punto de vista, sea una recompensa adecuada. El objetivo es profundizar la impresión rusa de que la posición del zar es, de alguna manera, supranatural, que sus recursos son tan ilimitados como su poder, que mantiene una relación especial con lo Divino, que su coronación es la consagración tan solemne y con tal significado para la humanidad que ninguna manifestación externa para hacerla visible puede ser excesiva, que la humanidad puede ser convocada a contemplarla sin menosprecio, que el silencio momentáneo de paz que se ha extendido tan cuidadosamente por todo el mundo del Norte no se debe a una orden, sino a la expectativa de un acontecimiento adecuado. Y los rusos en el poder creen que el resultado se ha logrado, y que la impresión que causa la coronación equivale, en todo el Imperio, a la impresión de una victoria que costaría tanto en dinero y mucho más en lágrimas. Repiten la ceremonia en cada sucesión al trono, con un esplendor y una grandiosidad de diseño cada vez mayores, acordes con el fortalecimiento de la posición rusa, marcado en este momento, según ellos, por el sombrío retroceso de Japón, por la sumisión de China y por la servilidad rastrera del gobernante de Constantinopla. Incluso creen que la coronación aumenta el prestigio de su señor en Europa, que la grandeza de su Imperio, la multitud de sus soldados, su posesión de todos los recursos de la civilización, así como de todos los recursos de una potencia bárbara, se graba con mayor intensidad en la mente colectiva de Occidente y aumenta el rechazo que allí existe hacia la gran potencia del norte. En Berlín, piensan, hay un estremecimiento más profundo ante la idea de una invasión; en París, más júbilo al recordar la Alianza; en Londres, una pausa más prolongada mientras sus estadistas meditan —como siempre lo hacen— sobre cómo detener o desviar el avance del glaciar. ¿Puede alguien afirmar con seguridad que están totalmente equivocados, o que durante un año la diplomacia de Rusia no será más audaz como consecuencia de la fiesta nacional, y que la resistencia de quienes se oponen será más tímida porque han visto, al menos con los ojos de la mente, una escena que tal vez, si se buscara la brevedad, se describiera mejor como el desfile de un Imperio celebrado dentro de los muros de su capital, o el desfile de Europa del Norte y Asia en honor a su Comandante en Jefe?

«Puede que sea engañoso, pero de esto estamos seguros: escenas como la que se presentó en esta coronación constituyen uno de los riesgos del mundo. Tienden a desmoralizar a sus hombres más poderosos. Del actual zar nadie sabe nada, excepto, dice

alguien que estuvo en estrecho contacto con él, que es "un hombre de profundos sentimientos emocionales"; pero debe ser más que la masa común, si él, un descendiente de Alejandro I quien firmó el Tratado de Tilsit, puede sentirse durante días el centro de esa escena de coronación, puede, de hecho, ser adorado como si reinara en Nínive, sin tener alucinaciones; y los sueños de los reyes suelen ser de dominio. Existe una embriaguez de rango, suponemos, así como una embriaguez de poder, y el hombre en quien se fijan todos los ojos, y ante quien todos los príncipes parecen pequeños, debe tener una mente verdaderamente templada si no se hincha por momentos con la convicción de que es el primero entre la humanidad. Los gobernantes de Rusia tal vez descubran aún que, aunque al elevar a sus zares a tan grandes alturas han fortalecido la lealtad y profundizado la obediencia, han disuelto el poder del autocontrol, que es la defensa necesaria de la mente».

Pero el hecho de que estos gobernantes de los llamados reinos cristianos carezcan en su conjunto de verdaderos sentimientos cristianos y hasta de simpatía humana queda ampliamente demostrado por el hecho de que, mientras la riqueza se derrocha como agua en el mantenimiento de la realeza y su vanidosa pompa y ostentación, y mientras tienen a su disposición millones de soldados y marineros, así como un armamento militar de lo más maravilloso, escucharon impasibles los gritos de los pobres cristianos armenios, a quienes los turcos torturaban y mataban por decenas de miles. Es evidente que esos maravillosos ejércitos no están organizados por el bien de la humanidad, sino para los fines meramente egoístas de los gobernantes políticos y financieros del mundo; es decir, para apoderarse de territorios, proteger los intereses de los tenedores de bonos y lanzarse unos contra otros con rencor asesino, cada vez que ven una buena oportunidad para ampliar sus imperios o aumentar su riqueza.

En marcado contraste con esta extravagancia real que prevalece, en cierta medida, en todos los países donde se mantiene una familia real, se encuentra *el enorme endeudamiento de los países europeos.*

«La revista **L'Économiste Français** publicó un extenso artículo, de M. René Stourm, sobre la deuda pública de Francia. Se dice que la estimación más común del capital de la deuda es de 6,400,000,000 dólares. Las estimaciones más moderadas lo sitúan unos cuantos millones por debajo. El Sr. Paul Leroy-Beaulieu lo calcula en 6,343,573,630 dólares. El resultado del cálculo del Sr. Stourm es un total de 5,900,800,000 dólares, con la salvedad, sin embargo, de que ha omitido 432,000,000 dólares en rentas vitalicias, que otros economistas han considerado como parte del capital de la deuda. El cargo anual por intereses y fondo de amortización, sobre la deuda total, incluidas las rentas vitalicias, es de $258,167,083. De la deuda financiada, $2,900,000,000 corresponden a títulos perpetuos al 3 por ciento, 1,357,600,000 dólares en bonos perpetuos al 4.5 por ciento, y 967 906 200 dólares en bonos rescatables de diversas clases. Las anualidades a diversas empresas y sociedades por 477,400,000 dólares, y 200,000,000 dólares de deuda flotante, completan el saldo del total de M. Stourm. Esta es, con mucho, la carga más pesada que soporta cualquier nación del mundo. La que más se le acerca es la deuda de Rusia, que se estima en $3,605,600,000. Le sigue Inglaterra, con $3,565,800,000, e Italia, con $2,226,200,000. La deuda de Austria es de 1,857,600,000 dólares, y la de Hungría, de 635,600,000 dólares. España debe 1,208,400,000 dólares, y Prusia, 962,800,000 dólares. Estas son las cifras del Sr. Stourm. Ninguna de estas naciones, con excepción de Inglaterra y Prusia, recauda ingresos suficientes para garantizar un equilibrio permanente del presupuesto, pero Francia es la que soporta la carga más pesada de todas, y el aumento de su deuda ha sido el más rápido en el pasado reciente y es el que presenta mayor amenaza para el futuro.

«Para concluir, el Sr. Stourm afirma: "Nos abstenemos de detenernos en las reflexiones angustiosas que suscita el resultado de nuestro trabajo. Sea cual sea el aspecto desde el que contemplemos estos 29 mil 500 millones, ya sea en comparación con las deudas de otros países o con nuestra propia deuda de hace diez o veinte años, parecen una cumbre de altura desconocida, que supera

el límite que cualquier pueblo del mundo, en cualquier época, haya considerado alcanzable. La Torre Eiffel será su verdadera contraparte; dominamos a nuestros vecinos y nuestra historia con la altura de nuestra deuda, ante la cual es es hora de que nuestro país sienta un temor patriótico». »----

El London Telegraph publicó en una ocasión el siguiente resumen de las perspectivas financieras nacionales:

«La falta de recursos se cierne como una nube oscura y casi universal sobre las naciones de Europa. Los tiempos son muy difíciles para todas las potencias, pero los peores son para las más pequeñas. Apenas hay una nación en el continente cuyo balance del año que acaba de terminar no presente un panorama sombrío; mientras que muchos de ellos son simples confesiones de quiebra. Informes detallados sobre la situación financiera de los distintos Estados revelan una lucha en los diversos ministerios de Hacienda por llegar a fin de mes que nunca ha sido tan generalizada. De hecho, esta situación es casi mundial; pues, si miramos más allá de nuestro propio continente, los Estados Unidos, por un lado, e India y Japón, junto con sus vecinos, por el otro, han sentido la presión generalizada...

«La Gran República es demasiado vasta y llena de recursos como para morir a causa de sus males financieros; aunque incluso ella se encuentra muy enferma. Gran Bretaña, también, debe enfrentar un déficit en el próximo presupuesto y ha sufrido pérdidas costosas, tal vez irreparables, a causa de la locura que supuso la huelga del carbón. Francia, al igual que nosotros y Estados Unidos, es uno de esos países que cuesta imaginar en situación de insolvencia, tan rico es su suelo y tan laborioso es su pueblo. Sin embargo, sus ingresos presentan déficits frecuentes; su deuda nacional ha alcanzado proporciones astronómicas, y la carga de su Ejército y su Armada casi aplasta la industria del país. Alemania también debe incluirse en la categoría de potencias demasiado sólidas y fuertes como para sufrir más que un eclipse temporal. Sin embargo, se calcula que durante el último año ha perdido 25 000 000 de libras esterlinas, lo que representa aproximadamente la mitad de los ahorros nacionales. Gran parte de esta pérdida se ha debido a las inversiones alemanas en acciones de Portugal, Grecia, Sudamérica, México, Italia y Serbia; al tiempo que Alemania también ha sentido profundamente la confusión en el mercado de la plata. La carga de su paz armada pesa sobre su pueblo como un fardo aplastante. Entre las potencias que agrupamos como naturalmente solventes, resulta llamativo encontrar que Austria-Hungría es la que presenta el balance más favorable y satisfactorio...

«Cuando nos apartamos de este gran grupo y dirigimos nuestra mirada hacia Italia, encontramos un ejemplo de una 'gran potencia' prácticamente arruinada por su propia grandeza. Año tras año, sus ingresos disminuyen y sus gastos aumentan. Hace seis años, el valor del comercio de Italia era de 2,600,000,000 de francos; ahora ha caído a 2,100,000,000. Debe pagar 30 000 000 de libras esterlinas en concepto de intereses de su deuda pública, además de una prima por el oro necesario. Sus valores son un lastre en el mercado; su prodigiosa emisión de billetes de banco ha disparado los precios de la plata y el oro. Su población se encuentra sumida en un estado de pobreza e indefensión casi inimaginable aquí, y cuando sus nuevos ministros inventan nuevos impuestos, estallan disturbios sangrientos.

«En cuanto a Rusia, sus estados financieros están envueltos en tal misterio que nadie puede hablar de ellos con seguridad; pero hay pocas razones para dudar de que solo la inmensidad del imperio del zar evita que entre en bancarrota. Se ha exprimido a la población hasta extraer casi hasta la última gota de la sangre vital de la industria. Ni siquiera el ministro de Hacienda más imprudente y despiadado se atreve a apretar el tornillo de los impuestos ni media vuelta más.

«Una fuente local moderada y precisa describe la situación en Rusia con las siguientes palabras:

"'Cada kopek que el campesino logra ganar se gasta, no en poner en orden sus asuntos, sino en pagar atrasos de impuestos. El dinero que paga la población campesina
bajo la forma de impuestos asciende a entre dos tercios y tres cuartos del ingreso bruto de la tierra, incluyendo su propio trabajo extra como jornaleros agrícolas». La aparente buena solvencia del gobierno se sostiene por medios artificiales. Los observadores atentos prevén un colapso tanto en los cimientos sociales como en los financieros del imperio. Aquí también, la tremenda pesadilla de la paz armada de Europa contribuye en gran medida a paralizar el comercio y la agricultura. El ejemplo de Portugal queda fuera de nuestro alcance; pues, aunque el otrora famoso reino es un moroso, su desafortunada situación ciertamente no se debe a la ambición militar ni a gastos desenfrenados. Grecia,

sin embargo, aunque insignificante entre las potencias con su población de dos millones, ofrece un ejemplo flagrante de la ruina a la que la extravagancia financiera y los designios desmesurados pueden llevar a una nación. La «gran idea» ha sido la maldición de la pequeña Grecia, y recientemente la hemos visto empujada a eludir la carga de su deuda pública mediante un acto de absoluta deshonestidad, suspendido solo parcialmente ante las protestas de Europa. El dinero desperdiciado en su «Ejército y Armada» bien podría haberse arrojado al mar. La política se ha convertido para ella en una enfermedad que infecta a sus mejores y más capaces hombres de Estado. Con un pueblo llano demasiado educado para trabajar; más estudiantes universitarios que albañiles; deudas públicas y privadas que nadie tiene intención de pagar; un ejército y una marina ficticios que devoran los fondos; la deshonestidad convertida en principio político; y planes secretos que solo pueden significar más préstamos o un acuerdo corrupto y peligroso con Rusia: estas cosas caracterizan a la Grecia contemporánea.

"Al observar el continente en su conjunto, por lo tanto, no se puede negar que el estado de las cosas en lo que respecta al bienestar del pueblo y a los balances nacionales es sumamente insatisfactorio. Por supuesto, una razón principal y obvia de esto es esa paz armada que pesa sobre Europa como una pesadilla y ha convertido a todo el continente en un campamento permanente. ¡Basta con mirar a Alemania! ¡Ese imperio serio y sobrio! El presupuesto del ejército aumentó allí de 17,500,000 libras esterlinas en 1880 a
28 500 000 libras esterlinas en 1893. El aumento previsto en la nueva Ley de Defensa del Ejército agrega 3 000 000 de libras esterlinas al año a la colosal masa del armamento defensivo de Alemania.

«Francia ha llevado sus fuerzas al límite, al borde del colapso, para igualar a su poderoso rival. No hace falta señalar el terrible papel que desempeñan estos gastos de guerra en la actual angustia popular de Europa. No solo restan de las ganancias y los ingresos las enormes sumas con las que se compran pólvora y municiones y se construyen cuarteles, sino que, al inicio de su vida laboral, retiran de las filas de la industria a millones de jóvenes trabajadores, quienes también se pierden durante esos mismos períodos para sus familias y para el crecimiento de la población.

El mundo aún no ha inventado una mejor cámara de compensación para los cheques internacionales que el espantoso y costoso Templo de la guerra».

Pero a pesar del fuerte endeudamiento y las dificultades financieras de las naciones, estadísticos competentes estiman que el costo real para Europa de los diversos presupuestos del ejército y la marina, el mantenimiento de las guarniciones y la pérdida de mano de obra industrial por la retirada de hombres de la industria productiva, puede estimarse razonablemente en 1,500,000,000 de dólares al año, sin mencionar la inmensa pérdida de vidas, que en veinticinco años del siglo pasado (de 1855 a 1880) se cifra en 2 188 000, y eso en medio de horrores que desafían toda descripción. El señor Charles Dickens ha observado con gran veracidad que:

«Hablamos con júbilo y cierto fervor de "¡una carga magnífica!", de "¡una carga espléndida!", pero muy pocos pensarán en los espantosos detalles que estas dos palabras etéreas representan. La "carga espléndida" es una carrera desenfrenada de hombres montados en caballos robustos, impulsados a toda velocidad, arrollando y aplastando a una masa enemiga de hombres a pie. La mente del lector no va más allá; se conforma con la información de que la línea enemiga fue "rompida" y "cedió". No completa el cuadro. Cuando la "espléndida carga" haya cumplido su cometido y haya pasado, se encontrará un espectáculo muy parecido a la escena de un terrible accidente ferroviario. Habrá una gran cantidad de espaldas partidas en dos, de brazos arrancados por completo, de hombres empalados en sus propias bayonetas, de piernas destrozadas como trozos de leña, de cabezas abiertas como manzanas, de otras cabezas aplastadas hasta convertirse en gelatina blanda por los cascos de hierro de los caballos, de rostros pisoteados hasta perder toda semejanza con algo humano. Eso es lo que se esconde detrás de una «espléndida carga». Esto es lo que sigue, como es natural, cuando "nuestros muchachos cargaron contra ellos con estilo" y "los destrozaron de manera magnífica". "----

«Imagínense», dice otro escritor, «a los millones de trabajadores que, por toda la faz de Europa, salen en masa día tras día a su trabajo, laborando sin cesar desde la madrugada hasta el atardecer cubierto de rocío, en el cultivo de la tierra, en la producción de telas, en el intercambio de mercancías, en minas, fábricas, forjas, muelles, talleres, almacenes; en ferrocarriles, ríos, lagos, océanos; penetrando en las entrañas de la tierra, sometiendo la obstinación de la materia bruta, dominando los elementos de la naturaleza,

y sometiéndolos al servicio de la comodidad y el bienestar humanos, y creando con todo ello una gran cantidad de riqueza que podría llevar abundancia y comodidad a cada uno de sus hogares. E imagina entonces que interviene la mano del poder y, cada año, arrastra unos seiscientos millones del dinero ganado con tanto esfuerzo al abismo del gasto militar».

Lo siguiente, tomado del *Harrisburg Telegram,* también da en el clavo: «A las naciones "cristianas" de Europa les cuesta algo poner en práctica su noción de 'paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres'. Es decir, les cuesta algo mantenerse listas para volarse unas a otras en mil pedazos. Las estadísticas publicadas en Berlín muestran el monto de los gastos militares de las grandes potencias durante los tres años 1888, 1889 y 1890. Se dan las siguientes cifras redondeadas: Francia, $1,270,000,000; Rusia, $813,000,000; Gran Bretaña, $613,000,000; Alemania, 607 000 000 dólares; Austria-Hungría, 338 000 000 dólares; Italia, $313,500,000. Estas seis potencias han gastado en total 3,954,500,000 dólares en fines militares en tres años, o a un ritmo de más de 1,318,100,000 dólares al año. El total de esos tres años supera considerablemente la deuda nacional de Gran Bretaña y es casi suficiente para pagar tres veces la deuda con intereses de Estados Unidos. El gasto correspondiente en Estados Unidos ha sido de unos 145,000,000 dólares, sin contar las pensiones. Si las sumáramos, nuestro gasto total ascendería a unos 390,000,000 dólares.

«Según las estimaciones de estadísticos franceses y alemanes, han perecido en las guerras de los últimos treinta años 2,500,000 de hombres, mientras que se han gastado para llevar a cabo esas guerras nada menos que $13,000,000,000. El Dr. Engel, un estadístico alemán, ofrece las siguientes cifras como costo aproximado de las principales guerras de los últimos treinta años: la guerra de Crimea, 2,000,000,000 dólares; la guerra de Italia de 1859,
300 000 000 $; Guerra prusiano-danesa de 1864, 35 000 000 $; Guerra de la Rebelión (Norte), 5 100 000 000 $; Sur, 2,3 mil millones de dólares; Guerra prusiano-austriaca de 1866, 330,6 millones de dólares; Guerra franco-alemana de 1870, 2,6 mil millones de dólares; Guerra ruso-turca, 125 millones de dólares; Guerras sudafricanas, 8 770 000 dólares; Guerra africana, 13 250 000 dólares;

Guerra serbo-búlgara, 176 000 000 de dólares.

«Todas estas guerras fueron extremadamente sangrientas. La guerra de Crimea, en la que se libraron pocas batallas, costó 750 000 vidas, solo 50 000 menos que las personas que murieron o fallecieron a causa de sus heridas en el Norte y el Sur durante la Guerra de la Rebelión. Las expediciones a México y China costaron 200 000 000 de dólares y 85 000 vidas. Hubo 250,000 muertos y heridos mortales durante la guerra ruso-turca, y 45,000 en cada una de las siguientes: la guerra italiana de 1859 y la guerra entre Prusia y Austria».

En una carta dirigida al diputado Passy de París, el difunto honorable Juan Bright, miembro del Parlamento inglés, dijo:

«En la actualidad, todos los recursos europeos se ven absorbidos por las exigencias militares. Los intereses del pueblo se sacrifican en aras de las fantasías más miserables y culpables de la política exterior. Los intereses reales de las masas son pisoteados en deferencia a falsas nociones de gloria y honor nacional. No puedo evitar pensar que Europa marcha hacia una gran catástrofe de peso aplastante. El sistema militar no puede ser soportado indefinidamente con paciencia, y las poblaciones, llevadas a la desesperación, posiblemente no tarden en barrer a la realeza y a los supuestos estadistas que gobiernan en su nombre».

Así, el juicio de los poderes civiles se está volviendo en su contra. No solo la prensa se expresa con tanta franqueza, sino que la gente en todas partes habla en voz alta y clama contra los poderes fácticos. El malestar es universal y se vuelve cada año más y más peligroso.

EL JUICIO DEL MUNDO CONTRA EL ACTUAL SISTEMA SOCIAL

El sistema social de la cristiandad también está bajo escrutinio: sus regulaciones monetarias, sus esquemas e instituciones financieras y, como consecuencia de estos, su política empresarial egoísta y sus distinciones de clase basadas principalmente en la riqueza, con todo lo que esto

implica de injusticia y sufrimiento para las masas de hombres—es tratada con la misma severidad en el juicio de esta hora que las instituciones civiles. Basta con observar las interminables discusiones sobre la cuestión de la plata y el patrón oro, así como las disputas interminables entre el trabajo y el capital. Como olas embravecidas del mar bajo un viento creciente, resuenan los murmullos concertados de innumerables voces en contra del sistema social actual, particularmente en la medida en que se considera incompatible con el código moral contenido en la Biblia, que la cristiandad, en general, afirma reconocer y seguir.

Es, en efecto, un hecho notable que, a juicio de la cristiandad —e incluso del mundo en general—, el criterio de juicio sea la *Palabra de Dios*. Los paganos esgrimen la Biblia y declaran con audacia: «No son tan buenos como su libro». Señalan a su bendito Cristo y dicen: «No siguen su modelo». Y tanto los paganos como las masas de la cristiandad toman la regla de oro y la ley del amor para medir con ellas las doctrinas, las instituciones, la política y el rumbo general de la cristiandad; y todos por igual dan testimonio de la verdad de la extraña inscripción en sus muros festivos: «Has sido pesada en la balanza y hallada falta».

El testimonio del mundo contra el actual sistema social se escucha por todas partes, en cada país. Todos los hombres declaran que es un fracaso; la oposición es cada vez más activa y está sembrando la alarma por todo el mundo, «sacudiendo terriblemente toda la confianza en
instituciones existentes, y paralizando de vez en cuando a la industria con pánicos, huelgas, etc. No hay una sola nación en la cristiandad donde la oposición a los actuales arreglos sociales no sea pronunciada, obstinada y cada vez más amenazante.

Dice el Sr. Carlyle: «La existencia industrial británica parece estar convirtiéndose rápidamente en un enorme pantano carcelario de pestilencia apestosa, física y moral, un espantoso Gólgota viviente de almas y cuerpos enterrados vivos. Treinta mil costureras que se matan a trabajar a un ritmo vertiginoso. Tres millones de indigentes pudriéndose en la ociosidad forzada, contribuyendo a la muerte de dichas costureras. Estos son

que son solo entradas en el triste libro de contabilidad de la desesperación».

De otro periódico llamado **The Young Man**, extraemos el siguiente artículo, titulado «¿Está mejorando el mundo?». Dice lo siguiente:

«Hombres fuertes, ansiosos por un trabajo honrado, están soportando las agonías del hambre y la intemperie, y en muchos casos el dolor adicional de presenciar los sufrimientos de sus familias. Por otro lado, la riqueza abrumadora suele ir de la mano de la avaricia y la inmoralidad; y mientras los pobres se mueren de hambre poco a poco, los ricos, en gran medida, ignoran las necesidades de sus hermanos, y solo se preocupan de que Lázaro no se vuelva inconvenientemente prominente. Miles de jóvenes se ven obligados a trabajar como esclavos en tiendas sofocantes y almacenes lúgubres durante setenta u ochenta horas a la semana, sin un solo intervalo para el descanso físico o mental. En el East End, las mujeres cosen camisas o fabrican cajas de fósforos todo el día por un salario que no alcanza ni para el alquiler de una cama —por no hablar de una habitación propia— y a menudo se ven obligadas a elegir entre morir de hambre o caer en el vicio. En el West End, calles enteras están en manos de las sirenas de la sensualidad y el pecado, con sus rostros pintados y maquillados; cada una de ellas es una reprimenda constante a la debilidad y la maldad del hombre. En cuanto a los jóvenes, miles se están arruinando en el juego hasta acabar en la cárcel o bebiéndose la vida hasta una muerte prematura; y, sin embargo, todos los periódicos respetables se dedican a publicar largos reportajes sobre carreras de caballos, y el gobierno cristiano (?) permite que se instale un bar en la esquina de cada calle. Se facilita el pecado, se abarata el vicio, prevalece el engaño en el comercio, la amargura en la política y la apatía en la religión».

Hace algún tiempo, el *Philadelphia Press* publicó lo siguiente:

«¡Peligro a la vista! No hay duda de que Nueva York está dividida en dos grandes clases: los muy ricos y los muy pobres. Las clases medias, formadas por gente de buena reputación, trabajadora y de situación económica aceptable, están desapareciendo gradualmente, ya sea ascendiendo en la escala de la riqueza mundana o cayendo en la pobreza y la vergüenza. Parece incuestionable que entre estas clases existe —y está creciendo rápidamente, bajo el fomento intencional de hombres malvados— un odio distinto, pronunciado y maligno. Hay hombres aquí que poseen entre 10 000 000 y 20 000 000 de dólares, de quienes ustedes no saben nada. Conozco a una señora que vive en una magnífica

casa, cuya vida es tan tranquila como debería serlo la de un ministro, que ha donado no menos de 3 000 000 de dólares en cinco años, cuyas donaciones antes de su muerte alcanzarán no menos de 7 000 000 de dólares, que tiene en su hogar pinturas, estatuas, diamantes, piedras preciosas, exquisitas piezas de oro y plata, junto con costosas obras de arte de todo tipo imaginable, cuya valoración interna asciende a 1,500,000 de dólares, y no es tan rica como muchos de sus vecinos por varios millones de dólares. Hay hombres aquí que hace veinte años vendían ropa en la calle Chatham, que hoy viven con un gasto anual de 100,000 dólares, y que lucen joyas que en tiendas razonables costarían 25,000 dólares.

"Acompáñame en un tranvía de la avenida Madison cualquier día, llueva o haga sol, entre las diez de la mañana y las 5 o 6 de la tarde, y te mostraré un tranvía tras otro repleto de damas en cuyas orejas lucen diamantes que valen entre 500 y 5,000 dólares cada uno, y en cuyas manos sin guantes, rojas y mullidas, brillan fortunas. Camina conmigo desde la antigua tienda de Stewart, en la esquina de la calle Novena con Broadway, hasta la calle Treinta con Broadway cualquier día. No me refiero a los domingos, días festivos u ocasiones especiales, sino a cualquier momento, y te mostraré, cuadra tras cuadra, a mujeres con abrigos circulares de piel de foca que les llegan hasta los talones, con un valor de entre 500 y 1,000 dólares cada uno, con aretes y anillos de diamantes, así como otras piedras preciosas, llevando en sus manos delicados carteras repletas de dinero. Ellas representan a los nuevos ricos con los que se está llenando Nueva York.

"En esa misma calle, a esa misma hora, puedo mostrarte a hombres para quienes un dólar sería una fortuna, cuyos pantalones, rasgados y vergonzosos en sus harapos, se sujetan a su cintura demacrada con cuerdas, cordeles o alfileres; cuyos pies, sin calcetines, arrastran los pies por la acera con zapatos tan raídos que no se atreven a levantarlos del suelo; cuyos rostros están salpicados de pecas, cuyas barbas son largas y desgreñadas, al igual que su cabello, mientras que sus manos enrojecidas se estrechan en las uñas como garras. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que esas garras se abalancen sobre los recién ricos? No te equivoques, el sentimiento está creciendo y, tarde o temprano, estallará.

«Anoche mismo caminé por la calle 14, en la que ya quedan pocas residencias, y frente a una de ellas, desde la puerta hasta el bordillo, había un dosel bajo el cual damas elegantemente vestidas, acompañadas por sus escoltas, bajaban de sus carruajes hacia la puerta abierta, de donde salían torrentes de luz y sonidos de música. Me quedé un momento entre la multitud, una gran multitud, y allí surgió esta idea de un estallido inevitable a menos que se hiciera algo, y se hiciera rápidamente, para acabar con el prejuicio que no solo existe, sino que es fomentado intencionalmente, contra los muy ricos por parte de los muy pobres. Te daría escalofríos escuchar la forma en que hablaban las mujeres. Envidia, celos, ferocidad maligna, todos los elementos necesarios, estaban ahí. Lo único que se necesita es un líder».

El mundo contrasta las horribles condiciones del «sistema de los suéteres» —una forma de esclavitud humana— y las miserias del vasto ejército de personas sin trabajo, así como de otro vasto ejército de trabajadores mal pagados, con el lujo y la extravagancia de la inmensa riqueza, tal como lo hizo hace algún tiempo un periódico londinense de la siguiente manera:

"La modesta casa de un millonario. Nos llega la noticia desde Nueva York de que el Sr. Cornelius Vanderbilt, el millonario neoyorquino y rey de los ferrocarriles, acaba de inaugurar su nuevo palacio con un gran baile. Esta modesta residencia, que albergará a unas diez personas durante seis meses al año y permanecerá cerrada durante los otros seis, se encuentra en la esquina de la calle 57 con la Quinta Avenida, y le ha costado a su propietario 1 000 000 de libras esterlinas. Su fachada es de estilo español, construida en piedra gris, con revestimientos rojos, torretas y almenas. Tiene tres pisos de altura y un ático espacioso. El salón de baile es el más grande de Nueva York, con 75 pies de largo por 50 pies de ancho, decorado en blanco y dorado, al estilo de Luis XIV. El techo costó una fortuna y tiene forma de cono doble, cubierto con ninfas y cupidos pintados. Alrededor de la cornisa hay flores delicadamente modeladas, cada una con una luz eléctrica en su centro, mientras que del centro cuelga una inmensa lámpara de araña de cristal. Las paredes, en la noche del baile de inauguración, estaban cubiertas desde el piso hasta el techo con flores naturales, a un costo de 1,000 libras; y se dice que el entretenimiento le costó al anfitrión 5,000 libras. Contigua a la mansión se encuentra la más cara

del mundo por su tamaño, pues, aunque solo tiene el tamaño de un lote urbano común, se pagó por él la suma de 70 000 libras, y se derribó una casa cuya construcción había costado 25 000 libras para dar lugar a unos pocos canteros de flores».----

Una revista de San Francisco, California, llamada *Industry*, publicó el siguiente comentario sobre la extravagancia de dos hombres acaudalados de este país:

«La cena de Wanamaker en París y la de Vanderbilt en Newport, que en conjunto costaron al menos 40 000 dólares, tal vez mucho más, se cuentan entre los signos de los tiempos. Este tipo de cosas presagian un cambio en este país. Esto, que es solo un ejemplo típico de otros cien casos similares de ostentación de riqueza, bien podría compararse con un banquete en Roma antes de que llegara el fin, y con el lujo en Francia que, hace un siglo, fue el precursor de una revolución. El dinero que gastan anualmente los estadounidenses en el extranjero, en su mayoría en lujos y cosas peores, se estima en un tercio de nuestros ingresos nacionales».

La siguiente información, muy interesante, citada en el *National View*, proviene de Ward McAllister, quien alguna vez fue un gran líder de la alta sociedad neoyorquina:

«Los gastos de manutención anuales promedio de una familia de respetabilidad media, compuesta por marido, mujer y tres hijos, ascienden a 146 945 dólares, desglosados de la siguiente manera: renta de la casa en la ciudad, 29 000 dólares; de la casa de campo, 14 000 dólares; gastos de la casa de campo, 6 000 dólares; salarios del personal doméstico, $8,016; gastos del hogar, incluidos los salarios del servicio, $18,954; el guardarropa de su esposa, $10,000; su propio guardarropa, $2,000; ropa y dinero de bolsillo de los hijos, $4,500; educación de los tres hijos, $3,600; entretenimiento mediante la organización de bailes y fiestas, $7,000; entretenimiento en cenas, $6,600; palco de ópera, $4,500; teatro y cenas después del teatro, $1,200; periódicos y revistas, $100; cuenta corriente del joyero, $1,000; papelería, $300; libros, $500; regalos de boda y de fiestas, $1,400; banco en la iglesia, 300 dólares; cuotas de clubes, 425 dólares; factura del médico, 800 dólares; factura del dentista, 500 dólares; traslado de la familia al campo y regreso, 250 dólares; viajes por Europa, 9 000 dólares; gastos de los establos, 17 000 dólares».

Se cita a Chauncey M. Depew diciendo: «Cincuenta hombres en los Estados Unidos tienen el poder, gracias a la riqueza que controlan, de reunirse en veinticuatro horas y llegar a un acuerdo mediante el cual se pueda detener el giro de cada engranaje del transporte y el comercio, bloquearse cada vía comercial y silenciar cada interruptor eléctrico. Esos cincuenta pueden controlar la circulación de la moneda y provocar el pánico cuando así lo deseen».

EL JUICIO DEL MUNDO SOBRE LOS PODERES ECLESIÁSTICOS

La crítica al eclesiasticismo es tan severa como la dirigida a la monarquía y la aristocracia, pues se reconoce que comparten los mismos intereses. Los siguientes ejemplos ilustran estos sentimientos.

Hace algunos años, *la revista* *The *North American Review** publicó un breve artículo de John Edgerton Raymond titulado «El declive del eclesiasticismo». Al describir las fuerzas que se oponen a la Iglesia y que, a la larga, lograrán su derrocamiento, dijo:

«La Iglesia cristiana se encuentra en medio de un gran conflicto. Nunca, desde la organización del cristianismo, se han alineado tantas fuerzas en su contra. Lo que a ciertos teólogos les complace llamar el "poder del mundo" nunca ha sido más fuerte de lo que es hoy. Ya no se oponen a la Iglesia razas bárbaras, filósofos supersticiosos ni sacerdotes de religiones míticas, sino la cultura más elevada, el saber más profundo y la sabiduría más profunda de las naciones ilustradas. A lo largo de todo su camino, se enfrenta a la resistencia del "poder mundial", que representa los logros más elevados y los mejores ideales de la mente humana.

«Tampoco se encuentran todos sus oponentes fuera de sus límites. Dentro de sus solemnes sombras, ataviados con sus vestiduras, expresando sus mandatos, representándola ante el mundo, se encuentran muchos que están listos para despojarse de su autoridad y disputar su supremacía. Multitudes que aún obedecen sus decretos están comenzando a cuestionar; y la duda es el primer paso hacia la desobediencia y la deserción. El mundo nunca sabrá cuántas almas honestas dentro de la iglesia gimen en el espíritu y están angustiadas, pero mantienen un sello en sus labios y una cadena en sus lenguas 'porque

consciencia», no sea que «hagan tropezar a su hermano». Guardan silencio, no por temor a la reprimenda, pues ya pasó el tiempo en que hablar con libertad significaba sufrir persecución, y en que sugerir que la iglesia tal vez no fuera infalible equivalía a ser acusado de infidelidad».----

Él dice que lo que se exige no es un nuevo evangelio, sino un viejo evangelio con un nuevo significado:

«Por todas partes se exige una proclamación más literal y fiel de los preceptos del fundador del cristianismo. "El Sermón del Monte" es para muchos el epítome de la filosofía divina. "¡Predíquenlo! ¡Predíquenlo!", claman los reformadores de todas las corrientes en todas partes; "¡No solo predíquenlo, sino que den ejemplo de ello!". "Muéstrenos", dicen, "que sus prácticas se ajustan a estos preceptos, ¡y les creeremos! ¡Sigan a Cristo, y nosotros los seguiremos!".

«Pero justo ahí radica la controversia. La iglesia profesa enseñar los preceptos de Cristo, predicar el Evangelio. El mundo escucha y responde: "¡Han pervertido la verdad!". ¡Y he aquí el espectáculo de un mundo incrédulo enseñando a una iglesia creyente los verdaderos principios de su religión! Este es uno de los signos más llamativos y significativos de la época. Y es algo completamente nuevo. El mundo ha estado familiarizado desde el principio con la réplica: "Médico, cúrate a ti mismo". Pero solo en los tiempos modernos los hombres se han atrevido a decir: "¡Médico, déjanos recetarte el medicamento!"

«Cuando los pobres y necesitados, los oprimidos y afligidos, a quienes se les enseña a mirar al cielo en busca de una recompensa futura, vieron a los santos sacerdotes y a los príncipes favorecidos vestidos de púrpura y lino fino y viviendo suntuosamente todos los días; los vieron acumulando tesoros en la tierra, desafiando a la polilla, al óxido y a los ladrones; los vieron, con la conciencia tranquila, sirviendo a Dios y a Mammón, comenzaron a dudar de su sinceridad.

«Y pronto comenzaron a afirmar que no toda la verdad habita bajo la aguja de una iglesia, que la iglesia es impotente; que no puede evitar la desgracia, no puede sanar a los enfermos, no puede alimentar a los hambrientos ni vestir a los desnudos, no puede resucitar a los muertos, no puede

salvar el alma. Entonces comenzaron a decir que una iglesia tan débil, tan mundana, no podía ser una institución divina. Y pronto comenzaron a abandonar sus altares. Dijeron: "Negar la infalibilidad de la iglesia, la eficacia de sus ordenanzas o la verdad de sus credos no es negar la eficacia de la religión. No estamos en guerra con el cristianismo, sino con la interpretación que la Iglesia hace del cristianismo. La reverencia por la verdad divina es compatible con el más profundo desprecio por el eclesiasticismo. Por la sublime Persona que pisó la tierra, cuyo toque era vida y cuya sonrisa era salvación, solo sentimos veneración y amor, pero ya no por la institución que afirma representarlo.

«La Iglesia denuncia a sus acusadores como incrédulos y sigue su camino acumulando tesoros, construyendo templos y palacios, haciendo pactos con reyes y pactos con hombres poderosos, mientras que las fuerzas alineadas en su contra aumentan en número y poder. Ha perdido su supremacía; su autoridad ha desaparecido. No es más que un signo, una sombra. Y le es imposible recuperar su ascendencia perdida, o regresar a su trono. Los sueños de su dominio universal son una ilusión. Su cetro se ha quebrado para siempre. Ya nos encontramos en un período de transición. El movimiento revolucionario de la época es universal e irresistible. Los tronos comienzan a tambalearse. Un volcán arde bajo los palacios de los reyes, y cuando los tronos se derrumben, caerán los púlpitos.

«Ha habido avivamientos religiosos en el pasado, más o menos locales y temporales. Aún está por llegar un renacimiento religioso que sea de alcance mundial —una restauración de la fe en Dios y del amor al prójimo— cuando se hagan realidad los sueños más brillantes de la hermandad universal. Pero llegará a pesar de la iglesia, más que a través de ella. Llegará como una reacción contra la tiranía eclesiástica; como una protesta contra las meras formas y ceremonias».

En un artículo publicado en *The Forum* en octubre de 1890, titulado «Los problemas sociales y la Iglesia», escrito por el obispo Huntington, encontramos su comentario sobre un hecho muy notable y significativo, tal como sigue:

«"Cuando una gran audiencia heterogénea en uno de los salones públicos de

Nueva York vitoreó el nombre de Jesús y abucheó el nombre de la Iglesia, eso no resolvió ninguna cuestión, no solucionó ningún problema, no demostró ninguna proposición, no expuso ninguna Escritura, pero fue tan significativo como la mitad de los sermones que se predican». Luego se refirió al hecho de que hubo un tiempo en que la gente escuchaba las palabras "Cristo y la Iglesia" con silencio reverente, si no con devoción entusiasta, y luego comentó: "Solo en estos últimos días, cuando los trabajadores piensan, leen, razonan y reflexionan, una multitud heterogénea separa a los dos de manera grosera, más que irreverente, honrando a uno y despreciando al ⁽⁽⁽⁾⁾».----

Otras expresiones significativas, a través de la prensa, del juicio popular, son las siguientes:

"La *Catholic Review* y algunos otros periódicos insisten en que debería haber 'instrucción religiosa en las cárceles'. Así es. Nosotros vamos más allá. Debería haber instrucción religiosa en otros lugares además de las cárceles —en los hogares, por ejemplo, y en las escuelas dominicales. Sí, no nos quedaremos atrás en generosidad: estamos a favor de la instrucción religiosa en algunas iglesias. De lo bueno nunca hay demasiado si se toma con moderación."

«El capellán de cierta penitenciaría dijo que hace veinte años solo alrededor del cinco por ciento de los reclusos habían asistido anteriormente a la escuela dominical, pero que ahora el setenta y cinco por ciento de los delincuentes confirmados y presuntos lo han hecho. Cierto pastor también da cuenta de un centro de rehabilitación para alcohólicos donde el porcentaje es del ochenta por ciento, y de otro para mujeres en situación de riesgo donde todas han asistido a escuelas dominicales. El comentario de la prensa sobre estos hechos fue que el término que antes se aplicaba a la escuela, "la guardería de la iglesia", se está convirtiendo en una espantosa sátira. ¿Qué se debe hacer?»----

En las discusiones relacionadas con la apertura de la Exposición Universal Colombina en Chicago, los domingos, se planteó lo siguiente: «Aún queda algo de consuelo. —Si llega lo peor y las ferias, al igual que los teatros y los bares, abren los domingos en Chicago, es muy reconfortante pensar que ni una sola

ciudadano estadounidense esté obligado a asistir. Nadie está en peor situación en este sentido que los apóstoles y los primeros cristianos. A ellos no se les permitía recurrir a la policía ni a las legiones romanas con el fin de propagar sus opiniones y obligar a sus vecinos a ser más piadosos de lo que ellos querían ser. Y, sin embargo, fue ese cristianismo primitivo, sin ayuda del Estado —es más, un cristianismo perseguido y sufriente—, el que realmente conquistó el mundo».

En la conmoción general de estos tiempos, muchos tanto en la iglesia como en el mundo se sienten profundamente perplejos y desconcertados por la gran confusión. Los sentimientos de estos fueron expresados claramente hace algún tiempo en el *New York Sun*, que decía:

«La pregunta: "¿Dónde estamos?", "¿Dónde estamos?", se está convirtiendo en una cuestión religiosa de gran trascendencia. Los profesores ocupan las cátedras de los seminarios enseñando doctrinas tan alejadas de las originales que harían revolverse en sus tumbas a los antiguos benefactores; los clérigos firman compromisos al momento de la ordenación que probablemente saben que ni siquiera el administrador cree; las normas son, en muchos casos, solo las boyas que indican cuánto se han alejado los barcos de las iglesias de los canales trazados. Es la era del "haz lo que quieras", del "cada uno por su cuenta" y todo eso. Nadie sabe dónde terminará todo esto, y a quienes más les interesa parece ser a quienes menos les importa».

No solo se critican severamente la conducta y la influencia de las iglesias, sino también sus doctrinas más destacadas. Obsérvese, por ejemplo, cómo la doctrina blasfema del tormento eterno para la gran mayoría de nuestra raza —mediante la cual se ha mantenido a los hombres bajo control a través del miedo durante mucho tiempo— es igualmente menospreciada por el público pensante. Sobre este tema, el clero comienza a ver una necesidad muy urgente de hacer hincapié, a fin de contrarrestar los crecientes sentimientos de liberalismo.

El reverendo Dr. Henson, de Chicago, expresó hace algún tiempo sus opiniones sobre este tema; y cuando los periodistas entrevistaron a otros clérigos al respecto, su manera frívola, insensible y burlona de abordar un tema del que evidentemente no saben nada, pero que afirman creer que implica el eterno

intereses de millones de sus semejantes, fue en verdad digna del espíritu persecutorio del catolicismo romano.

El reverendo Dr. Henson dijo: «El hades de la Nueva Versión no es más que el infierno disfrazado; la muerte es muerte aunque la llamemos sueño, y el infierno es infierno aunque lo llamemos hades; el infierno es una realidad y es infernalmente horrible. En el infierno tendremos cuerpos. La resurrección del cuerpo implica un lugar e implica tormento físico. Pero lo físico no es lo peor. El dolor mental, el remordimiento, la anticipación, que hacen que el alma se retuerza como el gusano se retuerce sobre las brasas ardientes, es lo peor; y esto es lo que los pecadores tendrán que sufrir. Sed sin agua para saciarla; hambre sin comida para satisfacerla; un cuchillo clavado en el corazón, solo para ser clavado allí de nuevo —sin fin, atroz. Este es el infierno al que nos enfrentaremos. La muerte ofrece un respiro de la rutina de la vida, pero no hay alivio en el infierno».

¿Qué impresión causó el «sermón del doctor»? Quizás se pueda juzgar por las siguientes entrevistas a reporteros y ministros a la mañana siguiente:

"'¿Qué piensa del infierno? ¿Vamos a ser todos bautizados en un lago de azufre fundido y hierro en bruto si no enmendamos nuestros caminos?', le preguntó un reportero al profesor Swing, uno de los famosos predicadores de Chicago. Fue entonces cuando el profesor Swing soltó una carcajada tan sonora que le partió las costillas, hasta que sus mejillas curtidas se pusieron tan sonrosadas como las de una colegiala. El eminente predicador da unos golpecitos rítmicos en el borde de una mesa con incrustaciones, y la chimenea de su pequeña lámpara de estudio traquetea y parece reírse también. "En primer lugar", dijo él, "supongo que se dan cuenta de que este tema del infierno y el castigo futuro es algo sobre lo que, en realidad, sabemos muy poco. Ahora bien, mi método para hacer que todo armonice en la Biblia es hacer que sea espiritual. Mi idea es que el castigo se clasificará según los pecados; pero como el más allá será espiritual, también las recompensas y los castigos deben ser espirituales».

"El reverendo M. V. B. Van Ausdale se rió al leer un informe sobre el sermón del Dr. Henson y dijo: 'Vaya, debe de tener razón. Conozco al Dr. Henson desde hace tiempo y votaría por él con los ojos cerrados. Todos admitimos que existe un infierno o un lugar de castigo, y que

reúne todas las características que le atribuye el Dr. Henson».

"El Dr. Ray había visto el sermón impreso y pensó que el Dr. Henson expresaba las mismas opiniones que él mismo tendría sobre el tema.

"Los ministros congregacionalistas, reunidos en el Grand Pacific en sesión ordinaria, con las puertas cerradas y bien custodiadas, admitieron a un reportero *del Evening News* quien, una vez terminada la reunión, planteó la pregunta: '¿Han leído o escuchado sobre el sermón del Dr. P. S. Henson sobre el infierno, predicado anoche?'

"Un espectador interesado durante la reunión fue el Dr. H. D. Porter, de Pekín, China. Se levantó temprano esta mañana y leyó en los periódicos un resumen del sermón del Dr. Henson. Dijo: 'No conozco al Dr. Henson, pero creo que los sentimientos que se le atribuyen son bastante acertados. En China no predicaré sobre el azufre y la tortura física real, ni diré que el infierno será un lugar donde todos los sufrimientos de naturaleza real darán paso únicamente a un intenso sufrimiento mental y a la angustia del alma, sino que adoptaré el punto de vista intermedio, que describe el infierno como un lugar de castigo, que combina el sufrimiento físico y mental y que encarna los principios generalmente aceptados por los ministros modernos».

"Otro visitante, el reverendo Spencer Bonnell, de Cleveland, Ohio, coincidió con el Dr. Henson en todos los detalles. "Se acerca un momento", dijo, "en el que se deberían proponer algunas ideas universales sobre el infierno, a fin de llevar a todas las mentes a un estado de equilibrio". El reverendo H. S. Wilson tuvo poco que decir, pero admitió que estaba de acuerdo con el Dr. Henson. El reverendo W. A. Moore expresó los mismos sentimientos.

"El reverendo W. H. Holmes escribió: 'El Dr. Henson es un predicador brillante que comprende bien sus propias posturas y es capaz de expresarlas con claridad y precisión. Este resumen indica que, como de costumbre, ofreció a la gente un sermón muy interesante. Sus posturas en él fueron, en general, bien recibidas. En cuanto al cuerpo de carne, no sé…'

"'¿No lo sabe?'

"'No. Un hombre podría morir y averiguarlo con certeza'".

"Los pastores bautistas consideran que el sermón ortodoxo del Dr. Henson sobre el infierno fue precisamente lo que se necesitaba, y quienes lo comentaron en la reunión matutina lo elogiaron calurosamente. Un reportero *del Evening News* mostró el informe del sermón a una docena de pastores, pero, aunque todos dijeron estar de acuerdo con el sermón, solo cuatro se mostraron dispuestos a discutirlo. El reverendo C. T. Everett, editor del *Sunday-School Herald,* dijo que las opiniones expresadas por el Dr. Henson eran compartidas en general por los ministros bautistas. "Enseñamos el castigo eterno y futuro por los pecados de este mundo", dijo, pero en cuanto al verdadero infierno de fuego y azufre, eso es algo de lo que no se habla en gran medida. Creemos en el castigo y sabemos que es severo, pero muchos de nosotros nos damos cuenta de que es imposible saber de qué manera se inflige. Como dice el Dr. Henson, solo los hombres brutales piensan que el infierno implica únicamente castigo físico; el dolor mental es lo peor, y eso es lo que tendrán que sufrir estos pobres pecadores. El Dr. Perrin dijo, con gran énfasis, que era casi inútil negar que todo lo que predica el Dr. Henson se encuentra en la Biblia y es prácticamente correcto.

"El reverendo Ambrose, un ministro de la vieja escuela, quedó muy satisfecho con el sermón. Creía cada palabra de lo que el Dr. Henson había dicho sobre el tormento futuro para los pobres pecadores. 'El infierno es en lo que creen la mayoría de los predicadores bautistas', dijo, 'y también lo predican'."

"El reverendo Wolfenden dijo que no había visto el informe del sermón, pero que si en él se mencionaba algo sobre un infierno de castigo futuro, estaba de acuerdo con el doctor, y pensaba que la mayoría de los ministros bautistas compartían esas mismas opiniones, aunque había unos pocos que no creían en el infierno en el sentido ortodoxo estricto.

"Por lo que el reportero pudo deducir, se puede afirmar con seguridad que, si la cuestión llegara a plantearse, los ministros bautistas no dudarían en absoluto en respaldar todos los argumentos a favor del infierno real, tradicional y ortodoxo del Dr. Henson".---

El clero expresa así sus opiniones, como si la tortura eterna

de sus semejantes fuera un asunto de importancia trivial, que se puede discutir con bromas frívolas y risas, y declarar como verdad sin una pizca de evidencia ni investigación bíblica.* El mundo toma nota de esta arrogancia presuntuosa y saca sus propias conclusiones al respecto.

El *Globe Democrat* dice: «Llegan buenas noticias desde Nueva York: la American Tract Society propone retirar el pabulum que ha ofrecido durante los últimos cincuenta años y revisar su religión por completo. El hecho es que el mundo ha superado los platillos picantes y ardientes que le convenían a la última generación, y está totalmente fuera del alcance de unos pocos caballeros solemnes provocar una reacción. Las iglesias también avanzan plácidamente junto con el resto del mundo, predicando la tolerancia, la humanidad, el perdón, la caridad y la misericordia. Puede que todo esté mal, y que estas profecías de un tono sombrío sean precisamente lo que debemos seguir creyendo y leyendo, pero la gente no lo hace, ni lo hará».----

Otra publicación afirma:

«El Dr. Rossiter W. Raymond, al oponerse a enviar contribuciones a la Junta Americana de Misiones Extranjeras, dijo con bastante vehemencia: "Estoy harto y cansado de acudir a la Junta Americana a regañadientes para ayudar a mantener a misioneros que creen ciegamente en la condenación de todos los paganos y en esa herejía condenable de que Dios no ama a los paganos. Estoy harto de toda esta miserable farsa, y no daré ni un centavo para difundir la noticia de la condenación. No permitiré que esa doctrina se difunda con mi dinero. Que Dios es amor es una buena noticia, pero estos hombres la convierten en algo rancio y anticuado al arrastrar un carro de Juggernaut sobre los paganos y querer que alimentemos a las bestias que lo tiran. Es mi deber cristiano no dar dinero a ninguna organización que enseñe a los paganos que sus padres fueron al infierno».

Así vemos cómo el orden actual de las cosas tiembla en la balanza de la opinión pública. Habiendo llegado el momento señalado para su derrocamiento, el gran Juez de toda la tierra levanta la balanza de la razón humana y señala los pesos de la verdad

*Véase el folleto «La verdad sobre el infierno». Se pueden obtener copias en El Alba, East Rutherford, N.J. 07073.

y la justicia, y, al encender la luz del conocimiento creciente, invita al mundo a examinar y comprobar la rectitud de su decisión al condenar a la destrucción la burla vacía de las falsas pretensiones de la cristiandad. Poco a poco, pero rápidamente, el mundo está haciendo la prueba, y al final todos llegarán a la misma decisión; y como una gran piedra de molino, Babilonia, la gran ciudad de la confusión, con todo su alardeado poder civil y eclesiástico, y con toda su supuesta dignidad, su riqueza, sus títulos, su influencia, sus honores y toda su gloria, será arrojada al mar (el mar inquieto de los pueblos ingobernables) para no volver a levantarse jamás.–Ap. 18:21; Jer. 51:61-64.

Su destrucción se completará por completo al final de los «tiempos de los gentiles» señalados: 1915. Los acontecimientos avanzan rápidamente hacia tal crisis y final. Aunque la prueba aún no ha concluido, muchos ya pueden leer la escritura de su condenación: «¡Has sido pesada en la balanza y hallada falta!», y muy pronto se hará realidad la terrible condenación de Babilonia, la cristiandad. Las viejas supersticiones que durante mucho tiempo la han sostenido están siendo rápidamente eliminadas: los antiguos credos religiosos y códigos civiles, hasta ahora venerados y respaldados sin vacilar, ahora son cuestionados abiertamente, se señalan sus inconsistencias y se ridiculizan sus errores evidentes. Sin embargo, la tendencia del pensamiento entre las masas no se dirige hacia la verdad bíblica y la lógica sólida, sino más bien hacia la infidelidad. La infidelidad está a la orden del día, tanto dentro como fuera de la iglesia nominal. En la supuesta Iglesia de Cristo, la Palabra de Dios ya no es la norma de la fe ni la guía de la vida. Las filosofías y teorías humanas están ocupando su lugar, e incluso los caprichos paganos están comenzando a florecer en lugares que antes estaban fuera de su ámbito.

Solo unos pocos en la gran iglesia nominal están lo suficientemente despiertos y sobrios como para darse cuenta de su deplorable condición, salvo en lo que respecta a su fortaleza numérica y financiera; las masas, tanto en los bancos como en los púlpitos, están demasiado intoxicadas y aturdidas por el espíritu del mundo, que han absorbido tan libremente, como para siquiera notar su declive espiritual. Pero numéricamente y

financieramente, su estado de decadencia se siente profundamente; pues a la perpetuidad de sus instituciones están vinculados todos los intereses, perspectivas y placeres de la vida presente; y para asegurarlos, se siente la necesidad de mantener una apariencia de cumplimiento de lo que se cree que es su encargo divino: convertir al mundo. Su grado de éxito en este esfuerzo lo observaremos en un capítulo posterior.

Mientras vemos así a Babilonia llamada a responder por sí misma ante un mundo reunido, ¡con qué fuerza nos viene a la mente la profecía del salmista sobre este evento, citada al inicio de este capítulo! Aunque Dios ha guardado silencio durante todos los siglos en los que el mal triunfó en su nombre y sus verdaderos santos sufrieron persecución de múltiples formas, no ha pasado por alto esas cosas; y ahora ha llegado el tiempo del que habló por medio del profeta, diciendo: «Pero yo te reprenderé y pondré todo en orden ante tus ojos». Que todos los que deseen estar despiertos y del lado correcto en estos tiempos de enorme importancia presten buena atención a estas cosas y vean cuán perfectamente se corresponden la profecía y su cumplimiento.

ESTUDIO V

BABILONIA ANTE EL GRAN TRIBUNAL: SU CONFUSIÓN — NACIONAL

Los poderes civiles en apuros, al ver que el juicio va en su contra: con temor y angustia buscan alianzas entre sí y miran en vano a la Iglesia en busca de su poder de antaño; aumentan sus ejércitos y armadas; preparativos de guerra actuales; las fuerzas de combate en tierra y mar; instrumentos de guerra mejorados, nuevos descubrimientos, inventos, explosivos, etc.; despierten los hombres poderosos: Que los débiles digan: «Soy fuerte»; forjen los arados en espadas y las podaderas en lanzas, etc.–Los Estados Unidos de América, únicos en su posición, pero amenazados con males aún mayores que los del Viejo Mundo–¡El grito de «Paz! ¡Paz!» cuando no hay paz.

«Porque estos son los días de la venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. En la tierra habrá angustia entre las naciones, con
confusión; el mar y las olas rugiendo; los corazones de los hombres desmayando de temor y por la expectación de las cosas que vendrán sobre la tierra; pues los poderes de los cielos serán sacudidos. Y entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con poder y gran gloria».

«Aún una vez más sacudiré no solo la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: "Aún una vez más", significa la eliminación de aquellas cosas que son sacudidas, como de las cosas que han sido creadas, para que permanezcan aquellas que no pueden ser sacudidas. Porque nuestro Dios es un fuego
».-----Lucas 21:22, 25-27; Hebreos 12:26-29.

Es muy evidente que los poderes civiles de la cristiandad perciben que el juicio se está volviendo en su contra y que la estabilidad de su poder no está en absoluto asegurada. Disraeli, cuando era primer ministro de Inglaterra, se dirigió al Parlamento británico el 2 de julio de 1874 (justo al comienzo de este período de cosecha o

(el día del juicio final), diciendo: «La gran crisis del mundo está más cerca de lo que algunos suponen. ¿Por qué se ve tan amenazada la cristiandad? Temo que la civilización esté a punto de derrumbarse». Y añadió: «Miremos donde miremos, hay un sentimiento de inquietud generalizada, una angustia entre las naciones, y los corazones de los hombres se desmayan de miedo. Nadie puede dejar de darse cuenta de estas cosas. Nadie que alguna vez lea un periódico puede dejar de ver el aspecto tormentoso del cielo político que actualmente nos envuelve. Algún explosión gigantesca seguramente se desatará. Todos los gobiernos de Europa están agitados. Cada rey y gobernante tiene la mano en la empuñadura de su espada; estamos en tiempos de una espantosidad inusual. ¡Nos acercando al fin!»

Si tal era el panorama tal como se veía al comienzo mismo del juicio, ¡cuánto más ominosas son las señales de los tiempos hoy en día!

De un artículo del *Spectator de Londres*, titulado «La inquietud de Europa», citamos lo siguiente:

«¿A qué debemos atribuir la inquietud que reina en Europa? Podríamos decir que, aunque se debe en parte a la situación de Italia, se debe principalmente a la ola de pesimismo que ahora recorre Europa, causada en parte por los problemas económicos y en parte por la repentina aparición de la anarquía como una fuerza en el mundo. Este último fenómeno ha tenido una influencia mucho mayor en el continente que en Inglaterra. Los estadistas en el extranjero siempre anticipan un peligro que surge desde abajo —un peligro que los ataques con bombas les hace sentir de cerca—. Consideran a los anarquistas, de hecho, solo como la vanguardia de un ejército que avanza contra la civilización y que, si no puede ser ni conciliado ni desafiado, pulverizará todo el orden existente. Se auguran un futuro interno sombrío, ya que la calma actual se sustenta, según ellos, demasiado exclusivamente en las bayonetas. Al juzgar la situación interna con tan poca esperanza, se inclinan naturalmente a ser pesimistas respecto a la externa, a pensar que no puede durar y a considerar cualquier movimiento como prueba de que el fin se acerca rápidamente. En

de hecho, sienten en la política esa inclinación al pesimismo que es tan marcada en la literatura y la sociedad. Este pesimismo se ve, por el momento, profundamente agravado por la ola de depresión económica».

Lo siguiente, tomado de otro número de la misma revista, también da en el clavo:

«EL VERDADERO PELIGRO CONTINENTAL – El Sr. Jules Roche nos ha dado a todos una advertencia oportuna. Su discurso del martes, que fue recibido en la Cámara francesa con profunda atención, le recordó una vez más a Europa lo delgada que es la corteza que aún cubre sus fuegos volcánicos. Su tesis era que Francia, después de todos sus sacrificios —sacrificios que habrían aplastado a cualquier potencia menos rica—, aún no estaba preparada para la guerra; que debía hacer más y, sobre todo, gastar más, antes de que pudiera considerarse segura o lista. A lo largo de su intervención, se refirió a Alemania como un enemigo terrible e inminente contra cuya invasión Francia debía estar siempre preparada, y que en este momento era mucho más fuerte que Francia. Bajo su última Ley Militar, el emperador Guillermo II (dijo el Sr. Roche) no solo había logrado someter a todo su pueblo al yugo del servicio militar obligatorio, sino que había aumentado el ejército realmente listo para marchar y combatir a quinientos cincuenta mil hombres, con todos los oficiales, totalmente equipados y científicamente desplegados; en resumen, listos para cuando sus labios pronunciaran la decisión fatal que su abuelo había plasmado en las dos palabras «Krieg-Mobil». Francia, por el contrario, aunque la red de su servicio militar obligatorio era igualmente amplia, solo contaba con cuatrocientos mil hombres listos y, para ahorrar dinero, estaba reduciendo constantemente incluso esa proporción. Por lo tanto, al inicio de la guerra —que ahora suele decidir su desenlace—, Francia, con enemigos en al menos dos fronteras, tendría un déficit de ciento cincuenta mil hombres y podría, antes de que todos sus recursos estuvieran a disposición de sus generales, sufrir calamidades terribles o incluso fatales. Los diputados, aunque distaban mucho de ser partidarios del Sr. Jules Roche, escuchaban casi con asombro, y el Sr. Félix Faure

ha decidido que, por primera vez en seis años, ejercerá una prerrogativa olvidada otorgada al presidente de la República y presidirá la reunión del Consejo Militar Supremo, que se celebrará el 20 de marzo. Evidentemente, como hombre de negocios experimentado, tiene la intención de «hacer un balance» de la situación militar, para determinar con claridad de qué dispone Francia en cuanto a armas, caballos y hombres listos para movilizarse de inmediato ante una alarma, y si encuentra que las existencias son insuficientes para el gran mercado, insistir en adquirir más. Por muy rica que sea la empresa, es posible que considere que su capital es insuficiente para esa empresa, ya que la adquisición de nuevas existencias resulta desmesuradamente costosa; pero, en cualquier caso, tiene la intención de conocer la verdad exacta.

«El señor Faure es un hombre sensato; pero ¡qué luz tan reveladora arroja su acción, tras las palabras del señor Roche, sobre la situación en Europa! Se supone que la paz está garantizada por el temor a la guerra; y, sin embargo, en el momento en que se menciona abiertamente la guerra, se ve que los preparativos para ella son, ahora tanto como en cualquier otro momento desde 1870, la principal preocupación de los estadistas. Sabemos cuán poca resistencia encontró el emperador alemán el año pasado para asegurar los cambios que tanto alarmaron al Sr. Jules Roche. Al pueblo apenas le gustaron, a pesar del inmenso incentivo que representaba la reducción del tiempo de servicio, y tampoco le gustó pagar su costo; pero reconoció la necesidad; se sometió; y Alemania está ahora lista para la guerra con un preaviso de veinticuatro horas. Francia también se someterá, por muy desesperada que esté, y veremos cómo se realizan preparativos y se aprueban fondos que, de no ser por una abrumadora sensación de peligro, serían rechazados con repugnancia. Los franceses, incluso más que los alemanes, están cansados de pagar, pero a pesar de todo pagarán, pues piensan que en cualquier momento un ejército más fuerte que el suyo podría estar marchando sobre París o sobre Lyon. Los filósofos declaran que la «tensión» entre Francia y Alemania se ha aliviado perceptiblemente; los diplomáticos afirman que todo es paz; los periódicos registran con gratitud las cortesías del káiser; Francia incluso participa en una ceremonia destinada a honrar

Alemania y su armada; pero, de todos modos, la nación y sus dirigentes actúan como si la guerra estuviera a la vuelta de la esquina. No podrían estar más alertas, ni más alarmados, ni más dispuestos a gastar su riqueza, si esperaran que la guerra fuera una certeza dentro de un mes. Nada, hay que recordar, ha ocurrido que acentúe los recelos entre las dos naciones. No ha habido ningún «incidente» en la frontera. El emperador no ha amenazado a nadie. Ni siquiera en París hay un partido que clame por la guerra. De hecho, París parece haber apartado la mirada de Alemania y estar lanzando miradas, ardientes a la vez de odio y codicia, en dirección a Gran Bretaña. Y, por último, no ha habido en Rusia ningún indicio ni atisbo de que el nuevo zar desee la guerra, la tema o se esté preparando especialmente para ella; y, sin embargo, la más mínima alusión a la guerra muestra a Alemania preparada hasta el último detalle, y a Francia alarmada, furiosa y perturbada por temor a no estar también preparada. No se trata de ninguna «noticia» en particular; se trata de la situación permanente que, casi por casualidad, se está discutiendo; y todos admiten de inmediato que esta situación obliga a Alemania y a Francia a estar listas para una guerra de invasión con un preaviso de veinticuatro horas. «Dupliquen el impuesto al tabaco, alemanes», clama el príncipe Hohenlohe esta semana, «porque necesitamos los hombres». «¡Al diablo con la economía!», grita el Sr. Roche, «porque nos faltan ciento cincuenta mil hombres». Y fíjense que en ninguno de los dos países estas exhortaciones provocan pánico, «colapso» o perturbación notable del comercio. El peligro es demasiado crónico, demasiado bien comprendido, demasiado plenamente aceptado como una de las condiciones de la vida, como para que ocurra algo de ese tipo; siempre está ahí; y solo se olvida porque la gente se cansa de escuchar un mismo tema de conversación que nunca cambia. Ese es el hecho más melancólico de todo este asunto. No hay pánico en Alemania ni en Francia por la guerra, así como no lo hay en Torre del Greco por el Vesubio; nada más que un reconocimiento apático de que el volcán está ahí, siempre ha estado ahí y seguirá ahí sin cambios hasta que llegue la erupción.

«No creemos que vaya a suceder nada de inmediato como consecuencia del discurso del Sr. Jules Roche, salvo más impuestos, y

quizás la aparición de una o dos arrugas en la frente del presidente, pues no le gustarán todos los resultados de su balance, y ha sido entrenado para insistir en que se satisfagan las necesidades de su negocio; pero es bueno que se le recuerde a Europa de vez en cuando que, para los gobernantes y los políticos, e incluso para las naciones, no puede haber en este momento un sueño tranquilo; que los barcos navegan entre icebergs y hay que mantener la vigilancia sin cesar ni por un momento. Una hora de descuido, un choque, y un acorazado puede hundirse. Parece una situación difícil para el sector civilizado de la humanidad, que se le pida eternamente más trabajo forzado, una mayor parte de los salarios, una mayor disposición a yacer al aire libre con los huesos destrozados; pero ¿dónde se encuentra el remedio? Los pueblos están desesperados por encontrarlo, los estadistas los ayudarían si pudieran, y los reyes, por primera vez en la historia, ven la guerra con un repugnante asco, como si no tuviera «casos afortunados» que compensaran sus riesgos incalculables; pero todos son impotentes para mejorar una situación que a todos ellos no les trae más que más trabajo, más incomodidad, más responsabilidad. El único consuelo para los pueblos es que no están en una situación mucho peor que la de sus hermanos en América, donde, sin servicio militar obligatorio, sin temor a la guerra, sin una frontera de hecho, el erario se gasta en exceso como si fuera europeo, la gente es tan despojada por las fluctuaciones monetarias como si estuvieran en guerra, y todos los hombres están tan angustiados como si pudieran ser convocados en cualquier momento para defender sus hogares. No ha habido nada parecido a la situación europea en la historia, al menos desde que cesaron las guerras privadas, y de no ser porque conocemos la naturaleza de la humanidad, nos sorprendería que esto haya pasado desapercibido; que los pueblos se interesen por trivialidades, o que se haya necesitado un discurso como el del Sr. Jules Roche para que la gente abra los ojos. '«Tenemos dos millones de soldados», dice el señor Jules Roche, «pero solo cuatrocientos mil de ellos están ociosos en los cuarteles, y eso no es suficiente, faltan ciento cincuenta mil hombres», y nadie piensa que eso sea otra cosa que algo sorprendentemente sensato; y los representantes del pueblo se muestran gravemente atentos, y el jefe de Estado toma un arma olvidada para obligar a los jefes del ejército a decirle lo que los franceses llaman la "verdad verdadera". No pertenecemos a la Sociedad por la Paz, pues no podemos creer en las utopías; pero incluso nosotros nos vemos impulsados a pensar a veces que el mundo es desesperadamente insensato, y que cualquier cosa sería mejor — incluso la entrega de Elsass-Lothringen por parte de Alemania o de Alsacia-Lorena por parte de Francia— que esta hipoteca interminable e infructuosa del futuro, en obediencia a un temor que quienes actúan en base a él proclaman al unísono que es quimérico. No es quimérico, y solo lo dicen por cortesía; pero ¿no podría ponerse fin a esto antes de que llegue la ruina?»

Lo que sigue es un extracto de un discurso del Sr. Jas. Beck, miembro del Colegio de Abogados de Filadelfia, publicado en **The Christian Statesman**. El tema del discurso fue «La angustia de las naciones»: una mirada retrospectiva al siglo pasado.

«Nuestro propio siglo, que comenzó con el estruendo de los cañones de Napoleón en las llanuras de Marengo y llega a su fin con reverberaciones similares tanto en Oriente como en Occidente, no ha conocido ni un solo año de paz. Desde 1800, Inglaterra ha librado cincuenta y cuatro guerras, Francia cuarenta y dos, Rusia veintitrés, Austria catorce y Prusia nueve: ciento cuarenta y dos guerras libradas por cinco naciones, de las cuales al menos en cuatro el evangelio de Cristo es la religión oficial del Estado.

«En los albores de la era cristiana, el ejército permanente del Imperio Romano, según Gibbon, contaba con unos cuatrocientos mil hombres y se extendía por un vasto territorio, desde el Éufrates hasta el Támesis. Hoy en día, los ejércitos permanentes de Europa superan los cuatro millones, mientras que las reservas —que han prestado servicio durante dos o más años en los cuarteles y son soldados entrenados— superan los dieciséis millones, una cifra cuya magnitud la mente no puede ni apreciar ni imaginar. Con una décima parte de los hombres aptos para el servicio en el continente en armas en tiempos de paz, y una quinta parte de sus mujeres realizando el laborioso —y a veces repugnante— trabajo de los hombres en los talleres y los campos, uno puede decir con tristeza, al igual que Burke: "La era de la caballería ha pasado. La gloria de Europa se ha desaparecido». En los últimos veinte años, estos ejércitos se han casi duplicado, y la deuda nacional de los países europeos —contraída principalmente con fines bélicos y arrancada del sudor del pueblo— ha alcanzado la inconcebible cifra de veintitrés mil millones de dólares. Si se miden los intereses del hombre por sus gastos, entonces, sin duda, la pasión suprema de la Europa civilizada en este ocaso del siglo XIX es la guerra, pues un tercio de todos los ingresos que se extraen del trabajo y del capital se destina únicamente a pagar los intereses del costo de guerras pasadas, otro tercio a los preparativos para guerras futuras, y el tercio restante a cualquier otro fin.

«La lanza, la espada y el hacha de batalla se han puesto

por el hombre moderno como juguetes de su infancia. En su lugar tenemos el rifle militar, que puede dispararse diez veces sin recargar y puede matar a tres millas de distancia, y cuya bala larga y niquelada puede destruir a tres hombres en su trayectoria antes de que se detenga su obra de destrucción. Impulsado como está por pólvora sin humo, se sumará a los horrores del pasado al hacer estallar a un soldado como con un rayo invisible. Su eficacia ha eliminado prácticamente el uso de la caballería en la batalla. La época de las «espléndidas cargas» como la de Balaklava ha quedado atrás, y los hombres de Pickett, si tuvieran que repetir hoy su maravillosa carga, serían aniquilados antes de poder cruzar la carretera de Emmitsburg. Los efectos destructivos del rifle moderno casi superan lo creíble. Los experimentos han demostrado que reduce los músculos a pulpa y muele los huesos hasta convertirlos en polvo. Una extremidad alcanzada por él queda destrozada sin posibilidad de reparación, y un disparo en la cabeza o el pecho es inevitablemente mortal. La ametralladora de hoy en día puede disparar mil ochocientos sesenta tiros por minuto, o treinta por segundo, una ráfaga tan continua que parece una línea ininterrumpida de plomo, y cuyo horrible ruido es como un canto satánico. El cañón moderno de doce pulgadas es un arma de titanes, capaz de lanzar un proyectil a ocho millas de distancia y penetrar dieciocho pulgadas de acero, incluso cuando este último ha sido «harveyizado», un proceso mediante el cual la superficie dura del acero se carboniza de tal manera que ni siquiera el taladro más fino puede perforarlo. De las armadas actuales, con sus llamados «destructores comerciales», no hay nada que decir. La construcción de un solo barco cuesta cuatro millones de dólares y, armado con placas de acero de dieciocho pulgadas de espesor, puede desplazarse por el agua con sus motores de once mil caballos de fuerza a una velocidad de veinticuatro millas por hora. Uno de esos buques podría haber dispersado en Trafalgar a las flotas combinadas de España, Francia e Inglaterra —que sumaban más de cien naves— como a una bandada de palomas, o haber puesto en fuga a la Armada Española como un halcón en un palomar; y, sin embargo, en la incesante guerra de armas y armamento, estos leviatanes de las profundidades han sido destruidos instantáneamente, como por un rayo, por un solo torpedo de dinamita.

«Si estos preparativos para la guerra, que cubren nuestras aguas y ensombrecen nuestras tierras, significan algo, indican que el hombre civilizado se encuentra al borde de un vasto cataclismo, del cual aparentemente es tan inconsciente como lo fue la gente de Pompeya en el último y fatal día de la vida de su ciudad, cuando presenciaron con indiferencia el humo ominoso que se arremolinaba desde la boca del cráter. Nuestra época ha sembrado, como ninguna otra, los dientes del dragón que son los ejércitos permanentes, y la semilla humana es

listo para la cosecha de sangre. Solo hace falta un incendiario como Napoleón para prender fuego al mundo.

«Negar que tal es la tendencia evidente de estos preparativos sin precedentes es creer que podemos sembrar cardos y cosechar higos, o esperar sol perenne donde hemos sembrado el torbellino. La guerra entre China y Japón, librada solo en parte con armas modernas y con hombres que apenas comprendían su uso, no ilustra en modo alguno las posibilidades del conflicto futuro. El más grande de todos los corresponsales de guerra, Archibald Forbes, ha dicho recientemente: "Es prácticamente imposible que alguien se haya imaginado con precisión y en toda su magnitud la escena que la próxima gran batalla presentará ante un mundo desconcertado y estremecido; conocemos los elementos que constituirán sus horrores, pero los conocemos solo de manera teórica. A los hombres aún les queda por sentir el escalofrío ante lo espeluznante de la muerte masiva, infligida por proyectiles lanzados desde armas cuyo origen no se puede determinar debido a la ausencia de humo de pólvora.». Concluye: «Una muerte incalculable podría llover como desde los mismos cielos». Cuando recordamos que en una de las batallas en los alrededores de Metz el uso de la ametralladora acabó con la vida de 6,000 alemanes en diez minutos, y que en Plevna, en 1877, Skobelleff perdió 3.000 hombres en una breve embestida de unos pocos cientos de yardas, y recordamos que la mitralleta y el fusil de aguja han quintuplicado desde entonces su capacidad destructiva, la perspectiva es tal que la mente se queda horrorizada y el corazón se revuelve. Basta con decir que los grandes estrategas de Europa creen que la mortalidad futura en las batallas será tan elevada que será imposible atender a los heridos o enterrar a los muertos, y muchos de ellos llevarán como parte necesaria del equipo militar un crematorio móvil para incinerar a los caídos en combate.

«Podrías sugerir que esta terrible calamidad pasará de largo por la pacífica América, así como el ángel que mató a los primogénitos de Egipto perdonó las puertas salpicadas de sangre de los israelitas. ¡Que Dios permita que así sea! ¿De dónde, sin embargo, viene nuestra seguridad? Tan maravillosamente han unido el vapor y la electricidad a los hombres en

una comunidad de pensamiento, intereses y propósitos, que es posible que, si se desatara una gran guerra continental —en la que Inglaterra se vería involucrada casi inevitablemente—, antes de que terminara, el mundo civilizado pudiera verse envuelto en llamas universales. Aparte de esto, en el horizonte del mundo se vislumbra ahora una nube, por el momento no más grande que la mano de un hombre, pero que algún día podría oscurecer los cielos. En Oriente hay dos naciones, China y Japón, cuya población combinada alcanza la asombrosa cifra de quinientos millones. Hasta ahora, estos hormigueros rebosantes de gente han ignorado el arte de la guerra, pues es extrañamente cierto que los únicos dos países que, desde el nacimiento de Cristo, han experimentado en su aislamiento una relativa «paz en la tierra», son estas naciones otrora ermitañas sobre las que nunca había brillado la luz del cristianismo. Pero hace treinta años, un puñado de ingleses y franceses se abrió paso a punta de bayoneta hasta Pekín. Todo esto ha cambiado. La civilización occidental ha traído al Oriente Biblias y balas, mitras y ametralladoras, piedad y ametralladoras Gatling, cruces y cañones Krupp, San Pedro y salitre; y el Oriente tal vez algún día diga con Shylock: «La villanía que me enseñas la llevaré a cabo, y será difícil, pero superaré la instrucción». Ya han aprendido la lección tan bien que tocan con efectos letales el terrible diapasón de la artillería. Si alguna vez la pasión por la guerra, que distingue a Occidente, despierta al opulento Oriente de su sueño de siglos, ¿quién podrá decir que otro Gengis Kan, con una horda bárbara de millones a sus espaldas, no pueda abalanzarse sobre Europa con el peso aplastante de una avalancha?

«Se podría argumentar, sin embargo, que estos preparativos no significan nada y son garantías de paz, más que provocaciones de guerra, y que la misma eficacia de las armas modernas hace que la guerra sea improbable. Si bien aparentemente esta sugerencia tiene su peso, en la práctica se ve contradicha por los hechos, pues las naciones que tienen los ejércitos más pequeños son las que tienen más

paz, y aquellas que cuentan con las fuerzas más grandes tiemblan al borde del abismo. Suiza, Holanda, Bélgica, Noruega, Suecia y Estados Unidos viven en una amistad sustancial con el mundo, mientras que Francia, Rusia, Alemania, Austria e Italia, armadas hasta los dientes y tambaleándose bajo su equipamiento, se miran con el ceño fruncido unas a otras a través de sus fronteras. En ellas se encuentra la vasta revista del espíritu marcial y del odio internacional cuya explosión solo requiere la chispa de algún incidente trivial. Así, cuando la emperatriz Augusta visitó recientemente París por placer, su presencia alarmó al mundo, provocó la caída de los precios en las bolsas y mercados y precipitó una consulta seria y nerviosa de todos los gabinetes europeos. Un solo insulto dirigido a ella por el parisino más irresponsable habría llevado a su hijo, el joven emperador alemán, a desenvainar su espada. Así, incluso el niño de la calle más holgazán tenía el poder de haber sacudido el equilibrio del mundo. ¡Qué comentario tan espantoso sobre la civilización es que la prosperidad, e incluso la vida, de millones de nuestros semejantes pueda depender de los sentimientos pacíficos de un solo hombre!

«Ningún hecho puede ser más claro que el de que la humanidad se encuentra en una encrucijada. Se ha alcanzado el máximo de preparación. En Europa, los hombres no pueden armarse más. Italia ya ha sucumbido bajo el peso de la quiebra ocasionada por ello, y puede verse sumida en cualquier momento en el vórtice de la revolución. Muchos publicistas reflexivos creen que, por lo tanto, las naciones europeas deben, o bien luchar, o bien desarmarse. Bien lo predijo el Maestro: "Habrá angustia entre las naciones, perplejas.
... Los corazones de los hombres desfallecerán por el temor y por la expectación de las cosas que vendrán sobre la tierra».----

El siguiente fragmento, tomado de *The New York Tribune* del 5 de mayo de 1895, muestra cómo veían la situación algunos de los soberanos reinantes de Europa:

«REYES QUE QUIEREN RETIRARSE A LA VIDA PRIVADA.– Parece que la abdicación está en el aire. En ningún momento desde los agitados años de 1848-49, cuando se podría decir que toda Europa estaba

en abierta insurrección contra las tendencias autocráticas medievales de sus gobernantes, ha habido tantos soberanos reinantes de quienes se dice que están a punto de abandonar sus tronos. En 1848, los monarcas eran en su mayoría príncipes nacidos en el siglo anterior y criados bajo la influencia de sus tradiciones, por lo que eran totalmente incapaces de comprender nociones novedosas como el gobierno popular y las constituciones nacionales. Antes que prestar su nombre a ideas tan subversivas —que consideraban sinónimas de una revolución sanguinaria del tipo que llevó a Luis XVI y a María Antonieta al patíbulo—, prefirieron abdicar; y fue durante esos dos años convulsos cuando los tronos de Austria, Cerdeña, Baviera, Francia y Holanda quedaron vacantes tras la partida de sus ocupantes. Si hoy, medio siglo después, sus sucesores desean a su vez abdicar, es porque ellos también se han convencido firmemente de que la legislación popular es incompatible con el buen gobierno —es decir, desde la perspectiva del trono— y de que ya es imposible conciliar dos instituciones tan diametralmente opuestas como la Corona y el Parlamento. En esto, tal vez, no estén muy equivocados; pues no hay duda de que el desarrollo del gobierno popular hacia la democracia tiende naturalmente a disminuir el poder y el prestigio del trono. Cada nueva prerrogativa y derecho que el pueblo o sus representantes constitucionales se aseguran le es quitado al monarca; y, a medida que pasa el tiempo, se hace cada vez más evidente que, desde un punto de vista popular, los reyes y emperadores son superfluos, un anacronismo, meras figuras decorativas costosas cuya propia debilidad y falta de poder los convierten en objeto de burla más que de reverencia, o que constituyen serios obstáculos para el desarrollo político, comercial e incluso intelectual. De hecho, parece que ya no hay lugar para ellos en el siglo que viene, salvo como meros árbitros sociales, cuyo poder se limita a dictar las leyes de la moda y las convenciones, y cuya autoridad no se ejerce en virtud de ninguna ley escrita, sino simplemente por medio del tacto.

«Entre los soberanos que, según se informa, se encuentran en vísperas de abdicar, tenemos en primer lugar al rey Jorge de los helenos, quien se declara harto y cansado de su incómodo trono, y no duda en afirmar que, dado que el ambiente mismo de Grecia ha dejado de serle agradable, está ansioso por entregar lo antes posible su cetro a su hijo Constantino. Ya no está en contacto con sus súbditos, no tiene amigos en Atenas salvo los visitantes extranjeros, y se encuentra constantemente

se ve obligado por la política un tanto cuestionable de los gabinetes que se suceden con tanta rapidez en su reino a colocarse en una posición incómoda y embarazosa con respecto a aquellas cortes extranjeras a las que está vinculado por estrechos lazos de parentesco.

«El rey Óscar también habla de ceder su corona a su hijo mayor. En su caso, no hay uno, sino dos parlamentos con los que lidiar; y como el de Estocolmo siempre se opone directamente al de Christiania, no puede complacer a uno sin ofender al otro, lo que tiene como resultado que Noruega y Suecia se encuentren ahora, según sus propias afirmaciones, al borde de una guerra civil. Está convencido de que el conflicto entre los dos países está destinado a culminar en una lucha armada, y antes de permitir que eso suceda, ha decidido abdicar. Declara que ha hecho todo lo posible, al igual que el rey Jorge de Grecia, por cumplir con los términos de la Constitución en virtud de la cual ostenta su cetro, pero que es absolutamente imposible seguir haciéndolo, y que para él se trata de una disyuntiva entre violar su juramento de coronación o renunciar y dar paso a su hijo.

«Además, está el rey Cristián de Dinamarca, quien, a los ochenta años, se encuentra, como resultado de las recientes elecciones generales, frente a una Legislatura Nacional en la que los ultrarradicales y los socialistas, hostiles al trono, poseen una mayoría abrumadora, superando en número a los liberales moderados y al minúsculo partido conservador juntos en una proporción de tres a uno. Se le había hecho creer que el amargo conflicto que se ha librado entre la Corona y el Parlamento en Dinamarca durante casi veinte años había llegado a su fin el verano pasado, y que, después de haber hecho muchas concesiones con el objetivo de resolver todas las diferencias, de ahí en adelante todo sería coser y cantar. En cambio, ahora se encuentra enfrentado a una mayoría abrumadora en el Parlamento, que ya ha anunciado su intención de hacer valer lo que considera derechos populares y de exigir a la Corona que cumpla con su interpretación de los términos de la Constitución. Interrumpido por

la vejez y la enfermedad, sacudido por la dolencia de su decidida esposa, quien ha sido su principal apoyo moral a lo largo de su reinado, y privado, además, del poderoso respaldo de su yerno, el difunto emperador Alejandro de Rusia, ya no se siente capaz de hacer frente a la situación y anuncia que está a punto de ceder el paso a su hijo.

«A estos tres reyes hay que sumar el nombre del rey Humberto de Italia, quien se ve obligado a someterse a un primer ministro que le resulta personalmente detestable tanto a él como a la reina, y a prestar su nombre a una política que, en el fondo, desaprueba, pero que concuerda con los puntos de vista del poder legislativo. No es ningún secreto que toda su fortuna privada ya está invertida en el extranjero, en previsión de su abandono del trono italiano, y que le resulta más intolerable que nunca una situación que lo obliga a rodearse de personas con las que ni él ni su consorte se llevan bien, y a mantener una postura hacia la Iglesia que no solo es diametralmente opuesta a los sinceros sentimientos religiosos de la reina y de él mismo, sino que además coloca a la casa reinante de Italia en una posición muy incómoda y embarazosa frente a todas las demás cortes del Viejo Mundo. El rey Humberto es un hombre muy sensible y profundamente consciente de los numerosos desaires a los que ha sido sometido por parte de todas aquellas familias reales extranjeras que, al llegar a Roma, se han abstenido deliberadamente de visitar el Quirinal por temor a ofender al Vaticano.

«De no ser por la reina María Amelia de Portugal, una mujer de carácter firme como su madre, la condesa de París, el rey Carlos ya habría cedido hace mucho el trono a su hijo, con su hermano menor como regente, mientras que se considera que tanto el rey Carlos de Rumania como el príncipe regente de Baviera están a punto de ceder el paso a sus parientes más cercanos. Por último, está el príncipe Fernando de Bulgaria, a quien sus amigos rusófilos han instado enérgicamente a abdicar, comprometiéndose a lograr su reelección bajo la protección moscovita. Pero hasta ahora se ha abstenido de ceder a sus solicitudes, consciente de que entre decir y hacer hay un largo camino, y de que, si alguna vez renunciara voluntariamente a su corona, muchas cosas podrían interferir para impedir que recuperara su posesión.

«Así pues, considerando todos los aspectos, no es probable que la causa del pueblo, desde su propio punto de vista, se vea mejorada o impulsada de alguna manera por las inminentes abdicaciones, las cuales, por el contrario, probablemente implicarán una reanudación de la lucha de hace cincuenta años por los derechos constitucionales y los privilegios parlamentarios».

Las ruidosas manifestaciones a favor del socialismo en el Reichstag alemán, el Parlamento belga y la Cámara de Diputados francesa no contribuían en absoluto a disipar los temores de las autoridades. Los diputados socialistas alemanes se negaron a sumarse a un vítor al emperador a instancias del presidente, o incluso a levantarse de sus asientos; los socialistas belgas, en respuesta a una propuesta de vítores para el rey —cuyas simpatías se entendía que estaban del lado de la aristocracia y el capital—, gritaron: «¡Viva el pueblo! ¡Abajo los capitalistas!», y los diputados franceses de la Cámara de Diputados, decepcionados por el rechazo de una medida que tendía a favorecer la causa socialista, declararon que la revolución lograría aún lo que se había pedido pacíficamente, pero que había sido rechazado.

También es significativo que un proyecto de ley destinado a frenar el crecimiento del socialismo en Alemania, que se presentó en el Reichstag, no llegara a convertirse en ley; las razones del rechazo del proyecto de ley fueron las siguientes, según informó la prensa:

«El reciente rechazo por parte del Reichstag del "proyecto de ley antirrevolucionario", la última medida elaborada por el gobierno alemán para combatir el socialismo, constituye un capítulo interesante en la historia de una nación con la que, a pesar de las diferencias de idioma e instituciones, nosotros mismos tenemos mucho en común.

«Ya han pasado muchos años desde que comenzó a llamarse la atención sobre el notable crecimiento del partido socialista en Alemania. Pero no fue sino hasta 1878, año en que se perpetraron dos atentados contra la vida del emperador, que el gobierno decidió adoptar medidas represivas. La primera ley contra los socialistas se aprobó en 1878 por un período de dos años, y se renovó en 1880, 1882, 1884 y 1886.

«Para entonces se consideró necesaria una legislación adicional,

y en 1887 el canciller Bismarck propuso al Reichstag una nueva ley que otorgaba a las autoridades el poder de confinar a los líderes socialistas dentro de una localidad determinada, privarlos de sus derechos como ciudadanos y expulsarlos del país. El Parlamento se negó a aceptar las propuestas del canciller; se contentó con renovar la antigua ley.

«En algunos círculos se esperaba ahora que la ocasión para una nueva legislación represiva pasara de largo. Pero el crecimiento continuo del partido socialista, la mayor audacia de su propaganda, junto con la ocurrencia de atrocidades anarquistas en Alemania y otras partes de Europa, impulsaron al gobierno a una mayor intervención. En diciembre de 1894, el emperador dio a entender que se había decidido responder con nueva legislación a los hechos de quienes se esforzaban por provocar desorden interno.

«Antes de que terminara ese año, se presentó ante la Asamblea Popular el proyecto de ley antirrevolucionario. Consistía en una serie de enmiendas al derecho penal ordinario del país y se propuso como parte permanente del código penal. En estas enmiendas se preveían multas o penas de prisión para todos aquellos que, de manera peligrosa para la paz pública, atacaran públicamente la religión, la monarquía, el matrimonio, la familia o la propiedad con expresiones injuriosas, o que afirmaran o difundieran públicamente declaraciones, inventadas o distorsionadas, que supieran —o que, según las circunstancias, debieran concluir que eran inventadas o distorsionadas—, con el fin de desacreditar las instituciones del Estado o los decretos de las autoridades.

«La nueva ley también contenía disposiciones de carácter similar dirigidas contra la propaganda socialista en el ejército y la marina.

«Si la oposición hubiera provenido únicamente de los socialistas, tanto dentro como fuera del Parlamento, el gobierno habría aprobado su proyecto de ley con éxito. Pero la naturaleza de los delitos especificados, junto con el margen de discrecionalidad que se otorgaba a los jueces de policía en la interpretación de la ley, despertó la desconfianza, e incluso la alarma, de amplios sectores de la población, quienes veían en sus disposiciones una amenaza a la libertad de expresión, la libertad de enseñanza y la libertad de reunión pública.

"En consecuencia, cuando el Reichstag comenzó a examinar la medida, se desató un movimiento como pocos se han visto en la patria. Las peticiones de autores, editores, artistas, profesores universitarios, estudiantes y ciudadanos llovieron sobre el Parlamento hasta que, según se afirma, se recibieron más de un millón y medio de firmas de protesta.

«Grandes periódicos como el *Berliner Tageblatt* remitieron al Reichstag peticiones de sus lectores que contenían entre veinte mil y cien mil nombres. Mientras tanto, en una reunión masiva de delegados celebrada en la capital, se registró la oposición de cuatrocientas cincuenta universidades alemanas contra el proyecto de ley.

«El rechazo de una medida tan ampliamente rechazada era inevitable, y el Partido Socialista sin duda sacará el máximo provecho de la derrota del gobierno. Sin embargo, el Reichstag condenó el proyecto de ley, no porque estuviera dirigido contra los socialistas, sino porque, al atacar las tendencias anárquicas, se creía que la medida ponía en peligro los derechos del pueblo en general».

En Londres se dice que el socialismo está ganando terreno constantemente, mientras que el anarquismo parece estar muerto. El Partido Laborista Independiente, que era la mayor fuerza del movimiento obrero organizado en Inglaterra, es ahora abiertamente una organización socialista. Espera que en breve se produzca una revolución sangrienta, que dará lugar al establecimiento de una república socialista sobre las ruinas de la actual monarquía.

Al observar estos hechos y tendencias, no es de extrañar que veamos a reyes y gobernantes tomando precauciones adicionales para protegerse a sí mismos y a sus intereses de los peligros que representan la revolución y la anarquía mundial. En medio del miedo y la angustia, buscan aliarse entre sí, aunque su desconfianza mutua es tan grande que tienen poco que esperar de cualquier alianza. La actitud de cada nación hacia las demás es de animosidad, celos, venganza y odio, y sus relaciones se basan únicamente en principios de interés propio. Por lo tanto, solo se puede confiar en sus alianzas mientras sus intereses egoístas

parecen discurrir en paralelo. No hay amor ni benevolencia en ello; y la prensa diaria es testigo constante de la incapacidad de las naciones para trazar una línea de política que las lleve a todas a una cooperación armoniosa. Vana es, por lo tanto, la esperanza que cabe esperar de cualquier coalición de las potencias.

¡EL ECLESIASTICISMO YA NO ES UN BALUARTE!

Al darse cuenta de esto, al menos en cierta medida, los vemos mirando con ansiedad hacia la iglesia (no hacia los pocos santos fieles conocidos y reconocidos por Dios como su iglesia, sino hacia la gran iglesia nominal, que es la única que el mundo reconoce) para ver qué tipo de persuasión moral o autoridad eclesiástica se puede ejercer sobre las grandes cuestiones en disputa entre los gobernantes y los pueblos. La iglesia, también, está ansiosa por intervenir, y con gusto ayudaría a restablecer relaciones amistosas entre príncipes y pueblos; pues los intereses de la aristocracia eclesiástica y de la aristocracia civil están entrelazados. Pero es en vano buscar ayuda en esta fuente; pues a las masas despiertas les queda poca reverencia por el poder eclesiástico o el poder político. No obstante, se está poniendo a prueba la conveniencia de solicitar la ayuda de la iglesia. El Reichstag alemán, por ejemplo, que, bajo la influencia del príncipe Bismarck, expulsó a los jesuitas de Alemania en 1870, al considerarlos enemigos del bienestar de Alemania, posteriormente derogó la medida, con la esperanza de conciliar así al partido católico y ganarse su influencia en apoyo de las medidas militares. Se hizo un comentario significativo con motivo del debate sobre la cuestión, el cual, aunque resultará sumamente cierto como profecía, en ese momento solo sirvió para hacer estallar la sala en carcajadas. El comentario fue que el regreso de los jesuitas no sería peligroso, ya que el diluvio (socialismo-anarquía) seguramente llegaría pronto y los ahogaría también a ellos.

En los intentos de reconciliación del rey y el gobierno de Italia con la Iglesia de Roma, el motivo ha sido evidentemente el temor a la propagación de la anarquía y las perspectivas de

guerra social. Al respecto, el primer ministro Crispi, en un notable discurso que comenzaba con un repaso histórico de la política italiana actual y concluía con una declaración sobre los problemas sociales de la época, especialmente el movimiento revolucionario, dijo:

«El sistema social atraviesa ahora una crisis trascendental. La situación se ha vuelto tan grave que parece absolutamente necesario que las autoridades civiles y religiosas se unan y trabajen en armonía contra esa banda infame en cuya bandera está inscrito: "¡Ni Dios, ni rey!". Esta banda, dijo, le había declarado la guerra a la sociedad. Que la sociedad acepte la declaración y responda con el grito de guerra: "¡Por Dios, el rey y la patria!"»----

Este mismo temor por parte de los poderes civiles de todas las naciones civilizadas es en lo que se basa la reciente actitud conciliadora de todos los poderes civiles de Europa hacia el Papa de Roma, y que ahora comienza a parecer bastante favorable para su tan anhelada esperanza de recuperar gran parte de su poder temporal perdido. Esta actitud de las naciones quedó ilustrada de manera notable en los costosos obsequios que los jefes de todos los gobiernos de la cristiandad entregaron al Papa, con motivo del Jubileo Papal celebrado hace algunos años. Al sentir su propia incompetencia para hacer frente al poderoso impulso del mundo que despierta, las autoridades civiles, en pura desesperación, recuerdan el antiguo poder del papado, el tirano que en otro tiempo tuvo a toda la cristiandad bajo su yugo; y aunque odian al tirano, están dispuestas a hacer grandes concesiones, si con ello logran mantener a raya a los pueblos descontentos.

Muchos reconocen la afirmación que la Iglesia Católica Romana plantea con tanta vehemencia: que será el único baluarte confiable contra la creciente ola del socialismo y el anarquismo. En referencia a este engaño, un exmiembro de la orden de los jesuitas, el conde Paul von Hoensbrouck, ahora convertido al protestantismo, señala a la Bélgica católica y al avance de la socialdemocracia en ese país para demostrar la futilidad de cualquier

ayuda por parte de ese sector. En su artículo publicado en el **Preussische Jahrbuch**, Berlín, 1895, dijo:

«Bélgica ha sido durante siglos católica y ultramontana hasta la médula. Este país tiene una población de más de seis millones de habitantes, de los cuales solo quince mil son protestantes y tres mil judíos. Todos los demás son católicos. Aquí hay solidez confesional. La Iglesia católica ha sido el factor y la fuerza dominante en la vida y la historia de Bélgica, y aquí ha celebrado sus mayores triunfos y se ha jactado de ellos una y otra vez. Salvo contadas excepciones, ha controlado el sistema educativo del país, especialmente las escuelas primarias y públicas...

«Ahora bien, ¿cómo le ha ido a la socialdemocracia en la Bélgica católica? Esto lo han demostrado las últimas elecciones. Casi una quinta parte de todos los votos emitidos se han destinado a los candidatos de los socialdemócratas, y debemos recordar que del lado de los candidatos no socialistas se encuentran muchos más "votos múltiples" que del lado de los socialdemócratas —pues en Bélgica es norma que los ricos y los educados ejerzan el derecho a los "votos múltiples", es decir, que sus votos se cuenten dos o tres veces. Los ultramontanos afirman, en efecto, que este aumento del voto socialista se debe al crecimiento del Partido Liberal. Hasta cierto punto esto es cierto, pero las afirmaciones de los clericales de que este partido es el baluarte contra el socialismo, la irreligión y la degeneración moral no por ello dejan de ser absurdas. ¿De dónde surgieron estos liberales, si la Iglesia católica es el remedio para todos los males que padecen el Estado y la sociedad?

«El catolicismo puede salvar al pueblo tan poco del "liberalismo ateo" como de la socialdemocracia. En el año 1886 se envió una carta circular a hombres representativos de todos los ámbitos de la vida con preguntas relativas a la situación de los trabajadores. Tres cuartas partes de las respuestas declaraban que, en lo religioso, el pueblo se había "deteriorado", o que "había desaparecido por completo", o que "el catolicismo estaba perdiendo cada vez más su influencia". Lieja, con sus treinta y ocho iglesias y

treinta y cinco claustros, dio una respuesta desesperanzadora; Bruselas declaró que «nueve décimas partes de los niños son ilegítimos, y la inmoralidad es indescriptible». Y todo esto es así, a pesar de que el socialdemócrata belga, en la medida en que haya asistido a alguna escuela, ha sido alumno de las escuelas públicas católicas ultramontanas, y en un país en el que cada año se pronuncian más de medio millón de sermones católicos y clases de catequesis. El país que, con razón y justificación, ha sido llamado la «tierra de los claustros y el clero», se ha convertido en el Eldorado de la revolución social».

PREPARATIVOS EXTRAVAGANTES PARA LA GUERRA

El temor a una revolución inminente está impulsando a todas las naciones de la «cristiandad» a realizar preparativos extravagantes para la guerra. Un periódico metropolitano afirma: «Cinco de las principales naciones de Europa han guardado en tesorerías especiales 6,525,000,000 francos con el propósito de destruir vidas y material en la guerra. Alemania fue la primera de las naciones en reunir un fondo de reserva para este propósito mortal. Cuenta con 1,500,000,000 de francos; Francia tiene 2,000,000,000 de francos; Rusia, a pesar de los estragos del cólera y la hambruna, 2,125,000,000 de francos; Austria, 750,000,000 de francos; Italia, la más pobre de todas, menos de 250 000 000 de francos. Estas inmensas sumas de dinero permanecen inactivas. No pueden ni se quiere tocarlas, salvo en caso de guerra. El emperador Guillermo de Alemania dijo que preferiría que el nombre de Alemania quedara deshonrado financieramente antes que tocar un solo marco del fondo de guerra».

Ya en 1895, las cifras preparadas por el Departamento de Guerra de EE. UU. mostraban el tamaño de los ejércitos de otros países de la siguiente manera: Austria-Hungría, 1 794 175; Bélgica, 140 000;
Colombia, 30 000; Inglaterra, 662 000; Francia, 3 200 000;
Alemania, 3 700 000; Italia, 3 155 036; México, 162 000;
Rusia, 13 014 865; España, 400 000; Suiza, 486 000. El mantenimiento de estas tropas cuesta 631 226 825 dólares al año.

La fuerza de la milicia de los Estados Unidos, según lo informado por el

el secretario de Guerra a la Cámara de Representantes ese mismo año, asciende a un total de 141 846 hombres, mientras que su fuerza militar disponible, aunque no organizada —o lo que en los países europeos se denomina el «estado de guerra» del país—, el secretario la estima en 9 582 806 hombres.

Dijo un corresponsal del *New York Herald*, que acababa de regresar de un viaje por Europa:

«La próxima guerra en Europa, cuando sea que llegue, será de una violencia destructiva desconocida hasta el día de hoy. Se ha exprimido al máximo, si no agotado, cada fuente de ingresos con fines bélicos. Sería inútil decir que el mundo aún no ha visto nada semejante, porque nunca antes ha contado con medios bélicos tan destructivos. Europa es un gran campamento militar. Las principales potencias están armadas hasta los dientes. Se trata de un esfuerzo conjunto, y no para desfiles ni entretenimiento. Enormes ejércitos en las mejores condiciones de disciplina y armados a la perfección, apoyados en sus mosquetes o con las riendas en la mano, esperan en los campamentos y en el campo de batalla la señal para marchar unos contra otros. Una guerra en Europa solo resuelve una cosa de manera definitiva, y esa es la necesidad de otra guerra.

«Se dice que los grandes ejércitos permanentes son garantía de paz; esto puede ser cierto por un tiempo, pero no a largo plazo: pues la inactividad armada a una escala tan enorme implica demasiados sacrificios, y las pesadas cargas obligarán inevitablemente a la acción».

INSTRUMENTOS MODERNOS DE GUERRA

Un corresponsal del *Pittsburgh Dispatch* escribe desde Washington, D.C.:

«¡Qué espantosa tienda de curiosidades son los almacenes de armas, proyectiles y modelos bélicos de todo tipo en diversos rincones de los Departamentos de Guerra y de la Marina! Ciertamente, están dispersos y son escasos en comparación, pero bastan para hacer reflexionar incluso al más irreflexivo sobre adónde estamos llegando y cuál será el final de este maravilloso ímpetu

de la invención en el ámbito de las armas destinadas a la destrucción de la humanidad. Todo lo que poseemos hasta el momento, en este nuestro nuevo país, en cuanto a ejemplos de tal invención, difícilmente se compararía en interés o volumen con una sola sala de la vasta colección de la antigua Torre de Londres, pero es suficiente para contar toda la historia. Al observar toda esta maquinaria asesina, uno pensaría que los gobernantes del mundo están empeñados en el exterminio de la raza humana, en lugar de en su mejora y preservación.

«Junto a los inventos modernos que permiten a un solo hombre matar a mil en un abrir y cerrar de ojos, se encuentran las armas rudimentarias de aquellos tiempos más sencillos en que los hombres luchaban cuerpo a cuerpo en la batalla. Pero no necesitamos referirnos a ellas para ilustrar el progreso en el arte de la guerra. Incluso la maquinaria utilizada en la más reciente de las grandes guerras ya está anticuada. Si mañana comenzara una nueva guerra civil en los Estados Unidos, o si nos viéramos envueltos en una guerra con un país extranjero, pensaríamos más bien en echar a volar y luchar en el aire que en combatir con las armas de hace un cuarto de siglo. Algunas de las armas y naves que se pusieron de moda hacia el final de la guerra, remodeladas y mejoradas hasta casi perder su forma original, podrían emplearse bajo ciertas condiciones, pero la gran mayoría de la maquinaria asesina sería suplantada por inventos completamente nuevos, en comparación con los cuales lo mejor de lo antiguo resultaría débil y totalmente impotente. Nunca me había dado cuenta con tanta claridad de este avance en el ámbito de lo espantoso como ayer, cuando, en un recado al Departamento de la Marina, me mostraron el modelo y los planos de la nueva ametralladora automática Maxim. Esta (y la ametralladora Maxim con otros nombres) es sin duda la más ingeniosa y la más perversa de todas las curiosas armas de guerra inventadas recientemente. Se pretende fabricarlas hasta el tamaño de un cañón de seis pulgadas, que disparará automáticamente alrededor de 600 balas por minuto. Esto, por supuesto, ha sido superado por la Gatling y otras ametralladoras, que disparan proyectiles muy pequeños, pero estas, en comparación con la Maxim, son engorrosas de operar, requieren más personal de apoyo, son mucho más pesadas y mucho

menos precisas. Un hombre puede manejar la ametralladora Maxim, o una mujer, o incluso un niño, y una vez puesta en marcha, el artillero puede alejarse tranquilamente a almorzar rápidamente mientras su arma se dedica a matar a unos cuantos cientos de personas. El artillero se sienta en un asiento en la parte trasera del arma, detrás de su escudo a prueba de balas, si desea usar uno. Cuando quiere aniquilar a un ejército en unos minutos, simplemente espera hasta que dicho ejército se coloque en una posición favorable para su trabajo. Luego tira de una manivela que dispara el primer cartucho, y comienza el funcionamiento de la maquinaria automática. La explosión del primer cartucho provoca un retroceso que expulsa el casquillo vacío por la recámara, coloca otro cartucho en su lugar y lo dispara. El retroceso de esa explosión realiza una acción similar, y así sucesivamente hasta el infinito. Es un asesinato en movimiento perpetuo.

"Uno de los inventos del Sr. Maxim se llama el 'arma antidisturbios', un artilugio pequeño y ligero que se puede transportar en los brazos con munición suficiente para expulsar de las calles o aniquilar a cualquier turba común. Es curioso cómo todos los inventos más recientes en este campo parecen anticipar la certeza de turbas revoltosas. ¿Desde cuándo el inventor se convirtió en profeta? Bueno, esta "arma antidisturbios" puede disparar a un ritmo de diez disparos letales por segundo, con el tirador oculto en todo momento y en perfecta seguridad, incluso frente a una turba armada con rifles o incluso pistolas, siempre y cuando esa misma turba no decida lanzarse al ataque y capturar el arma y al tirador. Parece que inventores como el Sr. Maxim esperan que las turbas modernas se queden en las calles para que las acribillen sin actuar ni a la defensiva ni al ataque, y que no se escondan en esquinas seguras con bombas, ni vuelen por los aires o quemen una ciudad en su frenesí. Sea como fuere, él ha hecho todo lo que ha podido en cuanto a un arma para turbas. Esta pequeña arma puede llevar consigo suficiente munición como para despejar una calle de un solo tiro, en unos pocos segundos, y puede manejarse desde muros o ventanas con la misma facilidad que en plena calle. Con un giro de muñeca, puede orientarse hacia arriba o hacia abajo en la punta de su soporte, y hacer que dispare directamente por encima o por debajo del tirador sin poner en peligro la vida o
extremidades de ese devoto del bello arte del asesinato.

"Si bien este es uno de los inventos más recientes y destructivos, de ninguna manera significa que sea el último o el más eficaz que se creará. Poco a poco se va haciendo evidente

a quien se le llama la atención sobre este asunto que apenas hemos comenzado en este ámbito. Hemos intentado mantener el paso, en materia de defensas, con el progreso de los medios de ataque efectivos, pero en vano. No se puede construir ninguna embarcación capaz de flotar que resista la explosión de un torpedo moderno. Ninguna nación es lo suficientemente rica como para construir fuertes que no puedan ser destruidos en poco tiempo con la forma más reciente y perversa de proyectil de dinamita. Los globos ahora pueden ser manejados con casi la misma facilidad que una embarcación en el agua, y se utilizarán ampliamente, en las guerras que pronto ocurrirán, para la destrucción de ejércitos y fuertes. La maquinaria letal se está volviendo tan sencilla y económica que un solo hombre puede destruir un ejército. Si bien los fuertes están mejor equipados para destruir a los débiles, por otro lado, los débiles pueden volverse fácilmente lo suficientemente fuertes como para destruir a los más fuertes. Para ambos bandos, la guerra significará la aniquilación. Los ejércitos terrestres, los monstruos del mar y los cruceros de guerra aéreos simplemente se aniquilarán mutuamente si llegan a enfrentarse».

Pero hay una mejora aún más reciente. El *New York World* ofrece el siguiente relato sobre el arma y la pólvora:

«Maxim, el fabricante de armas, y el Dr. Schupphaus, el experto en pólvora, han inventado un nuevo tipo de pólvora para cañones y torpedos, que lanzará una enorme bala de cañón llena de explosivos a diez millas de distancia, y donde impacte, reducirá a leña todo lo que se encuentre en un radio de cientos de pies.

“El descubrimiento se denomina el ‘sistema Maxim-Schupphaus para lanzar torpedos aéreos desde cañones mediante una pólvora especial, que impulsa el proyectil con baja presión y aumenta su velocidad al mantener la presión elevada a lo largo de toda la longitud del cañón’. Se han obtenido patentes del sistema en Estados Unidos y en países europeos.

“La pólvora especial empleada es algodón de pólvora casi puro, mezclado con un porcentaje tan pequeño de nitroglicerina que

no presente ninguna de las desventajas de las pólvoras de nitroglicerina, y se evita su descomposición mediante una ligera mezcla de urea. Es perfectamente seguro de manejar y puede golpearse con un martillo pesado sobre un yunque sin explotar. El secreto de su notable potencia radica en una única verdad matemática en la que nadie había pensado anteriormente. La pólvora de alto poder explosivo se carga ahora en los cañones en forma de tiras, pequeños cubos o varillas cilíndricas sólidas de entre media y tres cuartos de pulgada de diámetro, varios pies de longitud y con aspecto de un manojo de palitos de cera de abeja oscura. Cuando se enciende la pólvora, los extremos y la circunferencia de cada varilla de pólvora se inflaman instantáneamente y arden hacia el centro.

"El volumen de gases generados por la combustión disminuye constantemente, ya que la superficie en combustión es menor, y dado que es el volumen de gas el que le da velocidad al proyectil disparado por el cañón, la pérdida de velocidad es el resultado inevitable. El proyectil no llega tan lejos como lo haría si la presión de los gases hubiera aumentado, o al menos se hubiera mantenido."

"En cada pieza de la pólvora de Maxim y Schupphaus hay una gran cantidad de pequeños orificios que recorren toda la longitud de la varilla. Cuando se enciende la pólvora, la llama se propaga instantáneamente no solo por la circunferencia de cada varilla, sino también a través de las perforaciones. Estos pequeños orificios se queman con tal rapidez que la diferencia en el volumen de gases explosivos generados al principio y al final del ánima del arma es aproximadamente de dieciséis a uno.

"Por lo tanto, el proyectil sale del cañón a una velocidad tremenda, y cada pequeño orificio en las varillas de la pólvora contribuye a acelerar su misión destructiva a millas de distancia del lugar de la explosión. Con un cañón grande, la devastación causada por esta nueva maravilla de la artillería moderna sería incalculable. Esta nueva pólvora letal se ha disparado en cañones de campaña y en los pesados cañones de defensa costera de Sandy Hook con resultados sorprendentes. Desde un cañón de diez pulgadas cargado con 128 libras de esta pólvora, se lanzó un proyectil que pesaba 571 libras a ocho millas mar adentro. Las presiones sobre las varillas de pólvora fueron

más uniformes que cualquier otra registrada hasta la fecha, lo cual es un punto de suma importancia a la hora de determinar el valor de una pólvora altamente explosiva. Sin presiones uniformes, la precisión en los disparos es imposible.

"El gran cañón que los señores Maxim y Schupphaus proponen construir será un cañón de veinte pulgadas, especialmente adaptado para la defensa costera. Este cañón presentará algunas peculiaridades. No estará ensamblado, es decir, compuesto de muchas piezas de acero unidas entre sí, sino que consistirá en un único tubo delgado de acero de aproximadamente treinta pies de largo, con paredes de no más de dos pulgadas de espesor, en marcado contraste con los morteros, cuyas paredes tienen un espesor de ocho o diez pulgadas para resistir la presión de la descarga. El retroceso del cañón será compensado por amortiguadores hidráulicos situados en la parte inferior, que contienen agua y aceite. Un cañón típico de veinte pulgadas, utilizando la nueva pólvora, podría instalarse en la entrada del puerto de Nueva York, ya sea en Ft. Washington o en Ft. Wadsworth, y controlar todo el mar en un radio de diez millas. Las presiones y velocidades obtenidas son tan uniformes que es posible lograr una precisión de tiro extraordinaria. Solo sería necesario apuntar el cañón hacia cualquier barco avistado por el telémetro dentro de este radio para asegurar su destrucción total. La cantidad de explosivos lanzados sería suficiente para hundir un buque de guerra si el proyectil explotara en el agua a menos de cincuenta pies de su costado. A ciento cincuenta pies, la conmoción de un proyectil de quinientas libras sería lo suficientemente fuerte como para causar fugas peligrosas e inutilizar un barco».

El Dr. R. J. Gatling, inventor de la maravillosa ametralladora que lleva su nombre, dijo, refiriéndose al nuevo invento de la pólvora sin humo:

«La gente aún no está preparada para apreciar la enorme revolución en la guerra del futuro que ha provocado la invención de la pólvora sin humo. Ya ha dejado obsoletos entre 3,000,000 y 4,000,000 de mosquetes en Europa, que fueron fabricados para disparar pólvora negra, por no hablar de los millones de cartuchos, todos los cuales los países que los poseen estarían dispuestos a vender por una miseria. Se trata de una enorme suma de capital desperdiciado, pero es el resultado inevitable del progreso. Nuestro ejército

Las armas de este país pronto entrarán en la categoría de obsoletas, pues para mantenernos al día con el resto del mundo tendremos que adoptar también la pólvora sin humo. Un arma cargada con ella lanzará una bala a una distancia que duplica la que alcanza la pólvora negra. Una vez más, el nuevo invento cambia por completo las tácticas militares, pues en las batallas del futuro las tropas nunca se expondrán en masa ante el enemigo. El combate abierto, como ha sido habitual a lo largo de todos los tiempos, es cosa del pasado, pues significaría la aniquilación total. Si la pólvora sin humo se hubiera utilizado durante la reciente guerra civil, la guerra entre los Estados no habría durado noventa días.

"'¿Cuál es la diferencia entre un arma de disparo rápido y una ametralladora?'

"Un arma de disparo rápido no dispara con la rapidez de una ametralladora. La primera suele tener un solo cañón y se carga con proyectiles. Es un arma excelente para los torpederos, pero quince disparos por minuto es un buen ritmo para una de ellas. Una ametralladora típica Gatling tiene de seis a doce cañones y, con tres hombres para operarla, prácticamente nunca deja de disparar, con una descarga tras otra a una velocidad de 1,200 disparos por minuto. Estos tres hombres pueden causar más bajas que toda una brigada armada con mosquetes anticuados».

Un columnista del *Cincinnati Enquirer* dice:

«La fisonomía de la próxima guerra, cuandoquiera que ocurra, asumirá rasgos completamente nuevos y tan horribles que dejarán para siempre el reproche de la barbarie grabado en la frente de la civilización. Las nuevas organizaciones militares que han cuadruplicado los ejércitos, la nueva pólvora sin humo y terrible a la que nada puede resistirse, la actual artillería fulminante y los cargadores de rifle que ahora derribarán a los ejércitos como un tornado sacude las manzanas de un árbol, los globos de observación y las baterías aerostáticas que lanzarán masas de pólvora sobre ciudades y fortalezas, arrasándolas en poco tiempo y de manera mucho más eficaz que un bombardeo; los ferrocarriles móviles para la artillería, la luz eléctrica y el teléfono, etc., han revertido todas las tácticas de la guerra. La próxima guerra se llevará a cabo según un sistema completamente diferente, aún no probado, y del cual surgirán grandes sorpresas. «Nos armamos para defendernos y no para atacar», dice cada potencia;

«nuestra fuerza es nuestra salvaguarda: impone la paz a nuestros vecinos e inspira en todos el respeto que nos corresponde».

«Pero todas las potencias siguen la misma política, lo que equivale a decir que todo ese despliegue formidable y asesino está dirigido únicamente a proteger la paz de las garras de la guerra. Aunque esto sea el colmo de la ironía, lo creo sinceramente, porque es evidente, y pienso que la paz está bien protegida contra la guerra por los mismos instrumentos de esta última, o más bien por el temor que causa su magnitud y su fealdad. Pero esos armamentos implacables son como un vórtice que lo absorbe todo, hacia el cual se está desviando la fortuna pública, y que va, por así decirlo, a llenar un volcán insondable con una sustancia explosiva. Por extraño que parezca, esta es la verdadera situación. Europa yace sobre un vasto volcán excavado por ella misma, y que laboriosamente llena con el elemento más peligroso. Pero, consciente de su peligro, mantiene diligentemente todas las brasas alejadas del cráter. Sin embargo, cuando su precaución se relaje y ocurra la explosión, tenedlo en cuenta: el mundo entero sentirá la sacudida y se estremecerá. La barbarie mostrará tal fealdad que una maldición universal se extenderá de una nación a otra, y hará que los pueblos ideen medios más dignos de nuestra época para resolver los asuntos internacionales, y la guerra será enterrada por sus propias manos bajo las ruinas que ella misma habrá levantado».

OTRO ARMA QUE IMPONE LA PAZ

«Despertad, hombres poderosos. Que se acerquen todos los hombres de guerra. Reuníos en el valle de Josafat (el valle de la muerte). Que el débil diga: "Soy fuerte". Convertid vuestras podaderas en lanzas y el acero de vuestros arados en espadas». –Joel 3:10.

Lo que significará en el futuro ir a la guerra se puede intuir a partir de la descripción del arma que se presenta a continuación. En relación con esta preparación para la guerra entre naciones, no pasemos por alto el hecho de que los gobiernos y los generales están empezando a temer a sus propias tropas. Así como la milicia se negó a prestar servicio en Ohio durante los disturbios por la huelga, y así como los marines se rebelaron contra el gobierno en Brasil y los soldados de Portugal contra sus generales, así podría suceder pronto en todos los países del mundo.

Alemania, con su gran ejército, está empezando a tener miedo porque el socialismo se está abriendo paso gradualmente entre los soldados.

E incluso en Gran Bretaña recientemente se consideró necesario desarmar a parte de la milicia o de la caballería de la milicia. El secreto de toda esta insubordinación es el conocimiento, y detrás del conocimiento se encuentra la educación, y detrás de la educación, la imprenta y el maravilloso poder iluminador de Dios, que levanta el velo de la ignorancia y prepara a la humanidad para el gran día del Mesías con su preludio de tribulaciones.

Hace algún tiempo nos preguntábamos cómo la insurrección, tal como parecen insinuar las Escrituras, podría llegar a extenderse por toda la tierra; cómo la anarquía podría desatarse a pesar de todo el poder y la influencia combinados del capital y la civilización que se le oponen. Pero ahora vemos que la educación (el conocimiento) está preparando el camino para el gran desastre mundial, que según parecen indicar las Escrituras podría esperarse en los próximos años. Ahora podemos ver que precisamente los hombres que han sido entrenados para usar los aparatos más modernos para la destrucción de la vida humana pueden encontrarse entre quienes tienen a su cargo y a su cuidado los arsenales y las municiones de guerra. A continuación se presenta el artículo al que se hace referencia:

«Esta arma, que pesa menos de veinte libras y se maneja como una escopeta de caza común, dispara una ráfaga de balas a un ritmo de 400 disparos por minuto cuando está en acción. La nueva arma se llama Benet-Mercier y es de invención francesa. Cuenta con una culata que se apoya contra el hombro. En acción, el soldado se acuesta en el suelo, apoyando el arma en dos soportes. Esto ofrece una ventaja en materia de seguridad respecto al modelo de disparo rápido Hiram Maxim, ya que el operador de esa arma se ve obligado a permanecer de pie mientras la recarga. Esto lo deja a la vista del enemigo —o más bien deja a los tres hombres a la vista, pues se requieren tres para manejar esta arma más pesada».

La profecía de Joel (3:9-11) sin duda se está cumpliendo en los maravillosos preparativos de guerra que ahora se están llevando a cabo entre las naciones. Proféticamente, él expresó los sentimientos de estos tiempos, diciendo: «Anunciad esto entre las naciones: Preparad la guerra, despertad a los valientes, que todos los hombres de guerra se pongan en marcha

; que suban. Forjen sus rejas en espadas y sus podaderas en lanzas; que el débil diga: “Soy fuerte”. Reúnanse y vengan, todas las naciones; reúnanse a mi alrededor». ¿No es esta la proclamación mundial de la época actual? ¿No se están armando de valor tanto los poderosos como los débiles para el conflicto que se avecina? ¿Acaso no está incluso la iglesia que se profesa de Cristo reuniendo a los jóvenes e inspirándoles el espíritu de la guerra? ¿No están los hombres que, de otra manera, estarían trabajando el arado y podando los árboles, forjando y manejando en cambio las armas de guerra? ¿Y no están todas las naciones reuniendo sus poderosos ejércitos y agotando sus recursos financieros más allá de lo que pueden soportar a largo plazo, a fin de prepararse así para las exigencias de la guerra —la gran tribulación que ven acercarse rápidamente?

ESTADOS UNIDOS: UN PAÍS ÚNICO EN SU POSICIÓN, PERO AMENAZADO POR MALES AÚN MAYORES QUE EL VIEJO MUNDO

La posición de los Estados Unidos de América entre las naciones es única en casi todos los aspectos; tanto es así que algunos se inclinan a considerar a este país como el hijo predilecto de la providencia divina y a pensar que, en caso de una revolución mundial, se salvará. Pero esa seguridad imaginaria no concuerda con el buen juicio, ni a la luz de los signos de los tiempos ni de las operaciones certeras de esas justas leyes de retribución por las cuales se juzga tanto a las naciones como a los individuos.

Que las circunstancias peculiares del descubrimiento de este continente y el establecimiento de esta nación en su suelo virgen, para respirar su aire libre y desarrollar sus maravillosos recursos, constituyeron un paso en el curso de la providencia divina, de eso no pueden dudar quienes son reflexivos e imparciales. Tanto el momento como las circunstancias lo indican. Emerson dijo una vez: «Toda nuestra historia parece el último esfuerzo de la Providencia Divina en favor de la raza humana». Sin embargo, no habría dicho eso si hubiera comprendido el plan divino de los siglos, a la luz del cual queda bastante claro que no se trata de un «último esfuerzo de

la providencia divina», sino un eslabón bien definido en la cadena de circunstancias providenciales para el cumplimiento del propósito divino. Aquí se ha brindado un refugio a los oprimidos de todas las tierras frente a la tiranía del despotismo civil y eclesiástico. Aquí, separado de los antiguos despotismos por la vasta extensión del océano, el espíritu de libertad encontró un respiro, y el experimento del gobierno popular se convirtió en una realidad. Bajo estas circunstancias favorables, la gran obra de la edad evangélica —la selección de la verdadera Iglesia— se ha visto enormemente facilitada; y aquí tenemos todas las razones para creer que se recogerá la mayor cosecha de la edad.

En ningún otro país el bendito mensaje de la cosecha —el plan de los siglos, con sus tiempos, estaciones y privilegios— podría haberse proclamado con tanta libertad y haberse anunciado de manera tan amplia y libre. Y en ningún otro lugar, salvo bajo las instituciones libres de esta tierra favorecida, hay tantas mentes lo suficientemente liberadas de los grilletes de la superstición y el dogmatismo religioso como para poder recibir la verdad que ahora les corresponde y, a su vez, llevar sus buenas nuevas al mundo. Creemos que fue precisamente con este propósito que la providencia de Dios se ha manifestado, en cierta medida, sobre este país. Había una labor que realizar aquí para su pueblo, la cual no podría llevarse a cabo tan bien en ningún otro lugar; y por eso, cuando la mano de la opresión intentó sofocar el espíritu de libertad, se levantó un Washington para guiar a los empobrecidos pero audaces amantes de la libertad hacia la independencia nacional. Y nuevamente, cuando la desintegración amenazaba a la nación, y cuando había llegado el momento de la liberación de cuatro millones de esclavos, Dios suscitó otro espíritu valiente y noble en la persona de Abraham Lincoln, quien rompió los grilletes de los esclavizados y preservó la unidad de la nación.

Sin embargo, la nación, como tal, no tiene ni ha tenido jamás ningún derecho sobre la providencia divina. La intervención providencial en algunos de sus asuntos ha sido únicamente en la

intereses del pueblo de Dios. La nación, como tal, carece de Dios y de esperanza de perpetuidad cuando, a través de ella, Dios haya cumplido sus propios y sabios propósitos para su pueblo —cuando haya reunido a «sus elegidos». Entonces los vientos de la gran tribulación podrán soplar sobre ella, al igual que sobre las demás naciones, porque, al igual que ellas, es uno de los «reinos de este mundo» que debe dar paso al Reino del amado Hijo de Dios.

Si bien las condiciones de las masas de la población aquí son mucho más favorables que las de cualquier otra tierra, existe entre las clases más pobres un aprecio por la comodidad y por los derechos y privilegios individuales que no existe en la misma medida en ninguna otra tierra. En este país, de entre las filas de sus ciudadanos más humildes, imbuidos del espíritu de sus instituciones —el espíritu de libertad, de ambición, de laboriosidad e inteligencia— han surgido muchos de los estadistas más sabios y mejores: presidentes, legisladores, abogados, juristas y hombres distinguidos en todos los ámbitos. Aquí ninguna aristocracia hereditaria ha disfrutado del monopolio de los cargos de confianza o lucrativos, sino que el hijo del viajero más humilde puede aspirar a obtener y ganar los premios del honor, la riqueza y el ascenso. ¿A qué escolar estadounidense no se le ha señalado la posibilidad de que algún día llegue a ser presidente del país? De hecho, todos los logros de los grandes hombres de cualquier rango y posición se han considerado como posibilidades futuras para la juventud estadounidense. Nada en el espíritu de sus instituciones ha frenado jamás tal ambición; al contrario, siempre se ha estimulado y alentado. La influencia de estas vías abiertas hacia los puestos más altos y todos los intermedios de honor y confianza en la nación ha contribuido a la elevación de todo el pueblo, desde los estratos más bajos hacia arriba. Ha estimulado el deseo de educación y cultura, así como todas las exigencias de la educación y la cultura. El sistema escolar gratuito ha satisfecho en gran medida esta demanda, permitiendo que todas las clases se comuniquen de manera inteligente a través de la prensa diaria,

libros, revistas, etc., permitiéndoles así, como individuos, comparar puntos de vista y juzgar por sí mismos todas las cuestiones de interés, y, en consecuencia, ejercer su influencia en los asuntos nacionales mediante el voto.

Un pueblo soberano, así dignificado y llevado a apreciar los derechos de la condición humana, es, por lo tanto, naturalmente uno de los primeros en resistirse, y de la manera más decidida, a cualquier tendencia aparente a frenar su ambición o a restringir sus acciones. Incluso ahora, a pesar del espíritu liberal de sus instituciones y de las inmensas ventajas que estas han conferido a todas las clases de la nación, la inteligencia de las masas comienza a discernir influencias en acción que están destinadas, en poco tiempo, a someterlas a la servidumbre, a despojarles de sus derechos como hombres libres y a privarles de las bendiciones de la naturaleza generosa.

El pueblo estadounidense está tomando conciencia del peligro que corre su libertad y se está movilizando ante tal peligro con la energía que ha sido su rasgo distintivo en todas las ramas de la industria y en todas las esferas del comercio, aunque las causas reales de ese peligro no son lo suficientemente claras para que las masas puedan orientar sus energías con sabiduría. Solo ven que la riqueza concentrada está empobreciendo a la mayoría, influyendo en la legislación para acumular aún más riqueza y poder en manos de unos pocos, y creando así una aristocracia de la riqueza cuyo poder, con el tiempo, resultará tan despótico e implacable como cualquier despotismo del Viejo Mundo. Si bien esto es, ¡ay!, demasiado cierto, no es el único peligro. Un despotismo religioso, cuya odiosa tiranía puede juzgarse mejor a partir de los registros de los días pasados de su poder, también amenaza a este país. Ese peligro es el catolicismo romano.* Sin embargo, este peligro no se percibe de manera generalizada, porque Roma está logrando sus conquistas aquí mediante astucia y halagos viles. Profesa gran admiración por las instituciones libres y el autogobierno de los Estados Unidos; corteja y halaga a los «herejes» protestantes que forman una tan gran

*Vol. II, capítulo 10.

proporción de la población inteligente, y ahora los llama sus «hermanos separados», por quienes siente un «afecto eterno»; y, sin embargo, al mismo tiempo, extiende su mano pegajosa sobre el sistema de educación pública, que está ansiosa por convertir en un agente para la mayor propagación de sus doctrinas y la extensión de su influencia. Está haciendo sentir su influencia tanto en los círculos políticos como en los religiosos, y la continua oleada de inmigración hacia este país está compuesta en gran parte por sus súbditos.

El peligro que representa el catolicismo romano para este país ya lo previó Lafayette, quien, aunque él mismo era católico romano, contribuyó a conquistar la libertad de este país y la admiraba profundamente. Dijo: «Si alguna vez se destruyen las libertades del pueblo estadounidense, caerán a manos del clero romano». Así pues, vemos grandes peligros en la riqueza acumulada, en el catolicismo romano y en la inmigración.

¡Pero, ay!, el remedio que las masas acabarán por aplicar será peor que la enfermedad. Cuando la revolución social llegue aquí, vendrá con toda la turbulencia y la violencia que la energía estadounidense y el amor a la libertad puedan inyectarle. Por lo tanto, no es en absoluto razonable esperar que este país escape al destino de todas las naciones de la cristiandad. Como todas las demás, está condenado a la desintegración, al derrocamiento y a la anarquía. También forma parte de Babilonia. El espíritu de libertad fomentado aquí durante varias generaciones ya amenaza con desbocarse con una vehemencia y rapidez sin igual en el Viejo Mundo, y sin el freno de los organismos más poderosos de los gobiernos monárquicos.

Que muchos hombres acaudalados ven esto y, en cierta medida, temen que los problemas amenazantes puedan culminar aquí primero, se hace evidente a partir de diversos indicios, de los cuales el siguiente, tomado de *The Sentinel*, de Washington, D.C., de hace algunos años, es un ejemplo:

«EMIGRANDO DE LOS ESTADOS UNIDOS: El Sr. Santiago Gordon Bennett, propietario del *New York Herald*, según informa el *National Watchman*, ha residido tanto tiempo en Europa que ya se le considera extranjero. Se dice que el Sr. Pulitzer, propietario del *New York World*, ha establecido su residencia permanente en Francia. Andrew Carnegie, el millonario "rey del hierro", ha comprado un castillo en Escocia y lo está convirtiendo en su hogar. Henry Villard, el magnate del Ferrocarril del Pacífico del Norte, ha vendido sus participaciones y se ha ido definitivamente a Europa con unos 8 000 000 de dólares. W.
W. Astor se ha mudado de Nueva York a Londres, donde ha comprado una magnífica residencia y ha solicitado convertirse en súbdito británico. El Sr. Van Alen, quien recientemente se aseguró el cargo de embajador en Italia mediante una contribución de 50 000 dólares al fondo de campaña demócrata, es un extranjero a todos los efectos y declara que este país no es un lugar adecuado para que viva un caballero».

Pero será en vano buscar protección y seguridad bajo cualquiera de los reinos de este mundo. Todos tiemblan ahora de miedo y alarma, y se dan cuenta de su incapacidad para hacer frente a las poderosas fuerzas reprimidas con las que tendrán que lidiar cuando llegue la terrible crisis. Entonces, en verdad, «la altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada en aquel día [ahora tan cercano — "incluso
a las puertas»] un hombre arrojará sus ídolos de plata y sus ídolos de oro a los topos y a los murciélagos; para que se metan en las hendiduras
de las rocas y en las cimas de los peñascos escarpados, por temor al Señor y por la gloria de su majestad, cuando él se levante para sacudir terriblemente la tierra». —Isaías 2:17-21.

Entonces «todas las manos se debilitarán, y todas las rodillas se debilitarán como el agua. También se ceñirán de cilicio, y el horror los cubrirá; la vergüenza estará en todos los rostros, y la calvicie en todas sus cabezas. Arrojarán su plata en las calles, y su oro será quitado; su plata y su oro no podrán librarlos en el día de la ira del Señor».–Ezequiel 7:17-19.

De poco servirá la protección que cualquier gobierno pueda brindar, cuando los juicios del Señor y los frutos de su necedad se precipiten sobre todos ellos. En su orgullo de poder han «acumulado ira para el día de la ira»: han buscado egoístamente el engrandecimiento de unos pocos y han hecho caso omiso de los gritos de los pobres y necesitados; y sus gritos han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos, quien ha abrazado su causa; y declara: «Castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; haré cesar la arrogancia de los soberbios y humillaré la altivez de los tiranos. Haré que el hombre sea más precioso que el oro fino; sí, el hombre más que la cuña de oro de Ofir». — Isaías 13:11, 12.

Así, tenemos la seguridad de que la providencia soberana del Señor en la catástrofe final traerá liberación a los oprimidos. Las vidas de multitudes no serán entonces sacrificadas, ni se perpetuarán las desigualdades sociales que ahora existen.

Verdaderamente este es el tiempo predicho de angustia para las naciones, en medio de la perplejidad. La voz de las masas descontentas se simboliza acertadamente con el rugido del mar, y a los hombres pensantes se les desmaya el corazón por temor a la terrible calamidad que todos pueden ver ahora que se aproxima rápidamente; pues los poderes del cielo (los poderes gobernantes actuales) están siendo terriblemente sacudidos. De hecho, algunos, instruidos por estas señales y recordando aquella escritura: «He aquí, él viene con las nubes», ya están comenzando a sugerir la *presencia* del Hijo del Hombre, aunque malinterpretan en gran medida el tema y el remedio de Dios.

El profesor Herron dijo en una conferencia impartida en San Francisco sobre «El renacimiento cristiano de la nación»: *«¡Cristo está aquí! ¡Y el Juicio es hoy!* ¡Nuestra convicción social del pecado —la pesada mano de Dios sobre la conciencia— lo demuestra! ¡Los hombres y las instituciones están siendo juzgados según sus enseñanzas!»----

Pero en medio de todo este estremecimiento de la tierra (la sociedad organizada) y de los cielos (los poderes eclesiásticos), aquellos que disciernen en ello la realización del plan divino

de los siglos se regocijan en la certeza de que este terrible estremecimiento será el último que la tierra jamás sufrirá o necesitará; pues, como nos asegura el apóstol Pablo, significa la *eliminación* de aquellas cosas que son sacudidas —el derrocamiento de todo el orden actual de las cosas— para que permanezcan aquellas cosas que no pueden ser sacudidas: el Reino de Dios, el Reino de la luz y la paz. Porque nuestro Dios es un fuego devorador. En su ira consumirá todo sistema de maldad y opresión, y establecerá firmemente la verdad y la justicia en la tierra.

EL GRITO DE «¡PAZ! ¡PAZ! CUANDO NO HAY PAZ»

Pero a pesar del juicio manifiesto de Dios sobre todas las naciones, a pesar de que el volumen de testimonios de multitudes de testigos presiona con una lógica irresistible contra todo el orden actual de las cosas, y de que el veredicto y la pena se anticipan con un temor casi universal, hay quienes ocultan mal sus temores con gritos de «¡Paz! ¡Paz!» cuando no hay paz.

Tal proclamación, en la que participaron todas las naciones de la cristiandad, fue la que se emitió desde la gran exhibición naval con motivo de la inauguración del Canal del Báltico. El canal fue proyectado por el abuelo del actual emperador alemán, y la obra la inició su padre, en beneficio tanto del comercio de Alemania como de su armada. El actual emperador, cuya fe en la espada como remedio infalible para las interrupciones de la paz, y en cuyos acompañamientos de cañones y pólvora se confía igualmente, decidió hacer de la inauguración del canal terminado la ocasión para una gran proclamación internacional de paz y una gran demostración de las potencialidades en las que esta debe basarse. En consecuencia, invitó a todas las naciones a enviar acorazados representativos (pacificadores) al gran desfile naval a través del Canal del Báltico el 20 de junio de 1895.

En respuesta a ese llamado acudieron más de un centenar de fortalezas flotantes de acero, entre ellas veinte gigantescos «buques de guerra» —técnicamente denominados así—, todos completamente armados y capaces de alcanzar una velocidad de al menos diecisiete millas por hora. «Es difícil», dijo el London *Spectator*, «imaginar tal concentración de poder, que en pocas horas podría arrasar el puerto marítimo más grande o hundir las flotas comerciales concentradas del mundo en el fondo del océano. De hecho, no hay nada en las costas del mundo que pueda siquiera pretender resistir tal fuerza; y Europa, considerada como una entidad, puede declararse con justicia a la vez inexpugnable en el mar e irresistible. La flota reunida en Kiel era probablemente
la máxima expresión posible de poder bélico, siempre y cuando la batalla no dure más que sus reservas de explosivos».

El costo de los buques y su armamento ascendió a cientos de millones de dólares. Una salva, disparada simultáneamente por 2.500 cañones, consumió en un instante miles de dólares en pólvora; y el agasajo a los distinguidos invitados le costó al pueblo alemán 2.000.000 de dólares. Los discursos del emperador alemán y de los representantes extranjeros se centraron en «la nueva era de paz» inaugurada por la apertura del gran canal y la cooperación de las naciones en la demostración. Pero los hermosos discursos y el poderoso estruendo de los cañones con los que los reyes y emperadores proclamaron: «¡Paz! ¡Paz! con amenazas de venganza contra cualquiera que la rechazara en sus términos, no fueron interpretados por el pueblo como el cumplimiento del mensaje profético de «Paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres». No tuvo ningún efecto tranquilizador sobre el sector socialista; no sugirió ninguna panacea para sanar los desórdenes sociales, para aliviar las preocupaciones o reducir las cargas de las masas de pobres y desafortunados; tampoco dio ninguna garantía de buena voluntad en la tierra, ni indicó cómo se podría asegurar esa buena voluntad y

mantener, ya sea entre nación y nación, o entre gobiernos y pueblos. Por lo tanto, fue una gran farsa, una gran y descarada mentira nacional; y así fue considerada por el pueblo.

El London *Spectator* expresó los sentimientos de la gente pensante con respecto a la exhibición en el siguiente comentario veraz:

«La ironía de la situación es muy aguda. Fue una gran fiesta de la paz y la industria constructiva, pero su mayor gloria fue la presencia de las flotas preparadas con un gran sacrificio de tesoro y energía únicamente para la guerra y la destrucción. Un acorazado no tiene sentido, a menos que sea una poderosa máquina de matanza. Solo hay una frase que describe plenamente la grandeza de esa flota "pacífica", y es que podría, en un solo día, destruir cualquier puerto de la Tierra o hundir en el fondo del mar a las flotas mercantes del mundo, si se reunieran ante ella. ¡Y qué profundidades de odio humano se ocultaban bajo todo ese bello espectáculo de amistad humana! Una escuadra era francesa, y sus oficiales ansiaban vengarse de ese emperador exultante por el desmembramiento de su país. Otra era rusa, y sus almirantes debían de ser conscientes de que su gran enemigo y rival era la Potencia a la que honraban tan ostentosamente, y que apenas el día anterior habían infringido las normas navales para rendir homenaje al enemigo más persistente y peligroso del emperador. Una tercera era austriaca, cuyo maestro había sido expulsado del dominio que construyó el canal y despojado de su mitad de los derechos sobre la provincia por la que serpentea el canal en toda su extensión. Y había barcos de Dinamarca, de la cual Holstein había sido arrancada por sus actuales propietarios, y de Holanda, donde todos temen que algún día Alemania, mediante otra conquista, adquiera de un solo golpe colonias, comercio y una presencia transoceánica. La

El emperador hablaba de paz, los almirantes esperaban la paz, los periódicos del mundo declaran al unísono que hay paz, pero todo en ese espectáculo habla de una guerra recién pasada o de una que, algún día no muy lejano, está por llegar. Nunca hubo en este mundo una ceremonia tan grandiosa, ni una tan impregnada de principio a fin por la mancha de la falta de sinceridad».

El New York *Evening Post* comentó lo siguiente:

«En la mera concentración de buques de guerra se manifiesta un espíritu diametralmente opuesto al amor por la paz. Cada nación envía sus barcos más grandes y sus armas más pesadas, no solo como un acto de cortesía, sino también como una especie de demostración internacional de fuerza. La Armada británica envía diez de sus buques más poderosos simplemente como una muestra de lo que tiene en reserva, y con un aire como de quien dice: "Quedan advertidas a tiempo, oh naciones, y no provoquen a la señora de los mares". Las escuadras francesa y rusa, de igual manera, muestran su ceño más adusto para que el anfitrión Guillermo no se aproveche de la festividad para hacer avances demasiado amistosos. Nuestros propios barcos estadounidenses se unen a la flota con el sentimiento —que sin duda anima a muchos oficiales y marineros a bordo— de que ya es hora de que los altivos europeos aprendan que hay una potencia naval en ascenso al otro lado del mar con la que más les vale no meterse.

«Un aire especialmente *ridículo* rodea la presencia de los franceses y los rusos. Como defensores de la paz internacional, y especialmente como defensores de Alemania, resultan verdaderamente cómicos. La indignación por este asunto es enorme en algunas partes de Francia...

«Pero la insinceridad más llamativa de todas se encuentra en la inauguración del propio canal de Kiel. Está dedicado al "tráfico mundial". De ahí su importancia internacional, de ahí todo el júbilo y la glorificación. Pero, ¿qué piensan realmente Alemania, Francia y las demás potencias continentales sobre el tráfico mundial? ¿Por qué, en este mismo momento, al igual que en los últimos veinte años, están haciendo todo lo posible por entrampar, obstaculizar y reducir al máximo el libre intercambio comercial entre las naciones? Hasta que este espíritu proscriptivo de hostilidad y envidia comercial no desaparezca, o se agote por lo absurdo que resulta, pueden abrir tantos

canales interoceánicos que se quiera, pero no se podrá convencer a la gente sensata de que su discurso sobre su importancia para el buen entendimiento internacional y el amor general por la paz sea otra cosa que una muestra de insinceridad transparente».

El Chicago Chronicle dijo:

«Es la más pura barbarie este espectáculo en Kiel. Celebrado para conmemorar una obra de paz, toma la forma de una apoteosis de la guerra. Enemigos mortales se reúnen allí, exhibiendo sus armas mientras ocultan su enemistad tras una cordialidad forzada. Se disparan cañones diseñados para la guerra a modo de cortesía. El propio emperador elogia la exhibición de armamento. ""El poderío de los buques de guerra reunidos en el puerto de Kiel", dijo, "debería servir al mismo tiempo como símbolo de paz y de la cooperación de todos los pueblos europeos para el avance y el mantenimiento de la misión civilizadora de Europa". La experiencia refuta esta teoría. Quien tiene un arma desea dispararla. La nación que está preparada para la guerra quiere hacer la guerra. La única amenaza seria para la paz europea hoy en día es el hecho de que todas las naciones europeas están preparadas para la guerra.

"La construcción del canal de Kiel fue un servicio notable a la civilización; la forma en que se celebró es un tributo a la barbarie. Se construyó, en teoría, para fomentar el comercio marítimo, y la mayoría de los buques reunidos para celebrar su finalización eran típicos destructores comerciales".

Según *The St. Paul Globe*, en Kiel se exhibieron la realeza y los privilegios, más que la industria. Decía:

«¿Qué lugar ocupa hoy una flota de acorazados en el avance de la civilización? ¿Qué flotas piratas hay que barrer de alta mar? ¿Qué nación inferior y salvaje existe a la que podamos transmitir una influencia iluminadora de la civilización moderna al proyectar sobre ella los reflectores de una escuadra de buques de guerra? En este momento solo hay un asalto en el que las naciones podrían unir sus fuerzas de todo corazón

con el pretexto de que estuvieran trabajando por la civilización moderna. Sin embargo, ninguno de los gobiernos representados en Kiel se atrevería a proponer una alianza armada con los demás con el propósito de expulsar de Europa al horrible y cruel turco.

«¿Ayudaría de alguna manera a la causa de la civilización un conflicto entre los espléndidos acorazados, o entre dos de las naciones representadas en Kiel? ¿No son estos armamentos, por el contrario, las reliquias y los testigos de una barbarie que aún persiste? Los rasgos más salvajes de cualquier nación son sus municiones de guerra. El propósito de la mayoría de los que Europa proporciona con tanta profusión mediante impuestos a un pueblo agobiado es mantener a ese mismo pueblo en humilde sumisión ante los poderes que están por encima de él».

La «Pompa de la opresión» es como *el Minneapolis Times* denominó el desfile naval de Kiel, sobre el cual comentó lo siguiente:

«El hecho de que la inauguración de esta magnífica vía navegable se valore más por sus ventajas militares que por las comerciales, y de que se haya celebrado con el estruendo de los cañones de las flotas de guerra de todo el mundo allí reunidas, es una acusación contra la civilización. Pues si las llamadas naciones "civilizadas" del mundo necesitan empresas tan vastas para operaciones militares y armadas tan enormes como las que ahora se mantienen a costa del pueblo, entonces la naturaleza humana de la raza caucásica no ha mejorado en lo más mínimo desde la época de Colón ni gracias al gran descubrimiento que él hizo. Si tales armadas son necesarias, entonces la libertad es imposible y el despotismo es una condición necesaria para la raza humana».

Este grito fuerte y unánime de las naciones, a través de sus representantes: «¡Paz! ¡Paz! cuando no hay paz», nos recuerda con fuerza la palabra del Señor a través del profeta Jeremías, quien dice:

«Desde el más pequeño hasta el más grande, todos se entregan a la codicia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos practican la falsedad. Y curan la brecha de la hija de mi pueblo a la ligera, diciendo:

¡Paz, paz!, cuando no hay paz. Deberían haberse avergonzado por haber cometido una abominación; pero no sintieron la más mínima vergüenza, ni supieron sonrojarse; por eso caerán entre los que caen; en el momento en que castigue su pecado, tropezarán, dice el Señor». –Jer. 6:13-15.

Esta gran proclamación internacional de paz, que lleva en su propia superficie el sello de la falta de sinceridad, es un recordatorio contundente de las palabras de John G. Whittier, que describen tan gráficamente las condiciones actuales de paz:

"¡'¡Gran paz en Europa! ¡El orden reina
desde las colinas del Tíber hasta las
llanuras del Danubio!' Así lo dicen sus
reyes y sacerdotes; así lo dicen los
profetas mentirosos de nuestros días.

"Acércate a la tierra y presta atención;
Escucha el trote de las marchas
mesuradas, el rodar de la rueda del
cañón, el estruendo asesino del
mosquete cargado, la alarma nocturna,
la llamada del centinela, el espía de
oído agudo en la cabaña y en el salón,
desde el mar polar y el pantano tropical
Los gemidos agonizantes de los
hombres exiliados, la celda cerrada
con cerrojo, las cadenas de la galera,
¡el patíbulo humeante con sus
manchas! ¡Orden, el silencio de los
esclavos oprimidos!
¡Paz—en las bóvedas de las mazmorras y en
las tumbas! ¡Hablen, príncipe y káiser,
sacerdote y zar! Si esto es paz, por favor,
¿qué es la guerra?

«Austero heraldo de Tu día mejor,
para preparar ante Ti Tu camino,
la sombra bautista de la
Libertad,–
gris, marcada y vestida con una túnica de pelo,
debe atravesar con pies sangrantes el desierto!
¡Ojalá su voz traspase el oído de
sacerdotes y príncipes mientras
escuchan un grito como el del vidente
hebreo:
¡Arrepentíos! El Reino de Dios se acerca».----

ESTUDIO VI

BABILONIA ANTE EL GRAN TRIBUNAL. SU CONFUSIÓN — ECLESIÁSTICA

La verdadera Iglesia, conocida por el Señor, no tiene parte en los juicios de Babilonia – La situación religiosa de la cristiandad no presenta un contraste esperanzador con la situación política – La gran confusión– La responsabilidad de llevar a cabo la defensa recae sobre el clero – El espíritu de la Gran Reforma ha muerto – Sacerdotes y pueblo en la misma situación – Los cargos presentados – La defensa – Se propone una confederación – El fin que se busca – Los medios adoptados – El espíritu general de compromiso – El juicio en contra de las instituciones religiosas de la cristiandad.

«Y él le dijo: "Por tus propias palabras te juzgaré, siervo malvado"». –Lucas 19:22.

MIENTRAS consideramos aquí el juicio actual de la gran iglesia cristiana nominal, no olvidemos que también existe una verdadera Iglesia de Cristo, elegida, preciosa; consagrada a Dios y a su verdad en medio de una generación perversa y descarriada. No son conocidos por el mundo como un cuerpo compacto; pero, como individuos, son conocidos por el Señor, quien no juzga simplemente por lo que ven los ojos y oyen los oídos, sino que discierne y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón. Y, por muy dispersos que estén, ya sea que se encuentren solos como «trigo» en medio de la «cizaña», o en compañía de otros, el ojo de Dios siempre está
sobre ellos. Ellos, morando en el lugar secreto del Altísimo

Los elevados (santificados, totalmente apartados para Dios) morarán bajo la sombra del Todopoderoso, mientras que los grandes sistemas religiosos que llevan su nombre con infidelidad sufrirán los juicios del Señor. (Sal. 91:1, 14-16) Estos no tienen parte en el juicio de la gran Babilonia, sino que han sido previamente iluminados y llamados a salir de ella. (Ap. 18:4) Esta clase es descrita y benditamente consolada en los Salmos 91 y 46. En medio de muchas profesiones de piedad meramente formales y falsas, el ojo vigilante del Señor discierne a los verdaderos, y los conduce a pastos verdes y junto a aguas tranquilas, y hace que sus corazones se regocijen en su verdad y en su amor. «El Señor conoce a los que son suyos (2 Tim. 2:19); ellos constituyen la verdadera Iglesia a su estimación, la Sión que el Señor ha escogido (Sal. 132:13-16), y de quienes está escrito: "Sión oyó y se alegró; y las hijas de Judá se regocijaron por tus juicios, oh Señor"---- (Sal. 97:8). El Señor los guiará a salvo como un pastor guía a sus ovejas. Pero aunque tengamos presente que existe tal clase —una verdadera Iglesia, de la cual cada miembro es conocido y querido por el Señor, ya sea conocido o desconocido para nosotros—, debemos ignorarlos aquí al considerar lo que profesa ser, y lo que el mundo reconoce como, la iglesia, y a lo que se refieren los profetas con muchos nombres significativos que designan a la gran iglesia nominal caída de la gracia, y al señalar el juicio de Dios sobre ella en este tiempo de la cosecha de la edad evangélica.

Si los poderes civiles de la cristiandad se encuentran perplejos y la angustia de las naciones se manifiesta por doquier, la situación religiosa ciertamente no presenta un contraste esperanzador de paz y seguridad; pues el eclesiasticismo moderno, al igual que las naciones, está atrapado en la red que él mismo ha tejido. Si las naciones, habiendo sembrado al viento las semillas de la injusticia, están a punto de cosechar una abundante cosecha en un torbellino de aflicción, la gran iglesia nominal, eclesiástica

cristiandad, que ha participado en la siembra, también participará en la cosecha.

La gran iglesia nominal ha enseñado durante mucho tiempo como doctrinas los preceptos de los hombres; y, ignorando en gran medida la Palabra de Dios como única regla de fe y de vida piadosa, ha proclamado con audacia muchas doctrinas contradictorias y que deshonran a Dios, y ha sido infiel a la medida de verdad que conservaba. No ha cultivado ni manifestado el espíritu de Cristo, y ha absorbido libremente el espíritu del mundo. Ha bajado las rejas del redil y ha dejado entrar a las cabras, e incluso ha alentado a los lobos a entrar y hacer su obra malvada. Le ha complacido permitir que el diablo siembre cizaña entre el trigo, y ahora se regocija en el fruto de su siembra: en el campo floreciente de cizaña. De las relativamente pocas espigas de «trigo» que aún quedan, se les da poca importancia, y casi no hay ningún esfuerzo por evitar que sean ahogadas por la «cizaña». El «trigo» ha perdido su valor en los mercados de la cristiandad, y el humilde y fiel hijo de Dios se encuentra, al igual que su Señor, despreciado y rechazado por los hombres, y herido en la casa de sus supuestos amigos. Las formas de piedad sustituyen a su poder, y los rituales ostentosos suplantan en gran medida la adoración que brota del corazón.

Hace mucho tiempo, las doctrinas contradictorias dividieron a la iglesia nominal en numerosas sectas antagónicas, cada una de las cuales afirma ser la única iglesia verdadera que el Señor y los apóstoles fundaron, y juntas han logrado presentar al mundo una imagen tan distorsionada y errónea del carácter y el plan de nuestro Padre Celestial, que muchos hombres inteligentes se alejan con repugnancia, desprecian a su Creador e incluso tratan de negar su existencia.

La Iglesia de Roma, con su supuesta infalibilidad, afirma que es el propósito divino atormentar eternamente en fuego y azufre a todos los «herejes» que rechazan sus doctrinas. Y para otros, les reserva un tormento limitado llamado Purgatorio,

del cual se puede obtener la liberación mediante penitencias, ayunos, oraciones, velas sagradas, incienso y «sacrificios» de la misa bien pagados. De este modo, deja de lado la eficacia del sacrificio de la expiación de Cristo y pone el destino eterno del hombre en manos de sacerdotes intrigantes, quienes así reclaman el poder de abrir el cielo o cerrarlo a quien les plazca. Ella sustituye el poder vital de la piedad por meras formas de piedad, y erige imágenes y retratos para la adoración de sus devotos, en lugar de exaltar en el corazón al Dios invisible y a su amado Hijo, nuestro Señor y Salvador. Ella exalta a una clase sacerdotal ordenada por los hombres para que gobierne en la iglesia, en oposición a la enseñanza de nuestro Señor: «No os llaméis rabí, porque uno es vuestro Maestro, es decir, Cristo; y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis a nadie "padre" en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos». (Mateo 23:8, 9) De
realidad, el papado representa la falsificación más completa del verdadero cristianismo y afirma con descaro ser la única iglesia verdadera.*

El movimiento de la «Reforma» descartó algunas de las falsas doctrinas del papado y sacó a muchos de ese sistema inicuo. Los reformadores llamaron la atención sobre la Palabra de Dios y afirmaron el derecho al juicio propio en su estudio, y también reconocieron necesariamente el derecho de cada hijo de Dios a predicar la verdad sin la autoridad de los papas y obispos, quienes afirmaban falsamente tener una sucesión de autoridad de los doce apóstoles originales. Pero en poco tiempo esa buena obra de protesta contra la iglesia de Roma —iniqua, anticristiana y falsa— fue vencida por el espíritu del mundo; y pronto los protestantes, como se les llamaba, formaron nuevas organizaciones que, junto con las verdades que habían descubierto, perpetuaron muchos de los antiguos errores y añadieron algunos nuevos; y, sin embargo, cada una siguió conservando un poco de verdad. El resultado fue una mezcolanza de credos contradictorios, en guerra con la razón y con la Palabra

*Vol. II, capítulo 9 y vol. III, capítulo 3.

de Dios y entre sí. Y a medida que la energía investigadora del período de la Reforma se fue apagando rápidamente, estas se fosilizaron en poco tiempo y así han permanecido hasta el día de hoy.

Para edificar y perpetuar estos sistemas doctrinales erróneos de lo que les place llamar «teología sistemática», se han dedicado generosamente tiempo y talento. Sus eruditos han escrito volúmenes enormes para que otros los estudien en lugar de la Palabra de Dios; con este fin se han establecido seminarios teológicos y se les ha dotado generosamente; y de ellos han salido jóvenes, instruidos en sus errores, para enseñar y confirmar al pueblo en ellos. Y el pueblo, al que se le ha enseñado a considerar a estos hombres como ministros designados por Dios, sucesores de los apóstoles, ha aceptado sus dictados sin escudriñar las Escrituras como lo hicieron los nobles bereanos en los días de Pablo (Hechos 17:11), para ver si las cosas que se les enseñaban eran ciertas.

Pero ahora ha llegado la cosecha de toda esta siembra, ha llegado el día del juicio, y grande es la confusión y la perplejidad de toda la iglesia nominal de todas las denominaciones, y particularmente del clero, sobre quien recae la responsabilidad de llevar a cabo la defensa en este día de juicio ante muchos acusadores y testigos, y, si es posible, de idear algún remedio para salvar de la destrucción total lo que ellos consideran la verdadera iglesia. Sin embargo, en su confusión actual, y en el deseo de todas las sectas —por razones de política— de tener comunión entre sí, cada una de ellas ha dejado casi por completo de considerar a su propia secta como la única iglesia verdadera, y ahora se refieren unas a otras como diversas «ramas» de la única iglesia, a pesar de sus credos contradictorios, los cuales, por necesidad, no pueden ser todos verdaderos.

En esta hora crítica, es, ¡ay!, un hecho lamentable que el espíritu saludable de «La Gran Reforma» haya muerto.

El protestantismo ya no es una protesta contra el espíritu del anticristo, ni contra el mundo, la carne o el diablo. Sus credos, en guerra con la Palabra de Dios, con la razón y entre sí, e inconsistentes consigo mismos, buscan ocultarse del escrutinio público. Sus enormes obras teológicas no son más que leña para el fuego de este día del juicio de la cristiandad. Sus principales seminarios teológicos son focos de infidelidad, que propagan el contagio por todas partes. Sus grandes hombres —sus obispos, doctores en teología, profesores de teología y sus clérigos más prominentes e influyentes en las grandes ciudades— se están convirtiendo en los líderes de una infidelidad encubierta. Buscan socavar y destruir la autoridad y la inspiración de las Sagradas Escrituras, para suplantar el plan de salvación allí revelado con la teoría humana de la evolución. Buscan una afiliación más estrecha con la Iglesia de Roma y su imitación, cortejan su favor, alaban sus métodos, ocultan sus crímenes y, al hacerlo, se convierten en cómplices suyos en espíritu. También se ajustan cada vez más al espíritu del mundo en todo, imitando la vana pompa y gloria del mundo al que dicen haber renunciado. Fíjense en la extravagante ostentación en la arquitectura, la decoración y el mobiliario de las iglesias, en la pesada deuda en que ello los ha sumido, y en la constante mendicidad y las intrigas para obtener dinero que esto ha hecho necesarias.

Un cambio notable en esta línea fue la introducción en la Iglesia Metodista de la Avenida Lindell, en San Luis, Misuri, de una obra de arte que representa «La Natividad», de R. Bringhurst. Está esculpida en bajorrelieve sobre el altar, el gran órgano y el coro. La representación abarca un arco de cuarenta y seis pies de ancho y cincuenta pies de alto, y cada figura que la compone es de tamaño natural. En el punto más alto del arco se encuentra la figura de la Virgen, de pie con el niño Jesús en sus brazos. Desde estas dos figuras se extienden hacia afuera serafines con trompetas, proclamando

la entronización. A ambos lados del arco ascienden huestes de ángeles adoradores con las alas extendidas. En cada base se encuentra la figura de un ángel; el de la izquierda sostiene un pergamino adornado con guirnaldas que lleva la inscripción: «Paz en la Tierra», y la figura similar a la derecha lleva las palabras finales del anuncio de la Natividad: «Buena voluntad para con los hombres». Se le da mayor impacto al hecho de que el bajorrelieve está montado en un saliente con un ángulo de 45 grados inclinado hacia la congregación, lo que resalta aún más el trabajo de alto relieve y profundiza las sombras en proporción.

¡Qué apoyo, no solo al espíritu de la ostentación extravagante, sino también a la adoración de imágenes de la Iglesia de Roma! Fíjense también en los arreglos relacionados con las salas de billar de algunas iglesias; y algunos ministros han llegado incluso a recomendar la introducción de vinos ligeros; además, en algunas localidades se practican libremente representaciones teatrales y obras de teatro privadas.

En gran parte de esto, las masas de feligreses se han convertido en instrumentos complacientes del clero; y el clero, a su vez, ha complacido abiertamente los gustos y preferencias de los miembros mundanos e influyentes. El pueblo ha renunciado a su derecho y deber de juicio propio, y ha dejado de escudriñar las Escrituras para comprobar qué es la verdad, y de meditar en la ley de Dios para discernir qué es la justicia. Son indiferentes, mundanos, amantes del placer más que amantes de Dios: están cegados por el dios de este mundo y dispuestos a dejarse llevar por cualquier intriga que satisfaga los deseos y ambiciones mundanas del presente; y el clero fomenta este espíritu y se pliega a él en busca de su propio beneficio temporal. Si estas organizaciones religiosas cayesen, los cargos y los sueldos, el prestigio y los honores del clero que se autoexalta desaparecerían con ellas. Por lo tanto, ahora están tan ansiosos por

perpetuar las instituciones del cristianismo nominal como lo estaban los escribas, los fariseos y los doctores de la ley por perpetuar el judaísmo; y por las mismas razones. (Juan 11:47, 48, 53; Hechos 4:15-18) Y debido a sus prejuicios y ambiciones mundanas, los cristianos están tan ciegos ante la luz de la nueva dispensación que ahora está amaneciendo como lo estaban los judíos en los días de la primera venida del Señor ante la luz de la dispensación del Evangelio que entonces amanecía.

LOS CARGOS PRESENTADOS CONTRA EL ECLESIASTICISMO

Las acusaciones formuladas contra la iglesia cristiana nominal son los sentimientos del mundo despierto y de los cristianos despiertos, tanto en medio de Babilonia como más allá de sus límites territoriales. De repente, especialmente en los últimos cinco años, la iglesia que se profesa cristiana ha cobrado gran protagonismo en cuanto a críticas, y la mirada escrutadora de todo el mundo se ha vuelto hacia ella. Esta crítica es tan generalizada que nadie puede dejar de escucharla; está en el aire mismo; se escucha en conversaciones privadas, en las calles, en los trenes, en los talleres y en las tiendas; flota en la prensa diaria y es un tema candente en todos los periódicos principales, tanto seculares como religiosos. Todos los líderes de la iglesia reconocen que se trata de un asunto que no augura nada bueno para sus instituciones; y se siente la necesidad de abordarlo con prontitud y sabiduría (según sus propias ideas), si quieren preservar sus instituciones del peligro que las amenaza.

A la iglesia cristiana nominal se le acusa (1) *de incoherencia*. Incluso el mundo señala la gran distinción que existe entre su supuesto estándar doctrinal, la Biblia, y sus credos contradictorios y, en muchos aspectos, absurdos. La doctrina blasfema del tormento eterno es rechazada y ya no sirve para atraer a las personas a la iglesia mediante el miedo; y desde hace algún tiempo, las sectas presbiterianas y otras calvinistas han estado en medio de una verdadera tormenta de críticas contra sus tradiciones consagradas por el tiempo

creedos, y se encuentran terriblemente sacudidas. Todos están al tanto de las largas discusiones sobre el tema y de los intentos desesperados de defensa por parte del clero. Es muy evidente que la tarea de la defensa es sumamente molesta, y una que con gusto evitarían; pero no pueden evitarla y deben llevarla a cabo lo mejor que puedan. El reverendo T. DeWitt Talmage expresó el sentimiento popular entre ellos cuando dijo:

«Ojalá esta desafortunada controversia sobre la confesión de fe no se le hubiera *impuesto* a la iglesia; pero ahora, ya que está en marcha, digo: ¡Fuera con ella, y tengamos un nuevo credo!».

En otra ocasión, el mismo caballero dijo:

«Declaro, de una vez por todas, que toda esta controversia en toda la cristiandad es diabólica y satánica. Se está llevando a cabo un intento sumamente diabólico para dividir a la iglesia; y si no se detiene, hará que la Biblia sea objeto de un desprecio igual al que se le tiene a un almanaque de 1828 que dice qué tiempo hizo hace seis meses y en qué fase lunar es mejor plantar nabos.

«¿Qué postura debemos adoptar respecto a estas controversias? Manténganse al margen. Mientras estos disturbios religiosos se extiendan por todas partes, quédense en casa y ocúpense de sus asuntos. ¿Cómo esperas que un hombre de solo cinco o seis pies de altura atraviese a vadeo un océano de mil pies de profundidad? . . . Los jóvenes que ahora ingresan al ministerio están siendo lanzados a la niebla más espesa que jamás haya asediado una costa. Las cuestiones que los doctores están tratando de resolver no se resolverán hasta *el día después del día del juicio final*».

Muy cierto; *el día después de este día del juicio* veremos resueltas todas estas cuestiones desconcertantes, y la verdad y la justicia establecidas en la tierra.

La dificultad de la tarea de la defensa y el temor al resultado también se expresaron con gran fuerza en una resolución de los clérigos presbiterianos reunidos en Chicago, poco después de que llegara la convocatoria al juicio. La resolución decía lo siguiente:

"Resolvimos que consideramos con pesar las controversias que ahora distraen a nuestra amada iglesia como perjudiciales para su reputación, su influencia y su utilidad, y como cargadas, de proseguirse, de desastres, no solo para la obra de nuestra propia iglesia, sino para nuestro cristianismo común. Por lo tanto, aconsejamos encarecidamente a nuestros hermanos que, por un lado, eviten aplicar nuevas pruebas de ortodoxia, el uso severo del poder y la represión de la búsqueda honesta y devota de la verdad; y, por otro lado, aconsejamos urgentemente a nuestros hermanos que no repitan en la iglesia teorías no verificadas, cuestiones de disputa dudosa y, especialmente, aquellas que tengan, o que bajo cualquier circunstancia pudieran tener, la tendencia a desestabilizar la fe de los ignorantes en las Sagradas Escrituras. *Por el bien de nuestra iglesia y de todos sus preciosos intereses y actividades, solicitamos fervientemente una tregua y el cese de los litigios eclesiásticos*».

El Presbyterian Banner también publicó la siguiente referencia lamentable al respecto, que contiene algunas admisiones notables sobre la condición espiritual malsana de la Iglesia Presbiteriana. Dice así:

«Una perturbación o alarma en un hospital o un asilo podría resultar fatal para algunos de sus internos. Un anciano en una institución benéfica se entretuvo por un rato tocando un tambor antes del amanecer. Las autoridades finalmente le pidieron a este "querido hermano" que alejara su instrumento a una distancia respetuosa. Esto ilustra por qué los pastores sinceros se ponen serios cuando surge una perturbación en la iglesia. *La iglesia es como un hospital donde se reúnen personas enfermas de pecado que, en un sentido espiritual, tienen fiebre, son leprosas, paralíticas, heridas y están medio muertas*. Un alboroto, como la cruel distracción actual que emana de algunos seminarios teológicos, puede destruir algunas almas que ahora están atravesando una crisis. ¿Podría el profesor Briggs, por favor, andar con cuidado y retirar su tambor?»

A la iglesia nominal se le acusa (2) de una marcada falta

de esa piedad y devoción que profesa, aunque se admite el hecho de que se encuentran algunas almas verdaderamente piadosas aquí y allá entre los desconocidos. La farsa y la hipocresía son, en efecto, evidentes, y la riqueza y la arrogancia dejan muy claro que los pobres no son bienvenidos en los templos terrenales erigidos en nombre de Cristo. Las masas populares se han dado cuenta de esto y han estado consultando sus Biblias para ver si tal era el espíritu del gran Fundador de la iglesia; y allí han aprendido que una de las pruebas que él dio de su mesianismo fue que «a los pobres se les predicó el evangelio»; que les dijo a sus seguidores: "A los pobres siempre los tendrán con ustedes"; y que no debían mostrar preferencia alguna por el hombre con el anillo de oro o la vestimenta elegante, etc. También han encontrado la regla de oro y la han estado aplicando a la conducta de la iglesia, tanto colectiva como individualmente. Así, a la luz de la Biblia, están llegando rápidamente a la conclusión de que la iglesia ha caído en desgracia. Y tan evidente es esta conclusión, que sus defensores se ven sumidos en la confusión.

A la iglesia nominal se le acusa (3) de no haber cumplido lo que ha afirmado que es su misión; a saber, convertir al mundo al cristianismo. Parece inexplicable cómo el mundo ha descubierto que ha llegado el momento en que la obra de la iglesia debería mostrar algunos signos de culminación; pero, sin embargo, así como al final de la era judía todos los hombres esperaban que estuviera a punto de ocurrir algún gran cambio (Lucas 3:15), así también ahora, al final de la edad evangélica, todos los hombres tienen una expectativa similar. Se dan cuenta de que estamos en un período de transición, y el horóscopo del siglo XX está lleno de terrores y premoniciones de grandes cambios revolucionarios. La inquietud actual fue expresada con fuerza por el honorable Henry Grady, en un elocuente discurso ante las Sociedades Universitarias de Charlottesville, Virginia. Sus palabras fueron:

«Nos encontramos en el amanecer. Las estrellas fijas se desapareciendo del cielo y avanzamos a tientas en una luz incierta.

Con la noche han llegado formas extrañas. Se han perdido las costumbres arraigadas, los nuevos caminos desconciertan y los campos, cada vez más amplios, se extienden más allá de la vista. La inquietud del Alba nos impulsa de un lado a otro; pero la Duda acecha en medio de la confusión, e incluso en los senderos trillados las multitudes en constante movimiento se detienen, y desde las sombras los centinelas gritan: «¿Quién anda ahí?». En la oscuridad de la mañana, fuerzas tremendas están en acción. Nada es firme ni aceptado. Los milagros del presente desmienten las sencillas verdades del pasado. La iglesia está sitiada desde afuera y traicionada desde adentro. Detrás de los tribunales arde la antorcha de los alborotadores y se cierne la horca de los anarquistas. El gobierno es objeto de disputa entre partidarios y presa de los que buscan el botín. El comercio está inquieto en las garras del monopolio, y el intercambio encadenado por las restricciones. Las ciudades están abarrotadas y los campos, despojados. El esplendor brota del castillo, y la miseria se agazapa en el hogar. La hermandad universal se está disolviendo, y la gente se agrupa en clases. El silbido del nihilista perturba la intimidad, y el rugido de la turba murmura a lo largo de la carretera».

Es imposible que la iglesia niegue que ha llegado el fin de la era, el día del juicio; pues, ya sea que discierna el tiempo a la luz de la profecía o no, los hechos del juicio se le imponen, y el desenlace se hará realidad antes de que termine este período de cosecha.

EL ECLESIASTICISMO SUBE AL ESTRADO Y, DE MANERA INDIRECTA, RINDE CUENTAS

La iglesia sabe que los ojos de todo el mundo están puestos en ella; que de alguna manera se ha descubierto que, si bien ha afirmado que su encargo es convertir al mundo, ha llegado el momento en que, si esa fuera su misión, esa obra debería estar casi, si no totalmente, cumplida, y que en realidad difiere poco del mundo, salvo en la profesión de fe.

Al haber asumido que esta es su misión actual, ella ha

perdido de vista el verdadero propósito de la edad evangélica; a saber, «predicar este evangelio del Reino por todo el mundo, *para testimonio* a todas las naciones», y ayudar en el llamado y la preparación de un «pequeño rebaño para constituir (junto con el Señor) ese
Reino Milenario que entonces bendecirá a todas las familias de la tierra» (Mateo 24:14; Hechos 15:14-17). Se enfrenta al hecho de que, tras dieciocho siglos, está más lejos de los resultados que sus afirmaciones exigirían de lo que lo estaba al final del primer siglo. En consecuencia, las disculpas, las excusas, el recálculo y el reexamen de las cuentas, la reinterpretación de los hechos y las extravagantes predicciones de grandes logros en un futuro muy cercano están ahora a la orden del día, ya que, presionada por el espíritu de indagación y el escrutinio de estos tiempos, se esfuerza por defenderse ante sus numerosos acusadores.

Ante la acusación de inconsistencia doctrinal con su norma reconocida, la Biblia, la vemos sumida en gran perplejidad; pues no puede negar el conflicto de sus credos. Por ello, se recurre a diversos métodos, que las personas pensantes no tardan en señalar como evidencias de su gran confusión. Existe mucha ansiedad por parte de cada denominación por aferrarse a los antiguos credos, pues son los lazos que las han unido en organizaciones distintas; y destruirlos de repente equivaldría a disolver las organizaciones; sin embargo, el clero en particular se conforma con hablar lo menos posible de ellos, pues se avergüenza profundamente de ellos bajo la luz escrutadora de este día de juicio.

Algunos se avergüenzan tanto de ellos que, olvidando su prudencia mundana, están a favor de descartarlos por completo. Otros son más conservadores y consideran más prudente deshacerse de ellos gradualmente y, en su lugar, ir introduciendo poco a poco nuevas doctrinas, para enmendarlos, revisarlos, etc. Todos están familiarizados con las largas discusiones sobre la revisión del credo presbiteriano. Lo mismo ocurre con los intentos de los autodenominados «críticos superiores» por socavar el

autoridad e inspiración de las Sagradas Escrituras, y de sugerir una inspiración del siglo XX, así como una teoría de la evolución totalmente subversiva del plan divino de salvación a partir de la caída adánica que la Biblia afirma, pero que ellos niegan. Luego hay otra y numerosa clase de clérigos que favorecen una teología ecléctica, o de compromiso, que necesariamente debe ser muy breve y muy liberal, cuyo objetivo es descartar todas las objeciones de todos los religiosos, cristianos y paganos, y, si es posible, «reunirlos a todos en un mismo bando», como algunos lo han expresado. Existe una jactancia generalizada por parte de un amplio grupo respecto a las grandes cosas que están a punto de lograrse mediante los mecanismos recientemente puestos en marcha, cuya idea central es la unión o cooperación cristiana; y cuando esto se logre —como se nos asegura que pronto sucederá—, se supone que la conversión del mundo al cristianismo seguirá rápidamente.

La acusación de falta de piedad y de vida piadosa también se responde con alardes: alardes de «muchas obras maravillosas», que a menudo sugieren las palabras de reprensión del Señor registradas en Mateo 7:22, 23. Pero estas jactancias sirven de muy poco a los intereses de Babilonia, porque la falta del espíritu de la ley del amor de Dios es, ¡ay!, demasiado dolorosamente evidente como para ocultarla. La defensa, en general, solo pone más de manifiesto la deplorable condición de la iglesia caída. Si este gran eclesiasticismo fuera realmente la verdadera Iglesia de Dios, ¡cuán evidente sería el fracaso del plan divino de elegir un pueblo para su nombre!

Pero mientras la iglesia presenta estas diversas excusas, justificaciones, promesas y alardes, sus líderes ven muy claramente que no servirán por mucho tiempo para preservarla en su actual condición de división, distracción y confusión. Ven que la desintegración y el derrocamiento seguramente seguirán pronto, a menos que algún esfuerzo poderoso una a sus sectas y

de este modo le dé no solo una mejor posición ante el mundo, sino también un mayor poder para hacer valer su autoridad. Por lo tanto, se oye hablar mucho de la unión cristiana; y cada paso en la dirección de su logro se proclama como evidencia de crecimiento en el espíritu de amor y comunión cristiana. Sin embargo, el movimiento no es engendrado por un amor y una comunión cristiana crecientes, sino por el miedo. Se ve que la tormenta anunciada de indignación e ira se acerca rápidamente, y las diversas sectas dudan seriamente de su capacidad para resistir solas el embate de la tempestad.

En consecuencia, todas las sectas están a favor de la unión; pero cómo lograrla, en vista de sus credos contradictorios, es el problema desconcertante. Se sugieren varios métodos. Uno consiste en esforzarse primero por unir a aquellas sectas que son más similares en doctrina, como, por ejemplo, las diversas ramas de las mismas familias —presbiterianos, bautistas, metodistas, católicos, etc.—, como paso preparatorio para la unión más amplia propuesta. Otro consiste en cultivar en la gente el deseo de unión y una disposición a pasar por alto la doctrina, así como en extender una generosa comunión a todas las personas moralmente dispuestas y buscar su cooperación en lo que ellos llaman la obra cristiana. Este sentimiento encuentra a sus más fervientes partidarios entre los jóvenes y las personas de mediana edad.

El hecho de que en los últimos años se hayan pasado por alto muchas de las doctrinas controvertidas del pasado ha contribuido al desarrollo de un grupo de jóvenes en la iglesia que representan en gran medida el sentimiento de «unión» de la cristiandad. Desconocedoras de las batallas sectarias del pasado, estas personas no están agobiadas por la confusión que prevalece entre sus mayores con respecto a la predestinación, la elección, la gracia gratuita, etc. Sin embargo, aún conservan, de las enseñanzas de la infancia (originarias de Roma y de la Edad Media), la doctrina devastadora del tormento eterno para todos los que no escuchan ni aceptan el evangelio en la era actual; y la teoría de que la misión

del evangelio consiste en convertir al mundo en la era actual y, de ese modo, salvarlos de ese tormento. Estos se agrupan bajo diversos nombres: Asociaciones Cristianas de Jóvenes y de Jóvenes Mujeres, Sociedades de Esfuerzo Cristiano, Ligas Epworth, Hijas del Rey y Ejércitos de Salvación. Muchos de ellos tienen, en efecto, «celo por Dios, pero no conforme al conocimiento».

Fieles a sus puntos de vista erróneos y contrarios a las Escrituras, estas organizaciones planean una «*mejora social* del mundo» que se llevará a cabo de inmediato. Es digno de elogio que sus esfuerzos no sean para el mal, sino para el bien. Su gran error radica en perseguir sus propios planes, los cuales, por muy benévolos o sabios que parezcan a juicio humano, necesariamente se quedarán cortos frente a la sabiduría divina y al plan divino, que son los únicos que serán coronados con éxito. Todos los demás están condenados al fracaso. Sería una gran bendición para los verdaderos entre ellos si pudieran ver el plan divino; es decir, la *selección* («elección») de un ser santificado
«pequeño rebaño» —ahora— y, más adelante, la elevación del mundo por parte de ese pequeño rebaño cuando esté completo y altamente exaltado, y reine con Cristo como coheredero de su Reino Milenario. Si pudieran ver esto, tendría o debería tener el efecto de santificar a todos los verdaderos entre ellos —aunque, por supuesto, estos serían una pequeña minoría—; pues la mayoría que se une a tales sociedades evidentemente lo hace por diversas razones distintas a la consagración y devoción completas a Dios y a su servicio —«hasta la muerte»—.

Estos jóvenes cristianos, sin haber aprendido las lecciones de la historia de la iglesia e ignorantes de las doctrinas, se suman fácilmente a la idea de la «unión». Deciden: «¡La culpa del pasado han sido las doctrinas que causaron divisiones! ¡Ahora busquemos la unión e ignoremos las doctrinas!». No logran apreciar el hecho de que, en el pasado, todos los cristianos también anhelaban la unión, tan ansiosos como la gente de hoy, pero querían una unión basada en la verdad; de lo contrario, ninguna

unión en absoluto. Su norma de conducta era « luchar fervientemente
defender la fe que una vez fue entregada a los santos»; «No participen en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien repréndanlas» (Judas 3; Ef. 5:11). Muchos hoy en día no para comprender que ciertas *doctrinas* son de vital importancia para la verdadera unión entre los verdaderos cristianos —una unión que agrada a Dios—, y que el error del pasado fue que los cristianos tenían demasiados prejuicios a favor de sus propios credos humanos como para ponerlos a prueba y corregirlos, así como todas las doctrinas, a la luz de la Palabra de Dios.

Por lo tanto, la unión o confederación propuesta y buscada, al ser una que ignora la doctrina bíblica, pero se aferra firmemente a las doctrinas humanas respecto al tormento eterno, la inmortalidad natural, etc., y que está dominada meramente por el juicio humano en cuanto a objetivos y métodos, es lo más peligroso que podría suceder. Es seguro que caerá en un error extremo, porque rechaza las «doctrinas de Cristo» —y «la sabiduría de lo alto»— y, en cambio, confía en la sabiduría de sus propios sabios; lo cual es necedad cuando se opone al consejo y a los métodos divinos. «La sabiduría de sus sabios perecerá». —Isaías 29:14.

Además, hay muchas ideas difundidas por clérigos progresistas (?) y otros sobre cuál debería ser el carácter y la misión de la iglesia en un futuro cercano, siendo su propuesta acercarla aún más de lo que está actualmente a las ideas del mundo. Su labor, al parecer, consistirá en atraer al mundo no regenerado hacia ella y asegurarse un patrocinio financiero generoso; y para lograrlo, se deben ofrecer entretenimiento y placer. ¿Qué verdadero cristiano no se ha sentido escandalizado por las tendencias en esta dirección, tanto al observarlas en su propio entorno como al leer sobre ellas en otros lugares?

¿Qué evidencia más contundente podríamos tener del declive de la verdadera piedad que la siguiente, salida de la pluma de un clérigo metodista y publicada en una revista metodista

—*The Northwestern Christian* Advocate—y calificado por el editor como una «sátira amistosa sobre *las condiciones metodistas* actuales», admitiendo así dichas condiciones. Ya sea que se trate de un respaldo o de una sátira, no importa; los hechos son hechos, sin importar quién los cuente, aunque resultan doblemente contundentes cuando tienen el carácter de una confesión por parte de un ministro interesado en su propia revista eclesiástica. Presentamos el artículo completo a continuación, con las cursivas añadidas por nosotros:

«ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DEL METODISMO ESTADOUNIDENSE

"El avivamiento religioso del siglo XVIII, bajo el liderazgo de los Wesley y Whitefield, purificó el tono moral de la raza anglosajona y puso en marcha nuevas fuerzas para la elevación de los no evangelizados. Los historiadores seculares, tanto ingleses como estadounidenses, se han puesto de acuerdo en atribuir al movimiento iniciado por estos hombres notables gran parte de la estructura eclesiástica moderna y de la formulación doctrinal que tiende a difundir y arraigar nuestra civilización. La doctrina del "libre albedrío" predicada por ellos y sus sucesores ha sido, junto con la evolución de los experimentos modernos en el gobierno laico, uno de los dogmas más populares que han cautivado el pensamiento de los hombres. Entre nuestros antepasados estadounidenses, esta doctrina fue particularmente contagiosa. Al liberarse del yugo de los reyes y disgustados con una iglesia nacionalizada y dominada por el clero, ¿qué podía ser más cautivador y estar más en armonía con sus aspiraciones políticas que la doctrina de que cada hombre es libre de forjar o arruinar su propio destino aquí y en el más allá?

«La doctrina del "nuevo nacimiento", en la que insistían los metodistas y cuya predicación por parte de Whitefield en Nueva Inglaterra era como contar una historia nueva y desconocida, también produjo efectos que los laicos e incluso los no religiosos veían con aprobación. Pues esta doctrina no solo exigía un "cambio de corazón", sino también un cambio en la vida cotidiana tal que permitía distinguir fácilmente al metodista del hombre mundano por su comportamiento. El gran propósito por el que existía la iglesia era

«difundir la santidad bíblica por estas tierras». Esta era la leyenda en su estandarte; con este grito de guerra conquistó.

«Otra razón del éxito fenomenal del metodismo en este país radica en el hecho de que, en su servicio sencillo y popular, se acogía con gusto a la gente común. Solo quienes no han sido educados en los rituales pueden apreciar este hecho aparentemente insignificante, pero en realidad muy importante. Saber que puedes entrar a una iglesia donde puedes participar en el servicio sin el riesgo de mostrar tu ignorancia sobre las formas y ceremonias es de suma importancia si no deseas llamar la atención. Así, el servicio sencillo y sin artificios de la iglesia metodista estadounidense de los primeros tiempos se adaptaba perfectamente a las personas que acababan de abandonar la pompa de las religiones del Viejo Mundo. Las mangas de encaje, los sombreros sagrados, las diademas, las coronas y las túnicas resultaban repugnantes para sus gustos rudos y sencillos. La religión que les enseñaba que podían dirigirse al Todopoderoso sin ningún tipo de intermediario enfatizaba la dignidad y la grandeza de su condición humana y apelaba a su amor por la independencia.

«Los notables triunfos de esta iglesia también pueden atribuirse en parte al hecho de que entonces aún no había dejado de lado el látigo del Maestro hecho de cordones delgados. En aquellos primeros días, de vez en cuando, se llevaba a cabo una purga de la iglesia para eliminar a los farsantes y a los indignos, lo cual tenía un efecto sumamente beneficioso, no solo para la iglesia misma, sino también para la comunidad circundante. Pues después de las tormentas que a menudo acompañaban la "expulsión" de los infieles, la atmósfera moral de todo el vecindario se purificaba, e incluso el escéptico se daba cuenta de que ser miembro de la iglesia significaba algo.

«Otro factor que contribuyó al éxito del que escribo fue el carácter puramente itinerante del ministerio que prevalecía en aquel entonces. Sin duda, en aquellos días había héroes y gigantes morales. La influencia de un hombre fuerte y viril, poseído por la idea de que aquí no tenía "ciudad permanente", sin hacer provisiones para su vejez, sin requerir ningún contrato que asegurara su

sustento ni salario, negándose a sí mismo precisamente aquellas cosas que la gente ansiaba obtener con mayor avidez, y ardiendo con un celo que pronto lo consumiría, debió de haber sido duradero y benéfico dondequiera que se sintiera.

"El canto de los metodistas de antaño desempeñó un papel nada desdeñable en el logro de su posición dominante en este país. Con letras serias y sensatas, llenas de doctrina, unidas a melodías que aún perduran y prevalecen, en ese canto había no solo un atractivo musical, sino también una formación teológica mediante la cual el pueblo, por muy rudo que fuera, era adoctrinado en los principios fundamentales de la iglesia. El canto de una verdad en el alma de un niño o de un adulto la graba allí con un poder mucho más duradero que el que se puede encontrar en cualquier método de enseñanza de Kindergarten o de Quincy. Así, sin lugar a dudas, las doctrinas se afianzaban en las mentes de los niños o de los conversos, de modo que ninguna controversia posterior pudiera sacudirlas. Queda ahora por demostrar que

«ESTOS ELEMENTOS DE ÉXITO SE HAN QUEDADO OBSOLETOS, Y QUE SE HA ESTABLECIDO UN NUEVO ESTÁNDAR DE ÉXITO EN LA IGLESIA METODISTA EPISCOPAL

«No quiero asumir el papel de alardista, sino más bien ser el cronista de hechos evidentes, un narrador de la historia reciente. En lo que respecta al estándar doctrinal, no ha habido ningún cambio en la postura de la iglesia, pero el tono y el espíritu que prevalecen en casi todos sus asuntos revelan de inmediato la presencia del progreso moderno y de innovaciones que aportan luz. El carácter y la naturaleza de esta poderosa iglesia han cambiado tanto que todos los que se interesan por el bienestar religioso de Estados Unidos deben estudiar ese cambio con especial atención.

«La doctrina del nuevo nacimiento —"Deben nacer de nuevo"— permanece intacta, pero el progreso moderno ha alejado a la iglesia del rigor de antaño que impedía que muchas personas de bien entraran en su rebaño, porque no podían suscribir esa doctrina y porque nunca tuvieron lo que antes se llamaba "religión experimental". Ahora es frecuente encontrar a universalistas y unitarios en plena comunión, cumpliendo valientemente con su deber.

«El ministerio de nuestros días, tan refinado y culto como es en las principales iglesias, es demasiado educado para insistir en la "santidad", tal como los padres entendían esa gracia, sino que predica esa santidad más amplia que no piensa mal ni siquiera de un hombre que no

totalmente santificado. Abogar por esta doctrina tal como era en *el antiguo camino estrecho* haría que uno no fuera del todo bien visto en los círculos de Chautauqua y las ligas Epworth de la actualidad.

"El servicio sencillo de antaño aún perdura entre las poblaciones rurales, pero en esos círculos cultos, donde prevalecen los gustos refinados en música, arte y literatura —entre las iglesias de la ciudad—, en muchos casos un ritual elaborado y elegante sustituye a las oraciones y gritos espontáneos e impetuosos que alguna vez caracterizaron a los padres de la Iglesia. Cuestionar la conveniencia de este cambio es cuestionar la superioridad de la cultura frente a lo tosco y maleducado.

"Cuando la iglesia se encontraba en una etapa experimental, tal vez hubiera sido prudente ser tan estrictos como lo fueron sus líderes en aquel entonces. *En ese momento* había poco que perder. Pero ahora los hombres sabios, discretos y prudentes se niegan a poner en riesgo el bienestar de una iglesia rica e influyente mediante una aplicación intolerante de la ley, que ofendería a los ricos y a los intelectuales. Si la gente no es flexible, el Evangelio sin duda lo es. La iglesia fue creada para salvar a los hombres, no para expulsarlos ni desanimarlos. Así que nuestras ideas más amplias y modernas han desplazado y superado la noción estrecha y egocéntrica de que somos mejores que otras personas, a quienes se debería excluir de nuestra comunidad.

"La cena de amor, con sus prejuicios dogmáticos, y la reunión de clase, que para muchos era casi tan mala como el confesionario, han sido abandonadas en gran medida en favor de las Ligas Epworth y las Sociedades Endeavor.

"El clero culto de hoy, más que nunca en la historia de la iglesia, se ajusta al mandato del Maestro de ser 'prudentes como serpientes e inocentes como palomas'. *¿Quién de ellos cometería la locura de los predicadores de antaño de decirle a su miembro oficial más rico, que vive rodando en lujos, que venda todo por Dios y la humanidad, tome su cruz y siga a Cristo*? Podría irse entristecido —me refiero al ministro—.

«Si bien la evolución es la ley y el progreso la consigna, la imprudencia y el radicalismo siempre deben deplorarse, y el

El ministro metodista moderno rara vez es culpable de ninguna de las dos cosas. El predicador grosero y brusco que solía acusar al Dios del amor de ser iracundo ha dado un paso al costado para dejarle lugar a su sucesor, quien es cuidadoso en su estilo, elegante en su dicción, y cuyos pensamientos, emociones y sentimientos son poéticos e inofensivos.

"El 'plazo máximo', según el cual un ministro puede permanecer en un cargo durante cinco años, se abandonará en la próxima Conferencia General de 1896. Al principio solo podía servir en un cargo durante seis meses; posteriormente, el plazo se extendió a un año, luego a dos años, después a tres y, últimamente, a cinco. *Pero los círculos dirigentes y cultos de la iglesia ven que, para que su éxito social y su prestigio se comparen favorablemente con los de otras iglesias, su pastorado debe organizarse* de tal manera que sus predicadores destacados se conviertan en el centro de los círculos sociales y literarios. Porque hay que recordar que la labor del predicador ya no es, como solía serlo, celebrar reuniones prolongadas y ser un evangelista. Nadie ve esto con mayor claridad que los propios predicadores. Los grandes predicadores de avivamiento solían ser los más codiciados por las iglesias, y en las conferencias anuales los predicadores solían informar el número de *conversiones* durante el año. Ahora, sin embargo, una idea menos entusiasta y excéntrica domina tanto a la gente como a los clérigos. Las iglesias más grandes desean a aquellos ministros que puedan alimentar la naturaleza estética, que puedan esquivar los golpes del escepticismo moderno y atraer a los intelectuales y refinados, mientras que en la conferencia anual lo que se destaca en el informe del predicador es su *recaudación misionera*. El predicador metodista moderno es un excelente recaudador de dinero, con lo cual se gana el corazón mismo de su gente como no podría hacerlo con ninguna exhortación o llamado a la antigua.

«¡Cuán grande es la lección que tan bien han aprendido estos líderes del pensamiento cristiano; a saber, *que el Evangelio nunca debe ofender el gusto culto y refinado! Para una iglesia que puede adaptarse con tanta flexibilidad a los tiempos,* las puertas del futuro se abren de par en par con un alegre saludo. ¿Qué lema más apropiado se le puede encontrar que el que cantaron los ángeles heraldos: "Paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres"? *–Reverendo Chas. A. Crane*».

El siguiente texto, del obispo R. S. Foster, de la Iglesia Metodista Episcopal, lo extraemos de *The *Gospel Trumpet**. Da el mismo testimonio, aunque en un lenguaje diferente; un poco demasiado directo

quizás para algunos, ya que el obispo ha sido *jubilado* desde entonces en contra de su voluntad y a pesar de sus lágrimas.

EL OBISPO FOSTER DIJO:

«La iglesia de Dios está hoy cortejando al mundo. Sus miembros están tratando de rebajarla al nivel de los impíos. Los bailes, el teatro, el arte de desnudos y lascivo, los lujos sociales, con toda su moral relajada, están haciendo incursiones en el recinto secreto de la iglesia; y como satisfacción por toda esta mundanalidad, los cristianos le están dando mucha importancia a la Cuaresma, la Pascua, el Viernes Santo y las decoraciones de la iglesia. Es el viejo truco de Satanás. La iglesia judía se estrelló contra esa roca; la iglesia romana naufragó contra la misma, y la iglesia protestante se está acercando rápidamente a la misma perdición.

«Nuestros grandes peligros, tal como los vemos, son la asimilación al mundo, el descuido de los pobres, la sustitución de la forma por la realidad de la piedad, el abandono de la disciplina, un ministerio mercenario, un evangelio impuro —lo cual, en resumen, es una iglesia a la moda. Que los metodistas sean propensos a tal desenlace y que haya señales de ello a cien años del "taller de velas" parece casi un milagro de la historia; pero ¿quién que mire a su alrededor hoy en día puede dejar de ver este hecho?

«¿Acaso los metodistas, en violación de la Palabra de Dios y de su propia disciplina, no se visten de manera tan extravagante y a la moda como cualquier otra clase social? ¿Acaso las damas —y a menudo las esposas e hijas de los ministros— no se adornan con "oro, perlas y vestiduras costosas"? ¿No se consideraría hoy en día, en los círculos metodistas, como fanatismo la vestimenta sencilla en la que insistieron Juan Wesley y el obispo Asbury, y que usaban Hester Ann Rogers, Lady Huntington y muchas otras personas igualmente distinguidas? ¿Puede alguien que entre a una iglesia metodista en cualquiera de nuestras principales ciudades distinguir la vestimenta de los comulgantes de la de quienes van al teatro o a un baile? ¿Acaso no se nota la mundanalidad en la música? Coros con vestimenta y adornos elaborados, que en muchos casos no profesan ninguna religión y a menudo son escépticos burlones, realizan una fría actuación artística u operística, que está tan en armonía con la adoración espiritual como una ópera o una obra de teatro. Bajo tal actuación mundana, la espiritualidad se congela hasta morir.

«Antiguamente, todos los metodistas asistían a la "clase" y daban testimonio de una religión vivida. Ahora, muy pocos asisten a la reunión de clase, y en muchas iglesias se ha abandonado. Rara vez asisten a la clase los mayordomos, los fideicomisarios y los líderes de la iglesia. Antiguamente, casi todos los metodistas oraban, daban testimonio o exhortaban en las reuniones de oración. Ahora apenas se escucha a unos pocos. Antiguamente se escuchaban gritos y alabanzas; ahora tales manifestaciones de entusiasmo y alegría sagrados se consideran fanatismo.

"Las reuniones sociales mundanas, las ferias, los festivales, los conciertos y eventos similares han sustituido a las reuniones religiosas, las reuniones de avivamiento, las clases y las reuniones de oración de antaño.

«Qué cierto es que la disciplina metodista es letra muerta. Sus reglas prohíben el uso de oro, perlas o atavíos costosos; sin embargo, a nadie se le ocurre sancionar a sus miembros por violarlas. Prohíben la lectura de ciertos libros y la participación en diversiones que no contribuyan a la piedad; sin embargo, la propia iglesia asiste a espectáculos, fiestas, festivales y ferias, que destruyen la vida espiritual tanto de los jóvenes como de los mayores. El alcance que esto ha adquirido hoy en día es espantoso.

«Los primeros ministros metodistas salieron a sacrificarse y sufrir por Cristo. No buscaban lugares de opulencia y comodidad, sino de privaciones y sufrimiento. No se gloriaban en sus grandes sueldos, sus elegantes casas parroquiales ni sus refinadas congregaciones, sino en las almas que habían sido ganadas para Jesús. ¡Oh, cómo han cambiado las cosas! Un ministerio mercenario será un ministerio débil, tímido, servil y oportunista, sin fe, sin perseverancia y sin poder santo. El metodismo solía tratar la gran verdad central. Ahora los púlpitos se dedican en gran medida a generalidades y a charlas populares. La gloriosa doctrina de la santificación completa rara vez se escucha y casi nunca se predica desde los púlpitos».

Si bien se están realizando esfuerzos especiales para ganarse la simpatía y la cooperación de los jóvenes de las iglesias en favor de la unión religiosa, al reunirlos en actividades sociales y evitar las controversias religiosas y la enseñanza doctrinal, se están realizando esfuerzos aún más directos para que los miembros adultos se identifiquen con el movimiento de unión. Para

esto, los líderes de todas las denominaciones están tramando y trabajando; y muchos esfuerzos menores culminaron en el gran Parlamento de las Religiones celebrado en Chicago en el verano de 1893. El objetivo del Parlamento era muy claro en la mente de los líderes, y encontró una expresión muy definida; pero las masas de los miembros de la iglesia siguieron a los líderes aparentemente sin la menor consideración por el principio en juego: que se trataba de *un gran compromiso del cristianismo con todo lo que no es cristiano*. Y ahora que se proyecta una ampliación del movimiento hacia una federación universal de todas las entidades religiosas, cuya celebración se propone para el año 1913, y en vista de que la Unión Cristiana está siendo impulsada activamente en esta línea de compromiso, que aquellos que deseen permanecer leales a Dios presten mucha atención a los principios expresados por estos líderes religiosos.

El reverendo J. H. Barrows, D. D., el espíritu del Parlamento Mundial de las Religiones (de Chicago), mientras se dedicaba a promover su expansión, fue citado por un periódico de San Francisco por haberse expresado ante su representante, en referencia a su labor especial de lograr la unidad religiosa, de la siguiente manera:

«La unión de las religiones», dijo en resumen, «se logrará de una de dos maneras. En primer lugar, deben unirse aquellas iglesias que se encuentren más cerca en cuanto a fe y doctrina —las diversas ramas del metodismo y el presbiterianismo, por ejemplo—. Luego, cuando las sectas se hayan unido entre sí, el protestantismo en general se unificará. A medida que avance la educación, católicos y protestantes descubrirán que las diferencias entre ellos no son realmente fundamentales y plantearán la reunificación. Una vez logrado esto, la unión con otras religiones diferentes [es decir, el islam, el budismo, el brahmanismo, el confucianismo, etc. —religiones paganas—] será solo cuestión de tiempo.

«Segundo: las religiones y las iglesias pueden unirse en una unidad civil sobre una base ética, tal como lo defiende el Sr. Stead [una víctima *del Titanic*, espiritista]. Las organizaciones religiosas tienen

intereses y deberes comunes en las comunidades en las que existen, y es posible que se federen para la promoción y el logro de estos fines. Yo, por mi parte, me inclino a pensar que la unión se logrará a través del primer proceso. Sea como fuere, los congresos religiosos están comenzando a tomar forma. El reverendo Theo. E. Seward informa de un éxito mucho mayor de su «Hermandad de la Unidad Cristiana» en Nueva York, mientras que muy recientemente se ha organizado en Chicago, bajo el liderazgo de
C. C. Bonney, una amplia y dinámica «Asociación para la Promoción de la Unidad Religiosa». »----

EL GRAN PARLAMENTO DE LAS RELIGIONES

El *Chicago Herald*, al comentar favorablemente sobre las deliberaciones del Parlamento (la cursiva es nuestra), dijo:

«Nunca *desde la confusión de Babel* tantas religiones, tantos credos, se han presentado uno al lado del otro, de la mano y casi de corazón a corazón, como en ese gran anfiteatro anoche. Nunca desde que comenzó la historia escrita la variada humanidad ha estado tan unida por la cadena dorada del Amor. Las naciones de la tierra, los credos de la cristiandad, budistas y bautistas, mahometanos y metodistas, católicos y confucianos, brahmanes y unitarios, sintoístas y episcopalianos, presbiterianos y panteístas, monoteístas y politeístas, que representan todas las matices de pensamiento y condiciones de los hombres, se han reunido por fin en los lazos comunes de la simpatía, la humanidad y el respeto».

¡Qué significativo es el hecho de que la mente incluso de este entusiasta partidario del gran Parlamento se viera transportada de vuelta a la memorable confusión de lenguas en Babel! ¿No fue, de hecho, que instintivamente reconoció en el Parlamento un antitipo notable?

El reverendo Barrows, citado anteriormente, habló con entusiasmo de las relaciones amistosas manifestadas entre ministros protestantes, sacerdotes católicos, rabinos judíos y, de hecho, los líderes de todas las religiones existentes, a través de su correspondencia en referencia al gran Parlamento de Chicago. Dijo:

"La vieja idea de que la religión a la que pertenezco es la única verdadera está desactualizada. Hay algo que aprender de todas las religiones, y ningún hombre es digno de la religión que representa a menos que esté dispuesto a estrechar la mano de cualquier hombre como a su hermano. Alguien ha dicho que *ya ha llegado el momento de que la mejor religión salga a la luz. Ya pasó el tiempo en que un hombre pudiera darse aires de superioridad respecto a su religión en particular*. Aquí se reunirán el sabio, el erudito y el príncipe de Oriente en relación amistosa con el arzobispo, el rabino, el misionero, el predicador y el sacerdote. Se sentarán juntos en un congreso por primera vez. Se espera que esto ayude a
derribar las barreras del credo».

El reverendo T. Chalmers, de la Iglesia de los Discípulos, dijo:

«Este primer Parlamento de las Religiones parece ser el precursor de una fraternidad aún mayor: una fraternidad que combinará en *una sola religión* mundial lo mejor, no de una sola, sino de todas las grandes religiones históricas. Puede ser que, bajo la guía de esta esperanza más amplia, necesitemos revisar nuestra terminología y hablar más de *unidad religiosa* que de *unidad cristiana*. Me alegra que todas las grandes religiones vayan a entrar en contacto entre sí, y que Jesús ocupe su
lugar en la compañía de Gautama, Confucio y Zoroastro».

El *New York Sun*, en un editorial sobre este tema, dijo:

«No podemos entender exactamente qué se propone lograr el Parlamento. Sin embargo, es posible que el plan de Chicago
consista en crear algún tipo de *religión nueva y compuesta*, que incluya y satisfaga toda variedad de opiniones religiosas e irreligiosas. Es una *tarea titánica* crear una religión nueva y ecléctica que satisfaga a todos; pero Chicago se muestra confiado»----

De hecho, sería extraño que el espíritu de Cristo y el espíritu del mundo resultaran estar de repente en armonía, que aquellos llenos de espíritus opuestos llegaran a ponerse de acuerdo. Pero ese no es el caso. Sigue siendo cierto que el espíritu del mundo es enemigo de Dios (Santiago 4:4); que sus teorías y filosofías son vanas y necias; y que la única revelación divina contenida en las Escrituras inspiradas de los apóstoles y profetas es la única verdad divinamente inspirada.

Uno de los objetivos declarados del Parlamento, según

su presidente, el Sr. Bonney, era reunir a las religiones del mundo en una asamblea «en la que se expusieran sus objetivos comunes y sus puntos en común para la unión, y se revisara el maravilloso progreso religioso del siglo XIX».

El verdadero y único objetivo de esa *revisión* fue, evidentemente, responder al espíritu inquisitivo de estos tiempos —de esta hora del juicio—, mostrar de la mejor manera posible el progreso de la iglesia e inspirar la esperanza de que, tras todo el aparente fracaso del cristianismo, la iglesia se encuentra precisamente en vísperas de una gran victoria; que pronto, muy pronto, su supuesta misión se cumplirá con la conversión del mundo. Ahora fíjense en cómo se propone hacerlo, y observen que se hará, no con el espíritu de la verdad y la justicia, sino con el espíritu del compromiso, de la hipocresía y el engaño. El objetivo declarado del Parlamento era la fraternización y la unión religiosa; y se manifestó de manera prominente la ansiedad por asegurarla a cualquier precio. Incluso estaban dispuestos, como se mencionó anteriormente, a revisar su terminología para adaptarse a los seguidores de religiones paganas, y llamarla «unidad religiosa», dejando de lado el nombre molesto de «cristiano», y se mostraban bastante satisfechos de que Jesús renunciara a su superioridad y ocupara humildemente su lugar al lado de los sabios paganos: Gautama, Confucio y Zoroastro. El espíritu de duda y perplejidad, así como de compromiso y falta de fe generalizada, por parte de los cristianos protestantes, y el espíritu de jactancia, de consejo y autoridad por parte de los católicos romanos y de todos los demás religiosos, fueron las características más destacadas de ese gran Parlamento. Su primera sesión se inauguró con la oración de un católico romano —el cardenal Gibbons— y su última sesión se clausuró con la bendición de un católico romano —el obispo Keane—. Y durante la última sesión, un sacerdote sintoísta de Japón invocó sobre la variopinta asamblea la bendición de ocho millones de deidades.

El reverendo Barrows había estado durante los dos años anteriores en

con los paganos representativos de otras tierras, haciendo resonar por todo el mundo el grito macedonio dirigido a todos sus sacerdotes y apóstoles paganos: «¡Vengan y ayúdennos!». El hecho de que ese llamado proviniera representativamente de la Iglesia Presbiteriana —la cual, durante varios años, había estado pasando por una ardiente prueba de juicio— también era un hecho significativo de la confusión y la inquietud que prevalecen en esa denominación y en toda la cristiandad. Y toda la cristiandad estaba lista para la gran convocatoria.

Durante diecisiete días, cristianos representativos de todas las denominaciones se reunieron en consejo con los representantes de todas las diversas religiones paganas, a quienes los oradores cristianos se referían repetidamente de manera elogiosa como *«hombres sabios del* este»—tomando prestada la expresión de las Escrituras, donde se aplicaba a una clase muy diferente— a unos pocos creyentes devotos en el Dios de Israel y en los profetas de Israel que predijeron el advenimiento del Ungido de Jehová, y quienes esperaban y velaban pacientemente por su llegada, sin prestar atención a los espíritus seductores de la sabiduría mundana que no conocían a Dios. A esos verdaderamente sabios, por humildes que fueran, Dios les reveló su bendito mensaje de paz y esperanza.

El tema anunciado para el último día del Parlamento fue «*La unión religiosa de toda la familia humana*»; en él se considerarían «los elementos de la religión *perfecta tal como son reconocidos y expuestos en las diferentes religiones*», con el fin de determinar *«las características de la* religión definitiva» y *«el centro de la futura unidad religiosa de la humanidad*».

¿Es posible que así, según su propia confesión, los ministros cristianos (?) sean incapaces, a estas alturas, de determinar cuál debería ser el centro de la unidad religiosa, o las características de la religión perfecta? ¿Están realmente tan ansiosos por una *«religión mundial*» que están dispuestos a sacrificar cualquiera o todas

de los principios del verdadero cristianismo, e incluso el nombre de «cristiano», si fuera necesario, para obtenerla? Así lo confiesan. «De tu propia boca te juzgaré, siervo malvado y perezoso», dice el Señor. Los días anteriores de la conferencia se dedicaron a la exposición de las diversas religiones por parte de sus respectivos representantes.

El plan era audaz y arriesgado, pero debería haber abierto los ojos de todo verdadero hijo de Dios a varios hechos que eran muy evidentes; a saber: (1) que la iglesia cristiana nominal ha llegado al límite último de su esperanza en su capacidad para mantenerse en pie, bajo los juicios escrutadores de este día en que «el Señor tiene una controversia con su pueblo», el Israel espiritual espiritual (Miqueas 6:1, 2); (2) que, en lugar de arrepentirse de sus desvíos y de su falta de fe, celo y piedad, y así buscar el retorno del favor divino, se esfuerzan, mediante cierto tipo de unión y cooperación, por apoyarse mutuamente y por recurrir a la ayuda del mundo pagano para que los ayude a resistir los juicios del Señor al exponer los errores de sus credos humanos y sus tergiversaciones de su digno carácter; (3) que están dispuestos a transigir con Cristo y el evangelio, con el fin de ganarse la amistad del mundo y sus beneficios de poder e influencia; (4) que su ceguera es tal que son incapaces de distinguir la verdad del error, o el espíritu de la verdad del espíritu del mundo; y (5) que ya han perdido de vista las doctrinas de Cristo.

Sin duda, la ayuda temporal vendrá de las fuentes en las que se busca con tanto entusiasmo; pero no será más que un paso preparatorio que involucrará al mundo entero en la inminente ruina de Babilonia, haciendo que los reyes, los mercaderes y los comerciantes de toda la tierra se lamenten y lloren por esta gran ciudad. Ap. 18:9, 11, 17-19

Al observar los procedimientos del gran Parlamento, nuestra atención se ve atraída de manera contundente hacia varios aspectos notables:

(1) Al espíritu y la actitud dudosos y transigentes del cristianismo nominal, con la excepción de las Iglesias católica romana y católica griega. (2) A la actitud segura y asertiva del catolicismo y de todas las demás religiones. (3) A las distinciones claras, observadas por los sabios paganos, entre el cristianismo que se enseña en la Biblia y el que enseñan los misioneros cristianos de las diversas sectas de la cristiandad, quienes, junto con la Biblia, llevaron sus credos irracionales y contradictorios a tierras extranjeras. (4) A la valoración que hacen los paganos del esfuerzo misionero y sus perspectivas futuras en sus tierras. (5) A la influencia de la Biblia sobre muchos en tierras extranjeras, a pesar de las interpretaciones erróneas de quienes la llevaron al extranjero. (6) A la influencia actual y los resultados probables del gran Parlamento. (7) A su aspecto general visto desde el punto de vista profético.

COMPROMETIENDO LA VERDAD

El gran Parlamento religioso fue convocado por cristianos —cristianos protestantes—; se llevó a cabo en una tierra que se profesaba cristiana protestante; y estuvo bajo el liderazgo y la dirección de cristianos protestantes, de modo que se puede considerar a los protestantes responsables de todas sus deliberaciones. Obsérvese, pues, que el espíritu actual del protestantismo es el del compromiso y la infidelidad. Este Parlamento estuvo dispuesto a comprometer a Cristo y el Evangelio en aras de la amistad con el anticristo y el paganismo. Otorgó el honor de inaugurar y clausurar sus deliberaciones a representantes del papado. Y cabe destacar que, mientras que las creencias de las diversas naciones paganas fueron expuestas minuciosamente por sus representantes, no hubo una presentación sistemática del cristianismo en ninguna de sus facetas, aunque los cristianos abordaron diversos temas. Qué extraño parece que una oportunidad así para predicar el

El evangelio de Cristo ante paganos representativos, inteligentes e influyentes fuera pasado por alto e ignorado por una asamblea así. ¿Acaso los supuestos representantes del evangelio de Cristo se avergonzaban del evangelio de Cristo? (Rom. 1:16) En los discursos, los católicos romanos tuvieron, con mucho, la mayor presencia, al estar representados nada menos que dieciséis veces en las sesiones del Parlamento.

Y no solo eso, sino que había allí quienes, profesando el cristianismo, se afanaban fervientemente en derribar sus doctrinas fundamentales; quienes expresaban a los paganos representativos sus dudas respecto a la infalibilidad de las Escrituras cristianas; que los relatos bíblicos debían recibirse con un alto grado de tolerancia a la falibilidad; y que sus enseñanzas debían complementarse con la razón y la filosofía humanas, y aceptarse únicamente en la medida en que concuerden con ellas. Había quienes, profesando ser cristianos ortodoxos, repudiaban la doctrina del rescate, que es el único fundamento de la verdadera fe cristiana; otros, al negar la caída del hombre, proclamaban la teoría opuesta de la evolución: que el hombre nunca fue creado perfecto, que nunca cayó y que, por consiguiente, no necesitaba ningún redentor; que desde su creación en una condición muy inferior, muy alejada de la «imagen de Dios», ha ido ascendiendo gradualmente y aún se encuentra en el proceso de una evolución cuya ley es la supervivencia del más apto. Y esta, la antítesis misma de la doctrina bíblica del rescate y la restauración, fue la visión más popular.

A continuación presentamos algunos breves extractos que indican el espíritu conciliador del cristianismo protestante, tanto en su actitud hacia ese gran sistema anticristiano, la Iglesia de Roma, como también hacia las religiones no cristianas.

Escuchen al Dr. Chas. A. Briggs, profesor en un seminario teológico presbiteriano, declamar en contra de las Sagradas Escrituras. El caballero fue presentado por el presidente, el Dr.

Barrows, como «alguien cuyo saber, valentía y fidelidad a sus convicciones le han otorgado un lugar destacado en la Iglesia universal», y fue recibido con fuertes aplausos. Dijo:

«Todo lo que podemos afirmar de la Biblia es que es inspirada y precisa en cuanto a las lecciones religiosas que debe impartir. Dios es verdadero, no puede mentir; no puede engañar ni confundir a sus criaturas. Pero cuando el Dios infinito le habla al hombre finito, ¿debe decir palabras que no contengan error? [¡Qué pregunta tan absurda! Si Dios no dice la verdad, entonces, por supuesto, no es verdadero.] Esto depende no solo de que Dios hable, sino de que el hombre escuche, y también de los medios de comunicación entre Dios y el hombre. Es necesario demostrar la capacidad del hombre para recibir la palabra, antes de que podamos estar seguros de que la transmitió correctamente. [Este "erudito y reverendo (?) *profesor* de teología debería tener en cuenta que
Dios fue capaz de elegir los instrumentos adecuados para transmitir su verdad, así como de expresársela a ellos; y que lo hizo es muy evidente para todo estudiante sincero de su Palabra. Un argumento como ese para socavar la validez de las Sagradas Escrituras es un mero subterfugio y fue un insulto a la inteligencia de una audiencia ilustrada.] La inspiración de las Sagradas Escrituras no conlleva la infalibilidad en cada detalle».

Escuchen al reverendo Theodore Munger, de New Haven, destronar a Cristo y exaltar a la pobre humanidad caída a su lugar. Dijo:

«Cristo es más que un judío asesinado en el Calvario. *Cristo es la humanidad tal como está evolucionando bajo el poder y la gracia de Dios*, y cualquier libro tocado por la inspiración de *este hecho* [no que Jesús fuera el Hijo ungido de Dios, sino que la humanidad evolucionada en su conjunto constituye al Cristo, el Ungido] pertenece a la literatura *cristiana*».

Mencionó como ejemplos a Dante, Shakespeare, Goethe, Shelley, Matthew Arnold, Emerson y otros, y luego agregó:

«La literatura, con pocas excepciones *—toda la literatura inspirada—,* se asienta firmemente en la humanidad e insiste en ella en

fundamentos éticos y con fines éticos, y *esto es el cristianismo esencial.* Una teología que insiste en un
Dios, que se asienta por encima del mundo y teje el hilo de sus asuntos, no se gana la aceptación de aquellas mentes que se expresan a través de la literatura; el poeta, el hombre de genio, el pensador amplio y universal la ignoran; están demasiado cerca de Dios como para dejarse engañar por tales interpretaciones de su verdad».

Dijo el reverendo Dr. Rexford de Boston (universalista):

«Ojalá todos pudiéramos confesar que un culto sincero, en cualquier lugar y en todas partes del mundo, es un *culto* verdadero... Supongo que el credo no escrito pero dominante de este momento es que cualquier fiel en todo el mundo que se incline ante Lo Mejor que conoce y camine fiel a la luz más pura que brilla para él, tiene acceso a las bendiciones más elevadas del cielo».

Sin duda, él dio la nota clave del sentimiento religioso dominante actual; pero ¿se dirigió así el apóstol Pablo a los adoradores del «Dios desconocido» en el Areópago? ¿O fue ¿defendió Elías de esta manera a los sacerdotes de Baal? Pablo declara que el único acceso a Dios es a través de la fe en el sacrificio de Cristo por nuestros pecados; y Pedro dice: «No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en el cual debamos ser salvos». –Hechos 4:12; 17:23-31; 1 Reyes 18:21, 22.

Escuchen al reverendo Lyman Abbot, editor de la *revista Outlook* y ex pastor de la Iglesia de Plymouth, en Brooklyn, Nueva York, reivindicar para toda la iglesia esa inspiración divina que, a través de Cristo y los doce apóstoles, nos dio el Nuevo Testamento, para que el hombre de Dios esté completamente equipado (2 Tim. 3:17). Él dijo:

«No creemos que Dios haya hablado solo en Palestina, ni a unos pocos en esa provincia tan pequeña. No creemos que haya hablado en la cristiandad y haya guardado silencio en todos los demás lugares. ¡No! Creemos que es un Dios que habla en todo momento y en todas las épocas».

Pero, ¿cómo les habló a los profetas de Baal? Él no se ha revelado más que a su pueblo escogido: al Israel carnal en la era judía y al Israel espiritual en la edad evangélica. «Solo a ustedes he conocido de todas las familias de la tierra». —Amós 3:2; 1 Cor. 2:6-10.

Una carta de Lady Somerset (Inglaterra), leída con una introducción elogiosa por el presidente Barrows, hizo las siguientes concesiones a la Iglesia de Roma:

«Simpatizo con todo esfuerzo que pueda inducir a los hombres a pensar juntos en función de sus puntos en común, en lugar de sus *antagonismos.* La única manera de unirnos es no mencionar nunca los temas en los que estamos irrevocablemente en desacuerdo. Quizás el principal de ellos sea el episcopado histórico, pero el hecho de que él crea en esto y yo no, no impediría que ese gran y buen prelado, el arzobispo Ireland, me brindara su sincera ayuda, no como mujer protestante, sino como activista de la templanza. Lo mismo ocurrió en Inglaterra con aquel lamentado líder, el cardenal Manning, y es cierto hoy en día con monseñor Nugent, de Liverpool, un sacerdote del pueblo, universalmente venerado y amado. Un consenso de opinión sobre el esquema práctico de la regla de oro, declarada de manera negativa por Confucio y de manera positiva por Cristo, *nos unirá a todos en un mismo bando*».

Rara vez se hacía referencia a la doctrina de la expiación vicaria, y muchos la descartaban sin reparos como una reliquia del pasado e indigna del ilustrado siglo XIX. Solo unas pocas voces se alzaron en su defensa, y estas no solo constituían una minoría muy pequeña en el Parlamento, sino que sus opiniones eran evidentemente menospreciadas. El reverendo Joseph Cook formaba parte de esta pequeña minoría, y sus comentarios fueron posteriormente criticados y denunciados rotundamente desde un púlpito de Chicago. En su discurso, el Sr. Cook afirmó que la religión cristiana era la única religión verdadera, y que aceptarla era el único medio de asegurar la felicidad después de la muerte. Refiriéndose a uno de los personajes de Shakespeare para ilustrar la eficacia de la expiación para purificar incluso los pecados más repugnantes, dijo:

«Aquí está Lady Macbeth. ¿Qué religión puede limpiar la mano derecha manchada de sangre de Lady Macbeth? Esa es la pregunta que planteo a los cuatro continentes y a las islas del mar. A menos que puedan responderla, no han venido con un propósito serio al Parlamento de las Religiones. Me dirijo al islam. ¿Pueden limpiar su mano derecha manchada de sangre? Me dirijo al confucianismo y al budismo. ¿Pueden limpiar su mano derecha manchada de sangre?»

Al responder a esto después del Parlamento, el reverendo Jenkin Lloyd Jones, pastor de la iglesia All Souls de Chicago y una persona entusiastamente interesada en el Parlamento, dijo:

«Para que podamos descubrir la inmoralidad de la expiación vicaria —ese tipo de esquema de "mira a Jesús yserás salvo» con el que el gran orador de Boston se propuso intimidar hasta dejar sin palabras a los representantes de otras creencias y corrientes de pensamiento en el Parlamento—, estudiemos detenidamente el carácter del acto, el temperamento de la mujer a quien él prometió una inmunidad tan rápida si tan solo "mirara a la cruz". Este defensor de la ortodoxia les lanzó con indignación a los representantes de todas las religiones del mundo la afirmación de que es "imposible, por la propia naturaleza de las cosas, que alguien entre en el reino de los cielos a menos que nazca de nuevo" a través de la expiación de Cristo, esta vicariedad sobrenatural que blanquea su mano ensangrentada y convierte a la asesina en una santa. Todo lo que tengo que decir ante tal cristianismo es esto: Me alegro de no creer en él; y hago un llamado a todos los amantes de la moralidad, a todos los amigos de la justicia, a todos los creyentes en un Dios infinito cuya voluntad es la rectitud, cuya providencia propicia la justicia, para que lo rechacen. Tal «plan de salvación» no solo es irracional, sino que es inmoral. Es desmoralizador; es un engaño y una trampa en este mundo, sea cual sea su naturaleza en el próximo. Me alejo del
el Calvario si mi visión allí me deja lo suficientemente egoísta como para pedir una salvación que deje al príncipe Siddhartha fuera de un cielo en el que Lady Macbeth o cualquier otra alma con las manos manchadas de sangre esté eternamente incluida».

Posteriormente se llevó a cabo una «reunión en una plataforma oriental» en

la misma iglesia, en la que el mismo caballero reverendo (?) leyó dichos seleccionados de Zoroastro, Moisés, Confucio, Buda, Sócrates y Cristo, todos tendientes a mostrar la universalidad de la religión, a lo que siguió el discurso de un católico armenio. Tras este discurso, dijo el reportero de la prensa pública:

"El Sr. Jones dijo que había tenido la osadía de preguntarle al obispo Keane, de la Universidad Católica de Washington, si asistiría a esta reunión y defendería una plataforma tan radical. El obispo le había respondido con una sonrisa que estaría en Dubuque o que tal vez se sintiera tentado a venir. "Entonces le pregunté", dijo el Sr. Jones, "si podía sugerir a alguien". El obispo respondió: "No debe tener tanta prisa. Estamos avanzando muy rápido. Quizá no pase mucho tiempo antes de que yo pueda hacerlo".*

" 'La Iglesia Católica Romana', continuó el Sr. Jones, 'bajo el liderazgo de hombres como el cardenal Gibbons, el arzobispo Ireland y el obispo Spalding, está avanzando, y estos hombres están obligando a los rezagados a trabajar. La gente nos dice que hemos cedido el Parlamento de las Religiones a los católicos, por un lado, y a los paganos, por el otro. Ahora escucharemos a nuestros amigos paganos. Esa palabra, "pagano", ya no tiene el mismo significado que antes, y doy gracias a Dios por ello».»----

El profesor Henry Drummond figuraba en el programa del Parlamento para dar una conferencia sobre el cristianismo y la evolución, pero, como no llegó, su ponencia fue leída por el Dr. Bristol. En ella afirmó que una mejor comprensión del origen y la naturaleza del pecado podría, al menos, modificar algunos de los intentos realizados para deshacerse de él —refiriéndose de manera despectiva a la doctrina de la expiación, que su doctrina de la evolución dejaría sin efecto—.

*Sin embargo, Roma ha llegado a la conclusión de que el Parlamento de Chicago no le hizo honor ni fue bien recibido por sus seguidores, y ha anunciado que los papistas no tendrán nada que ver con tales parlamentos promiscuos en el futuro. Y no faltan señales claras de desaprobación papal contra aquellos prelados romanos que desempeñaron un papel tan destacado en el Parlamento de Chicago. ¡Que los protestantes se queden con toda la gloria!

UNOS POCOS DEFENSORES DE LA FE

En medio de este espíritu transigente, tan audaz y franco, fue verdaderamente reconfortante encontrar a unos pocos representantes del cristianismo protestante que tuvieron el valor moral, frente a tanta oposición, tanto latente como expresa, de defender la fe que una vez fue entregada a los santos; aunque incluso estos muestran signos de perplejidad, porque no ven el plan divino de los siglos ni la importante relación de las doctrinas fundamentales del cristianismo con todo el maravilloso sistema de la verdad divina.

El profesor W. C. Wilkinson, de la Universidad de Chicago, habló sobre «La actitud del cristianismo hacia otras religiones». Dirigió a sus oyentes a las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento para una exposición del cristianismo, a la actitud hostil del cristianismo hacia todas las demás religiones —que, por necesidad, deben ser falsas si el cristianismo es verdadero— y a la afirmación exclusiva de nuestro Señor de tener el poder de salvar, tal como se manifiesta en expresiones como:

«Nadie viene al Padre [es decir, nadie puede ser salvado] sino por mí».

«Yo soy el pan de vida».

«Si alguno tiene sed, venga a mí y beba». «Yo soy la luz del mundo».

«Yo soy la puerta de las ovejas».

«Todos los que vinieron antes de mí son ladrones y salteadores».

«Yo soy la puerta; si alguno entra por mí, será salvo».

«Estos», dijo él, «son algunos ejemplos de las expresiones que salieron de los propios labios de Jesús, en las que afirma de manera única y exclusiva que solo él es el Salvador del hombre.

«Se podría responder: "Pero Jesús también dijo: 'Yo, cuando sea levantado, atraeré a todos hacia mí'; y por lo tanto tenemos motivos para creer que muchas almas que pertenecen a religiones ajenas, al ser atraídas consciente o inconscientemente hacia Jesús,

son salvas, a pesar de la desgracia de su entorno religioso.

«A esto, por supuesto, estoy de acuerdo; estoy agradecido de que tal parezca ser, en efecto, la enseñanza del cristianismo. [Pero esta esperanza brota de un corazón generoso más que del conocimiento del plan divino de salvación. El profesor W. no vio entonces que la atracción del mundo hacia Cristo pertenece a la era milenaria, que solo la atracción de la Iglesia está en curso ahora, y que el conocimiento del Señor, el poder de atracción actual, será el poder en ese entonces; «Porque la tierra se llenará del conocimiento de la gloria del Señor, como las aguas cubren el mar». Hab. 2:14] Simplemente pido que se tenga siempre presente que no estamos discutiendo en absoluto la extensión de los beneficios que fluyen del poder exclusivo de Jesús para salvar, sino estrictamente esta pregunta: ¿Reconoce el cristianismo alguna parte de la eficacia salvadora como inherente a las religiones no cristianas? En otras palabras, ¿se indica en alguna parte de las Escrituras que Jesús ejerce su poder salvador, en mayor o menor grado, a través de religiones que no son las suyas? Si hay algún indicio, cualquier atisbo de indicio, en la Biblia, ya sea en el Antiguo o en el Nuevo Testamento, que apunte hacia una respuesta afirmativa a esa pregunta, confieso que nunca lo he encontrado. En cambio, he encontrado indicios que distan mucho de ser vagos, y en abundancia, que apuntan a lo contrario.

«Siento la necesidad de rogarles que tengan en cuenta que lo que digo en este artículo no debe malinterpretarse como un intento, en nombre del cristianismo, de menoscabar en lo más mínimo el mérito de hombres individuales de entre las naciones, quienes han alcanzado grandes alturas éticas sin la ayuda del cristianismo histórico, ya sea en su forma del Nuevo Testamento o del Antiguo Testamento. Pero no es de las personas, ya sea de la mayoría o de las excepciones, de quienes me propongo hablar aquí. Te invito a considerar únicamente la actitud que adopta el cristianismo hacia las religiones no cristianas.

«Pasemos de analizar las declaraciones directas de Jesús a considerar a aquellos sobre quienes, como sus representantes, Jesús, según el Nuevo Testamento,

les otorgó el derecho a hablar con una autoridad igual a la suya. Al referirse a los seguidores en general de las religiones gentiles, utiliza estas palabras: "Profesándose sabios, se volvieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de una imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles".

«El hombre, el pájaro, la bestia, el reptil: estas cuatro categorías en su escala descendente parecen indicar todas las diferentes formas de religión gentil con las que el cristianismo, antiguo o moderno, entró en contacto histórico. Las consecuencias impuestas con severidad por el Dios celoso y ofendido de los hebreos y de los cristianos, por tal degradación del instinto innato de adoración, por tal profanación de la idea —anteriormente pura en los corazones humanos— de Dios el incorruptible, son descritas por Pablo con palabras cuyo poder mordaz, flagrante, cáustico y marcante las ha hecho famosas y familiares: «Por lo cual Dios los entregó a los deseos de sus corazones, a la impureza, para que deshonraran sus propios cuerpos entre sí; pues cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, quien es bendito por los siglos».

«Interrumpo la cita antes de que termine. El resto del pasaje se adentra en detalles de culpa bien conocidos, y de los que se sabe que son acusaciones ciertas contra el antiguo mundo pagano. Aquí no hay ningún indicio de excepciones a favor de aspectos parcialmente buenos, o al menos no tan malos, en las religiones condenadas; no se sugiere ninguna salvedad ni atenuación de la sentencia. Por todas partes hay una denuncia contundente y sin rodeos. No se plantea la idea de que, en algunos casos, exista un culto verdadero y aceptable oculto, disfrazado e inconsciente, bajo formas falsas. No se vislumbra la posibilidad de que algunos idólatras —aunque solo sean unos pocos con discernimiento entre ellos— hagan una distinción entre el ídolo al que sirven y el único Dios incorruptible y celoso, a quien esos idólatras excepcionales consideran que el ídolo que aparentemente adoran solo simboliza. No se hace ninguna reserva en favor de ciertas almas iniciadas e iluminadas que buscan y encuentran una religión más pura en los «misterios» esotéricos que

estaban vedados al vulgo profano. El cristianismo no deja ninguna vía de escape para las religiones anticristianas juzgadas y reprobadas con las que entra en contacto. En cambio, muestra únicamente una condenación indiscriminada que brota como un rayo bifurcado de la gloria de su poder sobre aquellos incorregiblemente culpables del pecado mencionado, el pecado de rendir culto a dioses distintos de Dios.

«No se introduce en ninguna parte un alivio reconfortante en forma de seguridad, ni siquiera de una posible esperanza, de que un Dios benigno reciba con gracia en su oído las atribuciones formalmente otorgadas a otro, como si estuvieran destinadas virtualmente —aunque de manera errónea— a él mismo. Esa idea, sea justa o no, no es bíblica. De hecho, es antibíblica y, por lo tanto, anticristiana. El cristianismo no merece el elogio de tal liberalidad. En lo que respecta a las prerrogativas únicas, exclusivas e incomunicables de Dios, el cristianismo es, admitámoslo con franqueza, una religión estrecha, estricta, severa y celosa. A Sócrates, al morir, tal vez se le perdonó su propuesta de ofrecer un gallo en sacrificio a Esculapio; pero el cristianismo, el cristianismo de la Biblia, no nos da la más mínima razón para suponer que Dios interpretara ese acto idólatra de su parte como una adoración aceptable para él.

"Pedro dijo: 'En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación es aceptable para él quien le teme y practica la justicia'.

"Temer a Dios ante todo, y luego también practicar la justicia, son los rasgos que caracterizan siempre y en todas partes al hombre aceptable ante Dios. Pero, evidentemente, temer a Dios no significa, según el concepto del cristianismo, adorar a otro que no sea Él. Por consiguiente, en la medida en que un hombre se aleje de la religión étnica dominante a su alrededor y se eleve —no por medio de ella, sino a pesar de ella— hacia el elemento trascendente de la verdadera adoración divina, así será aceptable ante Dios.

«De cualquier religión étnica, por lo tanto, ¿se puede decir que es una religión verdadera, solo que imperfecta? El cristianismo dice que no. El cristianismo pronuncia palabras de esperanza indefinida e ilimitada con respecto a aquellos —algunos de ellos— que nunca habrán oído hablar de Cristo. Estas palabras, por supuesto, los cristianos las mantendrán y atesorarán de acuerdo con su inestimable valor. Pero no las confundamos como si tuvieran la intención de guardar relación alguna con las religiones erróneas de la humanidad. Esas religiones, la Biblia

En ninguna parte se representan como patéticos y parcialmente exitosos intentos de alcanzar a Dios. Se representan a todas y cada una de ellas como intentos de descender, no de ascender. Según el cristianismo, obstaculizan, no ayudan. El apego de sus seguidores a ellas es como el agarre ciego de los ahogados a raíces y rocas que solo tienden a mantenerlos en el fondo del río. La verdad que hay en la religión falsa puede ayudar, pero será la verdad, no la religión falsa.

«Según el cristianismo, la religión falsa ejerce toda su fuerza para sofocar y matar la verdad que hay en ella. De ahí la degeneración histórica descrita en el primer capítulo de Romanos como algo que afecta a las religiones falsas en general. Si fueran esfuerzos por ascender, crecerían cada vez mejor. Si, como enseña Pablo, de hecho empeoran cada vez más, debe ser porque son esfuerzos por descender.

"La actitud, por lo tanto, del cristianismo hacia las religiones distintas de sí mismo es una actitud de hostilidad universal, absoluta, eterna e insaciable, mientras que hacia todos los hombres en todas partes —sin excluir en absoluto a los seguidores de las religiones falsas— su actitud es una actitud de gracia, misericordia y paz para quienquiera que la [reciba]. Cuántos serán los que la [reciban] es un problema que el cristianismo deja sin resolver".

El reverendo Santiago Devine, de la ciudad de Nueva York, también habló sobre el mensaje del cristianismo a otras religiones, presentando claramente la doctrina de la redención a través de la preciosa sangre de Cristo. Dijo:

«Llegamos ahora a otra verdad fundamental de la enseñanza cristiana: la misteriosa doctrina de la expiación. El pecado es un hecho indiscutible. Es universalmente reconocido y admitido. Es su propia evidencia. Es, además, una barrera entre el hombre y su Dios. La santidad divina y el pecado, con su repugnancia, su rebelión, su horrible degradación y su ruina sin esperanza, no pueden coexistir en ningún sistema de gobierno moral. Dios no puede tolerar el pecado, ni transigir con él, ni darle cabida en su presencia. No puede negociar con él; debe castigarlo. No puede llegar a un acuerdo con él; debe juzgarlo ante su tribunal. No puede pasarlo por alto; debe vencerlo. No puede otorgarle un estatus moral; debe infligirle la condena que merece.

«La expiación es el maravilloso método de Dios para reivindicar, de una vez por todas, ante el universo, su actitud eterna hacia el pecado, mediante la asunción voluntaria, en el espíritu de sacrificio, de su castigo. Esto lo hace en la persona de Jesús. Los hechos del nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de Cristo ocupan su lugar en el ámbito de la historia verídica, y el valor moral y la eficacia propiciatoria de su perfecta obediencia y su muerte sacrificial se convierten en un elemento misterioso de valor ilimitado en el proceso de reajustar la relación del pecador con su Dios.

«Cristo es reconocido por Dios como un sustituto. El mérito de su obediencia y la exaltada dignidad de su sacrificio están a disposición de la fe. El pecador, humilde, arrepentido y consciente de su indignidad, acepta a Cristo como su redentor, su intercesor, su salvador, y simplemente cree en él, confiando en sus garantías y promesas, basadas como están en su intervención de expiación, y recibe de Dios, como don de amor soberano, todos los beneficios de la obra mediadora de Cristo. Esta es la manera en que Dios alcanza la meta del perdón y la reconciliación. Es su manera de ser justo y, al mismo tiempo, lograr la justificación del pecador. Aquí, una vez más, tenemos el misterio de la sabiduría en su ejemplificación más augusta.

«Este es el corazón del Evangelio. Late con amor misterioso; palpita con inefables espasmos de sanación divina; mantiene una relación vital con todo el plan de gobierno; se encuentra en sus actividades ocultas, más allá del escrutinio de la razón humana; pero hace que la sangre vital corra a través de la historia y le da al cristianismo su magnífica vitalidad y su vigor imperecedero. Es porque el cristianismo elimina el pecado del problema que su solución es completa y definitiva.

«El cristianismo debe hablar en nombre de Dios. A él le debe su existencia, y el profundo secreto de su dignidad y poder radica en que lo revela. Sería una descarada osadía que hablara simplemente bajo su propia responsabilidad, o incluso en nombre de la razón. *No tiene una filosofía de la evolución que proponer*. Tiene un mensaje de Dios que transmitir. No es en sí mismo una filosofía; es una religión. No nace de la tierra; es obra de Dios. No proviene del hombre, sino de Dios, y está intensamente vivo con su poder, alerta con su amor, benigno con su bondad, radiante con su luz, cargado con su verdad, enviado con su mensaje, inspirado con

su energía, impregnada de su sabiduría, dotada del don de la sanación espiritual y poderosa con autoridad suprema.

"Tiene una misión entre los hombres, cuando y dondequiera que los encuentre, que es tan sublime como la creación, tan maravillosa como la existencia espiritual y tan llena de significado misterioso como la eternidad. Encuentra su foco, y también su centro radiante, en la personalidad de su gran revelador y maestro, hacia quien, antes de su advenimiento, apuntaban todos los dedos de luz, y de quien, desde su encarnación, ha resplandecido todo el brillo del día.

«El espíritu está lleno de sencilla sinceridad, dignidad exaltada y dulce desinterés. Su objetivo es impartir una bendición más que desafiar una comparación. No está tan ansioso por reivindicarse como por conferir sus beneficios. No está tan preocupado por asegurarse el honor supremo para sí mismo como por ganarse el camino al corazón. No busca burlarse, menospreciar ni humillar a su rival, sino más bien someter con amor, atraer por su propia excelencia y suplantar en virtud de su incomparable superioridad. Es en sí misma incapaz del espíritu de rivalidad, debido a su propio e indiscutible derecho a reinar. No necesita de la burla, puede prescindir del desprecio, no porta armas de violencia, no se dedica a la discusión, es incapaz de engaños o artimañas, y repudia la hipocresía. Confía siempre en su propio mérito intrínseco y basa todas sus reivindicaciones en su derecho a ser escuchada y honrada.

«Su evidencia milagrosa es más una excepción que una regla. Fue una señal para ayudar a la fe débil. Fue una concesión hecha con el espíritu de condescendencia. Los milagros sugieren misericordia tanto como anuncian majestad. Cuando consideramos las fuentes ilimitadas del poder divino y la facilidad con la que los signos y prodigios podrían haberse multiplicado en una variedad y un impacto desconcertantes, nos damos cuenta de una rígida conservación del poder y de un claro rechazo a lo espectacular. El misterio de la historia cristiana es la moderación con la que el cristianismo ha utilizado sus recursos. Es una prueba para la fe, a menudo dolorosamente severa, observar la aparente falta de energía, ímpetu y fuerza irresistible en los avances aparentemente lentos de nuestra santa religión. [Necesariamente debe ser así para aquellos que aún no han llegado a una

comprensión del plan divino de los siglos.]

«Sin duda Dios tiene sus razones, pero mientras tanto no podemos sino reconocer en el cristianismo un espíritu de misteriosa reserva, de maravillosa paciencia, de tono moderado, de moderación deliberada. No "clama, ni alza la voz, ni hace oír su voz en la calle". Los siglos van y vienen y el cristianismo solo toca algunas partes de la tierra, pero dondequiera que toca, la transfigura. Parece despreciar los elementos materiales y solo considera dignas de ser conseguidas aquellas victorias que se obtienen a través del contacto espiritual con el alma individual. Su relación con otras religiones se ha caracterizado por una singular reserva, y su progreso ha estado marcado por una dignidad sin ostentación que está en armonía con la actitud majestuosa de Dios, su autor.

«Tenemos razón, pues, al hablar del espíritu de este mensaje como algo totalmente libre del sentimiento común de rivalidad, completamente por encima del uso de métodos espectaculares o meretricios, infinitamente alejado de todo mero artificio o efecto dramático, totalmente libre de hipocresía o doblez, sin ansias de alianza con el poder mundano o el esplendor social, preocupándose más por un lugar de influencia en un corazón humilde que por un asiento de poder en un trono real, totalmente dedicado a reclamar la lealtad amorosa del alma y a asegurar la transformación moral del carácter, a fin de que su propio espíritu y principios puedan influir en la vida espiritual de los hombres.

«Se dirige, pues, a otras religiones con franqueza y sencillez absolutas, basándose en su propia y incontrovertible pretensión de ser escuchado. Reconoce la indudable sinceridad de la convicción personal y la intensa seriedad de la lucha moral en el caso de muchas almas serias que, como los atenienses de antaño, "adoran en la ignorancia"; advierte, persuade y ordena, como es su derecho; habla como lo hizo Pablo ante el paganismo culto en el Areópago, acerca de aquel día señalado en que el mundo deberá ser juzgado, y de "aquel hombre" por quien será juzgado; hace resonar una y otra vez su llamado invariable e inflexible al arrepentimiento; exige la aceptación de sus normas morales; exige sumisión, lealtad, reverencia y humildad.

«Todo esto lo hace con un tono magnífico e inquebrantable de

tranquila insistencia. A menudo hace valer su reclamo con argumentos, súplicas y tierna urgencia; sin embargo, en todo ello y a través de todo ello debe reconocerse un tono claro, resonante y predominante de insistencia inquebrantable, que revela esa voluntad personal suprema que dio origen al cristianismo y en cuyo nombre siempre habla. Transmite su mensaje con un aire de confianza serena y dominio tranquilo. No hay ansiedad por la precedencia, ni cuidado excesivo por lo externo, ni posibilidad de ser tratado con condescendencia, ni espíritu indigno de competencia. Habla, más bien, con la conciencia de esa supremacía sencilla, natural, incomparable e inconmensurable que desarma rápidamente a la rivalidad y, al final, desafía la admiración y obliga a la sumisión de los corazones libres de malicia y engaño».

Entre estas nobles declaraciones en defensa de la verdad se encontraba también la del conde Bernstorff, de Alemania:

"Confío en que no haya nadie aquí que se tome a la ligera su propia religión [aunque sin duda se dio cuenta de lo contrario antes de que se cerrara la sesión del Parlamento. Esto se dijo al inicio de la misma]. Por mi parte, declaro que estoy aquí como cristiano evangélico a título individual, y que nunca habría puesto un pie en este Parlamento si hubiera pensado que ello significara algo así como un consentimiento de que todas las religiones son iguales, y que solo es necesario ser sincero y recto. No puedo aceptar nada de este tipo. Creo que solo la Biblia es verdadera, y que el cristianismo protestante es la única religión verdadera. *No deseo ningún tipo de compromiso*.

«No podemos negar que quienes nos reunimos en este Parlamento estamos separados por principios grandes e importantes. Admitimos que estas diferencias no pueden superarse; pero nos reunimos, creyendo que todos tienen derecho a su fe. Ustedes invitan a todos a venir aquí como defensores sinceros de su propia fe. Por mi parte, me presento ante ustedes con el mismo deseo que impulsó a Pablo cuando se presentó ante los representantes de la corte romana y ante Agripa, el rey judío. Ojalá, por Dios, todos los que me escuchan hoy fueran, casi y por completo, como yo soy. No puedo decir "excepto estas ataduras". Doy gracias a Dios por ser libre, salvo por todas estas faltas y deficiencias que hay en mí y que me impiden abrazar mi credo como
me gustaría hacerlo.

«Pero, ¿para qué nos reunimos entonces, si no podemos mostrar tolerancia? Bueno, la palabra tolerancia se usa de diferentes maneras. Si las palabras

del rey Federico de Prusia —«En mi país, todos pueden ir al cielo a su manera»— se utilizan como una *máxima de la política*, no podemos elogiarlas lo suficiente. Cuánto derramamiento de sangre, cuánta crueldad se habrían evitado en el mundo si se hubieran adoptado. Pero si es *la expresión de la indiferencia religiosa que prevaleció durante el siglo pasado* y en la corte del monarca que era amigo de Voltaire, *entonces no debemos aceptarla*.

"San Pablo, en su epístola a los Gálatas, rechaza cualquier otra doctrina, aunque fuera enseñada por un ángel del cielo. Nosotros, los cristianos, somos siervos de nuestro Maestro, el Salvador vivo. *No tenemos derecho a comprometer la verdad que él nos confió*; ni a tomarla a la ligera, ni a ocultar el mensaje que nos ha dado para la humanidad. Pero nos reunimos, y cada uno desea ganar a los demás para su propio credo. ¿No será esto un parlamento de guerra en lugar de paz? ¿Nos alejará más unos de otros, en lugar de acercarnos? Creo que no, si nos aferramos a la verdad de que nuestras grandes doctrinas vitales solo pueden defenderse y propagarse por medios espirituales. Una lucha honesta con armas espirituales no tiene por qué distanciar a los combatientes; por el contrario, a menudo los acerca.

«Creo que esta conferencia habrá hecho lo suficiente para grabar su recuerdo para siempre en las páginas de la historia si este gran principio [la libertad religiosa] es adoptado de manera generalizada. Una luz está amaneciendo en cada corazón, y el siglo XIX nos ha traído mucho progreso en este sentido; sin embargo, corremos el riesgo de entrar en el siglo XX antes de que el gran principio de la libertad religiosa haya encontrado aceptación universal».

En marcado contraste con el espíritu general del Parlamento se encontraba también el discurso del Sr. Grant, de Canadá. Él dijo:

«Me parece que deberíamos comenzar este Parlamento de las Religiones, no con la conciencia de que estamos haciendo algo grandioso, sino con una humilde y modesta confesión de pecado y fracaso. ¿Por qué los habitantes del mundo no se han postrado ante la verdad? La culpa es nuestra. El apóstol Pablo, al repasar siglos de una historia maravillosa guiada por Dios, vio como clave de todas sus máximas lo siguiente: que Jehová había extendido sus manos todo el día a un pueblo desobediente y rebelde; que, aunque siempre hubo un remanente de justos.

Israel, como nación, no entendió a Jehová y, por lo tanto, no comprendió su propia y maravillosa misión.

«Si San Pablo estuviera aquí hoy, ¿no pronunciaría la misma triste confesión con respecto al siglo XIX de la cristiandad? ¿No tendría que decir que nos hemos enorgullecido de nuestro cristianismo, en lugar de permitir que nuestro cristianismo nos humille y nos crucifique; que nos hemos jactado del cristianismo como algo que poseíamos, en lugar de permitir que él nos poseyera; que lo hemos separado del orden moral y espiritual del mundo, en lugar de ver que es lo que impregna, interpreta, completa y verifica ese orden; y que así hemos ocultado sus glorias y oscurecido su poder? Durante todo el día nuestro Salvador ha estado diciendo: «He extendido mis manos hacia un pueblo desobediente y rebelde». Pero la única condición indispensable para el éxito es que reconozcamos la causa de nuestro fracaso, que la confesemos, con mentes humildes, modestas, penitentes y obedientes, y que con un valor y una fe occidentales inagotables salgamos ahora y hagamos lo contrario».

¡Ojalá estos sentimientos hubieran encontrado eco en el gran Parlamento! —pero no fue así. Por el contrario, se caracterizó por una gran jactancia respecto al *«maravilloso progreso religioso* del siglo XIX»; y la primera impresión del conde Bernstorff, de que eso significaba un audaz compromiso con los principios y la doctrina cristianos, fue la correcta, como lo demostraron las sesiones posteriores del Parlamento.

LAS ACTITUDES CONTRASTANTES DEL CATOLICISMO, EL PAGANISMO Y EL CRISTIANISMO PROTESTANTE

La actitud segura y firme del catolicismo y de las diversas religiones paganas contrastaba marcadamente con el escepticismo del cristianismo protestante. Ninguno de ellos pronunció ni una sola frase en contra de la autoridad de sus libros sagrados; alababan y elogiaban sus religiones, mientras escuchaban con sorpresa los discursos escépticos e infieles de los cristianos protestantes contra la religión cristiana y contra la Biblia, por la cual incluso los paganos mostraban mayor respeto.

Como prueba de la sorpresa de los extranjeros al enterarse de este estado de cosas entre los cristianos, citamos lo siguiente del discurso publicado de uno de los delegados de Japón en una gran reunión celebrada en Yokohama para dar la bienvenida a su regreso y escuchar su informe. El orador dijo:

«Cuando recibimos la invitación para asistir al Parlamento de las Religiones, nuestra organización budista se negó a enviarnos como representantes de la misma. La gran mayoría creía que se trataba de una maniobra astuta por parte de los cristianos para atraernos allí y luego ridiculizarnos o intentar convertirnos. Por lo tanto, fuimos a título individual. Pero nos esperaba una maravillosa sorpresa. Todas nuestras ideas estaban equivocadas. El Parlamento se convocó porque las naciones occidentales se han dado cuenta de la debilidad y la insensatez del cristianismo, y realmente deseaban escuchar de nosotros acerca de nuestra religión y aprender cuál es la mejor religión. No hay mejor lugar en el mundo para difundir las enseñanzas del budismo que Estados Unidos. El cristianismo es simplemente un adorno de la sociedad estadounidense. Muy pocos creen en él profundamente. La gran mayoría de los cristianos beben y cometen diversos pecados graves, y llevan vidas muy disolutas, aunque se trate de una creencia muy común y sirva como adorno social. Su falta de poder demuestra su debilidad. Las reuniones mostraron la gran superioridad del budismo sobre el cristianismo, y el mero hecho de convocarlas demostró que los estadounidenses y otros occidentales habían perdido su fe en el cristianismo y estaban listos para aceptar las enseñanzas de nuestra religión superior».

No es de extrañar que un cristiano japonés dijera, al concluir los discursos: «¿Cómo pudieron los cristianos estadounidenses cometer un error tan grande como organizar una reunión de este tipo y perjudicar al cristianismo, tal como lo harán estas reuniones en Japón?»---

Quienes están versados en historia conocen algo del carácter de esa gran potencia anticristiana, la Iglesia de Roma, cuya afiliación buscan con tanto ahínco los protestantes; y quienes observan con atención sus operaciones actuales saben que su corazón y su carácter siguen sin cambiar. Quienes están mínimamente informados saben bien que el

Iglesia Católica Griega ha apoyado y aprobado —si es que no ha sido la instigadora— la persecución rusa contra los judíos, los «stundistas» y todos los demás cristianos que, al despertar de la ceguera y la superstición de la Iglesia griega, buscan y encuentran a Dios y la verdad a través del estudio de su Palabra». La persecución incitada por los sacerdotes católicos griegos y llevada a cabo por la policía es de la naturaleza más cruel y repugnante. Pero, sin embargo, se busca con gran ahínco la unión y la cooperación con ambos sistemas, las Iglesias católica romana y católica griega, así como con todas las formas de superstición e ignorancia paganas.

LA DENSA OSCURIDAD DEL PAGANISMO CON EL QUE LOS CRISTIANOS DESEAN Y BUSCAN alianza

De la densa oscuridad del paganismo con el que los cristianos ahora anhelan la cooperación y la simpatía, podemos hacernos una idea a partir de la siguiente réplica indignada del Pentecostés contra el tono crítico que algunos extranjeros adoptaron hacia el cristianismo y las misiones cristianas. Él dijo:

«Creo que es una lástima que cualquier cosa pueda llevar a que los debates de este Parlamento se conviertan en una serie de acusaciones y recriminaciones; sin embargo, nosotros, los cristianos, hemos permanecido sentados pacientemente y hemos escuchado una serie de críticas sobre los resultados del cristianismo por parte de ciertos representantes de las religiones orientales. Por ejemplo, los barrios marginales de Chicago y Nueva York, la maldad indescriptible que resulta palpable incluso a los ojos de los extranjeros que son nuestros invitados; el libertinaje, la embriaguez, las peleas, los asesinatos y los delitos de las clases criminales se nos han echado en cara. Las deficiencias del Congreso y del gobierno, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, se han atribuido al cristianismo. El comercio de opio, el tráfico de ron, el incumplimiento de tratados, las leyes inhumanas y bárbaras contra los chinos, etc., todo ello se ha atribuido a la iglesia cristiana. [Pero si los cristianos

afirman que estas son naciones cristianas, ¿pueden culpar razonablemente a estos representantes paganos por pensar y juzgarlos en consecuencia?]

«Parece casi innecesario decir que todas estas cosas —las inmoralidades, la embriaguez, los crímenes, la falta de fraternidad y la codicia egoísta de estos diversos tráficos destructivos que se han llevado desde nuestros países hacia Oriente— quedan fuera de los límites del cristianismo. [No, no si se trata de naciones cristianas. Al hacer esta afirmación, la iglesia es responsable de los pecados de las naciones, y estos se le imputan con toda justicia.] La Iglesia de Cristo trabaja día y noche para corregir y abolir estos crímenes. La voz unánime de la Iglesia cristiana condena el tráfico de opio, el tráfico de licor, los actos de opresión chinos y todas las formas de vicio y codicia de las que se quejan nuestros amigos de Oriente.

«Estamos dispuestos a ser criticados; pero cuando recuerdo el hecho de que estas críticas provienen, en parte, de caballeros que representan un sistema religioso cuyos templos —atendidos por las castas más altas del sacerdocio brahmánico— son los claustros autorizados y designados de un sistema de inmoralidad y libertinaje que no tiene paralelo en ningún país occidental, siento que el silencio implica consentimiento. Podría llevarlos a diez mil templos, más o menos —más bien más que menos— en todas partes de la India, a los que están adscritas entre doscientas y cuatrocientas
sacerdotisas, cuyas vidas no son todo lo que deberían ser.

«Lo he visto con mis propios ojos, y nadie lo niega en la India. Si hablas con los brahmanes al respecto, te dirán que es parte de su sistema para la gente común. Tenga en cuenta que este sistema es la institución autorizada de la religión hindú. Basta con observar las abominables tallas de los templos, tanto hindúes como budistas, los horribles símbolos de los antiguos sistemas fálicos —que son los objetos de culto más populares en la India— para quedar impresionado por la corrupción de las religiones. Tenga en cuenta que estas no solo se toleran, sino que son instituidas, dirigidas y controladas por los sacerdotes de la religión. Solo las pinturas y retratos desvergonzados de la antigua Pompeya igualan en obscenidad a las cosas que se exhiben abiertamente

en las entradas de los templos de la India y en sus alrededores.

«Parece un poco injusto que tengamos que soportar las críticas que estos representantes del hinduismo dirigen contra la parte impía de los países occidentales, cuando ellos mismos viven en casas de cristal tan enormes como estas, cada una de ellas erigida, protegida y defendida por los líderes de su propia religión.

"Hemos oído hablar mucho de la 'paternidad de Dios y la hermandad del hombre' como una de las doctrinas esenciales de las religiones de Oriente. De hecho, nunca he podido encontrar —y he desafiado a que me lo muestren en toda la India— un solo texto en ninguna de las escrituras sagradas hindúes que justifique o siquiera sugiera la doctrina de la 'paternidad de Dios y la hermandad del hombre'. Se trata de un puro plagio del cristianismo. Nos alegra que la hayan adoptado e incorporado. ¿Cómo puede un brahmán, que mira a todos los hombres de casta baja —y especialmente a los pobres parias— con un espíritu de repugnancia, y los considera una orden diferente de seres, descendientes de monos y demonios, atreverse a decirnos que cree en la paternidad de Dios y la hermandad del hombre? Si un brahmán cree en la hermandad del hombre, ¿por qué niega las cortesías sociales y la hospitalidad común a los hombres de otras castas, así como a sus hermanos occidentales, a quienes envuelve tan bellamente en los brazos condescendientes de su recién descubierta doctrina de la paternidad de Dios y la hermandad del hombre?

«Si existe alguna hermandad entre los hombres en la India, hasta el observador más distraído no dudaría en afirmar que no hay ninguna hermandad entre las mujeres reconocida por ellos. Que los horrores indescriptibles a los que están sometidas las mujeres hindúes de la India den respuesta a esta afirmación.

«Hasta que el gobierno inglés acabó con mano firme con la antigua institución religiosa hindú del sati, cientos de viudas hindúes cada año se lanzaban voluntariamente a las piras funerarias de sus maridos fallecidos, abrazando así las llamas que quemaban sus cuerpos antes que entregarse a los horrores indescriptibles y al infierno en vida que supone la viudez hindú. Que nuestros amigos hindúes nos digan qué ha hecho su religión por la viuda hindú, y especialmente por la viuda infantil, con la cabeza rapada como una criminal, despojada de sus adornos, vestida con harapos, reducida a una condición de esclavitud peor de lo que podamos concebir, convertida en la sirvienta y la basurera de la familia, y no

con frecuencia sometida a usos aún peores e indescriptibles. A este estado y condición se ve reducida la pobre viuda bajo la sanción del hinduismo. Hace apenas dos años se solicitó al gobierno británico que aprobara una nueva y estricta ley que «elevara la edad de consentimiento» a los doce años, edad a partir de la cual era lícito que el hindú consumara la relación matrimonial con su esposa menor de edad. Los hospitales cristianos, llenos de niñas maltratadas que apenas habían salido de la infancia, se convirtieron en un hecho tan escandaloso que el gobierno tuvo que intervenir y poner fin a estos crímenes, que se perpetraban en nombre de la religión. Tan grande fue la conmoción en la India por este asunto que se temió que fuera inminente una revolución religiosa que casi condujera a un nuevo motín.

«Nuestros amigos orientales nos han criticado por emitir un juicio ignorante y prejuicioso, ya que en una reciente consulta realizada a principios de esta legislatura solo cinco personas pudieron afirmar que habían leído la Biblia de Buda; por lo tanto, se dio por sentado que nuestro juicio era ignorante e injusto. El mismo desafío podría haberse planteado en Birmania o Ceilán, y fuera del clero es casi justo decir que no muchos habrían podido afirmar que habían leído sus propias Escrituras. Los Badas de los hindúes son objetos de adoración. Nadie más que un brahmán puede enseñarlos, y mucho menos leerlos. Antes de que los misioneros cristianos llegaran a la India, el sánscrito era prácticamente una lengua muerta. Si las Escrituras indias al menos han sido traducidas a la lengua vernácula o entregadas a las naciones occidentales, es porque los misioneros cristianos y los eruditos occidentales las han redescubierto, desenterrado, traducido y sacado a la luz del día. La cantidad de las Escrituras sánscritas que conoce el indio común que ha recibido una educación occidental se limita únicamente a aquellas partes que han sido traducidas al inglés o a la lengua vernácula por eruditos europeos u occidentales. La gente común, el noventa y nueve por ciento del total, solo conoce la tradición. Contrastemos esta exclusividad estanca por parte de estas religiones indias con el hecho de que los cristianos han traducido su Biblia a más de trescientos idiomas y dialectos, y la han difundido por cientos de millones entre todas las naciones y

lenguas y pueblos de la tierra. Nosotros buscamos la luz, pero parecería que las Biblias de Oriente aman más las tinieblas que la luz, porque no soportan la luz de la publicación universal.

«El nuevo y mejor hinduismo de hoy es un desarrollo bajo la influencia de un entorno cristiano, pero aún no ha alcanzado ese nivel ético que le da derecho a dar una lección de moral a la Iglesia cristiana. Hasta que la India purifique sus templos de una suciedad peor que la de los establos de Augías, y sus eruditos y sacerdotes renieguen y denuncien los actos y hechos atroces cometidos en nombre de la religión, que sea modesta al proclamar la moral a otras naciones y pueblos».

Reformadores paganos en busca de Dios

Mientras la cristiandad se presentaba representativamente ante el mundo pagano representativo, jactándose de su progreso religioso y sin saber que era «pobre, ciega, miserable y desnuda» (Apocalipsis 3:17), el contraste de un evidente anhelo de Dios por parte de algunos en tierras paganas fue muy marcado; y la agudeza con la que percibían y criticaban indirectamente las inconsistencias de los cristianos es digna de especial mención.

En dos elocuentes discursos pronunciados por hindúes representativos, se nos presenta un movimiento notable en la India que da una idea de la oscuridad de las tierras paganas, y también de la influencia de nuestra Biblia, que los misioneros llevaron allí. La Biblia ha estado realizando una obra que los credos contradictorios que la acompañaban —y que pretendían interpretarla— han obstaculizado, pero no han destruido. También desde Japón nos llegan noticias de situaciones similares. A continuación incluimos extractos de tres discursos que destacan por su evidente sinceridad, reflexión y claridad de expresión, y que muestran la actitud muy seria de los reformadores paganos que buscan a Dios, con la esperanza de encontrarlo.

UNA VOZ DESDE LA NUEVA INDIA

El Sr. Mozoomdar se dirigió a la asamblea de la siguiente manera: Señor presidente, representantes de las naciones y las religiones: El Brahmo-Somaj de la India, al que tengo el honor de representar, es una sociedad nueva; nuestra religión es una religión nueva, pero proviene de una antigüedad muy, muy lejana, de las mismas raíces de nuestra vida nacional, de hace cientos de siglos.

«Hace sesenta y tres años, toda la tierra de la India estaba llena de un clamor poderoso. El gran estruendo de un politeísmo heterogéneo rasgaba el silencio del cielo. El llanto de las viudas; no, mucho más lamentable aún, el llanto de aquellas mujeres desdichadas que tenían que ser quemadas en las piras funerarias de sus maridos fallecidos, profanaba la santidad de la tierra de Dios. Teníamos a la diosa budista del país, la madre del pueblo, de diez manos, sosteniendo en cada una de ellas las armas para la defensa de sus hijos. Teníamos a la diosa blanca del saber, tocando en su Vena —un instrumento musical de cuerdas— las cuerdas de la sabiduría. La diosa de la buena fortuna, sosteniendo en sus brazos, no el cuerno, sino la canasta de la abundancia, bendiciendo a las naciones de la India, estaba allí; y el dios con cabeza de elefante; y el dios que cabalga sobre un pavo real, y los treinta y tres millones de dioses y diosas además. Tengo mi teoría sobre la mitología del hinduismo, pero este no es el momento de abordarla.

«En medio del estruendo y el choque de este politeísmo y el mal social, en medio de toda la oscuridad de la época, surgió un hombre, un brahmán, de pura estirpe y puro nacimiento, cuyo nombre era Raja Ram Dohan Roy. Antes de convertirse en un hombre, escribió un libro en el que demostraba la falsedad de todo politeísmo y la verdad de la existencia del Dios vivo. Esto le acarreó persecución. En 1830, este hombre fundó una sociedad conocida como el Brahmo-Somaj: la sociedad de los adoradores del único Dios vivo.

«El Brahmo-Somaj fundó este monoteísmo inspirándose en las antiguas Escrituras hindúes, los Vedas y los Upanishads.

«Con el paso del tiempo, a medida que el movimiento crecía, los miembros

comenzaron a dudar de que las Escrituras hindúes fueran realmente infalibles. En lo más profundo de sus almas creían oír una voz que, aquí y allá, al principio con acentos débiles, contradecía a los Vedas y a los Upanishads. ¿Cuáles serán nuestros principios teológicos? ¿Sobre qué principios se sustentará nuestra religión? Los débiles acentos con los que se planteó la pregunta al principio se hicieron cada vez más fuertes y encontraron un eco cada vez mayor en la floreciente sociedad religiosa, hasta que se convirtió en el más práctico de todos los problemas: ¿en qué libro se basará toda verdadera religión?

«En resumen, llegaron a la conclusión de que era imposible que las escrituras hindúes fueran el único registro de la verdadera religión. Descubrieron que, aunque había verdades en las escrituras hindúes, no podían reconocerlas como el único estándar infalible de la realidad espiritual. Así que, veintiún años después de la fundación del Brahmo-Somaj, se abandonó la doctrina de la infalibilidad de las escrituras hindúes.

"Entonces surgió otra pregunta. ¿Acaso no hay también otras escrituras? ¿No les dije el otro día que en el trono imperial de la India se sentaba ahora el cristianismo con el Evangelio de la Paz en una mano y el cetro de la civilización en la otra? La Biblia ha penetrado en la India. La Biblia es el libro que la humanidad no debe ignorar. Por lo tanto, al reconocer, por un lado, la gran inspiración de las escrituras hindúes, no podíamos dejar de reconocer, por otro lado, la inspiración y la autoridad de la Biblia. Y en 1861 publicamos un libro en el que se incluían extractos de todas las escrituras, como el libro que debía leerse durante nuestras devociones. No fue el misionero cristiano quien nos llamó la atención sobre la Biblia; no fueron los sacerdotes musulmanes quienes nos mostraron los excelentes pasajes del Corán; tampoco fue ningún zoroástrico quien nos predicó la grandeza de su Zend-Avesta; sino que en nuestros corazones estaba el Dios de la realidad infinita, la fuente de inspiración de todos los libros —de la Biblia, del Corán, del Zend-Avesta—, quien dirigió nuestra atención hacia las excelencias reveladas en el relato de las experiencias sagradas en todas partes. Fue gracias a su guía y a su luz que reconocimos estos hechos, y sobre la roca de la realidad eterna e inmutable se sentaron los cimientos de nuestra teología.

«¿Era teología sin moralidad? ¿Qué es la inspiración de este libro o la autoridad de aquel profeta sin santidad personal —la pureza de este templo creado por Dios? Poco después de haber superado

nuestra teología, nos dimos cuenta de que no éramos hombres buenos, de mente pura, hombres santos, y que había innumerables males a nuestro alrededor, en nuestros hogares, en nuestras costumbres nacionales, en la organización de nuestra sociedad. Por lo tanto, el Brahmo-Somaj se dedicó a continuación a la reforma de la sociedad. En 1851 se celebró el primer matrimonio mixto. En la India, el matrimonio mixto significa la unión de personas que pertenecen a diferentes castas. La casta es una especie de muralla china que rodea a cada hogar y a cada pequeña comunidad, y más allá de cuyos límites ningún hombre o mujer audaz debe aventurarse. En el Brahmo-Somaj nos preguntamos: «¿Debe esta muralla china deshonrar para siempre la libertad de los hijos de Dios?». ¡No! Derribémosla; abajo con ella, y fuera.

"A continuación, mi estimado líder y amigo, Keshub Chunder Sen, se encargó de que se llevaran a cabo matrimonios entre diferentes castas. Los brahmanes se sintieron ofendidos. Los sabelotodos sacudieron la cabeza; incluso los líderes del Brahmo-Somaj se encogieron de hombros y se metieron las manos en los bolsillos. 'Estos jóvenes agitadores', dijeron, 'van a incendiar a toda la sociedad'. Pero se celebraron los matrimonios mixtos, y también los matrimonios de viudas.

«¿Sabes qué son las viudas de la India? Una niña de diez o doce años pierde a su esposo antes de conocer bien sus rasgos, y desde esa tierna edad hasta el día de su muerte tendrá que pasar por penitencias, austeridades, miserias, soledad y deshonra de las que te estremecerías al oír hablar. No apruebo ni comprendo la conducta de una mujer que se casa una primera vez, luego una segunda, luego una tercera y una cuarta —que se casa tantas veces como hay estaciones en el año—. No comprendo la conducta de tales hombres y mujeres. Pero creo que cuando una niña de once años pierde a quien los hombres llaman su esposo, someterla a la miseria de una viudez de por vida e infligirle sufrimientos que avergonzarían a un criminal es un acto de inhumanidad del que no se puede deshacerse lo suficientemente pronto. De ahí los matrimonios entre parientes y los matrimonios de viudas. Así nos enfrentamos al problema de la mejora social y doméstica, y el resultado de ello fue que muy pronto se produjo una ruptura en

el Brahmo-Somaj. Nosotros, los jóvenes, tuvimos que irnos —nosotros, con toda nuestra reforma social— y arreglárnoslas como mejor pudiéramos. Cuando estas reformas sociales se completaron parcialmente, surgió otra pregunta.

«Nos habíamos casado con las viudas; habíamos evitado la quema de las viudas; ¿qué hay de nuestra pureza personal, de la santificación de nuestras propias conciencias, de la regeneración de nuestras propias almas? ¿Qué hay de nuestra aceptación ante el terrible tribunal del Dios de la justicia infinita? La reforma social y la realización del bien público solo son legítimas en sí mismas cuando se desarrollan en el principio universal de la pureza personal y la santidad del alma.

"Amigos míos, confieso que a menudo tengo miedo cuando contemplo la condición de la sociedad europea y estadounidense, donde sus actividades son tan múltiples y su trabajo tan extenso que se ahogan en él, y tienen poco tiempo para considerar las grandes cuestiones de la regeneración, de la santificación personal, de la prueba y el juicio, y de la aceptación ante Dios. Esa es la pregunta de todas las preguntas.

"Tras concluir la labor de nuestra reforma social, nos vimos llevados, por lo tanto, al gran tema: ¿Cómo se regenerará esta naturaleza no regenerada? ¿Qué aguas lavarán este templo mancillado para devolverlo a un estado nuevo y puro? Todos estos motivos, deseos e impulsos malignos, las inspiraciones animales, ¿qué pondrá fin a todos ellos y hará del hombre lo que era: el hijo inmaculado de Dios, como lo fue Cristo, como lo fueron todos los hombres regenerados? Primero, el principio teológico; luego, el principio moral; y en tercer lugar, lo espiritual del Brahmo-Somaj: devociones, arrepentimiento, oración, alabanza, fe; entregándonos total y absolutamente al espíritu de Dios y a su amor salvador.

[Este filósofo pagano solo percibe de manera parcial lo que es el pecado, como lo indica su expresión: «un hijo inmaculado de Dios… como lo fueron *todos los hombres regenerados*». No ve que incluso los mejores de la raza caída están lejos de ser realmente impecables, inmaculados, perfectos; de ahí que todos necesiten el mérito de la perfección de Cristo y su sacrificio expiatorio para ser justificados.

Habla de oraciones, fe, etc., y de la misericordia de Dios, pero aún no ha aprendido que la justicia es el fundamento que sustenta todos los designios de Dios; y que solo a través del mérito del sacrificio de Cristo puede Dios ser justo y, al mismo tiempo, el justificador de los pecadores que creen en Cristo, y así cubiertos por su gran expiación por el pecado, realizada hace dieciocho siglos —de una vez por todas— para ser atestiguada a todos a su debido tiempo.]

«Las aspiraciones morales no significan santidad; el *deseo* de ser bueno no significa *ser bueno*. El buey que carga sobre su lomo cien libras de azúcar no saborea ni un grano de dulzura debido a su carga insoportable. Y todas nuestras aspiraciones, y todos nuestros buenos deseos, y todos nuestros hermosos sueños, y los hermosos sermones, ya sea escuchándolos o pronunciándolos —ya sea durmiéndonos con ellos o escuchándolos con atención—, nunca harán que la vida sea perfecta. Solo la devoción, la oración, la percepción directa del espíritu de Dios, la comunión con él, la humillación absoluta ante su majestad, el fervor devocional, la emoción devocional, la absorción espiritual, vivir y moverse en Dios: ese es el secreto de la santidad personal. Y en la tercera etapa de nuestro camino, por lo tanto, las emociones espirituales, las largas devociones, el fervor intenso, la contemplación, la humillación sin fin, no solo ante Dios sino ante los hombres, se convirtieron en la regla de nuestras vidas. Dios es invisible; no perjudica a nadie ni lo hace parecer menos respetable si le dice a Dios: «Soy un pecador; perdóname». Pero hacer tus confesiones ante los hombres, humillarte ante tus hermanos y hermanas, quitar el polvo de los pies de los hombres santos, sentir que eres un ser miserable y desdichado en la santa congregación de Dios —eso requiere un poco de auto humillación, un poco de valor moral.

«El último principio que debo abordar es el carácter progresista del Brahmo-Somaj.

«El cristianismo proclama la gloria de Dios; el hinduismo habla de su excelencia infinita y eterna; el islam, con fuego y espada, demuestra la omnipotencia de su voluntad; el budismo dice cuán pacífico y gozoso es Él. Él es el

Dios de todas las religiones, de todas las denominaciones, de todas las tierras, de todas las escrituras, y nuestro progreso radica en armonizar estos diversos sistemas, estas diversas profecías y desarrollos en un solo gran sistema. De ahí que el nuevo sistema de religión en el Brahmo-Somaj se denomine la Nueva Dispensación. El cristiano habla con admiración del cristianismo; lo mismo hace el judío del judaísmo; lo mismo hace el musulmán del Corán; lo mismo hace el zoroástrico del Zend-Avesta. El cristiano admira sus principios de cultura espiritual; el hindú hace lo mismo; el musulmán hace lo mismo.

«Pero el Brahmo-Somaj acepta y armoniza todos estos preceptos, sistemas, principios, enseñanzas y disciplinas, y los convierte en un solo sistema, y esa es su religión. Durante toda una década, mi amigo Keshub Chunder Sen, yo mismo y otros apóstoles del Brahmo-Somaj hemos viajado de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, de continente en continente, proclamando esta nueva dispensación y la armonía de todas las profecías y sistemas religiosos para la gloria del único Dios verdadero y vivo. Pero somos una raza sometida; carecemos de educación; somos incapaces; no contamos con los recursos económicos para lograr que la gente escuche nuestro mensaje. En el momento oportuno, ustedes han convocado este augusto Parlamento de las religiones, y el mensaje que nosotros no pudimos difundir, ustedes lo han tomado en sus manos para difundirlo.

«No vengo a las sesiones de este Parlamento como un mero estudiante, ni como alguien que tenga que justificar su propio sistema. Vengo como discípulo, como seguidor, como hermano. Que sus esfuerzos sean bendecidos con prosperidad, y no solo serán exaltados su cristianismo y su América, sino que el Brahmo-Somaj se sentirá sumamente exaltado; y este hombre pobre que ha recorrido una distancia tan larga para suplicar su simpatía y su bondad se sentirá ampliamente recompensado.

«Que la difusión de la Nueva Dispensación recaiga sobre ustedes y los convierta en nuestros hermanos y hermanas. Representantes de todas las religiones, que todas sus religiones se fusionen en la Paternidad de Dios y la hermandad del hombre, para que se cumpla la profecía de Cristo, se cumpla la esperanza del mundo y la humanidad se convierta en un solo reino con Dios, nuestro Padre».

Aquí tenemos una declaración clara del objetivo y las esperanzas de estos filósofos visitantes; ¿y quién dirá que no aprovecharon sus oportunidades? Si antes escuchamos mucho ante el Parlamento acerca de la paternidad de Dios y la hermandad de los hombres no regenerados —sin reconocer la necesidad de un Salvador, el redentor, para hacer reconciliación por la iniquidad y abrir «un camino nuevo y vivo [de regreso a la familia de Dios] a través del velo, es decir, su carne»—, hemos escuchado mucho más de lo mismo desde entonces. Si antes de la Asamblea oímos hablar de la redención de la sociedad mediante reformas morales, en oposición a la redención por la preciosa sangre, desde entonces hemos oído aún más de esta religión sin Cristo. Es la etapa final de la apostasía de estos últimos días de la edad evangélica. Continuará y se intensificará: las Escrituras declaran que «mil caerán a tu lado»; y el apóstol Pablo insta: «Tomad toda la armadura de Dios, para que *podáis resistir* en aquel día malo»; y Juan el de la Apocalipsis pregunta significativamente pregunta: «¿Quién podrá resistir?» El tenor general de las Escrituras indica que es la voluntad de Dios que ahora venga una gran *prueba* sobre todos los que han invocado el nombre de Cristo, y que toda la gran masa de los que profesan ser «trigo» pero son «cizaña» se aparten de toda profesión de fe en el *sacrificio de* rescate realizado de una vez por todas por nuestro Señor Jesús; porque nunca recibieron esta verdad con amor.– 2 Tes. 2:10-12.

UNA VOZ DESDE JAPÓN

Cuando Kinza Ringe M. Harai, el erudito budista japonés, leyó su ponencia sobre «La verdadera postura de Japón hacia el cristianismo», algunos de los misioneros cristianos en el estrado fruncieron el ceño y sacudieron la cabeza en señal de desaprobación. Pero el budista dirigió sus mordaces reprimendas a los falsos cristianos que tanto han hecho para obstaculizar la obra de difundir el evangelio en Japón. A continuación se presenta la ponencia:

«Hay muy pocos países en el mundo tan malinterpretados como Japón. Entre los innumerables juicios injustos, el pensamiento religioso de mis compatriotas es

especialmente tergiversado, y a toda la nación se la condena como pagana. Ya sean paganos, idólatras o cualquier otra cosa, es un hecho que, desde el inicio de nuestra historia, Japón ha recibido todas las enseñanzas con mente abierta; y también que las enseñanzas que llegaron del exterior se han entremezclado con la religión autóctona en total armonía, como lo demuestran los numerosos templos construidos en nombre de la verdad con una denominación mixta de budismo y sintoísmo; como se ve en la afinidad entre los maestros del confucianismo y el taoísmo, u otros «ismos», y los budistas y sacerdotes sintoístas; como se ve en el japonés común, quien rinde homenaje a todas las enseñanzas mencionadas anteriormente; como se ve en la peculiar construcción de las casas japonesas, que suelen tener dos habitaciones, una para un templo budista en miniatura y la otra para un pequeño santuario sintoísta, ante el cual la familia estudia las respectivas escrituras de las dos religiones. En realidad, la religión sintética es la especialidad japonesa, y no dudaré en llamarla «japonismo».

«Pero protestarán y dirán: "¿Por qué, entonces, el cristianismo no es tan calurosamente aceptado por su nación como otras religiones?". Este es el punto que deseo presentarles especialmente. Hay dos razones por las que el cristianismo no es recibido con tanta cordialidad. Esta gran religión se extendió ampliamente en nuestro país, pero en 1637 los misioneros cristianos, junto con los conversos, provocaron una rebelión trágica y sangrienta contra la patria, y se entendió que esos misioneros pretendían someter a Japón a su propia patria. Esto conmocionó a Japón, y al gobierno del shogún le tomó un año sofocar esta terrible y intrusiva conmoción. A quienes nos acusan de que nuestra patria prohibió el cristianismo, no ahora, sino en una época pasada, les responderé que no fue por antipatía religiosa o racial, sino para evitar otra insurrección semejante; y para proteger nuestra independencia nos vimos obligados a prohibir la difusión de los evangelios.

«Si nuestra historia no hubiera tenido tal registro de devastación extranjera bajo el disfraz de la religión, y si nuestro pueblo no hubiera tenido un horror y un prejuicio hereditarios contra el nombre del cristianismo, este podría haber sido acogido con entusiasmo por toda la nación. Pero

este incidente ya pasó, y podemos olvidarlo. Sin embargo, no es del todo irrazonable que la sospecha aterrorizada —o, si se quiere, la superstición— de que el cristianismo es un instrumento de depredación se haya despertado, de manera evitable o inevitable, en la mente oriental, cuando es un hecho reconocido que algunas de las poderosas naciones de la cristiandad están invadiendo gradualmente Oriente, y cuando la siguiente circunstancia se nos graba a diario en la mente, reviviendo un vívido recuerdo del suceso histórico pasado. La circunstancia de la que voy a hablar es nuestra propia experiencia actual, sobre la cual llamo especialmente la atención de este Parlamento, y no solo de este Parlamento, sino también de toda la cristiandad.

«Desde 1853, cuando el comodoro Perry llegó a Japón como embajador del presidente de los Estados Unidos de América, nuestro país comenzó a ser mejor conocido por todas las naciones occidentales; se abrieron ampliamente los nuevos puertos y se abolió la prohibición de los evangelios, tal como era antes de la rebelión cristiana. Mediante la convención celebrada en Yeddo, hoy Tokio, en 1858, se estipuló el tratado entre Estados Unidos y Japón, así como con las potencias europeas. Era la época en que nuestro país aún se encontraba bajo el gobierno feudal; y debido a que habíamos estado aislados durante más de dos siglos desde la rebelión cristiana de 1637, la diplomacia era una experiencia bastante nueva para los funcionarios feudales, quienes depositaron toda su confianza en las naciones occidentales y, sin ninguna modificación, aceptaron todos los artículos del tratado presentado por los gobiernos extranjeros. De acuerdo con el tratado, nos encontramos en una situación muy desfavorable; y, entre otros, hay dos artículos destacados que nos privan de nuestros derechos y ventajas. Uno es la extraterritorialidad de las naciones occidentales en Japón, por la cual todos los casos relacionados con derechos —ya sean de propiedad o personales— que surjan entre los súbditos de las naciones occidentales en mi país, así como entre ellos y los japoneses, están sujetos a la jurisdicción de las autoridades de las naciones occidentales. Otro se refiere a los aranceles, respecto a los cuales, con la excepción de un 5 por ciento ad valorem, no tenemos derecho a imponerlos donde sería adecuado hacerlo.

«También se estipula que cualquiera de las partes contratantes de este tratado, previa notificación de un año a la otra, podrá exigir su revisión a partir del 1 de julio de 1872. Por lo tanto, en 1871 nuestro gobierno exigió una revisión, y desde entonces la hemos solicitado constantemente, pero los gobiernos extranjeros simplemente han ignorado nuestras peticiones, dando muchas excusas. Una parte del tratado entre los Estados Unidos de América y Japón relativa a los aranceles fue anulada, por lo cual agradecemos con sincera gratitud a la bondadosa nación estadounidense; pero lamento decir que, como ninguna potencia europea ha seguido los pasos de Estados Unidos en este sentido, nuestro derecho arancelario permanece en la misma situación que antes.

«No tenemos autoridad judicial sobre los extranjeros en Japón y, como consecuencia natural, estamos sufriendo agravios, tanto legales como morales, cuyos relatos aparecen constantemente en nuestros periódicos nacionales. Como los occidentales viven lejos de nosotros, desconocen las circunstancias exactas. Probablemente escuchan de vez en cuando los informes de los misioneros y sus amigos en Japón. No niego que sus informes sean ciertos; pero si alguien desea obtener información inequívoca sobre su amigo, debe escuchar las opiniones acerca de él desde múltiples perspectivas. Si examinas detenidamente, con mente imparcial, los agravios que sufrimos, te sorprenderás. Entre los muchos tipos de injusticias hay algunas que antes eran totalmente desconocidas y que son completamente nuevas para nosotros, los "paganos", ninguno de los cuales se atrevería a mencionarlas ni siquiera en una conversación privada.

«Una de las excusas que esgrimen las naciones extranjeras es que nuestro país aún no está civilizado. ¿Acaso el principio del derecho civilizado establece que se deban sacrificar los derechos y beneficios de los llamados "incivilizados" o de los más débiles? Según tengo entendido, el espíritu y la necesidad del derecho consisten en proteger los derechos y el bienestar de los más débiles frente a la agresión de los más fuertes; pero en mis limitados estudios de derecho nunca he aprendido que los más débiles deban ser sacrificados en beneficio de los más fuertes. Otro tipo de justificación proviene de fuentes religiosas, y se afirma que los japoneses son idólatras y paganos. Si nuestro pueblo es idólatra o no, lo sabrán de inmediato si investigan nuestras creencias religiosas sin prejuicios, a partir de fuentes japonesas auténticas.

«Pero admitiendo, a efectos del argumento, que somos idólatras y paganos, ¿es moral cristiana pisotear

los derechos y ventajas de una nación no cristiana, tiñendo toda su felicidad natural con la oscura mancha de la injusticia? Leí en la Biblia: "Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra"; pero no puedo encontrar allí ningún pasaje que diga: "Si alguien te exige justicia, golpéale en la mejilla derecha, y cuando se dé la vuelta, golpéale también en la otra". De igual manera, leí en la Biblia: «Si alguien te demanda ante la ley y te quita la camisa, déjale también tu manto»; pero no encuentro allí ningún pasaje que diga: «Si tú demandas a alguien ante la ley y le quitas la camisa, que él te dé también su manto».

«Ustedes envían a sus misioneros a Japón, y ellos nos aconsejan que seamos morales y creamos en el cristianismo. Nos gusta ser morales, sabemos que el cristianismo es bueno y estamos muy agradecidos por esta bondad. Pero, al mismo tiempo, nuestro pueblo está bastante perplejo y tiene muchas dudas sobre este consejo cuando pensamos que el tratado estipulado en la época del feudalismo, cuando aún éramos jóvenes, sigue siendo respetado a rajatabla por las potencias de la cristiandad; cuando vemos que cada año un buen número de embarcaciones occidentales dedicadas a la caza de focas entran de contrabando en nuestras aguas; cuando los casos legales siempre son resueltos por las autoridades extranjeras en Japón en nuestro contra; cuando hace algunos años a un japonés no se le permitió ingresar a una universidad en la costa del Pacífico de Estados Unidos por ser de otra raza; cuando hace unos meses la junta escolar de San Francisco promulgó una norma que prohíbe que los japoneses ingresen a las escuelas públicas de allí; cuando el año pasado los japoneses fueron expulsados en masa de uno de los territorios de los Estados Unidos de América; cuando nuestros empresarios en San Francisco fueron obligados por algún sindicato a no emplear a asistentes o trabajadores japoneses, sino a estadounidenses; cuando hay quienes, en la misma ciudad, se pronuncian desde las tribunas en contra de aquellos de nosotros que ya estamos aquí; cuando hay muchos hombres que desfilan en procesiones enarbolando linternas con la leyenda «Los japoneses deben irse»; cuando a los japoneses en las islas de Hawái se les priva de su derecho al voto; cuando vemos a algunos occidentales en Japón que erigen frente a la entrada de sus casas un poste especial en el que

se lee: «No se permite la entrada a ningún japonés», igual que un letrero en el que está escrito: «No se admiten perros»; cuando nos encontramos en tal situación, ¿es irrazonable —a pesar de la bondad de las naciones occidentales, desde cierto punto de vista, que nos envían a sus misioneros— que nosotros, los «paganos» inteligentes, nos sintamos avergonzados y dudemos en beber el líquido dulce y cálido del paraíso del cristianismo? Si tal es la ética cristiana, pues bien, estamos perfectamente satisfechos de ser paganos.

«Si alguien afirmara que hay muchas personas en Japón que hablan y escriben en contra del cristianismo, no soy un hipócrita, y diré con franqueza que fui el primero en mi país en atacar públicamente al cristianismo —*no, no al cristianismo verdadero, sino al cristianismo falso*, a los agravios que nos han infligido los pueblos de la cristiandad—. Si alguien reprende a los japoneses por haber tenido sociedades fuertemente anticristianas, declararé honestamente que fui el primero en Japón en organizar una sociedad contra el cristianismo —*no, no contra el cristianismo verdadero, sino para protegernos del cristianismo falso* y de la injusticia que recibimos de la gente de la cristiandad. No piensen que adopté esa postura por ser budista, pues esta era mi postura muchos años antes de ingresar al templo budista. Pero al mismo tiempo afirmaré con orgullo que, si alguien discutió la afinidad de todas las religiones ante el público, bajo el título de «Religión Sintética», ese fui yo. Les digo esto porque no deseo que se me interprete como un budista sectario e intolerante.

«En realidad, en mi país no hay sectarios. Nuestra gente sabe muy bien qué es la verdad abstracta en el cristianismo, y a nosotros —o al menos a mí— no nos importan los nombres cuando hablo desde el punto de vista de la enseñanza. Ya sea que al budismo se le llame cristianismo o que al cristianismo se le llame budismo, ya sea que se nos llame confucianistas o sintoístas, no nos importa; pero sí nos importa la verdad que se enseña y su aplicación coherente. Ya sea que Cristo nos salve o nos lleve al infierno, ya sea que Gautama Buda haya sido una persona real o que nunca haya existido tal hombre, eso no es motivo de consideración para nosotros, sino que la coherencia de la doctrina y la conducta es el punto en el que nos

damos mayor importancia. Por lo tanto, a menos que se renuncie a la incoherencia que observamos y, especialmente, se revise sobre una base equitativa el tratado injusto al que estamos sujetos, nuestro pueblo nunca se deshará de sus prejuicios sobre el cristianismo, a pesar del elocuente orador que proclama su verdad desde el púlpito. Con mucha frecuencia se nos llama «bárbaros», y he oído y leído que los japoneses son obstinados y no pueden comprender la verdad de la Biblia. Admito que esto es cierto en cierto sentido, pues, aunque admiran la elocuencia del orador y se maravillan de su valentía, aunque aprueban su argumento lógico, son muy obstinados y no se unirán al cristianismo mientras crean que es una moral occidental predicar una cosa y practicar otra...

«Si alguna religión enseña injusticia a la humanidad, me opondré a ella, como siempre me he opuesto, con mi sangre y mi alma. Seré el más acérrimo disidente del cristianismo, o seré el más ferviente admirador de su Evangelio. A los promotores del Parlamento y a las damas y caballeros del mundo aquí reunidos, les declaro que su objetivo es la realización de la Unión Religiosa, no de manera nominal, sino práctica. Nosotros, los cuarenta millones de almas de Japón, firmes y persistentes sobre la base de la justicia internacional, esperamos aún más manifestaciones en cuanto a la moralidad del cristianismo».

¡Qué comentario es este sobre las causas del fracaso de la cristiandad para convertir al mundo a la verdad y a la justicia! ¡Y cómo exige humildad y arrepentimiento, en lugar de jactancia!

Herant M. Kiretchjian, de Constantinopla, dio a conocer la voz de los jóvenes de Oriente de la siguiente manera:

«Hermanos del país del sol naciente de todas las tierras: me presento aquí para representar a los jóvenes de Oriente, en particular desde la tierra de las pirámides hasta los campos de hielo de Siberia, y en general desde las costas del Egeo hasta las aguas de Japón. Pero en esta maravillosa tribuna del Parlamento de las Religiones, donde me encuentro junto a los hijos de Oriente frente al público estadounidense, mi primer pensamiento es decirles que, sin saberlo, han convocado a un consejo de sus acreedores.

No hemos venido a liquidar sus asuntos, sino a desentrañar sus corazones. Consulten sus libros y comprueben si nuestra reclamación no es justa. Les hemos dado ciencia, filosofía, teología, música y poesía, y hemos escrito la historia para ustedes a un costo enorme. Y además, de la luz que brilló sobre nuestras tierras desde el cielo, han surgido aquellos que serán para siempre su nube de testigos y su inspiración: los santos, apóstoles, profetas, mártires. Y con ese rico capital han amasado una fortuna estupenda, de modo que sus activos ocultan de sus ojos sus pasivos. No queremos compartir su riqueza, pero es justo que recibamos nuestro dividendo y, como de costumbre, es un joven quien presenta los comprobantes.

«No pueden pagar este dividendo con dinero. Su oro lo quieren para ustedes mismos. Su plata ha caído en desgracia. Queremos que nos den un rico dividendo con toda la simpatía de sus corazones. Y, como el artesano que, a juzgar por su peso, arroja a su crisol pepitas de diferentes formas y colores, y, después de que el fuego y el fundente han hecho su trabajo, lo vierte y he aquí que fluye oro puro, así, habiendo reunido a los hijos de los hombres de los confines de la tierra, y teniéndolos aquí ante ustedes en el crisol del pensamiento sincero y la búsqueda honesta de la verdad, descubran, cuando este Parlamento haya concluido, que de entre los prejuicios de raza y dogma, y de la variedad de costumbres y cultos, no brota ante sus ojos más que el oro puro de la humanidad; y de ahí en adelante piensen en nosotros, no como extranjeros en tierras ajenas, sino como sus hermanos, en China, Japón e India, sus hermanas en las islas de Grecia y en las colinas y valles de Armenia, y nos habrán dado tal recompensa desde sus corazones, y habrán recibido a su vez tal bendición, que esta será una tierra de Beulah de la profecía para los tiempos venideros, y hará resonar el eco de esa dulce canción que una vez se escuchó en nuestra tierra: «Paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres».

“Se les ha hablado tanto aquí, por parte de hombres de sabiduría y experiencia en la vida religiosa del gran Oriente, que no esperarían que yo agregara nada a ello. Tampoco me habría parado aquí con la presunción de brindarles más información sobre las religiones del mundo. Pero hay una nueva raza de hombres que ha surgido de todo el gran pasado, cuya influencia será sin duda un factor de suma importancia en la labor de la humanidad en el próximo siglo. Son el resultado de todo el pasado, entrando en contacto con la nueva vida del presente; me refiero a los jóvenes de Oriente; aquellos que se están preparando para tomar posesión de la tierra junto con sus hermanos del gran Occidente.

«Les traigo una filosofía de las orillas del Bósforo y una religión de la ciudad de Constantino. Todas mis firmes convicciones y deducciones que han madurado en mi interior durante los últimos años se han visto sacudidas hasta sus raíces bajo la influencia de este Parlamento. Pero hoy encuentro que esas raíces están aún más profundas en mi corazón, y que las ramas se elevan más alto hacia los cielos. No pretendo traerles nada nuevo, pero si todas las deducciones les parecen lógicas a partir de premisas que la inteligencia humana puede aceptar, entonces confío en que nos reconocerán una intención honesta y nos concederán el derecho, como seres inteligentes, a aferrarnos a lo que les presento ante ustedes.

«Cuando los jóvenes de hoy eran niños, no escuchaban ni veían cada día de sus vidas más que enemistad y separación entre hombres de diferentes religiones y nacionalidades. No hace falta que me detenga a explicarles la influencia que una vida así tuvo en los jóvenes, quienes se vieron separados y en bandos preparados para la batalla contra sus propios hermanos, con quienes tenían que relacionarse en las actividades cotidianas de la vida. Y a medida que la luz de la educación y las ideas de libertad comenzaron a extenderse por todo Oriente hacia finales de este siglo, este yugo se volvió más opresivo para los jóvenes de Oriente, y la carga, demasiado pesada de soportar.

«Los jóvenes de todas las nacionalidades que he mencionado, quienes durante los últimos treinta años han recibido su educación en las universidades de París, Heidelberg, Berlín y otras ciudades de Europa, así como en el Liceo Imperial de Constantinopla, han estado, consciente o inconscientemente, de manera pasiva o agresiva, tejiendo el entramado de su religión, de modo que para los miles de jóvenes, para quienes su voz es un oráculo, esto ha sido como una bendición y ha conquistado sus corazones y mentes.

«Encuentran a sus hermanos en gran número en todas las ciudades de Oriente donde la civilización europea ha tenido menor presencia, y apenas hay ciudad que no haya sentido su influencia antes de que termine el siglo. Su religión es la más nueva de todas las religiones, y no la habría mencionado

a esta tribuna de no ser porque es una de las influencias más poderosas que actúan en Oriente y con la que nosotros, los jóvenes religiosos del Este, tenemos que lidiar de manera eficaz, si queremos ejercer la más mínima influencia sobre los pueblos de nuestras respectivas tierras.

«Porque, recuerden, hay hombres inteligentes, hombres de excelentes dotes, hombres que, junto con todos los jóvenes de Oriente, han demostrado que en todas las artes y ciencias, en los mercados del mundo civilizado, en los ejércitos de las naciones y a la diestra de los reyes, son iguales a cualquier raza de hombres, desde la salida del sol hasta su puesta. Son, además, en su mayoría, hombres de las mejores intenciones y las convicciones más sinceras, y, cuando escuchen su opinión sobre la religión y piensen en la posición que ocupan, estoy seguro de que, como miembros del Parlamento Religioso, no podrán sentir más que la mayor preocupación por ellos y por las tierras en las que habitan.

«Yo represento, personalmente, a los jóvenes religiosos de Oriente; pero permítanme, en nombre de los jóvenes de la religión más nueva, dirigirme ante ustedes a los apóstoles de todas las religiones: "Vienen a nosotros en nombre de la religión para traernos lo que ya tenemos. Creemos que el hombre se basta a sí mismo, si, como dicen, un Dios perfecto lo ha creado. Si lo dejan en paz, será todo lo que debe ser. Edúquenlo, entrénenlo, no lo aten de pies y manos, y será un hombre perfecto, digno de ser hermano de cualquier otro hombre. La naturaleza ha dotado suficientemente al hombre, y deberían usar todo lo que se les ha dado en su inteligencia antes de molestar a Dios para que les dé más. Además, nadie ha encontrado a Dios. Tenemos toda la inspiración que queremos en la dulce poesía y la música encantadora, y en la compañía de hombres y mujeres refinados y cultos. Si vamos a escucharla, nos gustaría que Händel nos hablara del Mesías, y si los cielos resuenan, basta con tener la interpretación de Beethoven.

"'No tenemos nada en contra de ustedes, los cristianos, pero en cuanto a todas las religiones, debemos decir que le han causado el mayor daño posible a la humanidad al enfrentar a los hombres entre sí y a las naciones entre sí. Y ahora, para empeorar aún más las cosas, en esta

día de sentido común superlativo, vienen ustedes a llenar las mentes de los hombres con cosas imposibles y a sobrecargar sus cerebros con discusiones interminables sobre mil sectas. Porque hay muchos a quienes he escuchado antes que a ustedes, y sé cuántos podrían seguirles. Los consideramos, de entre todos los hombres, a quienes hay que evitar, pues su filosofía y sus doctrinas están sembrando pesimismo por toda la tierra».

"Entonces, con un instinto religioso y el respeto innato que tienen todos los orientales, tengo que decir de repente: 'Pero, miren, no somos infieles, ni ateos, ni escépticos. Simplemente no tenemos tiempo para esas cosas. Estamos llenos de la inspiración para la vida más elevada y deseamos la libertad para todos los jóvenes del mundo. Tenemos una religión que une a todos los hombres de todas las tierras y llena la tierra de alegría. Satisface todas las necesidades humanas y, por lo tanto, sabemos que es la verdadera religión, especialmente porque produce paz y la mayor armonía. Por eso, no queremos ninguno de sus 'ismos' ni ningún otro sistema o doctrina. No somos materialistas, socialistas, racionalistas ni pesimistas, y tampoco somos idealistas. Nuestra religión es la primera que existió, y también es la más nueva de las nuevas: somos caballeros. En nombre de la paz y la humanidad, ¿no pueden dejarnos en paz? Si nos invitan de nuevo en nombre de la religión, tendremos un compromiso previo, y si nos llaman de nuevo para predicar, no estaremos en casa».

"Este es el joven oriental, como el laurel verde. Y cuando uno fallece, de modo que ya no lo encuentras en su lugar, hay veinte para llenar el vacío. Créeme, no he exagerado; pues palabra por palabra, y diez veces más que esto, lo he oído de boca de hombres inteligentes del ejército y la marina, de hombres de negocios y de la magistratura, en conversaciones y debates profundos, en las calles de Constantinopla, en los barcos del Cuerno de Oro y del Bósforo, en Rumania y Bulgaria, así como en París y Nueva York y en el Auditorio de Chicago, de turcos y armenios, de griegos y hebreos, así como de búlgaros y serbios, y puedo decirles que este nuevo sustituto de la religión, que custodia las puertas del comercio y la literatura, la ciencia y el derecho, a lo largo de Europa y Oriente, es una fuerza sumamente poderosa en la configuración de los destinos de las naciones del este, y debe tenerse en cuenta de manera inteligente al pensar en el futuro de la religión, y debe ser enfrentada con un argumento tan poderoso a los ojos de los jóvenes de Oriente como aquel que la ciencia y la literatura han puesto en manos del gran ejército de la nueva clase de caballeros.

«Hay otra clase de jóvenes en Oriente, que se autodenominan los jóvenes religiosos y que se aferran a la

antigua fe de sus padres. Permítanme atribuir también a estos jóvenes la honestidad de propósito, la inteligencia de mente, así como una firme convicción. También por ellos vengo a hablarles, y al hablar por ellos hablo también por mí mismo. Naturalmente, verán que tenemos que estar desde los primeros días en contacto con la Nueva Religión; así que permítanme llamarla así por conveniencia. Tenemos que estar en los institutos y universidades junto a esos mismos jóvenes. Tenemos que caminar de la mano con ellos en todas las ciencias e historia, literatura, música y poesía, y, naturalmente, con ellos compartimos la firme creencia en toda deducción científica y nos aferramos a cada principio de la libertad humana.

«En primer lugar, todos los jóvenes de Oriente que tienen las más profundas convicciones religiosas defienden la dignidad del hombre. Lamento tener que comenzar por aquí; pero, de las voces y argumentos combinados de las filosofías y teologías, surge ante nosotros una inferencia tan ineludible de una humanidad imperfecta que tenemos que manifestarnos antes de poder hablar por nosotros mismos sobre cualquier religión y decir: "Creemos que somos hombres". Para nosotros, es una calumnia contra la humanidad y una acusación contra el Dios que creó al hombre decir que el hombre no es suficiente en sí mismo y que necesita que la religión venga a perfeccionarlo.

[Obsérvese cómo el hombre natural se acusa y se excusa al mismo tiempo. No se puede negar la imperfección; pero se reivindica el poder de hacernos perfectos con el tiempo, y así los paganos ignoran la necesidad de la «sangre preciosa» de la «ofrenda por el pecado», que Dios ha provisto, tal como ahora la *nie*gan los sabios mundanos de la cristiandad.]

«Es una difamación a la humanidad mirar a tal o cual familia de hombres y decir que muestran concepciones de bondad y verdad, altos ideales y una vida por encima de los simples deseos animales, solo porque han recibido enseñanza religiosa de tal o cual hombre, o una Apocalipsis del cielo. Creemos que si el hombre es hombre, lo tiene todo en sí mismo, así como tiene todas sus capacidades corporales. ¿Me dirás que una coliflor que planto en el campo crece con belleza y perfección en sus volutas, y que mi cerebro, que el

mismo Dios ha creado cien mil veces más delicado y perfecto, no puede desarrollar sus circunvoluciones y realizar la labor que Dios pretendía que yo hiciera, ni tener las concepciones más elevadas que Él pretendía que yo tuviera; que un renacuajo indefenso se desarrollará y se convertirá en una rana con extremidades perfectas y elásticas y un pecho que se eleva y se hunde, y que las ranas se mantendrán juntas en satisfacción y croarán en unidad, y que los hombres necesitan religión y ayuda del exterior para poder desarrollarse hasta alcanzar la perfección de los hombres en cuerpo y alma, reconocer la hermandad del hombre y vivir en la tierra de Dios en paz? Yo digo que es una acusación contra Dios, quien creó al hombre, promulgar y aceptar cualquier doctrina de este tipo.

«Tampoco aceptamos las conclusiones infundadas de la ciencia. No tenemos nada que ver con los monos. Si quieren hablarnos, tendrán que acercarse a nosotros. *Existe un espíritu occidental de crear dificultades que no podemos entender*. Una de mis primeras experiencias en los Estados Unidos fue participar en una reunión de jóvenes damas y caballeros en la ciudad de Filadelfia. El tema de la velada era si los animales tenían el alma, y el gato ocupó un lugar destacado. Se leyeron ponencias muy serias y eruditas. Pero la conclusión fue que, al no saber exactamente qué es un gato ni qué es el alma, no podían decidir el asunto, aunque seguía siendo un tema serio que tenía que ver con la religión. Ahora supongamos que una niña armenia le preguntara a su mamá si los gatos tienen alma. Ella resolvería la pregunta de pasada y diría, por ejemplo: «Mi amorcito, debes bajar a ver si el agua está hirviendo (¿Qué te hizo pensar en eso? Por supuesto que los gatos tienen alma. Los gatos tienen almas de gatos y los hombres tienen almas de hombres). Ahora baja». Y la niña bajaría regocijándose en su humanidad. Y si mi dama armenia se enfrentara algún día al eslabón perdido del que tanto se habla, su ecuanimidad permanecería imperturbable y seguiría gozando de la gloria de la humanidad al informarte que el eslabón perdido tenía el alma de un eslabón perdido y el hombre tenía el alma de un hombre.

"Hasta aquí llegamos con los jóvenes de la clase de los caballeros, de la mano en el plano común de la humanidad. Pero aquí hay una encrucijada donde nos separamos y tomamos caminos muy divergentes. Gritamos: 'Déjennos en paz, y nos expandiremos y nos elevaremos a la altura de nuestro destino'; y, he aquí, nos encontramos con un poder invisible que no nos deja en paz. Descubrimos que podemos hacer casi todo en los ámbitos de la ciencia y el arte. Pero cuando se trata

A pesar de que seguimos nuestra concepción de lo que es elevado y noble, de lo que es correcto y necesario para nuestro desarrollo, nos falta la fuerza y el poder para avanzar hacia ello. Lo expreso de la manera más sencilla, pues no puedo extenderme más al respecto aquí. Pero el hecho, para nosotros, es tan real como la dignidad del hombre: existe un poder que desvía a hombres y mujeres del camino de la rectitud y el honor, por el que saben que deberían caminar. No se puede decir que sea algo inherente al hombre, pues sentimos que no nos pertenece. Y si no nos perteneciera, y si la concepción correcta del hombre fuera descender a la degradación y la miseria, a la rapacidad y al deseo de aplastar a su prójimo, diríamos: «Déjenlo en paz, y que haga lo que Dios quiso que hiciera».

«Así que, en resumen, le digo a cualquiera aquí presente que se esté preparando a condensar su credo: incluya esto antes de que llegue al punto de ebullición: "Y creo en el diablo, el archienemigo de Dios, el acusador de Dios ante el hombre". ¿Un solo diablo para todo el universo? No nos importa. ¿Una legión de demonios asediando a cada alma? No nos importa. Sabemos esto: que existe un poder fuera del hombre que lo desvía con gran fuerza. Y ningún poder en la tierra puede resistirlo.

«Y así, aquí viene nuestra religión. Si tienen una religión que ofrecer a los jóvenes de Oriente, debe venir acompañada de un poder que equilibre, sí, que contrarreste el poder del mal en el mundo. Solo entonces el hombre será libre para crecer y ser lo que Dios quiso que fuera. Queremos a Dios. Queremos el espíritu de Dios. Y la religión que nos llegue, bajo cualquier nombre o forma, debe traer eso; de lo contrario, para nosotros, no es religión. Y creemos en Dios, no en el Dios de los protoplasmas, que se esconde entre las moléculas de la materia, sino en Dios, de quien somos hijos.

«Así pues, colocamos como tercer punto de nuestra filosofía y reivindicamos la dignidad de Dios. ¿Acaso ha muerto la caballería? ¿Se ha desvanecido de los corazones de los hombres toda concepción de una vida elevada y noble, de integridad genuina, hasta el punto de que no podamos aspirar a la caballería y al principado en las cortes de nuestro Dios? Sabemos que somos sus hijos, pues estamos realizando sus obras y pensando sus pensamientos. Lo que queremos es ser como él. ¡Ay!, ¿es cierto que puedo cruzar tierra y mar y llegar al corazón de mi madre, y sentir sus brazos abrazándome

, pero que yo, un hijo de Dios, de pie e indefenso en el universo, frente a un poder que no puedo vencer, no pueda levantar mis manos hacia él y clamarle, para que pueda tener su espíritu en mi alma y sentir sus brazos eternos sosteniéndome en mi debilidad?

«Y aquí viene el predicador de tiempos antiguos, y de la iglesia moderna, y nos habla de alguien que sí fue vencido por el mundo, y que descendió de lo alto. No necesitamos que nos digan que vino de lo alto, pues ningún hombre nacido de mujer hizo tal cosa. Pero estamos convencidos de que, por medio de la gracia y del camino que él nos muestra para seguir, el espíritu de Dios sí entra en los corazones de los hombres, y que puedo sentirlo en mi corazón luchando conmigo contra el pecado y fortaleciendo mi corazón para aferrarme con determinación a aquello que sé que es correcto por lo divino que hay en mí.

«Y así, con mano temblorosa pero firme convicción, con mucha tristeza por la humanidad pero con la alegría del triunfo eterno, me acerco con todos ustedes a las puertas doradas del siglo XX, donde los ancianos de la futura comunidad de la humanidad están sentados para juzgar la religión que entrará por esas puertas en apoyo del corazón humano. Allí coloco, junto al antiguo confucianismo oriental y la teosofía moderna, al antiguo budismo oriental y al espiritismo moderno, y a todas las creencias de la antigüedad y al materialismo, el racionalismo y el idealismo modernos —allí coloco al antiguo cristianismo oriental con su Cristo, el poder de Dios y la sabiduría de Dios; y su cruz, aún radiante en el amor de Dios,

«“QUE SE ELEVA POR ENCIMA DE LOS ESCOMBROS DEL TIEMPO”».

Este orador, aunque no es un representante delegado de la Iglesia Católica Armenia, evidentemente presenta los asuntos desde el punto de vista de los cristianos armenios, a quienes los turcos han perseguido últimamente de la manera más bárbara. Su discurso plantea muchos puntos excelentes; pero no debe pensarse que él sea una muestra representativa de los jóvenes de Oriente; está muy por delante de aquellos en nombre de quienes habló. Tampoco su discurso ofrece una visión fiel de

El catolicismo armenio, con sus oraciones por los difuntos; su adoración de imágenes, de los santos y de la Virgen María; sus confesionarios; y su doctrina blasfema de la misa;* todo ello muy parecido a los artilugios del Anticristo. Aquellos que sacrifican la «abominación de la misa» demuestran con ello que
tienen poco conocimiento y aprecio de la verdadera cruz y de su único sacrificio, "de una vez por todas".---- El "cristianismo oriental" al que nos remite este joven no es aquel que respetamos, ni aquel en el que nos inspiraríamos: nos remontamos al cristianismo proclamado e ilustrado por Cristo, nuestro Señor y redentor, y por sus apóstoles, y tal como se expone en las Escrituras: ni oriental, ni occidental, ni católico (es decir, universal o general), sino el poder de Dios y la sabiduría de Dios únicamente para *«todo aquel que* cree» (Rom. 1:16) —para la justicia.

El observador atento no puede leer los nobles sentimientos de algunos de estos que buscan a Dios y aspiran a la justicia, sin notar el contraste entre su sincera seriedad y su noble propósito y esfuerzo por elevar ante sus semejantes los más altos estándares de justicia que pueden discernir, y la actitud transigente de tantos cristianos que han sido más favorecidos por su origen y entorno con el conocimiento de la verdad, y que ahora están ansiosos por venderla a costa de un inmenso sacrificio de sus nobles principios, simplemente para ganarse el favor popular del momento. A quien mucho se le ha dado, mucho se le exigirá por parte del Señor, quien ahora los está sopesando a todos en la balanza.

Pero mientras que unos pocos de los representantes extranjeros despiertan nuestra admiración y respeto, la gran mayoría de ellos se regocijaba por el privilegio de exhibir y recomendar sus supersticiones ante una asamblea tan representativa de las naciones civilizadas e ilustradas. El budismo, el sintoísmo, el brahmanismo, el confucianismo y el islamismo fueron presentados repetidamente con gran audacia, y el

*Vol. III, p. 98.

El apóstol mahometano tuvo incluso la audacia de recomendar la poligamia. Esto fue casi demasiado para la audiencia, pero sus manifestaciones de desaprobación fueron rápidamente silenciadas por el presidente, el Dr. Barrows, quien les recordó el objetivo del Parlamento: brindar a todos una audiencia imparcial sin disputas. Así, todos tuvieron una amplia oportunidad de expresarse y expusieron libremente sus argumentos ante las mentes ya inquietas de miles de cristianos profesos, y como resultado tienen muchas razones para esperar conversos a sus religiones aquí en Estados Unidos. Los mismos privilegios también se otorgaron a muchos de los movimientos anticristianos, tales como la Ciencia Cristiana, la Teosofía, el swedenborgianismo, etc.

Reflexiones finales del Gran Parlamento

Las reflexiones finales del Gran Parlamento muestran cuán firme es este espíritu de compromiso por parte del cristianismo protestante. Tan desesperada es la situación a la que los ha llevado el juicio de estos tiempos, que acogen con el mayor entusiasmo el más mínimo indicio de disposición hacia la unión, incluso por parte de las formas más burdas de paganismo. Presentamos los siguientes extractos breves:

> Suamie Vive Kananda (sacerdote de Bombay, India) dijo: «Mucho se ha hablado del terreno común de la
> . No voy a aventurar mi propia teoría en este momento; pero si alguien aquí espera que esta unidad se logre mediante el triunfo de cualquiera de estas religiones y la destrucción de las demás, a él le digo: Hermano, la tuya es una esperanza imposible. ¿Deseo yo que el cristiano se convierta en hindú? Dios no lo permita. ¿Deseo yo que el hindú o el budista se conviertan en cristianos? Dios no lo permita. El cristiano no debe convertirse en hindú, ni el budista en cristiano. Aprendan a pensar sin prejuicios. Si la teología y el dogma se interponen en su
> en la búsqueda de la verdad, déjalos a un lado. Sé sincero y trabaja en tu propia salvación con diligencia, y los frutos de la santidad serán tuyos».

Vichand Ghandi (jainista de la India) dijo:

«Si permiten que un "pagano" transmita su mensaje de paz y amor, solo les pediré que consideren las múltiples ideas que se les presentan con el espíritu liberal y no con superstición ni intolerancia. Les ruego que examinen los diversos sistemas religiosos desde todos los puntos de vista».

El reverendo Shabita, sumo sacerdote de la religión sintoísta en Japón, dijo:

«Lo que deseo hacer es ayudarlos a llevar a cabo el plan para formar la hermandad universal bajo el mismo techo de la verdad. Saben que la unidad es poder. Ahora rezo para que los *ocho millones de deidades* que protegen al hermoso país de los cerezos en flor de Japón los protejan a ustedes y a su gobierno para siempre, y con esto me despido».

H. Dharmapala, de Ceilán, dijo:

«Yo, en nombre de cuatrocientos setenta y cinco millones de mis correligionarios, seguidores del apacible Señor Buda Gautama, les transmito mis afectuosos saludos. Ustedes han aprendisteis de vuestros hermanos del Lejano Oriente su exposición de los respectivos sistemas religiosos que siguen; habéis escuchado con encomiable paciencia las enseñanzas del Buda, el Todomisericordioso, a través de sus humildes seguidores», etc., etc.

El obispo Keane (católico romano) dijo:

«Cuando se envió la invitación a este Parlamento a la antigua Iglesia católica, la gente dijo: "¿Vendrá?". Y la antigua Iglesia católica respondió: "¿Quién tiene más derecho a asistir a un Parlamento de todas las religiones del mundo que la antigua Iglesia católica universal?". Aunque tenga que pararse sola en esa tribuna, se mantendrá firme en ella. Y la antigua Iglesia ha venido, y se regocija de encontrarse con sus semejantes, sus compañeros en la fe, sus compañeros en el amor por todas las facetas de la humanidad y todos los matices de credo. Pero, ¿no oraremos para que se haya plantado aquí una semilla que crezca hasta alcanzar una amplia unión

y perfecta. Si no fuera mejor para nosotros ser uno que estar divididos, nuestro Señor no habría orado para que todos fuéramos uno, así como él y el Padre son uno. [Pero no están orando por una unión como la que existe entre el Padre y el Hijo: la unión propuesta es muy diferente.]»

Los sentimientos así expresados encontraron plena aceptación en el Parlamento por parte de los representantes protestantes. Así, por ejemplo, el reverendo Dr. Candlin, misionero en China, dijo:

«La idea convencional de la religión que prevalece entre los cristianos de todo el mundo es que el cristianismo es verdadero, mientras que todas las demás religiones son falsas; que el cristianismo es de Dios, mientras que todas las demás religiones son del diablo; o bien, con un toque de moderación, que el cristianismo es una revelación del cielo, mientras que las demás religiones son creaciones de los hombres. *Ustedes saben mejor que nadie*, y con clara luz y firme certeza pueden dar testimonio de que puede haber amistad en lugar de antagonismo entre una religión y otra, de que, tan cierto como que Dios es nuestro padre común, nuestros corazones han anhelado a Dios por igual y nuestras almas, en sus momentos de mayor devoción, han captado susurros de gracia que caen de su trono. *Entonces esto es el Pentecostés, y detrás de ello está la conversión del mundo*».

¿Es así realmente? ¿Qué semejanza hay, en este esfuerzo por transigir con la verdad y la justicia, en favor de la comunión entre el Anticristo y la idolatría, con aquella asamblea fiel y orante en Jerusalén, que esperaba pacientemente el poder de lo alto? ¿Y qué manifestación hubo de un derramamiento similar del espíritu santo sobre esta variopinta compañía? Si la conversión del mundo ha de seguir a esto, nos permitimos preguntar: ¿A qué se convertirá el mundo? Tal promesa, incluso con todo el estruendo de las trompetas, no satisface el espíritu inquisitivo de esta hora de juicio.

El reverendo Dr. Bristol, de la Iglesia Metodista, dijo:

«De este Parlamento surgirá un bien infinito y solo bien. Estamos profunda y eternamente en deuda con todos los que han venido desde lejos. Algunos de ellos representan una civilización que

ya era antigua cuando Rómulo fundó Roma; cuyas filosofías y canciones estaban maduras en sabiduría y ricas en ritmo antes de que Homero cantara su Ilíada a los griegos; y *han ampliado nuestras ideas* sobre nuestra humanidad común. Nos han traído *flores fragantes de las religiones orientales, gemas preciosas de las antiguas minas de las grandes filosofías, y esta noche somos más ricos gracias a sus aportaciones de pensamiento y, en particular, a nuestro contacto con el espíritu de ellos*. [¡Qué confesión!]

«Nunca hubo un día tan brillante y esperanzador para nuestra humanidad común en el ámbito de la tolerancia y la hermandad universal. Y descubriremos que, gracias a las palabras que estos visitantes nos han traído y a la influencia que han ejercido, serán ricamente recompensados con la conciencia de haber contribuido al poderoso movimiento que encierra en sí mismo la promesa de una sola fe, un solo Señor, un solo Padre, una sola hermandad.

«Que las bendiciones de nuestro Dios y nuestro Padre estén con ustedes, *hermanos del este*; que las bendiciones de nuestro Salvador, nuestro anciano, el maestro de la hermandad del hombre, estén con ustedes y con sus pueblos para siempre».

La reverenda Augusta Chapin dijo:

«Nosotros, quienes los recibimos, ahora despedimos a los huéspedes que se van. Nos alegra que hayan venido, oh sabios del Oriente. Con sus sabias palabras, su gran tolerancia y sus modales amables, nos ha dado gusto sentarnos a sus pies y aprender de ustedes estas cosas. Nos alegra haberlos visto cara a cara, y de ahora en adelante los consideraremos más que nunca nuestros amigos y compañeros de trabajo en las grandes cosas de la religión.

«Y nos alegra ahora que se dirijan a sus lejanos hogares para contar la historia de todo lo que se ha dicho y hecho aquí en este gran Parlamento, y que así acerquen al Oriente al Occidente y pongan de manifiesto la simpatía que existe entre todas las religiones. Nos alegran las palabras que han pronunciado los sabios y las sabias de Occidente, quienes han venido y nos han dado sus granos de oro tras el lavado. Lo que dije al principio lo repetiré ahora al final de este Parlamento: Ha sido la mayor reunión en la nombre de la religión que jamás se haya celebrado sobre la faz de la tierra».

El reverendo Jenkin Lloyd Jones dijo:

«Les deseo a ustedes, los invitados que se despiden, la buena suerte que brota de una alma que se alegra de reconocer su parentesco con todas las tierras y con todas las religiones; y cuando se vayan, se irán dejando atrás en nuestros corazones no solo pensamientos más hospitalarios hacia las fe que representan, sino también lazos cálidos y amorosos que los unen en la unión que será nuestra alegría y nuestra vida por siempre»---

El Dr. Barrows (presidente) dijo:

«Nuestras esperanzas se han cumplido con creces. El sentimiento que ha inspirado a este Parlamento nos ha mantenido unidos. Los principios de acuerdo con los cuales se ha desarrollado esta convención histórica han sido puestos a prueba, e incluso sometidos a tensión en ocasiones, pero no han resultado insuficientes. La tolerancia, la bondad fraternal, la confianza en la sinceridad de cada uno, una búsqueda sincera y ferviente de la unidad religiosa, el propósito honesto de cada uno de exponer su propia fe sin concesiones y sin críticas hostiles: estos principios, gracias a su lealtad y valentía, no han dejado nada que desear.

«Hombres de Asia y Europa, su llegada nos ha alegrado y nos ha hecho más sabios. Me alegra que hayan disfrutado de nuestra hospitalidad, etc.

Las palabras del presidente Bonney fueron muy similares; y luego, con una oración a cargo de un rabino judío y una bendición de un obispo católico romano, el gran Parlamento llegó a su fin; y cinco mil voces se unieron para repetir el mensaje del ángel: «Paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres».

LA PERSPECTIVA

Pero, ¡oh!, a qué sacrificio de principios, de verdad y de lealtad a Dios se hicieron al mundo los anuncios anteriores; y eso, además, en el umbral mismo de un tiempo de tribulación divinamente predicho, como nunca hubo desde que existe una nación; una tribulación de la que todas las personas pensantes comienzan a darse cuenta,

y cuya crisis y desenlace temen enormemente. Y es este temor el que está uniendo a esta masa heterogénea en busca de protección y cooperación mutuas. No es más que una maniobra de política humana tratar de calmar los temores de la iglesia gritando: «¡Paz! ¡Paz!», cuando no hay paz. (Jer. 6:14) Este grito de paz que emana representativamente de la iglesia se caracteriza por el mismo tono ridículo de falta de sinceridad que emanó representativamente de las naciones en la gran celebración de Kiel mencionada en el capítulo anterior. Mientras que los poderes civiles proclamaban así la paz con el tremendo estruendo de los cañones, los poderes eclesiásticos la proclaman con un gran, audaz y jactancioso compromiso de la verdad y la justicia. Se acerca el tiempo en que el Señor mismo hablará de paz a las naciones (Zac. 9:10); pero no será hasta que primero haya dado a conocer su presencia en el torbellino de la revolución y en la tormenta de la tribulación. —Nah. 1:3.

Desde su propio punto de vista, el Parlamento fue declarado un gran éxito, y los irreflexivos, siempre cautivados por el ruido, el brillo y el espectáculo, respondieron: «¡Amén!». Imaginan tontamente que todo el mundo no regenerado se reunirá en un vínculo universal de unidad religiosa y hermandad, y sin embargo, todos seguirán pensando, actuando y avanzando a tientas en la oscuridad de la ignorancia y la superstición, y caminarán por los caminos impíos antes mencionados, tal como siempre lo han hecho, rechazando «la luz que brilla en el rostro de Jesús», —la cual es la única luz verdadera. (2 Cor. 4:6; Juan 1:9; 3:19) Y los cristianos se regocijan ante esta perspectiva y aclaman ese evento imaginario como el acontecimiento más glorioso de la historia.

Pero aunque la impresión general que causó el gran Parlamento fue que se trataba del primer paso —y uno muy largo— hacia la realización del mensaje del ángel en el nacimiento de Cristo, de paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres, si se analiza con objetividad, fue otra manifestación de la infidelidad de la cristiandad. Sin duda, como dice el profeta: «La sabiduría de sus sabios perecerá, y el entendimiento de sus

prudentes se ocultará» (Isaías 29:14). Y nuevamente oímos que dice: «Unios, oh pueblos, y seréis destrozados; y prestad atención, todos los de países lejanos: ceñíos [uníos] y seréis destrozados. Consultad juntos, y se reducirá a nada; pronunciad la palabra [por la unidad] y no se mantendrá». –Isaías 8:9, 10.

Junto con el salmista, volveríamos a plantear la pregunta: «¿Por qué se imaginan los pueblos cosas vanas? [¿Por qué claman: "¡Paz! ¡Paz!", cuando no hay paz?] Los reyes de la tierra [civiles y eclesiásticos] se levantan, y los gobernantes se confabulan contra el Señor y contra su Ungido, diciendo: "Rompamos sus ataduras y deshagámonos de sus cuerdas"».

«El que está sentado en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Entonces les hablará en su ira y los atormentará en su gran enojo». —Sal. 2:1-5.

Cuando el pueblo elegido de Dios —el Israel espiritual de hoy, al igual que el Israel carnal de antaño— abandona su Palabra y su guía, y busca aliarse con las naciones que no conocen a Dios, y mezclar la verdad divina con las filosofías del mundo, da esos pasos a un riesgo del que no se da cuenta; y haría bien, en verdad, en fijarse en las recompensas que Dios dio a su antiguo pueblo, y tomar eso como advertencia.

Se pueden discernir claramente varios resultados muy desfavorables del Parlamento:

(1) Introdujo en la mente ya inquieta de los cristianos las diversas filosofías paganas, y eso en sus aspectos más favorables. Posteriormente nos enteramos de que uno de los delegados de la India en el Parlamento —el Sr. Virchandi R. Gandhi, de Bombay, secretario de la Sociedad Jaina—, había regresado a Estados Unidos para difundir sus ideas, estableciendo su sede en Chicago. Citamos la siguiente descripción publicada de sus propósitos: «El Sr. Gandhi no viene a hacer prosélitos. Las normas de la fe jainista lo prohíben; pero

viene a fundar una escuela de filosofía oriental, cuya sede estará en Chicago, con sucursales en Cleveland, Washington, Nueva York, Rochester y otras ciudades. No viene como misionero para convertir a los estadounidenses a ninguna forma de hinduismo. Según su propia concepción, "la verdadera esencia del culto hindú no es la propaganda, sino el espíritu —un espíritu universal de amor y poder— que responde a la realización de la hermandad, no solo de los hombres, sino de todos los seres vivos, algo que, aunque todas las naciones proclaman con sus labios, el mundo sigue ignorando en la práctica". A grandes rasgos, estos son los principios de su credo y la plataforma en la que se sustenta, sin suplicar a los estadounidenses que se unan a él, sino dispuesto a contar con su cooperación»---

Sin duda, la impresión que queda en muchas mentes es que no existen certezas religiosas. A tal conclusión incluso aludió uno de los delegados de Siria —Christophore Jibara—, quien dijo:

«Mis hermanos y hermanas en la adoración a Dios: Todas las religiones presentes en este congreso general y religioso *son paralelas entre sí a los ojos del mundo entero*. Cada una de estas religiones cuenta con seguidores que reconocen y prefieren la suya a las demás, y que podrían presentar argumentos o razones para convencer a otros del valor y la verdad de su propia forma de religión. De tales discusiones puede surgir un cambio; *tal vez incluso dudas sobre todas las religiones*; o la suposición de que todas ellas son creencias idénticas. *Y, por lo tanto, la estima por cada religión podría caer o disminuir; podrían surgir dudas contra todos los libros inspirados, o podría producirse un descuido general, y tal vez ya no quede nadie que profese una religión determinada*, y muchos podrían descuidar por completo los deberes de la religión, debido a la inquietud en sus corazones y a la opinión que prevalece en una forma de religión, *tal como está sucediendo entre muchos millones de personas en Europa y América. Por lo tanto, creo que se debería seleccionar un comité integrado por representantes de las grandes religiones, para investigar los dogmas y elaborar*

una comparación completa y perfecta, aprobando la verdadera y dándola a conocer al pueblo».

(2) Esto creó una amistad especial entre «Babilonia la grande, la madre de las rameras», la Iglesia de Roma, y sus muchas hijas, las diversas sectas protestantes, que se gloriaban en su vergüenza y se enorgullecían de tener esa relación deshonrosa.

(3) Se dio un gran paso, al que seguirán otros ya propuestos, hacia la afiliación, en cierto sentido, de todas las religiones — hacia una unión aún más estrecha entre la iglesia (nominal) y el mundo. El presidente anunció públicamente en la última sesión del Parlamento que «se emitiría una proclamación de fraternidad para promover la continuación en todas partes del mundo de la gran obra en la que se habían comprometido los congresos de 1893».

(4) Prácticamente les dijo a los paganos que en realidad no hay necesidad de misiones cristianas; que los propios cristianos no están seguros de su religión; que sus propias religiones son lo suficientemente buenas, si se siguen con sinceridad; y que el cristianismo, por decir lo menos, solo puede ser recibido con una gran dosis de incredulidad. Es motivo de asombro observar cómo los representantes paganos han evaluado el cristianismo nominal; con qué claridad han distinguido entre el cristianismo de la «cristiandad» y el cristianismo de la Biblia; y con qué agudeza se administraban a menudo sus reprimendas.

(5) Se le decía a la cristiandad distraída: «¡Paz! ¡Paz!», cuando no hay paz, en lugar de hacer sonar la alarma, como dice el profeta (Joel 2:1): «Tocad la trompeta en Sion, y haced sonar la alarma en mi monte santo; porque el día del Señor se acerca, pues está muy cerca»; y exhortando a todos a humillarse bajo la poderosa mano de Dios.

(6) Era evidentemente una medida política, originada en los temores de los líderes de la cristiandad, al percibir

los problemas que se avecinaban en este día del Señor; y el movimiento tuvo su origen en la iglesia presbiteriana, que se encontraba desconcertada y perpleja. Este grito de «¡Paz! ¡Paz!» en medio de la tormenta que se avecina nos recuerda la profecía: «Cuando digan: "Paz y seguridad", entonces les sobrevendrá una destrucción repentina». —1 Tes. 5:3.

Que los hijos de Dios no se dejen engañar por los falsos pronósticos de Babilonia. Solo en Dios podemos encontrar un refugio seguro. (Sal. 91) Acérquémonos más a la cruz de Cristo, que es nuestra única esperanza. Que la hermandad universal de las religiones falsas y del cristianismo apóstata demuestre el valor de esa relación; pero reconozcamos únicamente la hermandad en Cristo —la hermandad de todos los que confían solo en Cristo para la salvación, mediante la fe en su preciosa sangre. Los demás no son hijos de Dios, y no lo serán hasta que vengan a él mediante la fe en Cristo como su redentor, su sustituto. Son los «hijos de la ira», tal como lo éramos nosotros antes de venir a Cristo (Ef. 2:3); y algunos son los «hijos del Maligno», cuyas obras realizan. Cuando Dios condenó a Adán y a su descendencia a la muerte, a causa del pecado, ya no los reconoció ni los trató como hijos. Y solo cuando los hombres acuden a Cristo mediante la fe en su preciosa sangre, son reintegrados a esa bendita relación con Dios. En consecuencia, si ya no somos hijos de la ira, sino que somos reconocidos por Dios como sus hijos por medio de Cristo, los demás hombres, que no son así reconocidos por Dios, no son en ningún sentido nuestros hermanos. Que todos los hijos de la luz velen y sean sobrios (1 Tes. 5:5, 6); que los soldados de la cruz sean valientes por la verdad y no acepten ningún otro evangelio, aunque lo anuncie un ángel del cielo (Gál. 1:8); y que no negocien ninguna unión con ningún grupo, salvo con los seguidores consagrados y fieles del «Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».

Mientras la iglesia nominal se muestra así dispuesta y ansiosa por transigir y unirse con todas las religiones paganas de la

mundo en una gran «religión mundial» que perpetuaría todas sus falsas doctrinas y malas prácticas, escuchemos algunas admisiones y declaraciones de hechos por parte de otros que no están tan cegados por la idea de la unidad religiosa, hechos que muestran la deplorable condición del mundo, los resultados nefastos de las falsas religiones y la absoluta falta de esperanza de convertir jamás al mundo por medio de la iglesia en su condición actual. No será hasta que la iglesia —no la falsa, sino la verdadera iglesia, cuyos nombres están escritos en el cielo, los leales y fieles consagrados engendrados y guiados por el espíritu de Dios— sea investida con poder de lo alto, no será hasta que haya alcanzado su pleno desarrollo y haya sido exaltada con Cristo en el Reino Milenario, que podrá lograr la conversión del mundo a Dios y a su justicia.

En un número de la *revista *Missionary Review**, de hace unos años, encontramos el siguiente reconocimiento del fracaso de la iglesia en la labor de conversión del mundo:

«Mil millones de almas, dos tercios de la raza humana —paganos, idólatras, musulmanes—; la mayoría de ellas aún no ha visto una Biblia ni ha escuchado el mensaje del Evangelio. A estos mil millones, las iglesias de la cristiandad envían actualmente a menos de 10 000 misioneros protestantes, entre hombres y mujeres. El Tíbet, casi toda Asia Central, Afganistán, Baluchistán, casi toda Arabia, la mayor parte del Sudán, Abisinia y las Islas Filipinas carecen de misioneros. Grandes distritos del oeste de China y del este y centro del Estado Libre del Congo, amplias zonas de Sudamérica y muchas de las islas del mar están casi o totalmente desatendidas».

Un pequeño folleto titulado «Un siglo de misiones protestantes» —del reverendo Santiago Johnston, F.S.S.— presenta las siguientes cifras, que, según se ha señalado, son «lo suficientemente alarmantes como para sacudir a la cristiandad». La mensaje del folleto es que (1) el protestantismo tiene

solo ha ganado 3 000 000 de conversos del paganismo durante los últimos cien años, mientras que el número de paganos ha aumentado durante ese período en al menos 200 000 000. (2) El rápido avance del paganismo no se debe únicamente al crecimiento natural de las poblaciones paganas, sino al hecho de que los seguidores de Brahma, Buda y Mahoma pueden presumir de tener más conversos a sus credos que las iglesias cristianas protestantes. Así, por cada converso al cristianismo que el hinduismo ha perdido, ha ganado mil de las tribus aborígenes de la India, a las que absorbe constantemente. El budismo está logrando un notable avance entre las tribus de las dependencias del norte de China, llegando incluso a seguir a los emigrantes chinos y a erigir sus peculiares templos en suelo australiano y estadounidense. Pero el avance más extraordinario de todos lo ha logrado el islam. En ciertas partes de África se está extendiendo con una rapidez asombrosa. Asimismo, en menor medida pero con rapidez, en la India y el archipiélago. Estos son hechos que el caballero se siente obligado a admitir, pero se esfuerza por acallar las críticas afirmando que la iglesia aún puede lograr la conversión del mundo. Intenta demostrar que las iglesias protestantes cuentan con amplios recursos, tanto económicos como humanos, para cambiar por completo el panorama de los acontecimientos y evangelizar al mundo; y el *Methodist Times*, citando lo anterior, expresó la misma opinión, añadiendo con jactancia:

«Nadie debe quedarse atónito ante los terribles hechos que acabamos de mencionar brevemente. Dios ha ordenado tan bien el curso de acontecimientos durante los últimos cien años que estamos *perfectamente capacitados* para conquistar a todo el mundo pagano en el nombre del Señor. Lo que hemos hecho demuestra lo que podríamos haber hecho si nos hubiéramos dotado de los dos *elementos humanos esenciales: una política audaz y mucho dinero*».

Dice otro teórico: «Si tuviéramos *una décima parte de los ingresos de los miembros de la iglesia*, sería más que suficiente para toda la obra del evangelio tanto en casa como en el extranjero. O si tuviéramos, para la obra en el extranjero, *una décima parte de sus ahorros anuales, una vez pagados todos los gastos domésticos*,

podríamos enviar a 12 000 misioneros al campo de trabajo de inmediato».----

Sí, el dinero es lo único que se considera necesario. Si la iglesia nominal pudiera tan solo generar el espíritu de abnegación suficiente para asegurar una décima parte de los ingresos de los miembros de la iglesia, o incluso una décima parte de sus ahorros anuales, la salvación del mundo comenzaría a parecerles más esperanzadora. Pero esta es una de las características más desesperanzadoras de esa esperanza engañosa. Sería más fácil convertir a la mitad de los paganos a una profesión de fe cristiana que el espíritu del mundo en las iglesias esté vencido en tal medida.

Pero si los doce mil misioneros mencionados pudieran ser enviados de inmediato al campo misionero extranjero, ¿tendrían más éxito que sus hermanos en esta tierra privilegiada? Escuchen la pertinente confesión del difunto y conocido clérigo protestante, el reverendo T. DeWitt Talmage. Él dijo, según se informó en **The Christian Standard**:

«¡Oh! Tenemos una magnífica maquinaria eclesiástica en este país; contamos con sesenta mil ministros; tenemos música costosa; contamos con excelentes escuelas dominicales; y, sin embargo, les presento la espantosa estadística de que, en los últimos veinticinco años, las iglesias de este país han promediado menos de dos conversiones al año cada una.

"Ha habido un promedio de cuatro o cinco muertes en las iglesias. A ese ritmo, ¿cuánto tardará este mundo en ser llevado a Dios? Ganamos dos; perdemos cuatro. ¡Dios eterno! ¿A dónde nos llevará esto? Les digo claramente que, aunque aquí y allá avanza un regimiento de soldados cristianos, la iglesia está retrocediendo en su mayor parte hacia la espantosa derrota de Bull Run".

Hace algún tiempo, el canónigo Taylor, de la Iglesia de Inglaterra, abordó la pregunta: «¿Son un fracaso las misiones cristianas?», y el artículo fue leído ante el Congreso de la Iglesia de Inglaterra. En él defendió que la religión musulmana no solo es igual al cristianismo en algunos aspectos, sino que es mucho mejor

para las necesidades y capacidades de muchos pueblos de Asia y África; que, al ritmo actual de progreso, el cristianismo nunca podrá superar al paganismo. Si se estima que el excedente de nacimientos sobre las muertes en Asia y África es de 11 000 000 al año, y que el aumento anual de cristianos es de 60 000, las sociedades misioneras tardarían 183 años en alcanzar el incremento de un año en la población pagana. Dijo:

«Arrebatarles a los niños de la escuela dominical sus peniques ahorrados, con el pretexto aparente de convertir a "los pobres paganos", y gastar casi 12 000 libras al año en misiones infructuosas en tierras donde no hay paganos, me parece casi un delito; el delito de obtener dinero bajo falsos pretextos».

Al expresar su opinión sobre la causa de los fracasos misioneros —que es el sectarismo, junto con la falta de plena consagración a la obra por parte de los misioneros, quienes se esfuerzan por vivir como príncipes rodeados de lujos que superan a los europeos—, el Sr. Taylor se refirió al Dr. Legge, un misionero con treinta y cuatro años de experiencia, diciendo:

«Él cree que no lograremos hacer conversos mientras el cristianismo se presente infectado por las amargas animosidades internas de las sectas cristianas y se asocie, en la mente de los nativos, con la embriaguez, el libertinaje y el gigantesco mal social que se destaca entre las naciones cristianas. El obispo Steere consideraba que los dos mayores obstáculos para el éxito eran las disputas entre los propios misioneros y la rivalidad entre las sociedades».

Pero mientras que el canónigo Taylor y muchos otros, cuyos sentimientos se expresaron en el gran Parlamento Religioso, acallarían las críticas diciéndonos que las religiones paganas son lo suficientemente buenas y se adaptan mejor a las necesidades de los respectivos países que lo haría el cristianismo, tenemos una sugerencia diferente del informe del difunto obispo Foster, de la Iglesia Metodista Episcopal, quien, tras un extenso recorrido por el mundo hace años, ofreció la siguiente descripción de la triste condición del mundo en la oscuridad del paganismo. Dijo:

"Recurre a todas las imágenes de pobreza y degradación que hayas visto alguna vez en lugares solitarios de la más extrema miseria —esos casos tristes que te persiguieron con horror después de haber pasado por ellos, esas moradas lúgubres de suciedad y miseria desoladora—: agrúpalas en una sola imagen, sin que la alivie ni un solo matiz de oscuridad atenuada o de luz coloreada, y cuélgala sobre la mitad del globo; aun así no logrará igualar la realidad. Debes incluir en ella la perspectiva desoladora de una continuidad sin esperanza; debes quitarle toda esperanza, incluso toda aspiración. La característica más destacada del paganismo es la pobreza. Nunca has visto la pobreza. Es una palabra cuyo significado desconoces. Lo que tú llamas pobreza es riqueza, lujo. No la imagines como algo ocasional, ni como algo propio de los márgenes, ni como algo excepcional en lugares de mayor miseria, sino como algo universal, que abarca todo un continente. Agrega a eso el hambre, la desnudez, la bestialidad; elimina de ahí la expectativa de un mañana mejor; llena África con eso, llena Asia con eso; llena la visión con hombres, mujeres y niños en una multitud más de veinte veces mayor que la población de todas tus grandes ciudades, pueblos y aldeas y distritos rurales, veinte por cada uno en todos tus estados y territorios —y aun así la imagen no logra reflejar la realidad.

"Agreguen ahora a la imagen el matiz moral de la ausencia de Dios y de esperanza; piensen en esos millones de seres miserables, que viven como bestias en este mundo y no esperan nada mejor para el más allá. Incorpora a la imagen el recuerdo de que son seres que tienen la misma humanidad que nosotros, y considera que no hay ningún corazón entre todos estos millones que no tenga anhelos humanos, y que no pueda ser purificado y ennoblecido; que estas tierras, bajo la maldición de tal miseria, podrían igualar, y muchas de ellas incluso superar, la tierra en la que habitamos, si tuvieran lo que pudiéramos darles. Pinta un cielo sin estrellas, cubre tu cuadro con la noche, envuelve las montañas con largas y extensas vistas de oscuridad, extiende las cortinas a lo largo de cada costa y paisaje, oscurece todo el pasado, deja que el futuro se envuelva en una noche cada vez más profunda, llena la terrible penumbra

con hombres hambrientos y de rostro triste, mujeres abrumadas por el dolor y niños sin esperanza: este es el mundo pagano —el pueblo que el antiguo profeta vio en su visión, «los que habitan en la región y en la sombra de la muerte»—; a quienes aún no les ha llegado la luz, sentados allí, inmóviles, a lo largo de la larga, larga noche, esperando y velando por la mañana.

«Mil millones en la región y la sombra de la muerte; la misma región donde vivieron sus padres hace dos mil quinientos años, aún esperando, pasando por la vida en una pobreza tan extrema que no pueden satisfacer ni siquiera sus necesidades más básicas; millones de ellos subsistiendo a base de raíces y hierbas y del precario sustento que la naturaleza, no sometida por la razón, pueda proporcionar. Aquellos que viven bajo formas de gobierno y semicivilización, que de cierta manera regulan la propiedad y fomentan la industria, después de que sus tiranos les hayan robado sus ganancias, no cuentan en promedio para su subsistencia y la de sus hijos ni siquiera tres centavos al día, o su equivalente —lo cual no es suficiente ni para mantener a un animal—; multitudes de ellos ni medio alimentados, ni medio vestidos, viviendo en corrales y pocilgas que no son aptos ni para los cerdos, sin provisión alguna para sus necesidades humanas. Oprimidos por la tiranía de la fuerza bruta hasta que se les han borrado todos los rasgos distintivos de la humanidad, salvo la forma erguida y los anhelos mudos y ciegos, imposibles de erradicar, de algo que no saben qué es: estos son los paganos, hombres y mujeres, nuestros hermanos y hermanas.

«Las sombras sombrías y espantosas de la imagen nos helarían la sangre, de no ser por la perspectiva en que se proyectan y por el brillo y el dorado que la imaginación les confiere. Desde nuestro punto de vista de cómoda indiferencia, quedan totalmente ocultos. Están demasiado lejos, y estamos demasiado absortos en nuestros placeres como para verlos o siquiera pensar en ellos. No emergen en la imagen; y si es que pensamos en ellos, es a la luz, no de la realidad, sino de una fantasía engañosa. Vemos las grandes ciudades y la magnificencia de los mikados y los rajás, y la pompa de las cortes, y la belleza voluptuosa de los paisajes —todos ellos transfigurados por la imaginación y el resplandor engañoso con que las obras de viajes los revisten—. Estamos encantados con la visión. Si nos adentráramos más en la cuestión de los hogares de la gente, y

su condición religiosa, una vez más nos atraen los grandes templos y los bocetos fantasiosos de los viajeros que muestran alguna escena doméstica pintoresca y acogedora. Nos sentimos reconfortados. El mundo pagano no está tan mal, después de todo, decimos. Tienen su religión; tienen sus placeres. Este es el pensamiento reconfortante con el que contemplamos el mundo. ¡Oh, fatal engaño! La imagen real yace en la sombra. Los millones de personas miserables, a tientas, pecadoras, sin Dios y sin esperanza, sin hogar, embrutecidas, sin amigos, nacidas a una herencia de noche sin rayos y condenadas a vivir y morir en la penumbra sin estrellas —estas no se ven. Están ahí, deslizándose entre estas sombras de muerte, demacrados, hambrientos, desnudos y sin esperanza, casi como bestias salvajes; no son pocos, acurrucados en los callejones y escondiéndose, como desdichados, de sus semejantes; sino que son millones y millones, llenando todas esas tierras pintadas con fantasía, y abarrotando las calles y avenidas de sus magníficas ciudades, y horrorizándonos, si pudiéramos verlos, por su multitud. Allí vivieron y murieron sus padres sin esperanza. Allí arrastran sus miserables vidas. Allí nacen sus hijos para lo mismo. Allí, ya sea que vivan o mueran, a nadie le importan sus almas.

"Ese es el mundo no cristiano. Tiene grandes ciudades, grandes templos, magníficos mausoleos, unos cuantos tiranos mimados que se envuelven en atavíos de oro, pero el resplandor de sus santuarios y tronos recae sobre un fondo de noche de ébano, en el que millones de personas se acurrucan entre el miedo, el hambre y la miseria. Los he visto, en sus tristes hogares y en sus orgías diabólicas, desde el Bósforo hasta el Ganges, en sus templos y en sus fiestas, agachados y postrándose ante ídolos sombríos, imágenes de piedra y dioses simios; los he visto vagar por las calles y a lo largo de las carreteras; he visto sus rostros sin luz, sin esperanza y hambrientos, y esa imagen nunca podrá borrarse de mi memoria.

«Creo que deberíamos estar de acuerdo en que no hay esperanza para el hombre en el mundo no cristiano. No tiene nada que ofrecernos, ni un rayo de luz, ni una migaja. Pende como un peso aplastante sobre el cuello de la raza, hundiéndola cada vez más profundamente en la noche, en la muerte. Su mismo aliento es contagioso. Su contacto es muerte. Su presencia nos aterroriza como un espectro gigantesco del reino de la noche, que se eleva y se balancea a través de los siglos y oscurece todas las épocas.

«No planteo ninguna duda sobre si estos incontables millones podrán ser salvados en el mundo venidero. No afirmo que dar

les el Evangelio mejorará sus perspectivas o aumentará en lo más mínimo sus posibilidades en ese sentido. Es posible que tantos de ellos se salven sin el Evangelio como con él. Esa cuestión no entra en el problema que estoy discutiendo —la perspectiva del mundo—, y con ello me refiero a la perspectiva temporal, no a la eterna. Si alguna vez el terrible pensamiento se apoderara de mi mente de que el mundo entero debe, por necesidad, perderse para siempre, simplemente por ser paganos, no les enviaría el Evangelio que revele a un Dios así. Ese pensamiento sombrío por sí solo acabaría con toda esperanza para el mundo y convertiría a la eternidad misma en una mazmorra, sin importar quién pudiera salvarse. ¿Cómo podría una criatura racional disfrutar siquiera de un cielo con un Dios cuyo gobierno permitiera tal mancha de vergüenza y deshonra, de crueldad e injusticia? Convence a los hombres de que hay un Dios a la cabeza del universo, quien, sin culpa alguna de ellos ni posibilidad alguna de escapar, condenará a los muertos, a los vivos y a los millones de paganos que aún están por nacer, y al mismo tiempo convertirá la tierra en un terror gigantesco, donde los horrores espantosos no admitirán alivio alguno, y harás que sea para siempre imposible que sea adorado por nadie más que por los demonios, y por ellos solo porque se convierte en su jefe».

El obispo también mencionó el hecho de que, si bien la población mundial se estima en 1 450 000 000, casi 1 100 000 000 no son cristianos; y que muchos (sí, casi todos) de los que se dicen cristianos son paganos o anticristianos. Luego, en vista del fracaso de la Iglesia para convertir al mundo en mil ochocientos años, y de lo desesperanzador de la tarea, intentó eximir a la Iglesia de la responsabilidad que ha asumido al sugerir que estos millones de paganos deben ser salvos sin fe en Cristo. Y con el fin de eximir a Dios de la responsabilidad de la angustia actual entre los hombres, dijo: «Dios está haciendo lo mejor que puede con el poder que tiene».

Hace algunos años, *el *Church Times** publicó un artículo escrito por un maorí, cuyos siguientes extractos son muy reveladores de la causa del fracaso de la iglesia para iluminar al mundo en un grado considerable. La carta apareció originalmente en un

de Nueva Zelanda, y dice lo siguiente:

«Hace unos días publicaron el relato de lo que ocurrió en una reunión de maoríes, convocada por el obispo de Christchurch. Yo estuve presente en la reunión y deseo que me den la oportunidad de responder a una de las preguntas que nos planteó el obispo, a saber: "¿Por qué el fuego de la fe cristiana arde con tan poca intensidad entre el pueblo maorí de mi diócesis?". Les diré cuál creo que es la razón. Nosotros, los maoríes, estamos *confundidos y desconcertados* por la forma extraordinaria en que ustedes, los europeos, tratan su religión. Ninguno de ustedes parece estar seguro de si significa algo o nada. A instancias de los primeros misioneros, sustituimos la religión de nuestros antepasados —que ellos calificaban de falsa— por la que, según nos dijeron, era la verdadera. Aceptamos el Libro que contiene la historia y los preceptos de la «verdadera religión» como la Palabra de Dios, vinculante para nosotros, sus criaturas. Ofrecíamos adoración diariamente, por la mañana y por la tarde, al Creador en cada pah y aldea de toda Nueva Zelanda. Santificábamos el séptimo día, absteniéndonos de todo tipo de trabajo por respeto al mandato divino, y por la misma razón abolimos la esclavitud y la poligamia, aunque al hacerlo desorganizamos por completo nuestro sistema social, redujimos a la pobreza a nuestra aristocracia e infligimos mucho dolor a quienes se vieron obligados a romper algunos de los lazos más tiernos de las relaciones humanas. Justo cuando comenzábamos a educar a nuestros hijos para que conocieran y obedecieran a Dios tal como se manifestó en Jesús, los europeos llegaron en gran número a este país. Visitaron nuestras aldeas y se mostraron muy amigables, pero notamos que no le prestaban el mismo respeto a la Biblia que nosotros, los novatos. Los católicos romanos nos dijeron que solo ellos conocían la interpretación correcta y que, a menos que nos uniéramos a ellos, nuestras almas se perderían. Les siguieron los bautistas, quienes se burlaron de que presentáramos a nuestros hijos a Cristo en el bautismo y nos dijeron que, como no habíamos sido sumergidos, no éramos cristianos bautizados en absoluto. Luego llegaron los presbiterianos, quienes afirmaron que el cargo de obispo no tenía fundamento bíblico y que, al someternos a la confirmación del obispo Selwyn, habíamos pasado por una ceremonia sin sentido. Por último

llegaron los Hermanos de Plymouth, quienes nos dijeron que Cristo nunca instituyó una iglesia visible ni un ministerio alguno, sino que cada uno debía ser su propio ministro y crear su propio credo.

«Además de la confusión en nuestras mentes causada por el ejemplo impío de la mayoría de los europeos y la enseñanza contradictoria impartida por los ministros de religión, nos desconcertaba el comportamiento del gobierno, el cual, aunque profesaba estar sujeto a la ley moral contenida en la Biblia, no dudó, cuando nos quedamos indefensos, en romper las promesas solemnes que nos había hecho cuando éramos más numerosos y fuertes que los europeos. Grande fue nuestra sorpresa cuando el Parlamento, compuesto no por hombres ignorantes y de baja cuna, sino por caballeros europeos y cristianos profesos, expulsó la Biblia de las escuelas y, al tiempo que ordenaba a los maestros instruir diligentemente a los niños de Nueva Zelanda en todo tipo de conocimientos, les dijo que bajo ningún concepto les enseñaran nada sobre la religión cristiana, nada sobre Dios y sus leyes. Mi maestro pagano me enseñó a temer y reverenciar a los Poderes Invisibles, y mis padres me enseñaron a ordenar cada acción de mi vida en obediencia a los Atuas, quienes me castigarían si los ofendiera. Pero a mis hijos no se les enseña ahora en las escuelas de este país cristiano a reverenciar a ningún ser por encima de un policía, ni a temer a ningún juez de sus acciones por encima de un magistrado residente.

«Creo que, cuando el obispo de Christ Church nos hizo el otro día la pregunta a la que ya me he referido, hubiéramos podido pedirle con toda justicia que nos dijera primero por qué el fuego de la fe arde con tan poca intensidad entre su propio pueblo. Hubiéramos podido citar palabras acertadas de ese Libro que los ingleses quieren que todos, menos ellos mismos, tomen como regla de vida y reverencien como la Palabra del Dios vivo: “Médico, cúrate a ti mismo”.

«¿Se puede culpar a los maoríes ignorantes por su tibieza en el servicio a Dios, cuya existencia, según les dice uno de sus ministros ordenados, ningún hombre en la cristiandad puede demostrar? A veces pienso, señor, que mis hijos habrían tenido más posibilidades de convertirse en hombres y mujeres honorables, y habrían tenido mejores perspectivas de felicidad cuando llegara el momento de

que entraran al mundo invisible y se encontraran con su Creador, si, al igual que el primer rey maorí (Potatu), me hubiera negado a profesar abiertamente su religión hasta que, como él dijo: «Hubieran resuelto entre ustedes qué es realmente la religión». Creo que es mejor la creencia auténtica en los mundos espirituales invisibles que sustentó a mis antepasados que la ficción que los europeos nos han pedido que la sustituya.

Atentamente, etc., «
TANGATA MAORI».

El siguiente extracto de un artículo publicado en la *North American Review* por Wong Chin Foo, un chino educado, graduado de una de nuestras universidades de Nueva Inglaterra, ofrece razones igualmente sugerentes para preferir la religión de sus antepasados al cristianismo. Wong Chin Foo dijo:

«Nací y crecí como pagano, aprendí y practiqué su código moral y religioso; y al actuar de acuerdo con él, fui útil para mí mismo y para muchos otros. Mi conciencia estaba tranquila, y mis esperanzas respecto a la vida futura no se veían empañadas por dudas perturbadoras. Pero, cuando tenía unos diecisiete años, fui trasladado al seno de su ostentosa civilización cristiana, y en esa etapa de la vida tan susceptible a las influencias, el cristianismo se me presentó al principio bajo sus aspectos más seductores; amables amigos cristianos se mostraron particularmente solícitos por mi bienestar material y religioso, y yo estaba más que dispuesto a conocer la verdad. Entonces me convencieron de que dedicara mi vida a la causa de las misiones cristianas. Pero antes de emprender esta noble misión, tenía que aprender la doctrina cristiana que iba a enseñar, y ahí, en el umbral, me sentí desconcertado por la multiplicidad de sectas cristianas, cada una de las cuales reclamaba el monopolio del único y estrecho camino al cielo.

«Me adentré en el presbiterianismo solo para alejarme con escalofríos de la creencia en un Dios despiadado que desde hacía mucho tiempo había predestinado a la mayor parte de la indefensa raza humana a un infierno eterno. Predicar tal doctrina a paganos inteligentes solo suscitaría en sus mentes dudas sobre mi cordura, si es que no creían que estaba mintiendo. Luego me sumergí en las doctrinas bautistas, pero encontré allí tantas sectas de diferentes "corrientes", en guerra por los méritos del bautismo con agua fría y el método y el momento de practicarlo, que me sentí disgustado por tales trivialidades; y el

La cuestión de la comunión restringida o no solo me dio la impresión de que algunos eran muy tacaños y exclusivos con su pedacito de pan y vino, y otros un poco menos. El metodismo me pareció una religión de truenos y relámpagos: todo era profesión y ruido. Tú la golpeabas, o ella te golpeaba a ti, como un espasmo, y así «experimentabas» la religión. Los congregacionalistas me desanimaban con su rigidez y su «bondad verdadera» pretenciosa, así como con su deseo de contar únicamente con miembros de alto nivel. El unitarismo parecía todo duda, dudando incluso de sí mismo. En cuanto a otras sectas protestantes basadas en alguna novedad o excentricidad —como el cuaquerismo—, consideré que no merecían un estudio serio por parte de un no cristiano. Pero en un punto esta masa de disensiones protestantes coincidía cordialmente, y era en un odio unánime hacia el catolicismo, la forma más antigua del cristianismo. Y el catolicismo devolvía con creces esa animosidad. Se declaraba altivamente como la única iglesia verdadera, fuera de la cual no había salvación —especialmente para los protestantes—; que su prelado principal era el representante personal de Dios en la tierra; y que era infalible. Ahí estaba la unidad religiosa, el poder y la autoridad con toda su fuerza. Pero, al unísono, mis solícitos amigos protestantes me rogaron que no tocara el tema del catolicismo, declarando que era peor que el paganismo —en lo cual yo estaba de acuerdo—; pero esa misma línea de argumentación también me convenció de que el protestantismo se encontraba en la misma categoría. De hecho, cuanto más estudiaba el cristianismo en sus diversas facetas y escuchaba las críticas de una secta contra otra, más me parecía «metal que resuena y címbalos que tintinean».

«Llámenos paganos si quieren, los chinos siguen siendo superiores en administración y orden social. Entre cuatrocientos millones de chinos hay menos asesinatos y robos en un año que los que hubo en el estado de Nueva York. Es cierto que China mantiene a un monarca lujoso cuyos caprichos deben satisfacerse; sin embargo, su pueblo es el que menos impuestos paga en el mundo, ya que solo debe tributar por la tierra cultivada, el arroz y la sal; y, aun así, no tiene ni un solo dólar de deuda nacional.

«Los cristianos no dejan de quejarse por la religión; construyen grandes iglesias y rezan largas oraciones, y sin embargo hay más maldad en el vecindario de un solo distrito eclesiástico de mil personas en Nueva York que entre un millón de paganos, sin iglesia y sin sermones. Los cristianos hablan largo y tendido sobre cómo ser buenos y actuar con caridad. Todo es caridad y nada de fraternidad: "¡Toma, perro, toma tu rebanada y da las gracias!". ¿Y es, por lo tanto, de extrañar que haya

más casos desgarradores y suicidios en el solo estado de Nueva York en un año que en toda China?

«La diferencia entre el pagano y el cristiano es que el pagano hace el bien por el simple hecho de hacer el bien. En el caso del cristiano, el poco bien que hace lo hace en busca de honor inmediato y de una recompensa futura; le presta al Señor y quiere intereses compuestos. De hecho, el cristiano es el digno heredero de sus antepasados religiosos. El pagano hace mucho y habla poco de ello; el cristiano hace poco bien, pero cuando lo hace quiere que aparezca en los periódicos y en su lápida. Amar a los hombres por el bien que te hacen es una idea cristiana práctica, no por el bien que deberías hacerles como un deber humano. Así que los cristianos aman a los paganos; sí, las posesiones de los paganos; y en proporción a estas, el amor del cristiano crece en intensidad. Cuando los ingleses querían el oro y el comercio de los chinos, decían que querían «abrir China para sus misioneros». Y el opio era el principal —de hecho, el único— misionero del que se ocupaban cuando forzaron la apertura de los puertos. Y esta infame introducción cristiana entre los chinos ha causado más daño, tanto social como moral, en China, que todo lo que las agencias humanitarias del cristianismo podrían remediar en doscientos años. *Y sobre ustedes, cristianos, y sobre su avaricia por el oro, recae la carga del crimen resultante*: decenas de millones de hombres y mujeres honestos y útiles enviados así a una muerte prematura tras una vida corta y miserable, ¡además de la postración física y moral que conlleva, incluso cuando no mata prematuramente! Y esta gran maldición nacional nos fue impuesta a punta de bayonetas cristianas. ¿Y se preguntan por qué somos paganos? Lo único positivo que los cristianos han inculcado al paganismo es que sacrificarían la religión, el honor y los principios, al igual que la vida, por… el oro. Y con aire santurrón les dicen a los pobres paganos: «¡Deben salvar su alma creyendo como nosotros!». . .

"'Haz a los demás lo que quisieras que te hicieran a ti', o 'Ama a tu prójimo como a ti mismo', es la gran ley divina que tanto los cristianos como los paganos comparten, pero que los

los cristianos ignoran. ¡Esto es lo que me mantiene como el pagano que soy! E invito sinceramente a los cristianos de Estados Unidos a conocer a Confucio».

La prensa informó sobre el siguiente caso similar, el de una mujer de la India —Pundita Ramabai— que visitó Boston hace unos años y se preparaba para regresar a la India con el fin de dedicarse a enseñar a las mujeres de las castas altas de ese país. No le resultaba fácil decir a qué denominación cristiana pertenecía. Un reportero le hizo la pregunta, y ella respondió:

«Pertenezco a la iglesia universal de Cristo. Conozco a buenos bautistas, metodistas, episcopalianos y presbiterianos, y cada uno me cuenta algo sobre la Biblia. Así que me parece mejor ir yo misma y encontrar lo mejor que pueda. [Una sabia decisión.] Y allí encuentro a Cristo, el Salvador del mundo, y a él le entrego mi corazón. Me bauticé cuando estaba en Inglaterra, y comulgo con todos los cristianos que me lo permiten. No profeso pertenecer a ninguna denominación en particular, pues regresaría a la India simplemente como cristiana. A mi parecer, el Nuevo Testamento, y especialmente las palabras de nuestro Salvador, constituyen un credo suficientemente completo. Creo, tal como nos lo ha dicho el Salvador y tal como nos ha llegado su mensaje a través de Juan, que Dios es el espíritu, es luz y amor; que Él creó, ilumina e impregna el universo; que Jesús, su Hijo y Siervo, el apóstol de nuestra fe, fue enviado por Él para ser el salvador y líder de sus hijos; que todos los que creen en Él tienen derecho a ser hijos de Dios; y que el espíritu santo es nuestro guía y consolador, el gran don de Dios a través de Cristo; que solo hay una Iglesia, y que todos los que reconocen a Jesús como su Salvador son miembros de esa Iglesia. Creo que se me dará todo lo que sea necesario para mi salvación, y ruego fervientemente que Dios me conceda la gracia de ser un buscador y seguidor de la verdad y de cumplir su voluntad. En Boston dijeron que yo era unitario; les dije que no lo era. Tampoco soy trinitario. No entiendo en absoluto estas invenciones modernas. Simplemente soy cristiano, y el Nuevo Testamento me enseña mi religión».

Los japoneses convertidos al cristianismo manifestaron un espíritu similar; su noble conducta fue tanto una severa reprimenda a las iglesias nominales y sus credos como un hermoso testimonio del poder de la Palabra de Dios. Sobre sus opiniones acerca de los credos de la cristiandad y su determinación de apegarse únicamente a la Biblia, contamos con el siguiente relato publicado:

«Cuando el Imperio japonés se abrió al comercio estadounidense, las iglesias estadounidenses se mostraron celosas por convertir a ese país a sus diversas confesiones de fe. Los misioneros enviados se dieron cuenta de que su división sería una barrera efectiva para el éxito, y acordaron ocultar sus diferencias y trabajar juntos únicamente por las almas, presentando simplemente a un solo Dios y a Cristo crucificado por los pecadores, hasta que lograran afianzarse. La disimulación tuvo tanto éxito que, en 1873, ante el clamor de las juntas misioneras nacionales por obtener cosechas sectarias, se acordó que los conversos eran lo suficientemente numerosos como para justificar un reparto del botín.

«Pero cuando el engaño fue cuidadosamente revelado a los conversos procedentes del paganismo, surgió una dificultad inesperada. Estos cristianos japoneses se reunieron y redactaron una petición, en la que exponían el gozo, la paz y la justicia que habían encontrado en Cristo Jesús, y se oponían a ser divididos, lo cual era contrario a la Palabra y al espíritu de Dios, e instaban a los misioneros, dado que habían confesado una situación tan deplorable en su propio país, a regresar a Estados Unidos y dejar en sus manos la evangelización posterior de Japón».

«Se enviaron copias de esta petición a las distintas juntas que apoyaban y supervisaban a los misioneros, y se enviaron agentes para investigar e informar. Uno de estos agentes, cuya carta se publicó en *The Independent* (Nueva York), afirma que para estas mentes, recién sacadas de la oscuridad del paganismo, "las sencillas alegrías de la salvación eclipsan todas las demás consideraciones", y "pasarán muchos años antes de que puedan ser adoctrinados en las sutiles distinciones que dividen a la cristiandad". Sin embargo, aquellos cuyas "otras consideraciones" eclipsaban las "alegrías de la salvación" y excluían el amor de Dios, perseveraron en la labor de dividir. El espíritu de Dios, como siempre lo hace, impulsó a estas almas honestas a reunirse únicamente en el nombre de Jesús. Lo más difícil en la labor del misionero sectario es «enseñar al converso las sutiles distinciones que dividen a la cristiandad». Muy pocos de los seguidores de cualquier secta

en América están tan adoctrinados. Tienen prejuicios y están vencidos por otras consideraciones que no son convicciones reales. Un porcentaje muy pequeño tiene algo parecido a una conciencia inteligente respecto a las profesiones de fe y las distinciones que los separan de otras sectas».

Tales son los sentimientos de los paganos inteligentes, desconcertados y confundidos por las tergiversaciones del carácter y las doctrinas divinas. Pero nos regocijamos al saber que, a pesar del conflicto de credos y de la conducta poco cristiana de multitudes de supuestos cristianos, así como de las llamadas naciones cristianas, no todo el esfuerzo misionero cristiano entre los pueblos paganos ha sido en vano, sino que aquí y allá las semillas de la verdad divina han caído en corazones buenos y honestos y han dado frutos de justicia y de verdadero carácter cristiano. Sin embargo, tales frutos no pueden atribuirse a los credos, sino a la Palabra y al espíritu de Dios, a pesar de la confusión de los credos humanos. El Señor se refiere a las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento como «Mis dos testigos» (Ap.
11:3), y fielmente han dado su testimonio ante todas las naciones.

En cuanto a si los religiosos paganos tendrán alguna disposición a afiliarse al cristianismo nominal, no tenemos indicios afirmativos. Por el contrario, a sus representantes en el Parlamento Mundial de las Religiones les llamó la atención principalmente la inferioridad de la religión cristiana en comparación con la valoración que ellos mismos hacen de la suya; pero la «palabra segura de la profecía» indica muy claramente que las diversas sectas protestantes formarán una unión cooperativa o federación, y que el catolicismo y el protestantismo se unirán, sin que ninguno pierda su identidad. Estos son los dos extremos de los cielos eclesiásticos que, a medida que aumente su confusión, se enrollarán juntos como un pergamino (Isaías 34:4; Apocalipsis 6:14) para protegerse —como rollos distintos y separados, pero muy próximos entre sí—.

Para lograr este fin deseado, los protestantes se muestran dispuestos a hacer casi cualquier concesión, mientras que el papado ha asumido

una actitud sumamente conciliadora. Todo observador inteligente es consciente de estos hechos; y todo lector de historia conoce el carácter nefasto de ese gran sistema anticristiano que ahora ve, en la gran confusión del protestantismo, su oportunidad para volver a avanzar hacia el poder. Y, aunque es consciente de que posee una fuerza superior a la del protestantismo dividido, el gran sistema papal también teme la crisis que se avecina y, por lo tanto, desea con gran ansiedad la unión de la cristiandad, papal y protestante, civil y religiosa.

El siguiente extracto de un artículo del destacado «padre paulista» Walter Elliot, de la ciudad de Nueva York, leído en el Congreso Católico Colombiano de 1893, muestra el propósito de la Iglesia de Roma de aprovechar la actual confusión del protestantismo. Él dijo:

«El colapso del protestantismo dogmático es nuestra oportunidad. Las denominaciones, los "credo", las "escuelas" y las "confesiones" se están desmoronando ante nuestros ojos. Los grandes hombres las construyeron, y los hombres pequeños pueden derribarlas. Esta nueva nación no puede sino mirar con *desdén* a instituciones [protestantes] que apenas duplican su propia corta vida y, sin embargo, están completamente decrépitas; no puede sino mirar con asombro a una institución [la Iglesia católica romana] en cuya vida la gran república podría haber recorrido su trayectoria casi una veintena de veces. Les digo que el vigor de la juventud nacional no puede sino asombrarse ante la frescura de la religión perenne [católica romana], y pronto deberá aclamarla como divina. Los *dogmas del protestantismo más antiguo* se están desvaneciendo de la mente de nuestro pueblo, o están siendo expulsados».----

El papa León XIII, en una encíclica, ofreció a los católicos romanos una recompensa para que oraran por la conversión de los protestantes a la Iglesia de Roma; dicha recompensa consistía en el alivio temporal de los dolores del purgatorio. De su mensaje a los protestantes, que formaba parte de la encíclica, citamos las siguientes palabras:

«Es con ardiente caridad que nos dirigimos ahora a aquellas personas que, en una época más reciente, bajo la influencia de

convulsiones excepcionales, tanto temporales como materiales, abandonaron el seno de la Iglesia de Roma. Olvidando las vicisitudes del pasado, que eleven sus espíritus por encima de las cosas humanas y, sedientos únicamente de verdad y salvación, consideren a la Iglesia fundada por Jesús. Si entonces comparan sus propias iglesias con esta Iglesia y ven a qué punto ha llegado la religión entre ellos, admitirán de buen grado que, al haber olvidado las tradiciones primitivas en varios puntos importantes, el vaivén de la diversidad los ha hecho deslizarse hacia cosas nuevas. Y no negarán que, de las verdades que los autores de este nuevo estado de cosas se llevaron consigo cuando se separaron, apenas queda alguna fórmula cierta y autorizada...

«Sabemos muy bien cuántos esfuerzos largos y dolorosos son necesarios para lograr el orden de las cosas que quisiéramos ver restaurado, y algunos tal vez piensen que somos demasiado optimistas, persiguiendo un ideal más deseable que esperable. Pero ponemos toda nuestra esperanza y confianza en Jesús, el Salvador de la raza humana, recordando las grandes cosas que se lograron en su momento gracias a la llamada locura de la cruz y de su predicación ante el mundo sabio, que observaba atónito y desconcertado. En especial, imploramos a los príncipes y gobernantes, en nombre de su visión política y de su solicitud por los intereses de sus pueblos, que sopesen nuestros designios con equidad y los respalden con su favor y autoridad. Aunque solo madurara una parte de los frutos que esperamos, el beneficio no sería pequeño en medio de la rápida decadencia actual de todas las cosas, y cuando al malestar reinante se suma el temor al futuro.

«El siglo pasado dejó a Europa agotada por los desastres y aún temblando por las convulsiones que la habían sacudido. ¿No podría el siglo que ahora llega a su fin legar como herencia a la raza humana algunas promesas de concordia y la esperanza de los grandes beneficios que ofrece la unidad de la fe cristiana?»

No se puede negar que la tendencia del protestantismo es hacia Roma. Ese fue el verdadero significado del papel destacado que se le otorgó a los católicos romanos en el gran Parlamento Religioso; y es la preocupación expresa de todos los interesados en el movimiento de la Unión Protestante asegurar una alianza, si no una unión, con la

Iglesia de Roma. Uno de los puntos del credo presbiteriano que ahora se considera ofensivo, y que se propone modificar, es el que se refiere al papado como el anticristo.

La siguiente carta de un clérigo metodista sobre la unión eclesiástica, dirigida al cardenal Gibbons, indica claramente esta tendencia entre los protestantes:

Taunton, Massachusetts. «Estimado cardenal: Sin duda, usted está al tanto y le interesa el hecho de que existe un movimiento entre las iglesias protestantes hacia la reunificación. Si tal reunificación va a tener lugar, ¿por qué no podría incluir a la Iglesia católica romana? ¿Acaso la Iglesia romana no tiene algún fundamento que proponer sobre el cual todos podamos apoyarnos? ¿No puede ella venir a nuestro encuentro con concesiones que puedan ser temporales —si cree que estamos equivocados— hasta que aprendamos más a fondo acerca de Cristo y sus planes?

«De una cosa estoy seguro: que, personalmente, tengo una tendencia cada vez mayor a buscar con más y más atención lo bueno en todas las ramas de la Iglesia cristiana, y me temo que no soy el único en esto. Atentamente,

Geo. W. King, pastor de la Primera Iglesia Metodista Episcopal».

A esto el cardenal respondió de la siguiente manera:

Residencia del cardenal, Baltimore. «Reverendo Geo. W. King, estimado señor: En respuesta a su carta, me permito decirle que sus aspiraciones por la reunificación de la cristiandad son dignas de todo elogio.

«Esta reunificación sería meramente fragmentaria si se excluyera a la Iglesia católica. Además, sería imposible, pues no puede haber unión alguna sin una base bíblica sólida, y esta se encuentra en el reconocimiento de Pedro y de su sucesor como la cabeza visible de la Iglesia.

«No puede haber un gobierno estable sin una cabeza, ya sea en la vida civil, militar o eclesiástica. Cada estado debe tener su gobernador, y cada ciudad debe tener su alcalde o jefe municipal con algún título. Si las iglesias del mundo buscan un

¿Dónde encontrarán a alguien con la autoridad o la legitimidad necesarias, salvo el obispo de Roma? Ni en Canterbury ni en Constantinopla.

«En cuanto a las condiciones de la reunificación, serían más sencillas de lo que comúnmente se imagina. La Iglesia católica se adhiere a todas las doctrinas positivas de todas las iglesias protestantes, y el reconocimiento de la supremacía judicial del Papa allanaría el camino para aceptar sus demás doctrinas. Están más cerca de nosotros de lo que imaginan. A la Iglesia se le atribuyen muchas doctrinas que ella repudia.

Fielmente suyo en Cristo, *J. Card. Gibbons*».

A esto se envió la siguiente respuesta, y con el consentimiento de ambos caballeros, las cartas se hicieron públicas en aras de la unión deseada.

"Estimado cardenal: Su respuesta ha sido leída con gran interés. ¿Podría preguntarle ahora si no sería algo sabio y valioso que la Iglesia católica expusiera a las iglesias protestantes una posible base para la unión (describiendo el asunto con suficiente detalle), algo a la manera de las propuestas de Chicago-Lambeth de la Iglesia Episcopal? Sé cuánto se malinterpreta a la Iglesia Metodista —y, de hecho, a toda la Iglesia cristiana— por parte de muchos, y considero más que posible, e incluso inevitable, que la Iglesia católica sea igualmente malinterpretada y juzgada erróneamente en muchos aspectos. ¿No podría la Iglesia católica corregir este malentendido por parte de los protestantes, al menos en gran medida, y no aceleraría esto la reunificación deseada?

«Creo que la actual división de la cristiandad está llena de insensatez, vergüenza y deshonra, y no tengo ninguna objeción a una autoridad central bajo ciertas condiciones de limitación o restricción.

Atentamente, *Geo. W. King*».

Los sentimientos de la popular Sociedad Juvenil del Esfuerzo Cristiano hacia la Iglesia de Roma eran muy

claramente en su convención anual celebrada en Montreal en 1893. Entre los delegados de la convención se encontraba un destacado hindú de Bombay, India, el reverendo Sr. Karmarkar, un converso al cristianismo protestante. En sus comentarios ante la Sociedad, afirmó que el catolicismo romano era un obstáculo para la labor misionera en la India. La declaración fue recibida con una desaprobación muy manifiesta en la convención; pero cuando los diarios franceses católicos se hicieron eco del asunto y publicaron lo que había dicho el hindú, comentándolo con ira, y como consecuencia de ello una sesión posterior de la convención se vio perturbada por una turba de católicos romanos, el presidente de la convención se esforzó por apaciguar su ira levantándose en medio de la asamblea y declarando que ni él ni los delegados eran responsables de las palabras del Sr. Karmarkar, dejando así a su invitado solo para soportar el peso de su ira, por haber dado testimonio valientemente de la verdad. Evidentemente, el Sr. Karmarkar era el único protestante en esa convención, el único que no temía, ni simpatizaba con, ni adoraba a la bestia. (Ap. 20:4) Estas fueron sus palabras, según las reportó *The American Sentinel*, en agosto de 1893:

«Existe una notable correspondencia entre el culto católico y el culto hindú. El catolicismo no es más que una nueva etiqueta en las viejas botellas del paganismo que contienen el veneno mortal de la idolatría. A menudo los hindúes nos preguntan, al ver el culto católico: "¿Cuál es la diferencia entre el cristianismo y el hinduismo?". En la India no solo tenemos que lidiar con el monstruo de muchas cabezas de la idolatría, sino también con el pulpo del catolicismo».

Entre las pocas voces que se alzaron en oposición a esta acción de la Sociedad Christian Endeavor se encontraban las siguientes resoluciones presentadas en una reunión patriótica de los ciudadanos de Boston y aprobadas por unanimidad por dos mil personas:

«Considerando que, en la convención de Christian Endeavor que se celebra actualmente en Montreal, el reverendo S. V. Karmarkar expuso de manera clara y veraz los obstáculos para el progreso del cristianismo en la India, mencionando las influencias desmoralizadoras de la Iglesia católica romana, lo que provocó la animosidad de los franceses

católicos romanos, quienes intentaron impedir la libertad de expresión en una convención protestante mediante actos de disturbio; por lo tanto

"Se resuelve que nosotros, ciudadanos protestantes de Boston, respaldamos plenamente al reverendo S. V. Karmarkar por exponer con valentía los hechos; y lamentamos profundamente que un grupo de cristianos intentara apaciguar a los católicos romanos mediante un voto de apoyo (que fue aplaudido con entusiasmo), aparentemente censurando a un hombre de Dios por decir la verdad.

«Se resuelve que se envíe una copia de estas resoluciones a los periódicos diarios y patrióticos, y que se remita al reverendo S. V. Karmarkar».

Otra popular institución protestante, el Círculo Literario de Chautauqua, en una de sus grandes convenciones anuales, envió el siguiente mensaje a una asamblea similar de católicos romanos, de reciente creación y ubicada en el lago Champlain. El mensaje fue aprobado por voto unánime y con gran entusiasmo, y decía lo siguiente:

«Chautauqua envía saludos y sus mejores deseos a la Escuela de Verano Católica». En respuesta, el canciller Vincent recibió lo siguiente del Dr. Thomas J. Conarty, director de la Escuela de Verano Católica en Plattsburgh, en el lago Champlain: «Los alumnos de la Escuela de Verano Católica de Estados Unidos están profundamente agradecidos por los cordiales saludos de Chautauqua y, a su vez, envían sus mejores deseos a Chautauqua».

Otro grupo de protestantes, principalmente covenanters, está muy interesado en que esta nación (que, desde sus inicios, ha rechazado la doctrina del derecho divino de los reyes y nunca ha reconocido el derecho de ningún hombre a gobernar como "rey por la gracia de Dios") se vista con el ropaje de la profesión cristiana
profesión, por mucho que ello pueda deshonrar a dicha profesión. Uno de los principales objetivos de este Movimiento Nacional de Reforma, como se le llama, es imponer a todos la estricta observancia del domingo como día de culto. Y con la esperanza de asegurar sus fines mediante el voto mayoritario del pueblo, están muy interesados en que su influencia se vea aumentada por el voto católico romano. De ahí que expresen su disposición a hacer casi cualquier

concesiones, incluso vender su libertad religiosa, comprada con la sangre de los mártires, para ganarse la cooperación de la Iglesia de Roma. Escuchen su propuesta, expresada por el principal órgano de la denominación, **The Christian Statesman**, de la siguiente manera:

«Siempre que ellos [la Iglesia católica romana] estén dispuestos a cooperar para resistir el avance del ateísmo político, con gusto nos uniremos a ellos». Y también: «Es posible que
suframos algunos rechazos en nuestras primeras propuestas; pues aún no ha llegado el momento en que la Iglesia Romana consienta en dar la mano a otras iglesias, como tales; pero sí ha llegado el momento de hacer avances repetidos y aceptar con gusto la cooperación en cualquier forma en que estén dispuestos a ofrecerla. *Es una de las necesidades de la situación*. Rev. S. F. Scovel (presbiteriano).

La misma revista también señaló el deber del gobierno de los Estados Unidos de la siguiente manera: «Nuestro remedio contra todas esas influencias maléficas es que el gobierno simplemente establezca la ley moral y reconozca la autoridad de Dios detrás de ella, y *tome medidas contra cualquier religión que no se ajuste a ella*». Sí, «*las exigencias de la* situación» están, en efecto, obligando a las potencias religiosas de la cristiandad a adoptar posturas peculiares, y no hace falta una observación muy aguda para notar el retroceso de las ruedas del progreso religioso; ni para suponer dónde se le pondrá fin abruptamente a la libertad religiosa.

Dijo un clérigo episcopal, el reverendo F. H. Hopkins, en un artículo publicado en *la revista The Century Magazine*:

«De una cosa estoy seguro: si en el momento de cualquiera de las grandes separaciones entre los cristianos en el pasado, la situación de la iglesia hubiera sido la que es hoy, y si la mentalidad y el temperamento de quienes se convirtieron en separatistas en aquel entonces hubieran sido los mismos que los de sus representantes actuales, no se habría producido ninguna separación en absoluto. [¡Muy cierto!] Este cambio en ambos bandos es, para mí, una prueba de que el Dios de la unidad y el amor nos está reuniendo a todos de nuevo en él, a su debido tiempo y a su manera. [Pero para aquellos que no están embriagados con el espíritu o el vino de la gran Babilonia (Ap. 17:2), es una prueba del declive de la piedad y el amor vitales

de la verdad; y una prueba de que el espíritu de ese noble movimiento, la Gran Reforma, ha muerto.]"

Escuchemos, además, el testimonio más sobrio del archidiácono Farrar. Al renunciar a su cargo como editor de **The Review of the Churches**, hizo esta notable declaración:

«Toda la causa de la Reforma se está desvaneciendo por omisión, y si los laicos alejados no despiertan a tiempo y hacen valer sus derechos como partícipes del sacerdocio común de todos los cristianos, despertarán demasiado tarde, para encontrarse como miembros de una iglesia que se ha vuelto ampliamente papista en todo menos en el nombre».

Mientras que vemos que, en este país, la iglesia nominal, tanto papista como protestante, busca la protección y la cooperación del Estado; que las diversas sectas se están uniendo para cooperar y defenderse mutuamente, ignorando sus diferencias doctrinales y haciendo hincapié en sus puntos de acuerdo; y que todas están ansiosas por una unión rápida a cualquier precio que no afecte su política, en Europa la situación es, en cierto modo, inversa. Allí los poderes civiles sienten con mayor intensidad su inseguridad y peligro y, en consecuencia, recurren a los poderes eclesiásticos en busca de la ayuda que estos puedan brindar. Aquí la mirada languideciente de la iglesia se dirige suplicante hacia el Estado, mientras que allí los tronos tambaleantes buscan apoyo en la iglesia.

Tal es la infeliz condición de ese gran sistema que ahora es llevado a juicio ante el mundo reunido: ese sistema que con orgullo se autodenomina «cristiandad» (el Reino de Cristo), pero que Cristo repudia de manera inmediata y enfática, y al que muy acertadamente llama «Babilonia». ¡Cuán evidente es lo absurdo de aplicar el nombre de «cristiandad» a los reinos de este mundo! ¿Acaso los profetas describen tal situación en el glorioso Reino de Dios? ¿Acaso el gran Príncipe de la Paz irá por ahí implorando a las naciones que reconozcan su autoridad y le concedan sus derechos —de territorio, de riqueza o de dominio? ¿Suplicará una miseria al campesino más pobre o cortejará el favor de los acaudalados? ¿O será que

¿implorará a sus súbditos que se movilicen y ejerzan sus últimas energías para sostener su trono tambaleante? Oh, no; con dignidad y autoridad, cuando llegue el momento señalado, tomará para sí su gran poder y comenzará su glorioso reinado; ¿y quién le impedirá o obstruirá el camino?

Así, existe una unión general de los poderes fácticos, tanto civiles como eclesiásticos, y una dependencia mutua entre ellos; y a estos están ligados los intereses de todos los ricos, los grandes y los poderosos: los intereses de reyes y emperadores, de estadistas y señores y damas, de funcionarios con títulos nobiliarios, de sacerdotes y obispos, y del clero de todos los grados, de los grandes capitalistas, banqueros, corporaciones monopolistas, etc., etc. El estado actual del conflicto no es más que un choque de ideas y una preparación general para la crisis inminente. Los poderes eclesiásticos, a los que se hace referencia en las Escrituras como los poderes de los cielos (los poderes espirituales nominales), se están acercando unos a otros, y en verdad, «los cielos se enrollarán como un pergamino»; pero «mientras se enrollen *como espinas* [pues no puede haber una afiliación pacífica y cómoda entre los protestantes amantes de la libertad y el espíritu tiránico del papado], y mientras estén ebrios como borrachos [intoxicados con el espíritu del mundo, el vino de Babilonia], serán devorados como paja completamente seca (Nahúm 1:10), en el gran cataclismo de tribulación y
anarquía predicha en la Palabra de Dios como el inicio del Reino Milenario.

* * *

No queremos que se interprete que incluimos a todos los cristianos como «babilonios». Todo lo contrario. Así como el Señor reconoce a algunos en Babilonia como fieles a Él y se dirige a ellos ahora diciendo: «Salid de ella, *pueblo mío*» (Apocalipsis 18:4), así lo hacemos nosotros;
y nos alegra creer que hoy en día hay miles que no se han arrodillado ante el Baal de nuestros días: Mammón, el orgullo y la ambición. Algunos de ellos ya han obedecido y «han salido de ella», y los demás están siendo puestos a prueba en

este punto, antes de que se derramen las plagas sobre Babilonia. Aquellos que aman a sí mismos, la popularidad, la prosperidad mundana y el honor de los hombres más de lo que aman al Señor, y que veneran las teorías y los sistemas humanos más que la Palabra del Señor, no saldrán hasta que Babilonia caiga y pasen por la «gran tribulación» (Ap. 7:9, 14). Pero tales personas no serán
considerados dignos de compartir el Reino.–Compárese con Ap. 2:26; 3:21; Mat. 10:37; Mar. 8:34, 35; Luc. 14:26, 27.

* * *

«Se acerca el tiempo de angustia, "se apresura en gran manera"; incluso ahora sus ondas se extienden por el mar que abarca el mundo;
Oh, cuando sus olas se hinchen hasta convertirse en majestuosas montañas,
¿me arrollarán las irresistibles olas?

«¿O, presa del terror, descubriré entonces
una presencia maravillosa de pie en gloria a mi lado, ¡pisando las aguas! —
Emmanuel—, el Dador de vida, con palabras de aliento: "No temas, soy yo".

«Sí, una mano, fuerte, pero tierna como la de una madre, me sacará de entre los oleajes embravecidos.
Con una suave reprimenda, más amorosa que la de un hermano: "¡Hombre de poca fe! Oh, ¿por qué dudaste?" »----

ESTUDIO VII

LAS NACIONES REUNIDAS Y LA PREPARACIÓN DE LOS ELEMENTOS PARA EL GRAN FUEGO DE LA INDIGNACIÓN DE DIOS

Cómo y por qué se reúnen las naciones – Los elementos sociales que se preparan para el fuego – La acumulación de tesoros – El aumento de la pobreza – La fricción social al borde de la combustión – Unas palabras del presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo – Los ricos a veces son condenados con demasiada severidad – El egoísmo y la libertad en combinación – La independencia vista por los ricos y por los pobres–Por qué las condiciones actuales no pueden continuar – La maquinaria como factor importante en la preparación para el gran fuego – La competencia femenina – La visión de los trabajadores sobre la situación: lo razonable y lo irrazonable – La ley de la oferta y la demanda, inexorable para todos – Las perspectivas de la competencia industrial extranjera son desoladoras – Los temores del Sr. Justin McCarthy por Inglaterra – Kier Hardie, diputado, sobre las perspectivas laborales en Inglaterra – El honorable Jos. Chamberlain a los trabajadores británicos – La agresión nacional en relación con los intereses industriales – Herr Liebknecht sobre la guerra social e industrial en Alemania – Resoluciones del Congreso Internacional de Sindicatos – Gigantes de nuestros días – Lista de trusts y cárteles – Esclavitud bárbara frente a servidumbre civilizada – Las masas entre la piedra de molino de arriba y la de abajo – Las condiciones son universales y están más allá del poder humano para regularlas.

«Esperadme —dice el Señor— hasta el día en que me levante para la presa; porque mi propósito es reunir a las naciones, para que pueda congregar a los reinos, a fin de derramar sobre ellos mi indignación, sí, toda mi ira ardiente; pues toda la tierra será devorada por el fuego de mi celos [ira]. Porque entonces daré al pueblo una lengua pura, para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan de común acuerdo». — Sofonías 3:8, 9.

LA REUNIÓN de las naciones en estos últimos días, en cumplimiento de la profecía anterior, es muy notable. Los descubrimientos e inventos modernos han hecho, en efecto, que los confines más remotos de la tierra sean vecinos entre sí. Los viajes, los servicios postales, el telégrafo, el teléfono, el comercio, la proliferación de libros y periódicos, etc., han convertido al mundo entero, en gran medida, en una comunidad de pensamiento y acción hasta ahora desconocida. Esta situación ya ha hecho necesarias leyes y regulaciones internacionales que cada una de las naciones debe respetar. Sus representantes se reúnen en consejos, y cada nación cuenta con sus ministros o representantes en todas las demás naciones. Las exposiciones internacionales también han surgido como resultado de esta vecindad entre las naciones. Ya no puede existir esa exclusividad por parte de ninguna nación que impida el acceso de todas las demás a sus puertos. Las puertas de todos están necesariamente abiertas, y deben permanecer así; e incluso las barreras de los diversos idiomas se están superando con facilidad.

Los pueblos civilizados ya no son extraños en ninguna parte de la tierra. Sus espléndidos buques transportan a sus representantes comerciales, a sus enviados políticos y a sus curiosos viajeros de placer a los rincones más remotos con facilidad y comodidad. Magníficos vagones de tren los llevan hacia el interior, y regresan a casa cargados de información y de nuevas ideas, y con el espíritu despierto ante nuevos proyectos y empresas. Incluso las naciones paganas más atrasadas están despertando de los sueños de siglos y observan con asombro y admiración a sus visitantes extranjeros, aprendiendo de sus maravillosos logros. Y ellas, a su vez, ahora envían a sus representantes al extranjero para que puedan beneficiarse de sus nuevos contactos.

En los días de Salomón se consideraba algo maravilloso que la reina de Saba recorriera unas quinientas millas para escuchar la sabiduría y contemplar la grandeza de Salomón; pero ahora incluso muchos de los que no tienen título viajan

por todo el mundo, gran parte del cual entonces era desconocido, para ver su riqueza acumulada y conocer su progreso; y ahora se puede dar la vuelta al mundo con comodidad e incluso lujo en menos de ochenta días.

En verdad, las naciones se han «reunido» de una manera inesperada, aunque es la única forma en que podían reunirse; es decir, en torno a intereses y actividades comunes; pero, ¡ay!, no en el amor fraternal, pues el egoísmo marca cada paso de este progreso. El espíritu emprendedor, cuyo motor es el egoísmo, ha impulsado la construcción de los ferrocarriles, los barcos de vapor, los telégrafos, los cables y los teléfonos; el egoísmo regula el comercio y las relaciones internacionales, así como toda otra energía y empresa, excepto la predicación del Evangelio y el establecimiento de instituciones benéficas; e incluso en estos casos es de temer que gran parte de lo que se hace esté inspirado por motivos distintos al amor puro a Dios y a la humanidad. El egoísmo ha reunido a las naciones y las ha estado preparando constantemente para la retribución predicha —la anarquía—, que se acerca rápidamente y que se describe tan gráficamente como el «fuego de los celos o la ira de Dios, que está a punto de consumir por completo el
orden social actual —el mundo tal como es ahora—» (2 Pedro 3:7). Sin embargo, esto se dice solo desde el punto de vista humano; pues el profeta atribuye esta reunión de las naciones a Dios. Pero ambas cosas son ciertas; pues, si bien al hombre se le permite ejercer su libre albedrío, Dios, mediante su *providencia soberana*, está moldeando los asuntos humanos para el cumplimiento de sus propios y sabios propósitos. Y por lo tanto, mientras que los hombres, sus obras y sus caminos son los agentes y los medios, Dios es el gran Comandante que ahora reúne a las naciones y congrega a los reinos de un extremo al otro de la tierra, en preparación para la transferencia del dominio de la tierra a aquel «a quien corresponde por derecho», el Emmanuel.

El Profeta nos dice por qué el Señor reúne así a las naciones, diciendo: «Para derramar sobre ellas mi indignación, incluso

toda mi ira feroz; pues toda la tierra [todo el tejido social] será devorada por el fuego de mi celos».----Este mensaje nos traería solo dolor y angustia, de no ser por la seguridad de que los resultados serán para bien del mundo, derrocando el reinado del egoísmo y estableciendo, a través del Reino Milenario de Cristo, el reinado de la justicia al que se refieren las palabras del profeta: *«Entonces* daré al pueblo un lenguaje puro [sus comunicaciones entre sí ya no serán egoístas, sino puras, veraces y amorosas, con el propósito] de que todos invoquen el nombre del Señor para servirle de común acuerdo».

La «reunión de las naciones» no solo contribuirá a la severidad del juicio, sino que también hará imposible que nadie escape de él; y así convertirá a la gran tribulación en un conflicto breve, además de decisivo, tal como está escrito: «Una obra breve hará el Señor sobre la tierra». —Rom. 9:28; Isa. 28:22.

LOS ELEMENTOS SOCIALES QUE SE PREPARAN PARA EL FUEGO

Al mirar a nuestro alrededor, vemos los «elementos» que se preparan para el fuego de este día: el fuego de la ira de Dios. El egoísmo, el conocimiento, la riqueza, la ambición, la esperanza, el descontento, el miedo y la desesperación son los ingredientes cuya fricción pronto encenderá las pasiones airadas del mundo y hará que sus diversos «elementos» sociales se derritan en el calor ardiente. Al observar el mundo, fíjense en los cambios que han tenido lugar con respecto a estas pasiones durante el último siglo, y especialmente durante los últimos cuarenta años. La satisfacción del pasado ha desaparecido de todas las clases: ricos y pobres, hombres y mujeres, educados e ignorantes. Todos están insatisfechos. Todos, de manera egoísta y cada vez más, reclaman «derechos» o se lamentan de las «injusticias». Es cierto que hay injusticias, injusticias graves, que deben ser corregidas, y derechos que

deberían disfrutarse y respetarse; pero la tendencia de nuestra época, con su aumento de conocimiento e independencia, es fijarse únicamente en el aspecto de las cuestiones más cercano al interés propio, y no apreciar el lado opuesto. El efecto predicho por los profetas será, en última instancia, que la mano de cada hombre se levante contra su prójimo, lo cual será la causa inmediata de la gran catástrofe final. La Palabra de Dios, la providencia y las lecciones del pasado quedan olvidadas bajo las fuertes convicciones de los derechos personales, etc., que impiden a las personas de todas las clases sociales elegir el camino más sensato y moderado, que ni siquiera pueden ver porque el egoísmo los ciega ante todo lo que no concuerda con sus propios prejuicios. Cada clase social deja de considerar con imparcialidad el bienestar y los derechos de la otra. La regla de oro se ignora por lo general; y la falta de sabiduría, así como la injusticia de este proceder, pronto se harán evidentes para *todas* las clases, pues todas sufrirán terriblemente en esta tribulación. Pero los ricos, según nos informan las Escrituras, serán los que más sufrirán.

Mientras los ricos acumulan diligentemente tesoros fabulosos para estos últimos días, derribando sus almacenes y construyendo otros más grandes, y diciéndose a sí mismos y a su posteridad: «El alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; come, bebe y diviértete», Dios, por medio de los profetas, les dice: «¡Necio! Esta misma noche te reclamarán tu alma; entonces, ¿de quién serán las cosas que has acumulado?» —Lucas 12:15-20.

Sí, la noche oscura predicha (Isaías 21:12; 28:12, 13, 21, 22; Juan 9:4) se acerca rápidamente; y, como una trampa, sobrevendrá al mundo entero. Entonces, en verdad, ¿de quién serán estos tesoros atesorados, cuando, en la angustia de ese momento, “arrojarán su plata en las calles, y su oro será quitado; su plata y su oro no podrán librarlos en el día de la ira del Señor, porque es la piedra de tropiezo de su iniquidad». —Ezequiel 7:19.

La acumulación de tesoros

Es evidente que nos encontramos en una época que sobresale por encima de todas las demás en cuanto a la acumulación de riqueza y a la vida «desmedida» o extravagante por parte de los ricos. (Santiago 5:3, 5) Escuchemos algunos testimonios de la literatura actual. Si este punto se demuestra de manera concluyente, se convertirá en otra evidencia de que estamos en los «últimos días» de la presente dispensación y nos acercamos a la gran tribulación que finalmente destruirá el orden actual del mundo y dará paso al nuevo orden de las cosas bajo el Reino de Dios.

El honorable Wm. E. Gladstone, en un discurso ampliamente difundido, tras referirse al presente como una «era productora de riqueza», dijo:

«Hay caballeros ante mí que han sido testigos de una mayor acumulación de riqueza en el transcurso de sus vidas que la que se ha visto en todas las épocas anteriores desde los días de Julio César».----

Tomen nota de esta declaración de uno de los hombres mejor informados del mundo. Este hecho, tan difícil de comprender para nosotros —que se haya producido y acumulado más riqueza durante los últimos cincuenta años que durante los diecinueve siglos anteriores—, resulta sin embargo, según las estadísticas, una estimación muy conservadora, y las nuevas condiciones así generadas están destinadas a desempeñar un papel importante en el reajuste del orden social del mundo que ahora se avecina.

Hace algunos años, *el Boston Globe* publicó el siguiente relato sobre algunos de los hombres más acaudalados de Estados Unidos:

«Los veintiún magnates ferroviarios que se reunieron el lunes en Nueva York para discutir el tema de la competencia ferroviaria representaban un capital de 3,000,000,000 de dólares. Los hombres que viven hoy pueden recordar cuando no había ni media docena de millonarios en el país. Ahora hay 4,600 millonarios y varios de los cuales, según se dice, tienen ingresos anuales superiores al millón.

"En la ciudad de Nueva York, según un cálculo conservador, hay la sorprendente cifra de 1,157 personas y patrimonios que valen cada uno 1,000,000 de dólares. En Brooklyn hay 162 personas y patrimonios que valen cada uno al menos 1,000,000 de dólares. En las dos ciudades hay, pues, 1 319 millonarios, pero muchos de ellos tienen un patrimonio mucho mayor que 1 000 000 de dólares: son multimillonarios, y la naturaleza de estas grandes fortunas es diferente, por lo que generan ingresos distintos. Las tasas de interés que perciben algunos de los más destacados se calculan en cifras redondas, de la siguiente manera: Juan
D. Rockefeller, 6 por ciento; el de William Waldorf Astor,
7 por ciento; el patrimonio de Jay Gould, que, al estar integrado en corporaciones, sigue prácticamente sin dividirse, 4 por ciento; el de Cornelius Vanderbilt, 5 por ciento, y el de William K. Vanderbilt, 5 por ciento.

«Calculando con las tasas anteriores y capitalizando los intereses semestralmente, para permitir la reinversión, los ingresos anuales y diarios de las cuatro personas y de los patrimonios mencionados son los siguientes:

	Anuales	Diarios
William Waldorf Astor	$8,900,000	23 277
John D. Rockefeller	7 611 250	20 853
El patrimonio de Jay Gould	4 040 000	11 068
Cornelius Vanderbilt	4 048 000	11 090
William K. Vanderbilt	3 795 000	10 397

Lo anterior es, evidentemente, una estimación conservadora, pues hace ya dieciséis años se señaló que el dividendo trimestral del Sr. Rockefeller por las acciones de la Standard Oil Company, de las que es uno de los principales accionistas, ascendía a un cheque de cuatro millones de dólares; y esas mismas participaciones generan hoy en día un ingreso mucho mayor.

El Niagara Falls Review, incluso antes del inicio del presente siglo, lanzó la siguiente advertencia:

«Uno de los mayores peligros que ahora amenaza a la

estabilidad de las instituciones estadounidenses es el aumento del número de millonarios individuales y la consiguiente concentración de la propiedad y el dinero en unas pocas manos. Un artículo reciente en un destacado periódico del estado de Nueva York presenta cifras que deben servir para llamar la atención general sobre la evolución de este problema. Se dice que las siguientes son las nueve mayores fortunas de los Estados Unidos:

William Waldorf Astor	150 000 000 de dólares
Jay Gould	100 000 000
John D. Rockefeller	90 000 000
Cornelius Vanderbilt	90 000 000
William K. Vanderbilt	80 000 000
Henry M. Flagler	60 000 000
John L. Blair	50 000 000
Russell Sage	50 000 000
Collis P. Huntington	50 000 000
Total	$720,000,000

«Si estimamos el rendimiento de estas inmensas sumas de acuerdo con el interés promedio obtenido en otras inversiones similares, los ingresos serían los siguientes:

	Anual	Diario
Astor	9 135 000 dólares	$25 027
Rockefeller	5 481 000	16 003
Gould	4 040 000	11 068
Vanderbilt, C	4 554 000	12 477
Vanderbilt, W. K	4 048 000	11 090
Flagler	3 036 000	8 318
Blair	3 045 000	8 342
Sage	3 045 000	8 342
Huntington	1 510 000	4 137

«Casi todos estos hombres llevan un estilo de vida relativamente sencillo, y es obviamente imposible que gasten más que una parte de sus inmensos ingresos diarios y anuales. En consecuencia, el excedente se convierte en capital y contribuye a aumentar aún más las fortunas de estas personas. En la actualidad, la familia Vanderbilt posee las siguientes sumas inmensas:

(En los últimos años, algunas de estas cifras han aumentado considerablemente.)

Cornelius Vanderbilt	90 000 000 de dólares
William K. Vanderbilt	80 000 000
Frederick W. Vanderbilt	17 000 000
George W. Vanderbilt	15 000 000
Sra. Elliot F. Sheppard	13 000 000
Sra. de William D. Sloane	13 000 000
Sra. Hamilton McK Twombly	13 000 000
Sra. W. Seward Webb	13 000 000
Total	$254,000,000

«Aún más impresionantes son las fortunas acumuladas a través del gran trust Standard Oil, que acaba de disolverse y al que le ha sucedido la Standard Oil Company. Las fortunas generadas por este fueron las siguientes:

John D. Rockefeller	$90,000,000
Henry M. Flagler	60 000 000
William Rockefeller	40 000 000
Benjamin Brewster	25 000 000
Henry H. Rogers	25 000 000
Oliver H. Payne (Cleveland)	25 000 000
Wm. G. Warden (Filadelfia)	25 000 000
Patrimonio de Chas. Pratt (Brooklyn)	25 000 000
John D. Archbold	10 000 000
Total	$325,000,000

«Solo se necesitaron veinte años para concentrar esta riqueza en manos de ocho o nueve hombres. Ahí radica, pues, el peligro. En manos de Gould, los Vanderbilt y Huntington se encuentran los grandes ferrocarriles de los Estados Unidos. En poder de Sage, los Astor y otros, se encuentran grandes extensiones de terreno en Nueva York, cuyo valor aumenta constantemente. Unidas y mediante la acumulación natural, las fortunas de estas nueve familias ascenderían en veinticinco años a $2,754,000,000. El propio William Waldorf Astor, por la mera fuerza de la acumulación, probablemente tendrá un patrimonio de

mil millones antes de morir; y este dinero, al igual que el de los Vanderbilt, se transmitirá en su familia como en otras, y creará una aristocracia de la riqueza extremadamente peligrosa para la sociedad, lo que constituye un curioso comentario sobre esa aristocracia de cuna o talento que los estadounidenses consideran tan perjudicial en Gran Bretaña.

«Existen otras grandes fortunas o están en ascenso, de las cuales solo se pueden mencionar algunas:

William Astor	40 000 000 de dólares
Leland Stanford	30 000 000
Sra. Hetty Green	30 000 000
Philip D. Armour	30 000 000
Edward F. Searles	25 000 000
J. Pierpont Morgan	25 000 000
Patrimonio de Charles Crocker	25 000 000
Darius O. Mills	25 000 000
Andrew Carnegie	25 000 000
Patrimonio de E. S. Higgins	20 000 000
George M. Pullman	20 000 000
Total	$295,000,000

«Así vemos cómo se concentran sumas de capital casi inconcebibles en manos de unos pocos, y cómo, necesariamente, se les quita [la oportunidad] a la mayoría. El ser humano carece del poder para resolver pacíficamente esta espinosa cuestión. La situación seguirá yendo de mal en peor».

ALGUNOS MILLONARIOS ESTADOUNIDENSES Y CÓMO OBTUVIERON SUS MILLONES

El editor de la *revista Review of Reviews* ofrece lo que él denomina «unos cuantos extractos de un artículo sumamente instructivo y entretenido, cuyo único defecto es su visión optimista del pulpo plutocrático», en estos términos:

«Un estadounidense que escribe a partir de un profundo conocimiento personal, pero que prefiere permanecer en el anonimato, cuenta en *la revista Cornhill Magazine,* con gran simpatía, la historia de varios

de los millonarios de la gigantesca República. Afirma que, aunque los cuatro mil millonarios posean entre todos cuarenta mil millones de dólares de los setenta y seis mil millones que conforman la riqueza nacional total, el saldo aún deja a cada ciudadano 500 dólares por persona, frente a los 330 dólares por persona de hace cuarenta y cinco años. Argumenta que los millonarios han crecido haciendo que otras clases no sean más pobres, sino más ricas.

"'El comodoro Vanderbilt, quien amasó los primeros millones de los Vanderbilt, nació hace justo un siglo. Su capital consistía en lo tradicional: pies descalzos, bolsillos vacíos y fe en su suerte —la base de tantas fortunas estadounidenses. El trabajo arduo, desde los seis hasta los dieciséis años, le proporcionó un segundo capital, más tangible: cien dólares en efectivo. Este dinero lo invirtió en un pequeño barco; y con ese barco abrió su propio negocio: el transporte de verduras a Nueva York. A los veinte años se casó, y tanto él como su esposa se dedicaron a generar ingresos. Él manejaba su barco. Ella administraba un hotel. Tres años después ya tenía un patrimonio de diez mil dólares. A partir de ahí, su dinero llegó rápidamente —tan rápidamente que, cuando estalló la guerra civil, el joven que había comenzado con un barco de cien dólares pudo donar a la nación uno de sus barcos, valorado en ochocientos mil dólares, y aun así sentirse tranquilo respecto a sus finanzas y su flota. A los setenta años se le atribuía una fortuna de setenta millones.

"'La fortuna de los Astor debe su existencia al ingenio de un solo hombre y al crecimiento natural de una gran nación, siendo Juan Jacob Astor el único hombre en cuatro generaciones que fue un verdadero generador de riqueza. El dinero que ganó, a medida que lo ganaba, lo invirtió en propiedades en la ciudad de Nueva York; la cantidad de dichas propiedades es limitada, ya que la ciudad se encuentra en una isla. En consecuencia, el crecimiento de la ciudad de Nueva York, que se debió al crecimiento de la República, convirtió esta pequeña fortuna del siglo XVIII en la mayor fortuna estadounidense del siglo XIX. El primer y último Astor digno de estudio como el maestro de los millones fue, por lo tanto, John Jacob Astor, quien, cansado de su trabajo como ayudante en la carnicería de su padre en Waldorf, se fue, hace unos ciento diez años, a probar suerte

suerte en el Nuevo Mundo. En el barco, en cierto sentido, forjó toda su fortuna. Conoció a un viejo comerciante de pieles que le enseñó los trucos del comercio de pieles con los indígenas. Se dedicó a ese negocio y ganó dinero con él. Luego se casó con Sarah Todd, una joven astuta y enérgica. Sarah y Juan Jacob adquirieron la sencilla costumbre de pasar todas sus tardes en su tienda clasificando pieles... En quince años, Juan Jacob y su esposa Sarah habían acumulado dos mil quinientos mil dólares... Una especulación afortunada con bonos de Estados Unidos, cuyo precio era entonces muy bajo, duplicó la fortuna de Juan Jacob; y toda esta riqueza se invirtió en bienes raíces, donde ha permanecido desde entonces.

"'Leland Stanford, Charles Crocker, Mark Hopkins y Collis P. Huntington se dirigieron a California durante la fiebre del oro de 1849. Cuando se planteó la idea del ferrocarril transcontinental, estos cuatro "vieron en él una oportunidad de ganar millones" y se comprometieron a construir el Union Pacific. A estos cuatro hombres, que en 1850 no tenían ni un centavo, se les atribuye hoy una fortuna combinada de 200 000 000 de dólares.

"'Uno de ellos, Leland Stanford, tenía la intención de formar una familia; pero hace diez años falleció su único hijo, y entonces decidió fundar una universidad en la conmemoración de ese hijo. Y lo hizo a lo grande, pues, mientras aún estaba «en vida», «cedió» a los fideicomisarios tres fincas que abarcaban 86 000 acres y que, gracias a sus espléndidos viñedos, tenían un valor de 6 000 000 de dólares. A esto añadió valores por un valor de 14 000 000 de dólares, y a su muerte dejó a la universidad un legado de 2 500 000 de dólares —una donación total de un solo hombre a una institución educativa de 22 500 000 de dólares, lo que se dice que es un "récord mundial". Su esposa ha anunciado su intención de legar su fortuna, unos 10 000 000 de dólares, a la universidad».

"El ejemplo más notable de cómo hacer dinero en la historia de los millonarios estadounidenses es el que ofrece el Standard Oil Trust:

"'Hace treinta años, cinco jóvenes, la mayoría de los cuales vivían en la pequeña ciudad de Cleveland (estado de Ohio), y todos relativamente pobres (probablemente el grupo completo no sumaba ni 50 000 dólares), vieron posibilidades económicas en el petróleo. En el lenguaje enfático del viejo piloto de río: "Se lanzaron a por ello ahí mismo y en ese momento", y lo lograron. Hoy en día, ese mismo grupo de cinco hombres tiene un patrimonio de 600 000 000 de dólares... John D. Rockefeller, el cerebro y el "nervio" de este gran "trust", es un hombre de rostro rubicundo

con una mirada tan apacible y un trato tan afable que resulta muy difícil llamarlo un «monopolista codicioso». Su «pasatiempo» ahora es la educación, y se dedica a este pasatiempo de manera enérgica y varonil. Ha tomado bajo su protección a la Universidad de Chicago, y ya la suma de siete millones de dólares ha pasado de sus bolsillos a las arcas de la nueva sede del saber en la segunda ciudad de la República». "

"En un artículo publicado en el *Forum*, el Sr. Thomas G. Shearman, un estadístico de Nueva York, dio los nombres de setenta estadounidenses cuya riqueza total asciende a 2 700 000 000 de dólares, con un promedio de 38 500 000 de dólares cada uno; y afirma que se podría elaborar una lista de diez personas cuya riqueza promediaría 100 000 000 de dólares cada una; y otra lista de cien personas cuya riqueza promediaría 25 000 000 de dólares cada una; y que «el *ingreso anual promedio* de los cien estadounidenses más ricos no puede ser inferior [por persona] a 1 200 000 de dólares, y probablemente supera los 1 500 000 de dólares».

Al comentar esta última afirmación, un escritor competente (el reverendo Josiah Strong) dice:

«Si cien obreros pudieran ganar cada uno 1,000 dólares al año, tendrían que trabajar mil doscientos o mil quinientos años para ganar tanto como los *ingresos anuales* de estos cien estadounidenses más ricos. Y si un obrero pudiera ganar 100 dólares al día, tendría que trabajar hasta cumplir quinientos cuarenta y siete años, sin tomarse ni un solo día libre, antes de poder ganar tanto como lo que valen algunos estadounidenses».

La siguiente tabla compara la riqueza de las cuatro naciones más ricas del mundo en 1830 y 1893; y muestra cómo las riquezas se están «acumulando» a nivel nacional en estos «últimos días» de esta era de acumulación casi fabulosa.

	1830	1893
Riqueza total de Gran Bretaña	$16,890,000,000	$50,000,000,000
Riqueza total de Francia	10 645 000 000	40 000 000 000
Riqueza total de Alemania	10 700 000 000	35 000 000 000
Riqueza total de Estados Unidos	5 000 000 000	72 000 000 000

Para que el lector se haga una idea de cómo los estadísticos llegan a sus conclusiones sobre un tema tan amplio, presentamos la

siguiente como una estimación aproximada y clasificada de la riqueza de los Estados Unidos:

Bienes raíces en ciudades y pueblos	$15,500,000,000
Bienes raíces fuera de ciudades y pueblos	12 500 000 000
Bienes muebles (no especificados a continuación)	8,200,000,000
Ferrocarriles y sus equipos	8,000,000,000
Capital invertido en la industria manufacturera	5 300 000 000
Productos manufacturados	5 000 000 000
Producción (incluida la lana)	3 500 000 000
Bienes en propiedad e inversiones en países extranjeros	3 100 000 000
Edificios públicos, arsenales, buques de guerra, etc.	3 000 000 000
Animales domésticos en granjas	2 480 000 000
Animales domésticos en ciudades y pueblos	1 700 000 000
Dinero, monedas extranjeras y nacionales, billetes, etc.	2 130 000 000
Tierras públicas (a 1,25 dólares por acre)	1 000 000 000
Productos minerales (de todo tipo)	590 000 000
Total	$72,000,000,000

Hace algunos años se señaló que la riqueza de los Estados Unidos estaba aumentando a un ritmo de cuarenta millones de dólares por semana, o dos mil millones de dólares por año.

(En ese entonces, se estimaba que el endeudamiento total de la población de los Estados Unidos, tanto público como privado, era de veinte mil millones de dólares.)

Esta acumulación de riquezas para los últimos días, que aquí se menciona, se refiere especialmente a los Estados Unidos, pero lo mismo ocurre en todo el mundo civilizado. Gran Bretaña es más rica *per cápita* que Estados Unidos, la nación más rica del mundo. E incluso en China y Japón hay millonarios de reciente aparición. Se atribuye la derrota de China en 1894 a manos de los japoneses principalmente a la avaricia de los funcionarios del gobierno, de quienes se dice que suministraron cañones y balas de cañón de mala calidad e incluso falsificaciones, a pesar de haber pagado un alto precio por los auténticos.

Por supuesto, solo una minoría de quienes buscan la riqueza la encuentran. La carrera y la lucha por la riqueza no siempre se ven recompensadas. La lacra del egoísmo se extiende mucho más allá de los que tienen éxito y, como dijo el apóstol: «Los que *quieren* ser ricos [los que están decididos a serlo a toda costa] caen en tentación y en una trampa, y en muchos deseos necios y dañinos que hunden a los hombres en la destrucción y la perdición. Porque el *amor* al dinero [la riqueza] es la raíz de todo mal». (1 Tim. 6:9,
10) La mayoría, por inexperiencia, asume los riesgos y se encuentra con la decepción y la pérdida; unos pocos, astutos y con experiencia en el mundo, asumen pocos riesgos y cosechan la mayor parte de las ganancias. Así, por ejemplo, la «fiebre del oro sudafricano», que en su momento se extendió por Gran Bretaña, Francia y Alemania, en realidad transfirió, desde los bolsillos y las cuentas bancarias de la clase media a los de los capitalistas y banqueros adinerados —quienes asumen pocos riesgos—, cientos de millones de dólares. El resultado fue, sin duda, una gran pérdida para dicha clase media, tan ansiosa por enriquecerse de repente que arriesga todo lo que tiene. Esto tiende a generar descontento entre muchos miembros de esta clase, por lo general conservadora, y a prepararlos, en pocos años, para cualquier proyecto socialista que prometa ser beneficioso para ellos.

EL AUMENTO DE LA POBREZA

¿Pero es cierto que hay personas pobres y necesitadas en esta tierra de abundancia, en la que tantos están acumulando una riqueza tan fabulosa? ¿No es culpa de él o ella si algún hombre o mujer sano no puede ganarse la vida cómodamente? ¿No tendería a fomentar el pauperismo y la dependencia si los «acomodados» se encargaran de remar en las canoas de las clases más pobres? Así es como ven el tema muchos de los ricos, quienes en muchos casos eran pobres hace veinticinco años y recuerdan que *en aquel entonces* todos los que podían y estaban dispuestos a trabajar encontraban mucho que hacer. No se dan cuenta de los grandes cambios que han ocurrido desde entonces, y de que, mientras que su fortuna ha mejorado maravillosamente, la situación de las masas ha retrocedido, especialmente durante

los últimos siete años. Es cierto que, en este momento, los salarios son en general justos, gracias a la defensa de los sindicatos, etc.; pero muchos no pueden conseguir trabajo, mientras que muchos de los que tienen empleo solo trabajan a tiempo parcial, y a menudo menos, y apenas logran, mediante una economía estricta, vivir de manera decente y honesta.

Cuando se producen crisis económicas especiales, como en 1893-1896, muchos de estos desempleados quedan a merced de la caridad de sus amigos, quienes apenas pueden soportar esta presión adicional; y aquellos que no tienen amigos se ven obligados a recurrir a las instituciones de caridad públicas, que en tales momentos son totalmente insuficientes.

La depresión de 1893 pasó como una ola por todo el mundo, y su fuerte presión aún se siente ampliamente; aunque para algunos ha llegado un respiro de recuperación. Pero, como señalan las Escrituras, esta aflicción viene en oleadas o espasmos —«como los dolores de parto de una mujer» (1 Tes. 5:3)—y es probable que cada espasmo sucesivo sea más severo, hasta el último. A los ricos y acomodados a menudo les cuesta darse cuenta de la indigencia de la clase más pobre, cuya población crece rápidamente. El hecho es que incluso entre aquellos de las clases media y alta que sí piensan y se compadecen de las penurias de los muy pobres, existe la conciencia de la absoluta imposibilidad de cambiar el orden social actual de tal manera que les brinde algún alivio permanente; y así, cada uno hace lo poco que cree estar a su alcance y que considera su deber para con quienes están más cerca de él, y trata de desacreditar u olvidar los informes de miseria que llegan a sus ojos y oídos.

Los siguientes extractos de la prensa diaria nos recordarán las condiciones que prevalecían en 1893 y que, probablemente, en poco tiempo se repetirán con creces. *El California Abogado* decía:

«La concentración de las masas de desempleados en nuestras grandes ciudades, que se cuentan por miles, es un espectáculo de lo más espantoso

espectáculo, y su lastimero clamor por trabajo o pan se escucha por todo el país. Es el viejo problema sin resolver de la pobreza, agravado por la depresión económica sin precedentes. El desocupo involuntario es un mal en constante crecimiento que acompaña a la civilización. Es la sombra oscura que se arrastra sin cesar tras la civilización, aumentando en dimensiones e intensidad a medida que esta avanza. Sin duda, las cosas se encuentran en una situación anómala cuando los hombres están dispuestos a trabajar, quieren trabajar y, sin embargo, no pueden encontrar trabajo que hacer, mientras que su propia vida depende del trabajo. No hay nada de cierto en el viejo dicho de que «el mundo le debe a cada hombre el sustento». Pero sí es cierto que el mundo le debe a cada hombre la oportunidad de ganarse la vida. Se han planteado muchas teorías y se han realizado muchos esfuerzos para garantizar el «derecho al trabajo» inalienable a todo aquel dispuesto a trabajar; pero todos esos intentos han terminado hasta ahora en un sombrío fracaso. Sin duda, será un benefactor de la humanidad quien resuelva con éxito el problema de cómo asegurar a todo trabajador dispuesto algún trabajo que hacer y, de este modo, libere a la humanidad de la maldición de la ociosidad involuntaria».

Otro relato describe cómo, en Chicago, una multitud de más de cuatrocientos hombres desempleados marchó por las calles del centro de la ciudad, encabezada por uno de ellos que llevaba un letrero de cartón en el que estaba garabateada la sombría leyenda: «Queremos trabajo». Al día siguiente marcharon con muchas pancartas que llevaban las siguientes inscripciones: «Vive y deja vivir», «Queremos una oportunidad para mantener a nuestras familias». «Trabajo o pan», etc. Un ejército de desempleados marchó por San Francisco con pancartas en las que se leía: «Miles de casas en alquiler y miles de personas sin hogar», «Hambrientos y desamparados», «Empujados por el azote del hambre a mendigar», «Déjennos en paz y nos las arreglaremos solos», etc.

Otro recorte decía:

«NEWARK, N.J., 21 de agosto — Trabajadores desempleados

organizaron hoy una gran marcha. A la cabeza de la procesión marchaba un hombre con una gran bandera negra, en la que, en letras blancas, se leían las palabras: 'Señales de los tiempos: me muero de hambre porque él está gordo'. Debajo había una imagen de un hombre grande y bien alimentado con un sombrero de copa, y a su lado, un obrero hambriento».

Otro periódico, refiriéndose a la huelga de los mineros del carbón ingleses, decía:

«Las historias de *verdadera angustia, e incluso de inanición*, se multiplican dolorosamente por toda Inglaterra, y el cese de las industrias y la interrupción del servicio ferroviario están alcanzando proporciones de grave calamidad nacional... Como era de esperarse, la causa real radica en las enormes regalías que los arrendatarios deben pagar por el terreno a los terratenientes de quienes arriendan las minas. Un número considerable de millonarios, cuyas regalías del carbón pesan como piedras de molino sobre el cuello de las industrias mineras, son también miembros destacados de la Cámara de los Lores, y la conciencia pública indignada relaciona ambas cosas de inmediato. Los periódicos radicales están compilando listas inquietantes de
terratenientes, no muy diferentes de las listas de los trust en Estados Unidos, que muestran en sus cifras los monstruosos gravámenes que imponen sobre las ganancias de la propiedad del país.

«El clamor por el pan se eleva desde la ciudad. Es más profundo, más ronco, más amplio de lo que jamás ha sido. Proviene de estómagos que gimen de hambre y cuerpos debilitados. Proviene de hombres que deambulan por las calles en busca de trabajo. Proviene de mujeres sentadas sin esperanza en habitaciones despojadas. Proviene de los niños.

"En la ciudad de Nueva York, los pobres han llegado a una situación de indigencia nunca antes vista. Probablemente ninguna persona viva comprenda cuán terrible es el sufrimiento, cuán espantosa es la pobreza. Nadie puede verlo todo. La imaginación de nadie puede abarcarlo.

«Pocas personas que lean esto pueden entender lo que significa estar sin comida. Es una de esas cosas tan espantosas que no pueden hacerse una idea real de ello. Dicen: "Seguramente

la gente puede conseguir algo de comer en algún lado, lo suficiente para mantenerse con vida; pueden acudir a sus amigos». Para los afectados no hay ningún "algún lado". Sus amigos están tan desamparados como ellos mismos. Hay hombres tan debilitados por la falta de comida que no pueden trabajar aunque se les ofrezca trabajo».

Un editorial del San Francisco *Examiner* decía:

"¿Qué te parece esto? Tenemos tanta comida que los agricultores se quejan de que no pueden venderla a ningún precio. Tenemos tanta ropa que las fábricas de algodón y lana están cerrando porque no hay nadie que compre sus productos. Tenemos tanto carbón que los ferrocarriles que lo transportan están cayendo en manos de los administradores judiciales. Tenemos tantas casas que los constructores están sin trabajo. Todas las necesidades y comodidades de la vida son tan abundantes como lo fueron en los años más prósperos de nuestra historia. Si el país tiene suficiente comida, ropa, combustible y vivienda para todos, ¿por qué son tiempos difíciles? Evidentemente, la naturaleza no tiene la culpa. ¿Quién o qué, entonces, la tiene?

"El problema del desempleo es uno de los más graves que enfrenta Estados Unidos. Según las estadísticas recopiladas por *Bradstreet's*, a principios de año había algo más de 801 000 asalariados sin empleo en las primeras 119 ciudades de Estados Unidos, y el número de personas que dependían de ellos para su sustento superaba los 2 000 000. Si las 119 ciudades representaran un promedio representativo para todo el país, el total de asalariados en busca de empleo al 1 de enero superaría los 4 000 000 de personas, lo que representaría una población dependiente de 10 000 000. Dado que los desempleados se dirigen a las ciudades, es razonable restar una cuarta parte de estas cifras. Pero incluso con esta deducción, el número de trabajadores asalariados sin empleo es una cifra enorme y desgarradora.

«El duro camino de la pobreza, cuyo final es el pauperismo, se ha recorrido durante tanto tiempo en Europa que las autoridades del Viejo Mundo saben mejor cómo lidiar con él que la comunidad comparativamente próspera de este lado del océano. Los salarios

de Europa son tan bajos que, en muchos Estados, el final de la vida debe ser el asilo para pobres. Por más que se trabaje y se sea frugal, el trabajador no puede ahorrar lo suficiente para su vejez. El margen entre los ingresos y los gastos es tan pequeño que unos pocos días de enfermedad o la falta de empleo reducen al trabajador a la indigencia. Allí, el gobierno se ha visto obligado a abordar el problema de manera más o menos científica, en lugar de con el enfoque despreocupado tan común en Estados Unidos, donde los vagabundos prosperan sin trabajar y el hombre que se respeta a sí mismo y cae en la necesidad debe pasar hambre».

El editor de *The Arena* dice en su *Civilization Inferno*:

«El Mar Muerto de la miseria está ampliando sus fronteras en todos los centros poblados. Los murmullos de descontento airado se vuelven más ominosos con cada año que pasa. La justicia negada a los débiles por el poder de la avaricia nos ha puesto cara a cara con una crisis formidable que aún puede evitarse si tenemos la sabiduría de ser justos y humanos; pero el problema ya no puede ser menospreciado como algo sin importancia. Ya no es un asunto local; afecta y amenaza a todo el cuerpo político. Hace unos años, uno de los teólogos más eminentes de Estados Unidos declaró que no había pobreza digna de mención en esta República. Hoy en día, ninguna persona sensata niega que este problema sea de gran magnitud. Hace poco contraté a un caballero en Nueva York para que investigara personalmente los registros judiciales de la ciudad, con el fin de que pudiera determinar el número exacto de órdenes de desalojo emitidas en doce meses. ¿Cuál fue el resultado? Los registros revelaron el hecho espantoso de que, durante los doce meses que terminaron el 1 de septiembre de 1892, se emitieron veintinueve mil setecientos veinte órdenes de desalojo en la ciudad de Nueva York.

«En un artículo publicado en el *Forum* de diciembre de 1892, escrito por el Sr. Jacob Riis sobre las necesidades especiales de los pobres en Nueva York, él dice: "Durante muchos años ha sido una realidad en Nueva York que una décima parte de todos los que mueren en esta gran y rica ciudad son enterrados en el cementerio de los pobres. De los 382 530 entierros registrados en la última década, 37 966 tuvieron lugar en el cementerio de los pobres», y el Sr. Riis continúa insinuando el hecho, conocido por todos los estudiosos de las condiciones sociales que investigan personalmente la pobreza en las grandes ciudades, de que este indicador del cementerio de los pobres, por muy significativo que sea, no es una medida adecuada para estimar el problema de la pobreza de

una gran ciudad. Sobre este punto, continúa:

"'Quienes hayan tenido alguna experiencia personal con los pobres y sepan con qué agonía de miedo luchan contra esta miseria suprema, cómo planean, traman y se privan de todo por el pobre privilegio de ser enterrados en una tumba que sea suya para siempre, aunque en vida nunca hayan tenido ni un cobertizo que pudieran llamar propio, estarán de acuerdo conmigo en que es subestimar la realidad suponer que, cuando alguien cae, a pesar de todo, en esta terrible fosa, al menos dos o tres deben estar al borde de ella. Y con esta estimación de que entre el veinte y el treinta por ciento de nuestra población lucha constantemente por mantener a raya la pobreza, con un resultado muy incierto, todos los datos conocidos, aunque dispersos, sobre la gestión de la caridad en Nueva York concuerdan bastante bien».

«En 1890 se registraron oficialmente doscientos treinta y nueve suicidios en la ciudad de Nueva York. Los expedientes judiciales están más sobrecargados que nunca con casos de intentos de suicidio. "Usted", dijo el juez Smyth, dirigiéndose a una pobre criatura que había intentado quitarse la vida saltando al East River, "es el segundo caso de intento de suicidio que se ha presentado en este tribunal esta mañana; y", continuó, "nunca había visto tantos intentos de suicidio como en los últimos meses".

«La noche se cierne lenta pero inexorablemente sobre cientos y miles de nuestra gente, la noche de la pobreza y la desesperación. Son conscientes de su llegada, pero se sienten impotentes para detener su avance. "Los alquileres suben y el trabajo se devalúa cada año, ¿y qué podemos hacer al respecto?", dijo recientemente un obrero al hablar sobre el panorama. "No veo ninguna salida", agregó con amargura, y hay que reconocer que el panorama es sombrío si no se producen cambios económicos radicales a la brevedad, pues la oferta aumenta cada año mucho más rápidamente que la demanda de mano de obra. «Diez mujeres por cada puesto, por muy pobre que sea», es la declaración imparcial de un funcionario que recientemente ha realizado un estudio especial sobre la cuestión del trabajo femenino. «Cientos de chicas», continúa este autor, «arruinan su futuro cada año y destruyen su salud en los almacenes y tiendas sofocantes y mal ventilados, y, sin embargo, llegan decenas de nuevas reclutas del campo y

pequeños pueblos cada semana para ocupar los puestos que quedan vacantes». Y no pensemos que estas condiciones son exclusivas de Nueva York. Lo que es cierto para la metrópoli lo es, en cierta medida, para todas las grandes ciudades de Estados Unidos. A un tiro de cañón de Beacon Hill, en Boston, donde se eleva orgullosa la cúpula dorada del Capitolio, hay cientos de familias que mueren lentamente de hambre y se asfixian; familias que luchan valientemente por las necesidades más básicas de la vida, mientras que, año tras año, las condiciones se vuelven más desesperadas, la lucha por el pan más encarnizada y el panorama más sombrío. En una conversación con uno de estos trabajadores, él dijo, con cierto patetismo y abatimiento —que indicaban desesperanza o tal vez una percepción embotada que le impedía comprender plenamente el sombrío significado de sus palabras—: «Una vez oí hablar de un hombre al que un tirano metió en una jaula de hierro, y cada día se daba cuenta de que las paredes se le acercaban más y más. Al fin, las paredes se acercaron tanto que cada día le exprimían una parte de su vida, y de alguna manera —dijo—, me parece que somos igual que ese hombre, y cuando veo las cajitas que sacan todos los días, a veces le digo a mi esposa: "Ahí se ha exprimido un poco más de vida; algún día nosotros también nos iremos"».

«Recientemente visité más de veinte casas de vecindad donde la vida luchaba contra la muerte; donde, con un heroísmo paciente mucho más grandioso que las hazañas audaces logradas en medio de los gritos de júbilo del campo de batalla, madres e hijas cosían sin cesar. En varios hogares observé a enfermos postrados en cama cuyos ojos hundidos y rostros demacrados contaban claramente la historia de meses, y tal vez años, de lenta inanición en medio de la miseria, el olor nauseabundo y la suciedad casi generalizada de los sótanos sociales. Aquí uno toma dolorosa conciencia de los espectros del hambre y el miedo, siempre presentes. Un temor de toda la vida oprime los corazones de estos exiliados con un peso aplastante. El arrendador, con una orden de desalojo en la mano, está continuamente presente en su mente. El temor a la enfermedad los acecha en cada momento del día, pues para ellos la enfermedad significa la incapacidad de proporcionar el escaso alimento que la vida exige. La desesperación ante un futuro incierto atormenta con frecuencia su descanso. Tal es el destino común del trabajador paciente en los barrios marginales de nuestras grandes ciudades hoy en día. En la mayoría de sus rostros se nota una expresión de tristeza sombría y resignación muda.

«A veces, una luz intermitente destella desde las cuencas cavernosas,

un destello siniestro que sugiere fuegos latentes alimentados por una conciencia siempre presente de los agravios sufridos. Sienten, de manera muda, que la suerte de la bestia del campo es mucho más feliz que su propio destino. Aunque luchan desde el Alba hasta bien entrada la noche por el pan y una habitación miserable, saben que la ventana de la esperanza se está cerrando para ellos en los grandes y palpitantes centros de la cristiandad. Es triste, en verdad, pensar que, en la actualidad, cuando nuestra tierra está adornada como nunca antes con majestuosos templos dedicados al gran Nazareno, quien dedicó su vida a un ministerio entre los pobres, los degradados y los marginados, vemos cómo crece la marea de la miseria; vemos cómo la pobreza no deseada se convierte en el destino inevitable de miles y miles de vidas más cada año. Nunca el sentimiento altruista estuvo tan presente en los labios de los hombres. Nunca el corazón humano anheló tanto como ahora una verdadera manifestación de la hermandad humana. Nunca todo el mundo civilizado se ha conmovido tan profundamente por el sueño persistente de los siglos: la paternidad de Dios y la hermandad del hombre. Y, sin embargo, ¡qué extraña anomalía! El grito de la inocencia, de la justicia ultrajada, el grito de los millones oprimidos, se eleva hoy desde todas las tierras civilizadas como nunca antes. La voz de Rusia se mezcla con el grito de Irlanda. El Londres marginado se une a los exiliados de todas las grandes ciudades continentales y americanas en una poderosa y estremecedora exigencia de *justicia*.

«Solo en Londres hay más de trescientas mil personas al borde mismo del abismo, cuyo cada latido del corazón se estremece de miedo, cuya pesadilla de toda la vida es el temor de que les quiten el pequeño rincón al que llaman hogar. Por debajo de ellos, al borde de la inanición, hay más de doscientos mil vidas; aún más abajo encontramos a trescientos mil en el estrato de los hambrientos, en el reino donde el hambre carcome día y noche, donde cada segundo de cada minuto, de cada hora de cada día, está repleto de agonía. Por debajo de los hambrientos están los sin techo: aquellos que no tienen con qué conseguir un alojamiento ni siquiera en los barrios más miserables; aquellos que duermen sin refugio todo el año, cientos de los cuales pueden encontrarse cualquier noche sobre las frías losas de piedra a lo largo del malecón del Támesis. Algunos tienen un periódico entre ellos y las piedras húmedas, ¡pero la mayoría ni siquiera disfruta de ese lujo! Este ejército de personas absolutamente sin techo en Londres asciende a treinta y tres mil».

¿Acaso alguien dice: «Este es un cuadro exagerado»? Que lo investigue. Si tan solo es medio cierto, ¡es deplorable!

EL DESCONTENTO, EL ODIO Y LAS TENSIONES SE PREPARAN RÁPIDAMENTE PARA UNA EXPLOSIÓN SOCIAL

Por mucho que se les explique a los pobres que los ricos nunca han sido tan caritativos como ahora, que la sociedad cuenta hoy con más recursos que nunca para los pobres, los ciegos, los enfermos y los indefensos, y que cada año se recaudan inmensos ingresos mediante impuestos para el mantenimiento de estas obras de beneficencia, esto seguramente no satisfará al trabajador. Como ciudadano inteligente y que se respeta a sí mismo, no es limosna lo que quiere; no tiene ningún deseo de valerse de los privilegios del asilo para pobres ni, cuando está enfermo, de convertirse en un paciente de caridad en un hospital; pero sí quiere la oportunidad de ganarse el pan de manera honesta y decente con el sudor de su frente y con la dignidad de un trabajador honrado para mantener a su familia. Pero, mientras ve que él y sus compañeros de trabajo dependen más que nunca de los favores y las influencias para conseguir y conservar un empleo, y que los pequeños comerciantes, los pequeños constructores y los pequeños fabricantes luchan más que nunca por ganarse la vida honradamente, lee sobre la prosperidad de los ricos, el creciente número de millonarios, los consorcios de capital que controlan las diversas industrias —la del cobre, la del acero, la del vidrio, la del petróleo, la de los fósforos, la del papel, la del carbón, la de las pinturas, la de la cuchillería, la del telégrafo y todas las demás—. También ve que estas concentraciones controlan la maquinaria del mundo y que, por lo tanto, mientras su trabajo se devalúa debido a la competencia, los bienes y las necesidades pueden encarecerse, o al menos evitar que bajen de precio, en proporción al menor costo de la mano de obra que representa la maquinaria mejorada que reemplaza el cerebro y los músculos humanos.

En tales circunstancias, ¿podemos sorprendernos de que, en la decimotercera convención anual de la Federación del Trabajo en Chicago, el vicepresidente de la Asamblea de Gremios haya dado la bienvenida a los visitantes con las siguientes palabras sarcásticas? Dijo:

«Nos gustaría darles la bienvenida a una ciudad próspera,

pero la verdad no justifica esa afirmación. Las cosas aquí son como son, pero no como deberían ser. Les damos la bienvenida en nombre de cien monopolistas y de cincuenta mil vagabundos, aquí donde Mammón celebra su gran carnaval en los palacios, mientras las madres tienen el corazón destrozado, los niños pasan hambre y los hombres buscan trabajo en vano. Les damos la bienvenida en nombre de cien mil ociosos, en nombre de esos edificios dedicados a la gloria de Dios, pero cuyas puertas se cierran por la noche ante los hambrientos y los pobres; en nombre de los ministros que se engordan de los viñedos de Dios, olvidando que los hijos de Dios tienen hambre y no tienen dónde recostar la cabeza; en nombre de los pilares del sistema explotador, de los millonarios y los diáconos, cuyas almas están en peligro por su apetito por el oro; en nombre de los trabajadores asalariados que sudan sangre que se convierte en ducados de oro; en nombre de los manicomios y los asilos para pobres, repletos de gente enloquecida por las preocupaciones en esta tierra de abundancia.

«Les mostraremos aspectos de Chicago que no se exhibieron en el recinto ferial: su grandeza y su debilidad. Esta noche les mostraremos a cientos de hombres tendidos sobre las piedras ásperas en los pasillos de este mismo edificio —sin hogar, sin comida—, hombres capaces y dispuestos a trabajar, pero para quienes no hay trabajo. Es momento de alarmarse: de alarmarse por la continuidad de un gobierno cuyos derechos soberanos están en manos de magnates ferroviarios, barones del carbón y especuladores; de alarmarse por la continuidad de un gobierno federal cuyas políticas financieras se elaboran en Wall Street bajo el dictado de los barones del dinero de Europa. Esperamos que tomen medidas para ejercer su derecho al voto y expulsar del poder a los servidores infieles del pueblo que son responsables de las condiciones actuales».

Sin duda, este orador se equivoca enormemente al suponer que un cambio de titulares de cargos o de partidos curaría los males existentes; pero seguramente sería inútil decirle a él o a cualquier otro hombre sensato que no hay nada de malo en el orden social que hace posibles extremos tan marcados de riqueza y pobreza. Por mucho que la gente pueda diferir en cuanto a la causa y la cura, todos están de acuerdo en que hay una enfermedad. Algunos, en vano

en direcciones equivocadas, y muchos, ¡ay!, no quieren que se encuentre un remedio; al menos no hasta que ellos hayan tenido la oportunidad de beneficiarse de las condiciones actuales.

En consonancia con este pensamiento, George E. McNeill, en un discurso ante el Congreso Mundial del Trabajo, dijo:

«El movimiento obrero nace del hambre: hambre de comida, de refugio, de calor, de ropa y de placer. En el camino de la humanidad hacia la felicidad, cada individuo busca su ideal, a menudo con estoico desprecio por los demás. El sistema industrial se sustenta en la ley de hierro del diablo: cada uno por su cuenta. ¿Acaso es un fenómeno inexplicable que quienes más sufren bajo esta ley del egoísmo y la codicia se organicen para derrocar el sistema de gobierno del diablo?»----

Los periódicos están repletos de descripciones de bodas de moda, bailes y banquetes en los que la llamada "alta sociedad" se presenta con trajes costosos y joyas exóticas. Se dice que una
dama, en un baile reciente en París, según se dice, lucía diamantes por un valor de 1,600,000 dólares. El *New York World,* en agosto de 1896, publicó una fotografía de una dama estadounidense ataviada con diamantes y otras joyas valoradas en 1,000,000 de dólares; y ella tampoco pertenece a los estratos sociales más elevados. La prensa diaria informa sobre los gastos desmesurados de miles de dólares en la organización de estos banquetes —para vinos selectos, decoraciones florales, etc.—. Hablan de los palacios construidos para los ricos, muchos de los cuales cuestan
50 000 dólares, y algunos hasta 1 500 000 de dólares. Hablan de «fiestas para perros» en las que a las bestias se les alimenta con manjares a gran costo, atendidas por sus «cuidadoras». Hablan de 10,000 dólares pagados por un juego de postres, 6,000 dólares por dos jarrones artísticos y 50,000 dólares por dos jarrones de color rosa. Cuentan que un duque inglés pagó 350,000 dólares por un caballo. Relatan cómo una mujer de Boston enterró a su esposo en un ataúd que costó 50,000 dólares. Se cuenta que otra «dama» gastó 5,000 dólares en enterrar a su perro caniche. Se cuenta que los millonarios de Nueva York pagan hasta
800 000 dólares por un solo yate.

¿Acaso nos sorprende que muchos sientan envidia, y que algunos estén enojados y amargados, al contrastar tal despilfarro con la penuria de su propia familia, o al menos con la economía forzada? Sabiendo que no son muchos los que son «nuevas criaturas» que ponen su afecto en las cosas de arriba y no en las terrenales, y que han aprendido que «la piedad con contentamiento es gran ganancia» mientras esperan a que el Señor defienda su causa, no nos extraña que tales asuntos despierten en los corazones de las masas sentimientos de envidia, odio, malicia y contienda; y estos sentimientos madurarán hasta convertirse en una revuelta abierta que, en última instancia, dará lugar a todas las obras de la carne y del diablo, durante el gran tiempo de tribulación que se avecina.

«He aquí, esta fue la iniquidad de Sodoma: orgullo, abundancia de pan y abundancia de ociosidad; *tampoco fortaleció la mano del pobre y del necesitado*», etc. —Ezequiel 16:49, 50.

El California *Christian Abogado*, al comentar sobre uno de los bailes de moda de la ciudad de Nueva York, dice:

"El lujo desmesurado y la extravagancia deslumbrante que exhibían los griegos y romanos adinerados de 'los viejos tiempos' son cosa del pasado. Esa ostentación imprudente está comenzando a aparecer en lo que se conoce como la sociedad de moda en este país. Una de nuestras fuentes informa sobre una dama de Nueva York que gastó 125 000 dólares en una sola temporada en agasajos. El carácter y el valor de esos agasajos pueden juzgarse por el hecho de que ella enseñó a la sociedad cómo congelar ponche romano
en medio de tulipanes carmesí y amarillos, y cómo comer tortuga de agua dulce con cucharas de oro en canoas de plata. Otros anfitriones adornaban sus mesas con rosas costosas, mientras que se dice que uno de "los cuatrocientos" gastó 50 000 dólares en una sola recepción. Un gasto tan desmesurado para un propósito tan insignificante es pecaminoso y vergonzoso, sin importar cuán grande sea la fortuna que uno posea».

El Messiah's Herald comentó lo siguiente:

«Ciento cuarenta y cuatro autócratas sociales, encabezados por un aristócrata, organizaron un gran baile. Ni siquiera la realeza lo eclipsó. Era sumamente exclusivo. El vino corría a raudales. La belleza aportaba sus encantos. Ni Marco Antonio ni Cleopatra se habían rodado jamás en semejante esplendor. Era una reunión de millonarios. La riqueza del mundo se agotó en perlas y diamantes. Collares de gemas que costaban 200 000 dólares o más adornaban decenas de cuellos. El baile continuó en medio de un esplendor digno de Aladino. La alegría no tenía límites. Mientras esto sucedía, según un periódico, 100 000 mineros hambrientos en Pensilvania recorrían las carreteras como ganado en busca de alimento, algunos de ellos alimentándose de gatos, y no pocos se suicidaban para evitar ver a sus hijos morir de hambre. Sin embargo, un solo collar del baile del Metropolitan habría rescatado a todos ellos del hambre. Fue uno de los «grandes eventos sociales» de una nación llamada cristiana; ¡pero qué contraste! Y no hay remedio para ello. Así será «hasta que él venga». "----

"¿Hasta que él venga?" No, más bien: "Así será *en los días* del Hijo del Hombre", cuando haya venido, mientras reúne a sus elegidos a su lado y establece así su Reino, cuya inauguración irá seguida de la "destrucción" del actual sistema social en pedazos, en un gran tiempo de angustia y anarquía, como preparación para el establecimiento del Reino de la justicia. (Ap. 2:26, 27; 19:15) Así como fue *en los días* de Lot, así será *en los días* del Hijo del Hombre. Así como fue en los días de Noé, así será en la [parusía] *presencia* del Hijo del Hombre.–Mateo 24:37; Lucas 17:26, 28.

¿SE CONDENA CON DEMASIADA SEVERIDAD A LOS RICOS?

Citando un editorial del San Francisco *Examiner*:

«El enorme yate de vapor británico del Sr. W. K. Vanderbilt, el Valiante, se ha reunido con el yate de vapor británico del Sr. F. W. Vanderbilt, el Conqueror, en el puerto de Nueva York. El Valiante costó 800 000 dólares. Esto representa las ganancias de una cosecha de aproximadamente 15 000 000

bushels de trigo a sesenta centavos, o la producción total de al menos 8,000 granjas de 160 acres. En otras palabras, 8,000 agricultores, lo que representa a 40,000 hombres, mujeres y niños, trabajaron bajo el sol y en medio de las tormentas para que el Sr. Vanderbilt pudiera construir en un astillero extranjero una embarcación de recreo como ninguna que posea ningún soberano en Europa. La construcción de esa embarcación requirió el trabajo de al menos 1,000 mecánicos durante un año. El dinero que costó, de haberse puesto en circulación entre nuestros trabajadores, habría tenido una influencia perceptible en la situación económica de algunos sectores».

J. R. Buchanan, en el *periódico *The Arena**, al referirse a la extravagancia despiadada de los ricos, dijo:

«Su criminalidad no radica tanto en el motivo despiadado como en la destrucción *desenfrenada* de la felicidad y la vida para lograr un propósito egoísta. Que el derroche de riqueza en ostentación y lujo es un crimen se hace muy evidente al examinar detenidamente el acto. No habría nada de malo en construir una
establo de 700 000 dólares para sus caballos, como un millonario de Siracusa, o en poner un servicio de mesa de 50 000 dólares, como un Astor de Nueva York, si el dinero fuera tan gratuito como el aire y el agua; pero cada dólar representa un día promedio de trabajo. Por lo tanto, el establo de 700 000 dólares representa el trabajo de 1 000 hombres durante dos años y cuatro meses. También representa 700 vidas; pues 1,000 dólares cubrirían el costo de los primeros diez años de vida de un niño, y el costo de los siguientes diez años se pagaría por completo con su trabajo. El lujoso establo, por lo tanto, representa la base física de 700 vidas, y afirma que el dueño lo valora más, o está dispuesto a que 700 personas mueran para que su vanidad quede satisfecha».----

*La revista *The Literary Digest** señaló en un editorial:

«No hace mucho, un clérigo de Nueva Inglaterra dirigió una carta al Sr. Samuel Gompers, presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo, pidiéndole que explicara por qué, en su opinión, tantos trabajadores inteligentes no asisten a la iglesia. En

respuesta, el Sr. Gompers dijo que una de las razones es que las iglesias ya no están en sintonía con las esperanzas y aspiraciones de los trabajadores, y no se solidarizan con sus miserias y cargas. Los pastores, dijo, o bien no saben, o bien no tienen el valor de declarar desde sus púlpitos lo que está bien y lo que está mal para los millones de trabajadores. Las organizaciones que han resultado más efectivas para lograr mejores condiciones han sido mal vistas por la iglesia. Se ha dirigido la atención de los trabajadores hacia «el dulce más allá», descuidando por completo las condiciones derivadas del «amargo presente». La iglesia y el clero han sido los «apologistas y defensores de los agravios cometidos contra los intereses del pueblo, simplemente porque los perpetradores son los poseedores de la riqueza». Cuando se le preguntó qué medios sugeriría para una reconciliación entre la iglesia y las masas, el Sr. Gompers recomienda «un cambio radical de la actitud actual». Concluye con estas palabras: «Quien no se solidarice con el movimiento obrero, quien contemple con complacencia o indiferencia los terribles resultados de las actuales condiciones económicas y sociales, no solo es adversario de los mejores intereses de la familia humana, sino que es *partícipe* en *el delito* de todos los agravios infligidos a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, a los niños de hoy, a los hombres y mujeres del futuro»----

Si bien observamos así que la opinión pública condena a los ricos como clase, y si bien observamos también la condena del Señor y el castigo anunciado para esta clase en su conjunto, es razonable que el pueblo de Dios actúe con moderación en sus juicios u opiniones sobre los ricos como individuos. El Señor, cuyo juicio contra la clase es tan severo, será sin embargo misericordioso con ellos como individuos; y cuando, en su sabiduría, haya destruido sus ídolos de plata y oro, haya derribado su altivez y haya humillado su orgullo, entonces será clemente para consolar y sanar a aquellos que renuncien a su egoísmo y orgullo. Cabe señalar también que hemos citado únicamente las expresiones razonables y moderadas de escritores sensatos, y no las extremas y a menudo

diatribas sin sentido de los anarquistas y visionarios.

Para ayudar a mantener una moderación serena en el juicio, conviene recordar (1) que el término «rico» es muy amplio e incluye no solo a los inmensamente acaudalados, sino también, en la mente de muchos, a quienes, en comparación con estos, podrían considerarse pobres;
(2) que entre aquellos a quienes los muy pobres calificarían de ricos se encuentran muchísimas de las mejores y más benévolas personas, muchas de las cuales participan, en gran medida, en iniciativas benéficas y filantrópicas; y si no todas lo hacen hasta el punto del sacrificio personal, sin duda sería de muy mal gusto que quienes no se han convertido en sacrificios vivos por el bien de los demás los condenaran por no hacerlo. Y quienes sí lo han hecho saben apreciar cualquier manifestación del espíritu que cualquiera, ya sea rico o pobre, pueda mostrar.

Es bueno recordar que muchos de los ricos no solo pagan justamente impuestos elevados para las escuelas públicas gratuitas, para el sostenimiento del gobierno, para el apoyo a las instituciones de caridad públicas, etc., sino que también contribuyen de buen grado de otras maneras al alivio de los pobres, y son sinceramente generosos con los asilos, las universidades, los hospitales, etc., y con las iglesias que consideran más dignas. Y aquellos que hacen estas cosas con un corazón bueno y honesto, y no (como debemos admitir que a veces ocurre) para aparentar y recibir elogios de los hombres, no perderán su recompensa. Y todos ellos deben ser justamente estimados.

Todos son capaces y están dispuestos a criticar a los millonarios, pero en algunos casos tememos que el juicio sea demasiado severo. Por lo tanto, instamos a nuestros lectores a que no piensen de ellos con demasiada falta de caridad. Recuerden que ellos, al igual que los pobres, están en algunos aspectos bajo el control del sistema social actual. La costumbre ha establecido leyes y barreras alrededor de sus mentes y corazones. Las concepciones erróneas del cristianismo, respaldadas por el mundo entero —ricos y pobres— durante siglos, han marcado profundamente los surcos del pensamiento y la razón por los que sus mentes van y vienen. Sienten que deben hacer lo que hacen los demás; que

es decir, deben emplear su tiempo y sus talentos lo mejor que puedan y según los «principios empresariales». Al hacerlo, el dinero les llueve, porque hoy en día el dinero y la maquinaria son los creadores de la riqueza, mientras que el trabajo se ha devaluado.

Entonces, sin duda, razonan que, al tener esa riqueza, es su deber no acapararla toda, sino gastar una parte. Quizás se pregunten si sería mejor distribuirla como caridad o dejarla circular a través de los canales del comercio y los salarios por el trabajo. Llegando a la conclusión acertada de que esta última sería la mejor opción. Los bailes, banquetes, bodas, yates, etc., pueden parecerles placeres para ellos mismos y sus amigos, y una *ayuda para sus vecinos menos afortunados*. ¿Y no hay *algo* de verdad en ese punto de vista? El banquete de diez mil dólares, por ejemplo, probablemente pone en circulación quince mil dólares —a través de carniceros, panaderos, floristas, sastres, modistas, joyeros, etc., etc. El
yate de 800 000 dólares, aunque sea un gran derroche personal, provocó la circulación de esa cantidad de dinero entre los trabajadores en algún lugar; y además, significará un gasto anual de, como mínimo, veinte mil y muy posiblemente cien mil dólares en oficiales, ingenieros, marineros, víveres, etc., y otros gastos de funcionamiento.

Bajo *las condiciones erróneas* actuales, por lo tanto, es extremadamente afortunado para las clases medias y más pobres que los ricos sean «tontamente extravagantes», en lugar de avaros; gastando generosamente una parte de la avalancha de riqueza que llega a sus arcas; por ejemplo, en diamantes, que requieren ser «extraídos», pulidos y engastados, y que así dan empleo a miles de personas que solo aumentarían el número de desempleados si los ricos no tuvieran debilidades ni extravagancias, sino que atesoraran todo lo que poseen. Razonando así, los ricos podrían incluso considerar sus extravagancias como «actos de caridad». Y si lo hacen, no hacen más que seguir el mismo *razonamiento erróneo* que adoptan algunos de la clase media cuando organizan «reuniones sociales de la iglesia» —y ferias y festivales «en nombre de la dulce caridad»—.

No estamos justificando su conducta: simplemente buscamos señalar que las extravagancias de los ricos en tiempos de dificultades financieras no implican necesariamente que *carezcan* de compasión por los pobres. Y cuando piensan en hacer obras de caridad siguiendo principios distintos a los «principios de negocios», sin duda reflexionan que se necesitaría un pequeño ejército de hombres y mujeres para supervisar la distribución de sus ganancias diarias y que, de todos modos, no podrían estar seguros de que llegaran a los más necesitados; porque el egoísmo es tan generalizado que se podría confiar en muy pocos para distribuir grandes cantidades con honestidad. Una millonaria comentó que nunca miraba por las ventanas de su carruaje al pasar por los barrios más pobres, porque le resultaba desagradable a la vista. Nos preguntamos si no fue también porque su conciencia se sentía remordida por el contraste entre su condición y la de los pobres. En cuanto a ocuparse ellos mismos de las obras de caridad, los hombres están demasiado ocupados atendiendo sus inversiones y las mujeres son demasiado refinadas para tales cosas: verían escenas desagradables, oirían sonidos desagradables y percibirían olores desagradables. Cuando eran más pobres, tal vez hayan anhelado esas oportunidades de hacer el bien que ahora poseen; pero el egoísmo, el orgullo, los compromisos sociales y la ética contrarrestan los sentimientos más nobles e impiden que den mucho fruto. Como alguien ha dicho: «Fue porque nuestro Señor andaba haciendo el bien que se *conmovió* ante las debilidades del hombre».

Al hacer estas sugerencias por el consuelo que pueden brindar a las clases más pobres, no queremos que se interprete que, en ningún sentido, justificamos la extravagancia egoísta de los ricos, la cual es incorrecta y que el Señor condena como tal. (Stg. 5:5) Pero al considerar estos diversos aspectos de estas cuestiones tan controvertidas, la mente se mantiene equilibrada, el juicio es más sensato y la compasión es más tierna hacia aquellos a quienes «el dios de este mundo» ha cegado con sus riquezas, hasta el punto de que su juicio se ha desviado de la justicia, y quienes están a punto de recibir un castigo tan severo

represión y castigo del Señor. El «dios de este mundo» también ciega a los pobres en algunas cuestiones, para justificar un camino erróneo. De este modo, está conduciendo a ambas partes hacia la gran «batalla».

Pero aunque podamos encontrar argumentos en los que basar algunas justificaciones para el actual aumento de la riqueza en manos de unos pocos; aunque podamos darnos cuenta de que algunos de los ricos, especialmente los moderadamente ricos, son muy benévolos; y aunque pueda ser cierta la afirmación de que obtienen su riqueza bajo el funcionamiento de las mismas leyes que rigen a todos, y que algunos de los pobres son menos generosos por naturaleza y menos dispuestos a ser justos que algunos de los ricos, y que si se invirtieran los papeles a menudo resultarían más exigentes y tiránicos que los ricos, sin embargo, el Señor declara que los poseedores de la riqueza están a punto de ser llamados a juicio por este motivo, porque, cuando discernieron la tendencia de los acontecimientos, no buscaron, a costa propia, un plan más equitativo y generoso que el uso actual; como, por ejemplo, en la línea del socialismo.

Para ilustrar las opiniones de un número cada vez mayor de personas con respecto al *deber* de la sociedad de dejar libres para todos las oportunidades y riquezas de la naturaleza (tierra, aire y agua) o, de lo contrario, si estas son monopolizadas, de proporcionar oportunidades de trabajo diario a quienes no tienen participación en los monopolios, citamos lo siguiente de un intercambio. Dice así:

«Rara vez se publica un incidente más conmovedor de la vida real que el siguiente, del que da fe una maestra de jardín de niños que reside en Brooklyn, Nueva York.

«Una niña que asiste a un jardín de niños en el East Side, el distrito más pobre de la ciudad de Nueva York, llegó a la escuela una mañana reciente, con ropa ligera y con aspecto demacrado y de frío. Después de estar un rato en el cálido jardín de niños, la niña miró a la maestra a los ojos y le dijo con sinceridad:

"'Señorita C——, ¿usted ama a Dios?'

"'Pues claro que sí', respondió la maestra.

"'Pues yo no', respondió rápidamente la niña con gran seriedad y vehemencia, 'lo odio'".

"La maestra, al considerar que era una expresión extraña viniendo de una niña a quien se había esforzado por enseñarle que era correcto amar a Dios, le pidió una explicación.

"'Bueno', dijo el niño, 'él hace que sople el viento, y yo no tengo ropa de abrigo; y hace que nieve, y mis zapatos tienen agujeros; y hace que haga frío, y no tenemos fuego en casa; y nos da hambre, y mamá no tenía pan para nuestro desayuno".----

El comentario dice: «Si consideramos la perfección de las bendiciones materiales que Dios otorga a los hijos de la tierra, es difícil, después de leer esta historia, contemplar con paciencia la complacencia de los blasfemos ricos que, al igual que la inocente niña, le echan la culpa a Dios de las miserias de la pobreza».

Sin embargo, no cabe esperar mucho de los mundanos, pues el egoísmo es el espíritu del mundo. Tenemos más razones para fijarnos en los hombres grandes y acaudalados que profesan ser cristianos. Sin embargo, estos no ofrecen ni sus vidas ni sus riquezas en el altar de Dios al servicio del Evangelio, ni tampoco las entregan al servicio del bienestar temporal de la humanidad. ¡Por supuesto, el Evangelio es lo primero! Debería recibirlo todo: nuestro tiempo, talento, influencia y recursos. Pero donde el evangelio está oculto a la vista y no tiene control del corazón debido a concepciones erróneas o a enseñanzas falsas, el corazón consagrado seguramente encontrará mucho que hacer por los semejantes caídos, en el ámbito de la obra de la templanza, la mejora social, la reforma municipal, etc. Y, de hecho, son bastantes los que se dedican a ello, pero generalmente son de la clase pobre o media; pocos ricos, pocos millonarios. Si algunos de los millonarios del mundo poseyeran ese grado del espíritu de Cristo y dedicaran sus talentos intelectuales y financieros, su propio tiempo y el tiempo de colaboradores capaces que

estaran encantados de colaborar si se les abriera la puerta de la oportunidad, ¡qué reforma social presenciaría el mundo en un año! Cómo se restringirían o recuperarían, en beneficio del interés público, las concesiones otorgadas a las corporaciones y los trust; se enmendarían las leyes perniciosas y, en general, se tomarían en cuenta y se protegerían los intereses del público, y se reduciría el poder de los magnates financieros y políticos en detrimento de los intereses del público.

Pero esperar tal uso de la riqueza es irrazonable; porque, aunque muchos hombres ricos profesan el cristianismo, ellos, al igual que el resto del mundo, no saben nada sobre el verdadero cristianismo: la fe en Cristo como *Redentor* personal y la consagración total de cada talento a su servicio. Desean ser clasificados como «cristianos», porque no quieren ser clasificados como «paganos» —o «judíos»—; ya que el nombre de Cristo es popular hoy en día, aunque sus verdaderas enseñanzas no sean más populares de lo que lo eran cuando fue crucificado.

En verdad, la Palabra de Dios testifica que Dios no ha escogido a muchos grandes, ricos o sabios para ser herederos del Reino; sino principalmente a los pobres y despreciados según los criterios, la sabiduría y la valoración de este mundo. ¡Qué difícil (con qué dificultad) será para los que tienen riquezas entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los cielos.* –Mateo 19:23, 24.

Pero, ¡ay!, «los ricos pobres» pasarán por experiencias terribles. La riqueza no solo resultará un obstáculo para el honor y la gloria futuros en el Reino de Dios, sino que incluso aquí sus ventajas

*Se dice que el «ojo de la aguja» era el nombre de una pequeña puerta en las murallas de las ciudades antiguas, que se utilizaba después de la puesta del sol, cuando las puertas más grandes ya se habían cerrado, por temor a los ataques de los enemigos. Se describe que eran tan pequeñas que un camello solo podía pasar de rodillas, después de que se le hubiera quitado la carga. La ilustración parecería dar a entender que un hombre rico tendría que descargar su carga y arrodillarse antes de poder asegurar su llamado y su elección para un lugar en el Reino.

será efímera. «Ahora bien, *ricos*, llorad y aullad por la miseria que vendrá sobre vosotros… Habéis acumulado tesoros para los últimos días». El llanto y el aullido de los ricos se oirán en breve; y el saber esto debería eliminar toda envidia y codicia de todos los corazones, y llenarlos en cambio de compasión por los «ricos pobres»; una compasión que, sin embargo, no trataría ni desearía alterar el juicio del Señor, reconociendo su sabiduría y bondad, y que el resultado del llanto y el lamento será una corrección del corazón y una apertura de los ojos a la justicia y al amor, por parte de todos —ricos y pobres por igual—, pero más severa para los ricos, porque su cambio de condición será mucho mayor y más violento.

Pero, ¿por qué no pueden alterarse las condiciones de manera tan gradual que se logre la igualación de la riqueza y el bienestar? Porque el mundo no se rige por la ley real del amor, sino por la ley de la depravación: el egoísmo.

EL EGOÍSMO EN COMBINACIÓN CON LA LIBERTAD

Las doctrinas cristianas promueven *la libertad*, y la libertad conduce al conocimiento y a la educación, y los alcanza. Pero la libertad y el conocimiento son peligrosos para el bienestar humano, salvo bajo la obediencia a la letra y al espíritu de la ley real del amor. De ahí que la «cristiandad», al haber aceptado la libertad cristiana y adquirido conocimiento, sin haber adoptado la ley de Cristo, sino que, por el contrario, ha injertado su conocimiento y su libertad sobre la disposición caída y egoísta, simplemente haya aprendido mejor cómo ejercer su egoísmo. Como resultado, la cristiandad es hoy la parte más descontenta de la tierra; y otras naciones comparten el descontento y su daño de manera proporcional a medida que adoptan el conocimiento y la libertad del cristianismo sin adoptar el espíritu de Cristo, el espíritu del amor.

La Biblia, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo, ha fomentado el espíritu de libertad —no directamente, sino indirectamente—. De hecho, la Ley establecía que los siervos estuvieran sujetos a sus maestros,

pero también imponía restricciones a los maestros en beneficio de los siervos, asegurándoles que la injusticia sería sin duda castigada por el gran Maestro de todos: Jehová. El Evangelio, el Nuevo Testamento, también hace lo mismo. (Véase Col. 3:22-25; 4:1.) Pero la Biblia asegura a todos que, si bien los hombres difieren en sus facultades mentales, morales y físicas, Dios ha provisto para la restauración completa —de modo que, por la fe en Cristo, ricos y pobres, esclavos y libres, hombres y mujeres, sabios e insensatos, puedan todos volver al favor divino, en un nivel común— «aceptados en el Amado».

No es de extrañar, pues, que los judíos de antaño fueran un pueblo amante de la libertad y tuvieran fama de raza rebelde —reacios a permanecer sometidos—, hasta tal punto que sus conquistadores llegaron a la conclusión de que no había otra forma de subyugarlos que destruirlos por completo como nación. Tampoco es sorprendente que estadistas capaces (incluso aquellos que no eran cristianos) hayan reconocido que «la Biblia es la piedra angular de nuestras libertades», y que la experiencia demuestre que, dondequiera que haya llegado la Biblia, ha llegado *la libertad*; trayendo consigo la educación y, en general, sentimientos más elevados. Así fue durante los dos primeros siglos de la era cristiana; luego, el error (el dominio clerical y la superstición) tomó el control, la Biblia fue ignorada o suprimida, y en lugar de un mayor progreso, la política del papado provocó la "Edad Media".----Con el resurgimiento de la Biblia como guía pública, en las Reformas inglesa y alemana, la libertad, el conocimiento y el progreso reaparecieron entre el pueblo. Es un hecho incontrovertible que los países que tienen la Biblia gozan de mayor libertad e ilustración general, y que en los países donde la Biblia goza de mayor libertad, el pueblo es más libre, más ilustrado, cuenta con un mayor nivel educativo en general y avanza con mayor rapidez en todas las direcciones.

Pero ahora fíjense en lo que señalamos anteriormente: que las influencias iluminadoras y liberadoras de la Biblia han

sido aceptadas por la cristiandad, mientras que su ley del amor (la *ley de la libertad perfecta* —Santiago 1:25—) ha sido ignorada en general. Las personas reflexivas apenas están tomando conciencia de que el conocimiento y la libertad, unidos, constituyen un poder formidable que puede ejercerse tanto para el bien como para el mal; que si, a modo de palanca, se mueven sobre el punto de apoyo del amor, los resultados serán poderosos para el bien; pero que cuando se mueven sobre el punto de apoyo del egoísmo, los resultados son malos —un mal poderoso y de gran alcance—. Esta es la situación a la que se enfrenta hoy la cristiandad, y que ahora está preparando rápidamente a los elementos sociales para el «fuego» del «día de la venganza» y las recompensas.

En química se observa con frecuencia que algunos elementos útiles y beneficiosos se convierten repentinamente en un veneno potente al cambiar sus proporciones. Lo mismo ocurre con las bendiciones del conocimiento y la libertad cuando se combinan con el egoísmo. En ciertas proporciones, esta combinación ha prestado un valioso servicio a la humanidad; pero el reciente gran aumento del conocimiento, en lugar de elevar al conocimiento al trono del poder, ha entronizado al egoísmo. El egoísmo domina y utiliza el conocimiento y la libertad como sus siervos. Esta combinación gobierna ahora el mundo; e incluso sus elementos valiosos se convierten en enemigos de la justicia y la paz debido a que el egoísmo tiene el control. En estas condiciones, el conocimiento, como siervo del egoísmo, se muestra más activo al servicio de los intereses egoístas, y la libertad controlada por el egoísmo amenaza con convertirse en libertinaje, sin tener en cuenta los derechos y libertades de los demás. Por lo tanto, en las condiciones actuales, el egoísmo (que controla), el conocimiento y la libertad constituyen un triunvirato de poder maligno que ahora gobierna y aplasta a la cristiandad —a través de sus agentes y representantes, la clase rica e influyente—; y seguirá siendo el mismo triunvirato maligno cuando, en breve, cambie a sus siervos y representantes y acepte como tales a las masas.

Todos en las tierras civilizadas —ricos y pobres, cultos e incultos, sabios y necios, hombres y mujeres— (con raras excepciones) se ven impulsados en casi todos los hechos de la vida por esta poderosa combinación. Esta engendra en todos sus súbditos un frenesí por el puesto, el poder y la ventaja, por el engrandecimiento propio. Los pocos santos, cuyos objetivos son el bien presente y futuro de los demás, constituyen una minoría tan pequeña que apenas merecen ser tomados en cuenta como un factor en la actualidad. Serán incapaces de lograr el bien que anhelan hasta que, glorificados con su Señor y Maestro, estén calificados y facultados para bendecir al mundo como el Reino de Dios. Y mientras estén en la carne, seguirán teniendo la necesidad de velar y orar para que ni siquiera su conocimiento superior y su libertad superior se conviertan en males al caer bajo el dominio del egoísmo.

LA INDEPENDENCIA VISTA POR LOS RICOS Y POR LOS POBRES

Las masas del mundo acaban de salir de la esclavitud y la servidumbre para alcanzar la libertad y la independencia. El conocimiento rompió a la fuerza los grilletes, tanto personales como políticos: la igualdad política no se concedió de buena gana, sino poco a poco, bajo coacción. Y el mundo de los iguales políticos se está dividiendo ahora por motivos de orgullo y egoísmo, y ha comenzado una nueva batalla por parte de los ricos y acomodados para mantener y aumentar su riqueza y poder, y por parte de las clases más bajas por el derecho a trabajar y disfrutar de las comodidades moderadas de la vida. (Véase Amós 8:4-8.) Muchos de los ricos tienden a pensar y sentir lo siguiente respecto a las clases más pobres: Bueno, por fin las masas han conseguido el voto y la independencia. ¡Ojalá les sirva de algo! Sin embargo, descubrirán que la inteligencia es un factor importante en todos los asuntos de la vida, y que la inteligencia se encuentra principalmente en la aristocracia. Nuestra única preocupación es que utilicen su libertad con moderación y dentro de la ley; eso nos da tranquilidad

de mucha responsabilidad. Antiguamente, cuando las masas eran siervos, cada señor, noble y duque sentía cierta responsabilidad por quienes estaban bajo su cuidado; pero ahora somos libres de ocuparnos únicamente de nuestros propios placeres y fortunas. Su independencia nos beneficia a nosotros; todo «caballero se beneficia del cambio, y espera lo mismo para el pueblo, quien, por supuesto, hará lo mejor que pueda por su propio bienestar mientras nosotros hacemos lo mismo por el nuestro. Al convertirse en nuestros iguales políticos e independientes, cambiaron nuestra relación: ahora son nuestros iguales legalmente y, por lo tanto, nuestros *competidores* en lugar de nuestros protegidos; pero con el tiempo aprenderán que la igualdad política no hace a los hombres iguales física ni intelectualmente: el resultado será una aristocracia del intelecto y la riqueza en lugar de la antigua aristocracia de la herencia.

Algunos de los llamados «de abajo» de la sociedad responden sin pensarlo dos veces: Aceptamos la situación; somos independientes y perfectamente capaces de valernos por nosotros mismos. Tengan cuidado de que no les ganemos de mano. La vida es una guerra por la riqueza y tenemos el número de nuestro lado; organizaremos huelgas y boicots, y nos salimos con la nuestra.

Si se acepta la *premisa* de que todos los hombres son independientes unos de otros, y de que cada uno debe actuar egoístamente haciendo lo mejor que pueda por su propio interés, sin importar los intereses y el bienestar de los demás, entonces no se podría objetar la visión antagónica de la guerra por la riqueza sugerida anteriormente. Y sin duda es sobre este principio de egoísmo e independencia que todas las clases parecen estar actuando, cada vez más. Los capitalistas velan por sus propios intereses y, por lo general (aunque hay nobles excepciones), pagan lo menos posible por la mano de obra. Y los mecánicos y los obreros también (con nobles excepciones) velan únicamente por sí mismos, para obtener lo más posible a cambio de sus servicios. ¿Cómo, entonces, puede una u otra clase criticar coherentemente a la otra, si ambas reconocen los mismos principios de independencia, egoísmo y fuerza?

Esto se ha convertido en una opinión tan generalizada entre el público que la antigua costumbre de que quienes cuentan con una educación superior, talentos y otras ventajas visitaran a los pobres y los ayudaran con consejos o con recursos materiales ha desaparecido; y ahora cada uno se ocupa de sus propios asuntos y deja a los demás, independientes, a que se las arreglen por sí mismos, o a menudo a las generosas provisiones públicas: asilos, hospitales, «hogares», etc. Esto puede ser favorable para algunos y en ciertos aspectos, pero tiende a acarrear dificultades a otros y en otros aspectos —debido a la inexperiencia, la imprudencia, el despilfarro, la indolencia, la imbecilidad y la desgracia—.

El hecho es que ni los ricos ni los pobres pueden permitirse ser egoístamente *independientes* unos de otros; ni deberían sentirse ni actuar como si lo fueran. La humanidad es una sola familia: Dios «ha hecho de una sola sangre a todas las naciones de los hombres» (Hechos 17:26). Cada miembro de la familia humana es hermano de todos los demás seres humanos. Todos son hijos del mismo padre, Adán, un hijo de Dios (Lucas 3:38), a quien Dios confió el cuidado conjunto de la tierra con toda su plenitud como una administración. Por lo tanto, todos son beneficiarios de la provisión divina; pues aún "la tierra es del Señor y todo lo que en ella hay". La caída en el pecado y su castigo, la muerte, que se manifestaron mediante un deterioro gradual —físico, mental y moral—, han dejado a todos los hombres más o menos menoscabados, y cada uno necesita y debe recibir la simpatía y la ayuda de los demás *en proporción al grado de su menoscabo y a su consiguiente dependencia*, ya sea mental, moral o física.

Si el amor fuera el motivo dominante en el corazón de todos los hombres, cada uno se complacería en aportar su granito de arena al bienestar común, y todos estarían en igualdad de condiciones en lo que respecta a las necesidades comunes y a algunas de las comodidades de la vida. Esto implicaría una cierta medida de socialismo. Pero el amor no es el motivo dominante entre los hombres y, en consecuencia, tal plan no puede funcionar en la actualidad. El egoísmo es el motivo dominante

principio, no solo en la mayor parte de la cristiandad, sino en casi toda ella, y está dando su propio fruto amargo y madurándolo rápidamente para la gran vendimia de Apocalipsis 14:19, 20.

Nada menos que (1) una conversión *masiva* del mundo, o (2) la intervención de un poder sobrehumano, podría ahora cambiar el rumbo del mundo del canal del egoísmo al del amor. Ni siquiera los más optimistas se atreven a soñar con tal conversión; pues mientras que el cristianismo nominal ha logrado convertir externamente a relativamente pocos de los miles de millones de habitantes de la tierra, las verdaderas conversiones —del espíritu egoísta del mundo al espíritu amoroso y generoso de Cristo— se pueden contar con los dedos de una mano. Por lo tanto, es mejor abandonar toda esperanza en este sentido. La única esperanza está en la intervención de un poder sobrehumano, y precisamente ese cambio es lo que Dios ha prometido en y a través del Reino Milenario de Cristo. Dios previó que se necesitarían mil años para desterrar el egoísmo y restablecer el amor en pleno control incluso de los dispuestos; de ahí la provisión para precisamente esos «tiempos de la restauración»—(Hechos 3:21) Mientras tanto, sin embargo, los pocos que realmente aprecian y anhelan el gobierno del amor pueden ver, en general, la imposibilidad de lograrlo por medios terrenales; porque los ricos no renunciarán voluntariamente a sus ventajas; ni las masas producirían lo suficiente para sí mismas si no fuera por el estímulo de la necesidad o de la codicia, tan inherente es la comodidad egoísta en algunos, y el lujo egoísta, derrochador e imprudente en otros.

POR QUÉ LAS CONDICIONES FAVORABLES RECIENTES NO PUEDEN CONTINUAR

Se podría argumentar que los ricos y los pobres han convivido durante seis mil años, y que no hay más peligro de que se produzca una calamidad ahora que en el pasado; no hay más peligro de que los ricos aplasten a los pobres y los dejen morir de hambre, ni de que los pobres destruyan a los ricos mediante la anarquía. Pero esto es un error; existe un peligro mayor que nunca por ambas partes.

Las condiciones de las masas han cambiado enormemente desde los días de la servidumbre; no solo las condiciones físicas, sino también las mentales; y ahora, después de haber probado la civilización y la educación, se necesitarían siglos de opresión gradual para hacerlas someterse nuevamente al antiguo orden de las cosas, en el que eran vasallos de la nobleza terrateniente. No se podría lograr en un siglo —¡antes morirían! La mera sospecha de una tendencia hacia ese futuro para sus hijos conduciría a una revolución, y es este temor el que está contribuyendo a incitar a los pobres a protestas más enérgicas que las que jamás se hayan intentado.

Pero cabe preguntarse: ¿Por qué deberíamos contemplar tal tendencia? ¿Por qué no suponer una continuidad, e incluso un aumento, de la prosperidad general del siglo pasado, y particularmente de los últimos cincuenta años?

No podemos suponerlo así, porque la observación y la reflexión muestran que tales expectativas serían irrazonables, de hecho imposibles, por varias razones. La prosperidad del siglo actual ha sido —bajo la supervisión divina (Dan. 12:4)— el resultado directo del *despertar* intelectual del mundo, siendo la imprenta, el vapor, la electricidad y la mecánica aplicada los agentes. El despertar trajo consigo una mayor demanda de artículos de primera necesidad y de lujo por parte de un número cada vez mayor de personas. Al producirse de manera repentina, el aumento

de la demanda superó a la producción; y, por lo tanto, los salarios en general aumentaron. Y a medida que la oferta se equiparó a las demandas de los mercados internos e incluso las superó, otras naciones, que habían permanecido inactivas durante mucho tiempo, también despertaron y exigieron suministros. Durante un tiempo, todas las clases se beneficiaron, y todas las naciones civilizadas se volvieron de repente mucho más ricas y vivían con mucho más confort que nunca antes; porque la fabricación de maquinaria requería moldeadores, maquinistas y carpinteros; y estos necesitaban la ayuda de leñadores, fabricantes de ladrillos, constructores de hornos y operarios de hornos; y cuando las máquinas estuvieron listas, muchas de ellas requerían carbón, lo que generó una mayor demanda de mineros del carbón, ingenieros, fogoneros, etc. En todo el mundo se demandaban barcos de vapor y ferrocarriles, y miles de hombres fueron contratados de inmediato para construirlos, equiparlos y operarlos. Así, de repente se recurrió a las filas de la mano de obra, y los salarios subieron en proporción a la destreza requerida. Indirectamente, otros se beneficiaron además de los empleados directamente; porque, al recibir mejores salarios, los hombres comían mejor, vestían mejor y vivían en mejores casas, amuebladas con mayor comodidad. El agricultor no solo se vio obligado a pagar más por la mano de obra que contrataba, sino que, a su vez, recibía proporcionalmente más por lo que vendía; y así sucedía en todas las ramas de la industria. De este modo, los curtidores y zapateros, los fabricantes de calcetines, los relojeros, los joyeros, etc., se beneficiaron, ya que cuanto mejor se pagaba a las masas, más podían gastar tanto en artículos de primera necesidad como en lujos. Quienes antes andaban descalzos compraban zapatos; quienes antes no usaban medias comenzaron a considerarlas una necesidad; y así prosperaron todas las ramas del comercio. Al surgir toda esta demanda de manera repentina, era inevitable una prosperidad general y rápida.

La demanda estimuló la innovación, y esta ha llevado a la introducción de un dispositivo tras otro para ahorrar trabajo en las fábricas, los hogares, las granjas y en todas partes, hasta ahora

es difícil para cualquiera ganarse lo justo para vivir sin depender de la maquinaria moderna. Todo esto, junto con el comercio con naciones extranjeras, que despertó de manera similar, aunque más tarde, ha mantenido las cosas *prósperas* para las clases trabajadoras, al tiempo que ha enriquecido fabulosamente a los comerciantes y fabricantes de la cristiandad.

Pero ahora nos estamos *acercando* al final del camino de la prosperidad. Ya en muchos ámbitos la oferta mundial excede la demanda mundial, o más bien excede la *capacidad financiera* para satisfacer sus deseos. China, India y Japón, después de haber sido excelentes clientes de los productos manufacturados de Europa y Estados Unidos, ahora están utilizando en general su propia mano de obra (a entre seis y doce centavos por día) para reproducir lo que ya han comprado; y, por lo tanto, en adelante demandarán cada vez menos en proporción. Los países de Sudamérica han sido impulsados a un ritmo más rápido de lo que su inteligencia justificaba, y algunos de ellos ya están en bancarrota y deben economizar hasta que alcancen una mejor situación financiera.

Evidentemente, por lo tanto, se avecina una crisis; una crisis que habría culminado antes de lo previsto en Europa de no haber sido por la prosperidad sin precedentes de esta Gran República, bajo un arancel proteccionista, que atrajo hacia aquí millones de capital europeo para inversión, así como a millones de personas de Europa para compartir los beneficios de esa prosperidad, y que, de paso, ha dado lugar a corporaciones gigantes y trusts que ahora amenazan el bienestar público.

La prosperidad general y los salarios más altos también llegaron a Europa. No solo se alivió la situación de la fuerza laboral europea, sino que las guerras también aliviaron la presión de la competencia laboral al matar a un millón de hombres en la flor de la vida, y mediante la destrucción de bienes y una interrupción general del trabajo. Y para la

últimos veinticinco años, los ejércitos permanentes, en constante crecimiento, están liberando a Europa de otros millones de hombres que, de no ser así, serían competidores; además, hay que considerar el gran número de personas empleadas en la fabricación de armamento militar, armas, buques de guerra, etc.

Si, a pesar de todas estas condiciones tan favorables para la prosperidad y la demanda de mano de obra con buenos salarios, ahora constatamos que se ha alcanzado el punto álgido y que los salarios tienden más bien a bajar, tenemos motivos para afirmar, tanto desde un punto de vista humano como desde el punto de vista de la Apocalipsis de Dios, que se avecina una crisis: *la* crisis de la historia de este mundo.

Cabe señalar también que, si bien los salarios han alcanzado un nivel sin precedentes en los últimos años, el aumento de los precios de los artículos de primera necesidad ha superado con creces ese incremento, ejerciendo así una influencia más que contrarrestante. ¿Cuál será el resultado? ¿Y cuánto tiempo tendremos que esperar para verlo?

El colapso llegará de golpe. Así como el marinero que ha trepado con esfuerzo hasta la cima del mástil puede caer de repente, así como una gran pieza de maquinaria izada lentamente por engranajes y poleas, si se desliza de su sujeción, volverá a caer con una fuerza aplastante y destructiva, en una situación mucho peor que si nunca se hubiera izado, así también la humanidad, elevada muy por encima de cualquier nivel anterior por los engranajes y palancas de la invención y el progreso, y por el sistema de poleas de la educación general y la ilustración, ha llegado a un punto en el que (a causa del egoísmo) estos ya no pueden elevarla más —donde algo está cediendo—. Se estabilizará por un momento (unos cuantos años) en un nivel más bajo, antes de que los engranajes y las palancas que ya no pueden avanzar más se rompan bajo la tensión, lo que provocará una ruina total.

Cuando se introdujo la maquinaria por primera vez, los resultados en

la competencia con el trabajo y la destreza humanos; pero los factores contrarios, ya mencionados (el despertar general, tanto en la cristiandad como fuera de ella, la fabricación de maquinaria, las guerras, los ejércitos, etc.), han contrarrestado hasta ahora con creces la tendencia natural: tanto es así que muchas personas han llegado a la conclusión de que este asunto va en contra de la razón, y que la maquinaria que ahorra trabajo no está en guerra con el trabajo humano. Pero no es así: el mundo sigue funcionando bajo la ley de la oferta y la demanda; y el funcionamiento de esa ley es seguro, y puede explicarse claramente a cualquier mente razonable. La demanda de trabajo y destreza humanos solo se incrementó temporalmente al preparar la oferta aún más abundante de maquinaria para sustituir al trabajo, y, una vez alcanzado el punto álgido, la reacción no puede ser sino repentina y aplastante para aquellos sobre quienes recae el peso desplazado.

Supongamos que la civilización ha multiplicado por *cinco* las *demandas* mundiales con respecto a lo que eran hace cincuenta años (y sin duda eso debería considerarse una estimación muy generosa), ¿qué pasa con la oferta? Todos estarán de acuerdo en que la invención y la maquinaria han multiplicado la *oferta* por más de diez con respecto a lo que era hace cincuenta años. Hasta un ciego mental puede ver que, tan pronto como se haya construido suficiente maquinaria para *satisfacer* la *demanda*, a partir de entonces habrá una carrera, una competencia entre el hombre y la maquinaria; porque no habrá suficiente trabajo para todos, incluso si no se agregaran más personas ni máquinas. Pero la competencia sigue aumentando; la población mundial crece rápidamente, y la maquinaria, guiada por una mayor destreza, crea cada día más y mejor maquinaria. ¿Quién no puede ver que, bajo el actual sistema egoísta, tan pronto como la *oferta* supere a la *demanda* (tan pronto como tengamos sobreproducción), la carrera entre los hombres y la maquinaria será breve y muy

desfavorable para los hombres. Las máquinas, en general, son *esclavas* del hierro, el acero y la madera, animadas por el vapor, la electricidad, etc. No solo pueden hacer más trabajo, sino también un trabajo mejor que el que pueden hacer los hombres. Y no tienen mentes que cultivar, ni disposiciones perversas que controlar, ni esposas ni familias en las que pensar ni a las que mantener; no son ambiciosas; no forman sindicatos ni envían delegados para interferir en la administración de los negocios, ni hacen huelgas; y están dispuestas a trabajar horas extras sin quejas serias ni paga adicional. Como esclavas, por lo tanto, las máquinas son mucho más deseables que los esclavos humanos, ya sean negros o blancos, y por eso se está prescindiendo, en la medida de lo posible, de la mano de obra y la destreza humanas; y quienes poseen a las máquinas-esclavas se alegran de que, bajo las leyes y costumbres actuales, sus semejantes sean libres e independientes, porque así se liberan de la responsabilidad y el cuidado que su esclavitud requeriría.

Los trabajadores del mundo no están ciegos. Ven, al menos vagamente, a dónde debe conducir el actual sistema de egoísmo, que deben admitir que ellos mismos han ayudado a fomentar y bajo el cual, al igual que todos los demás, siguen operando. Aún no ven con claridad su inevitabilidad, ni la abyecta servidumbre a la que, a menos que se le ponga fin, seguramente y rápidamente los llevará. Pero sí ven que la competencia entre ellos para ser los sirvientes de los esclavos de las máquinas (como maquinistas, ingenieros, fogoneros, etc.) se vuelve más intensa cada año.

LA MAQUINARIA COMO FACTOR EN LA PREPARACIÓN PARA EL «INCENDIO». LOS ÚLTIMOS AÑOS NO SON MÁS QUE UN ANTESALA DE LO QUE ESTÁ POR VENIR

Citando a algunas de las personas que están despertando y que se dan cuenta de las posibilidades del futuro. Un escritor anónimo dice:

"El esplendor de las antiguas democracias urbanas griegas, que brillaban como puntos de luz contra el fondo oscuro de la barbarie circundante, ha sido motivo de controversia entre los abogados modernos de diferentes formas de gobierno. Los opositores al gobierno popular han sostenido que las antiguas ciudades no eran en absoluto verdaderas democracias, sino aristocracias, ya que se basaban en el trabajo de los esclavos, el cual era el único que les daba a los ciudadanos libres el tiempo libre para dedicarse a la política. Según estos pensadores, debe existir una clase de base que realice el trabajo pesado de la comunidad, y un sistema político que permita a los trabajadores comunes participar en el gobierno es uno que no puede perdurar».

"Este razonamiento plausible fue rebatido ingeniosamente por el Sr. Charles H. Loring en su discurso presidencial ante la Sociedad Estadounidense de Ingenieros Mecánicos en 1892, cuando admitió que la civilización moderna contaba con todas las ventajas de la esclavitud antigua sin su crueldad. 'La deshonra de la civilización antigua', dijo, 'fue su absoluta falta de humanidad. La justicia, la benevolencia y la misericordia tenían muy poca influencia; la fuerza, el fraude y la crueldad las suplantaron. Tampoco se podía esperar nada mejor de una organización basada en el peor sistema de esclavitud que jamás haya conmocionado la sensibilidad del hombre. Mientras la esclavitud humana fuera el origen y el sustento de la civilización, esta última tenía que ser brutal, pues el río no puede elevarse más allá de su fuente. Una civilización así, tras una rápida culminación, tenía que decaer, y la historia, aunque vaga, muestra su caída en una barbarie tan oscura como aquella de la que había surgido».

" 'La civilización moderna también tiene en su base a un esclavo que trabaja sin descanso, pero uno muy diferente de su predecesor de la antigüedad. Carece de nervios y no conoce la fatiga. No hay interrupción en su trabajo, y realiza en un espacio reducido más que el trabajo de naciones de esclavos humanos. No solo es mucho más fuerte, sino también mucho más barato que ellos. Trabaja sin cesar y se dedica a todo; desde lo más refinado hasta lo más tosco, es igualmente versátil. Produce todas las cosas con tal abundancia que el hombre, liberado de la mayor parte de

su trabajo servil, se da cuenta por primera vez de su título de Señor de la Creación. Los productos de todas las grandes artes de nuestra civilización, el uso de un transporte barato y rápido por tierra y agua, la imprenta, los instrumentos de paz y guerra, la adquisición de conocimientos de todo tipo, se convierten en una posibilidad y en posesión de todos gracias al trabajo del esclavo obediente, al que llamamos máquina de vapor».

«Es literalmente cierto que la maquinaria moderna es un esclavo con cientos de veces el poder productivo de los antiguos esclavos humanos y, por lo tanto, que ahora contamos con la base material para una civilización en la que toda la población constituiría una clase ociosa, equivalente a los ciudadanos libres de Atenas —una clase que, en verdad, no es libre para dedicar su tiempo a la disipación indolente, pero que está liberada de las tareas más pesadas y es capaz de mantenerse cómodamente sin más trabajo manual que el necesario para gozar de buena salud, el cultivo intelectual y el entretenimiento razonable. Solo en Gran Bretaña se estima que el vapor realiza el trabajo de 156 000 000 de hombres, lo cual es al menos cinco veces más de lo que había en todo el mundo civilizado en la antigüedad, contando juntos a esclavos y hombres libres. En Estados Unidos, el vapor realiza el trabajo de 230 000 000 de hombres, lo que representa casi toda la población actual del planeta, y estamos aprovechando las cascadas para alimentar motores eléctricos a un ritmo que parece que superará con creces incluso esa cifra.

«Pero, desafortunadamente, aunque contamos con una base material para una civilización de comodidad, ocio e inteligencia universalmente difundidos, aún no hemos aprendido a aprovecharla. Estamos mejorando, pero aún tenemos ciudadanos que se consideran afortunados si pueden encontrar la oportunidad de pasar todas sus horas de vigilia en un trabajo agotador —ciudadanos que, según nuestra teoría política, son iguales a cualquier otro hombre a la hora de decidir la política del gobierno, pero que no tienen oportunidad de formarse ideas sobre ningún tema más allá de la perspectiva de sus próximas comidas.

«La ciencia física nos ha dado los medios para construir lo más grandioso, lo más brillante, lo más feliz y lo más duradero

que la historia haya conocido. Le corresponde a la ciencia social enseñarnos cómo utilizar estos materiales. Cada experimento en esa dirección, ya sea que tenga éxito o fracase, tiene valor. En química hay mil experimentos infructuosos por cada descubrimiento. Si Kaveah y Altruria han fracasado, aún así les debemos nuestro agradecimiento a sus ideadores por ayudar a marcar los arrecifes sumergidos en el camino del progreso».

Una revista especializada en el comercio del carbón, **The Black Diamond**, dice:

«Basta con echar un vistazo a la rapidez del transporte y las comunicaciones que ha desarrollado para apreciar el hecho de que, en efecto, se ha asegurado una posición sin la cual es difícil comprender cómo se podrían llevar a cabo los negocios modernos en la actualidad. Un aspecto de *la minería mecánica*, y que es de gran importancia, es que se puede confiar en que la máquina realice un trabajo constante. Por lo tanto, las perspectivas de huelgas se han reducido considerablemente, y es un hecho notable que, dondequiera que ocurra una huelga hoy en día, a menudo va seguida de una extensión del dominio de la maquinaria a nuevos territorios. La creciente aplicación de métodos mecánicos en todos los ámbitos está alineando gradualmente las relaciones de los oficios afines sobre una base de ajuste que seguirá tendiendo hacia un punto en el que las huelgas puedan volverse casi imposibles.

«La electricidad se encuentra aún en sus inicios, pero una vez que se adentra en un campo, parece ser permanente, y los buscadores de los diamantes oscuros pronto tendrán que enfrentar la cruda realidad de que, donde no hayan sido desplazados por la mano de obra barata de Europa, tendrán que enfrentarse a un enemigo aún más invencible, y que en unos pocos años, donde miles de personas se dedican a la minería, cientos realizarán la misma cantidad de trabajo con la ayuda de maquinaria minera eléctrica».

La *Olyphant Gazette* dice:

«Los maravillosos avances de la ciencia y los innumerables inventos de esta era de la innovación están desplazando rápidamente al trabajo manual de muchas industrias, y miles de trabajadores que hace unos años encontraban un empleo remunerativo buscan en vano algo que hacer. Donde antes trabajaban cientos de hombres en un molino o una fábrica, ahora una veintena realizará una mayor cantidad de trabajo, con la ayuda de dispositivos mecánicos. La linotipia ha dejado sin trabajo a miles de impresores, y así sucesivamente en los diversos oficios: la maquinaria realiza el trabajo con mayor rapidez, menor costo y de manera más satisfactoria que el trabajo manual.

«Las perspectivas indican que, en unos pocos años, la extracción de carbón antracita se realizará en gran medida mediante dispositivos eléctricos, y que el hombre y la mula no serán más que complementos de un dispositivo eléctrico cuando se trate de trabajos que requieran fuerza motriz».

Otro autor señala los siguientes hechos:

«Un hombre y dos muchachos pueden hacer el trabajo que hace unos pocos años requería 1,100 hilanderos.

«Un hombre hace ahora el trabajo de cincuenta tejedores en la época de su abuelo.

«Las máquinas de estampado de algodón han desplazado a mil quinientos trabajadores por cada uno que se mantiene.

«Una máquina, con un solo hombre como operador, fabrica en un día tantas herraduras como las que fabricarían 500 hombres en el mismo tiempo.

«De los 500 hombres que antes trabajaban en el negocio del aserrado de troncos, 499 han perdido sus empleos debido a la introducción de la maquinaria moderna.

«Una máquina para fabricar clavos reemplaza a 1 100 hombres.

«En la fabricación de papel, se ha sustituido el 95 por ciento del trabajo manual.

"Un solo hombre puede fabricar ahora tanta cerámica en el mismo tiempo como lo hacían 1.000 antes de que se aplicara la maquinaria.

«Gracias al uso de maquinaria para cargar y descargar barcos, un solo hombre puede realizar el trabajo de 2.000 hombres.

«Un relojero experto puede producir entre 250 y 300 relojes al año con la ayuda de la maquinaria, lo que desplaza así el 85 por ciento del trabajo manual anterior».

El *Pittsburgh Post*, al señalar hace años el notable progreso de la fabricación de hierro en bruto durante dos décadas gracias a la mejora de los hornos, dijo:

«Hace veinte años, en 1876, la producción de hierro en bruto en los Estados Unidos fue de 2 093 236 toneladas. En el año 1895, la producción de hierro en bruto en el condado de Allegheny fue de 2 054 585 toneladas. En 1885, la producción total del país fue de 4 144 000 toneladas de hierro en bruto, mientras que en 1895 lideramos el mundo con 9 446 000 toneladas».

Los canadienses observan las mismas condiciones y los mismos efectos. El *Montreal Times* dice:

«Con la mejor maquinaria de la actualidad, un hombre puede producir tela de algodón para 250 personas. Un hombre puede producir prendas de lana para 300 personas. Un hombre puede producir botas y zapatos para 1,000 personas. Un hombre puede producir pan para 200 personas. Sin embargo, miles de personas no pueden conseguir telas de algodón, prendas de lana, botas, zapatos ni pan. Debe haber alguna razón para esta situación. Debe haber alguna forma de remediar este vergonzoso estado de anarquía en el que nos encontramos. Entonces, ¿cuál es la solución?»

El *Topeka State Journal* dijo:

«El profesor Hertzka, economista y estadista austriaco, ha descubierto que para gestionar los distintos sectores industriales con el fin de abastecer a los 22 000 000 de austriacos con todo lo necesario para vivir, utilizando métodos y maquinaria modernos, solo se necesitaría la mano de obra de 615 000 hombres, trabajando el número habitual de horas. Para abastecer a todos con artículos de lujo solo se necesitarían 315 000 trabajadores más. Además, calcula que la población activa actual de Austria, incluyendo a todas las mujeres y a todos los hombres de entre 16 y 50 años, es de 5 000 000, redondeando la cifra. Sus cálculos lo llevaron además a afirmar que este número de trabajadores, todos empleados y equipados con maquinaria y métodos modernos, podría abastecer a toda la población con lo necesario y los lujos trabajando treinta y siete días al año, con el horario actual. Si decidieran trabajar 300 días al año, solo tendrían que hacerlo durante una hora y veinte minutos al día.

«Las cifras del profesor Hertzka relativas a Austria, si son correctas, son aplicables con pocas variaciones a todos los demás países, sin excluir a los Estados Unidos. En California hay una cosechadora a vapor en funcionamiento que cosecha y ata noventa acres al día, con la supervisión de tres hombres. Con arados en grupo acoplados, el mecanismo de vapor de esta máquina puede arar ochenta y ocho acres al día. Un panadero en Brooklyn emplea a 350 hombres y produce 70 000 panes al día, es decir, a un ritmo de 200 panes por cada hombre empleado. Al fabricar zapatos con la máquina McKay, un hombre puede producir 300 pares en el mismo tiempo que le tomaría hacer cinco pares a mano. En la fábrica de implementos agrícolas, 500 hombres hacen ahora el trabajo de 2 500 hombres.

«Antes de 1879 se necesitaban diecisiete hombres calificados para producir 500 docenas de escobas por semana. Ahora, nueve hombres pueden producir 1,200 docenas en el mismo tiempo. Un hombre puede fabricar y terminar 2.500 latas de 2 libras al día. Una fábrica de relojes de Nueva York puede producir más de 1.400 relojes al día, 511.000 al año, o a un ritmo de dos o tres relojes por minuto. En el negocio de la sastrería, un hombre con electricidad puede cortar 500 prendas al día. En las acerías de Carnegie, con la ayuda de la electricidad, ocho hombres hacen el trabajo de 300. Una máquina para fabricar fósforos, alimentada por un niño, puede cortar 10,000,000 de palitos al día. El telar más moderno puede funcionar sin supervisión durante toda la hora de la comida y una hora y media después de que la fábrica haya cerrado, tejiendo tela automáticamente.

"Aquí se presenta el problema de la época que espera una solución: cómo conectar nuestras capacidades y nuestras necesidades de tal manera que no haya desperdicio de energía ni carencias. Si este problema se resuelve adecuadamente, es evidente que no habrá personas cansadas ni con exceso de trabajo; ni pobreza, ni hambre, ni privaciones, ni vagabundos. Se han propuesto innumerables soluciones, pero hasta ahora ninguna parece aplicable sin cometer una injusticia, real o aparente, contra alguien. El hombre que guíe al pueblo hacia la luz en este asunto será el mayor héroe y el mayor benefactor de su raza que el mundo haya conocido jamás».

LA COMPETENCIA FEMENINA COMO FACTOR

Otro aspecto a considerar es la competencia femenina. En 1880, según los informes del censo de Estados Unidos, había 2 477 157 mujeres dedicadas a ocupaciones remuneradas en Estados Unidos. En 1890, los datos mostraron que el número era de 3 914 711, un aumento de más del cincuenta por ciento. El aumento de la mano de obra femenina en los ámbitos de la contabilidad, la transcripción y la taquigrafía resulta especialmente notable. El censo de 1880 registró 11 756 mujeres empleadas en estos oficios; el de 1890, 168 374. Se puede afirmar con seguridad que el número total de mujeres que actualmente (1912) se dedican a actividades remuneradas supera los diez millones. Y ahora también a ellas se las está desplazando

por la maquinaria. Por ejemplo, una fábrica de tostado de café en Pittsburgh, al instalar dos máquinas de empaque de café recién inventadas que son operadas por cuatro mujeres, ha provocado el despido de cincuenta y seis mujeres.

La competencia se vuelve cada día más intensa, y cada invento valioso no hace más que agravar la dificultad. Es cierto que tanto hombres como mujeres se ven liberados de gran parte del trabajo pesado, pero ¿quién los mantendrá a ellos y a sus familias mientras estén sin trabajar?

PUNTOS DE VISTA Y MÉTODOS DE LOS TRABAJADORES: RAZONABLES E IRRAZONABLES

No podemos sino reconocer que todo apunta a una mayor competencia por el trabajo, a un ejército aún más numeroso de desempleados y, en consecuencia, a salarios cada vez más bajos. Para evitar esto, se han formado sindicatos, los cuales sin duda han ayudado en cierta medida a mantener la dignidad, el salario y la dignidad humana, y a proteger a muchos del poder aplastante del monopolio. Pero estos han tenido tanto efectos negativos como positivos. Han llevado a los hombres a confiar en sí mismos y en sus sindicatos en busca de consejo y alivio ante el dilema, en lugar de recurrir a Dios y tratar de aprender de su Palabra cuál es su camino, para que puedan andar por él y no tropezar. Si hubieran seguido este último camino, el Señor les habría dado, como a sus hijos, «el espíritu de una mente sana», y los habría guiado con su consejo. Pero ese no ha sido el resultado; más bien lo contrario: la incredulidad en Dios, la incredulidad en el hombre, el descontento general y el egoísmo inquieto y irritable se han intensificado. Los sindicatos han fomentado el sentimiento de independencia egoísta y jactancia, y han hecho que los trabajadores sean más arbitrarios, alejándolos de la simpatía de los hombres de buen corazón y benevolentes entre los empleadores, quienes están llegando rápidamente a la conclusión de que es inútil intentar un trato conciliatorio con los sindicatos, y que los trabajadores deben aprender, a través de una experiencia severa, a ser menos arbitrarios.

La teoría del trabajo es correcta cuando afirma que las bendiciones y los inventos propios del amanecer de la era milenaria deben redundar en beneficio de toda la humanidad, y no solo en la riqueza de aquellos cuya avaricia, agudo juicio, previsión y posiciones ventajosas les han asegurado a ellos y a sus hijos la propiedad de la maquinaria y la tierra, así como la riqueza adicional que estas generan a diario. Sienten que estos afortunados no deberían quedarse egoístamente con todo lo que puedan obtener, sino que deberían compartir generosamente todas las ventajas con ellos; no como un *regalo*, sino como un *derecho*; no bajo la *ley de la competencia egoísta*, sino bajo la *ley* divina *del amor al prójimo*. Respaldan sus reclamos con las enseñanzas del Señor Jesús y con frecuencia citan sus preceptos.

Pero parecen olvidar que le están pidiendo a los afortunados que vivan según la regla del amor, en beneficio de los menos afortunados, quienes aún desean vivir según la ley del egoísmo. ¿Es razonable pedir a los demás lo que uno no está dispuesto a concederles? Y por más deseable y loable que esto pueda ser, ¿es prudente esperarlo, si se lo pide? Sin duda, no. Precisamente aquellos que exigen a gritos que los más afortunados que ellos compartan con ellos se muestran muy reacios a compartir su propia prosperidad con quienes son menos afortunados que ellos.

Otra consecuencia del imperio del egoísmo en los asuntos humanos es que la mayoría de los relativamente pocos hombres que tienen buen criterio están absorbidos por las grandes empresas, los consorcios, etc., de hoy en día, mientras que quienes ofrecen asesoramiento a los sindicatos suelen ser hombres de criterio moderado o deficiente. Tampoco es probable que un consejo bueno y moderado sea aceptado cuando se ofrece. Los trabajadores han aprendido a desconfiar, y muchos de ellos ahora suponen que quienes ofrecen consejos sensatos son espías y emisarios que simpatizan con el bando de los empleadores. La *mayoría* es irracional y solo se somete a los astutos que complacen los caprichos de los más ignorantes, con el fin de convertirse en sus líderes bien remunerados.

Ya sea por ignorancia o por falta de buen juicio, la mitad de los consejos aceptados y puestos en práctica han resultado ser malos, imprudentes y desfavorables para aquellos a quienes se pretendía beneficiar. El problema, en gran parte, sin duda radica en que, apoyándose en la fuerza humana —representada por su propio número y coraje—, descuidan la sabiduría que viene de lo alto, la cual es «primero pura, luego pacífica, apacible, fácil de persuadir, y llena de misericordia y buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía». En consecuencia, no tienen «el espíritu [la disposición] de una mente sana» que los guíe.–2 Tim. 1:7.

Se imaginan que, mediante sindicatos, boicots, etc., pueden mantener el precio de la mano de obra en algunos sectores al doble o al triple de los precios que se pagan por otros tipos de trabajo. No se dan cuenta de que, bajo las nuevas condiciones mecánicas, ya no se requieren años para aprender un oficio como antes; de que, gracias a la educación general que brindan las escuelas públicas y los periódicos, miles de personas pueden aprender rápidamente a hacer lo que antes solo unos pocos comprendían; y de que el exceso de oferta de mano de obra, al hacer bajar los precios en un oficio o industria, llevará a muchos más hombres a competir por empleos más fáciles o mejor remunerados en otros sectores, y, en última instancia, generará una presión numérica tan grande que resultará irresistible. Los hombres no se quedarán de brazos cruzados pasando hambre, ni verán a sus familias morir de hambre, antes que aceptar por uno o dos dólares al día un puesto que ahora le paga tres o cuatro dólares al día a otra persona.

Mientras las condiciones sean favorables —es decir, mientras la oferta de mano de obra sea menor que la demanda o la demanda de bienes sea mayor que la oferta—, los sindicatos pueden lograr, y de hecho logran, un bien considerable para sus miembros al mantener buenos salarios, horarios favorables y condiciones saludables en las que trabajar. Pero es un error juzgar el futuro basándose en el pasado en este asunto, y confiar en que los sindicatos contrarresten las leyes de la oferta y la demanda. Que los trabajadores pongan su mirada en su única esperanza, el Señor, y no se apoyen en el brazo de la carne.

LA LEY DE LA OFERTA Y LA DEMANDA: INEXORABLE PARA TODOS

El actual sistema económico, tanto para los pequeños como para los grandes, para los ricos y para los pobres, como hemos visto, carece de amor, es opresivo y egoísta. Los productos manufacturados se venden a los precios más altos que los fabricantes y comerciantes pueden obtener por ellos; el público los compra a los precios más bajos que les permitan adquirirlos. La cuestión del valor real rara vez se toma en cuenta, salvo desde el punto de vista egoísta. Los granos y los productos agrícolas se venden a los precios más altos que el agricultor pueda obtener, y los consumidores los compran a los precios más bajos que les permitan adquirirlos. Del mismo modo, el trabajo y la destreza se venden a los precios más altos que sus propietarios puedan exigir, y los agricultores, comerciantes y fabricantes los compran a los precios más bajos que les permitan obtener lo que necesitan.

El funcionamiento de esta «Ley de la Oferta y la Demanda» es absoluto: nadie puede alterarlo; nadie puede ignorarlo por completo y vivir bajo los actuales arreglos sociales. Supongamos, por ejemplo, que un agricultor dijera: «Desafiaré esta ley que ahora rige el mundo. El precio del trigo es de sesenta centavos por bushel; pero debería ser de un dólar por bushel para pagar adecuadamente mi propio trabajo y el de mis empleados: No venderé mi trigo por menos de un dólar por bushel». El resultado sería que su trigo se pudriría, su familia carecería de ropa, sus jornaleros se verían privados de su salario por su capricho, y el hombre a quien le pidió dinero prestado se impacientaría ante su incapacidad para cumplir con sus compromisos y vendería su granja, su trigo y todo lo demás para saldar su deuda.

O supongamos el caso contrario. Supongamos que el agricultor dijera: «Ahora les pago a mis trabajadores agrícolas treinta dólares al mes; pero me he enterado de que en un pueblo cercano a los mecánicos, que no trabajan más duro y con jornadas más cortas, les pagan entre cincuenta y cien dólares al mes: yo

decidido que, de ahora en adelante, haré trabajar ocho horas al día y pagaré sesenta dólares al mes durante todo el año».----
¿Cuál sería el resultado de tal intento de desafiar la ley de la oferta y la demanda? Probablemente pronto se encontraría endeudado. Es cierto que, si todos los agricultores de Estados Unidos pagaran los mismos salarios y vendieran a precios justos, sería posible; pero al final de la temporada los silos estarían llenos de trigo, pues Europa compraría en otros lugares. ¿Y entonces qué? Pues la noticia se telegrafiaría a la India, Rusia y Sudamérica, y los productores de trigo de esos lugares enviarían su trigo aquí, rompiendo lo que se denominaría el «cartel de los agricultores» y abasteciendo a los pobres con pan barato. Evidentemente, tal acuerdo, si pudiera llevarse a cabo, no duraría más de un año.

Y esta misma ley del orden social actual —la ley de la oferta y la demanda— rige igualmente todos los demás productos del trabajo o la destreza humanos, variando según las circunstancias.

En esta Gran República, las condiciones han sido favorables para una gran demanda, salarios altos y buenas ganancias, gracias a un arancel proteccionista contra la competencia de Europa, y la tendencia ha sido que el dinero de Europa venga aquí para invertirse, debido a las mejores ganancias; y la mano de obra y la destreza extranjeras también llegaron aquí en busca de un salario mejor que el que podían obtener en sus países de origen. Estas no fueron más que las operaciones de la misma Ley de la Oferta y la Demanda. Y los millones destinados a invertir en maquinaria y ferrocarriles, así como a proporcionar a la gente viviendas y las necesidades básicas, han hecho de este, durante años, el país más notable del mundo en cuanto a prosperidad. Pero el apogeo de esta prosperidad ya pasó, y nos encontramos en la cuesta abajo. Y nada puede detenerla, salvo que se trate de una guerra u otras calamidades en las demás naciones civilizadas, lo cual desviaría por un tiempo los negocios del mundo hacia las naciones en paz. La guerra entre China y Japón alivió ligeramente la presión, no solo por la

armas y municiones adquiridas por las partes en conflicto, sino también por la indemnización pagada por China a Japón, que a su vez fue gastada por los japoneses en buques de guerra construidos en diversos países, principalmente en Gran Bretaña. Además, la constatación de que Japón es ahora una «potencia marítima» ha llevado a los gobiernos de Europa y Estados Unidos a aumentar su equipamiento naval. Nada podría ser más miope que la reciente manifestación masiva de trabajadores celebrada en Nueva York para protestar contra un mayor gasto en defensas navales y costeras en Estados Unidos. Deberían darse cuenta de que dichos gastos ayudan a mantener a la mano de obra empleada. Aunque nos oponemos a la guerra, no por ello nos oponemos menos a que la gente pase hambre por falta de empleo; y nos arriesgaríamos a un mayor peligro de guerra. Que las deudas del mundo se conviertan en bonos. Los bonos serán tan valiosos como el oro y la plata en el gran tiempo de angustia que se avecina —Ezequiel 7:19; Sofonías 1:18.

Muchos pueden ver que la competencia es el peligro: en consecuencia, el «Proyecto de Ley de Exclusión China» se convirtió en ley, no solo deteniendo la inmigración de millones de chinos, sino disponiendo la expulsión de este país de todos aquellos que no se conviertan en ciudadanos. Y para detener la inmigración desde Europa, se aprobó una ley que prohíbe el desembarco de emigrantes que no sepan leer algún idioma, etc. Muchos ven que, bajo la ley de la oferta y la demanda, el trabajo pronto se equiparará en todo el mundo, y desean evitar, tanto como sea posible y durante el mayor tiempo posible, la degradación del trabajo en los Estados Unidos, ya sea a los niveles europeos o asiáticos.

Otros buscan legislar una solución: votar para que los fabricantes paguen salarios elevados y vendan sus productos con un margen reducido por encima del costo. Olvidan que el capital, si deja de ser rentable aquí, se irá a otra parte a construir, emplear y fabricar —donde las condiciones sean favorables, donde los salarios sean más bajos o los precios más rentables.

Pero el panorama para el futuro inmediato, en las condiciones actuales, parece aún más sombrío cuando adoptamos una perspectiva más amplia del tema. La ley de la oferta y la demanda rige tanto al capital como a la mano de obra. El capital está tan atento como la mano de obra a la búsqueda de empleos rentables. También se mantiene al tanto de la situación y es llamado de aquí para allá por todo el mundo. Pero el capital y la mano de obra siguen caminos opuestos y se rigen por condiciones opuestas. La mano de obra calificada busca las localidades donde los salarios son más altos; el capital busca las regiones donde los salarios son más bajos, para así asegurarse mayores ganancias.

La maquinaria ha servido generosamente al capital y sigue sirviéndole fielmente; pero a medida que el capital aumenta y la maquinaria se multiplica, se produce una «sobreproducción»; es decir, se produce más de lo que se puede vender con ganancias; y esto da lugar a la competencia, a precios más bajos y a ganancias menores. Esto conduce naturalmente a la formación de asociaciones para mantener los precios y las ganancias, llamadas «trusts»; pero es dudoso que estas puedan mantenerse por mucho tiempo, salvo en el caso de artículos patentados, o de productos básicos cuya oferta sea muy limitada, o cuando sean impulsadas por una legislación que, tarde o temprano, será corregida.

LAS PERSPECTIVAS DE LA COMPETENCIA INDUSTRIAL EXTRANJERA SON DESALENTADORAS

Pero justo en esta coyuntura se abre un nuevo campo para la empresa y el capital, aunque no para la mano de obra. Japón y China están despertando a la civilización occidental tras un letargo de siglos —para apreciar el vapor, la electricidad, la maquinaria y los inventos modernos en general—. Debemos recordar que la población de Japón se corresponde aproximadamente con la de Gran Bretaña; y que la población de China es más de cinco veces mayor que la de Estados Unidos. Recordemos también que estos millones de personas no son salvajes, sino gente que, en general, sabe leer y escribir en su propio idioma; y que su civilización, aunque diferente, es mucho más antigua que la de Europa —que eran un pueblo civilizado, fabricantes de porcelana y artículos de seda

cuando Gran Bretaña aún estaba poblada por salvajes. No debe sorprendernos, por lo tanto, saber que el capital busca invertir en China, y especialmente en Japón —para construir ferrocarriles allí, llevar maquinaria, erigir grandes establecimientos manufactureros—, a fin de poder así aprovechar la destreza, la energía, la austeridad, la paciencia y la sumisión de esos millones de personas acostumbradas al trabajo arduo y a la frugalidad.

El capital ve grandes recompensas en una tierra donde se puede obtener mano de obra a un costo de entre seis y quince centavos por día por cada empleado —aceptada sin quejarse y con agradecimiento—. Ya se ha invertido un capital considerable en Japón, y más espera ser concedido en China. ¿Quién no ve que bastará con el breve lapso de unos pocos años para que todo el mundo manufacturero entre en competencia con estos millones de personas ya hábiles y con facilidad para aprender? Si los salarios actuales en Europa se consideran insuficientes; y si, debido a los generosos salarios anteriores en Estados Unidos y a las ideas y hábitos extravagantes (en comparación con Europa y Asia) que se cultivan aquí, consideramos que los salarios actuales son «salarios de miseria» (aunque
sigan siendo el doble de lo que se paga en Europa y ocho veces más de lo que se paga en Asia), ¿cuál sería la deplorable situación del trabajo en todo el mundo civilizado tras treinta años más de inventar y construir maquinaria que ahorra mano de obra, y después de que toda la mano de obra del mundo haya entrado en estrecha competencia con la mano de obra barata del Lejano Oriente? Significaría no solo un salario de quince centavos al día, sino además seis hombres por cada trabajo, incluso por esa miseria. Hace años, la prensa pública señaló el traslado de una fábrica de algodón de Connecticut a Japón, y desde entonces otros fabricantes se han trasladado allí, con el fin de asegurarse una mano de obra más barata y, en consecuencia, mayores ganancias.

El emperador alemán, evidentemente, vio acercarse esta «guerra industrial»; la representó simbólicamente en el célebre cuadro pintado por un artista bajo su dirección y entregado al zar de Rusia. El cuadro representa

a las naciones de Europa mediante figuras femeninas vestidas con armadura, de pie bajo la luz que emana de una cruz en el cielo sobre ellas, y bajo la dirección de una figura angelical que representa a San Miguel, quien observa una nube negra que surge de China y flota hacia ellas, de la cual surgen formas y rostros espantosos a la luz de los relámpagos. Debajo del cuadro se leen las palabras: «¡Naciones de Europa! Únanse en la defensa de su fe y de sus hogares».

EL HOMBRE AMARILLO CON DINERO BLANCO

Lo siguiente fue extraído de un excelente artículo publicado en el *Journal of the Imperial Colonial Institute* (en inglés), escrito por el Sr. Whitehead, miembro del Consejo Legislativo de Hong Kong, China. Él dijo:

«Hasta ahora, los chinos apenas han dado los primeros pasos en la construcción de fábricas de hilado y tejido. A orillas del río Yangtsé y en los alrededores de Shanghái, ya están en funcionamiento unas cinco fábricas, y otras se encuentran en proceso de construcción. Se estima que contarán con unos 200 000 husos; algunas de ellas ya han comenzado a operar. El capital empleado es totalmente nacional y, una vez restablecida la paz en estas regiones, con una administración honesta y competente, y mientras se mantenga nuestro actual sistema monetario, realmente no hay límite para la expansión y el desarrollo de las industrias en los países orientales».

Aquí observamos, en la misma línea, un despacho de Washington, D.C., que data ya de 1896, en el que se anuncia un informe al Gobierno del cónsul general Jernigan, destinado en Shanghái, China, en el que se señala que la industria algodonera de ese lugar está recibiendo gran atención; que desde 1890 se están instalando fábricas de algodón y estas prosperan; que se estaba poniendo en marcha una planta de aceite de semilla de algodón; y que, dado que en China la superficie apta para el cultivo del algodón es casi tan ilimitada como la oferta de mano de obra muy barata, «no cabe duda

de que China *pronto será* uno de los mayores países productores de algodón del mundo».

El Sr. Whitehead, al analizar la guerra de 1894 entre China y Japón, afirma que en ella residía la principal esperanza de la resurrección industrial de China. Continúa diciendo:

«El resultado de la guerra actual podría ayudar a liberar al pueblo chino de las ataduras de los mandarines. Se sabe que los recursos minerales y de otro tipo de China son enormes, y a las puertas mismas del país cuentan con millones de acres de tierra admirablemente adaptada para el cultivo de algodón, el cual, aunque de fibra corta, es adecuado para mezclar con otras calidades. En el río Shanghái, en diciembre de 1893, hubo en un momento dado nada menos que cinco vapores transoceánicos cargando algodón cultivado en China para transportarlo a Japón, donde las fábricas japonesas y la mano de obra japonesa lo convertirían en hilo y tela. Los japoneses ahora importan algodón directamente de Estados Unidos y otros lugares para sus fábricas. Tras este terrible despertar, si China, con sus trescientos millones de habitantes intensamente laboriosos, abriera sus vastas provincias del interior mediante la introducción de ferrocarriles, sus vías navegables interiores al tráfico de vapor y sus recursos ilimitados al desarrollo, sería imposible estimar las consecuencias. Significaría el descubrimiento de prácticamente un nuevo hemisferio, densamente poblado por razas laboriosas y abundante en recursos agrícolas, minerales y de otro tipo; pero, lejos de que la apertura de China —que podemos esperar razonablemente que sea uno de los resultados de la guerra actual— resulte un beneficio para los fabricantes ingleses, a menos que se realice algún cambio, y pronto, en nuestro patrón monetario, el Imperio Celestial, que ha sido escenario de tantas de nuestras victorias industriales, solo será el campo de nuestra mayor derrota».---

La visión del Sr. Whitehead es puramente capitalista cuando habla de «derrota»; en realidad, la «derrota» recaerá aún más duramente sobre la mano de obra inglesa. Continuando, se refiere a Japón de la siguiente manera:

«Los alrededores de Osaka y Kioto ofrecen ahora un espectáculo sorprendente de actividad industrial. En un período muy breve de tiempo han surgido allí nada menos que cincuenta y nueve fábricas de hilado y tejido de algodón, con la ayuda de más de veinte millones de dólares, capital totalmente nacional. Actualmente cuentan con 770 874 husos, y en mayo pasado las autoridades competentes estimaron la producción anual de estas fábricas en más de 500 000 fardos de hilo, con un valor aproximado de cuarenta millones de dólares, o, al tipo de cambio actual, digamos, cuatro millones de libras esterlinas. En resumen, las industrias japonesas, no solo las de hilado y tejido, sino de todo tipo, han crecido a pasos agigantados. Ya han llevado su éxito a un punto en el que pueden, en gran medida, ignorar la competencia industrial británica».

El Sr. Whitehead continúa demostrando que los capitalistas de Europa y Estados Unidos, al haber desmonetizado la plata, casi han duplicado el valor del oro, y que esto casi duplica la ventaja de China y Japón. Dice:

«Permítanme explicar que la plata seguirá empleando la misma cantidad de mano de obra oriental que hace veinte o treinta años. La insuficiencia de nuestro patrón monetario permite, por lo tanto, que los países orientales empleen ahora al menos un cien por ciento más de mano de obra por una cantidad determinada de oro de lo que podían hacerlo hace veinticinco años. Para dejar bien clara esta importante afirmación, permítanme dar el siguiente ejemplo: en 1870, diez rupias equivalían a un soberano bajo el patrón mixto de oro y plata, y pagaban a veinte hombres por un día de trabajo. Hoy en día, veinte rupias equivalen aproximadamente a un soberano, de modo que con veinte rupias se puede contratar a cuarenta hombres por un día, en lugar de a veinte como en 1870. Ante tal desventaja, la mano de obra británica no puede competir de ninguna manera.

«En los países orientales, la plata seguirá pagando la misma cantidad de trabajo que antes. Sin embargo, al medirse ahora en oro, la plata vale menos de la mitad del oro al que antes equivalía. Por ejemplo, una cierta cantidad de trabajo podría

habría sido contratada en Inglaterra hace veinte años por, digamos, ocho chelines. Ocho chelines en Inglaterra ahora no pagan más trabajo que antes, ya que los salarios son más o menos los mismos, y siguen teniendo, según nuestra ley, exactamente el mismo valor monetario que antes, aunque su valor metálico, debido a la apreciación del oro, se haya reducido a menos de seis peniques cada uno. Los dos dólares, exactamente iguales a los antiguos, pueden emplear la misma cantidad de trabajo que antes, pero no más; sin embargo, al precio actual del oro solo equivalen a cuatro chelines. Por lo tanto, ahora es posible emplear en Asia, por cuatro chelines de nuestra moneda —o su equivalente en plata—, la misma cantidad de trabajo que se hubiera podido emplear hace veinte años por ocho chelines, o su equivalente de entonces en plata. Habiendo disminuido así el valor de la mano de obra oriental en más del cincuenta y cinco por ciento en moneda de oro en comparación con lo que era anteriormente, esta podrá producir manufacturas y productos básicos a un precio tanto más bajo que la mano de obra en los países con patrón oro. Por lo tanto, a menos que se modifique nuestra ley monetaria, o *a menos que la mano de obra británica esté dispuesta a aceptar una gran reducción de salarios, las industrias británicas deberán inevitablemente abandonar las costas británicas, ya que sus productos serán desplazados por el establecimiento de industrias en los países con patrón plata».*

El Sr. Whitehead podría haber agregado con toda razón que los países con patrón de plata pronto no solo estarán preparados para satisfacer sus propias necesidades, sino también para invadir los países con patrón de oro. Por ejemplo, Japón podría vender mercancías en Inglaterra a precios un tercio más bajos que los vigentes en Japón; y, al cambiar el oro recibido por plata, podría llevarse a Japón grandes ganancias. Así, los mecánicos estadounidenses y europeos no solo se verán obligados a competir con la mano de obra y la destreza asiáticas, baratas y pacientes, sino que, además, estarán en desventaja en la competencia debido a la diferencia entre los patrones de oro y de plata en el intercambio financiero.

Al comentar la conferencia del Sr. Whitehead, el *Daily Chronicle* (Londres) llama la atención sobre el hecho de que la India *ya* ha suplantado en gran medida gran parte del comercio inglés de productos de algodón. Dijo:

«La conferencia del honorable T. H. Whitehead de anoche en el Instituto Colonial llamó la atención sobre algunas cifras sorprendentes relacionadas con nuestro comercio con Oriente. El hecho de que, durante los últimos cuatro años, nuestras exportaciones hayan registrado una disminución de 54 000 000 de libras esterlinas no tiene, lamentablemente, nada de discutible. Los informes de las sesenta y siete empresas hilanderas de Lancashire correspondientes a 1894 muestran un *saldo negativo* total de 411 000 libras esterlinas. En contraste, el aumento en la exportación de hilos y telas de la India a Japón ha sido sencillamente colosal, y las fábricas de algodón de Hiogo, en Japón, registraron en 1891 una ganancia promedio del diecisiete por ciento. Sir Thomas Sutherland ha señalado que, en poco tiempo, la Compañía Peninsular y Oriental podría estar construyendo sus barcos en el Yangtsé, y el Sr. Whitehead cree que *los países orientales pronto competirán en los mercados europeos*. Por mucho que podamos discrepar sobre las soluciones propuestas, declaraciones como estas, provenientes de la boca de expertos, dan materia para una seria reflexión».----

Un periódico alemán, *el *Tageblatt** (Berlín), analizó minuciosamente el tema de la contundente victoria de Japón sobre China y se sorprendió por la información que encontró. Calificó al conde Ito, primer ministro japonés, como otro Bismarck; y a los japoneses en general, como un pueblo bastante civilizado. Concluyó con un comentario muy significativo respecto a la *guerra industrial* que estamos analizando, diciendo:

«El conde Ito muestra gran interés en el desarrollo industrial de su patria. Cree que la mayoría de los extranjeros subestiman las posibilidades de Japón en la lucha internacional por la supremacía industrial. Considera que las mujeres japonesas son iguales a los hombres en todos los ámbitos laborales y que duplican la capacidad de trabajo de la nación».

El editor de **L'Economiste Français** (París), al comentar

sobre Japón y sus asuntos, dice, de manera significativa:

«El mundo ha entrado en una nueva etapa. Los europeos deben tomar en cuenta los nuevos factores de la civilización. Las potencias deben dejar de pelearse entre sí y deben mostrar un frente unido, y deben recordar que, de ahora en adelante, los cientos de millones de personas del Lejano Oriente —trabajadores sobrios, laboriosos y ágiles— serán nuestros rivales».

El Sr. George Jamison, cónsul general británico en Shanghái, China, escribió sobre el tema de la competencia oriental, señalando que la desmonetización y, por lo tanto, la depreciación de la plata —lo que deja al oro como la moneda de referencia en los países civilizados— es otro factor que deprime el trabajo y beneficia al capital. Dijo:

«El continuo aumento del valor del oro, en comparación con el de la plata, lo ha cambiado todo. Los productos británicos se volvieron tan caros en su valor en plata que Oriente se vio obligado a fabricar los suyos propios, y la caída del valor del metal blanco le ha ayudado tanto en su labor que no solo puede producir lo suficiente para sí mismo, sino que es capaz de exportarlos con ganancias. El aumento del valor del oro ha duplicado el precio en plata de los productos británicos en Oriente y ha hecho que su uso sea casi prohibitivo, mientras que la caída del valor de la plata ha reducido en más de la mitad el precio en oro de los productos orientales en los países que utilizan el oro, y está aumentando continuamente la demanda de estos. Las condiciones son tan desiguales que parece imposible continuar la lucha por mucho tiempo. Es como ponerle una desventaja al campeón dándole a su oponente la mitad de la distancia de la carrera.

«La imposibilidad de que los europeos compitan con los orientales en campo abierto ha quedado demostrada en América. Allí, los chinos, gracias a sus bajos salarios, monopolizaron tanto la mano de obra que tuvieron que ser excluidos del país; de lo contrario, los trabajadores europeos se habrían muerto de hambre o habrían sido expulsados. Pero los países europeos no se ven amenazados por el trabajador en sí, como lo estaban los estadounidenses (él conocía el precio de la mano de obra europea y podía aprender y comprender cuánto debía ganar él mismo), sino por los productos de esa mano de obra realizada con salarios orientales.

Además, sería bastante fácil negarse a emplear a un oriental para que haga tu trabajo, mientras que es difícil negarse a comprar los bienes que él fabrica, especialmente a medida que mejoran en calidad y se vuelven más baratos. La tentación de comprarlos se vuelve aún mayor a medida que disminuye el dinero que gana el trabajador británico. Este se vuelve más propenso a hacerlo y deja de comprar los productos que él mismo fabrica para optar por otros más caros. A los países proteccionistas les va mejor. Pueden imponer aranceles más altos a los productos orientales y así evitar que inunden sus mercados. Pero Inglaterra, con su libre comercio, no tiene defensa, y el peso de la carga recaerá sobre sus trabajadores. El problema se agrava. Cada penique de aumento en el precio del oro en comparación con el de la plata encarece los productos ingleses un uno por ciento en Oriente, mientras que cada penique de disminución en el precio de la plata abarata los productos orientales un uno por ciento en los países que utilizan el oro. Estas nuevas industrias están creciendo muy rápidamente en Japón, y lo que se está haciendo allí puede hacerse y se hará en China, la India y otros lugares. Una vez bien establecidas, Oriente se aferrará a ellas a pesar de toda oposición, y a menos que se encuentre algún remedio rápido para modificar el sistema monetario mundial, sus productos se difundirán por todo el mundo, lo que significará la ruina de las industrias británicas y un desastre incalculable para miles y miles de trabajadores».

El Sr. Lafcadio Hearn, quien durante varios años fue profesor en Japón, en un artículo publicado en la *revista *Atlantic Monthly** (octubre de 1895), señaló como una de las razones por las que la competencia japonesa es tan feroz el hecho de que los pobres puedan vivir, moverse y desarrollarse cómodamente, de acuerdo con sus ideas de comodidad, casi sin ningún gasto. Explica que una ciudad japonesa está compuesta por casas de barro, bambú y papel, que se construyen en cinco días y están destinadas a durar, con reparaciones interminables, solo mientras su dueño no desee cambiar de morada. De hecho, no hay grandes edificios en Japón, salvo unas pocas fortalezas colosales erigidas por los nobles mientras prevalecía el feudalismo. Las fábricas modernas de Japón, por muy extensa que sea su actividad o por muy hermosos y costosos que sean sus productos, no son más que chozas alargadas, y hasta los templos deben, por costumbre inmemorial, construirse en pequeñas

pieza cada veinte años y distribuidas entre los peregrinos. Un obrero japonés nunca echa raíces ni desea hacerlo. Si tiene alguna razón para cambiar de provincia, lo hace de inmediato: desmantela su casa —esa choza de papel y barro tan pintoresca y limpia—, carga sus pertenencias al hombro, le dice a su esposa y a su familia que lo sigan, y se pone en marcha con paso ligero y el corazón aún más ligero hacia su lejano destino, tal vez a quinientas millas de distancia, adonde llega tras un gasto de, tal vez, como máximo, 5 chelines ($1.22), se construye de inmediato una casa que le cuesta unos cuantos chelines más, y vuelve a ser al instante un ciudadano respetable y responsable. Dice el Sr. Hearn:

«Todo Japón está siempre en movimiento de esta manera, y el cambio es el genio de la civilización japonesa. En la gran competencia industrial del mundo, la fluidez es el secreto de la fortaleza japonesa. El trabajador cambia de residencia sin remordimientos al lugar donde más lo necesitan. La fábrica puede trasladarse con una semana de antelación, el artesano con medio día. No hay obstáculos para el transporte, prácticamente no hay que construir nada, no hay gastos, salvo en monedas de cobre, que dificulten el viaje.

"El hombre común japonés —el trabajador calificado capaz de ofrecer precios más bajos sin esfuerzo que cualquier artesano occidental en la misma rama de la industria— sigue felizmente independiente tanto del zapatero como del sastre. Sus pies son bonitos, su cuerpo está sano y su corazón es libre. Si desea viajar mil millas, puede prepararse para su viaje en cinco minutos. Todo su equipo no tiene por qué costar setenta y cinco centavos; y todo su equipaje cabe en un pañuelo. Con diez dólares puede viajar un año sin trabajar, o puede viajar simplemente gracias a su capacidad para trabajar, o puede viajar como peregrino. Quizás respondas que cualquier salvaje puede hacer lo mismo. Sí, pero cualquier hombre civilizado no puede; y el japonés ha sido un hombre altamente civilizado durante al menos mil años. De ahí su capacidad actual para amenazar a los fabricantes occidentales».

Al comentar lo anterior, el London *Spectator* dice:

«Es un análisis muy digno de mención, y reconocemos con franqueza, como siempre lo hemos hecho, que la competencia japonesa es algo muy formidable, que algún día

podría afectar profundamente todas las condiciones de la civilización industrial europea».

El carácter de la competencia que cabe esperar de este sector se puede apreciar en el siguiente extracto, tomado del *Literary Digest* sobre

«LA SITUACIÓN LABORAL EN JAPÓN».

«Japón ha logrado un progreso asombroso en el desarrollo de sus industrias. Esto se debe en gran medida a la inteligencia y la diligencia de sus trabajadores, quienes a menudo trabajan catorce horas al día sin quejarse. Desafortunadamente, sus empleadores abusan en gran medida de su complacencia, ya que su único objetivo parece ser vencer a la competencia extranjera. Este es especialmente el caso en la industria algodonera, que emplea a un gran número de trabajadores. Un artículo publicado en el *Echo*, de Berlín, describe la forma en que se administran las fábricas japonesas de la siguiente manera:

«La hora habitual de inicio del trabajo es a las 6 de la mañana, pero los obreros están dispuestos a presentarse a cualquier hora y no se quejan si se les ordena acudir a las 4 de la mañana. Los salarios son sorprendentemente bajos; incluso en los centros industriales más grandes, los tejedores y hilanderos ganan en promedio solo quince centavos al día; las mujeres reciben solo seis centavos. Las primeras fábricas fueron construidas por el gobierno, que posteriormente las cedió a sociedades anónimas. La industria más próspera es la fabricación de productos de algodón. Una sola fábrica, la de Kanegafuchi, emplea a 2,100 hombres y 3,700 mujeres. Se dividen en turnos de día y de noche e interrumpen sus doce horas de trabajo solo una vez durante cuarenta minutos, para comer. Cerca de la fábrica hay alojamientos, donde los trabajadores también pueden obtener una comida por menos de un centavo y medio. Las hilanderías de Osaka son similares. Todas estas fábricas cuentan con excelentes máquinas inglesas, el trabajo se mantiene día y noche, y se obtienen grandes dividendos. Muchas de las fábricas están abriendo sucursales o ampliando sus instalaciones originales, ya que la producción aún no alcanza el nivel del consumo.

«Las estadísticas demuestran que los fabricantes han aprendido rápidamente a emplear a las mujeres como mano de obra barata para competir con los trabajadores varones: treinta y cinco hilanderías dan trabajo a 16 879 mujeres y solo a 5 730 hombres. Los empleadores forman un poderoso sindicato y a menudo abusan de la indulgencia de las autoridades, que no desean perjudicar a las industrias. Niñas de ocho y nueve años se ven obligadas a trabajar de nueve a doce horas. La ley exige que estos niños estén en la escuela, y los maestros se quejan; pero los funcionarios hacen la vista gorda ante estos abusos. La gran obediencia y humildad de los trabajadores han dado lugar a otra práctica, que los coloca completamente a merced de sus empleadores. Ninguna fábrica contratará a un trabajador de otro establecimiento a menos que presente un permiso por escrito de su anterior empleador. Esta regla se aplica con tanta rigidez que se vigila de cerca a los nuevos empleados, y si se comprueba que ya conocen algo del oficio, pero no tienen permiso, son despedidos de inmediato».

La revista *British Trade Journal* también publicó un relato sobre las industrias de Osaka, basado en una carta de un corresponsal del *Observer* de Adelaida (Australia). Este corresponsal, que escribe directamente desde Osaka, está tan impresionado por la variedad y la vitalidad de las industrias de la ciudad que la llama «el Manchester del Lejano Oriente»:

«Se puede tener una idea de la magnitud de la industria manufacturera de Osaka al saber que hay decenas de fábricas con un capital de más de 50 000 yenes y menos, más de treinta con un capital de más de 100 000 yenes cada una, cuatro con más de 1 000 000 de yenes y una con 2 000 000 de yenes. Entre ellas se incluyen la seda, la lana, el algodón, el cáñamo, el yute, la hilatura y el tejido, las alfombras, los fósforos, el papel, el cuero, el vidrio, los ladrillos, el cemento, la cubertería, los muebles, los paraguas, el té, el azúcar, el hierro, el cobre, el latón, el sake, el jabón, las brochas, los peines, los artículos de lujo, etc. De hecho, es un gran hervidero de actividad y iniciativa, en el que el genio imitativo y la pertinacia incansable de los japoneses se han propuesto igualar y, si es posible, superar a los trabajadores y artesanos de las antiguas naciones civilizadas de Occidente.

«Hay diez fábricas de algodón en funcionamiento en Osaka, cuyo capital combinado asciende a unos 9 000 000 de dólares en oro, todas equipadas con maquinaria de última generación y completamente iluminadas con electricidad. Todas están bajo administración japonesa y, según se dice, todas pagan generosos dividendos —algunas hasta un dieciocho por ciento sobre el capital invertido—. De los 19 000 000 de dólares en algodón importado a Japón en un año, las fábricas de Kobe y Osaka recibieron y procesaron alrededor del setenta y nueve por ciento».

Un «yen» de plata vale ahora unos 50 centavos en oro.

Nótese también el siguiente telegrama enviado a la prensa pública:

«SAN FRANCISCO, CAL., 6 de junio — El honorable Robert P. Porter, editor del Cleveland *World* y exsuperintendente del Censo de EE. UU. de 1890, regresó ayer de Japón a bordo del vapor Perú. La visita del Sr. Porter al imperio del Mikado tuvo como objetivo investigar las condiciones industriales de ese país en relación con el efecto de la competencia japonesa sobre la prosperidad estadounidense. Tras una investigación exhaustiva de la situación real en Japón, expresa su convicción de que este es uno de los problemas más trascendentales que Estados Unidos se verá obligado a resolver. El peligro es *inminente*, como lo demuestra el enorme aumento de la producción manufacturera japonesa en los últimos cinco años y sus extraordinarios recursos en forma de mano de obra barata y calificada. Solo las exportaciones japonesas de textiles han aumentado de 511 000 dólares a 23 000 000 de dólares en los últimos diez años; y sus exportaciones totales aumentaron de
78,000,000 a 300,000,000 de dólares en el mismo período, dijo el Sr.
Porter. El año pasado compraron 2,500,000 dólares de nuestro algodón en bruto, pero nosotros compramos a Japón diversos productos por un valor de 54,000,000 dólares.

«Para ilustrar el rápido crecimiento, mencionó las cerillas, de las cuales Japón fabricaba por un valor de 60 000 dólares hace diez años, principalmente para consumo interno, mientras que el año pasado la producción total ascendió a 4 700 000 dólares, y casi la totalidad se destinó a la India. Hace diez años, las exportaciones de esteras y alfombras ascendían a 885 dólares; el año pasado, estos artículos alcanzaron un valor de 7 000 000 de dólares. Esto es posible gracias a una combinación de maquinaria moderna

y la mano de obra más dócil del mundo. No cuentan con leyes laborales y pueden emplear a niños de cualquier edad. Niños de siete, ocho y nueve años trabajan todo el día a cambio de uno o dos centavos estadounidenses diarios.

«En vista de la creciente demanda de nuestro algodón y del aumento de sus exportaciones de productos manufacturados hacia nuestro país, se formó un consorcio japonés mientras yo estaba allí, con un capital social de 5,000,000 de dólares para construir y operar tres nuevas líneas de barcos de vapor entre Japón y este país, siendo los puertos estadounidenses designados Portland, Oregón, Filadelfia y Nueva York».

El reportero vio y entrevistó al Sr. S. Asam, de Tokio, Japón, representante del consorcio de barcos de vapor mencionado anteriormente, quien llegó en el mismo barco de vapor que el Sr. Porter para firmar contratos para la construcción de dichos barcos. Explicó que el gobierno japonés había ofrecido recientemente un importante subsidio para buques de más de 6,000 toneladas de carga, entre Estados Unidos y Japón, y que su consorcio se había formado para aprovechar dicho subsidio, por lo que construiría todos sus buques aún más grandes, con una capacidad de aproximadamente 9,000 toneladas. El consorcio se proponía llevar a cabo un negocio de gran volumen y, con este fin, reduciría considerablemente las tarifas de carga y de pasajeros. Se contempla una tarifa de pasajero de 9 dólares entre Japón y nuestra costa del Pacífico.

EL CONGRESO DE EE. UU. INVESTIGA LA COMPETENCIA JAPONESA

Lo siguiente, tomado de un informe de un comité del Congreso de EE. UU., debe considerarse indudablemente confiable y confirma plenamente lo anterior.

«WASHINGTON, 9 de junio de 1896 — El presidente Dingley, de la Comisión de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes, presentó hoy un informe sobre la amenaza que supone para los fabricantes estadounidenses la inminente invasión de productos baratos fabricados con mano de obra oriental y el efecto de la diferencia de cambio entre los países que utilizan el patrón oro y los que utilizan el patrón plata sobre los intereses manufactureros y agrícolas de Estados Unidos, cuestiones que han sido investigadas por la comisión.

"El informe señala que el repentino despertar de Japón va acompañado de una occidentalización igualmente rápida de sus métodos industriales; que, si bien los japoneses no poseen la capacidad inventiva de los estadounidenses, su capacidad de imitación es maravillosa. Su nivel de vida sería considerado prácticamente de inanición por los trabajadores de Estados Unidos, y su jornada laboral promedio es de 12 horas al día. Los trabajadores calificados, como herreros, carpinteros, albañiles, tipógrafos, sastres y yeseros, ganan en las ciudades japonesas solo entre 26 y 33 centavos, y los obreros de fábrica entre 5 y 20 centavos por día en nuestra moneda, y casi el doble de esas sumas en plata japonesa, mientras que los jornaleros agrícolas reciben 1,44 dólares al mes.

«El informe continúa: los europeos y los estadounidenses están reconociendo el lucrativo campo que ofrece para la inversión y las fábricas. Están en funcionamiento sesenta y una fábricas de algodón controladas ostensiblemente por empresas japonesas, pero impulsadas por europeos, y varias pequeñas fábricas de seda, con algo más de medio millón de husos. Japón está produciendo la mayor parte de los artículos de algodón necesarios para satisfacer las escasas necesidades de su propia población, y está comenzando a exportar telas de seda y pañuelos baratos.

«Recientemente, los estadounidenses establecieron una fábrica de relojes con maquinaria estadounidense, aunque las acciones están a nombre de japoneses, ya que a los extranjeros no se les permitirá llevar a cabo actividades manufactureras a su propio nombre hasta 1899. Los avances logrados indican que la empresa será un éxito.

«Es probable que la rápida introducción de maquinaria en Japón haga que, en unos pocos años, los algodones finos, las sedas y otros artículos —en cuya producción el costo de la mano de obra es un elemento importante— se conviertan en un competidor más serio en nuestros mercados que lo que han sido los productos de Gran Bretaña, Francia y Alemania.

«Según el Sr. Dingley, la competencia diferirá, no en su naturaleza, sino en su grado, de la competencia europea. El comité no conoce ningún remedio, aparte de la prohibición absoluta impuesta a los productos fabricados con mano de obra de convictos, excepto la imposición de aranceles a los productos competidores equivalentes a la diferencia de costo y

distribución. Se presenta un argumento a favor de esta política; se dice que cumple un doble propósito: la recaudación de ingresos para sostener al gobierno y el establecimiento de la competencia en nuestros mercados sobre la base de nuestros salarios más altos. Se dice que esto no es en beneficio del fabricante de este país, pues este solo tiene que ir a Inglaterra o a Japón para situarse en las mismas condiciones en que se encuentra aquí, gracias a los aranceles sobre las importaciones competidoras equivalentes a la diferencia de salarios entre aquí y allá, sino para asegurar a toda la población los beneficios que provienen de la producción nacional en lugar de la extranjera».

El gobierno japonés no brinda protección alguna a las patentes extranjeras. La maquinaria para ahorrar trabajo más valiosa del mundo civilizado es adquirida y replicada a bajo costo por sus artesanos de bajo costo quienes, aunque no sean «originales», son, al igual que los chinos, maravillosos imitadores. De este modo, su maquinaria costará menos de la mitad de lo que cuesta en otros lugares; y Japón pronto estará listo para venderle a la cristiandad ya sea su propia maquinaria patentada o sus productos manufacturados.

Bajo el título «La competencia japonesa», el *San Francisco Chronicle* escribió:

«Otra señal que indica en qué dirección sopla el viento de la competencia japonesa es el traslado de una gran fábrica de esteras de paja de Milford, Connecticut, a Kobe, uno de los centros industriales de Japón. Aquellos que fingen menospreciar el tema de la competencia japonesa y hablan con ligereza de la superioridad del intelecto occidental, pasan por alto por completo el hecho de que la movilidad del capital es tal que puede trasladarse fácilmente a países donde se puede obtener mano de obra barata, de modo que lo único necesario es que los intelectos superiores de Estados Unidos y Europa inventen máquinas, y los dueños del capital puedan comprarlas y trasladarlas a países donde puedan operarse de la manera más económica».

El honorable Robert P. Porter, mencionado anteriormente, publicó hace algún tiempo un artículo en la *revista North American Review* en el que señala que, a pesar de los aranceles de Estados Unidos contra los productos fabricados en el extranjero, los japoneses están ganando terreno rápidamente

en la industria manufacturera estadounidense. Pueden hacerlo debido a
(1) gracias a su mano de obra barata y paciente, y (2) debido a la *ventaja del cien por ciento* que les brinda su patrón de plata frente al patrón de oro de los países civilizados, lo cual compensa con creces cualquier protección arancelaria que se considerara viable.

A continuación presentamos algunos extractos del artículo en cuestión: «Los japoneses, hablando en sentido figurado, han entrado de lleno en el mercado estadounidense y han desafiado a nuestra mano de obra y nuestro capital con productos que, por su excelencia y bajo precio, parecen por el momento desafiar a la competencia, incluso con los últimos de ahorro de mano de obra disponibles».

Tras presentar una tabla estadística de diversos artículos japoneses importados a Estados Unidos, afirma:

«En los últimos meses he visitado las regiones de Japón e inspeccionado las industrias que figuran en la tabla anterior. El aumento de las exportaciones de textiles, que se multiplicó por más de cuarenta en diez años, se debe al hecho de que Japón es una nación de tejedores».---

Al parecer, los japoneses están enviando grandes cantidades de sedas baratas y todo tipo de productos económicos a Estados Unidos, pero lo que han hecho no es nada comparado con lo que están a punto de hacer:

«Los japoneses están haciendo todos los preparativos, mediante la formación de gremios y asociaciones, para mejorar la calidad y aumentar la uniformidad de sus productos».

Por cierto, el Sr. Porter dio a entender que las fábricas de algodón de Lancashire, Inglaterra, que no cuentan con protección, están condenadas. En Japón, dice:

«En 1889, la industria algodonera daba empleo a solo 5 394 mujeres y 2 539 hombres. En 1895, más de 30 000 mujeres y 10 000 hombres trabajaban en fábricas que, en cuanto a equipamiento y producción, están a la par con las de cualquier otro país. El futuro de la industria algodonera, al menos en lo que respecta al abastecimiento del mercado asiático, está destinado a estar en China y Japón. Inglaterra está condenada en lo que a este comercio se refiere, y nada puede salvarla, ni siquiera el bimetalismo, como

algunos imaginan. Las fábricas de algodón están surgiendo rápidamente, tanto en Osaka como en Shanghái, y solo la experiencia real a lo largo de varios años demostrará cuál de estos lugares es el mejor. Mi propia opinión, tras un examen minucioso de cada elemento del costo de producción, es que es Japón.

«Si Japón se dedicara a la fabricación de telas de lana y de estambre tal como lo ha hecho con el algodón, sus tejedores podrían dar algunas sorpresas a Europa y América y dejar boquiabiertos a quienes afirman que la competencia japonesa no representa nada. Un suministro constante de lana barata procedente de Australia lo hace posible, mientras que las muestras de telas de lana y de estambre, así como de telas para vestidos, que examiné durante mi estancia allí indican que, en esta rama de los textiles, los japoneses se desenvuelven con la misma soltura que en la seda y el algodón. También están haciendo un buen trabajo con los linos finos, aunque hasta ahora las cantidades producidas son pequeñas.

"La repentina llegada de los paraguas japoneses —alrededor de 2 000 000 exportados al año— ha causado inquietud entre los fabricantes de paraguas de Estados Unidos".

Los propios japoneses no dudan en jactarse de su inminente triunfo en la «guerra industrial». El Sr. Porter dijo:

"Cuando estuve en Japón, tuve el placer de conocer, entre otros estadistas y funcionarios, al Sr. Kaneko, viceministro de Agricultura y Comercio. Me pareció un hombre inteligente y con visión de futuro, y con amplia experiencia en asuntos económicos y estadísticos. Educado en una de las grandes universidades europeas, está al tanto del espíritu de la época en todo lo que se refiere a Japón y a su futuro industrial y comercial".

Posteriormente, el Sr. Kaneko pronunció un discurso ante una Cámara de Comercio, en el que dijo:

«Se sabe que los hilanderos de algodón de Manchester [Inglaterra] han dicho que, mientras que los anglosajones tuvieron que pasar por tres generaciones antes de convertirse en manos hábiles y expertas para hilar algodón, los japoneses han adquirido la destreza necesaria en esta industria en un plazo de diez años, y ahora han avanzado hasta un nivel en el que superan a los de Manchester en destreza».

Citando un despacho procedente de San Francisco:

«El Sr. Oshima, director técnico de la futura planta siderúrgica en Japón, y cuatro ingenieros japoneses, llegaron a bordo del vapor Río de Janeiro procedente de Yokohama. Se encuentran en un viaje de inspección por las grandes plantas siderúrgicas de América y Europa, y tienen el encargo de adquirir una planta con un costo de 2 000 000 de dólares. Afirman que comprarán precisamente donde puedan conseguir lo mejor y lo más barato. La planta tendrá una capacidad de 100 000 toneladas. Se construirá en los yacimientos de carbón del sur de Japón, y se fabricará tanto acero Martin como Bessemer.

«El Sr. Oshima dijo: "Queremos colocar a nuestra nación donde le corresponde, a la vanguardia, como una nación industrial. Necesitaremos una gran cantidad de acero y no queremos depender de ningún otro país para obtenerlo"».----

Siguiendo de cerca a Japón viene la India, con su población de 250 000 000 de habitantes y sus industrias en rápido crecimiento; y a continuación viene la nueva República de China, con sus 400 000 000 de habitantes, que, tras su reciente rebelión, ha tomado conciencia de la civilización occidental, lo que permitió a Japón, con solo 40 000 000 de habitantes, conquistarla. El difunto primer ministro de China, Li Hung Chang, hace algunos años realizó una gira mundial para negociar la contratación de instructores estadounidenses y europeos para su pueblo, y expresó abiertamente su intención de poner en marcha reformas en todos los ámbitos. Este es el hombre que tanto impresionó al general U. S. Grant durante su gira mundial, y a quien este declaró, a su juicio, uno de los estadistas más capaces del mundo.

La importancia de este acercamiento entre los confines de la tierra radica en que los fabricantes británicos, estadounidenses, alemanes y franceses tendrán en breve como competidores a personas que, hasta hace poco, eran excelentes clientes; competidores cuyas instalaciones superiores pronto no solo los expulsarán de los mercados extranjeros, sino que invadirán sus propios mercados nacionales; competidores que, de este modo, quitarán el trabajo de las manos de sus obreros, los privarán de lujos e incluso les quitarán el pan de la boca debido a la competencia salarial. No es de extrañar, en vista de esto, que el emperador alemán se imaginara a las naciones de

Europa aterrorizadas por un espectro que se alzaba en Oriente y amenazaba con la destrucción de la civilización.

Pero no se le puede detener. Es parte de lo inevitable, pues opera bajo la ley de la oferta y la demanda, que dice: «Compra lo mejor que puedas obtener al precio más bajo posible —tanto mano de obra como mercancías—». Lo único que puede y va a acortar y detener la presión que ya ha comenzado —y que se volverá más severa mientras persista la ley del egoísmo— es el remedio que Dios ha provisto: el Reino de Dios, con su nueva ley y la reorganización completa de la sociedad sobre la base del amor y la equidad.

Si los pueblos de Europa y América han tenido al mundo entero como clientes, no solo para telas sino también para maquinaria, y sin embargo han llegado a un punto en el que la oferta es mayor que la demanda, y donde millones de su población buscan empleo en vano, incluso a salarios bajos, ¿cuáles son sus perspectivas para el futuro cercano cuando habrá más del doble del número actual de competidores? El crecimiento *natural* también agravará el dilema. Tampoco sería este panorama tan desfavorable, tan desesperadamente sombrío, de no ser por el hecho de que estos casi setecientos millones de nuevos competidores son las personas más dóciles, pacientes y ahorrativas que se pueden encontrar en el mundo. Si los trabajadores europeos y estadounidenses pueden ser controlados por el capital, mucho más aún estos que nunca han conocido otra cosa que la obediencia a los maestros.

EL PANORAMA LABORAL EN INGLATERRA

El Sr. Justin McCarthy, reconocido escritor inglés, declaró una vez en un artículo publicado en *Cosmopolis*:

«Los males del pauperismo y la falta de empleo deberían infundir más terror en el corazón de Inglaterra que cualquier alarma por una invasión extranjera. Pero la clase política inglesa nunca se ha tomado en serio ese problema, ni siquiera se ha preocupado por él durante mucho tiempo. Incluso el único problema causado por las disputas entre empleadores y trabajadores —la huelga, por un lado, y el cierre patronal, por el otro— se ha permitido que continúe sin ningún intento real de remediarlo mediante la legislación. La razón es que se permite que cualquier tema

que acapare nuestra atención en lugar de la situación de nuestro propio pueblo».

Se dice que Keir Hardie (diputado y líder laborista), en una entrevista hace algunos años, dijo:

«El sindicalismo está en mal estado en Inglaterra. A veces temo que esté prácticamente muerto. Nosotros, los trabajadores, estamos aprendiendo que el capital puede usar su dinero para organizarse y, al hacerlo, vencernos. Los fabricantes han aprendido una forma de vencer a los trabajadores y estos se encuentran indefensos. Hace mucho tiempo que los sindicatos no ganan una huelga importante en Londres. Muchos de los sindicatos que alguna vez fueron grandes están impotentes. Esto es especialmente cierto en el caso de los estibadores. ¿Recuerdas la gran huelga de los estibadores? Bueno, acabó con el sindicato que la organizó y no ayudó en absoluto a los trabajadores. La situación sindical en Londres es preocupante».

«El Partido Laborista Independiente es socialista. No nos conformaremos con nada que no sea el socialismo: el socialismo municipal, el socialismo nacional, el socialismo industrial. Sabemos lo que queremos, y todos lo queremos. No queremos luchar por ello, pero si no podemos conseguirlo de otra manera, lucharemos por ello, y cuando luchemos, lo haremos con determinación. El objetivo declarado del Partido Laborista Independiente es lograr una comunidad industrial, basada en la socialización de la tierra y el capital industrial. Creemos que las divisiones políticas naturales deben seguir líneas económicas.

«De los males del sistema actual, diría que la mayor opresión que sufren los trabajadores británicos es la irregularidad y la incertidumbre del empleo. Quizás sepan que me he especializado en este tema, y saben que hablo con base en hechos cuando digo que en las islas británicas hay más de 1 000 000 de trabajadores adultos sanos, que no son ni borrachos, ni holgazanes, ni tienen una inteligencia inferior al promedio, pero que siguen sin empleo sin tener culpa alguna y son totalmente incapaces de conseguir trabajo. Los salarios parecen ser más altos que hace medio siglo, pero cuando se toma en cuenta la pérdida de tiempo por falta de empleo

se constata que la situación del trabajador realmente ha empeorado. Un salario pequeño pero constante proporciona mayor comodidad que una suma mayor ganada de manera irregular. Si se garantizara a cada trabajador el derecho a ganar un salario digno, la mayoría de los problemas que nos afligen se resolverían de manera natural. La situación es sin duda lamentable. Durante la reciente ola de frío extremo, se abrieron obras de ayuda en las que los hombres podían trabajar cuatro horas barriendo las calles, a 6 peniques la hora. Miles de personas se reunieron frente a las puertas del patio ya a las 4 de la mañana para estar al frente de la fila. Allí permanecieron, temblando de frío, medio muertos de hambre y llenos de desesperación, hasta las 8 de la mañana, cuando se abrieron los patios. La avalancha que siguió fue poco menos que un motín. Hubo hombres que, literalmente, murieron pisoteados en esa horrible refriega por la oportunidad de ganar 2 chelines (48 centavos). El lugar quedó destrozado. Hombres hambrientos, apiñados en una masa compacta y empujados por miles de personas que venían detrás, derribaron las paredes y las puertas en su ansiedad por encontrar empleo. Estos hombres no eran holgazanes.

«El salario promedio de la mano de obra no calificada en Londres, incluso cuando se ajusta al estándar sindical, es de solo 6 peniques por hora. En las provincias es menor. Un estudio minucioso ha demostrado que nada menos de 3 guineas a la semana permitirá a una familia promedio (dos adultos y tres niños) disfrutar de un nivel de comodidad básico, sin hablar de lujos. Muy pocos trabajadores en Inglaterra reciben esta suma o algo parecido. Es afortunado aquel obrero calificado que gana 2 guineas a la semana durante todo el año, y tiene suerte aquel jornalero que logra ganar 24 chelines ($5.84) en el transcurso de cada siete días, de los cuales un tercio debe destinarse al alquiler. Así, incluso en las clases de trabajadores mejor pagadas, la familia solo puede mantenerse en el umbral de la pobreza. Un período muy breve de inactividad forzada es invariablemente suficiente para arrastrarlos por debajo de ese umbral. De ahí nuestro gran número de indigentes.

«Londres cuenta actualmente con más de 4 300 000 habitantes. Sesenta mil familias (300 000 personas) tienen un ingreso semanal promedio por familia de menos de 18 chelines a la semana y viven en un estado de necesidad crónica. Una de cada ocho personas de la población total de

Londres muere en el asilo o en la enfermería del asilo. Uno de cada dieciséis de la población actual de Londres es, en este momento, un indigente reconocido. Todos los días, 43 000 niños asisten a las escuelas públicas sin haber desayunado. Treinta mil personas no tienen otro hogar que las casas de huéspedes de 4 peniques o el albergue para personas sin hogar."

Las estadísticas anteriores muestran que unos pocos años serían tiempo más que suficiente para que se desarrolle esta competencia. Así, el Todopoderoso está llevando a las masas de todas las naciones, gradualmente, a darse cuenta de que, tarde o temprano, los intereses de uno deben ser los intereses del otro; que cada uno debe ser el guardián de su hermano si quiere preservar su propio bienestar.

Tampoco es sensato ni justo denunciar al Capital por hacer exactamente lo mismo que hace y siempre ha hecho el Trabajo: buscar su propio beneficio. De hecho, todos podemos ver que algunos de los pobres son, en el fondo, tan egoístas como algunos de los ricos; incluso podemos imaginar que si a *algunos* de los que ahora son pobres se les dieran las posiciones de los ricos, serían más exigentes y menos generosos que sus actuales maestros. No odiemos ni denunciemos, por lo tanto, a los ricos, sino que odiemos y denunciemos el egoísmo general y particular que es responsable de las condiciones y los males actuales. Y, aborreciendo profundamente el egoísmo, que cada uno se proponga que, por la gracia del Señor, mortifique (acabe con) su propio egoísmo inherente, día a día, y cultive cada vez más la cualidad opuesta del amor, para así conformarse a la imagen del amado Hijo de Dios, nuestro redentor y Señor.

LAS PALABRAS PROFÉTICAS DEL HONORABLE JOSEPH CHAMBERLAIN A LOS TRABAJADORES BRITÁNICOS

Tomen nota de las opiniones de Joseph Chamberlain, quien fue secretario colonial de Gran Bretaña y uno de los estadistas más astutos de nuestra época. Al recibir a una delegación de zapateros desempleados que acudieron para abogar por talleres municipales, les dejó claro que lo que pedían no les ayudaría realmente, salvo de manera temporal; que tales talleres simplemente

excederían la demanda y dejarían sin trabajo a otros que ahora les iba bastante bien, y que la verdadera política consistiría en fomentar el comercio con el mundo exterior y, de ese modo, encontrar clientes para más botas, lo cual generaría rápidamente una demanda de sus servicios. Dijo:

"Lo que quieren hacer no es cambiar el taller en el que se fabrican las botas, sino aumentar la demanda de botas. Si logran generar una nueva demanda de botas, no solo quienes ahora están trabajando, sino también quienes están desempleados, podrán encontrar empleo. Ese debería ser nuestro gran objetivo. Además del punto específico que tengo ante mí, deben recordar que, en términos generales, la gran *solución a esta dificultad de falta de empleo es encontrar nuevos mercados*. La competencia extranjera nos está expulsando de los mercados antiguos (de los mercados neutrales que solía abastecer Gran Bretaña). Al mismo tiempo, los gobiernos extranjeros excluyen por completo nuestros productos de sus propios mercados, y *a menos que podamos ampliar los mercados* que están bajo nuestro control o encontrar otros nuevos, *este problema de la falta de empleo, que ya es muy grave, alcanzará una magnitud enorme, y veo motivos muy serios para preocuparnos por las complicaciones que podrían derivarse*. Les planteo el asunto en estos términos generales; pero les ruego que, cuando escuchen críticas sobre la conducta de este o aquel gobierno, de este o aquel comandante, en *lo que respecta a la expansión del Imperio Británico*, tengan presente que no se trata de una cuestión belicista, como a veces se les induce a *creer*; *no es una cuestión de agresión irrazonable*, sino que es realmente una cuestión de seguir haciendo lo que el pueblo inglés siempre ha hecho: ampliar sus mercados y sus relaciones con los lugares desolados de la tierra; y *a menos que eso se haga, y se haga de manera continua, estoy seguro de que, por graves que sean los males actuales, en un futuro no muy lejano tendremos que enfrentar consecuencias mucho más graves*».

LA AGRESIÓN NACIONAL EN RELACIÓN CON LOS INTERESES INDUSTRIALES

Aquí tenemos el secreto de la agresión y el imperio

expansión. No está motivada meramente por el deseo de dotar a otras naciones de gobernantes más sabios y mejores gobiernos, ni simplemente por el amor a las tierras y al poder: se lleva a cabo como parte de la guerra comercial, la «guerra industrial». Las naciones son conquistadas, no para saquearlas como en tiempos pasados, sino para servirlas —para asegurar su comercio—. En esta guerra, Gran Bretaña ha tenido el mayor éxito; y, en consecuencia, su riqueza es enorme y está invertida en todas partes. Al ser la primera nación en tener un exceso de oferta, fue la primera en buscar mercados extranjeros y, durante mucho tiempo, fue la fábrica de algodón y hierro del mundo fuera de Europa. El despertar industrial que siguió a la guerra civil de Estados Unidos en 1865 convirtió a este país, por un tiempo, en el centro de la atención y los negocios mundiales. El despertar industrial se extendió a todas las naciones civilizadas y dirigió su atención a la búsqueda de demanda externa. Esta es la *competencia* extranjera a la que se refiere el Sr. Chamberlain. Todos los estadistas ven lo que él señala; a saber, que los mercados del mundo se están saturando rápidamente y que la maquinaria y la civilización están acelerando vertiginosamente el momento en que *ya no* habrá *más mercados externos*. Y como él declaró sabiamente: *«Por graves que sean los males actuales, en un futuro no muy lejano tendremos que enfrentar consecuencias mucho más graves*».

En 1896, el Sr. Chamberlain, en su calidad de secretario colonial del Imperio Británico, recibió en Londres a delegados de las colonias británicas que habían recorrido miles de millas para consultar con él y entre ellos sobre la mejor manera de hacer frente a la competencia industrial. Desde que Gran Bretaña se dio cuenta de que sus talleres producían más mercancías de las que su población podía consumir, y de que debía buscar su mercado en el extranjero, ha sido el abogado del libre comercio y, por supuesto, ha mantenido a sus colonias lo más cerca posible de su política de libre comercio, sin recurrir a la fuerza. Esta conferencia tenía como objetivo llegar a un acuerdo mediante el cual Gran Bretaña y sus numerosas colonias pudieran erigir un muro arancelario proteccionista a su alrededor para excluir en cierta medida la competencia de Estados Unidos, Alemania, Francia y Japón.

Las conquistas de Francia, Italia y Gran Bretaña en África

significaba lo mismo: que sentían de lleno los efectos de la guerra comercial, veían cómo se intensificaba y, por necesidad, querían tener algunos mercados bajo su *control*. El siguiente comunicado de prensa sirve como prueba al respecto:

«WASHINGTON, 9 de junio de 1896—Tomando como punto de partida el anuncio oficial de la anexión por parte de Francia de Tombuctú, la principal ciudad de la región de Djallon —un distrito más extenso que el estado de Pensilvania e igual de fértil—, el cónsul de Estados Unidos Strickland, en Gorée-Dakar, ha presentado un informe sumamente interesante al Departamento de Estado sobre los peligros que amenazan el comercio de Estados Unidos con África, debido a la rápida expansión de las posesiones coloniales de las naciones europeas. Muestra cómo los franceses, mediante la imposición de un arancel discriminatorio del 7 por ciento contra los productos extranjeros, han monopolizado los mercados de las colonias francesas y, de este modo, han acabado con el lucrativo y creciente comercio del que ya disfrutaban los Estados Unidos en esa parte del mundo. Afirma que ya ha comenzado el proceso de fortificar, tal vez a todo el continente africano, en nuestra contra mediante aranceles proteccionistas; pues, si una nación puede hacerlo con eficacia incluso ahora, las demás tendrán que hacerlo con el tiempo para equilibrar la situación entre ellas».

En verdad, a los hombres se les desfallecen los corazones por el temor y por la expectativa de aquellas cosas que vendrán sobre la tierra [la sociedad]; y se están preparando, lo mejor que pueden, para lo que ven venir.

Pero que nadie suponga ni por un momento que la mencionada «expansión del Imperio Británico» y de los demás imperios de la tierra, así como la guerra general por el comercio, se inician o se sostienen *únicamente con el propósito* de proporcionar empleo a los obreros británicos, italianos y franceses. ¡De ninguna manera! El trabajador es simplemente un elemento secundario. Se trata principalmente de permitir que los capitalistas británicos encuentren nuevos campos en los que obtener ganancias y «amasar riquezas para los últimos días». Santiago 5:3

La guerra social e industrial en Alemania

El señor Liebknecht, líder del Partido Socialdemócrata en el Reichstag alemán, quien visitó Gran Bretaña en julio de 1896, concedió una entrevista para las columnas del *Daily Chronicle* de Londres, de la cual extraemos lo siguiente:

"'Nuestro Partido Socialdemócrata es el partido más fuerte del Parlamento alemán. En las últimas elecciones obtuvimos 1 880 000 votos. Esperamos una disolución del Parlamento por la cuestión del gasto en una gran flota, que el Reichstag no aprobará. En esas elecciones esperamos obtener otro millón de votos.'

"'¿Entonces el chovinismo no es muy fuerte en Alemania?'

" 'El chovinismo no existe en Alemania. De todos los pueblos de Europa, los alemanes son los que más hartos están del militarismo. Nosotros, los socialistas, estamos a la cabeza del movimiento en contra de él.'

" '¿Y cree usted que este movimiento contra el militarismo se está extendiendo por toda Europa?'

" 'Estoy seguro de ello. En los parlamentos de Francia, Alemania, Bélgica, Italia y Dinamarca, los diputados socialistas (y tenemos bastantes en cada uno) lo están combatiendo a muerte. Cuando se celebre el Congreso Internacional este año en Londres, todos los diputados socialistas presentes se reunirán con el fin de coordinar una acción conjunta. En cuanto a Alemania, su sistema militar la está arruinando por completo. Somos un país nuevo. Nuestras industrias son todas jóvenes y si tenemos que competir con Inglaterra…»

" '¿Entonces ustedes también se quejan de la competencia extranjera?' " 'Por supuesto que sí, solo que para nosotros es algo muy
real. Como te demostraré, no tenemos libertad de prensa
ni libertad de reunión pública. Ustedes, por el contrario, tienen ambas, y así es como explico el hecho de que el actual sistema económico esté más profunda y firmemente arraigado en Inglaterra que en cualquier otro lugar; y, sobre todo, tenemos que luchar contra la doctrina del derecho divino de los reyes, y

ustedes, los ingleses, descubrieron hace doscientos años que el derecho divino de los reyes y la libertad política del pueblo no podían coexistir».

“ ‘¿Entonces esperas grandes cambios en poco tiempo?’

“ ‘Sí. El sistema actual en Alemania está generando tal descontento que esos cambios son inevitables.’

“ ‘¿Y ahora me puede decir algo sobre la situación económica de Alemania? Allí tienen un problema agrario, como lo tenemos aquí.’

“ ‘En Alemania tenemos cinco millones de campesinos propietarios, y todos se están arruinando tan rápido como pueden. Cada uno de ellos —y uso la palabra a sabiendas— está hipotecado hasta el valor total de su propiedad y más allá. Nuestro campesinado vive de pan hecho con una mezcla de centeno y avena. De hecho, todo tipo de alimentos es más barato en Inglaterra que en Alemania.’

“‘¿Y sus industrias manufactureras?’

“ ‘Como país industrial, *apenas* estamos *comenzando*. Nuestro sistema industrial actual data solo de 1850, pero sus resultados ya están siendo mucho mayores que en su país. Nos estamos dividiendo rápidamente en dos clases: los proletarios y los capitalistas y terratenientes. Nuestras clases medias están siendo literalmente aniquiladas por las condiciones económicas imperantes. Están siendo empujadas hacia las clases trabajadoras, y a eso, más que a cualquier otra cosa, atribuyo el extraordinario éxito de nuestro partido.

“ ‘Deben recordar que no tenemos dos partidos claramente definidos, como los tienen en Inglaterra. Nosotros, los socialdemócratas, colaboramos con cualquier partido, si con ello podemos obtener algo para nosotros. Solo tenemos tres grandes partidos: los demás pueden ignorarse. Están nuestro partido, los conservadores y el Partido del Centro Católico. Nuestros conservadores son muy diferentes a los de ustedes. Quieren volver al feudalismo y a la reacción típica. Las condiciones económicas están dividiendo al Partido del Centro, y una parte se unirá a nosotros y el resto se irá con los conservadores. Y entonces veremos qué pasará».

"El señor Liebknecht expuso la historia del movimiento socialista. La rapidez del crecimiento de la socialdemocracia en Alemania se debió a la novedad del comercialismo industrial en ese país y a la feroz competencia a la que Alemania había tenido que enfrentarse para mantenerse al nivel de Inglaterra y Francia en la lucha por la supremacía comercial".

Se notará que las cuestiones reconocidas por este hombre capaz como aquellas que agobian al pueblo y están *causando la angustia y la división* de la población en dos clases —los pobres y los ricos— se exponen así claramente como: (1) la cuestión agraria o de la tierra, que afecta especialmente a los agricultores;
(2) la cuestión económica, o la cuestión monetaria, que incluye la relación entre el capital y el trabajo; (3) la cuestión industrial, o la cuestión de encontrar empleo rentable para los mecánicos —relacionada con la competencia extranjera y nacional, la oferta y la demanda, etc.—. Estas son las mismas cuestiones que están desconcertando a todas las naciones civilizadas y preparando el terreno para los próximos disturbios a nivel mundial —la revolución, la anarquía— que precederán al Reino Milenario.

El señor Liebknecht fue delegado en el Congreso de Sindicatos (Londres, julio de 1896). En ese congreso se aprobó la siguiente resolución:

«Que esta reunión internacional de trabajadores (reconociendo que la paz entre las naciones del mundo es un fundamento esencial de la hermandad internacional y el progreso humano, y creyendo que las guerras no son deseadas por los pueblos de la tierra, sino que son causadas por la codicia y el egoísmo de las clases dominantes y privilegiadas con el único fin de obtener el control de los mercados del mundo en beneficio propio y en contra de todos los intereses reales de los trabajadores), declara por la presente que entre los trabajadores de diferentes nacionalidades no existe absolutamente ninguna disputa, y que su único enemigo común es la clase capitalista y terrateniente, y que la única forma de prevenir las guerras y garantizar la paz es la abolición del sistema social capitalista y terrateniente en el que las guerras

tienen su origen, y por lo tanto se compromete a trabajar por la única vía mediante la cual ese sistema puede ser derrocado: la socialización de los medios de producción, distribución e intercambio; declara además que, hasta que esto se logre, toda disputa entre naciones debe resolverse mediante arbitraje en lugar de mediante la brutalidad de la fuerza de las armas; además, esta asamblea reconoce que el establecimiento de una jornada laboral internacional de ocho horas para todos los trabajadores es el paso más inmediato hacia su emancipación definitiva, e insta a los gobiernos de todos los países a que establezcan por ley una jornada laboral de ocho horas; y, además, considerando que la clase trabajadora solo puede lograr su emancipación económica y social al hacerse cargo de la maquinaria política que hoy está en manos de la clase capitalista; y, considerando que en todos los países un gran número de trabajadores y todas las trabajadoras carecen del derecho al voto y no pueden participar en la acción política, esta reunión de trabajadores se pronuncia a favor del sufragio universal y se compromete a hacer todo lo posible para obtenerlo».

LA HUMANIDAD ATACADA DESDE OTRO FRENTE MÁS: LOS GIGANTES DE NUESTROS DÍAS

Otro resultado de la competencia ha sido la organización de grandes corporaciones dedicadas al comercio y la manufactura. Estos son elementos importantes en la preparación para el "incendio" que se avecina.----Ante estas corporaciones gigantes, los pequeños talleres y tiendas están siendo rápidamente desplazados, ya que no pueden comprar ni vender de manera tan rentable como lo hacen las grandes empresas. Estas grandes empresas, a su vez, al poder realizar más negocios de los que hay disponibles para ellas, están formando agrupaciones llamadas "trusts". Estos, organizados originalmente para evitar que la competencia destruyera a todas las empresas excepto a las más grandes de su tipo, resultan funcionar de manera muy satisfactoria para aquellos cuyo capital y administración representan; y el plan se está extendiendo, con la Gran República liderando al mundo en esta dirección. Obsérvese la siguiente lista publicada en el New York *World*, el 2 de septiembre de 1896, bajo el título: «El crecimiento de los trusts».

«Lista de 139 consorcios para regular la producción, fijar precios, monopolizar el comercio y robar al pueblo, desafiando la ley».

Título	Capital
Consorcio de carne de res procesada y provisiones.	100 000 000 de dólares
Cartel del azúcar, Nueva York.	75 000 000
Fideicomiso del Plomo.	30 000 000
Rubber Trust, Nueva Jersey	50 000 000
Fideicomiso Gossamer Rubber.	12 000 000
Anthracite Coal Combine, Pensilvania.	*85 000 000
Fideicomiso Axe.	15 000 000
Consorcio del alambre de púas, Chicago.	*10 000 000
Consorcio de galletas y crackers.	12 000 000
Consorcio de tornillos y tuercas.	*10 000 000
Fideicomiso de calderas, Pittsburgh, Pensilvania.	*15 000 000
Fideicomiso Borax, Pensilvania.	*2 000 000
Broom Trust, Chicago.	*2 500 000
Brush Trust, Ohio.	*2 000 000
Fideicomiso Button.	*3 000 000
Fideicomiso Carbon Candle, Cleveland.	*3 000 000
Fideicomiso Cartridge.	*10 000 000
Fideicomiso de ataúdes y artículos funerarios.	*1 000 000
Fideicomiso de Aceite de Ricino, San Luis.	500,000
Fideicomiso del Celuloide.	8 000 000
Cigarette Trust, Nueva York.	25 000 000
Consorcio de la Leche Condensada, Illinois.	15 000 000
Consorcio de lingotes de cobre.	*20 000 000
Fideicomiso de láminas de cobre.	*40 000 000
Fideicomiso de cordajes, Nueva Jersey.	35 000 000
Fideicomiso de Vajilla.	*15 000 000
Fideicomiso Cotton Duck.	10 000 000
Fondo del aceite de semilla de algodón.	20 000 000
Consorcio de Hilo de Algodón, Nueva Jersey.	7 000 000
Fideicomiso de Suministro Eléctrico.	*10 000 000
Flint Glass Trust, Pensilvania.	8 000 000
Fideicomiso de Tarros para Fruta.	*1 000 000
Fideicomiso Galvanized Iron Steel, Pensilvania.	*2 000 000
Fideicomiso de Guantes, Nueva York.	*2 000 000

*Estimado.

Título	Capital
Harvester Trust.	*$1,500,000
Fideicomiso Hinge.	1 000 000
Fundación Indurated Fibre.	500 000
Fondo Leather Board	*500 000
Fondo de la Cal.	*3 000 000
Fideicomiso del Aceite de Linaza.	18 000 000
Fideicomiso de Litografía, Nueva Jersey	11 500 000
Fideicomiso de Neumáticos para Locomotoras.	*2 000 000
Marble Combine.	*20 000 000
Match Trust, Chicago.	8 000 000
Fideicomiso del Cuero de Marruecos.	*2 000 000
Oatmeal Trust, Ohio.	*3 500 000
Oilcloth Trust.	*3 500 000
Cartel de las bolsas de papel.	2 500 000
Fideicomiso de brea.	*10 000 000
Plate Glass Trust, Pittsburgh, Pensilvania.	*8 000 000
Pocket Cutlery Trust.	*2 000 000
Fideicomiso de Pólvora.	1 500 000
Fideicomiso de los Conservadores, Virginia Occidental.	*8 000 000
Fideicomiso de la Pulpa.	*5 000 000
Rice Trust, Chicago.	2 500 000
Safe Trust	2 500 000
Salt Trust	*1 000 000
Fideicomiso Sandstone, Nueva York.	*1 000 000
Fideicomiso de artículos sanitarios, Trenton, Nueva Jersey.	3 000 000
Sandpaper Trust.	*250 000
Fideicomiso de marcos, puertas y persianas.	*1 500 000
SawTrust, Pensilvania.	5 000 000
Fideicomiso de Libros Escolares, Nueva York.	*2 000 000
Fondo de Mobiliario Escolar, Chicago.	15 000 000
Fideicomiso de tuberías de alcantarillado.	2 000 000
Fideicomiso de brochetas.	60 000
Fideicomiso de Fundiciones, Chicago.	25 000 000
Fideicomiso Smith, Míchigan.	*500 000
Soap Trust.	*500,000
Soda-Water Apparatus Trust, Trenton, Nueva Jersey.	3 750 000
Consorcio de carretes, bobinas y lanzaderas.	2 500 000
Fideicomiso de Esponjas.	*500 000

*Estimado.

Título	Capital
Starch Trust, Kentucky	10 000 000 de dólares
Merchants' Steel Trust.	25 000 000
Steel Rail Trust.	*60 000 000
Stove Board Trust, Grand Rapids, Michigan.	200 000
Fideicomiso Straw Board, Cleveland, Ohio.	*8 000 000
Fideicomiso Structural Steel.	*5 000 000
Fondo Teazle	*200 000
Fondo de chapa de acero	*2 000 000
Fideicomiso Tombstone	100 000
Fideicomiso Trunk.	2 500 000
Fideicomiso Tube, Nueva Jersey	11 500 000
Type Trust.	6 000 000
Fideicomiso paraguas.	*8 000 000
Fideicomiso de estufa de vapor.	*1 000 000
Fideicomiso del Papel Tapiz, Nueva York.	20 000 000
Fideicomiso de Relojería.	30 000 000
Fideicomiso de Ruedas.	*1 000 000
Fideicomiso «Whip».	*500 000
Fideicomiso de Vidrios para Ventanas.	*20 000 000
Fideicomiso de cables.	*10 000 000
Fideicomiso de tornillos para madera.	*10 000 000
Consorcio de Sombreros de Lana, Nueva Jersey	*1 500 000
Fideicomiso del Papel de Regalo.	*1 000 000
Fideicomiso del Pino Amarillo.	*2 000 000
Fideicomiso «Patent Leather».	5 000 000
Consorcio de Tintes y Productos Químicos.	*2 000 000
Consorcio de la Madera.	*2 000 000
Consorcio de sal gema.	5 000 000
Consorcio de productos navales.	*1 000 000
Consorcio del vidrio verde.	*4 000 000
Locomotive Trust.	*5 000 000
Envelope Combine.	5 000 000
Fideicomiso Ribbon.	*18 000 000
Consorcio del Hierro y el Carbón.	10 000 000
Consorcio de la Prensa del Algodón.	*6 000 000
Fideicomiso de artículos de ferretería.	*3 000 000
Fideicomiso de Escurridores de Ropa.	*2 000 000
Fideicomiso de la pala para nieve	*200 000

*Estimado.

Título	Capital
La Liga del Hierro (Fideicomiso)	*60 000 000 $
Fideicomiso Paper Box.	*5 000 000
Fideicomiso del Carbón Bituminoso.	*15 000 000
Fideicomiso del Alcohol.	*5 000 000
Consorcio de Confiteros.	*2 000 000
Fideicomiso del Gas.	*7 000 000
Fideicomiso de Ácidos.	*2 000 000
Fideicomiso de Manilla Tissue	*2 000 000
Fideicomiso Carnegie.	25 000 000
Fideicomiso de Acero de Illinois.	*50 000 000
Brass Trust.	10 000 000
Cosechadora de lúpulo.	*500 000
Flour Trust, Nueva York.	7 500 000
Fideicomiso de los Cosechadores de Maíz de Estados Unidos.	*50 000 000
Consorcio Porcino, Missouri.	*20 000 000
Cooperativa del Carbón de Colorado.	20 000 000
Consorcio de blanqueo.	*10 000 000
Consorcio de pinturas, Nueva York.	*2 000 000
Consorcio del trigo sarraceno, Nueva Jersey	5 000 000
Fur Combine, Nueva Jersey	10 000 000
Tissue Paper Trust.	*10 000 000
Fideicomiso de cajas registradoras.	*10 000 000
Fideicomiso de Harina del Oeste	10,000,000
Consorcio del Hierro y el Acero	4 000 000
Consorcio Eléctrico N.º 2.	1 800 000
Consorcio del caucho n.º 2.	7 000 000
Consorcio del Tabaco.	2 500 000
Capital total.	$1,507,060,000

La misma edición de la misma revista destaca el poder y la tendencia de uno de estos consorcios en el siguiente editorial, bajo el título «Lo que significa el aumento del precio del carbón»:

«El aumento de 1,50 dólares en el precio de cada tonelada de carbón antracita significa que los once miembros del trust del carbón se embolsarán no menos de cincuenta y tal vez más de sesenta millones de dólares. Sobre la base de

*Estimado.

la competencia del otoño pasado y los precios justos resultantes, este dinero les corresponde por derecho a quienes utilizan el carbón.

"El enorme aumento en el costo del carbón significa que muchos fabricantes que iban a reiniciar sus operaciones este otoño no podrán hacerlo porque no pueden agregar un gasto tan grande al costo de su producto y seguir compitiendo con quienes obtienen carbón a precios naturales. Significa que muchos fabricantes recortarán los salarios para compensar este aumento en el costo de producción. Significa que cada cabeza de familia de recursos moderados tendrá que privarse de algún pequeño lujo o comodidad. Tendrá que comprar carbón, y como los funcionarios elegidos por él no harán cumplir la ley, deberá pagar los precios que impone el trust. Significa, en definitiva, que los pobres tendrán que comprar menos carbón. Los precios anteriores ya eran bastante difíciles de soportar. Los nuevos precios son extremadamente restrictivos. Y así, los pobres tendrán que pasar frío este invierno.

"Por un lado, hay más lujo para unos pocos. Por el otro, hay incomodidad y, en miles de casos, verdadera miseria para la mayoría. Entre ambos se encuentra la ley quebrantada y deshonrada".

Tomemos otro ejemplo del poder de los monopolios. En la primavera de 1895 se formó el Monopolio de las Cintas de Algodón. (La cinta de algodón es una simple banda de hierro que se usa para empacar algodón.) El precio en ese momento era de setenta centavos por cada cien. Al año siguiente, el trust concluyó que obtendría una ganancia extra y subió el precio a 1,40 dólares por cada cien —justo cuando se acercaba la temporada de empaque del algodón, de modo que no se podían importar las cintas del extranjero a tiempo—.

No todos los trusts han abusado de su poder de la misma manera; es posible que aún no se les hayan presentado oportunidades favorables a todos; pero nadie discutirá que «la gente común», las masas, corre un grave peligro de sufrir perjuicios a manos de tales corporaciones gigantes. Todos saben qué temer del poder y el egoísmo en un individuo, y estos consorcios «gigantes» no solo tienen inmensamente más poder e influencia que los individuos, sino que, además, carecen de conciencia. Se ha convertido en un proverbio que «las corporaciones no tienen el alma».

Recortamos el siguiente despacho del *Pittsburgh Post* a modo de ilustración de–

Las ganancias de los consorcios

«NUEVA YORK, 5 de noviembre de 1896. Los fideicomisarios de liquidación del Standard Oil Trust se reunieron hoy y declararon el dividendo trimestral habitual de 3 dólares por acción y 2 dólares adicionales por acción, pagaderos el 15 de diciembre. La emisión original total de certificados del trust Standard Oil fue de 97 250 000 dólares. Durante el año fiscal que acaba de concluir, se han declarado dividendos por un 31 por ciento, lo que representa una distribución total de utilidades por un monto de 30 149 500 dólares. Durante el mismo período, la American Sugar Refining Company, conocida como el trust azucarero, ha pagado 7 023 920 dólares en dividendos. Además de estos pagos de utilidades a los accionistas, se dice que el trust cuenta con un superávit en azúcar en bruto, cuentas por cobrar y efectivo que asciende a unos 30 000 000 de dólares».

Posteriormente, el mismo periódico publicó el siguiente editorial:

«El trust de los clavos de alambre fue probablemente una de las coaliciones más sinvergüenzas para saquear y extorsionar al pueblo que jamás se haya formado en este país. Desafió las leyes, sobornó, intimidó y arruinó a la competencia, y gobernó el comercio con poderes autocráticos. Tras haber hecho esto, y haber elevado los precios entre el doscientos y el trescientos por ciento, repartió millones entre sus miembros. Aquí no hay anarquía, por supuesto. De hecho, son los anarquistas quienes protestan contra tal robo y desafío a la ley. Al menos eso piensa el Sr. A. C. Faust, de Nueva Jersey, sobre el trust de los clavos, quien escribe al **World** que sus revelaciones sobre las atrocidades del trust "alimentan la llama del descontento popular". Esto es llevar las cosas al extremo. Se les debe permitir a los consorcios ilegales y saqueadores actuar a su antojo, y no se deben tolerar los intentos de controlarlos porque «alimentan la llama del descontento popular». Por un lado tenemos al pueblo del país, y por el otro a los ladrones con licencia: los consorcios. Pero no debe haber denuncias ni protestas, o la «llama del descontento popular» les complicará las cosas a los consorcios. ¿Podrían la desfachatez y la arrogancia llegar más lejos?

«El trust del carbón antracita está saqueando actualmente al pueblo a un ritmo de cincuenta millones de dólares al año mediante un

precio elevado de 1,50 dólares por tonelada. El reverendo Dr. Parkhurst expresó el otro día su opinión sobre esta banda en particular con estas palabras: "Si las empresas de carbón, los consorcios de carbón o los trusts del carbón utilizan su poder con el fin de desviar hacia sus propias arcas tanto dinero de los pobres como puedan o se atrevan, empobreciendo a los pobres, reduciendo su bienestar y minando las fuentes de salud y vida, entonces tales empresas están

"POSEÍDAS POR EL DEMONIO DEL ROBO Y EL ASESINATO".

«Y esto se aplica tanto a los comerciantes de carbón como a los de cualquier otra mercancía».

«Mientras el reverendo Dr. Parkhurst los denunciaba como "poseídos por el demonio del robo y el asesinato", otro predicador de Nueva York, el reverendo Dr. Heber Newton, ante bancos de terciopelo y una congregación de millonarios, elogiaba a los consorcios como una parte necesaria y benéfica de nuestra civilización en avance».----

En relación con la repentina caída del precio de los rieles de acero de 25 a 17 dólares por tonelada, el Allegheny *Evening Record* afirmó:

«El gran "Steel Pool", formado para mantener los precios, está prácticamente destrozado. Esta gigantesca alianza de capital y poder, creada para controlar la producción de una de las industrias más importantes de Estados Unidos, para hacer subir o bajar los precios con solo una orden, para gravar a los consumidores a su antojo y hasta el límite de lo conveniente, está a punto de ser devorada por una alianza aún más gigantesca, aún más poderosa, aún más rica. Rockefeller y Carnegie se han apoderado de la industria siderúrgica de Estados Unidos. El acontecimiento es trascendental. La reducción del precio de los rieles de acero de 25 a 17 dólares por tonelada —la cifra más baja a la que se han vendido jamás— marca un hito en la economía del país. Hasta ahora se trata de un caso de "trust devora a trust", y los ferrocarriles son los que salen ganando.

«Se puede afirmar con seguridad que ni el Sr. Rockefeller ni el Sr. Carnegie se han embarcado en su gran empresa por ninguna consideración de interés público. Vieron la oportunidad de aplastar a la competencia y la aprovecharon. Ahora son dueños de la fuente de suministro más notable del mundo, la cordillera de Mesaba, al norte de Duluth, descrita como una región donde no es necesario excavar a un costo enorme, sino simplemente recoger el mineral de la superficie. Rockefeller ha reforzado su ventaja al asegurarse esta fuente de suministro mediante la construcción de una flota de barcazas de inmensa capacidad para

transportar su materia prima hasta los muelles del lago Erie. Cuando completó su ciclo mediante la alianza con Carnegie, con sus hornos y acerías, tenía a la «Asociación de Fabricantes de Rieles» a su merced. Todo el asunto se ha llevado a cabo mediante una combinación magistral de las instalaciones existentes. El resultado actual, al menos, beneficia a un gran número de personas. Si los señores Rockefeller y Carnegie, habiendo puesto este vasto poder en sus manos, se contentarán con obtener ganancias razonables y dejar que el público se beneficie, o si, una vez que hayan aplastado a sus oponentes, utilizarán este poder para una extorsión despiadada, es un grave problema. El hecho de que tengan el poder es una amenaza en sí mismo».

La siguiente noticia se difundió ampliamente en ese momento, pero merece ser mencionada aquí al analizar este tema:

«KANSAS CITY, MISSOURI, 26 de noviembre de 1896 — El exgobernador David R. Francis, ahora secretario del Interior, envió la siguiente carta a un pequeño grupo de defensores del patrón oro que celebraron un banquete en el Hotel Midland anoche:

Departamento del Interior,
Washington, D.C., 19 de
noviembre de 1896.

"Señores: Acabo de recibir su invitación del día 25 y lamento no poder asistir esta noche a la celebración de la victoria del dinero sólido. Si no se promulga alguna legislación para frenar la creciente influencia de la riqueza y limitar los poderes de los consorcios y los monopolios, habrá un levantamiento popular antes de que termine el siglo que pondrá en peligro nuestras mismas instituciones.

DAVID R. FRANCIS»

El siguiente texto fue recortado del London *Spectator*:

«Tenemos en nuestras manos una decisión del juez Russell, de la Corte Suprema de Nueva York, que muestra hasta qué punto se ha llevado el sistema de los "trusts", o el sistema de utilizar el capital para crear monopolios, en los Estados Unidos. Se ha formado una Asociación Nacional de Farmacéuticos Mayoristas que incluye a casi todos los grandes distribuidores de medicamentos de la Unión y que fija el precio de los medicamentos. Si algún distribuidor privado vende a un precio inferior al de la Asociación, esta advierte a todo el sector mediante una circular para que no hagan negocios con él y, por lo general, logra arruinar el negocio de la empresa rebelde. Juan D. Park y

Sons' Company decidieron resistirse a esa imposición y solicitaron una orden judicial, la cual fue rechazada en ese caso concreto, pero concedida como principio general, ordenándose a todos abstenerse de «conspirar» para imponer «una restricción al comercio». El caso es extremo, porque está claro que un trust de este tipo está, o puede estar, jugando con la vida humana. No importa mucho si elevan el precio de los medicamentos patentados —lo que parece haber sido la queja específica— a una guinea por gota; pero supongamos que ponen medicamentos como la quinina, el opio o los laxantes fuera del alcance de los pobres. Cabe recordar que los seguidores del Sr. Bryan sitúan el sistema de los trusts al frente de sus acusaciones contra el capital, y casos como este les brindan un punto de apoyo argumentativo».

LOS TRUSTS EN INGLATERRA

Aunque los trusts puedan considerarse un invento estadounidense, citamos lo siguiente del London *Spectator,* que demuestra que no son exclusivamente estadounidenses. El autor dice:

«Los trusts están comenzando a apoderarse de algunos de nuestros oficios británicos. En la actualidad existe —con sede en Birmingham— una asociación o trust en el sector de las camas metálicas en toda Gran Bretaña, que está tan hábilmente organizada que es prácticamente imposible para cualquier persona ajena al grupo comenzar a fabricar camas de latón o hierro a menos que se una a la asociación, e incluso entonces tiene que solicitar la admisión, la cual probablemente se le negará. Sin embargo, si intentara iniciar su negocio de manera independiente, no podría comprar materia prima ni conseguir trabajadores con experiencia en el oficio, ya que todos los fabricantes de hierro y latón para camas han acordado abastecer únicamente a la asociación, y los trabajadores están obligados por su sindicato a trabajar solo para los fabricantes que pertenecen a ella. Por lo tanto, los consumidores solo pueden recurrir a la competencia extranjera si quieren que los precios se mantengan bajos. Este trust de camas tiene éxito en la actualidad, por lo que muchos otros oficios locales están emulando ahora su ejemplo».

Con un capital de control de cientos de millones de dólares,

estas combinaciones o monopolios son, en efecto, *gigantes;* y si la situación continúa durante unos años, tal como ha sido durante los últimos veinte, pronto controlarán el mundo mediante la palanca financiera. Pronto tendrán el poder, no solo de dictar los precios de los bienes que consume el mundo, sino que, al ser los principales empleadores de mano de obra, tendrán el control de los salarios.

Es cierto que estas combinaciones de capital han llevado a cabo en el pasado grandes empresas que individuos aislados no habrían podido realizar tan rápidamente ni tan bien. De hecho, la iniciativa empresarial privada ha asumido y gestionado con éxito riesgos que el público habría condenado y frustrado si los hubiera emprendido el gobierno. No debe interpretarse que estamos condenando de manera generalizada las enormes acumulaciones de capital; pero sí estamos señalando que la experiencia de cada año no solo aumenta en gran medida su poder financiero, sino también su sagacidad, y que nos estamos acercando rápidamente al punto en que los intereses y las mismas libertades del pueblo se ven amenazados, si es que no hemos llegado ya a ese punto. Todos dicen: «¡Hay que hacer algo!», pero nadie sabe qué hacer. El hecho es que la humanidad está indefensa a merced de estos gigantescos excrecimientos del actual sistema social egoísta, y la única esperanza está en Dios.

Es cierto, además, que estos gigantes suelen estar encabezados por hombres capaces que, hasta ahora, en general parecen dispuestos a usar su poder con moderación. Sin embargo, el poder se está concentrando; y esa capacidad, guiada principalmente por el egoísmo, probablemente apretará de vez en cuando las tuercas a sus subordinados y al público, según lo permitan las oportunidades y lo favorezcan las circunstancias.

Estos gigantes amenazan ahora a la familia humana tal como los gigantes literales la amenazaron hace más de cuatro mil años. Aquellos gigantes eran «hombres de renombre» —hombres de maravillosa capacidad y sagacidad, por encima de la raza adánica caída—; eran una raza híbrida, resultado de una *nueva vitalidad* unida al linaje adánico.

Lo mismo ocurre con estos *gigantes corporativos* modernos: son grandes, poderosos y astutos, hasta tal punto que desalienta la idea de que puedan ser vencidos sin la intervención divina. Sus maravillosos poderes aún no se han puesto plenamente en acción. Estos gigantes también son híbridos: son engendrados por una sabiduría que debe su existencia a la civilización cristiana y a la Ilustración, actuando en combinación con los corazones egoístas de los hombres caídos.

Pero la necesidad del hombre y la oportunidad de Dios se acercan simultáneamente; y así como los gigantes de «el mundo que existía antes del diluvio» fueron barridos por el diluvio de aguas, así estos gigantes corporativos serán barridos por el próximo diluvio de fuego —el simbólico «fuego de los celos de Dios»— o indignación, que ya se está encendiendo; «un tiempo de angustia como nunca hubo desde que existe una nación». En ese «fuego» serán consumidos todos los gigantes del vicio y el egoísmo; caerán y nunca más se levantarán. — Gén. 6:4; Isa. 26:13, 14; Sof. 3:8, 9.

LA ESCLAVITUD BÁRBARA FRENTE A LA SERVIDUMBRE CIVILIZADA

Comparemos por un momento el pasado con el presente y el futuro, en lo que respecta a la oferta y la demanda de mano de obra. Solo en el último siglo se ha eliminado en general el comercio de esclavos y se ha abolido la esclavitud. En algún momento fue una práctica generalizada, pero gradualmente se transformó en servidumbre en toda Europa y Asia. La esclavitud fue abolida en Gran Bretaña tan recientemente como en el año 1838, cuando el gobierno central pagó a los propietarios de esclavos la suma de 20 000 000 de libras esterlinas, o casi 100 000 000 de dólares, en concepto de indemnización. Francia emancipó a sus esclavos en 1848. En los Estados Unidos, la esclavitud continuó en los estados del sur hasta 1863. No se puede negar que las voces y las plumas cristianas tuvieron mucho que ver con el fin de la esclavitud humana; pero, por otro lado, cabe señalar que los cambios

del mercado laboral mundial contribuyeron a que la mayoría adoptara una nueva perspectiva sobre el tema y, junto con el fondo de indemnización, ayudaron a que los propietarios de esclavos aceptaran el nuevo orden de las cosas. Las voces y las plumas cristianas simplemente aceleraron la abolición de la esclavitud; pero, de todos modos, esta habría llegado más tarde.

La esclavitud muere de muerte natural bajo el moderno sistema competitivo y egoísta, respaldado por los inventos mecánicos y el crecimiento de la población. Dejando totalmente de lado las consideraciones morales y religiosas, ahora sería imposible generalizar la esclavitud en países civilizados y poblados: no sería rentable desde el punto de vista financiero. (1) Porque la maquinaria ha sustituido, en gran medida, tanto al trabajo no inteligente como al inteligente. (2) Porque un sirviente inteligente puede hacer más y mejor trabajo que uno que no lo es. (3) Porque civilizar e incluso educar un poco a los esclavos haría que sus servicios costaran más que la mano de obra libre; además, los esclavos más inteligentes y eficientes serían más difíciles de controlar y de utilizar de manera rentable que aquellos que son nominalmente libres, pero que están atados de pies y manos por la necesidad. En una palabra, los que tienen experiencia en el mundo han aprendido que las guerras por el botín de los enemigos y por los esclavos son menos rentables que las guerras de competencia comercial, cuyos resultados son mejores, además de más abundantes; y que los «esclavos de la necesidad» libres son los más baratos y los más capaces.

Si la mano de obra libre e inteligente ya es más barata que la mano de obra esclava e ignorante, y si el mundo entero está despertando en inteligencia, además de crecer rápidamente en número, es evidente que el sistema social actual está tan destinado a provocar su propia destrucción como lo estaría una máquina a plena potencia y sin freno ni regulador.

Dado que la sociedad está organizada actualmente según el principio de la oferta y la demanda, no hay freno ni regulador alguno para la competencia egoísta mundial. Toda la estructura

se basa en ese principio: la presión egoísta, la fuerza que empuja a la sociedad hacia abajo, se vuelve cada día más y más fuerte. Con las masas, las cosas seguirán así, empujando cada vez más hacia abajo, paso a paso, hasta que se produzca el colapso social en la anarquía.

LA HUMANIDAD ENTRE LA PIEDRA DE MOLINO SUPERIOR Y LA INFERIOR

Cada vez resulta más evidente para las masas humanas que, en el orden actual de las cosas, se encuentran entre una piedra de molino inferior y otra superior, cuyas rápidas revoluciones acabarán, en un futuro no muy lejano, por reducirlos a una servidumbre miserable e innoble, a menos que se intervenga de alguna manera. Tal es, en efecto, la situación real: la necesidad humana es el conducto que empuja a las masas entre las piedras de molino; la piedra inferior es la ley fija de la oferta y la demanda, que está empujando a la población mundial —que crece rápidamente y se vuelve cada vez más inteligente— cada vez más cerca de la presión de la piedra superior del egoísmo organizado, impulsada por el poder gigantesco de los esclavos mecánicos, con la ayuda de los engranajes, palancas y poleas de las combinaciones financieras, los trusts y los monopolios. (Cabe señalar que la Oficina de Estadísticas de Berlín estimó en 1887 que las máquinas de vapor (esclavos de potencia) que entonces funcionaban en el mundo representaban aproximadamente mil millones de hombres, o tres veces la población activa de la Tierra; y es probable que la potencia de vapor y eléctrica se haya más que duplicado desde entonces. Sin embargo, estas máquinas se encuentran casi todas en tierras civilizadas, cuyas poblaciones representan solo alrededor de una quinta parte del total.) Otra parte de la fuerza motriz de la piedra de molino superior es su volante, pesado por el peso de una riqueza concentrada y hasta ahora inimaginable, y de una capacidad intelectual estimulada y entrenada de manera egoísta. Como ilustración parcial del resultado del proceso de molienda, observamos una

informe que en Londres, Inglaterra, había 938 293 pobres, 316 834 muy pobres y 37 610 de los más indigentes —un total de 1 292 737, es decir, casi un tercio de la población de la ciudad más grande del mundo vivía en la pobreza. Las cifras oficiales de Escocia han revelado que un tercio de las familias vivía en una sola habitación, y más de un tercio en solo dos habitaciones; que en la ciudad de Nueva York, durante un invierno severo, 21 000 hombres, mujeres y niños fueron desalojados por no poder pagar su renta; y que en un solo año 3 819 de sus habitantes fueron enterrados en el «campo de los pobres», demasiado
pobres para vivir o morir dignamente. Esto, recuérdenlo, en la misma ciudad que, como ya se ha demostrado, cuenta entre sus ciudadanos con miles de millonarios.

Un colaborador de *la revista *The American Magazine of Civics**, el Sr.
J. A. Collins, abordó en una ocasión el tema de la decadencia de la propiedad de vivienda en Estados Unidos, a la luz del censo de EE. UU. Desde el principio nos advierte que nos preparemos para hechos sorprendentes y para indicios amenazantes y peligrosos. Citamos lo siguiente:

«Hace unas décadas, la gran mayoría de la población estaba compuesta por propietarios de vivienda, y sus hogares estaban prácticamente libres de gravámenes; hoy en día, la gran mayoría de la población son inquilinos».

Dado que el ocupante de una vivienda hipotecada no es, en la práctica, más que un inquilino del acreedor hipotecario, él considera que el 84 por ciento de las familias de esta nación son, en la práctica, inquilinas, y agrega:

«Piensen en este resultado sorprendente que se ha producido en tan poco tiempo, con el vasto dominio de tierras libres en el Oeste abierto a los colonos, con los grandes campos de la industria abiertos y ofreciendo empleo con buenos salarios; y luego consideren cuál será el resultado cuando todo el gran Oeste esté ocupado, o sus tierras totalmente monopolizadas, con una población aumentada por la incorporación de millones de personas, tanto por el crecimiento natural

y por la inmigración; las tierras minerales y las minas controladas por consorcios de capital extranjero; el sistema de transporte controlado en beneficio de unos pocos propietarios millonarios; las manufacturas operadas por grandes corporaciones en su propio interés; con las tierras públicas agotadas y los lotes residenciales monopolizados y en manos de especuladores, fuera del alcance de las masas industriales».

Al comparar estas cifras con las estadísticas europeas, el Sr. Collins concluye que las condiciones en la mayor república del mundo son menos favorables que en Europa, salvo en el país más rico y más ilustrado de allí: Gran Bretaña. Pero las cifras del Sr. Collins son engañosas a menos que se tenga en cuenta que miles de estas viviendas hipotecadas son propiedad de jóvenes (que en Europa vivirían con sus padres) y de inmigrantes que compran a «cuotas». La cruda realidad, sin embargo, ya es lo suficientemente grave. Con la creciente presión de los tiempos, pocas de las numerosas hipotecas actuales llegarán a liquidarse, salvo por medio del alguacil.

Probablemente pocos se dan cuenta de lo baratas que a veces se venden la fuerza y el tiempo humanos; y quienes se dan cuenta no saben cómo remediar el mal, y están ocupados tratando de evitar sus garras ellos mismos. En todas las grandes ciudades del mundo hay miles de personas conocidas como «explotadores», que trabajan más duro y durante más horas por las necesidades básicas de la vida que la mayoría de los esclavos del sur. Nominalmente tienen su libertad, pero en realidad son esclavos, esclavos de la necesidad, con libertad para querer, pero poca libertad para actuar, ya sea por sí mismos o por otros.

Extraemos el siguiente fragmento del *Presbyterian Banner* (de Pittsburgh) sobre este tema:

«El sistema de los explotadores nació y se desarrolló en tierras extranjeras antes de ser trasplantado al suelo estadounidense, trayendo consigo su maldición. No se limita al sector de la ropa confeccionada, sino que abarca todos los demás en los que interviene un intermediario. El intermediario o contratista se compromete a adquirir mercancías para el comerciante a un precio determinado y, con el fin de ofrecer al gran público comprador ofertas atractivas y, al mismo tiempo,

proporcionar sus ganancias al distribuidor y al intermediario, este precio debe fijarse a un nivel bajo, y los pobres trabajadores deben sufrir.

«En Inglaterra, casi todos los negocios funcionan sobre esta base. El comercio de botas y zapatos, el de pieles, el de ebanistería y tapicería, y muchos otros, han quedado bajo el control del intermediario, y a la gente se le oprime con salarios de miseria. Pero es del comercio de ropa confeccionada en nuestro propio país de lo que queremos hablar. En 1886 solo había diez talleres de suéteres en Nueva York; ahora hay muchos cientos, y lo mismo ocurre en la ciudad de Chicago, mientras que otras ciudades también tienen su parte. Estos talleres están, en su mayoría, en manos de judíos, y los de Boston y Nueva York tienen ventaja sobre sus colegas más al oeste, ya que pueden aprovecharse de los extranjeros recién llegados, que no hablan el idioma y, por lo tanto, son fácilmente engañados. A estos empleados los acogen y los apiñan en habitaciones pequeñas y mal ventiladas, a veces veinte o treinta en una habitación con capacidad para ocho trabajadores, donde a menudo tienen que cocinar, comer y vivir, trabajando duramente entre dieciocho y veinte horas al día para ganar lo suficiente para sobrevivir.

«Los salarios que se pagan por este tipo de trabajo son una vergüenza para la humanidad. Los hombres, con mucho esfuerzo, pueden ganar de dos a cuatro dólares a la semana. Las siguientes cifras las proporciona alguien que ha estudiado el tema y que obtuvo su información de uno de los "jefes explotadores", quien dio estos precios como lo que recibía del comerciante:

Por confeccionar abrigos,.....de 0,76 a 2,50 dólares
Para confeccionar abrigos de negocios.....De 32 a 1,50
Para confeccionar pantalones,..... de 0,25 a 0,75
Para confeccionar chalecos (por docena),. .....de 1,00 a 3,00
Para confeccionar pantalones cortos (por docena),..... de 0,50 a 0,75
Para confeccionar camisas de calicó (por docena),..... de 0,30 a 0,45

«El jefe se queda con un gran porcentaje de esta lista de precios como ganancia, y tras deducir el costo del transporte, que paga el trabajador, es fácil imaginar cuán duro y durante cuánto tiempo deben trabajar hombres y mujeres para obtener

las necesidades básicas de la vida. En el caso de los pantalones cortos, por los que el «jefe» recibe sesenta y cinco centavos por docena del fabricante, el trabajador solo obtiene treinta y cinco centavos.

"El confeccionista recibe diez centavos por hacer pantalones de verano, y para completar seis pares debe trabajar casi dieciocho horas. Las capas las confeccionan quince personas, cada una a cargo de una parte. Los overoles, sesenta centavos la docena de pares. Estos son algunos ejemplos, y cualquier mujer que sepa algo de costura o de confección de ropa conoce la cantidad de trabajo que esto implica.

"Pero en todas las cosas hay retribución, y a veces los inocentes o los descuidados deben sufrir tanto como los culpables. Esta ropa se confecciona en las peores condiciones de higiene. Se fabrica en recintos que a veces no son aptos para la ocupación humana y que apestan a gérmenes de enfermedades. En Chicago, durante este año, un visitante vio en uno de estos talleres a cuatro personas trabajando en capas, todas ellas con escarlatina, y en otro lugar yacía un niño muerto por la misma enfermedad, mientras el trabajo continuaba a su alrededor y el contagio se propagaba inevitablemente».

«Ay, qué caro es el oro, y qué
barata la carne y la sangre».----

El número de los miserablemente pobres está aumentando rápidamente y, como se ha demostrado, la competencia está empujando a toda la raza hacia abajo, excepto a los pocos afortunados que se han asegurado maquinaria o bienes raíces; y su riqueza y poder avanzan en consecuencia, hasta el punto de que parece que pronto podríamos esperar la aparición de un multimillonario si las condiciones actuales continúan.

No es posible que tal estado de cosas continúe para siempre; incluso el funcionamiento de la ley natural de causa y efecto acabaría por traer su castigo. Tampoco podríamos esperar que la justicia de Dios, que estableció esa ley, permitiera tales condiciones para siempre. Dios, por medio de Cristo, ha redimido y ha abrazado la causa de nuestra indigna humanidad, y el momento de su liberación del egoísmo y del poder general del maligno está muy cerca.–Rom. 8:19-23.

Lo siguiente, extraído de una revista occidental de hace algunos años,

representaba claramente la situación de aquel entonces, la cual hoy en día es aún más espantosa. Decía:

"Los desempleados en este país suman hoy dos millones. Los que dependen de ellos probablemente sean cuatro veces más.

«Quizás ya hayan oído esto antes. Quiero que lo piensen hasta que se den cuenta de lo que significa. Significa que bajo "el mejor gobierno del mundo", con "el mejor sistema bancario que el mundo haya visto jamás", y todo lo demás a la vanguardia, y con una producción sin igual de alimentos y todas las demás comodidades y lujos de la vida, una séptima parte de nuestra población se ha visto reducida a la mendicidad absoluta, como única alternativa a la inanición. Hay gente que pasa hambre a la vista de almacenes y silos llenos de granos que no se pueden vender a un precio que cubra el costo de su cultivo. Hay gente que tiembla de frío y está casi desnuda a la sombra de bodegas repletas hasta reventar de ropa de todo tipo. Hay gente que pasa frío y carece de fuego, con cientos de millones de toneladas de carbón fácilmente accesibles en miles de minas. Y los zapateros que están sin trabajo estarían encantados de ponerse a trabajar y fabricar zapatos para los mineros a cambio de combustible. Así mismo, estos últimos estarían encantados de trabajar en las minas para conseguir zapatos. Del mismo modo, el agricultor semidesnudo de Kansas, que no puede vender su trigo para pagar las facturas de la cosecha y la trilla, estaría encantado de intercambiarlo con los trabajadores de las fábricas del este que hilan y tejen la tela que necesita.

"No es la falta de recursos naturales lo que aflige al país hoy en día. No es la incapacidad ni la falta de voluntad por parte de los dos millones de hombres ociosos para trabajar y producir cosas deseables y útiles. Es simplemente que los instrumentos de producción y los medios de intercambio están concentrados en manos de unos pocos. Estamos comenzando a darnos cuenta de cuán malsano es este estado de cosas; y lo entenderemos cada vez más a medida que la concentración se vuelva más grave. La gente está ociosa, pasa frío y muere de hambre porque no puede intercambiar los productos de su trabajo. A la luz de resultados como este, ¿no está nuestra tan alardeada civilización actual muy cerca de ser un fracaso total? Los desempleados en este país

formaran filas de cuatro en fila y con seis pies de distancia entre sí, formarían una línea de seiscientas millas de largo. Aquellos que dependen de ellos para su subsistencia alcanzarían, en el mismo orden, las 2,400 millas. Este ejército así formado se extendería desde el Atlántico hasta el Pacífico, desde Sandy Hook hasta el Golden Gate.

«Si el intelecto de la raza no es capaz de idear un sistema industrial mejor que este, más vale que admitamos que la humanidad es el mayor fracaso del universo. [Sí, ahí es precisamente hacia donde nos lleva la providencia divina: los hombres deben aprender su propia impotencia y quién es el verdadero Maestro, así como todo potro debe ser "domado antes de que tenga valor".]
Lo más escandaloso y cruel de todos los tiempos es el actual intento de mantener un ejército industrial para librar las batallas de nuestros reyes plutocráticos sin tomar ninguna medida para su sustento durante los períodos en que no se necesitan sus servicios».

Lo anterior fue escrito durante el período de la depresión más grave provocada por los «ajustes arancelarios», y afortunadamente no es la condición normal. Sin embargo, no se sabe cuándo podría repetirse. No obstante, el *Harrisburg Patriot*, del mismo año, presentó las siguientes cifras bajo el título «El número de desempleados»:

«Hay 10 000 trabajadores sin empleo en Boston; en Worcester, 7 000 están desempleados; en New Haven, 7 000; en Providence, 9 600; en la ciudad de Nueva York, 100 000. Utica es una ciudad pequeña, pero cuenta con 16 000 desempleados; en Paterson, Nueva Jersey, la mitad de la población está sin trabajo; en Filadelfia, 15 000; en Baltimore, 10 000; en Wheeling, 3 000; en Cincinnati, 6 000; en Cleveland, 8 000; en Columbus, 4 000; en Indianápolis, 5 000; en Terre Haute, 2 500; en Chicago, 200 000; en Detroit, 25 000; en Milwaukee, 20 000; en Minneapolis, 6 000; en San Luis, 80 000; en San José, 2 000; en Omaha, 2 000; en Butte City, Montana, 5 000; en San Francisco, 15 000».

A continuación presentamos un extracto de **La nación venidera**, titulado «Un problema que debes resolver». Muestra con gran claridad cómo algunos hombres perciben la situación actual. Todas estas voces de advertencia no hacen más que reiterar el solemne consejo del profeta inspirado: «Sé prudente

ahora, pues, oh reyes [todos los que tengan algún grado de autoridad y poder]; aprended, jueces de la tierra». Dice:

"Admitirán que las nuevas máquinas están desplazando rápidamente a los obreros. El argumento de que la fabricación y el mantenimiento de estas nuevas máquinas emplean a quienes quedan desocupados no se sostiene; pues si eso fuera cierto, no habría ninguna ventaja en el uso de las máquinas. El hecho de que cientos de miles de hombres estén ahora ociosos porque las máquinas realizan el trabajo que antes hacían es tan evidente que cualquier persona debe reconocerlo, si se detiene a pensar un momento. Estos hombres sin trabajo no compran tantos bienes como cuando estaban empleados, y esto disminuye la demanda de bienes, lo que a su vez impide que se emplee a muchos más trabajadores, aumenta el número de desempleados y frena aún más el consumo.

"¿Qué vas a hacer con estos desempleados? El hecho de que los precios de los bienes, en general, se estén abaratando, no les da empleo a estos hombres. No hay ningún empleo disponible para ellos, pues todos los sectores están saturados de mano de obra, por la misma razón. No se les puede matar (a menos que hagan huelga), y no tienen adónde ir. Con toda seriedad pregunto: ¿qué van a hacer con ellos? Los agricultores calificados están yendo a la quiebra, así que ¿qué posibilidades tendrían estos hombres en ese sector, incluso si tuvieran tierras?

«Estos hombres se multiplican como las hojas del bosque. Se estima que son millones. No hay perspectivas de que muchos de ellos consigan empleo, o si lo hacen, solo será para ocupar los puestos de otros que ahora están empleados y que luego se sumarían a los desempleados. Quizás pienses que no es asunto tuyo lo que sea de ellos, pero, mi querido señor, sí es asunto tuyo, y te darás cuenta de ello antes de que pasen muchas temporadas. Es un tema que no se puede descartar dando media vuelta y negándote a escuchar. El pueblo francés pensó eso, hace mucho tiempo, pero aprendió lo contrario, aunque la generación actual haya olvidado la lección. La generación actual en

Estados Unidos *debe* resolver esta cuestión, y la resolverá de alguna manera. Puede que sea con paz, amor y justicia, o puede que sea mediante un hombre a caballo que pisotee los derechos de todos, tal como ahora ven con indiferencia cómo se pisotean los derechos de algunos. Repetimos: ustedes responderán a estas preguntas en muy pocos años.

«Se advirtió a los franceses, pero no pudieron escuchar debido a la alegría de la podredumbre real. ¿Escucharán *ustedes*? ¿O se permitirá que el rumbo actual siga sin control hasta que cinco o seis millones clamen por pan o por óxido de hierro? El problema, cuando llegue, se intensificará cien veces más en Estados Unidos, debido a las condiciones sociales que han prevalecido aquí durante un siglo. El amor a la libertad se ha fortalecido, alimentado por el odio hacia los reyes, los tiranos y los opresores. No se puede confiar en que ningún ejército o armada de las masas dispare contra sus propios padres y hermanos a las órdenes de reyes, con o sin título. Al ver lo que debe resultar de una inactividad demasiado prolongada de millones de personas, cuyas condiciones pronto forjarán un vínculo de hermandad, ¿no crees que te interesa de alguna manera la situación que están generando? ¿No sería mejor encontrar y aplicar un remedio, dar empleo a estos hombres, incluso en talleres públicos, en lugar de llegar al final?

«Sabemos lo que están haciendo los capitalistas: los vemos preparando las municiones de guerra para gobernar a las masas por la fuerza de las armas. Pero son necios. Solo son sabios en su propia vanidad. Están adoptando las tácticas de los reyes, y con el tiempo serán como paja ante el viento. Todos los destinos están en contra de sus tácticas. Los reyes, con ejércitos más grandes de los que se pueden reunir aquí para luchar por el capitalismo, tiemblan ante el crecimiento constante de una civilización superior entre el pueblo, impulsada por la angustia de este ejército de desempleados que crece rápidamente. La justicia no perjudica a nadie, aunque pueda acabar con los privilegios de los ladrones. Resolvamos y zanjemos el problema, como ciudadanos, de manera legal, no como partidarios, sino como ciudadanos que piensan más en el país que en el partido, y más en la justicia que en el oro del rey».----

Estas son palabras contundentes de alguien que, evidentemente, siente un profundo compromiso, y hay muchos como él. Nadie puede negar que hay al menos algo de verdad en las acusaciones.

LAS CONDICIONES UNIVERSALES Y MÁS ALLÁ DEL PODER HUMANO PARA REGULARLAS

Tampoco son estas condiciones exclusivas de América y Europa: desde hace siglos, los millones de habitantes de Asia no han conocido otra cosa. Una misionera estadounidense en la India escribe que se le partió el corazón cuando los nativos le preguntaron si era cierto que la gente de su país tenía todo el pan que quisiera comer, tres veces al día. Ella dice que en la India la mayoría rara vez tiene comida suficiente para satisfacer las necesidades naturales.

Se dice que el vicegobernador de Bengala, en la India, afirmó no hace mucho: «La mitad de nuestra población agrícola nunca sabe, de un año a otro, lo que es tener el hambre plenamente saciada. Quienes cultivan el grano no pueden comer lo que la naturaleza les exige: primero deben pagar impuestos con ello. Diez millones de la población de la India son tejedores de telas de algodón en telares manuales, y ahora la maquinaria en la costa ha destruido su oficio y no les ha dejado más que la agricultura en las duras condiciones mencionadas.

También en Sudáfrica, donde se han invertido generosamente millones de dólares durante lo que se conoció como la "fiebre del oro africano", los tiempos son "difíciles" para muchísimos, y a algunos de los que tienen estudios les va peor. El siguiente fragmento, tomado de un periódico de Natal, Sudáfrica, da una idea de las condiciones:

«Quienes no entran en contacto directo con los inmigrantes europeos en busca de empleo pueden tener poca idea del grado de indigencia que prevalece entre esta clase en Durban. Sin embargo, es gratificante constatar que el Comité de Ayuda del Concejo Municipal se da cuenta de que, por razones humanitarias, tiene un deber hacia los desafortunados que han quedado varados aquí. Durante una charla esta semana con el Sr. R. Jameson, el incansable coordinador, quien se ha dedicado en cuerpo y alma a este movimiento filantrópico, me enteré de que las obras de ayuda en el Point brindan empleo temporal a unos cincuenta hombres. Es angustiante descubrir que los hombres

que han sido capacitados para trabajos administrativos, así como artesanos calificados, se encuentren en una situación tan «desafortunada» que estén más que dispuestos a aceptar la asignación de la Corporación de 3 chelines al día y alojamiento, a cambio de ocho horas de palear arena bajo un sol abrasador.

«Mientras tanto, no hay vacantes, y con frecuencia se tienen que rechazar solicitudes. De vez en cuando, el presidente del comité, mediante anuncios y otros medios, encuentra empleo para aquellos hombres que tienen algún conocimiento de un oficio o artesanía. Las vacantes que así se crean en el grupo se cubren con quienes anteriormente habían presentado solicitudes sin éxito. Además de los que forman parte del grupo, hay un número considerable de hombres deambulando por la ciudad que han buscado empleo en vano. Muy pronto acuden al afable vicealcalde, y él hace lo mejor que puede por ellos, lo cual, lamentablemente, a menudo termina en fracaso. Si los empleadores que tienen vacantes acuden al Sr. Jameson, pueden obtener información completa sobre los desempleados que figuran en su lista. Debe entenderse que ninguno de estos hombres es residente propiamente dicho de Durban, sino que han llegado allí desde diversas partes de Sudáfrica en busca de empleo. Durban no es en absoluto un caso único; hay evidencias demasiado claras de que en otros lugares se dan condiciones deplorables similares.

"Como ya se ha señalado, muchos de los solicitantes de puestos en el equipo de ayuda son hombres acostumbrados únicamente al trabajo de oficina. No se puede enfatizar con suficiente frecuencia ni con suficiente firmeza que para ellos no hay absolutamente ninguna oportunidad en Natal, ya que el mercado siempre está saturado. De no ser por la iniciativa de la Corporación de proporcionar trabajo temporal, habría habido un nivel de indigencia considerablemente mayor en la ciudad. En general, la conducta de los hombres del equipo de ayuda ha sido sumamente ejemplar y justifica que se mantenga la política que ha adoptado el consejo. Pero, cabe preguntarse, ¿qué está haciendo la Sociedad de Beneficencia? Esa excelente

institución *solo* brinda ayuda *a los residentes* y sus familias y, como de costumbre, tiene las manos ocupadas —si no con dinero, al menos con casos que merecen ayuda».

¿Acaso las personas inteligentes que ven estos asuntos no tomarán medidas para evitar que sus semejantes, menos favorecidos o menos inteligentes, sean aplastados? ¿No ven que la piedra de molino superior se está acercando peligrosamente a la inferior, y que las masas que deben pasar entre ellas en competencia están sintiendo la presión con severidad, y la sentirán aún más? ¿No brindarán ayuda los corazones generosos?

No; la mayoría, que se ve favorecida ya sea por la fortuna o por la habilidad, está tan ocupada en velar por sí misma, en «ganar dinero», desviando la mayor cantidad posible del «grano» hacia sus propios sacos, que no se da cuenta de la verdadera situación. Sí escuchan los gemidos de los menos afortunados y, a menudo, dan generosamente para ayudarlos; pero, a medida que el número de desafortunados crece rápidamente, muchos llegan a sentir que un alivio general es imposible; se acostumbran a las condiciones actuales y se conforman con disfrutar de sus propias comodidades y privilegios especiales, y, al menos por el momento, olvidan o ignoran los problemas de sus semejantes.

Pero hay unos pocos que gozan de buenas circunstancias y que ven la situación real con mayor o menor claridad. Algunos de ellos, sin duda, son fabricantes, propietarios de minas, etc. Pueden ver las dificultades, desearían que las cosas fueran de otra manera y anhelan ayudar a cambiarlas; pero, ¿qué pueden *hacer*? Pueden hacer muy poco, salvo ayudar a aliviar los casos más graves de necesidad entre sus vecinos y familiares. No pueden cambiar la constitución actual de la sociedad ni destruir el sistema competitivo en parte, y se dan cuenta de que el mundo se vería perjudicado por la abolición total de la competencia sin que algún otro poder ocupe su lugar para obligar a los naturalmente indolentes a actuar con energía.

Es evidente que ningún hombre ni grupo de hombres puede cambiar el orden actual de la sociedad; pero por el poder del Señor y en

la manera del Señor, tal como se señala en las Escrituras, este puede ser cambiado —y lo será con el tiempo— por un sistema perfecto, basado no en el egoísmo, sino en el amor y la justicia. Y para introducir esto, las condiciones actuales deben ser derrocadas por completo. El vino nuevo no se echará en odres viejos, ni se pondrá un remiendo nuevo en una prenda vieja. Por lo tanto, con compasión tanto por los ricos como por los pobres ante las aflicciones que se avecinan, podemos orar: «Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo», aunque se introduzca con «el fuego de la indignación de Dios» —para lo cual vemos que los «elementos» ya se están preparando.

Llega la mañana

«Se acerca un día mejor, una mañana prometida desde hace mucho,
en que la verdad y la justicia, con poder sagrado, derrocarán el mal;
cuando Cristo, el Señor, escuchará cada suspiro lastimero,
y extenderá su mano sobre el mar y la tierra, con justicia, en su debido tiempo».

«La jactancia de los tiranos altivos ya no llenará el aire,
sino que tanto los ancianos como los jóvenes amarán la verdad y la difundirán por todas partes.
Ya no surgirá el grito desesperado de la necesidad y el dolor, sino que la guerra cesará y, con el tiempo, florecerá la paz perfecta.

«Se acerca la marea, el año del jubileo;
con gritos y cantos avanza, como las olas del mar.
El jubileo de las naciones resonará por toda la tierra y el cielo. El Alba de la gracia se acerca rápidamente; ya viene, poco a poco.

«¡Oh! Por ese glorioso Alba velamos, esperamos y oramos,
hasta que, desde las alturas, la luz de la mañana ahuyente la oscuridad;
Y cuando la gloria celestial inunde la tierra y el cielo,
bendeciremos al Señor por todas sus obras y lo alabaremos en su debido tiempo».

ESTUDIO VIII

LOS GRITOS DE LOS SEGADORES

El elemento conservador de la sociedad —campesinos, agricultores—; nuevas condiciones en la cristiandad; agitación agraria; sus causas; los estándares del oro y la plata como factores; el cumplimiento de la profecía bíblica; estas cosas relacionadas con la batalla del Gran Día.

«Ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira del Señor». —Sof. 1:18.

El estudiante reflexivo de la historia, al seguir nuestro tema y observar la veracidad de los hechos presentados y la razonabilidad de las conclusiones extraídas, tal vez aún se sienta inseguro respecto al resultado. Puede que se diga a sí mismo: «El autor olvida que tanto en los países civilizados como en los semicivilizados existe un elemento social numeroso y predominante que es extremadamente conservador y que siempre ha constituido la columna vertebral de la sociedad: los agricultores». Pero no es así: no hemos olvidado este hecho y reconocemos su importancia. Al mirar hacia atrás, vemos que Europa se habría visto sumida con frecuencia en las convulsiones de la revolución de no haber sido por este mismo elemento conservador. Vemos que las revoluciones en Francia fueron impulsadas y llevadas a cabo principalmente por la clase trabajadora de las grandes ciudades y que el elemento que finalmente trajo calma y paz fue el campesino conservador. Las razones de esta situación no son difíciles de encontrar. (1) La vida del agricultor contiene menos emoción y fricción social. (2) Su mente se siente menos atraída por las ventajas de la riqueza, y su ambición por la riqueza y el lujo permanece comparativamente latente. (3) Está más o menos

vinculado a la tierra y aprende a depender únicamente de ella, confiando en las recompensas de la naturaleza a cambio de su trabajo. (4) El nivel de educación y el consiguiente despertar y actividad mental entre los agricultores siempre han sido, hasta ahora, bastante limitados. Como resultado de todas estas condiciones, la clase campesina del mundo civilizado ha sido señalada durante mucho tiempo como un ejemplo de prosperidad frugal y satisfacción.

Pero los últimos treinta años han sido testigos de un cambio maravilloso en la situación de los agricultores —en muchos aspectos, un cambio muy ventajoso—. Los agricultores de Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña e Irlanda siempre han estado en una posición diferente a la de los agricultores del resto del mundo. No son ni siervos ni campesinos, ni ignorantes ni torpes, sino inteligentes, incluso cuando no tienen estudios. Además, la Guerra Civil en Estados Unidos tuvo el efecto de reunir a representantes de todas las partes del país e inmigrantes de todas partes del mundo, y proporcionó un cierto tipo de educación: conocimiento de las cosas y los asuntos. Sacó las ideas de los agricultores, más completamente que nunca, de la rutina de siglos, y los puso en contacto y en sintonía con los sentimientos y ambiciones que mueven la vida urbana. Como resultado, la vieja escuela de troncos ya no satisfacía las ambiciones de los muchachos y muchachas del campo, y con el aumento de las escuelas superiores, universidades y seminarios llegó también el aumento de la literatura (especialmente los periódicos), lo cual ha sido un factor notable en el desarrollo de la población de los Estados Unidos —tanto de los ciudadanos nacidos en el extranjero como de los nativos—. El resultado ha sido que se han aplicado a la agricultura gran parte del sistema y el tacto propios de la vida empresarial urbana, junto con una multitud de inventos que han tendido a disminuir el trabajo pesado del agricultor y a aumentar enormemente el rendimiento de su tierra. Como resultado de estas condiciones, no solo ha aumentado enormemente la población rural, sino que la población urbana ha seguido el mismo ritmo; y, sin embargo, además de abastecer de alimentos a nuestros propios noventa millones de habitantes,

podemos distribuir al resto del mundo productos agrícolas por un valor de casi ochocientos millones de dólares al año —aproximadamente ocho décimas partes de nuestras exportaciones totales—. Esto, hasta los últimos veinticinco años, ha significado una gran prosperidad para los agricultores estadounidenses; y con toda esta prosperidad, el agricultor pasó a compartir las comodidades de la vida y el deseo general de riqueza y lujo, y, en consecuencia, sintió cierta insatisfacción con sus condiciones de vida, las cuales, sin embargo, son muy superiores en muchos aspectos a las de los agricultores de otras partes del mundo.

Mientras tanto, la guerra franco-prusiana ejerció una influencia algo similar sobre los pueblos de Francia y Alemania —aunque en mucha menor medida— y su despertar se ha producido de manera diferente. La animosidad entre Francia, la vencida, y Alemania, la vencedora, que ha prevalecido desde su guerra, ha llevado a ambos países —e indirectamente a Italia, Austria y Rusia— a establecer un sistema de entrenamiento militar que abarca a todos los jóvenes de esos países y los obliga a recibir instrucción en tácticas y disciplina militares y, de paso, a estar en contacto con un gran número de sus compañeros. Todo esto proporciona una educación sumamente beneficiosa; además, en los cuarteles se dedican ciertas horas al estudio de los libros. Si bien el mantenimiento de estos ejércitos permanentes ha parecido ser un terrible crimen contra los pueblos de estas diversas naciones, al alejar de los ámbitos de la actividad nacional entre uno y tres años de la vida de cada miembro masculino de la sociedad, sin embargo, creemos que ha demostrado ser una influencia maravillosa para el progreso cultural; y las naciones mencionadas se encuentran despiertas, llenas de energía y ambición como nunca antes lo habían estado. Y, por supuesto, a medida que ha ido llegando la educación y un cierto contacto con las comodidades, los lujos y las comodidades de la vida urbana y la riqueza, ha surgido proporcionalmente un cierto descontento: la sensación de que otros prosperan más que ellos y de que deben estar atentos a una

oportunidad para mejorar sus condiciones—; además, se ha generado una relajación en la moral.

Mientras tanto, los grilletes de la ignorancia y la superstición en el ámbito religioso también han ido cediendo, aunque la influencia del papado y de la Iglesia ortodoxa sigue siendo muy grande. Y aunque solo se cree a medias que el sacerdote, el obispo y el papa tienen el poder de enviar al purgatorio, o al tormento eterno, o de admitir al cielo, su *poder* sigue siendo, en gran medida, temido y reverenciado. En general, sin embargo, se ha producido un gran cambio en todas las clases sociales desde el punto de vista religioso. La tendencia entre los protestantes se ha inclinado, como un péndulo, hacia el extremo opuesto, de modo que, aunque aún se observan formas de piedad y devoción, gran parte de la verdadera reverencia se ha alejado de las masas protestantes. La llamada «crítica superior» y las teorías de la evolución han destruido prácticamente la reverencia por la Palabra de Dios. Y estas teorías, que ahora se mezclan con la teosofía oriental, están haciendo naufragar la verdadera fe cristiana de cientos de miles de personas, tanto en Europa como en América.

Cabe señalar que todas estas influencias llevan ya varios años propiciando un cambio en la actitud de la clase hasta ahora conocida como «la pequeña burguesía conservadora de la cristiandad». Y ahora, justo
en una encrucijada crítica, contemplamos una influencia poderosa que, de manera gradual pero asidua, ha estado actuando —y sigue haciéndolo— para socavar la prosperidad de esta clase conservadora. Durante los últimos veinte años, a los agricultores de las diversas naciones civilizadas les ha resultado cada vez más difícil alcanzar una vida digna o disfrutar de las comodidades y lujos de la vida. Es cierto que los precios de sus productos han subido un poco recientemente. Pero esto se ve más que compensado por el costo de la maquinaria mejorada, etc., aunque esperan, no obstante, que el aumento de

producción lo compensara con creces; y también esperan que, de una forma u otra, los precios mantengan con el tiempo un equilibrio adecuado en lugar de fluctuar en su continuo perjuicio.

Mientras el agricultor estadounidense se ha visto acosado por estas condiciones, a su colega europeo le iba aún peor, ya que sus condiciones eran menos favorables: (1) Para empezar, solía tener una finca arrendada y, comparativamente, más pequeña. (2) No contaba con las mismas facilidades para obtener maquinaria mejorada. Por estas razones, el agricultor europeo no ha podido en absoluto compensar cada caída en el precio del trigo con una mayor producción en cantidad; y ha sufrido proporcionalmente más que su colega estadounidense, salvo en los casos en que centró su atención en la remolacha azucarera.

Filósofos, estadistas y científicos han reflexionado un poco sobre el tema y, en general, han llegado apresuradamente a la conclusión de que cada caída en el precio del trigo es resultado exclusivo de *la «sobreproducción»*. Creyendo haber encontrado la respuesta correcta, dejan el asunto ahí. Pero algunos, más meticulosos, han analizado la cuestión a fondo, han examinado las estadísticas y han descubierto que *no* es *cierto que los graneros del mundo se estén llenando con enormes reservas de trigo para satisfacer las necesidades de los próximos años*. Por el contrario, han constatado que de un año a otro se acumula relativamente poco trigo y que, en la práctica, el mundo no produce más trigo del que se consume.

El Sr. Robt. Lindblom, miembro de la Bolsa de Comercio de Chicago, realizó un estudio sobre el tema y, en una comunicación dirigida al Departamento de Agricultura del Gobierno de los Estados Unidos, con fecha del 26 de diciembre de 1895, afirmó: «La producción total de trigo en los principales países productores no ha aumentado; pues si bien es cierto que algunos de estos países muestran un

aumento *ocasional*, es igualmente cierto que otros países muestran una disminución correspondiente. Para ser absolutamente imparciales, tomemos la última cosecha de la que contamos con datos completos, es decir, la de 1893.

"En cuanto a las cosechas extranjeras, utilizo las cifras proporcionadas por el corresponsal especial en el extranjero de la Junta de Comercio y compiladas por el secretario de la Junta de Comercio de Chicago, y en lo que respecta a las exportaciones y las cosechas nacionales, utilizo las cifras de su departamento. Me veo obligado a omitir la comparación relativa a Austria-Hungría, ya que no cuento con las cifras correspondientes a 1893; sin embargo, aparte de esto, me permito presentarle un cuadro que muestra la producción de trigo en todos los principales países para 1893, en comparación con 1883:

	1893	1883
Inglaterra	53 000 000	76 000 000
Francia	277,000,000	286,000,00
Rusia	252 000 000	273 000 000
Estados Unidos	396 000 000	421 000 000
Alemania	116 000 000	94 000 000
Italia	119 000 000	128 000 000
India	266 000 000	287 000 000
Total	1 479 000 000	1 565 000 000

«De lo anterior se desprende que, en 1893, los principales países productores de trigo del mundo produjeron 86 000 000 bu. menos que diez años antes, mientras que, según sus cifras, la producción en Argentina solo ha aumentado en 60 000 000 bu. durante el mismo período. En 1871, Gran Bretaña produjo más de 116 000 000 bu. de trigo; y en los dos años anteriores y posteriores a ese año, la cosecha fue de 105 000 000 bu., lo que da un promedio de 109 000 000 bu. para los tres años, mientras que este año la cosecha es de poco más de 48 000 000 bu., según las cifras proporcionadas por el corresponsal especial en el extranjero de la Junta de Comercio, con sede en Londres.

«Si fuera cierto que Estados Unidos estuviera siendo desplazado por productores de trigo competidores, entonces se deduciría lógicamente que las *exportaciones de este país a Europa mostrarían una disminución*; pero hasta 1890 inclusive, las exportaciones promedio fueron de 119,000,000 bu., mientras que en 1891 fueron de 225,000,000 bu., en 1892, de 191,000,000 bu., en 1893, de 193,000,000 bu., y en 1894,
164 000 000 bu., por lo que no parece ser cierto que hayamos estado reteniendo nuestro trigo mientras otros países han estado vendiendo el suyo. Los hechos contradicen esa afirmación y, si se necesitara alguna prueba más para demostrarlo, su Departamento proporciona la información de que las existencias en manos de los agricultores el pasado mes de marzo eran *escasas*. No cuento con estadísticas respecto a la cosecha de Australia, de la que tanto se habló hace unos años, pero tengo registradas las exportaciones de ese país en 1893 en 13,500,000 bu., mientras que diez años antes fueron de 23,800,000 bu., y en 1894 y 1895 Australia importaba trigo de América.

«No he dicho nada sobre *el aumento del consumo* que, en la última década, en Inglaterra asciende a 18 000 000 de bushels, y en este país, durante el mismo período, el aumento no es menor de 50 000 000 de bushels; además, ha habido un aumento en todos los países, excepto en Francia, suficiente para absorber con creces cualquier aumento de la producción en todo el mundo».

Sea cual sea la causa de estas caídas en el precio del trigo (y podríamos señalar que, en los últimos tres años, el aumento temporal se debe probablemente *a que* los agricultores, al encontrar el precio del trigo relativamente más bajo que el de otros cereales, sembraron mayores cosechas de avena, maíz, centeno, etc.), el hecho es que a los agricultores casi se les ha arrebatado la vida misma, tanto en Europa como en Estados Unidos. Muchos agricultores estadounidenses que se endeudaron para comprar maquinaria agrícola, o que están sujetos a una hipoteca sobre su granja y su hogar, encuentran imposible cumplir con los pagos de estas, incluso en años de cosechas bastante buenas. Están protestando enérgicamente contra los titulares de las hipotecas y también, con frecuencia de manera injusta, contra las tarifas que cobran los ferrocarriles por transportar sus cosechas. Los

agricultores europeos están solicitando a sus respectivos gobiernos «protección» contra la importación de trigo de otros países, a fin de poder mantener o elevar sus precios para cubrir un costo razonable de producción; alegando, como toda persona razonable admitiría, que cincuenta o sesenta centavos por bushel de trigo está por debajo del costo si se permite una remuneración razonable por el tiempo y la energía del agricultor.

Esto nos lleva a destacar una profecía muy llamativa respecto a los últimos días de la edad evangélica, tal como la registró el apóstol Santiago. (Santiago 5:1-9) Después de llamar nuestra atención sobre la época actual y su maravillosa acumulación de riquezas, y tras señalar que estas cosas están a punto de traer un gran tiempo de angustia, el apóstol señala como causa inmediata de la angustia un malestar en la clase social hasta entonces conservadora: los agricultores. Parece señalar la situación tal como ahora pueden observarla todos los observadores atentos, y agrega a modo de *explicación* que es el resultado de un *fraude*. Dice:

«He aquí, esa recompensa que ustedes [“los ricos”] han retenido fraudulentamente de aquellos jornaleros que cosecharon su campo clama; y los fuertes gritos de los jornaleros han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos».

Hemos visto en el capítulo anterior que los mecánicos y los obreros de las ciudades ya están sufriendo en cierta medida, pero que sus verdaderos sufrimientos hasta ahora consisten principalmente en *el temor* a las condiciones mucho peores que se desarrollan a diario con el aumento de la inteligencia, la maquinaria y la población, bajo las condiciones sociales actuales. El agricultor civilizado no solo tiene que lidiar con todo esto, sino que, como demostraremos, ahora está agobiado por un *«fraude»* que no perjudica, sino que más bien beneficia a su hermano, el mecánico.

Al analizar los hechos del caso, no podemos considerar cierto que los trabajadores en general, y los jornaleros agrícolas en particular, sean estafados en sus salarios por los empleadores en estos «últimos

días de esta era. De hecho, por el contrario, observamos que las leyes son más estrictas que nunca para proteger al asalariado de cualquier pérdida. Este puede embargar y vender los bienes de su empleador y, de hecho, en la mayoría de los casos se le otorga prioridad entre los acreedores. Creemos que la profecía se aplica más bien a los agricultores en general, quienes son los productores de alimentos del mundo, los «cosechadores»; y deberíamos esperar alguna legislación *general* a nivel mundial que afectara a todos estos «cosechadores» por igual en todas partes. Deberíamos esperar que dicha legislación se apruebe mediante artimañas o engaños, y deberíamos esperar que esa legislación engañosa o ese «fraude» legalizado sea respaldado por y beneficie a los ricos del mundo». Tal hallazgo, y ningún otro que se nos ocurra, cumpliría con los requisitos de esta profecía. Creemos, y nos esforzaremos por demostrarlo, que todos estos requisitos de la profecía se cumplen en la desmonetización de la plata.

¡Pero que nadie piense ni por un momento que estamos instando o esperando el regreso de la plata a su antiguo lugar como la principal moneda del mundo! —¡y mucho menos que la estamos promoviendo como una panacea para los problemas presentes y futuros! Muy por el contrario, estamos firmemente convencidos, a partir de la profecía de Santiago, de que la plata *no recuperará su poder monetario*. Pero sí deseamos mostrar el cumplimiento de esta profecía, y que todos se beneficien de la luz que arroja sobre los problemas actuales y venideros del mundo.

La desmonetización de la plata por parte de la cristiandad beneficia a ciertas clases y perjudica a otras dentro de la «cristiandad».

Es *una desventaja* para los productores de trigo, arroz y algodón, porque deben vender estos productos de su esfuerzo compitiendo con los productos de países que operan con base en la plata y, por lo tanto, en la práctica venden a cambio de *plata* devaluada; mientras que su tierra, sus aperos, su ropa, su mano de obra y los intereses de las hipotecas sobre sus propiedades deben pagarse en *oro* revalorizado. Si reciben el pago en plata

y pagan la misma suma en oro, pierden precisamente la mitad —cuando el oro vale el doble que la plata—. En 1873, antes de que las naciones de la cristiandad desmonetizaran la plata, un dólar de plata valía dos centavos más que un dólar de oro, mientras que hoy, como consecuencia de esa legislación, se necesitan dos dólares de plata para igualar un dólar de oro (en valor *real*, fuera de la nación que los crea y los utiliza a una valoración fija, como los billetes de banco). Este cambio puede expresarse como una apreciación o duplicación del valor de un dólar de oro; o como una depreciación o división del valor de un dólar de plata, según prefiera quien lo diga o lo escriba; el *hecho* es el mismo. El valor de un bushel de trigo

> en 1872 era de 1,51 dólares en plata por bushel, y de 1,54 dólares en oro; en 1878 era de 1,34 dólares en plata por bushel, y de 1,19 dólares en oro; en 1894 era de 1,24 dólares en plata por bushel, y de 0,61 dólares en oro

Así pues, parece que el trigo durante esos años bajó muy poco en los países que aún reconocen la plata; la caída en el valor se produjo en oro, en la cristiandad. Inglaterra, el principal comprador de trigo, compra donde puede obtener más trigo por su dinero. Al convertir un dólar de oro en dos de plata, puede comprar el doble de trigo en la India que antes de que se desmonetizara la plata. De este modo, se redujo el precio del trigo en términos de oro. Los productores de arroz y algodón de Estados Unidos sufren de manera similar por las mismas razones. El arroz y el algodón son producidos por países con patrón de plata, y los países con patrón de oro pueden comprarlos sobre esa base: a la mitad del precio anterior.

Por cierto, los productores de otros cultivos agrícolas compartieron el problema, pues los productores de trigo, algodón y arroz, tras intentar en vano compensar la caída de los precios con un aumento de la producción, finalmente recurrieron, desesperados, a otros cultivos cuyos precios no bajaron tanto, pero que se vieron afectados por la sobreproducción. Además, las pequeñas tiendas están sufriendo, y en última instancia todas las clases sociales deben sentir, en cierta medida, la carga que soporta el agricultor.

¿Pero qué clases se benefician de la desmonetización de la plata? Varias: (1) Especialmente, y sobre todo, los banqueros, los prestamistas y los propietarios de hipotecas; porque cada dólar de su riqueza vale ahora el doble de lo que valía antes; vale el doble en el sentido de que *permite comprar el doble* de los artículos de primera necesidad y de lujo.
(2) Todas las personas con ingresos fijos, como congresistas, legisladores, jueces, empleados administrativos y todos los trabajadores que reciben un salario, se benefician por razones similares. Ya sea que ganen diez dólares a la semana, al día o por hora, esos diez dólares les permitirán comprar el doble de algodón, lana, trigo, etc., y, en consecuencia, casi el doble de los productos derivados de estos.

Cuando los agricultores —quienes fueron los primeros en descubrir la causa de sus problemas— plantearon de improviso la cuestión de la plata ante el pueblo de los Estados Unidos, por un tiempo pareció que arrasaría en todo el país en las elecciones de 1896. Pero a medida que cada individuo velaba por sus propios intereses en el asunto, la clase adinerada, los titulares de cargos públicos, los empleados y los trabajadores comenzaron a darse cuenta de que su pan estaba untado con mantequilla del lado del oro; los comerciantes y los agricultores acomodados, con cautela, dudaron de sus propios juicios y siguieron el ejemplo de sus banqueros —en contra de sus propios intereses—; y la plata fue derrotada en la nación para cuyos intereses era más vital —la única nación que, debido a la naturaleza y el volumen de sus exportaciones e importaciones, podría haber inclinado la balanza y devuelto a la plata su antiguo valor como moneda.

Pero ahora el caso es desesperado: la plata no recuperará el lugar que perdió en 1873. Ahora es una cuestión de puro egoísmo, y aunque los agricultores como clase son más numerosos que cualquier otra, no constituyen una *mayoría*, y casi todos los demás tienen intereses egoístas del otro lado de la cuestión. ¡Pobres agricultores! ¡Pobres cosechadores

de los campos! Sus gritos de los últimos años se han aliviado un poco por un tiempo, debido a un aumento artificial de los precios —un pequeño respiro al que pronto le seguirá una presión mayor que nunca y gritos cada vez más fuertes de los segadores de la cristiandad. Así es como la paciencia y el conservadurismo de la clase más paciente y conservadora de la sociedad están siendo socavados y destruidos como una preparación más para el gran tiempo de angustia, el gran día de la venganza.

Pero, ¿cómo se produjo la desmonetización de la plata? ¿A quién le interesaría que tal catástrofe se abatiera sobre el mundo? Respondemos: los financieros tomaron la iniciativa. Es *«su negocio»* administrar y manejar el dinero de la misma manera que un agricultor trabaja su finca: para obtener para sí mismos, o para sus consorcios e instituciones, el mayor incremento posible. Los financieros ingleses lideran el mundo: llevan más tiempo en el negocio y le han dedicado un mayor estudio.

«En la guerra todo vale» es un adagio, y los financieros y estadistas de Inglaterra —quienes parecen haberse despertado cincuenta años antes que el resto del mundo en lo que respecta a estos asuntos— parecen pensar que la guerra comercial está a la orden del día y es mucho más rentable para los vencedores que el comercio de esclavos del pasado y las expediciones de saqueo. Los británicos se dieron cuenta desde temprano de que, al tener un territorio relativamente pequeño, su mayor prosperidad debía residir en la industria manufacturera y las finanzas, no solo para sí mismos, sino también, en la medida en que se les permitiera, para el resto del mundo. Sus líderes públicos han seguido cuidadosamente este plan y, al poder fabricar a menor costo en ese entonces que el resto del mundo, adoptaron la política más favorable a sus propios intereses —el libre comercio— y desde entonces la han promovido como política ante el mundo civilizado. Estas condiciones han convertido desde hace mucho tiempo a Gran Bretaña no solo en el taller del mundo, sino también en su centro comercial, monetario y bancario.

Hace casi un siglo, astutos financieros británicos se dieron cuenta de que, dado que no eran un pueblo agrícola, sus intereses se verían favorecidos al *deprimir* los precios de los productos agrícolas, que se veían obligados a comprar a otras naciones. También se dieron cuenta de que la plata era la moneda del mundo y lo había sido desde los albores de la historia; por lo tanto, si lograban cambiar su patrón monetario para hacer negocios sobre la base del oro mientras el resto del mundo utilizaba la plata, podrían alterar los valores relativos de ambos metales a su favor. En consecuencia, Gran Bretaña desmonetizó la plata ya en 1816. Si hubiera logrado obstaculizar la industria manufacturera en otros países, como pretendía, y así (gracias a contar con inmensas plantas e instalaciones y obreros experimentados) hubiera podido fabricar telas de algodón y lana, así como maquinaria, a precios más bajos de los que el resto del mundo, sin el equipo necesario, pudiera producir, habría logrado separar su moneda de la del resto del mundo y, en última instancia, se habría beneficiado enormemente. Pero en ninguno de estos aspectos tuvo éxito por completo: Francia, y los Estados Unidos en particular, y más tarde Alemania, establecieron aranceles protectores y, de ese modo, fomentaron las industrias mecánicas dentro de sus fronteras, y gradualmente han llegado a ser capaces no solo de satisfacer la mayor parte de sus propias necesidades, sino también de competir con Gran Bretaña por el comercio mundial —India, China, España, Portugal, Sudamérica, Rusia—, todos los cuales, como hemos visto, a su vez buscan seguir el mismo camino y desarrollar sus propias manufacturas; sin embargo, Gran Bretaña sigue liderando la industria manufacturera y el comercio mundial. Tampoco logró separar el oro de la plata, que durante tanto tiempo se habían reconocido conjuntamente como la moneda del mundo. De hecho, aunque la relación entre ambos metales había sido durante años de aproximadamente dieciséis partes de plata por una de oro en valor, la tendencia era más bien que la plata

se apreciara y el oro se depreciara relativamente, debido a que la plata era la moneda de uso predominante en el mundo y gozaba de mayor preferencia que el oro entre la población, excepto en Gran Bretaña. No es de extrañar, por lo tanto, que, como lo demuestran las estadísticas, un dólar de plata tuviera una prima de más de dos centavos sobre un dólar de oro en 1872.

Al darse cuenta de que por sí solos no podían controlar ni el oro ni la industria manufacturera, los financieros británicos buscaron la cooperación con Estados Unidos y con Europa, con la esperanza de que, gracias a su esfuerzo conjunto, se separaran los valores del oro y la plata, y así se lograra que el oro se revalorizara. Mediante una alianza de las naciones civilizadas para desmonetizar la plata como moneda de curso legal, el efecto sería:

(1) La plata se convertiría simplemente en una mercancía comercializable en los países civilizados y, por lo tanto, sería más barata que el oro, cuyo valor (establecido) aumentaría proporcionalmente a medida que la plata perdiera valor. Esto permitiría a los países civilizados comprar lo que desearan de algodón, trigo, caucho y otras materias primas de las naciones incivilizadas con una moneda devaluada, la plata, y así obtenerlas más baratas —a mitad de precio—, mientras obligaban a los pobres paganos a pagar por todos los artículos de lujo, maquinaria, etc., comprados a las naciones civilizadas, al doble de precio; porque el dólar de plata de los paganos había sido desmonetizado y degradado a medio dólar por la legislación de sus hermanos civilizados de la cristiandad, bajo la guía de los «Shilocks», también conocidos como financieros. Este uso de los cerebros civilizados para sacar ventaja a los paganos se justifica como «puramente de negocios»; pero, ¿era justicia o era
fraude, desde el punto de vista divino? Sin duda, no era tratar al vecino pagano como ellos querrían que el pagano los tratara a ellos.

(2) Aunque esto permitiría que todas las naciones civilizadas

en pie de igualdad con Gran Bretaña en lo que respecta al comercio exterior, ella esperaba que, al llevar la delantera sobre las demás, siempre pudiera conservar la mayor parte del comercio exterior.

No ignoramos la ley de la oferta y la demanda en lo que respecta al trigo: admitimos su influencia, pero hemos demostrado que, hasta el momento, el mundo no tiene un exceso de oferta. De hecho, hemos visto, a partir de las estadísticas del Sr. Lindblom, que la oferta de trigo ni siquiera sigue el ritmo del aumento de la población mundial. Observamos, además, que si bien el año 1892 se destacó por haber producido la mayor cosecha de trigo en la historia del mundo, el precio promedio del trigo en la ciudad de Nueva York para ese año fue de 90 centavos por bushel; y que, con cosechas más pequeñas desde entonces, el precio disminuyó de manera constante, hasta el aumento artificial de los últimos años.

El repunte en los precios puede deberse a ciertas condiciones excepcionales que prevalecen en todo el mundo. La cosecha de trigo de Rusia, la República Argentina, Austria, Hungría y otros países podría estar considerablemente por debajo del promedio, mientras que la India, que por lo general cuenta con un gran excedente de trigo para la exportación, podría estar enfrentando una hambruna que afecta a 35 000 000 de su población, lo que requeriría trigo estadounidense para ayudar a suplir su déficit. Tal situación en años anteriores —digamos incluso en 1892, con la cosecha más grande que el mundo haya conocido—, habría situado el precio del trigo probablemente en 1,30 dólares por bushel (pues una onza de plata aún valía 87 centavos en oro en 1892), mientras que, bajo las condiciones monetarias que prevalecían en 1873, el precio mundial del trigo en 1896 habría subido hasta alcanzar el precio al que se vendía en la India: alrededor de
1,90 dólares por bushel (plata). Además, al analizar este tema, debemos tomar en cuenta el hecho de que, si bien el precio del trigo cayó considerablemente durante los últimos treinta años por alguna causa (que, como hemos visto, no se debió a la sobreproducción), los precios de algunos otros artículos han

bajado relativamente poco. Por ejemplo, comparemos el año 1878 con el año 1894, que son años representativos. Las siguientes cotizaciones representan los precios promedio de esos años en la ciudad de Nueva York:

	1878	1894
Centeno, por bushel	$ 0,65	0,68
Avena, por bushel	33	0,37
Maíz, por bushel	52	,51
Tabaco de hoja de Kentucky, por libra	.07	.095
Carne de res fresca, al por mayor	0525	.055
Carne de cerdo fresca, venta al por mayor	0425	.055
Heno, por tonelada	7,25	8,50

Compárese esto con los tres productos: el trigo, el algodón y la plata, que se vieron especialmente afectados, y de manera similar, y evidentemente por la misma causa: la desmonetización de la plata por parte de la cristiandad.

	1878	1894
Algodón, por libra	$ 0,11	0,07
Trigo, por bushel	1,20	0,61
Plata, por onza	1,15	0,635

Pero, alguien podría sugerir, ¿no es posible que la desmonetización de la plata haya sido impuesta a las naciones de la cristiandad por la ley de la oferta y la demanda? ¿No se debe su caída en valor a que se volvió *demasiado abundante*, y no a algún plan para aumentar el valor del dinero de oro?

No, respondemos; aunque la producción de oro y plata ha sido grande últimamente, el crecimiento de la actividad comercial general y de la población ha sido proporcionalmente mucho mayor. Todo el oro y la plata del mundo, si se acuñaran como moneda, serían totalmente *insuficientes* para la actividad comercial mundial, y sería necesario complementarlos con billetes del gobierno, bancarios y comerciales, certificados de cámaras de compensación, etc. Es el prestamista quien tiene interés en que la moneda de curso legal sea escasa, de modo que

siempre tenga una buena demanda del mismo, y pueda prestarlo a una buena tasa de interés y exigir doble garantía. En 1896, todo el oro del mundo, acuñado y sin acuñar, se calculaba en menos de sesenta mil millones de dólares ($6,000,000,000), mientras que las deudas públicas y privadas de Estados Unidos se estimaban en más de tres veces esa suma. Rusia había estado intentando durante años, antes de 1873, volver de un papel moneda devaluado a un patrón de plata, y como no pudo obtener suficiente plata, sigue basándose en el papel. Mencionamos estos asuntos para demostrar que la caída de la plata fue *premeditada*; que no fue causada por la ley de la oferta y la demanda (en 1872 tenía más demanda que el oro y se cotizaba con una prima sobre este), sino por *la legislación*.

¿Pero es concebible que los representantes del pueblo de todas las naciones de la «cristiandad» se hayan confabulado contra los paganos y contra sus propios agricultores? No: los hechos no respaldan tal conclusión; más bien indican que el poder monetario (al que llamaremos «Shylock»)
diseñó el plan para engañar a los legisladores en cuanto a los resultados que cabía esperar. Contamos con el testimonio del príncipe Bismarck y de muchos congresistas de Estados Unidos en este sentido. Así, *«mediante el* fraude», se insertó la delgada cuña de la legislación entre las dos mitades del dinero mundial, con el efecto de devaluar la plata y duplicar el valor del oro; y ahora, cuando se percibe el mal, los estadistas se quedan consternados ante la magnitud de la ruptura y se dan cuenta de que devolver a la plata su lugar anterior causaría dificultades y pérdidas a la clase de los acreedores, en *contraposición* al daño y las pérdidas ya sufridas por la clase de los deudores debido a la devaluación de la plata. Además, «Shylock», habiendo obtenido una ventaja tan valiosa (duplicar el *valor* de todas sus posesiones e ingresos), preferiría permitir que la sociedad entrara en convulsiones de pánico o revolución antes que perder este control sobre la sangre vital financiera de la humanidad. «Shylock» tiene el poder de hacer cumplir sus exigencias. Controla a la numerosa clase de prestatarios que

acuden suplicantes a los mostradores de su banco; controla a los gobiernos nacionales, todos los cuales son prestatarios, y controla a la prensa, mediante la cual se alienta al público a confiar en el honor y la benevolencia de «Shylock» y a temer su ira y su poder. Además, una clase muy numerosa e *influyente* de funcionarios asalariados, empleados y trabajadores calificados considera que sus intereses concuerdan con la política de «Shylock»; y, si no son sus partidarios,
se muestran tibios o indiferentes en su oposición a su política, y se inclinan a decir poco o nada en su contra.

Entre los numerosos testimonios sobre el engaño y el fraude practicados, bastarán los siguientes:

El senador Thurman dijo:

«Cuando el proyecto de ley estaba pendiente en el Senado, pensábamos que se trataba simplemente de un proyecto para reformar la casa de la moneda, regular la acuñación y arreglar una cosa y otra, y no hay ni un solo hombre en el Senado, creo, a menos que sea miembro del comité del que provino el proyecto, que tuviera la más mínima idea de que se trataba siquiera de un intento de desmonetización». *Registro del Congreso*, volumen 7, parte 2, 45.º Congreso, segunda sesión, página 1.064.

El senador Conkling, en el Senado, el 30 de marzo de 1876, durante las intervenciones del senador Bogy sobre el proyecto de ley (S. 263) para enmendar las leyes relativas a la moneda de plata como curso legal, preguntó con sorpresa:

«¿Me permitirá el senador hacerle una pregunta a él o a algún otro senador? ¿Es cierto que actualmente, por ley, no existe el dólar estadounidense? Y, de ser así, ¿es cierto que el efecto de este proyecto de ley es convertir a los medios dólares y a los cuartos de dólar en las únicas monedas de plata que pueden utilizarse como moneda de curso legal?»

El senador Allison, el 15 de febrero de 1878, dijo:

«Pero cuando se cuente la historia secreta de este proyecto de ley de 1873, se revelará el hecho de que la Cámara de Representantes tenía la intención de acuñar tanto oro como plata, y de establecer

ambos metales en la relación francesa, en lugar de en la nuestra, que era la verdadera postura científica con respecto a este tema en 1873, pero que el proyecto de ley fue posteriormente manipulado».----

El honorable William D. Kelley, quien estuvo a cargo del proyecto de ley, en un discurso pronunciado en la Cámara de Representantes el 9 de marzo de 1878, dijo:

«En relación con la acusación de que defendí el proyecto de ley que desmonetizó el dólar de plata estándar, digo que, aunque era presidente del comité de acuñación, desconocía el hecho de que desmonetizaría el dólar de plata de nuestro sistema monetario, al igual que aquellos distinguidos senadores, los señores Blaine y Voorhees, quienes en ese entonces eran miembros de la Cámara, y cada uno de quienes hace unos días interrogó al otro: "¿Sabías que se había eliminado cuando se aprobó el proyecto de ley?" "No", respondió el Sr. Blaine, "¿y tú?" "No", respondió el Sr. Voorhees, "no creo que hubiera ni tres miembros en la Cámara que lo supieran"».----

Una vez más, el 10 de mayo, el Sr. Kelley dijo:

"Todo lo que puedo decir es que la comisión de acuñación, pesos y medidas, que presentó el proyecto de ley original, fue fiel y competente, y examinó minuciosamente las disposiciones; que, como su portavoz, yo lo presenté; que contenía disposiciones tanto para el dólar de plata estándar como para el dólar comercial. Como no supe hasta mucho después de su promulgación como ley de la sustitución en el Senado de la sección que eliminaba el dólar estándar, confieso no saber nada de su historia; pero estoy dispuesto a afirmar que en toda la legislación de este país no hay ningún misterio comparable a la desmonetización del dólar de plata estándar de los Estados Unidos. Nunca he encontrado a nadie que pudiera explicar exactamente cómo sucedió o por qué».

El senador Beck, en un discurso ante el Senado el 10 de enero de 1878, dijo:

«Ninguna de las dos Cámaras del Congreso entendió jamás ese proyecto de ley (el que desmonetiza la plata). Lo digo con pleno conocimiento de los hechos. Ningún reportero de periódico —y son los hombres más vigilantes

que he visto a la hora de obtener información— descubrió que se había llevado a cabo».

Si el espacio lo permitiera, podríamos citar expresiones igualmente contundentes de muchos otros. El propio título del proyecto de ley era engañoso; se titulaba: «Ley por la que se revisan las leyes relativas a la Casa de la Moneda, a los funcionarios de ensayo y a la acuñación de monedas de los Estados Unidos; y la
desmonetización de la plata quedó oculta por (1) la disposición de la sección 14, según la cual un dólar de oro sería de ahí en adelante «la unidad de valor»; y (2) por la sección 15, que define y especifica
las monedas de plata, pero omite por completo mencionar el dólar de plata "estándar". La Ley del 22 de junio de 1874 remató la eliminación del dólar de plata "estándar" sin siquiera nombrarlo, al disponer simplemente que no se acuñaran otras monedas excepto las mencionadas en la Ley de 1873. Y se dice que el presidente U. S. Grant, cuya firma convirtió la ley en norma, no estaba al tanto de su naturaleza, y así lo declaró cuatro años después, cuando los efectos comenzaron a hacerse evidentes. De hecho, pocos, salvo los «financieros» de visión a largo plazo, prestaron mucha atención a la moneda metálica, ya que la nación aún no había
reanudado aún los pagos en moneda de metal y se suponía que esto sería un paso preparatorio útil en esa dirección.

El Sr. Murat Halstead, editor de la Cincinnati *Commercial Gazette*, fue uno de los hombres más capaces de su época. El siguiente texto, escrito por él con fecha del 24 de octubre de 1877, se cita del New York *Journal*:

«Esta política británica del oro fue obra exclusiva de expertos. La evasión era esencial para su éxito, y posiblemente porque la moneda no estaba en circulación y, al estar fuera de la vista del público, se podía manipular sin llamar la atención. El sistema monometálico de la gran nación acreedora se impuso así a la gran nación deudora sin debate alguno».

Las siguientes palabras se atribuyen públicamente al difunto coronel R. G. Ingersoll:

«Pido la remonetización de la plata. La plata fue desmonetizada mediante fraude. Fue una imposición a todo hombre solvente, un fraude contra todo deudor honesto en los Estados Unidos.

asasina a la clase trabajadora. Se hizo en nombre de la avaricia y la codicia, y debe ser deshecho por hombres honestos».

Que el efecto sería el que es fue predicho por numerosos estadistas en las salas del Congreso tan pronto como se comprendió la verdadera situación —de 1877 a 1880—. Algunos se mostraron ciegos ante el problema, otros se callaron por interés propio y otros confiaron en el consejo de los «financieros», pero otros
se pronunciaron valientemente en contra de esa injusticia.

El difunto honorable Santiago G. Blaine dijo en un discurso ante el Senado de los Estados Unidos (1880):

«Creo que la lucha que se libra actualmente en este país y en otros por un patrón oro único, de tener éxito, provocaría un desastre generalizado en todo el mundo comercial. La eliminación de la plata como moneda y el establecimiento del oro como única unidad de valor tendrán un efecto ruinoso en todas las formas de propiedad, excepto en aquellas inversiones que *generen un rendimiento fijo en dinero*. Estas verían su valor enormemente incrementado y obtendrían una ventaja desproporcionada e injusta sobre cualquier otro tipo de propiedad. Si, como afirman las estadísticas más confiables, hay cerca de $7,000,000,000 en monedas o lingotes en el mundo, divididos de manera muy equitativa entre oro y plata, es imposible eliminar la plata como moneda sin que ello tenga consecuencias que resultarán angustiosas para millones de personas y absolutamente desastrosas para decenas de miles. Creo que las monedas de oro y plata son la moneda de la Constitución; de hecho, la moneda del pueblo estadounidense anterior a la Constitución, que la gran ley orgánica reconoció como totalmente independiente de su propia existencia. No se le otorgó al Congreso ninguna facultad para declarar que ninguno de los dos metales dejara de ser moneda; por lo tanto, en mi opinión, el Congreso no tiene facultad para desmonetizar ninguno de ellos. Por lo tanto, si la plata ha sido desmonetizada, estoy a favor de volver a monetizarla. Si se ha prohibido su acuñación, estoy a favor de ordenar que se reanude. Estoy a favor de que se amplíe su acuñación».

El difunto senador Vance dijo más tarde:

«El poder del dinero y sus aliados en todo el mundo se han sumado a esta conspiración para perpetrar el mayor crimen de esta o de cualquier otra época: derrocar la mitad del dinero del mundo y, de ese modo, duplicar su propia riqueza al aumentar el valor de la otra mitad que está en sus manos. Los cambistas están contaminando el templo de nuestras libertades».

El Gobierno de los Estados Unidos envió cartas oficiales a sus representantes en el extranjero, solicitándoles informes sobre asuntos monetarios. El informe del Sr. Currie, ministro en Bélgica, ampliamente difundido, es un documento notable, en consonancia con las experiencias del pueblo de los Estados Unidos. Él relata la siguiente respuesta a sus preguntas, dada por el honorable Alfonse Allard, director de Finanzas de Bélgica:

«Desde 1873 existe una crisis, que consiste en una caída de todos los precios, y no parece posible detener su avance. Esta caída de los precios, que repercute en los salarios, está dando lugar ahora a una crisis social e industrial.

"Me pregunta por qué regresamos en 1873 al monometalismo, por más cojo que sea. No puedo concebir otra razón, salvo que fuera para complacer a cierta clase de financieros que se beneficiaron de ello —una clase respaldada por teorías inventadas y defendidas en ese momento por algunos economistas políticos, en particular por miembros del Instituto de Francia.

"¿Me preguntas qué influencia han tenido estas medidas monetarias en Bélgica sobre la industria y los salarios? El dinero, que ya escaseaba en 1873, se ha vuelto aún más escaso, y se ha producido esa caída de los precios que se había pronosticado. La caída promedio en el precio de todos los productos del trabajo es del 50 por ciento desde 1873; la de los cereales, de más del 65 por ciento. La industria ya no es rentable, la agricultura está arruinada y todos claman por protección mediante aranceles, mientras que nuestros ciudadanos arruinados piensan en la guerra. Tal es la triste situación de Europa».

En una carta dirigida a la Liga Nacional Republicana (11 de junio de 1891), el senador J. D. Cameron dijo:

«Nos parece que el patrón oro único está causando la ruina con una violencia que nada puede resistir. Si esta influencia continúa en el futuro al mismo ritmo que lo ha hecho durante los veinte años transcurridos desde que el patrón oro se apoderó del mundo, alguna generación, no muy lejana, verá en el vasto continente americano solo media docena de ciudades desmesuradas que custodian una masa de capital y la prestan a una población de trabajadores dependientes, con la hipoteca de sus cultivos en crecimiento y su trabajo manual sin terminar. Esas escenas han sido bastante comunes en la historia del mundo, pero todos nos rebelamos contra ellas. Ricos y pobres por igual; republicanos, demócratas, populistas; trabajo y capital; iglesias y universidades: todos por igual, y todos con sólida buena fe, rechazan un futuro como este».

Los financieros ingleses saben muy bien por qué están sufriendo los agricultores del mundo, y especialmente los de Estados Unidos y Canadá, que exportan trigo; y a veces confiesan que se debe a su propio egoísmo. Por ejemplo, citamos lo siguiente de las columnas editoriales del *Financial News* (Londres), del 30 de abril de 1894:

«Tenemos frecuentes diferencias diplomáticas con Estados Unidos; pero, por regla general, rara vez se asocian a ellas sentimientos de animadversión entre los pueblos de ambos países, y las disputas pasan y se olvidan. Pero ahora estamos fomentando el crecimiento de la sensación de que, en una cuestión que afecta la prosperidad de millones de estadounidenses, este país se inclina a albergar opiniones hostiles hacia Estados Unidos. Sabemos, por supuesto, que esa hostilidad es accidental y que nuestra política monetaria está controlada por consideraciones puramente egoístas —tan puramente egoístas que no nos importa ver a la India sufrir por nuestras acciones mucho más de lo que lo hace Estados Unidos...

"El senador Cameron señala una clara moraleja cuando comenta que si Estados Unidos se atreviera a separarse de

Europa y adoptara abiertamente la plata, tendría a toda América y Asia de su lado, y dominaría los mercados de ambos continentes. "La barrera del oro sería más fatal que cualquier barrera aduanera. El vínculo de la plata sería más fuerte que cualquier vínculo del libre comercio". No cabe duda de que, si Estados Unidos adoptara mañana un sistema basado en la plata, el comercio británico se arruinaría antes de que termine el año. Todas las industrias estadounidenses quedarían protegidas, no solo en el país, sino en todos los demás mercados. Por supuesto, los Estados sufrirían en cierta medida al tener que pagar sus obligaciones en el extranjero en oro; pero la pérdida por cambio de divisas en este rubro sería una mera gota en el océano comparada con las ganancias que se obtendrían de los mercados de Sudamérica y Asia, por no hablar de Europa. Lo sorprendente es que Estados Unidos no haya aprovechado esta oportunidad hace mucho tiempo, y de no ser por la creencia de que el camino de Inglaterra es necesariamente el camino hacia el éxito comercial y la prosperidad, sin duda ya lo habría hecho hace mucho. Ahora, los estadounidenses están tomando conciencia de que, «mientras limiten su ambición a convertirse en una Inglaterra más grande», no podrán superarnos. Ha sido una suerte para nosotros que nunca antes se les haya ocurrido a los estadounidenses desplazarnos de los mercados mundiales adoptando el sistema de la plata, y tal vez nos mereceríamos que, irritados por la apatía despectiva de nuestro gobierno ante la gravedad del problema de la plata, los estadounidenses tomaran represalias excluyendo al oro. Se podría hacer fácilmente.
. . . Últimamente no han faltado indicios de una creciente
irritación hacia este país por su actitud de «perro del huerto» ante una cuestión (la cuestión de la plata) que está convulsionando a dos continentes y comprometiendo gravemente el futuro de los estados más pobres de Europa».

Que el clamor de los agricultores, de que la recompensa por su trabajo se ve retenida por el fraude, es general en todos los países con patrón oro —en toda la cristiandad—, lo citamos de la siguiente manera:

Con fecha del 22 de septiembre de 1896, el New York *World* publicó un extenso mensaje telegráfico, firmado por destacados agricultores de Europa, reunidos en un Congreso Agrícola Internacional en Budapest, Hungría, dirigido al entonces candidato presidencial W. J. Bryan. Decía lo siguiente:

"Les deseamos éxito en su lucha contra el dominio de la clase acreedora, la cual, durante los últimos veintitrés años, ha impuesto tanto en Europa como en América *una legislación monetaria que destruye la prosperidad de sus agricultores y de otros sectores*. Creemos que, a falta de dicha restauración (de los privilegios monetarios de la plata
a los privilegios monetarios), la prima del oro en toda Asia y Sudamérica seguirá privando al agricultor (de América y Europa) de toda recompensa por su esfuerzo, y que su elección pueda evitar en Europa los graves problemas agrarios y sociales que se avecinan».

El New York *World*, con fecha del 24 de septiembre de 1896, publicó las siguientes palabras del príncipe Bismarck dirigidas al señor von Kardorf, líder del Partido Conservador Libre en el Reichstag alemán:

«Soy demasiado viejo para volver a aprender sobre el tema de la moneda, pero reconozco que, aunque en 1873 actué siguiendo lo que consideré el mejor consejo, mi acción fue demasiado precipitada a la luz de los resultados que se han producido.

«La única clase a la que no podemos permitirnos alienar es la clase campesina. Si están convencidos —y te aseguran *que lo están— de que la depresión agrícola es consecuencia de estos cambios monetarios*, nuestro gobierno debe revisar su postura».

La actual depresión extrema de la plata, y de todos los productos básicos que se venden a base de plata, se produjo de manera muy gradual, por dos razones. (1) Se requirió tiempo y manipulación para deprimir el precio de la plata, un producto básico que sigue teniendo una gran demanda por parte de más de la mitad de la población mundial. (2) Los propietarios de minas de plata y otras personas directamente interesadas, junto con los estadistas que previeron el mal que se avecinaba, presionaron con tanta fuerza en el Congreso de los Estados Unidos que se recurrió a medidas provisionales, como la Ley de Remonetización de 1878 y la Ley de Compra de Plata de 1890. Pero esas medidas provisionales resultaron inviables. La plata debe ser o bien una moneda con pleno poder, igual al del oro, como moneda de curso legal, o bien debe considerarse una materia prima comercializable como los diamantes, el trigo, etc., y estar sujeta a fluctuaciones según la oferta y la demanda; y cuando en 1893 se derogó la última de

estas medidas fue derogado, la plata cayó de inmediato a la mitad del precio del oro, y todos los males de su desmonetización se sintieron en toda su magnitud en 1895, salvo en la medida en que el pánico resultante pueda ser de gran alcance, progresivo y duradero.

Estos son, pues, los hechos:

(1) Los cosechadores de las cosechas del mundo, los agricultores de la «cristiandad», se encuentran en apuros, a pesar de la maquinaria moderna, y *claman en voz alta* a sus conciudadanos y a los legisladores en busca de ayuda. (Estos clamores se han acallado *temporalmente* por el aumento del precio del trigo, causado probablemente por ciertas escaseces en el sureste de Europa, en Rusia, Australia y Argentina; pero tan pronto como estas condiciones cambien y el mundo entero tenga sus cosechas normales, el precio del trigo podría seguir al de la plata y bajar hasta los 43 centavos —a menos que intervengan circunstancias que alteren las condiciones— y los *clamores de los cosechadores* resonarán con mayor desesperación que nunca).

(2) Los legisladores se dan cuenta de la dificultad y de cómo surgió, y declaran que se debe al fraude, a los engaños de los financieros, los «médicos del dinero».

(3) Los legisladores, al ver que corregir las condiciones desfavorables resultantes costaría un pánico y, probablemente, una revolución, concluyen que, dado que la enfermedad no puede ser peor que tal remedio, lo mejor es no tomar medidas tan radicales. Por lo tanto, la plata nunca se restablecerá —remonetizada en una proporción de 16 a 1.

(4) Todos admiten que este «fraude» no solo está aplastando y desanimando a los agricultores, sino que también está enfureciendo y amargando a este elemento, hasta ahora el más conservador de la sociedad.

(5) Todas las personas pensantes del mundo coinciden en que las clases obreras y artesanales de la cristiandad están maduras para una revolución que barrería las instituciones sociales actuales con una escoba de destrucción, y que, si el amplio y hasta ahora conservador sector agrícola se uniera a las filas de los descontentos y revolucionarios, la combinación sería irresistible.

(6) Las evidencias por todas partes indican que bastarán muy pocos años para que se produzca tal levantamiento.

Quien compare todos estos hechos con la profecía de Santiago no podrá dejar de quedar impresionado por su preciso cumplimiento, punto por punto, y deberá considerarla como otro testimonio indudable de la presciencia divina de nuestros días y sus acontecimientos, como preparativos para el gran tiempo de angustia que preparará el camino para Emanuel y su glorioso reinado de paz en la tierra y buena voluntad hacia los hombres.

Leamos nuevamente la profecía de Santiago (5:1-9):

«Ahora bien, ricos, lloren y lamenten por las miserias que se les avecinan. Sus valores se han vuelto inútiles, y sus ropas se han llenado de polillas. Su oro y su plata se han oxidado; y el óxido de ellos será un testimonio en su contra, y consumirá sus cuerpos como el fuego. Han acumulado tesoros para los últimos días. ¡Miren! Esa recompensa que han retenido fraudulentamente de los trabajadores que cosecharon sus campos clama; ¡y los fuertes gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos! Han vivido con delicadeza, en autoindulgencia, sobre la tierra y han sido desenfrenados. Han alimentado sus corazones en el día de [su] matanza. Ustedes [su clase] condenaron, ustedes [su clase] asesinaron al Justo [Cristo], y él no les resistió». [¿Será que el Señor quiso que notáramos que los banqueros y financieros judíos, más que otros, destacan en este fraude de retener el salario de los segadores? ¿Y hay, por lo tanto, un significado especial en las palabras: *«Ustedes* mataron, *ustedes* asesinaron al Justo»?]

«Sed, pues, pacientes, hermanos, hasta la venida del Señor [quien ajustará las cosas con justicia —levantando al pobre y al que no tiene quien lo ayude, y vengándose de todos los malhechores]. Mirad al labrador, que, anticipando el fruto de la tierra, lo espera pacientemente —hasta que reciba tanto la cosecha temprana como la tardía. Sed también pacientes, fortaleced vuestros corazones, porque la *venida* del Señor se ha

acercado. No aumenten los dolores unos de otros, hermanos, para que no sean castigados [también]; he aquí, el Juez está a las puertas».

LA REGLA DE LA EQUIDAD

«¡Salve al Ungido del Señor, al
bendito Hijo de Jehová!
¡Salve, en el tiempo
señalado, ha comenzado su
reinado en la tierra!
Él viene a acabar con la
opresión, a liberar a los
cautivos,
para quitar la transgresión y
gobernar con equidad.

"Viene con socorro rápido a
quienes sufren injusticias;
para ayudar a los pobres y
necesitados, y dar fuerzas a
los débiles;
Para darles cantos en lugar de sus
suspiros, convertir su oscuridad
en luz,
cuyas almas, condenadas y moribundas,
eran preciosas a sus ojos.

«Que a él le suban alabanzas
incesantes y votos diarios;
Su reino, que sigue creciendo,
no tendrá fin:
La marea del tiempo nunca
anulará el pacto;
No, permanecerá para siempre,
prueba de que Dios es amor».

ESTUDIO IX

EL CONFLICTO IRREPRIMIBLE
EL TESTIMONIO DE LOS SABIOS DEL MUNDO

La inteligencia general, un nuevo factor en todos los cálculos: opiniones del senador Ingall; opiniones del reverendo Lyman Abbott; opiniones del obispo Newman (M.E.); opiniones de un destacado jurista; opiniones del coronel Robert Ingersoll; el honorable J. L. Thomas sobre la legislación laboral – La opinión de Wendell Phillips – La predicción del historiador Macaulay – Las esperanzas del honorable Chauncey Depew – Entrevista al obispo Worthington (P.E.) – W. J. Bryan – Una perspectiva inglesa – La exposición de la situación por Edward Bellamy – La opinión del reverendo J. T. McGlynn – La perspectiva del profesor Graham – Opiniones de un juez de la Corte Suprema – Una perspectiva francesa: una «melé social».

«Los corazones de los hombres desmayarán por el temor y por la expectación de las cosas que vendrán sobre la tierra [la sociedad]; pues las potencias de los cielos [el gobierno —eclesiástico y civil—] serán sacudidas». —Lucas 21:26.

Los hombres sabios del mundo, en todas partes, reconocen que se avecina un gran conflicto social y que es imparable —que no hay nada que se pueda hacer para evitarlo. Han buscado remedios, pero no han encontrado ninguno adecuado para la enfermedad y, al perder la esperanza, han llegado a la conclusión de que la teoría de la evolución debe de ser correcta; es decir, que «toda la naturaleza opera bajo una ley de supervivencia del más fuerte como el más apto, y de destrucción del más débil como no apto para vivir». Se les dice que
los filósofos que sostienen que «lo que es ya ha sido antes», que nuestra civilización no es más que una repetición de las civilizaciones de Grecia y Roma, y que, de igual manera, se desmoronará en lo que respecta a las

masas, y que la riqueza y el gobierno volverán a concentrarse en manos de unos pocos, mientras que las masas, como en las civilizaciones antiguas de Oriente, simplemente subsistirán.

Por lo general, no toman en cuenta el nuevo elemento en el conflicto que nunca antes se había enfrentado; a saber, la difusión más generalizada de la inteligencia por todo el mundo, especialmente en toda la cristiandad. Esto, que muchos hombres olvidan, se pone en conocimiento de aquellos lo suficientemente sabios como para buscar la verdadera sabiduría en su fuente: la Palabra de Dios. A ellos se les informa que «En el tiempo del fin, muchos andarán de un lado a otro, y se multiplicará el conocimiento... y habrá un tiempo de angustia como nunca lo hubo desde que existe una nación»---- (Dan. 12:1-4) Ven cómo se cumple de manera asombrosa el predicho ir y venir de la humanidad; ven también el aumento general del conocimiento; y para ellos, el tiempo de angustia predicho en el mismo contexto no significa una repetición de la historia, ni una sumisión de las masas a unos pocos privilegiados, sino un cambio radical de la historia provocado por las nuevas condiciones señaladas. Y la declaración del mismo profeta, en el mismo contexto, de que *«en aquel tiempo* se levantará Miguel [Cristo]» y tomará su glorioso poder y reinará, está en armonía con la idea de que la tribulación venidera pondrá fin al dominio del egoísmo bajo el «príncipe de este mundo»---- [Satanás], e introducirá el Reino de bendición de Emanuel. ¡Pero escuchemos a algunos de los sabios del mundo contarnos lo que ven!

El honorable J. J. Ingalls, un hombre de amplios horizontes, de riqueza moderada y exsenador de los Estados Unidos, ha proporcionado a la prensa una visión amplia y una exposición amplia y muy imparcial de la lucha por la riqueza y el consiguiente aplastamiento de las clases más bajas. Incluimos extractos generosos del mismo, porque es una exposición moderada del caso y porque demuestra que incluso los estadistas más despiertos, que ven la dificultad, no conocen ningún remedio que pueda aplicarse para sanar la enfermedad y salvar a las víctimas.

El senador Ingalls escribió:

«La libertad es algo más que un nombre. Quien depende de la voluntad de otro para obtener refugio, ropa y alimento no puede ser un hombre libre en el sentido amplio y pleno de esa palabra. El hombre cuyo pan de cada día, para sí y para su familia, depende de un salario que un empleador puede otorgar o retener a su antojo no es libre. La alternativa entre morir de hambre y someterse a un horario es la esclavitud.

"La libertad no consiste en definiciones. La declaración de que la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad son derechos inalienables de todo ser humano no hace independiente a nadie. El derecho a la libertad es una burla vacía y una ilusión a menos que exista también el poder de ser libre. La libertad no es meramente la eliminación de restricciones legales, el permiso para ir y venir. A esto deben sumarse la capacidad y la oportunidad, que solo la exención de la necesidad del trabajo diario incesante puede brindar. Parafraseando a Shakespeare, la pobreza y la libertad son una pareja mal avenida. La libertad y la dependencia son incompatibles. La abolición de la pobreza ha sido el sueño de los visionarios y la esperanza de los filántropos desde el Alba de los tiempos.

«La desigualdad de fortunas y la evidente injusticia de la distribución desigual de la riqueza entre los hombres han sido motivo de perplejidad para los filósofos. ¡*Es el enigma sin resolver de la economía política*! La civilización no tiene paradoja más misteriosa que la existencia del hambre cuando hay un exceso de comida —de la necesidad en medio de la abundancia—. Que un hombre tenga posesiones más allá de lo que la extravagancia puede derrochar, y que otro, capaz y dispuesto a trabajar, perezca por falta de brasas, harapos y una rebanada de pan, hace que la sociedad resulte incomprensible. Convierte la carta de los derechos humanos en un logogrifo. Mientras persistan tales condiciones, *no se revelará* la clave del código en el que está escrito el destino: la hermandad del hombre es una frase, la justicia es una fórmula y el código divino es ilegible.

«La exasperación de los pobres ante la ostentación insolente de los ricos ha derrocado imperios. El alivio de los necesitados

ha sido el objetivo de las leyes humanas y divinas. Las quejas de los desdichados son el peso de la historia. Job era millonario. Ya sea que esa incomparable obra que lleva su nombre sea una parábola o una biografía, reviste un profundo interés, porque muestra que el patriarca se ocupaba de las mismas cuestiones que nos inquietan ahora. Describe, al estilo de un populista, a quienes se apropian del asno del huérfano y del buey de la viuda, quitan los mojones, cosechan el campo y recogen la vendimia de los pobres, a quienes privan de sus vestiduras y dejan desnudos a merced de las lluvias de las montañas y del refugio de las rocas.

«Los profetas hebreos reservaban sus maldiciones más severas para las extorsiones y el lujo de los ricos, y Moisés estableció normas para la condonación de deudas, la redistribución de tierras y la restricción de las fortunas privadas. En Roma, durante siglos, la propiedad de bienes raíces se limitó a 300 acres por ciudadano, y el número de ganado y esclavos se restringió a la superficie cultivada. Pero las leyes dadas por el Todopoderoso, a través de Moisés, a los judíos, resultaron tan ineficaces como los códigos de Licurgo y Licinio frente a las energías indomables del hombre y las condiciones orgánicas de su ser.

«En la época de César, 2,000 plutócratas eran prácticamente los dueños del Imperio Romano, y más de 100,000 jefes de familia eran mendigos, mantenidos por donaciones del erario público. La misma lucha ha continuado a lo largo de la Edad Media hasta el siglo XIX. No hay ningún remedio prescrito hoy en día que no se haya administrado sin éxito a innumerables pacientes antes; ningún experimento en finanzas y economía política propuesto que no se haya intentado repetidamente, sin otro resultado que el desastre individual y la ruina nacional.

«Por fin, tras mucho tantear a ciegas y muchos combates sangrientos y desesperados contra reyes y dinastías, privilegios, castas y prerrogativas, viejos abusos, órdenes formidablemente arraigadas, títulos y clases, aquí se ha hecho realidad el ideal supremo de gobierno, y el pueblo es supremo. Los pobres, los que se afanan, los trabajadores son los gobernantes. Ellos hacen las leyes, ellos forman las instituciones. Luis XIV dijo: "Yo soy el Estado". Aquí los trabajadores asalariados, los

agricultores, los herreros, los pescadores y los artesanos dicen: «Nosotros somos el Estado». La confiscación, el saqueo y el enriquecimiento de los favoritos de la realeza son conceptos desconocidos. Todo hombre, sea cual sea su origen, sus aptitudes, su educación o su moralidad, tiene las mismas oportunidades que cualquier otro en la carrera de la vida. La legislación, ya sea buena o mala, es promulgada por la mayoría.

«Hace menos de un siglo, la condición social en los Estados Unidos era de igualdad práctica. En nuestro primer período censal no había ni un millonario, ni un indigente, ni un vagabundo en el país. El primer ciudadano estadounidense en superar la meta del millón de dólares fue el Astor original, alrededor de 1806, quien había emigrado de Alemania no muchos años antes, hijo de un carnicero, con un fardo de pieles como base de su fortuna. El patrimonio más grande antes de esa época pertenecía a George Washington, el cual, a su muerte, en 1799, fue valorado en aproximadamente
650 000 dólares.

«La mayoría de la población estaba compuesta por agricultores y pescadores, que vivían satisfechos de los frutos de su trabajo. El desarrollo del continente mediante la introducción de los ferrocarriles, la maquinaria agrícola y las aplicaciones científicas de la vida moderna nos ha convertido en la nación más rica del mundo. Es probable que el valor total de los bienes del país supere los $100,000,000,000, la mitad de los cuales, según se dice, está bajo el control directo de menos de 30,000 personas y corporaciones. Las mayores fortunas privadas del mundo se han acumulado en el último medio siglo en los Estados Unidos.

«Y nuestros recursos materiales apenas se han explotado. Menos de una cuarta parte de nuestra superficie cultivable ha sido arada. Nuestras minas esconden tesoros más ricos que los de Ofir y Potosí. Nuestras industrias y nuestro comercio están en su adolescencia, pero ya han establecido una aristocracia de la riqueza que no lleva ni liga ni corona, y que no es proclamada por ningún heraldo, pero que a menudo es bienvenida en las cortes de los príncipes y los palacios de los reyes.

«Si la distribución desigual de las cargas y los beneficios de la sociedad depende de la legislación, las instituciones y el gobierno, entonces, bajo un sistema como el nuestro, el equilibrio debería restablecerse. Si la riqueza es resultado de leyes injustas y la pobreza, de la opresión legislativa, el remedio está en manos de las víctimas. Si sufren, es por heridas autoinfligidas. No tenemos tenencias feudales, ni primogenitura, ni mayorazgo; no hay oportunidades que no estén abiertas a todos. La justicia, la igualdad, la libertad y

fraternidad son los cimientos del Estado. En manos de cada hombre está el voto. La escuela ofrece educación a todos. La prensa es libre. La libertad de expresión, de pensamiento y de conciencia no tiene restricciones.

«Pero el sufragio universal no ha resultado ser una panacea para los males de la sociedad. La pobreza no ha sido abolida. Aunque la riqueza se ha acumulado más allá de los sueños de la avaricia, la desigualdad en la distribución es tan grande como en la época de Job, Salomón y Ágis. No solo el viejo problema sigue sin resolverse, sino que sus condiciones se han complicado e intensificado. Un poder político más vasto se consolida en manos de unos pocos, y se acumulan fortunas más astronómicas en una república que en una monarquía.

«El gran abismo entre ricos y pobres se ensancha cada vez más día tras día. Las fuerzas del trabajo y del capital, que deberían ser aliadas, auxiliares y amigas, se enfrentan entre sí como ejércitos hostiles en campamentos fortificados, preparándose para el asedio o la batalla. Anualmente se pierden millones en salarios, en la destrucción de bienes perecederos, en el deterioro de las instalaciones y en la disminución de las ganancias debido a las huelgas y los cierres patronales, que se han convertido en la condición normal de la guerra entre empleadores y empleados.

«La utopía es aún un país por descubrir. La perfección ideal en la sociedad, como el espejismo del desierto, se aleja a medida que uno se acerca a ella. La naturaleza humana permanece inalterable en cualquier entorno».

«La condición de las masas ha mejorado inconmensurablemente con el avance de la civilización. El artesano más pobre de hoy disfruta libremente de comodidades y conveniencias que los monarcas, con todos sus tesoros, no podían adquirir hace cinco siglos. Pero De Tocqueville observó la singular anomalía de que, a medida que mejora la situación de las masas, estas la encuentran más intolerable y el descontento aumenta. Las necesidades y los deseos se multiplican más rápidamente que los medios para satisfacerlos. La educación, los periódicos, los viajes, las bibliotecas, los parques, las galerías y los escaparates han ampliado el horizonte de los trabajadores y las trabajadoras, han aumentado su capacidad para disfrutar, y los han familiarizado con los lujos y las ventajas de la riqueza. La educación política les ha enseñado la igualdad entre los hombres y les ha dado a conocer el poder del voto. Los falsos maestros los han convencido de que toda la riqueza es creada por el trabajo, y de que todo hombre que tiene más de lo que puede ganar con

sus manos con un salario diario es un ladrón, que el capitalista es un enemigo y que el millonario es un enemigo público que debería ser declarado fuera de la ley y fusilado al momento.

"Las grandes fortunas privadas son inseparables de una civilización avanzada. La comunidad más rica del mundo, en términos per cápita, en este momento es la tribu de los indígenas osage. Su riqueza total es, proporcionalmente, diez veces mayor que la de Estados Unidos. Se mantiene en común. La comunidad de bienes tal vez no sea la causa de la barbarie, pero en todos los Estados, a medida que se acerca la igualdad social y económica, y la riqueza se "crea mediante el trabajo" sin la intervención del capital —como en China y la India—, los salarios son bajos, el trabajador está degradado y el progreso es imposible. Si la riqueza de los Estados Unidos se distribuyera equitativamente entre sus habitantes en este momento, la suma que cada uno poseería, según el censo, sería de aproximadamente
1,000 dólares.

«Si esta ecuación continuara, el progreso obviamente se detendría. De haber sido esta la condición predominante desde el principio, nos habríamos quedado estancados. Solo cuando la riqueza se concentra es posible subyugar a la naturaleza y poner sus fuerzas al servicio de la civilización. Hasta que el capital, mediante la maquinaria, aproveche el vapor, la electricidad y la gravedad, y libere al hombre de la necesidad de un trabajo constante para procurarse la subsistencia, la humanidad se queda estancada o retrocede. Ferrocarriles, telégrafos, flotas, ciudades, bibliotecas, museos, universidades, catedrales, hospitales —todas las grandes empresas que exaltan y embellecen la existencia y mejoran las condiciones de la vida humana— provienen de la concentración del dinero en manos de unos pocos.

«Aun si fuera deseable *limitar* las acumulaciones, la sociedad no cuenta con ningún mecanismo mediante el cual pueda hacerlo. La mente es indomable. Las diferencias entre los hombres son orgánicas y fundamentales. Están establecidas por las ordenanzas del Poder Supremo y no pueden ser derogadas por una ley del Congreso. En la contienda entre el ingenio y el número, el ingenio siempre ha ganado, y siempre lo hará.

"La enfermedad social es grave y amenazante, pero la enfermedad no es tan peligrosa como los médicos y los medicamentos. Los

charlatanes, con su zarzaparrilla, sus emplastos y sus pastillas, están tratando los síntomas en lugar de la afección. La libre acuñación de plata, el aumento del ingreso per cápita, la restricción de la inmigración, el voto australiano y el sufragio calificado son cuestiones importantes, pero todas podrían llevarse a cabo sin lograr la más mínima mejora en la condición de las grandes masas de trabajadores asalariados de los Estados Unidos. En lugar de privar del derecho al voto a los pobres e ignorantes, convendría aumentar su riqueza y su inteligencia, y prepararlos para votar. Una clase proscrita se convierte inevitablemente en conspiradora, y las instituciones libres solo pueden afianzarse mediante la educación, la prosperidad y la satisfacción de aquellos de quienes depende su existencia».

He aquí una exposición de los hechos; pero, ¿dónde está la propuesta de solución? No hay ninguna. Sin embargo, el autor no está de acuerdo con los hechos sobre los que llama la atención: preferiría, si pudiera, señalar una vía de escape de lo que considera inevitable. Lo mismo harían todos los hombres dignos de la forma y la naturaleza humanas. En lo que respecta al Sr. Ingalls, esto queda evidenciado por el siguiente extracto de uno de sus discursos en el Senado de los Estados Unidos.* Dijo:

«No podemos ocultar la verdad de que estamos al borde de una revolución inminente. Los viejos temas han quedado obsoletos. El pueblo se está alineando a un lado u otro de una contienda portentosa. De un lado está el capital, formidablemente atrincherado en sus privilegios, arrogante por sus continuos triunfos, conservador, aferrado a viejas teorías, exigiendo nuevas concesiones, enriquecido por los impuestos internos y el comercio exterior, y luchando por ajustar todos los valores a su propio patrón oro. Del otro lado está la clase trabajadora, que pide empleo, se esfuerza por desarrollar las industrias nacionales, lucha contra las fuerzas de la naturaleza y somete la naturaleza salvaje. La clase trabajadora, hambrienta y huraña en las ciudades, está decidida a derrocar un sistema bajo el cual los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres —un sistema que otorga a un Vanderbilt y a un Gould una riqueza más allá de los sueños de la avaricia, y condena a los pobres a una pobreza de la que no hay escapatoria ni refugio salvo el

*Registro del Congreso, vol. 7, págs. 1054-5.

tumba. Las demandas de justicia han sido recibidas con indiferencia y desdén. A los trabajadores del país, que piden empleo, se les trata como a mendigos descarados que piden pan».

Así, declara claramente que no ve ninguna esperanza. No conoce ningún remedio para la terrible enfermedad: el egoísmo.

El reverendo Dr. Lyman Abbott sobre la situación

En un antiguo número del *Literary Digest* encontramos la siguiente síntesis de la opinión del Dr. Abbott, el célebre predicador, editor y colaborador de Theodore Roosevelt, sobre La relación entre el capital y el trabajo:

«El Dr. Abbott afirma que la cuestión de si el sistema salarial es mejor que el feudalismo o la esclavitud ya está zanjada; pero contra el actual sistema industrial, como sistema definitivo o verdadero, presenta los siguientes argumentos: (1) Que no está proporcionando empleo estable y permanente a todos los trabajadores dispuestos a trabajar. (2) Que tampoco logra brindar a todos aquellos que están empleados bajo él salarios adecuados para un verdadero sustento. (3) Que es insuficientemente educativo en sí mismo y no permite un tiempo libre adecuado para los procesos educativos. (4) Que, en muchos casos, es imposible tener hogares puros y buenos bajo las condiciones actuales. El Dr. Abbott cree que los preceptos de Jesús y los principios de una economía política sólida coinciden; insiste en que es ruinoso explotar a hombres, mujeres y niños con el fin de producir bienes baratos. El trabajo no es una «mercancía», declara. Cito:

"'Creo que el sistema que divide a la sociedad en dos clases, capitalistas y trabajadores, no es más que temporal, y que el malestar industrial de nuestra época es el resultado de una lucha ciega *hacia una democracia de la riqueza*, en la que quienes utilizan las herramientas también serán sus propietarios, en la que el trabajo contratará al capital, y no el capital al trabajo; en la que los hombres, y no el dinero, controlarán la industria, tal como ahora controlan el gobierno. Pero la doctrina de que el trabajo es una mercancía, y de que el capital debe comprarlo en el mercado más barato, no es válida ni siquiera temporalmente; es económicamente falsa, así como éticamente injusta.

"'No existe tal mercancía como el trabajo; no existe. Cuando un trabajador llega a la fábrica un lunes por la mañana no tiene nada que vender, viene con las manos vacías; ha venido para producir algo con su esfuerzo, y ese

algo, una vez producido, se venderá, y parte de las ganancias de esa venta le pertenecerá de derecho, porque ha ayudado a producirlo. Y así como no hay una mercancía llamada trabajo que se pueda vender, tampoco hay un mercado laboral en el que venderla. Un mercado libre supone una variedad de vendedores con diferentes mercancías y una variedad de compradores con diferentes necesidades; el vendedor tiene plena libertad para vender o no vender, y el comprador tiene plena libertad para comprar o no comprar. No existe tal mercado para el trabajo. Los trabajadores, en la gran mayoría de los casos, están tan firmemente apegados a su pueblo por prejuicios, por ignorancia del mundo exterior y sus necesidades, por consideraciones familiares, por sus pocas posesiones —su casa y su terreno— y por lazos religiosos, como si estuvieran arraigados al suelo. No tienen una variedad de habilidades que ofrecer; por regla general, el trabajador solo sabe hacer bien una cosa, solo maneja bien una herramienta, y debe encontrar un dueño para esa herramienta que desee que un trabajador la utilice, o de lo contrario deberá permanecer ocioso. "Un comerciante", dice Frederic Harrison, "se sienta en su oficina y, mediante unas pocas cartas o formularios, transporta y distribuye el contenido de toda una ciudad de un continente a otro. En otros casos, como el del tendero, el vaivén de las multitudes que pasan suplanta la necesidad de transporte de sus mercancías. Sus clientes le proporcionan el transporte. Este es un verdadero mercado. Aquí la competencia actúa de manera rápida, plena, sencilla y justa. La situación es totalmente diferente para un jornalero, que no tiene ninguna mercancía que vender. Él mismo debe estar presente en cada mercado, lo que implica un desplazamiento personal costoso. No puede comunicarse por correspondencia con su empleador; no puede enviar una muestra de su fuerza; ni los empleadores llaman a la puerta de su casita». No existe ni una mercancía de trabajo que vender ni un mercado laboral en el que venderla. Ambas son ficciones de la economía política. Los hechos reales son los siguientes:

" 'La mayoría de las mercancías en nuestra época —incluso las agrícolas están entrando gradualmente en estas condiciones— son producidas por un grupo organizado de trabajadores, que realizan su labor bajo la supervisión de un "capitán de la industria" y mediante el uso de herramientas costosas. Esto requiere la cooperación de tres clases: el propietario de las herramientas o capitalista, el supervisor o gerente, y el usuario de las herramientas o trabajador. El resultado es el

producto de su industria —pues la herramienta en sí misma no es más que un producto acumulado de la industria— y, por lo tanto, les pertenece conjuntamente. Es tarea de la economía política determinar cómo se pueden dividir equitativamente los valores entre estos socios en una empresa común. Esta es la cuestión laboral en una sola frase. No es cierto que el obrero tenga derecho a la totalidad, ni la exige, por mucho que algunos de los abogados más radicales de su causa hayan afirmado en su nombre. El superintendente tiene derecho a su parte, y a una parte considerable. Dirigir tal industria, saber qué productos se necesitan en el mundo, encontrarles un comprador a un precio que brinde un rendimiento justo por el trabajo de producirlos, requiere en sí mismo un trabajo de alta calidad, y uno que merece una generosa compensación. El dueño de la herramienta tiene derecho a una remuneración. Es de suponer que él, o alguien de quien haya recibido su herramienta, ha ahorrado el dinero que sus compañeros gastaron ya sea en comodidades presentes o en placeres dudosos, y tiene derecho a una recompensa por su economía y austeridad, aunque cabe preguntarse si nuestro sistema industrial moderno no otorga a veces una recompensa demasiado grande por la virtud de la adquisición, transformando así la virtud en un vicio. El trabajador tiene derecho a una compensación. Desde la abolición de la esclavitud, nadie niega este derecho. Determinar cómo se debe realizar la distribución del producto de esta industria conjunta es una tarea difícil. Pero es cierto que no debe hacerse mediante un sistema que obligue al capitalista a pagar el menor salario posible por los servicios prestados, y al trabajador a prestar el menor servicio posible por el salario recibido. Sea cual sea la forma correcta, esta es la forma incorrecta.” ”---

El Dr. Abbott parece tener un corazón cálido y compasivo hacia las masas y haber comprendido claramente su situación. Diagnostica la enfermedad político-social-financiera, pero no logra encontrar un remedio. De hecho, insinúa cuál sería el remedio si se pudiera obtener, pero no sugiere ninguna forma de asegurarlo; es decir, cree ver en el progreso,

«una lucha ciega hacia una democracia de la riqueza en la que quienes usan las herramientas serán quienes las posean; en la que el trabajo contratará al capital».

Esta frase da la impresión de que su autor acabara de leer la historia de la lámpara de Aladino en Las mil y una noches, y esperara encontrar y usar una «varita mágica». Demuestra que el señor o bien tiene un conocimiento limitado de las finanzas, o bien está esperando una *revolución* en la que los usuarios de las herramientas se apropien de ellas por la fuerza del capital, violando todas las leyes de la sociedad reconocidas en la actualidad. Y si tal transferencia de las herramientas del control de los propietarios actuales a la propiedad de los usuarios se llevara a cabo de cualquier manera, ¿no es evidente para todos que los nuevos propietarios de las herramientas se convertirían rápidamente, en virtud de esa propiedad, en capitalistas? ¿Tenemos alguna razón para suponer que los nuevos propietarios de herramientas serían más generosos o menos egoístas que los actuales? ¿Tenemos alguna razón para suponer que la naturaleza humana ha cambiado más en los propietarios de herramientas que en los usuarios de herramientas, o que los nuevos usuarios de herramientas invitarían a toda la mano de obra a compartir por igual los beneficios de la maquinaria? Toda la experiencia con la naturaleza humana dice: ¡No! Se ve la enfermedad, se ve la necesidad de una cura inmediata, pero ningún remedio puede sanar a la «creación que gime». Su gemido y sus dolores deben continuar y aumentar, como indica el Apóstol, hasta la manifestación de los hijos de Dios —el Reino de Dios—. —Rom. 8:22, 19.

Negar que existe un problema no lo resuelve. La afirmación de que «no existe tal mercancía como el trabajo» no corregirá ni alterará el triste hecho de que el trabajo es una mercancía, y no puede ser otra cosa bajo nuestras leyes y condiciones sociales actuales. La esclavitud, en algún momento y con respecto a ciertos pueblos, pudo haber sido una institución beneficiosa bajo maestros amables y considerados. La servidumbre bajo el sistema feudal de semicivilización pudo haber tenido aspectos positivos adaptados a su época y condiciones; y lo mismo ocurre con el sistema salarial. *El trabajo como mercancía*, sujeto a compra y venta, tiene algunas características excelentes, y ha contribuido en gran medida al desarrollo de las habilidades mentales y físicas; de hecho, ha sido una bendición muy valiosa para los trabajadores en el pasado. Tampoco sería prudente destruir esta característica de mercancía incluso ahora, pues aquellos trabajadores que poseen y ejercen inteligencia, destreza y energía merecen tener mayor demanda y poder disponer de

su trabajo a mejores precios que los no calificados y los estúpidos: esto también es necesario para estimular a los estúpidos y a los indolentes. Lo que se necesita es un gobierno justo, sabio y paternal, que mantenga las restricciones e incentivos saludables y les añada otros, al tiempo que *proteja* a cada clase de trabajadores de la arrogancia de la clase inmediatamente superior y defienda a todos del poder hercúleo del Capital actual, con su vasto y creciente ejército de esclavos de las máquinas; y, en última instancia, tras una instrucción práctica, completa y general en la justicia, bajo la ley del amor, destruiría todo lo que simpatice con el egoísmo y el pecado. Un gobierno así no se sugiere en ninguna otra parte excepto en la Biblia, y allí se describe con precisión y se promete de manera positiva, y solo espera la selección de la Iglesia de Dios —para que sean sus reyes y sacerdotes como coherederos con Emanuel—. —Ap. 5:10; 20:6.

LA PERSPECTIVA DEL DIFUNTO OBISPO J. P. NEWMAN

El obispo Newman, de la Iglesia Metodista Episcopal, percibió el conflicto irreprimible entre el capital y el trabajo. Él vio lo correcto y lo incorrecto en ambos lados de la cuestión. En un artículo publicado en algún momento en las revistas de su denominación, expone las siguientes proposiciones y sugerencias:

«¿Es impío ser rico? ¿Es la pobreza esencial para la piedad? ¿Son los mendigos los únicos santos? ¿Es el cielo un asilo para pobres? ¿Qué haremos entonces con Abraham, quien era muy rico en ganado, en plata y en oro? ¿Qué haremos entonces con Job, quien tenía 7,000 ovejas, 3,000 camellos, 4,000 bueyes, 500 asnos; quien poseía 30,000 acres y 3,000 sirvientes?...

“La adquisición de riqueza es un don divino. La laboriosidad y la frugalidad son las leyes del ahorro. Amasar grandes fortunas es un don especial. Así como los poetas, filósofos y oradores nacen como tales, el financiero tiene un genio para la riqueza. Por intuición, conoce las leyes de la oferta y la demanda; parece dotado de la visión de un vidente de los cambios que se avecinan en el mercado; sabe cuándo comprar y cuándo vender, y

cuándo mantenerla. Se anticipa al flujo de la población y a su efecto sobre los bienes raíces. Así como el poeta debe cantar porque la musa está en él, así el financiero debe hacer dinero. No puede evitarlo. La concesión de este don se anuncia en las Escrituras: "El Señor tu Dios te da el poder para obtener riqueza". (Deuteronomio 8:18). Y todas estas promesas se ven reflejadas en la actual situación financiera de las naciones cristianas, que controlan las finanzas del mundo.

«Contra estos derechos naturales y legítimos a la posesión de la propiedad se alza el clamor por la distribución de la propiedad entre quienes no la han adquirido ni por herencia, ni por habilidad, ni por labor. Es un comunismo que no tiene fundamento ni en la constitución de la naturaleza ni en el orden social de la humanidad. Es el grito salvaje e irracional del Trabajo contra el Capital, entre los cuales, en la economía de la naturaleza y en la economía política, no debería existir ningún antagonismo común».

El obispo afirma que «el empleador y el empleado tienen derechos inviolables; el primero, a emplear a *quien* pueda para *lo* que pueda, y el segundo, a responder *cuando* pueda». El obispo sostiene que la envidia y los celos de las clases trabajadoras no se dirigen contra quienes poseen vastas fortunas, sino contra la suprema holgura y la suprema indiferencia de los ricos. Continúa diciendo:

«La riqueza tiene la más noble de las misiones. No está destinada a atesorar, ni a gratificarse, ni a hacer alarde de pompa y poder. Los ricos son los limosneros del Todopoderoso. Son sus agentes de distribución. Son los guardianes de los pobres. Deben poner en marcha aquellas grandes empresas que traerán prosperidad a las masas; *no los mayores dividendos, sino la mayor prosperidad*. El capital hace posible que el trabajador disfrute de la felicidad que acompaña a la industria honesta. Les corresponde a los ricos mejorar los hogares de los pobres, pero el establo de más de un rico es un palacio comparado con la morada del mecánico honesto e inteligente.

«Cuando los acaudalados sean los patrocinadores de aquellas reformas sociales que elevan a la sociedad, entonces recibirán la bendición de los pobres. Les corresponde a ellos brindar al legislador la orientación esencial para la protección de todos los derechos e intereses de una comunidad. Cuando construyan bibliotecas de conocimiento, museos de arte y templos de piedad, serán considerados los benefactores de su género. Cuando la riqueza del capital se una a la riqueza del intelecto, a la riqueza del esfuerzo físico y a la riqueza de la bondad por el bien común, entonces el trabajo y el capital serán considerados factores iguales a la hora de brindar a cada hombre vida, libertad y la búsqueda de la felicidad».

Es evidente que el obispo se esforzó por adoptar una visión imparcial de ambos lados de la controversia actual y de la lucha que se avecinaba, pero su asociación con la riqueza y su dependencia de ella evidentemente sesgaron, sin duda de manera inconsciente, su juicio. Es un hecho que muchos de los antiguos eran muy ricos; Abraham, por ejemplo. Sin embargo, la historia de la estancia de Abraham, Isaac y Jacob en la tierra de Canaán muestra que, aunque en aquellos días se *poseía* tierra, esta no estaba cercada, sino que *era de libre uso para quienes la aprovechaban*. Estos tres patriarcas, con sus siervos, sus rebaños y sus manadas, vagaron a su antojo por la tierra de los cananeos durante casi dos siglos, y sin embargo no reclamaron como propia ni un pie de ella. (Hechos 7:5) Y en el típico reino de Dios, Israel, el código de leyes preveía disposiciones para los pobres, tanto los nativos como los extranjeros. Nadie debía pasar hambre: los campos no debían ser espigados hasta el último grano, sino que se debían dejar las esquinas para que los pobres las espigaran. Los hambrientos podían entrar en un huerto, un viñedo o un campo y comer allí mismo hasta saciarse. Y cuando la tierra de Palestina se dividió entre las tribus y familias de Israel, la disposición especial para la cancelación de las hipotecas sobre todas las tierras y de todas las deudas, cada cincuenta años, evitó el empobrecimiento y la esclavitud práctica del pueblo en su conjunto a manos de unos pocos ricos.

El obispo parecía olvidar que las leyes y disposiciones de la cristiandad no son un código de origen divino; que, al igual que todos los dispositivos concebidos por mentes y corazones imperfectos, estas leyes no son infalibles; que, aunque en su momento no se pudo idear nada mejor, los cambios en las condiciones sociales y financieras hicieron necesarios ajustes en el pasado; que ahora se reconocen como adecuados otros cambios, aunque en su momento se enfrentaran a la oposición del egoísmo y el ultraconservadurismo. Si, pues, se admite que nuestras leyes son meramente humanas y falibles, y si ya han sido modificadas y enmendadas para adaptarse a las nuevas condiciones, ¿no resulta incoherente que el obispo las trate ahora como *sagradas, incuestionables e inalterables*, y afirme que *los derechos* una vez concedidos son, por lo tanto, «inviolables», «naturales» e indiscutibles «tanto en el orden de la naturaleza como en la constitución de la humanidad»; y que la mera sugerencia de una modificación de las leyes y las normas sociales para adaptarlas mejor a las condiciones actuales sea «descabellada» e «irracional»?

Cabe señalar que el obispo adoptó una postura opuesta a la del Dr. Abbott respecto a la cuestión del trabajo como *mercancía*, sujeta a las condiciones de la oferta y la demanda. Él veía en esto la ley de nuestro sistema social actual y afirmaba que debía continuar. Tenía razón al reconocer que el trabajo debe seguir siendo una *mercancía* (que se compra al precio más bajo que el capital pueda pagar y se vende al precio más alto que los trabajadores puedan obtener por él) *mientras persista el sistema social actual*. Sin embargo, esto no durará muchos años, tal como lo indican las profecías y lo perciben otras mentes brillantes que están más en contacto con el pueblo y su malestar.

Desde el punto de vista del obispo, la única esperanza de una solución pacífica de las diferencias entre el capital y el trabajo es: (1) una *conversión* de todos los ricos a las condiciones de amor y benevolencia detalladas en los dos últimos párrafos citados anteriormente; y (2) una *conversión* de todos los pobres y de las clases medias a esa piedad y satisfacción en las que puedan aceptar con agradecimiento lo que los ricos se complazcan en permitirles tener de

la tierra y la plenitud de la misma, y exclamar: «¡Bienaventurados somos los pobres!». Esto, lo admitimos, resolvería la cuestión laboral de manera rápida y completa; pero ninguna persona en su sano juicio espera tal solución en un futuro cercano; ni tampoco las Escrituras lo describen así. No podemos suponer que este inteligente obispo realmente ofrezca sus sugerencias como un remedio; más bien suponemos que lo que quiere decir es que no ve otra solución más que esta, que es imposible, y que, por lo tanto, la civilización pronto será azotada por la maldición de la anarquía. Ojalá que este caballero pudiera ver el remedio de Dios, por el cual nuestro Señor nos enseñó a esperar y orar —«Venga tu reino»— y la forma en que ese reino se establecerá con poder y dominio. Dan. 2:44, 45; 7:22, 27; Ap. 2:27.

LAS OPINIONES DE UN JURISTA ERUDITO

Un jurista de fama mundial, al dirigirse a una promoción de graduados en derecho de una destacada universidad de los Estados Unidos, se expresó de la siguiente manera, según informó el Kansas City *Journal*:

«La historia de la raza arrogante y rapaz a la que pertenecemos ha sido un registro de luchas incesantes y sangrientas por la libertad personal. Se han librado guerras, se han derrocado dinastías y se ha decapitado a monarcas, no por conquista, por ambición ni por gloria, sino para que el hombre pudiera ser libre. Los privilegios y las prerrogativas han cedido, con obstinación y a regañadientes, a lo largo de muchos siglos sangrientos, ante la indomable pasión por la libertad individual. De la Carta Magna a Appomattox hay un largo camino; pero no hubo un solo momento en esos 652 años en el que la raza cesara o vacilara en su batalla decidida e inquebrantable por la igualdad de todos los hombres ante la ley. Fue por esto que los barones intimidaron al rey Juan; que Latimer fue quemado; que Hampden cayó; que se redactó el pacto en la cabina del Mayflower; que se promulgó la Declaración de Independencia; que John Brown, de Osawatomie, murió; que las legiones de Grant y

Sheridan marcharon y conquistaron, dispuestos a renunciar a la vida y a todas sus posesiones antes que ceder los derechos de la libertad.

> «¿De qué sirven el arado y la vela, o la vida o la tierra, si falta la libertad?»

"El sueño de los siglos por fin se ha hecho realidad. Del tumulto brutal y sangriento de la historia, el hombre ha emergido por fin como dueño de sí mismo; pero persisten los enigmas desconcertantes de la fe. Los hombres son iguales, pero no hay igualdad. El sufragio es universal, pero el poder político lo ejercen unos pocos; la pobreza no ha sido abolida. Las cargas y los privilegios de la sociedad se reparten de manera desigual. Algunos tienen una riqueza que supera la capacidad de derrocharla con extravagancia, y otros rezan en vano por el pan de cada día. Desconcertados y frustrados por estas incongruencias, tal vez exasperados por el sufrimiento y la necesidad, decepcionados por los efectos de la libertad política sobre la felicidad y la prosperidad individuales, muchos han cedido a una inquietud tan profunda y penetrante que apunta a la necesidad de una coalición activa de las fuerzas conservadoras en nuestra sociedad.

«En el movimiento evolutivo en el que ha entrado la sociedad de los Estados Unidos no hay precedentes en la historia, porque las condiciones son anómalas y, por lo tanto, una solución científica es imposible. Si bien las condiciones de las masas populares han mejorado enormemente gracias al progreso social, la aplicación de la ciencia a la industria y la invención de la maquinaria, no cabe duda de que la pobreza es más hostil para la sociedad, más peligrosa para las instituciones del autogobierno y para la libertad personal que se ha ganado tras tantos siglos de conflicto que nunca antes. Las razones son obvias. El trabajador es libre; es un votante; su autoestima ha aumentado; su sensibilidad se ha agudizado; sus necesidades se han multiplicado más rápidamente que los medios para satisfacerlas; la educación lo ha elevado por encima de la condición del trabajo servil. El periódico diario lo ha familiarizado con las ventajas que la riqueza brinda a quienes la poseen. Se le ha enseñado que todos los hombres han sido creados iguales, y cree

que, si bien los derechos son iguales, las oportunidades no lo son. La ciencia moderna lo ha armado con armas formidables, y cuando llega el hambre, nada es tan sagrado como las necesidades de su esposa e hijos.

«La crisis social en todos los países civilizados, y especialmente en el nuestro, se está volviendo más grave. El estruendo sordo del descontento creciente se acerca hora tras hora. Aunque creo que el genio sereno y resuelto de la raza anglosajona estará a la altura de esto, como lo ha estado ante cualquier otra emergencia, y que no renunciará a las posesiones que ha adquirido mediante sacrificios increíbles, es evidente que la batalla no ha terminado; que el hombre ya no se conforma con *la igualdad de derechos* y con *la igualdad de oportunidades*, sino que exigirá *la igualdad de condiciones* como ley del estado ideal.

«Es obvio también que la degradación social es incompatible con el autogobierno, y que la pobreza desesperada e indefensa es incompatible con la libertad personal. El hombre que depende absolutamente de otro para su sustento y el de su familia —sustento que el empleador puede quitarle por completo a su antojo— no es libre en ningún sentido justo. En cien años nos hemos convertido en la más rica de todas las naciones. Nuestros recursos son gigantescos. Las estadísticas de nuestras ganancias y acumulaciones sorprenden incluso a los más crédulos. El dinero es abundante, los alimentos son abundantes; hay un amplio suministro de telas y mano de obra; pero a pesar de esta fecundidad, la paradoja de la civilización persiste: la mayoría de la gente lucha por la existencia, y una fracción subsiste en una penuria abyecta y miserable.

«Que existan tales condiciones parece poner en duda la Sabiduría Suprema. Admitir que la necesidad, la miseria o la ignorancia son una herencia inevitable convierte a la hermandad del hombre en una ironía sarcástica y al código del universo moral en algo incomprensible. La decepción generada por estas condiciones se está convirtiendo en desconfianza hacia los principios sobre los que se fundamenta la sociedad y en *una disposición a cambiar los cimientos sobre los que se asienta*. Su misión más importante es disipar esta desconfianza, y su deber más importante es resistir esta revolución.

«Los remedios populares propuestos para la reforma de los

males, defectos y debilidades de la sociedad moderna pueden clasificarse a grandes rasgos en dos grupos; el primero propone subsanar las injusticias mediante un cambio en las instituciones políticas. Este método es erróneo y está destinado a ser ineficaz, pues se basa en la falacia de que la prosperidad material es resultado de la libertad, cuando la verdad es que la libertad política es la consecuencia y no la causa del progreso material. Mucho se ha escrito por parte de poetas y soñadores en alabanza de la pobreza, y el amor al dinero ha sido denunciado como la raíz de todos los males, pero el hecho es que, cuando se adquiere honestamente y se emplea con sabiduría, no hay forma de poder tan sustancial, positiva y palpable como la que acompaña a la posesión del dinero.

«No hay condición tan deplorable, tan deprimente, tan destructiva de todo lo que hay de más noble en el hombre, de todo lo que hay de más elevador en la vida familiar, de todo lo que hay de más inspirador en el destino, como la pobreza desesperada, sórdida e indefensa, la necesidad, el hambre, los salarios de las fábricas explotadoras, las brasas, los harapos y una corteza de pan. A medida que su inteligencia entrenada se dirija a la investigación de los problemas de la época, no dejarán de observar que este sector de nuestra sociedad está en constante crecimiento».

Aquí tenemos una exposición clara y acertada de los hechos, como todos, ricos o pobres, deben reconocer. Pero no contiene ningún remedio: ni siquiera la sugerencia de que la nueva generación de abogados y políticos busque una solución. Simplemente se les aconseja que *disipen* la desconfianza hacia los demás, por mucho que ellos mismos la sientan, y que *se resistan* a cualquier cambio del sistema actual mientras tratan de mantenerse por encima de su rutina.

¿Por qué este consejo? ¿Acaso es porque este hombre capaz desprecia a su hermano más humilde? De ninguna manera; sino porque ve el funcionamiento inevitable de la libertad —«el individualismo, el egoísmo»—
con su libertad implícita para competir, y para que cada uno haga lo mejor que pueda por sí mismo». Al mirar hacia el pasado, dice: «Lo que ha sido, será». No ve que estamos en el final de la era actual, en los albores del Milenio, que solo

el poder del Rey ungido del Señor de toda la tierra puede traer orden a toda esta confusión; y que, en la sabia providencia de Dios, los hombres se enfrentan ahora a estos problemas desconcertantes que ninguna sabiduría humana puede resolver, y a condiciones calamitosas que ninguna previsión o política humana puede evitar o disipar, de modo que, a su debido tiempo, en su extrema necesidad y peligro, se alegrarán de reconocer y someterse a la intervención divina, de cesar en sus propias obras y de ser enseñados por Dios. Aquel a quien le corresponde el reino está a punto de «tomar para sí su gran poder y reinar», para poner orden en el caos, para glorificar a su Iglesia, como su «novia», y con ella y a través de ella poner fin a los sufrimientos de la creación agobiada por el pecado y que gime, y bendecir a todas las familias de la tierra. Solo aquellos que tienen la «luz verdadera» pueden ver el glorioso resultado de este tiempo oscuro presente, que está desconcertando a los sabios.

EL SR. ROBERT G. INGERSOLL, AL IGUAL QUE OTROS, OBSERVÓ LA SITUACIÓN DE LAS COSAS Y LA LAMENTÓ, PERO NO SUGIRIÓ NINGÚN REMEDIO

El coronel Ingersoll era conocido como un hombre sabio según los criterios de este mundo. Aunque era un infiel reconocido, era un hombre de notable capacidad y de un juicio más sensato de lo habitual, excepto en asuntos religiosos, donde el juicio de ningún hombre es sensato a menos que esté informado y guiado por la Palabra y el espíritu del Señor. Como abogado, el consejo del Sr. Ingersoll era tan apreciado que se sabe que llegaba a cobrar 250 dólares por treinta minutos de asesoría. Esa mente activa también se dedicó a lidiar con los grandes problemas de esta época tan desconcertante; sin embargo, tampoco él tenía ningún remedio que sugerir. Expresó sus puntos de vista sobre la situación en un extenso artículo publicado en la *revista *Twentieth Century**, del cual ofrecemos un breve extracto. Dijo:

«La invención ha llenado el mundo de competidores, no solo de trabajadores, sino de mecánicos —mecánicos de la más alta pericia—. Hoy en día, el trabajador común es, en su mayor parte, un engranaje en la máquina. Trabaja con lo incansable, alimenta lo insaciable.

Cuando el monstruo se detiene, el hombre se queda sin empleo, sin pan. No ha ahorrado nada. La máquina a la que alimentó no lo alimentaba a él; la invención no fue para su beneficio. El otro día escuché a un hombre decir que para miles de buenos mecánicos era casi imposible conseguir empleo, y que, en su opinión, el gobierno debería proporcionar empleo a la gente. Unos minutos después escuché a otro decir que estaba vendiendo una patente para cortar telas; que una de esas máquinas podía hacer el trabajo de veinte sastres, y que apenas la semana anterior había vendido dos a una gran empresa en Nueva York, y que más de cuarenta cortadores habían sido despedidos. El capitalista se presenta con su propuesta. Le dice al trabajador que debe ser ahorrativo; y, sin embargo, bajo el sistema actual, el ahorro solo reduciría los salarios. Bajo la gran ley de la oferta y la demanda, todo trabajador ahorrativo, frugal y abnegado está haciendo, sin darse cuenta, lo poco que puede para reducir su propia remuneración y la de sus compañeros. El mecánico ahorrativo es una prueba de que los salarios son lo suficientemente altos.

«El capital siempre ha reivindicado, y sigue reivindicando, el derecho a organizarse. Los fabricantes se reúnen y fijan los precios, incluso a pesar de la gran ley de la oferta y la demanda. ¿Tienen los trabajadores el mismo derecho a consultarse y organizarse? Los ricos se reúnen en el banco, en el club o en el salón. Los trabajadores, cuando se organizan, se reúnen en la calle. Todas las fuerzas organizadas de la sociedad están en su contra. El capital cuenta con el ejército y la marina, la legislatura, los poderes judicial y ejecutivo. Cuando los ricos se organizan, es con el propósito de "intercambiar ideas". Cuando los pobres se unen, es una «conspiración». Si actúan de manera concertada, si realmente hacen algo, es una «multitud». Si se defienden, es «traición». ¿Cómo es que los ricos controlan los poderes del gobierno? Hay momentos en que los mendigos se convierten en revolucionarios —cuando un harapo se convierte en una bandera, bajo la cual los más nobles y valientes luchan por lo que es justo.

«¿Cómo vamos a resolver la contienda desigual entre el hombre

y la máquina? ¿Acabarán las máquinas por asociarse con el trabajador? ¿Se pueden controlar estas fuerzas de la naturaleza en beneficio de los hijos de la naturaleza que sufren? ¿La extravagancia irá a la par con el ingenio? ¿Se volverán los obreros lo suficientemente inteligentes y fuertes como para convertirse en dueños de las máquinas? ¿Puede el hombre volverse lo suficientemente inteligente como para ser generoso, para ser justo; o lo controla la misma ley o realidad que controla al mundo animal o vegetal? En los tiempos del canibalismo, los fuertes devoraban a los débiles —de hecho, se comían su carne—. A pesar de todas las leyes que el hombre ha creado, a pesar de todos los avances de la ciencia, los fuertes, los despiadados, siguen alimentándose de los débiles, los desafortunados y los necios. Cuando considero la agonía de la vida civilizada —los fracasos, las ansiedades, las lágrimas, las esperanzas marchitas, las amargas realidades, el hambre, el crimen, la humillación, la vergüenza—, casi me veo obligado a decir que el canibalismo, después de todo, es la forma más misericordiosa en que el hombre se ha alimentado alguna vez de sus semejantes.

«Es imposible que un hombre de buen corazón se sienta satisfecho con el mundo tal como es ahora. Ningún hombre puede disfrutar verdaderamente ni siquiera de lo que gana —lo que sabe que es suyo— sabiendo que millones de sus semejantes viven en la miseria y la necesidad. Cuando pensamos en los hambrientos, sentimos que es casi despiadado comer. Encontrarnos con personas harapientas y temblando de frío nos hace sentir casi avergonzados de estar bien vestidos y abrigados; sentimos como si nuestro corazón fuera tan frío como sus cuerpos.

«¿No habrá ningún cambio? ¿Serán siempre las "leyes de la oferta y la demanda", la invención y la ciencia, el monopolio y la competencia, el capital y la legislación, los enemigos de quienes trabajan duro? ¿Serán los trabajadores siempre lo suficientemente ignorantes y estúpidos como para entregar sus ganancias a los inútiles? ¿Mantendrán a millones de soldados para que maten a los hijos de otros trabajadores? ¿Construirán siempre templos mientras ellos mismos viven en guaridas y chozas? ¿Permitirán para siempre que los parásitos y los vampiros vivan de su sangre? ¿Seguirán siendo esclavos de los mendigos a quienes mantienen? ¿Dejarán los hombres honestos de quitarse el sombrero ante el fraude triunfante? ¿La industria, ante la

presencia de la ociosidad coronada, postrarse para siempre de rodillas? ¿Entenderán que los mendigos no pueden ser generosos y que todo hombre sano debe ganarse el derecho a vivir? ¿Dirán finalmente que el hombre que ha tenido los mismos privilegios que todos los demás no tiene derecho a quejarse, o seguirán el ejemplo de sus opresores? ¿Aprenderán que la fuerza, para tener éxito, debe estar respaldada por el pensamiento, y que todo lo que se haga para que perdure debe descansar sobre la piedra angular de la justicia?»---

El argumento aquí expuesto es pobre, débil, desesperanzador y carece de sugerencias; y, viniendo de un hombre sabio y un excelente lógico, simplemente demuestra que los sabios de este mundo ven la enfermedad, pero no ven ningún remedio. El erudito caballero señala con suficiente claridad las causas de la dificultad y su inevitabilidad, y luego les dice a los obreros, en la práctica: «¡No dejen que ellos (la invención, la ciencia, la competencia, etc.) los aplasten y les hagan daño!». Pero no sugiere ningún medio de liberación, salvo en la pregunta: «¿Se volverán los obreros lo suficientemente inteligentes y fuertes como para convertirse en los dueños de las máquinas?».

¡Pero supongamos que tuvieran máquinas y capital más que suficiente para operarlas! ¿Podrían esas fábricas y máquinas funcionar con *más* éxito que otras? ¿Podrían funcionar con éxito durante mucho tiempo como empresas benéficas y no con fines de lucro? ¿No contribuirían a aumentar la «sobreproducción» y a provocar «cierres», dejando sin trabajo a sus propios trabajadores y a otros? ¿Acaso no sabemos que si la fábrica o el taller se gestionaran según el principio de igual salario para todos los empleados, rápidamente quebraría por pagar salarios demasiado altos, o bien los más hábiles se verían atraídos por mejores salarios hacia otros puestos de trabajo o hacia operaciones privadas por cuenta propia? En una palabra, el interés propio, el egoísmo, está tan arraigado en la naturaleza humana caída y forma parte de tal manera de la estructura social actual que quien no cuente con ello pronto se dará cuenta de su error.

La frase final citada es muy elegante, pero muy

poco útil para la situación de emergencia. Es como un huevo de ahorro de vidrio. Sirve como solución, hasta que lo rompes e intentas comértelo. «¿Aprenderán [los trabajadores] que la fuerza, para tener éxito, debe estar respaldada por el pensamiento?» Sí; todos lo saben; y ese pensamiento debe tener inteligencia; y esa inteligencia debe ser de buena calidad y estar bien organizada. Todos pueden ver que si todos tuvieran mentes de igual calibre y fuerza, la batalla entre hombre y hombre sería tan igualitaria que se acordaría rápidamente una tregua y se garantizarían los derechos e intereses de cada uno; o, más probablemente, la *lucha* habría llegado antes y habría sido más severa. Pero nadie sabe mejor que el Sr. Ingersoll que ningún poder terrenal podría producir tal condición de igualdad mental.

El cuarto párrafo citado es un gran mérito para este gran hombre. Encuentra eco en cada alma noble, de las cuales confiamos que haya muchas. Pero otros, de circunstancias modestas, o incluso acaudalados como el Sr. Ingersoll, deciden —como sin duda él mismo decidió— que son tan incapaces de obstaculizar o alterar la corriente social que arrasa por el cauce de la naturaleza humana caída, arrojando en ella su dinero e influencia, como lo serían de detener las Cataratas del Niágara arrojándose en ellas. En ambos casos, lo único que habría sería un chapoteo y una conmoción momentáneos.

EL HONORABLE J. L. THOMAS SOBRE LA LEGISLACIÓN LABORAL

Con frecuencia se afirma que los trabajadores han sido discriminados por una legislación que favorece a los ricos y perjudica los intereses de los pobres; y que revertir esta situación sería un remedio para todos los males. Nada podría estar más lejos de la verdad, y nos complace contar con un resumen de la legislación laboral de Estados Unidos elaborado por un caballero tan calificado como el ex
fiscal general adjunto de los Estados Unidos, Thomas, en el New York *Tribune* del 17 de octubre de 1896, que dice lo siguiente:

«Escribir la historia de la legislación de los últimos cincuenta años destinada a mejorar las condiciones de las clases más pobres y trabajadoras requeriría volúmenes enteros, pero puede resumirse de la siguiente manera:

"Se ha abolido el encarcelamiento por deudas.

"Se han aprobado leyes que eximen a las viviendas familiares y a una gran cantidad de bienes personales de la ejecución en contra de los deudores que son jefes de familia, sus viudas y huérfanos.

"Se han otorgado por ley derechos de retención a los mecánicos y obreros sobre la tierra o los bienes en los que invierten su trabajo a cambio de su salario.

«A las personas pobres se les permite presentar demandas ante los tribunales, tanto estatales como nacionales, sin tener que pagar costas ni prestar garantía para cubrirlas.

«Los tribunales, tanto estatales como nacionales, designan abogados para defender, sin remuneración, a las personas de bajos recursos en los tribunales penales y, en algunos casos, en los tribunales civiles.

«En muchos casos, se ordena a los tribunales que dicten sentencia a favor de un trabajador que tenga que entablar una demanda para recuperar su salario o hacer valer sus derechos frente a una empresa, por una suma determinada que cubra los honorarios de su abogado.

«La ley ha establecido que siete horas, en algunos casos, y ocho o nueve en otros, constituyen una jornada laboral en el servicio público o en obras públicas.

«En la administración de patrimonios insolventes, los salarios de los trabajadores son créditos preferentes y, en algunos casos, los salarios se consideran créditos preferentes en general.

"Se han aprobado leyes que regulan las tarifas de pasajeros y carga en los ferrocarriles y otras líneas de transporte, así como en los almacenes públicos y silos, y se han creado encargos nacionales y estatales para supervisar el tráfico ferroviario, gracias a lo cual las tarifas se han reducido en dos tercios o más.

«En casi todos los estados se han aprobado leyes que reducen la tasa de interés y amplían el plazo para el rescate tras la ejecución hipotecaria o de escrituras de fideicomiso.

"Se exige a las empresas ferroviarias que cercen sus vías o paguen el doble de los daños y perjuicios que resulten de no hacerlo; también se les exige que proporcionen lugares y equipos seguros para sus trabajadores.

«Se exige a los fabricantes y a los operadores mineros que proporcionen espacios y maquinaria para la seguridad y comodidad de sus empleados.

«La ley ha autorizado la constitución de organizaciones sindicales.

"El Día del Trabajo se ha declarado fiesta nacional. "Se nombran

comisionados de Trabajo, tanto estatales como nacionales, para recopilar estadísticas y, en la medida de lo posible, mejorar las condiciones de las clases trabajadoras.

«Se ha creado el Departamento de Agricultura, y su titular ha sido nombrado miembro del Gabinete

«Se distribuyen gratuitamente al pueblo semillas por un valor de 150 000 dólares al año.

«En muchos estados se considera delito menor incluir en una lista negra a un hombre pobre que haya sido despedido de su empleo o que no haya pagado sus deudas, y se considera delito menor amenazar mediante una tarjeta postal enviada por correo con demandar a un deudor, o utilizar cualquier medio para desacreditarlo.

«Con el fin de proteger a los imprudentes y desprevenidos, se prohíbe el uso del correo a quienes intenten llevar a cabo esquemas fraudulentos o de lotería a través de este medio.

"Se han reducido las tarifas postales, lo que supone una pérdida anual de 8 000 000 de dólares para el gobierno en el transporte del correo; gracias a ello, la gente recibe los periódicos regionales sin costo de envío, y las mejores revistas y publicaciones periódicas se han vuelto tan baratas que están al alcance de los pobres.

«Las pólizas de seguro de vida y las acciones en asociaciones de construcción y préstamo ya no se pierden por falta de pago de primas o cuotas después de un plazo limitado.

"Los bancos, ya sean estatales o nacionales, están sujetos a supervisión pública, y sus cuentas, a inspección pública.

"A los empleados del servicio público se les concede licencia remunerada de treinta días en algunos casos y de quince días en otros, además de treinta días adicionales por enfermedad propia o de sus familiares.

«El comercio de culíes, la importación de trabajadores bajo contrato, el trabajo de convictos de los Estados Unidos, la

mayor inmigración de chinos, la importación de productos fabricados con mano de obra de presos y el sistema de servidumbre han sido prohibidos por ley.

«Se han creado juntas de arbitraje, tanto estatales como nacionales, para la resolución de conflictos laborales.

«A quienes trabajan en el servicio público se les paga por los días festivos nacionales: el 1 de enero, el 22 de febrero, el Día de la Decoración, el 4 de julio, el Día del Trabajo, el Día de Acción de Gracias y el 25 de diciembre.

"Se han otorgado parcelas a quienes deseen establecerse en ellas, y se han entregado otras tierras a quienes deseen plantar y cultivar árboles en ellas.

"Se han aprobado la votación secreta y otras leyes para proteger el derecho del pueblo a votar sin hostigamiento ni intimidación.

«Se ha liberado a cuatro millones de esclavos, lo que ha empobrecido a cientos de miles de propietarios.

«Se han establecido bibliotecas públicas con fondos públicos.

«Se han multiplicado los hospitales públicos para atender a los

enfermos
y a los pobres.

«Cada año se pagan 140 millones de dólares del erario público a los soldados de nuestras guerras, a sus viudas y a sus huérfanos.

«Por último, pero no menos importante, se han establecido escuelas públicas, de modo que ahora el gasto anual solo en matrícula en ellas supera los 160 000 000 de dólares, y en edificios, intereses de préstamos y otros gastos, probablemente una suma adicional de 40 000 000 de dólares o más.

«El Congreso y las legislaturas de los distintos estados han aprobado innumerables otras leyes de menor importancia, que van en la misma dirección que las anteriores y se extienden hasta los detalles más minuciosos de las relaciones entre los empleadores —ya sean corporaciones, sociedades o individuos— y los empleados.

«Todas estas leyes fueron aprobadas y estas ayudas otorgadas tanto por los ricos como por los pobres. De hecho, la historia de este país

durante el último cuarto de siglo demuestra que hombres y mujeres de todas las clases sociales han esmerado su ingenio al máximo para idear leyes en beneficio, educación y superación de las masas populares, y esto se ha llevado tan lejos que muchos hombres reflexivos temen que, si continúa el rumbo actual, desemboque en el socialismo de Estado. No hay duda de que la tendencia de la opinión pública entre la gente ha ido durante muchos años en esa dirección».

Así pues, si se ha hecho todo lo que se podía hacer mediante la legislación y, aun así, el malestar sigue aumentando, es evidentemente inútil buscar un remedio en esa dirección. El Sr. Thomas, evidentemente, también había llegado a la conclusión de que el conflicto es incontenible.

Fíjense en las palabras con las que ese hombre capaz y noble,

WENDELL PHILLIPS, EXPRESÓ SU OPINIÓN

«Ninguna reforma, ya sea moral o intelectual, ha surgido jamás de la clase alta de la sociedad. Todas y cada una de ellas han surgido de la protesta del mártir y de la víctima. La emancipación de los trabajadores debe ser lograda por los propios trabajadores».

Muy cierto; muy sabio; pero el Sr. Phillips tampoco ofreció ninguna sugerencia práctica sobre cómo los trabajadores deben emanciparse del resultado inevitable de los principios egoístas de la ley de la oferta y la demanda (respaldados por desigualdades mentales y fisicas), tan inexorable como la ley de la gravedad. No sabía qué recomendar. La revolución, como todos saben, podría provocar cambios locales y temporales, beneficiosos o no, pero ¿de qué serviría la revolución frente a las condiciones universales y la competencia? Sería como rebelarnos contra la marea del océano e intentar hacerla retroceder con escobas, o recoger el exceso en barriles.

LA PREDICCIÓN DE MACAULAY

El Figaro de París cita los siguientes extractos de una carta escrita en 1857 por el Sr. Macaulay, el gran historiador inglés, a un amigo en Estados Unidos:

«Es tan claro como la luz del día que su gobierno nunca podrá mantener bajo control a una mayoría que sufre y está enojada,

porque en su país el gobierno está en manos de las masas, y los ricos, que son minoría, están absolutamente a su merced. Llegará un día en el estado de Nueva York en que la multitud, entre medio desayuno y la esperanza de media cena, elegirá a sus legisladores. ¿Es posible tener alguna duda sobre el tipo de legisladores que serán elegidos?

«Se verán obligados a hacer aquellas cosas que hacen imposible la prosperidad. Entonces, algún César o Napoleón tomará las riendas del gobierno. Su República será saqueada y devastada en el siglo XX, tal como lo fue el Imperio Romano por los bárbaros del siglo V, con esta diferencia: que los devastadores del Imperio Romano, los hunos y los vándalos, vinieron del extranjero, mientras que sus bárbaros serán los nativos de su propio país y el producto de sus propias instituciones».

A este hombre, que conocía bien la naturaleza humana, tanto de los ricos como de los pobres, no se le ocurrió sugerir como una posibilidad que los ricos pudieran abrazar desinteresadamente la causa de la mayoría y aceptar la promulgación de leyes tan amplias y benévolas que elevaran gradualmente a las masas a un nivel de autosuficiencia y hicieran imposible que alguien acumulara una riqueza superior a medio millón de dólares. No; el Sr. Macaulay sabía que tal propuesta no merecía ser considerada, y de ahí su predicción, que concuerda con el testimonio de Dios respecto a los resultados del egoísmo: un gran tiempo de angustia.

Además, desde que escribió esto, el derecho al voto ha sido exigido por los propios compatriotas del Sr. Macaulay, el público británico, y obtuvieron lo que exigían. Ha sido exigido por los belgas y los alemanes, y se les ha concedido. Fue exigido y tomado por la fuerza por los franceses. Se está exigiendo en Austria-Hungría, y pronto lo ejercerán los italianos. De modo que la misma catástrofe que se predijo con tanta seguridad para los Estados Unidos se cierne también sobre toda la «cristiandad». Macaulay no veía ninguna esperanza y no tenía sugerencias que ofrecer, salvo lo que otros también ofrecían; a saber, que los ricos e influyentes tomaran el control por la fuerza y mantuvieran a raya la válvula de seguridad el mayor tiempo posible, hasta que ocurriera la explosión.

LAS ESPERANZAS DEL SR. CHAUNCEY M. DEPEW

Entre los pensadores capaces y de visión amplia del mundo actual se encuentra también el honorable Chauncey M. Depew, Doctor en Derecho. Como hombre sabio, con frecuencia da buenos consejos; y nos complace contar con sus puntos de vista sobre la situación actual. Al dirigirse a la promoción de graduados de la Universidad de Chicago, y a otros, como orador de su Décima Ceremonia de Graduación, dijo, entre otras cosas:

«La educación no solo ha hecho posible el maravilloso crecimiento de nuestro país y las magníficas oportunidades que ofrece en materia de empleo y prosperidad, sino que ha liberado a nuestro pueblo de los métodos y hábitos del pasado, y ya no podemos seguir viviendo como lo hicieron nuestros padres».

«La escuela primaria y la preparatoria, con sus ventajas superiores, nos han formado de tal manera que los refinamientos de la vida hacen de los hombres personas más amplias e inteligentes, y de las mujeres, personas más brillantes, más hermosas y de alma más generosa. Esto los eleva por encima del nivel del campesino europeo. Si bien la educación y la libertad han convertido a los estadounidenses en un pueblo extraordinario, también han elevado, en cierta medida, los estándares de vida y sus exigencias en los países más antiguos de Europa. El trabajador indio puede vivir bajo un techo de paja en una sola habitación, vestido con un taparrabos y alimentándose de un plato de arroz. Pero el mecánico estadounidense quiere su hogar con varias habitaciones. Él ha aprendido, y sus hijos han aprendido, el valor de las obras de arte. Todos se han familiarizado con la mejor comida, la mejor ropa y la mejor vida, que no constituyen un lujo sino una comodidad, y que definen y deben definir a los ciudadanos de nuestra República.

«Hombres destacados, de gran visión y valentía, han aprovechado la oportunidad estadounidense para acumular vastas fortunas. Las masas, que no han tenido la misma suerte, los miran y dicen: "No tenemos una participación equitativa en estas oportunidades". Este no es el lugar ni tengo tiempo para siquiera insinuar la solución a estas dificultades, o la resolución de estos problemas. Que existe entre nosotros el genio para enfrentarlas

si es necesario mediante la legislación, o si es necesario mediante otros procesos, de eso no puede dudar ningún hombre en su sano juicio. Necesitamos para nuestra época más educación, más estudiantes universitarios y más oportunidades de acceso a la universidad. Cada joven que sale de estas instituciones al mundo lo hace como un misionero de la luz y el conocimiento. Se erigirá en la comunidad donde se establezca como un defensor de una visión inteligente, amplia y patriótica de la situación del país y de su vecindario. Los graduados de las cuatrocientas universidades del país son los tenientes y los capitanes, los coroneles, los generales de brigada y los generales de división de ese ejército del progreso estadounidense al que todos pertenecemos.

"El mundo al que entra hoy nuestro joven es muy diferente de aquel que conocieron su padre, su abuelo o sus antepasados de hace cien años. Hace cincuenta años se habría graduado en una universidad confesional y se habría integrado a la iglesia de sus padres y de su cuerpo docente. Hace cincuenta años se habría sumado al partido al que pertenecía su padre. Habría aceptado su credo religioso del pastor del pueblo y sus principios políticos de la plataforma nacional del partido de su padre. Pero hoy se gradúa en una universidad donde la línea confesional es difusa, y descubre que los miembros de su familia se han dispersado por todas las iglesias y profesan todos los credos, y debe elegir por sí mismo la iglesia en la que encontrará su hogar y las doctrinas en las que basará su fe. Descubre que los lazos partidarios se han debilitado por culpa de líderes falsos o incompetentes, y por el fracaso de las organizaciones partidarias para satisfacer las exigencias del país y las demandas del tremendo desarrollo de la época. Aquellos que deberían ser sus consejeros le dicen: «Hijo, juzga por ti mismo y por tu país». Así, justo en el umbral, necesita una preparación que su padre no requirió para cumplir con sus deberes como ciudadano ni para sentar los cimientos de su fe y sus principios. Comienza su camino al final de este maravilloso siglo XIX para que le digan desde el púlpito, desde la tribuna y a través de la prensa, y para que vea por sus propias observaciones, que existen condiciones revolucionarias

en el ámbito político, financiero e industrial que amenazan la estabilidad del Estado, la posición de la Iglesia, los cimientos de la sociedad y la seguridad de la propiedad. Pero aunque los preceptos y las profecías anuncian desastres, no debe desesperarse. Todo joven debe ser optimista. Todo joven debe creer que el mañana será mejor que el hoy, y mirar hacia el futuro con esperanza inquebrantable, al tiempo que cumple plenamente con su deber en el presente.

«Todos admitimos que los problemas son difíciles y que la situación es grave. Pero es tarea de la educación resolver los problemas y eliminar las situaciones graves. Nuestra época es la paradoja de la civilización. Hasta ahora, nuestro rumbo ha sido fácil de interpretar y ha sido un camino sin obstáculos, siguiendo las guías de navegación del pasado. Pero nos encontramos a cinco años del siglo XX, enfrentando condiciones que son casi tan novedosas como si una gran convulsión nos hubiera lanzado por el espacio y nos encontráramos sentados junto a uno de los canales de Marte.

«El vapor y la electricidad han hecho que los siglos de la era cristiana hasta el nuestro no cuenten para nada. Han propiciado una unidad de producción y de mercados que trastoca todos los cálculos y todos los principios de acción del pasado. Han unido al mundo en una comunicación instantánea que ha derrocado las limitaciones que antes estaban controladas por el tiempo y la distancia, o que podían fijarse mediante la legislación. Los precios del algodón en el Ganges o el Amazonas, del trigo en las mesetas del Himalaya o en el delta del Nilo, o en Argentina, de esta mañana, con todos los factores de moneda, clima y salarios que controlan el costo de su producción, se reflejan al instante al mediodía en Liverpool, en Nueva Orleans, en Savannah, en Mobile, en Chicago y en Nueva York. Provocan un estremecimiento o un escalofrío en las plantaciones del Sur y las granjas del Oeste. Los agricultores de Europa y América se quejan con razón de su situación. Las poblaciones rurales se apresuran a ir a las ciudades y aumentan infinitamente las dificultades del gobierno municipal. Los capitalistas se esfuerzan por formar coaliciones que sigan la corriente o la frenen, y

las organizaciones de trabajadores, con éxito limitado, se esfuerzan por crear una situación que, según creen, será la mejor para ellas. El tremendo progreso de los últimos cincuenta años, las revoluciones impulsadas por el vapor, la electricidad y la invención, la correlación de fuerzas que actúan en un lado del globo y producen efectos instantáneos en el otro, han cambiado tanto las relaciones entre los pueblos y las industrias que el mundo aún no se ha adaptado a ellas. El presente y el futuro deben basarse en la educación, para que la inteligencia suprema pueda poner orden en el caos producido por este terremoto de oportunidades y poderes del siglo XIX.

«Siempre ha habido crisis en el mundo. Han sido los esfuerzos y las aspiraciones de la humanidad por algo mejor y más elevado, y finalmente han culminado en algún movimiento tremendo en favor de la libertad. Estas revoluciones han estado acompañadas de un sufrimiento infinito, la matanza de millones de personas y la devastación de provincias y reinos. Las Cruzadas sacaron a Europa de la esclavitud del feudalismo; la Revolución Francesa rompió las ataduras de las castas. Napoleón fue el líder y artífice, aunque de manera egoísta, del sufragio universal moderno y del gobierno parlamentario. La aspiración de todos los siglos ha sido la libertad, y más libertad. La expectativa ha sido que, una vez conseguida la libertad, habría felicidad y paz universales. Los pueblos de habla inglesa han alcanzado la libertad en su sentido más amplio y pleno; esa libertad en la que el pueblo es su propio gobernante, legislador y maestro. La paradoja de todo esto es que, junto con la libertad que todos consideramos nuestra mayor bendición, ha surgido un descontento mayor que el que el mundo haya conocido jamás. El movimiento socialista en Alemania ha pasado de cien mil votos hace diez años a varios millones en 1894. Los sectores republicanos en Francia se vuelven más radicales y amenazantes mes tras mes. Los problemas agrarios y laborales de Gran Bretaña son invencibles para sus estadistas, que los pueden resolver solo mediante soluciones provisionales del día a día. Hubo un motín anarquista en Chicago, en el que solo el valor disciplinado de un pequeño cuerpo de policías salvó a la gran ciudad de

los horrores del saqueo y la destrucción. Un solo hombre creó en pocos meses una organización de empleados ferroviarios tan poderosa que, bajo sus órdenes, veinte millones de personas quedaron paralizadas en sus actividades industriales y en sus desplazamientos, y todos los elementos que constituyen el sustento de las comunidades quedaron temporalmente suspendidos. Tan grande fue el potencial de ese levantamiento que dos gobernadores se rindieron, y el alcalde de nuestra metrópolis del oeste recibió órdenes del líder de la revuelta. Las pérdidas industriales y comerciales de magnitud incalculable solo se evitaron gracias a la mano firme del Gobierno Federal.

"Otra de las paradojas de nuestro cuarto de siglo es que cada artesano, mecánico y obrero en todos los sectores, con jornadas laborales más cortas, recibe hoy un veinticinco por ciento, y en muchos casos un cincuenta por ciento, más de lo que ganaba hace treinta años. Si bien recibe así un tercio más de lo que ganaba hace treinta años, su dólar le permite comprar el doble de ropa y comida que hace treinta años. Uno pensaría que el trabajador debería estar sumamente feliz al comparar el pasado con el presente, y que, más allá de lo necesario para vivir, debería estar acumulando en una caja de ahorros los fondos que rápidamente lo convertirían en capitalista. Y, sin embargo, siente un descontento que su padre, hace treinta años, con un tercio del salario y con un dólar que compraba la mitad, nunca conoció. ¡*Todo esto se debe a la educación*!»

[El Sr. Depew no toma en cuenta el hecho de que hace treinta años había abundancia de trabajo. Al ser la oferta de mano de obra y fuerza física mucho menor que la demanda, se instaba a los hombres a trabajar «turnos dobles» tanto en los ferrocarriles como en las fábricas y plantas; mientras que los inmigrantes también llegaban por millones y encontraban empleo de inmediato. Pero ahora la oferta de mano de obra supera ampliamente a la demanda en todos los ámbitos, al ser sustituida por la maquinaria. Ahora, aunque los salarios no están mal, la gente, las masas, no pueden asegurar una demanda y un empleo *constantes* para sus servicios; e, inevitablemente, los salarios están bajando.]

«Estamos librando las batallas no solo de hoy, sino de todos los tiempos; estamos desarrollando este país no solo para nosotros mismos, sino para la posteridad. Hemos vencido a la esclavitud, hemos erradicado la poligamia, y nuestro único enemigo que nos queda es *la ignorancia*.

[Pero si la destrucción parcial de la ignorancia mediante la educación ha traído consigo todo el descontento y los males antes mencionados, ¡cuánta anarquía y qué terribles problemas causaría un

educación! El Sr. Depew afirma que no está discutiendo aquí el *remedio* para todos estos males y descontentos, pero sin duda le habría complacido hacerlo si conociera un remedio; y aquí declara que se remediará *"de una forma u* otra", lo cual es una admisión tácita de que no conoce ningún remedio específico que sugerir.]

«Las personas que están descontentas son los gobernadores y los gobernantes, y deben resolver sus propios problemas. Pueden elegir a sus propios congresos y presidentes. No pueden rebelarse contra sí mismos ni cortarse la garganta. Tarde o temprano, y *de una forma u otra*, resolverán sus problemas, pero será por medio de la ley. Será mediante métodos *destructivos* o *constructivos*.

«Es natural preguntarse: "¿Con toda la prosperidad y el progreso del mundo, ¿por qué este descontento?". La rapidez de las invenciones y las oportunidades que ofrecen la electricidad y el vapor han destruido, en los últimos veinticinco años, el sesenta por ciento del capital mundial y han dejado sin empleo al cuarenta por ciento de la fuerza laboral. El motor de triple expansión, la invención de un nuevo motor y la duplicación de la fuerza mediante una nueva aplicación de la maquinaria hacen que todas las antiguas queden en desuso. Es más, obligan al artesano calificado, al perder la herramienta con la que se ganaba la vida y que ya no sirve para nada, a volver a formar parte de la vasta masa de trabajadores comunes. Al mismo tiempo, estas mismas fuerzas, que han destruido así la mayoría de los valores y han dejado sin empleo a tanta gente, han creado nuevas condiciones que han aumentado, más allá de lo que se puede calcular, la riqueza del mundo y las oportunidades de su gente para la vida, el bienestar y la felicidad. Pero para disfrutar de esas oportunidades, ese bienestar y esa felicidad, se hace necesaria una mejor educación».

Es muy evidente que el Sr. Depew está bien informado en materia laboral y que ha estudiado las condiciones que han llevado a la situación a la que ahora se enfrenta el mundo. Pero, ¿qué *solución* ofrece? Quizás fueron solo la cortesía y el sentido de lo correcto lo que llevó al caballero, al dirigirse a una clase universitaria, a sugerir que *la ignorancia* es el «enemigo» que causa los males actuales y amenaza el futuro. Pero nadie debería saber mejor que el Sr. Depew que la educación no puede ser un remedio. Muy pocos de los millonarios de hoy

recibieron educación universitaria. Cornelius Vanderbilt no tenía estudios, era un barquero, cuyos agudos instintos para los negocios lo llevaron a la riqueza. Previó el aumento de los viajes e invirtió en barcos de vapor y ferrocarriles. El primer John Jacob Astor no tenía estudios, era un comerciante de pieles y peletería. Al prever el crecimiento de la ciudad de Nueva York, invirtió en sus bienes raíces y así sentó las bases de las fortunas de la actual generación de los Astor.

La siguiente lista de millonarios estadounidenses que han donado un millón de dólares o más a universidades ha circulado por la prensa, junto con la afirmación de que ninguno de estos hombres ricos e inteligentes disfrutó jamás de una educación universitaria:

«Stephen Girard, al Girard College, 8 000 000 de dólares; Juan D. Rockefeller, a la Universidad de Chicago, 7 000 000 de dólares; George Peabody, a diversas fundaciones, 6 000 000 de dólares; Leland Stanford, a la Universidad de Stanford, 5 000 000 de dólares; Asa Parker, a la Universidad de Lehigh, 3 500 000 de dólares; Paul Tulane, a la Universidad de Tulane, Nueva Orleans, 2,500,000 dólares; Isaac Rich, a la Universidad de Boston, 2,000,000 dólares; Jonas G. Clark, a la Universidad de Clark, Worcester, Massachusetts, 2,000,000 dólares; los Vanderbilt, a la Universidad de Vanderbilt, al menos 1,775,000 dólares; Santiago Lick, a la Universidad de California, 1 600 000 dólares; Juan C. Green, a Princeton,
$1,500,000; William C. DePauw, a Asbury, ahora Universidad DePauw, $1,500,000; A. J. Drexel, a la Escuela Industrial Drexel, $1,500,000; Leonard Case, a la Escuela de Ciencias Aplicadas de Cleveland, $1,500,000; Peter Cooper, a la Cooper Union, 1 200 000 dólares; Ezra Cornell y Henry W. Sage, a la Universidad de Cornell, 1 000 000 de dólares cada uno; Charles Pratt, al Instituto Pratt de Brooklyn, 2 700 000 dólares».

Como para demostrar la excepción a esta regla, el Sr. Seth Low, un graduado universitario y presidente, donó en su momento un millón de dólares al Columbia College para una biblioteca.

Aunque la educación universitaria es valiosa, no es en absoluto un *remedio* para las condiciones actuales. De hecho, si todos los hombres

en Europa y América fuera hoy graduado universitario, las condiciones serían peores, en lugar de mejores, de lo que son ahora. El Sr. Depew lo admite en las citas anteriores, cuando dice que el mecánico «siente un descontento que su padre, hace treinta años, con un tercio del salario y con un dólar que compraba la mitad, nunca conoció. *Todo esto se debe a la educación*». Sí, en efecto, y cuanto más generalizada es la educación, más generalizado es el descontento. La educación es excelente y muy deseable; pero no es el remedio. Si bien es cierto que algunos hombres justos y nobles han sido ricos, también lo es que algunos de los hombres más malvados han sido hombres cultos y que algunos de los hombres más santos han sido «incultos», como los apóstoles. Cuanta más educación tiene un hombre malvado, mayor es su descontento y mayor su poder para hacer el mal. El mundo necesita corazones nuevos: «¡Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva el espíritu recto dentro de mí!» (Sal. 51:10). La necesidad del mundo
necesidad del mundo se declara así proféticamente, y las pruebas de que se necesita mucho más que educación e inteligencia para alcanzar la felicidad y la paz están llegando, y finalmente serán reconocidas por todos. «La piedad con contentamiento es gran ganancia; y solo si primero se establece este fundamento, la educación
garantizarse que la educación sea una gran bendición. Los corazones egoístas y el espíritu del mundo están en desacuerdo con el espíritu del amor, y ningún compromiso servirá de nada. La educación, el "aumento del conocimiento", entre las masas está provocando la crisis social y su resultado final: la anarquía.

ENTREVISTA AL OBISPO WORTHINGTON

Mientras asistía a una convocatoria de la Iglesia Episcopal Protestante en la ciudad de Nueva York, un periodista recabó las opiniones del obispo Worthington con respecto a la agitación social y las publicó en un artículo el 25 de octubre de 1896. Se informa que dijo:

«El problema con los agricultores, en mi opinión, es que hemos llevado nuestro sistema educativo gratuito demasiado lejos. Por

claro, sé que esta opinión se considerará una especie de herejía, pero aun así la creo. Los hijos de los agricultores —una gran cantidad de ellos—, que carecen por completo de la capacidad para ascender socialmente, prueban un poco de la educación y la siguen. Nunca llegarán a nada —es decir, muchos de ellos— y se sienten insatisfechos de seguir el camino en la vida que Dios pretendía que siguieran, por lo que se mudan a las ciudades. Es la sobreeducación de aquellos que no están calificados para recibirla lo que llena nuestras ciudades mientras las granjas permanecen inactivas».

El obispo adopta una postura opuesta a la defendida por el Sr. Depew. Coincide más con el director general de Educación de Rusia, a cuya declaración en contra de educar a las clases más pobres ya nos hemos referido. Estamos de acuerdo con ambos en que, en general, la educación amplía las ambiciones y el descontento inquieto. Pero sin duda el obispo admitirá que las cosas ya han ido demasiado lejos, en esta tierra de libertad y educación, como para esperar sofocar el creciente descontento apagando la lámpara del conocimiento. Para bien o para mal, la educación y el descontento están aquí y no pueden ni serán ignorados.

RESPUESTA DEL HONORABLE W. J. BRYAN

En cuanto a la justicia de la sugerencia del obispo, dejamos que sea el Sr. W. J. Bryan quien responda, citando lo siguiente de su respuesta publicada en la prensa:

«Hablar de la sobreeducación de los hijos de los agricultores y atribuir las dificultades que nos rodean hoy en día a la sobreeducación es, en mi opinión, una de las cosas más crueles que un hombre haya pronunciado jamás. ¡La idea de decir que los hijos de los agricultores, que no pueden ascender socialmente, prueban un poco de educación y disfrutan tanto de esa experiencia que la persiguen, se vuelven insatisfechos con la granja y se trasladan a las ciudades! ¡La idea de decir que hay un exceso de educación entre los hijos de nuestros agricultores! Amigos míos, ¿saben lo que significa ese discurso? Significa un retroceso en el progreso de la civilización y una marcha hacia

la Edad Media nuevamente.

«¿Cómo se puede saber cuál de los hijos de los agricultores va a resultar ser un gran hombre hasta que no se les haya educado a todos? ¿Acaso debemos formar un encargo para ir de un lado a otro y seleccionar a los que deben recibir educación?

"Ah, amigos míos, hay otra razón por la que la gente se ha ido a las ciudades y ha abandonado las granjas. Es porque su legislación ha estado provocando la ejecución hipotecaria de los granjeros y sus granjas. Es porque su legislación ha estado haciendo que la vida del granjero sea más difícil para él; es porque las clases no productoras han estado elaborando las leyes y haciendo que sea más rentable especular con los productos agrícolas que producirlos.

«¡La idea de echarle la culpa de la situación actual al agricultor! ¡La idea de sugerir como remedio el cierre de las escuelas para que la gente no se sienta insatisfecha! Pero, amigos míos, habrá insatisfacción mientras exista la causa de la insatisfacción. En lugar de intentar evitar que la gente se dé cuenta de su situación, ¿por qué estos críticos no tratan de mejorar la situación de los agricultores de este país?»

Una revista inglesa, *The Rock*, solicitó aclaraciones, pero no obtuvo ninguna. Citamos:

«En todo el mundo, la agitación, los intereses en conflicto y las corrientes opuestas mantienen a la humanidad civilizada en un estado perpetuo de excitación. La tensión nerviosa y mental se vuelve más intensa casi semana tras semana; a intervalos cortos, algún acontecimiento sorprendente sacude el mundo político y comercial con fuerza sísmica, y los hombres se dan cuenta de los elementos de desastre acumulados que acechan bajo la superficie de la sociedad. Los políticos, aunque se esfuerzan por modificar el curso de estas fuerzas, admiten con franqueza que no pueden controlarlas por completo ni predecir sus resultados.

"En la confusión de un sinfín de teorías, propuestas, experimentos y profecías, los más grandes pensadores coinciden en dos puntos. Por un lado, ven inminente una gran catástrofe que convulsionará al mundo entero y destrozará la estructura actual de la vida política y social, ya que las fuerzas destructivas tendrán que agotarse antes de que las formativas puedan reconstruir

el tejido social sobre una base más sólida. Por otro lado, coinciden en que nunca antes las naciones anhelaron tanto la paz, ni vieron con mayor claridad el deber y las ventajas de cultivar la unidad y la concordia fraternal, como en este momento».

Lo mismo ocurre en todo el mundo civilizado. Todas las personas inteligentes ven el dilema con mayor o menor claridad, pero pocas tienen algo que sugerir como remedio. Sin embargo, no todas: algunas personas bien intencionadas creen que pueden resolver el problema, pero solo porque no logran vislumbrar la situación con claridad ante su mirada mental. Estas serán analizadas en un capítulo posterior.

LA EXPOSICIÓN DE LA SITUACIÓN POR PARTE DEL SR. BELLAMY

Lo siguiente, extraído de un discurso pronunciado por el Sr. Edward Bellamy en Boston, se leerá con interés. Él dijo:

«Si desean formarse una idea clara del absurdo económico del sistema competitivo en la industria, consideren simplemente el hecho de que su único método para mejorar la calidad o reducir el precio de los bienes consiste en exagerar su producción. En otras palabras, bajo la competencia, el bajo precio solo puede ser resultado de la duplicación y el desperdicio de esfuerzo. Pero las cosas que se producen con desperdicio de esfuerzo son en realidad caras, sin importar cómo se llamen. Por lo tanto, los bienes producidos bajo la competencia se vuelven baratos únicamente al volverse caros. Tal es la *reducción al absurdo* del sistema. Es un hecho que a menudo se cumple que los bienes por los que pagamos menos son, al final, los más caros para la nación debido a la competencia derrochadora que mantiene bajos los precios. Todo desperdicio debe significar, en última instancia, una pérdida; y por eso, aproximadamente una vez cada siete años, el país tiene que entrar en insolvencia como resultado de un sistema que pone a tres hombres a pelearse por un trabajo que un solo hombre podría hacer.

«Hablar de las iniquidades morales de la competencia sería adentrarse en un tema demasiado amplio para esta ocasión, y solo menciono de pasada una característica de nuestro actual sistema industrial, en el que sería difícil decir si predomina la inhumanidad o la locura económica, y me refiero a la forma grotesca en

que se distribuye la carga de trabajo. La cuadrilla de reclutamiento industrial saquea la cuna y la tumba, arranca a la esposa y a la madre del hogar, y a los ancianos del rincón junto a la chimenea, mientras que, al mismo tiempo, cientos de miles de hombres fuertes llenan el país clamando por una oportunidad de trabajar. Las mujeres y los niños son entregados a los capataces, mientras que los hombres no encuentran nada que hacer. No hay trabajo para los padres, pero sí hay de sobra para los bebés.

«¿Cuál es, entonces, el secreto de esta alarma ante la inminente ruina de un sistema en el que nada se puede hacer correctamente sin hacerlo dos veces, que no puede llevar a cabo ningún negocio sin excederse, que no puede producir nada sin sobreproducción, que en una tierra llena de necesidad no puede encontrar empleo para manos fuertes y ansiosas, y que, finalmente, solo se mantiene a flote a costa de un colapso total cada pocos años, seguido de una convalecencia prolongada?

«Cuando un pueblo llora la pérdida de un mal rey, la conclusión debe ser que el heredero al trono es aún peor. Esa parece ser, de hecho, la explicación de la angustia actual por la decadencia del sistema competitivo. Es porque existe el temor de que las cosas vayan de mal en peor, y de que el dedo meñique de la combinación sea más grueso que los lomos de la competencia; de que, mientras que este último sistema ha castigado al pueblo con látigos, los trusts lo azotarán con escorpiones. Al igual que los hijos de Israel en el desierto, este nuevo y extraño peligro hace que los tímidos suspiren incluso por el gobierno de hierro del Faraón. Veamos si no hay también en este caso una tierra prometida, cuya perspectiva pueda animar a los corazones desanimados.

«Preguntémonos primero si es posible un retorno al antiguo orden de las cosas, al sistema de libre competencia. Una breve reflexión sobre las causas que han llevado al actual movimiento mundial para sustituir la competencia por la combinación en los negocios seguramente convencerá a cualquiera de que, de todas las revoluciones, esta es la menos propensa a dar marcha atrás. Es el resultado del aumento de la eficiencia del capital en grandes masas, consecuencia de los inventos de las últimas generaciones y de la actual. En épocas anteriores, el tamaño y el alcance de las empresas estaban sujetos a

restricciones naturales. Había límites a la cantidad de capital que una sola administración podía utilizar de manera ventajosa. Hoy en día no hay límites, salvo los confines de la Tierra, al alcance de cualquier empresa comercial; y no solo no hay límite a la cantidad de capital que puede utilizar una sola empresa, sino que existe un aumento en la eficiencia y la seguridad del negocio proporcional a la cantidad de capital que cuenta. Las ventajas económicas en la gestión que resultan de la consolidación, así como el control sobre el mercado que se deriva del monopolio de un producto básico, son también razones comerciales sólidas para el surgimiento del trust. No debe suponerse, sin embargo, que el principio de la combinación se haya extendido únicamente a aquellas empresas que se autodenominan trusts. Eso sería subestimar enormemente el movimiento. Existen muchas formas de asociación menos estrechas que el trust, y son relativamente pocas las empresas que actualmente operan sin algún tipo de acuerdo que se aproxime a una asociación con sus antiguos competidores —una asociación que tiende constantemente a hacerse más estrecha.

«Desde el momento en que estas nuevas condiciones comenzaron a prevalecer, las pequeñas empresas han ido desapareciendo ante las más grandes; el proceso no ha sido tan rápido como imaginan quienes recién ahora le han prestado atención. Durante los últimos veinte años, las grandes corporaciones han estado librando una guerra de exterminio contra el enjambre de pequeñas empresas industriales que son los glóbulos rojos de un sistema de libre competencia, y con cuya decadencia este muere. Mientras los economistas han estado debatiendo sabiamente si podríamos prescindir del principio de la iniciativa individual en los negocios, ese principio ha desaparecido y ahora pertenece a la historia. Salvo en unos pocos rincones recónditos del mundo empresarial, actualmente no hay oportunidad para la iniciativa individual en los negocios a menos que cuente con el respaldo de un gran capital; y el tamaño del capital necesario está aumentando rápidamente. Mientras tanto, ese mismo aumento en la eficiencia del capital a gran escala, que ha destruido a las pequeñas empresas, ha reducido a los gigantes que las destruyeron a la necesidad de llegar a acuerdos entre sí. Al igual que en la fantasía de Bulwer Lytton sobre la raza venidera, donde el pueblo de los Vril-ya tuvo que renunciar a la guerra porque sus armas se volvieron tan destructivas que amenazaban con la aniquilación mutua, así también el mundo empresarial moderno descubre que el aumento en el tamaño y el poder de las organizaciones de capital exige la supresión de la competencia entre ellas en aras de

la supervivencia.

«El primer gran grupo de empresas que adoptó el principio de combinarse en lugar de competir hizo que, tarde o temprano, todos los demás grupos se vieran obligados a hacer lo mismo o perecer. Porque así como la corporación es más poderosa que el individuo, el sindicato supera a la corporación. La acción de los gobiernos para frenar esta necesidad lógica de la evolución económica no puede producir más que remolinos en una corriente que nada puede detener. Cada semana se ve cómo una nueva extensión de lo que alguna vez fue el gran mar abierto de la competencia —en el que los comerciantes aventureros solían zarpar con poco capital más que su valentía y regresaban cargados de ganancias—; cada semana se ve ahora cómo una nueva extensión de este mar, antes abierto, se cierra, se embalsa y se convierte en el estanque privado de un sindicato. Decir que, tal como están las cosas actualmente, es probable que la consolidación sustancial de los diversos grupos de industrias del país, bajo unas pocas docenas de grandes consorcios, se complete en un plazo de quince años (1889-1905) no es, sin duda, aventurar una afirmación totalmente temeraria.

«Un cambio económico tan grande como el que implica quitar la dirección de las industrias del país de manos del pueblo y concentrarla en la administración de unos pocos grandes trusts no podría, por supuesto, carecer de una reacción social importante; y esta es una reacción que va a afectar de manera particular a lo que se llama la clase media. Ya no se trata solo de que los pobres y los que carecen de educación se pregunten qué hacer con su trabajo; sino también de que los educados y acomodados se pregunten dónde encontrarán negocios que realizar e inversiones empresariales en las que participar. Esta dificultad no puede dejar de aumentar constantemente, a medida que un nuevo consorcio va acaparando, uno tras otro, los sectores que antes eran terreno libre de competencia. La clase media, la clase empresarial, se está convirtiendo en una clase proletaria.

«No es difícil predecir el resultado final de la concentración de la industria si se lleva a cabo según las líneas indicadas actualmente. Con el tiempo, y en un futuro no muy lejano, la sociedad se dividirá, por un lado, en unos pocos cientos de familias de riqueza prodigiosa; por otro, en una clase profesional dependiente de su favor, pero excluida de la igualdad con ellas y reducida

a la condición de lacayos; y, por debajo, una vasta población de hombres y mujeres trabajadores, absolutamente sin esperanza de mejorar una condición que, año tras año, se hundiría cada vez más irremediablemente en la servidumbre. Este no es un panorama agradable, pero estoy seguro de que no es una descripción exagerada de las consecuencias sociales del sistema de los consorcios».

El Sr. Bellamy sugiere el nacionalismo como la solución a todos estos males. Lo analizaremos más adelante.

La opinión del reverendo Dr. Edward McGlynn

Cabe recordar que, hace algunos años, el Dr. McGlynn entró en conflicto con sus superiores eclesiásticos de la Iglesia Católica Romana debido a su defensa de la reforma laboral y, especialmente, de las teorías del impuesto único. Aunque se reconcilió con la Iglesia de Roma, siguió siendo partidario del impuesto único. Los siguientes extractos provienen de un artículo de su autoría publicado en *la revista Donahoe's Magazine* (Boston, julio de 1895). Al presentar su tema, «La prevención de las grandes fortunas y la mejora del nivel de vida de los trabajadores», dijo:

«Es posible que los hombres acumulen honestamente —según los criterios actuales de honestidad empresarial— fortunas como las que poseen los Vanderbilt o los Astor, que ascienden a cientos de millones. No es porque estas personas sean deshonestas que sus fortunas crecen, sino porque los líderes del pueblo son ignorantes o indiferentes a la hora de vigilar los canales por los que la riqueza fluye del trabajador individual hacia el tesoro común. La culpa la tiene el mecanismo de distribución. Por lo tanto, cuando el trabajo ha hecho su contribución diaria al sustento del mundo, si se estudian cuidadosamente los procesos de esa contribución —desde el momento en que el trabajador toca la materia prima que va a convertir en riqueza hasta que el producto terminado llega a manos de su usuario—, se verá que los creadores de fortunas colosales, al amparo de la ley y la costumbre, se han apoderado de cada punto importante del proceso, y están convirtiendo la riqueza, que debería recaer en las arcas de los millones, en la suya propia».

El Dr. McGlynn insiste en que, al tratar de explicar las grandes fortunas y los bajos salarios, se deben estudiar cuidadosamente tres cuestiones principales: (1) la tierra y otros recursos naturales sobre los que el hombre ejerce sus facultades; (2) los medios de transporte; y (3) el dinero, el medio que facilita los intercambios de productos. Se descubrirá, dice, que la gente ha sido indiferente a estos puntos, a los que los que hacen dinero han prestado una atención extrema. Citamos:

«Apropiarse de estos recursos naturales, monopolizarlos al amparo de la ley y la costumbre, y hacer que todos los que deseen utilizarlos paguen por adelantado por ese privilegio, ha sido el objetivo de los que hacen dinero desde tiempos inmemoriales. Es fácil amasar una fortuna de cien millones cuando se puede cobrar impuestos durante dos o tres décadas a los millones de personas que deben comprar pan y carne, madera y carbón, algodón y lana, todos los cuales provienen de la tierra. Esto es lo que se ha hecho directamente en los países europeos, donde, como en la nación británica y en Irlanda, unos pocos se han apoderado de millones de acres al amparo de la ley, y se ha obligado al pueblo a pagar primero por el permiso para acceder a la tierra y luego por el permiso para continuar trabajando en ella».

"Lo mismo ocurrió indirectamente en este país cuando se entregaron millones de acres a las grandes empresas ferroviarias y se permitió a los capitalistas hacerse con millones más mediante diversos subterfugios, todo ello para mantener un control férreo hasta que la ola de inmigración hiciera que estas propiedades alcanzaran valores incalculables, momento en el que se vendieron a precios que hicieron que los millonarios fueran tan comunes en este país y en Europa como los caballeros en Inglaterra. Los lectores de los periódicos conocen bien la trayectoria y los métodos de los magnates del carbón de Pensilvania y otros lugares, quienes se apoderaron de los grandes distritos productores de carbón al amparo de la ley y, durante cuarenta años, han exigido tributos tanto a los consumidores como a los mineros mediante todos los ardides que el ingenio humano pudo inventar, sin tener en cuenta la justicia...

"Así como unos pocos obtienen el control, casi absoluto, de los recursos naturales, también obtienen el control de los medios

de transporte de un país. Lo que esto significa se comprende mejor con la afirmación de que la sociedad no avanza sin un intercambio adecuado de mercancías; para que la civilización mejore en todos los aspectos, los hombres deben contar con las mayores facilidades para intercambiar el fruto de su trabajo. La facilidad de transporte es, por lo tanto, tan vitalmente necesaria para el trabajador como la facilidad para acceder a los recursos naturales; y como todos los hombres son trabajadores en el verdadero sentido de la palabra, los pocos que se han puesto al frente de los medios de transporte de una nación se enriquecen increíblemente en muy poco tiempo, porque gravan de manera más exhaustiva y absoluta a cada ser humano bajo su jurisdicción que el propio gobierno.

«Los Vanderbilt tienen hoy un patrimonio de quizás un tercio de mil millones. ¿Cómo lo obtuvieron? ¿Con trabajo arduo? No. Aprovechando los privilegios que les concedió tontamente el pueblo insensato: el derecho de paso por el estado de Nueva York; el derecho a fijar las tarifas de flete y pasaje que los ciudadanos de la comunidad deben pagar para usar sus propias carreteras; el derecho a poseer inmensos dominios del Estado como si fueran obra de sus propias manos. No se debería permitir que ningún individuo ni corporación amase miles de millones a costa de estos bienes públicos...

"Lo mismo puede decirse del medio de intercambio: el dinero. Aquí, una vez más, el mundo parece estar completamente perdido en cuanto a los principios elementales de este problema; solo los prestamistas tienen principios fijos y rentables, que les permiten cobrar un impuesto a todo ser humano que utilice dinero, tanto por su uso como por la continuidad del privilegio de utilizarlo. Se han interpuesto entre los hombres y el medio de intercambio, así como otros se han interpuesto entre los hombres y los recursos naturales, entre los hombres y las facilidades para transportar mercancías al mercado. ¿Cómo podrían evitar acumular millones, tal como lo han hecho los Rothschild? Millones que, una vez más, deberían pasar en su mayor parte a las arcas de la comunidad».

El Dr. McGlynn resume así sus conclusiones:

«La organización es buena para mantener el precio de la mano de obra, para asegurar una legislación sólida, para obligar a los empleadores a dar vivienda a sus trabajadores

, a los propietarios a proporcionar buenas viviendas de alquiler, y así sucesivamente; pero la raíz de todas nuestras dificultades, la explicación de nuestras condiciones sociales desiguales y la causa de nuestras grandes fortunas y bajos salarios se encuentra en la indiferencia generalizada hacia las tres necesidades de la vida social y civilizada. Antes de que podamos aumentar los salarios de manera permanente y hacer que las fortunas de Vanderbilt y Carnegie sean tan imposibles como innecesarias, debemos aprender a mantener los recursos naturales, los medios de intercambio y el medio de intercambio libres del impuesto del especulador, de su interferencia y de su tiranía».

El remedio del Dr. McGlynn es un «impuesto único, que analizaremos en el capítulo siguiente. Sin embargo, conviene aquí llamar la atención sobre el hecho de que los Astor y los Vanderbilt han obtenido su riqueza bajo las mismas leyes que regían a sus conciudadanos, y que hasta ahora se han considerado las leyes más justas y equitativas que el mundo haya conocido jamás. Cabe señalar, además, que los millones de los Vanderbilt se obtuvieron en relación con *un* gran *servicio* público y *un* gran *beneficio* público; aunque el motivo inspirador fue el interés propio y no el interés por el bienestar público. El punto importante a destacar es que la ciencia y la invención han provocado una revolución completa en el equilibrio social, por la cual tanto el cerebro como el músculo quedan desvalorizados ante la posesión de tierras, maquinaria y riqueza. Se necesita un nuevo código de leyes debidamente ajustado, adaptado a las nuevas condiciones. Pero ahí radica la dificultad: no se puede lograr un ajuste satisfactorio porque ninguna de las partes interesadas —el capital y el trabajo— adopta una visión moderada y razonable de la situación. De hecho, se podría decir que ninguna de las dos *puede* ver el asunto con imparcialidad, ya que ambas se rigen por *el egoísmo,* que por lo general es bastante ciego ante la equidad hasta que se ve obligado a reconocerla. Las *nuevas* condiciones exigen un reajuste de los asuntos sobre la base del *amor*; y debido a que esta cualidad la posee solo una pequeña minoría en cada una de las partes de la controversia, surgirá el conflicto, el cual no solo destruirá el orden social actual basado en el egoísmo, sino que preparará a todas las clases, a través de la experiencia, para apreciar el

nuevo orden social, los «nuevos cielos y la nueva tierra» que se establecerán bajo el dominio del Mesías.

La perspectiva del profesor W. Graham

Otro escritor, el profesor W. Graham, en *The Nineteenth Century* (febrero de 1895), analizó la cuestión social desde el punto de vista conocido en Inglaterra como «colectivismo» —la doctrina de que el pueblo en su conjunto debe poseer o controlar los bienes materiales y los medios de producción—, en oposición al individualismo. La conclusión del profesor Graham es que, dado que no es concebible una transformación de los corazones de los hombres, el método solo podría introducirse en un grado limitado y después de mucho tiempo. Dijo:

«Es impracticable, al menos, a menos que la naturaleza humana, en su esencia y deseos fundamentales —ya sean eternamente innatos o estén profundamente arraigados como resultado de miles de años de lenta evolución social que tiende a intensificarlos—, se transforme simultáneamente en la mayoría de los hombres mediante una especie de milagro general. Creo, además, que si alguna vez se intentara establecer en este país algo parecido al colectivismo en toda su plenitud, incluso por parte de una supuesta mayoría en algún nuevo "parlamento loco" que representara incluso a la mayoría de los votantes, ello sería resistido por la fuerza por la minoría, la cual, en la suposición más audaz, nunca podría ser pequeña; y se le resistiría porque implicaría necesariamente tanto la confiscación como la revolución, política, económica y social. Si, finalmente, alguna vez, por alguna combinación extraordinaria de circunstancias, se estableciera momentáneamente —como podría concebirse en un país como Francia, que tiene una gran inclinación hacia él, así como algunos recuerdos de la conmemoración colectivista—, no podría durar de ninguna manera. Ni siquiera podría ponerse en práctica más que de manera nominal, debido a su impracticabilidad inherente; mientras tanto, mientras existiera, aunque fuera parcialmente o de manera nominal, traería consigo, tras la primera gran división general —cuyas partes pronto se disiparían—, además del caos social general, males que incluirían la pobreza para todas las clases y una pobreza mayor que la que prevalece actualmente».

El profesor procedió a ofrecer pruebas de la veracidad de estos puntos de vista y luego preguntó: ¿Funcionaría el colectivismo satisfactoriamente incluso si de alguna manera se instalara y pusiera en marcha? Responde en sentido negativo. Dice:

«Habría una falta de esmero generalizada en los inventores, organizadores, capataces e incluso en la clase más cualificada de trabajadores, si no se les estimulara con una remuneración adicional para que dieran lo mejor de sí mismos y se esforzaran al máximo; en resumen, si se eliminara o se redujera seriamente el enorme y amplio estímulo que actualmente representa el interés privado, el resultado inevitable sería una producción muy reducida en cantidad e inferior en calidad. Habría que otorgar al menos "premios por la producción", y mientras los hombres sean como son —y es probable que lo sigan siendo por mucho tiempo—, estos tendrían que ser generosos; es decir, habría que apartarse de la igualdad de remuneración en lo que respecta a estos trabajadores de mayor nivel. De lo contrario, habría una pobreza que todos compartirían por igual, y los trabajadores comunes solo podrían contrarrestar su pobreza con la escasa satisfacción de que las antiguas clases ricas hubieran sido arrastradas a compartirla con ellos».

Para evitar el declive de la civilización y un retorno a la barbarie, continuó el profesor, pronto sería necesario reintroducir la desigualdad salarial y la iniciativa privada. Poco a poco habría que permitir la competencia, los préstamos privados, el intercambio y el interés, y al final se vería que el nuevo sistema diferiría muy poco del orden actual. Concluyó:

«Las cosas se irían modificando cada vez más en la dirección anterior, hasta que, finalmente, se produciría la inevitable contrarrevolución, probablemente sin ninguna nueva guerra civil, para la cual la clase gobernante ya no tendría ánimos ante la deserción de sus partidarios y su propio fanatismo en declive. Habría una gran restauración, no de una dinastía, sino de un sistema social; el antiguo sistema basado en la propiedad privada y los contratos, que ha surgido, como una lenta evolución en todas las

civilización, como el sistema más adecuado a la naturaleza humana en un estado de agregación, y que resulta aún más adecuado y necesario dadas las circunstancias, tanto físicas como sociales, de nuestra compleja civilización moderna».

Creemos que el colectivismo ya ha hecho mucho por las masas, como por ejemplo en el sistema de escuelas públicas de los Estados Unidos, los sistemas postales del mundo civilizado, la propiedad municipal de las obras hidráulicas, etc., y que aún se podría lograr mucho más en la misma línea. Sin embargo, toda persona razonable debe estar de acuerdo con el argumento de que, si se cortaran los tendones del egoísmo —que ahora mueven al mundo— al poner a todos los hombres en el mismo nivel, una nueva fuerza motriz (el Amor) tendría que ocupar su lugar; de lo contrario, la actividad del mundo se detendría repentinamente: la pereza reemplazaría a la industria, y la pobreza y la necesidad suplantarían la comodidad y la prosperidad.

Pero presentamos estas dificultades no porque tengamos una teoría «patentada» propia que defender, sino para que aquellos que buscan la sabiduría que viene de lo alto, a través de la Biblia, puedan ver con mayor claridad la impotencia de la humanidad en la crisis actual, y para que puedan aferrarse con mayor confianza y firmeza, por medio de la fe, al Señor y al remedio que Él aplicará a su debido tiempo.

LAS OPINIONES DE UN MIEMBRO DE LA CORTE SUPREMA

El juez Henry B. Brown, en su discurso ante los exalumnos del Departamento de Derecho de la Universidad de Yale, eligió como tema «El siglo XX». Señaló que los cambios del siglo XX prometen ser sociales más que políticos o legales, y luego mencionó los tres peligros más destacados que amenazan el futuro inmediato de los Estados Unidos: (1) la corrupción municipal, (2) la avaricia corporativa y (3) la tiranía de los sindicatos. Entre otras cosas, dijo:

«Probablemente en ningún país del mundo la influencia de la riqueza es más potente que en este, y en ningún período de nuestra historia

ha sido más poderosa que ahora. Las multitudes nunca son lógicas y tienden a aferrarse a pretextos más que a razones para desatar su venganza contra clases enteras de la sociedad. Probablemente nunca hubo una excusa más endeble para un gran disturbio que la huelga solidaria del verano pasado [1895], pero detrás de ella había agravios sustanciales. Si la riqueza no respeta las reglas de la honestidad común en el uso de su poder, no tendrá motivos para esperar moderación o discreción por parte de quienes se resisten a sus usurpaciones.

"He hablado de la codicia corporativa como otra fuente de peligro para el Estado. La facilidad con la que se obtienen las concesiones ha dado lugar a grandes abusos. Se forman corporaciones bajo las leyes de un estado con el único propósito de hacer negocios en otro, y se construyen ferrocarriles en California bajo concesiones otorgadas por los estados al este del Misisipi con el fin de trasladar sus litigios a los tribunales federales. Los mayores fraudes se cometen en la construcción de dichos ferrocarriles por parte de los propios directores, bajo la apariencia de una empresa constructora —otra sociedad— a la que se le entregan todos los bonos, hipotecas y otros valores, sin importar el costo real del ferrocarril. La línea ferroviaria se equipa de la misma manera mediante otra sociedad, formada por los directores, que compra el material rodante y se lo arrienda a la línea, de modo que, cuando llega la inevitable ejecución hipotecaria, se descubre que los accionistas han sido estafados en beneficio de los acreedores hipotecarios, y que estos últimos han sido estafados en beneficio de los directores. Los bienes adquiridos de esta manera, en contra de la honestidad y la moralidad, no se encuentran en una posición favorable para invocar la ayuda de la ley en su protección.

«Peor aún que esto, sin embargo, es la asociación de corporaciones en los llamados trusts, para limitar la producción, sofocar la competencia y monopolizar los bienes de primera necesidad. El alcance que esto ya ha alcanzado es alarmante; el alcance que podría alcanzar en el futuro es revolucionario. La verdad es que toda la legislación corporativa necesita urgentemente una reforma integral, pero la dificultad de lograr una acción conjunta por parte de los cuarenta y cuatro estados es aparentemente insuperable.

"De un ámbito totalmente diferente proviene el tercer y más inmediato peligro sobre el que he llamado su atención: la tiranía del trabajo. Surge de la aparente incapacidad del trabajador para percibir que los derechos que exige también debe concederlos. Los trabajadores pueden desafiar las leyes del país y derribar sus propias casas y las de sus empleadores sobre sus cabezas, pero son impotentes para controlar las leyes de la naturaleza —esa gran ley de la oferta y la demanda, en obediencia a la cual surgen las industrias, florecen por un tiempo y decaen, y tanto el capital como el trabajo reciben sus recompensas correspondientes».

El juez Brown no ve ninguna esperanza de reconciliación entre el capital y el trabajo, ya que tiene una mente demasiado lógica como para suponer que dos cuerpos que se mueven en direcciones opuestas puedan llegar a unirse alguna vez. Agrega además:

«El conflicto entre ambos se ha prolongado y se ha vuelto cada vez más encarnizado durante miles de años, y una solución parece más lejana que nunca. El arbitraje obligatorio es un término erróneo —una contradicción en sí mismo. Sería lo mismo que hablar de un asesinato amistoso o de una guerra amistosa. Es posible que finalmente se logre un compromiso basado en la cooperación o en la participación en las ganancias, en virtud del cual cada trabajador se convierta, hasta cierto punto, en un capitalista. Quizás, con una educación superior, una experiencia más amplia y una mayor inteligencia, el trabajador del siglo XX pueda alcanzar la cima de su ambición en su capacidad para disponer de la totalidad de las ganancias de su trabajo».---

Al referirse a la inquietud social derivada de los males corporativos mencionados, propone como paliativo —pero no como remedio— la propiedad pública de lo que se denomina «monopolios naturales». Considera que estos privilegios deberían ser ejercidos directamente por el Estado o el municipio, en lugar de que las corporaciones compitan y se disputen las concesiones mediante sobornos. Dice:

«No parece haber ninguna razón válida por la que tales concesiones, que se supone que benefician al público, no deban ser ejercidas directamente por el público. Tal es, al menos,

la tendencia en la legislación moderna de casi todos los estados altamente civilizados, excepto el nuestro. Aquí, los grandes intereses corporativos, al hacer alarde de los peligros del paternalismo y el socialismo, han logrado asegurarse franquicias que, en realidad, pertenecen al público».

Es evidente que este caballero expresa sin tapujos sus sinceras convicciones, sin restricciones —puesto que el cargo en la Corte Suprema de los Estados Unidos es vitalicio—. Por lo tanto, podía sugerir —y probablemente lo hizo— todo lo que conoce en cuanto a soluciones para las condiciones que deplora. Pero, ¿cuál es el alivio temporal sugerido? Solo un elemento del socialismo (la propiedad pública de los «monopolios nacionales»)
que todos, excepto los banqueros y los accionistas de las corporaciones, admiten que sería un beneficio temporal —nada más—; e incluso esto, parece admitir, es dudoso de lograr, tan poderosamente arraigado está el capital.

LA «MELEE SOCIAL» DE CLEMENCEAU

El editor de **La Justice**, de París, publicó hace algún tiempo un libro, **Le Melee Sociale**, que recibió mucha atención debido a la prominencia de su autor como legislador y editor. Aborda la cuestión social con vigor, sosteniendo que la lucha cruel e implacable por la existencia es tan característica de la sociedad humana como lo es en los reinos animal y vegetal, y que la llamada civilización no es más que una delgada capa que disfraza la brutalidad esencial del hombre. Él ve toda la historia de la sociedad simbolizada en Caín, el primer asesino, y afirma que, si bien el Caín moderno no asesina a su hermano directamente, se esfuerza sistemáticamente por aplastar a su hermano sobre quien, por la fuerza o el engaño, ha obtenido una ventaja de poder. A continuación, presentamos algunos extractos destacados de este libro:

«Me parece notable que la humanidad haya necesitado la reflexión de siglos y la investigación de las mentes más brillantes para descubrir el hecho simple y evidente de que el hombre siempre ha estado en guerra con el hombre, y que esta guerra

ha durado desde que comenzó la raza humana. De hecho, la imaginación no logra evocar por completo una visión de la tremenda, sangrienta y universal matanza que se ha venido produciendo en esta tierra desde que emergió por primera vez del caos.

"Tanto el trabajo forzado del esclavo encadenado como el trabajo libre del obrero asalariado se basan en el mismo principio: la derrota del más débil y su explotación por parte del más fuerte. La evolución ha cambiado las condiciones de la batalla, pero bajo una apariencia más pacífica, la lucha mortal sigue en curso. Apropiarse de la vida y el cuerpo de los demás para someterlos a los propios fines: ese ha sido el objetivo y el propósito fijo de la mayoría de los hombres, desde el caníbal salvaje, el barón feudal y el propietario de esclavos, hasta el patrón de nuestros días».

El principal problema de la civilización lo plantea así M. Clemenceau:

«El hambre es el enemigo de la raza humana. Mientras el hombre no haya vencido a este enemigo cruel y degradante, los descubrimientos de la ciencia no serán más que una ironía ante su triste suerte. Es como darle lujos a un hombre cuando ni siquiera cuenta con lo necesario para vivir. Es la ley de la naturaleza, y la más cruel de todas sus leyes. Ella obliga a la humanidad a ingeniárselas, a torturarse y destruirse a sí misma, para preservar a cualquier costo ese bien o mal supremo llamado vida.

"Otras formas de vida disputan al hombre su derecho a la vida. Él se defiende organizándose en comunidades. A su debilidad física, la primera causa de su derrota, se suma ahora su debilidad social. Y ahora cabe preguntarse: ¿Hemos llegado a tal grado de civilización que podamos concebir y establecer una organización social en la que se elimine la posibilidad de morir por pobreza o hambre? Los economistas no dudan. Responden con rotundidad que *no*."

Es deber del Estado y de los miembros ricos de la comunidad, en opinión del Sr. Clemenceau, abolir el hambre y

reconocer el «derecho a la vida». No solo por una cuestión de derecho, sino también de conveniencia, la comunidad debería cuidar a los desafortunados e incapacitados. Citamos nuevamente:

«¿No es acaso deber de los ricos socorrer a los desdichados? Llegará el día en que el espectáculo de un hombre muriendo [de hambre], mientras otro tiene tantos millones que no sabe qué hacer con ellos, resulte intolerable para todas las comunidades civilizadas —tan intolerable, de hecho, como lo sería hoy la institución de la esclavitud en esta comunidad. Los problemas del proletariado no se limitan en absoluto a Europa. Parecen ser igual de graves en la "libre" América, el paraíso de todo pobre desdichado de este lado del Atlántico».

Lo anterior es una perspectiva francesa. Puede que implique, o no, que la situación sea peor en Francia que en Estados Unidos. Al menos de una cosa estamos agradecidos: de que aquí, gracias a una tributación liberal y a generosas contribuciones, la muerte por inanición no sea inevitable. Lo que se desea es algo más que la mera existencia. La felicidad es necesaria para que la existencia sea deseable.

El señor Clemenceau ve y denuncia los defectos del actual sistema social, pero no ofrece ninguna solución razonable para ellos; de ahí que su libro no sea más que una leña para el fuego y una fuente de inquietud. Es bastante fácil hacernos a nosotros mismos y a los demás más insatisfechos e incómodos; y cualquier libro o artículo que no ofrezca un bálsamo sanador, ninguna teoría ni esperanza de escapar de los problemas, sería mucho mejor que no se hubiera escrito ni publicado. *Las Escrituras*, gracias a Dios, proporcionan no solo un bálsamo reconfortante, sino la única y infalible *cura* para la enfermedad del mundo —el pecado, la depravación egoísta y la muerte—, de la mano del gran mediador, el Buen Médico y el Dador de Vida. Y este mismo volumen se esfuerza por llamar la atención sobre estos remedios celestiales. Pero, de paso, estamos presentando el carácter desesperado de la enfermedad y la falta de esperanza de los remedios disponibles en el mundo.

ESTUDIO X

SOLUCIONES PROPUESTAS: SOCIALES Y FINANCIERAS

La prohibición y el sufragio femenino – La libre circulación de la plata y los aranceles proteccionistas – «El comunismo» – «Todo lo tenían en común» – «Anarquismo», «socialismo» o «colectivismo» – Babbitt sobre la construcción social – Herbert Spencer sobre el socialismo – Ejemplos de dos comunidades socialistas – «Nacionalismo» – La educación mecánica general como solución – La «solución del impuesto único» – La respuesta de Henry George al papa León XIII
sobre el trabajo – El Dr. Lyman Abbott sobre la situación – Sugerencias de un obispo metodista episcopal – Otras esperanzas y temores – La única esperanza – «Esa bendita esperanza» – La actitud adecuada para el pueblo de Dios que ve estas cosas –
en el mundo, pero no del mundo.

«¿Acaso no hay bálsamo en Galaad? ¿Acaso no hay allí médico?» «Hubiéramos sanado a Babilonia, pero no se ha sanado; abandonémosla y vayamos cada uno a su propio país, pues su juicio llega hasta el cielo». —Jer. 8:22; 51:7-9.

VARIOS son los remedios propuestos como «panaceas» para el alivio de la creación que gime en su condición actual, sin duda grave; y todos los que simpatizan con el cuerpo político que sufre deben simpatizar también con los esfuerzos de sus diversos médicos, quienes, habiendo diagnosticado el caso, están muy ansiosos de que el paciente pruebe sus recetas. Los intentos por encontrar una cura y aplicarla son sin duda encomiables, y cuentan con el reconocimiento de todas las personas de buen corazón. Sin embargo, un juicio sensato, iluminado por la Palabra de Dios, nos dice que ninguno de los remedios propuestos curará la enfermedad. La presencia y los servicios del Gran Médico con sus remedios —medicamentos, férulas, vendajes, camisas de fuerza y lancetas— serán imprescindibles; y nada menos

de su uso eficaz y persistente logrará curar la enfermedad de la depravación y el egoísmo humanos. Pero examinemos brevemente las recetas de otros médicos, para que podamos observar cómo algunas de ellas se acercan a la sabiduría de Dios y, sin embargo, cuán lejos quedan todas de ella —no con fines de controversia, sino para que todos puedan ver con mayor claridad la única dirección de la que cabe esperar ayuda.

LA PROHIBICIÓN Y EL SUFRAGIO FEMENINO COMO REMEDIOS

Estos dos remedios suelen combinarse, ya que se reconoce que la prohibición nunca podrá contar con el apoyo de la mayoría a menos que las mujeres tengan voto libre —y aun así es dudoso. Los abogados de este remedio presentan estadísticas para demostrar que gran parte de los problemas y la pobreza de la cristiandad se remontan al tráfico de bebidas alcohólicas; y afirman que, si se aboliera, la paz y la abundancia serían la regla y no la excepción.

Nos identificamos de todo corazón con gran parte de lo que se afirma en este sentido: la embriaguez es sin duda uno de los frutos más nocivos de la civilización; además, se está extendiendo rápidamente entre los pueblos semicivilizados y bárbaros. Nos alegraría verla abolida ahora y para siempre. También estamos dispuestos a reconocer que su abolición aliviaría gran parte de la pobreza actual, y que, debido a ella, cada año se desperdician —o algo mucho peor— cientos de millones de riqueza. Pero este no es el remedio para curar los males que surgen de las condiciones sociales actuales y egoístas, ni para enfrentar y contrarrestar la presión aplastante de la «ley de la oferta y la demanda», que avanzaría tan implacablemente como siempre, exprimiendo la sangre vital de las masas.

¿Quiénes, en realidad, despilfarran los millones que se gastan anualmente en bebidas alcohólicas? ¿Los más pobres? No, en absoluto; ¡los ricos! Los ricos, en primer lugar, y en segundo lugar, la clase media. Si mañana se aboliera el comercio de bebidas alcohólicas, lejos de aliviar la presión financiera sobre los más pobres, tendría el efecto contrario. Miles de agricultores que ahora cultivan los millones de bushels

de cebada, centeno, uvas y lúpulo que se utilizan en la fabricación de bebidas alcohólicas se verían obligados a cultivar otros cultivos, lo que a su vez deprimiría aún más los precios de los productos agrícolas en general. El vasto ejército de decenas de miles de destiladores, toneleros, embotelladores, vidrieros, transportistas, dueños de bares y meseros, que ahora están empleados en y por este comercio, se vería obligado a buscar otro empleo y deprimiría aún más el mercado laboral y, por lo tanto, el nivel de los salarios diarios. Los millones y millones de capital invertidos actualmente en este negocio se destinarían a otros sectores y forzarían la competencia empresarial.

Todo esto no debería disuadirnos de desear la eliminación de esta lacra, si fuera posible conseguir que una mayoría diera su consentimiento. Pero nunca se encontrará una *mayoría* (salvo en localidades excepcionales). La mayoría está compuesta por esclavos de este apetito y por quienes tienen intereses económicos en él, ya sea directa o indirectamente. La prohibición no se establecerá hasta que se establezca el Reino de Dios. Nos limitamos a señalar aquí que la eliminación de esta maldición, incluso si fuera factible, no curaría la actual enfermedad social y financiera.

LOS REMEDIOS DEL LIBRE COMERCIO DE LA PLATA Y LOS ARANCELES PROTECCIONISTAS

Reconocemos abiertamente que la desmonetización de la plata por parte de la cristiandad fue una jugada maestra de política egoísta por parte de los prestamistas para disminuir el volumen de la moneda estándar y así aumentar el valor de sus préstamos; para permitir el mantenimiento de altas tasas de interés sobre dichas deudas debido a la reducción de la moneda legal, mientras que todas las demás inversiones comerciales, así como el trabajo, sufren una depreciación constante como resultado del aumento de la oferta y la competencia. Muchos banqueros y prestamistas son hombres «honestos» según el estándar legal de honestidad; pero, ¡ay!, el estándar de algunos es demasiado bajo. Dice así: «Nosotros, los banqueros y prestamistas, velemos por nuestros intereses, y que los agricultores, menos astutos, se las arreglen por su cuenta». Engañemos a los más pobres y menos astutos llamando al oro "dinero honesto" y a la plata "dinero deshonesto". Muchos de los pobres desean ser honestos,

y así pueden ser intimidados y persuadidos para que apoyen nuestros planes, los cuales, sin embargo, serán duros para los "cosechadores". Bajo la influencia de nuestro discurso sobre el «dinero honesto» y nuestro prestigio como hombres honorables, así como nuestra posición como financieros y hombres acaudalados, llegarán a la conclusión de que cualquier opinión contraria a la nuestra debe de ser errónea; olvidarán que el dinero de plata ha sido el patrón mundial desde los albores de la historia, y que el oro, al igual que las piedras preciosas, era antiguamente una mercancía, hasta que se le sumó a la plata para satisfacer la creciente demanda de dinero suficiente para llevar a cabo los negocios del mundo. Tal como están las cosas, la tasa de interés está bajando en nuestros centros financieros; ¡cuánto más baja sería la tasa de interés si toda la plata tuviera valor monetario y el dinero fuera, por lo tanto, más abundante! Nuestro siguiente paso debe ser retirar todo el papel moneda y, de ese modo, reforzar la tasa de interés.

Según la ley de la oferta y la demanda, todo prestatario tiene interés en disponer de abundante dinero —plata, oro y papel—; según la misma ley, todo banquero y prestamista tiene interés en abolir el papel moneda y en desacreditar la plata; pues cuanto menos dinero hay con valor para cancelar deudas, más se demanda ese poco que hay. Por lo tanto, mientras que los valores laborales y comerciales están cayendo, el dinero tiene demanda y el interés casi se mantiene estable.

Como ya se ha demostrado, las indicaciones de la profecía parecen apuntar a que la plata no recuperará los mismos privilegios que el oro como moneda de referencia en el mundo civilizado. Pero es evidente que, incluso si se restableciera por completo, su alivio no sería más que temporal: eliminaría el incentivo particular que ahora se les brinda a los fabricantes en Japón, India, China y México; aliviaría al sector agrícola de la cristiandad y, de ese modo, eliminaría parte de la presión actual bajo la cual todos se esfuerzan «por llegar a fin de mes»; y así podría posponer el colapso por un tiempo más. Pero, al parecer, Dios no desea posponer así el «día malo»; y, por lo tanto, el egoísmo humano,

ciego a toda razón, gobernará y arruinará más rápidamente; como está escrito: «La sabiduría de sus sabios perecerá»; y «Ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira del Señor»----–Sof. 1:18; Ez. 7:19; Is. 14:4-7, margen; 29:14.

La protección, sabiamente calibrada para evitar la creación de monopolios y desarrollar todos los recursos naturales de un país, es sin duda alguna una ventaja para prevenir la rápida nivelación del trabajo en todo el mundo. Sin embargo, en el mejor de los casos no es más que un plano inclinado por el que los salarios descenderán al nivel más bajo, en lugar de caer con una sacudida más brusca por el precipicio. Tarde o temprano, bajo el sistema competitivo que impera actualmente, tanto los bienes como los salarios se verán obligados a alcanzar un nivel casi común en todo el mundo.

Por lo tanto, ni el «plata libre» ni los aranceles proteccionistas pueden pretender ser *remedios* para los males actuales e inminentes, sino meros paliativos.

EL COMUNISMO COMO REMEDIO

El comunismo propone un sistema social en el que habrá comunidad de bienes; en el que toda la propiedad será de propiedad común y se administrará en beneficio del interés general, y todos los beneficios derivados de todo el trabajo se destinarán al bienestar general: «a cada uno según sus necesidades». La tendencia del comunismo quedó ilustrada en la Comuna de París. Su definición, según el reverendo Joseph Cook, es: *«El comunismo* significa la abolición de la herencia, la abolición de la familia, la abolición de las nacionalidades, la abolición de la religión, la abolición de la propiedad».

Podríamos elogiar algunas características del comunismo (véase «Socialismo»), pero en su conjunto es totalmente inviable. Un sistema así probablemente funcionaría muy bien en el cielo, donde todos son perfectos, puros y buenos, y donde reina el amor; pero una breve reflexión debería demostrar a

a cualquier persona con juicio y experiencia que, en el estado actual del corazón humano, tal plan es totalmente inviable. La tendencia sería convertir a todos en holgazanes. Pronto tendríamos una competencia para ver quién podía hacer el trabajo más escaso y de peor calidad; y la sociedad caería rápidamente en la barbarie y la inmoralidad, lo que llevaría a la rápida extinción de la raza.

Pero algunos imaginan que el comunismo se enseña en la Biblia y que, por consiguiente, debe ser el verdadero remedio: el remedio de Dios. Para muchos, este es el argumento más sólido a su favor. Es muy común la suposición de que fue instituido por nuestro Señor y los apóstoles, y de que debería haber seguido siendo la norma y la práctica de los cristianos desde entonces. Por lo tanto, presentamos a continuación un artículo sobre este aspecto del tema, tomado de nuestra propia revista:

«TENÍAN TODAS LAS COSAS EN COMÚN»

«Y todos los que creían estaban juntos y tenían todo en común; y vendían sus propiedades y bienes, y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Y perseveraban diariamente con un mismo ánimo en el templo, y partían el pan de casa en casa, comían con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo». —Hechos 2:44-47.

Tal era el sentimiento espontáneo de la Iglesia primitiva: el egoísmo dio paso al amor y al interés general. ¡Bendita experiencia! Y sin duda, un sentimiento similar, más o menos claramente definido, llega al corazón de todos los que se han convertido verdaderamente. Cuando por primera vez tuvimos una percepción real del amor y la salvación de Dios, cuando nos entregamos por completo al Señor y nos dimos cuenta de sus dones para con nosotros, que no solo se refieren a la vida presente, sino también a la venidera, sentimos una alegría desbordante, que nos llevó a ver en cada compañero de camino hacia la Canaán celestial a un hermano o una hermana en quien

confiábamos por su relación con el Señor y por tener su espíritu; y estábamos dispuestos a tratarlos a todos como lo haríamos con el Señor, y a compartir con ellos todo lo que teníamos, así como lo compartiríamos todo con nuestro redentor. Y en muchas ocasiones fue mediante un duro golpe que nos dimos cuenta de que ni nosotros ni los demás somos perfectos en la carne; y que, por mucho del espíritu del Maestro que su pueblo posea ahora, «tienen este tesoro en vasos de barro» de fragilidad y deserción humanas.

Entonces aprendimos, no solo que había que tomar en cuenta las debilidades de la carne de los demás, sino que nuestras propias debilidades de la carne requerían una vigilancia constante. Descubrimos que, si bien todos habían compartido la caída de Adán, no todos habían caído de la misma manera, ni exactamente en los mismos aspectos. Todos han caído de la semejanza de Dios y del espíritu de amor a la semejanza de Satanás y al espíritu de egoísmo; y así como el amor tiene diversas formas de manifestarse, también las tiene el egoísmo. En consecuencia, el egoísmo que actúa en uno ha generado un deseo de comodidad, pereza e indolencia; en otro, ha producido energía, trabajo en busca de los placeres de esta vida, autogratificación, etc.

Entre aquellos que son *activamente* egoístas, algunos se satisfacen acumulando una fortuna y haciendo que se diga: «Es rico»; otros satisfacen su egoísmo buscando el honor de los hombres; otros, en la vestimenta; otros, en los viajes; otros, en el libertinaje y en las formas más bajas y mezquinas de egoísmo.

Cada uno que ha sido engendrado a la nueva vida en Cristo, con su nuevo espíritu de amor, se encuentra con un conflicto que ha comenzado, luchas internas y externas; pues el nuevo espíritu lucha contra cualquier forma de egoísmo o depravación que antes nos controlaba. La «nueva mente de Cristo, cuyos principios son la justicia y el amor,
se impone; y le recuerda a *la voluntad* que ha dado su consentimiento y se ha comprometido a este cambio. Los deseos de la carne (los deseos egoístas, sea cual sea su inclinación), apoyados por la influencia externa de los amigos, discuten y debaten el tema, insistiendo en que no se deben tomar medidas radicales —que tal curso de acción sería insensato,

una locura, imposible. La carne insiste en que el antiguo rumbo no puede cambiarse, pero aceptará ligeras modificaciones y no hacer nada tan extremo como antes.

La gran mayoría del pueblo de Dios parece estar de acuerdo con esta asociación, que en realidad sigue siendo el reinado del egoísmo. Pero otros insisten en que el espíritu o la mente de Cristo debe tener el control. La batalla que se desata es dura (Gál. 5:16, 17); pero la nueva voluntad debe vencer, y el yo, con su propio egoísmo o sus deseos depravados, debe ser considerado muerto. — Col. 2:20; 3:3; Rom. 6:2-8.

¿Pero esto pone fin a la batalla para siempre? No—

> "Nunca creas que la victoria está
> ganada, ni te sientes a descansar
> ni una sola vez;
> Tu ardua tarea no habrá terminado hasta
> que hayas obtenido tu corona».

Ah, sí, debemos renovar la batalla a diario, e implorar y recibir la ayuda divina, para que podamos terminar nuestra carrera con alegría. No solo debemos vencer al yo, sino que, como lo hizo el Apóstol, debemos someter nuestros cuerpos. (1 Cor. 9:27) Y esta, nuestra experiencia —de que debemos estar constantemente en alerta contra el espíritu del egoísmo, y de que debemos apoyar y promover en nosotros mismos el espíritu del amor—, es la experiencia de todos los que igualmente se han «revestido de Cristo» y han hecho suya su voluntad. De ahí la pertinencia de la observación del apóstol: «De ahora en adelante no conocemos a nadie [en Cristo] según la carne. Conocemos a los que están en Cristo según su nuevo espíritu,
y no según su carne caída. Y si vemos que a veces fallan, o siempre en cierta medida, y sin embargo vemos evidencias de que la nueva mente está luchando por imponerse, estamos debidamente dispuestos a simpatizar con ellos en lugar de reprenderlos por pequeños fracasos; «acordándonos de nosotros mismos, no sea que también nosotros seamos tentados [por nuestra antigua naturaleza egoísta al violar algunos de los requisitos de la ley perfecta del amor]».

Bajo «la angustia presente», por lo tanto, mientras cada uno hace todo lo que puede para mantener su propio cuerpo bajo control y el espíritu de amor en

control, el buen juicio, así como la experiencia y la Biblia, nos dicen que lo mejor es no complicar las cosas intentando planes comunistas; sino que cada uno trace caminos tan rectos como sea posible para sus propios pies, para que lo que cojea en nuestra carne caída no se desvíe por completo del camino, sino que sea sanado.

(1) *El buen juicio* dice que si los santos, con ayuda divina, libran una batalla constante para mantener el egoísmo sometido al amor, una colonia o comunidad promiscua ciertamente no lograría gobernarse a sí misma mediante una ley totalmente ajena al espíritu de la mayoría de sus miembros. Y sería imposible establecer un comunismo compuesto únicamente de santos, porque no podemos leer los corazones; solo «el Señor conoce a los que son suyos». Y si se pudiera reunir tal colonia de santos, y si prosperara con todas las cosas en común, todo tipo de personas malvadas buscarían obtener sus posesiones o compartirlas; y si se las excluyeran con éxito, dirían todo tipo de maldad contra ellos; y así, aunque se mantuviera unida, la empresa no sería un verdadero éxito.

Algunos santos, al igual que muchos del mundo, han caído tanto en la indolencia egoísta que solo la necesidad los ayudará a ser «no perezosos en los quehaceres, sino fervientes en el espíritu, sirviendo al Señor». Y muchos otros son tan egoístamente ambiciosos que necesitan los golpes del fracaso y la adversidad para madurar y poder simpatizar con los demás, o incluso para que traten a los demás con justicia. Para ambas clases, la «comunidad»... serviría simplemente para obstaculizar el aprendizaje de las lecciones adecuadas y necesarias.

Tales comunidades, si se dejaran al gobierno de la mayoría, se hundirían al nivel de la mayoría; pues la minoría progresista y activa, al descubrir que no se puede ganar nada con la energía y la austeridad frente a la descuidada y la pereza, también se volvería descuidada e indolente. Si fueran gobernadas por organizadores de voluntad firme, como los Fideicomisarios y Administradores de la Vida, según un principio paternalista, el resultado sería más favorable desde el punto de vista financiero; pero las masas, privadas de responsabilidad personal, degenerarían en meras herramientas y esclavos de los Fideicomisarios.

Por lo tanto, a un juicio sensato le parece que el método del individualismo, con su libertad y responsabilidad, es el mejor para el desarrollo de los seres inteligentes; aunque pueda acarrear dificultades muchas veces para todos y, a veces, para muchos.

El buen juicio puede ver que si el Reino Milenario se estableciera en la tierra, con los gobernantes divinos entonces

prometidos, respaldados por una sabiduría infalible y pleno poder para ejercerla, estableciendo «el juicio como una plomada y la justicia como una nivel, y gobernando no por el consentimiento de las mayorías, sino por
un juicio justo, como "con vara de hierro", entonces el comunismo podría tener éxito; probablemente sería la mejor condición posible, y de ser así, será el método elegido por el Rey de reyes. Pero para eso esperamos; y al no tener el poder ni la sabiduría para ejercer tal poder teocrático, el espíritu de una mente sana simplemente espera el tiempo del Señor, orando mientras tanto: "Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". Y después de que el Reino de Cristo haya traído de vuelta a Dios y a la justicia a todos los que estén dispuestos, y haya destruido a todos los que no lo estén, entonces, con el Amor como gobierno de la tierra tal como lo es del cielo, podemos suponer que los hombres compartirán en común las bendiciones de la tierra, así como los ángeles comparten las bendiciones del cielo.

(2) *La experiencia* demuestra el fracaso de los métodos comunistas en la actualidad. Ha habido varias comunidades de este tipo; y el resultado siempre ha sido el fracaso. La comunidad de Oneida, en Nueva York, es una de cuyas fracasos se reconocen desde hace mucho tiempo. Otra, la Sociedad Harmony de Pensilvania, pronto defraudó las esperanzas de sus fundadores, pues prevaleció tanta discordia que se dividió. La rama conocida como los Economitas se estableció cerca de Pittsburgh, Pensilvania. Floreció por un tiempo, a su manera, pero ahora está bastante marchita; y la posesión de sus bienes se está disputando actualmente tanto dentro de la Sociedad como en los tribunales de justicia.

Ahora están surgiendo otras sociedades comunistas, que tendrán mucho menos éxito que estas porque los tiempos son diferentes; la independencia es mayor, el respeto y la reverencia son menores, las mayorías mandarán, y sin líderes sobrehumanos seguramente fracasarán. Los líderes mundanos sabios velan por sus propios intereses, mientras que los cristianos sabios están ocupados en otros ámbitos —obedeciendo el mandato del Señor: «Ve y predica el Evangelio»—.----

(3) *La Biblia* no enseña el comunismo, sino que enseña un individualismo amoroso y considerado, excepto en el sentido del comunismo familiar —cada familia actúa como una unidad, de la cual

el padre es la cabeza y la esposa es una con él, su coheredera de la gracia de la vida, su compañera en cada alegría y beneficio, así como en cada adversidad y dolor. Es cierto que Dios permitió un arreglo comunista en la Iglesia primitiva, al que se hace referencia al inicio de este artículo; pero esto pudo haber sido con el propósito de ilustrarnos la falta de sabiduría de ese método; y para que algunos, al pensar ahora en ese esquema, no concluyeran que los apóstoles no dirigieron ni organizaron comunidades *porque* carecían de la sabiduría para idear y llevar a cabo tales métodos; pues no se puede citar ni una sola palabra de nuestro Señor ni de los apóstoles que defienda los principios comunistas; pero sí se pueden citar muchas que indiquen lo contrario.

Es cierto que el apóstol Pedro (y probablemente otros apóstoles) conocía ese primer sistema comunista y cooperó en él, aunque no lo enseñara. También se ha deducido que la muerte de Ananías y Safira era una señal de que la entrega de todos los bienes de los creyentes era obligatoria; pero no es así: su pecado fue *mentir*, como declaró Pedro al analizar el caso. Mientras tenían la tierra, no había nada de malo en conservarla si la habían obtenido honestamente; e incluso después de haberla vendido, tampoco se cometió ningún daño: la falta radicó en afirmar falsamente que la suma de dinero entregada era *todo lo* que tenían, cuando en realidad no lo era. Intentaban engañar a los demás al obtener una parte de lo que ellos tenían sin entregar todo lo que ellos mismos poseían.

De hecho, la comunidad cristiana de Jerusalén fue un fracaso. «Se levantó un murmullo» —«porque se descuidaba a sus viudas en la distribución diaria de la ayuda»—. Aunque bajo la supervisión apostólica la Iglesia era pura, libre de «cizaña», y todos poseían el tesoro del nuevo espíritu o la «mente de Cristo», era evidente que ese tesoro se encontraba únicamente en vasos de barro deformados y retorcidos que no podían llevarse bien entre sí.

Los apóstoles pronto se dieron cuenta de que la administración de la comunidad interferiría en gran medida con su verdadera labor: la predicación del Evangelio. Así que dejaron esas cosas en manos de otros. El apóstol Pablo y otros viajaban de ciudad en ciudad

predicando a Cristo y a éste crucificado; pero, según lo que muestran los registros, nunca mencionaron el comunismo ni organizaron una comunidad; y, sin embargo, San Pablo declara: «No he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios». Esto demuestra que el comunismo no forma parte del evangelio, ni del consejo de Dios para esta era.

Por el contrario, el apóstol Pablo exhortó e instruyó a la Iglesia a hacer cosas que serían totalmente imposibles de realizar como miembros de una sociedad comunista: que cada uno «provea para los suyos»; que «apartaran en el primer día de la semana una ofrenda para
el servicio del Señor, según lo que el Señor les hubiera prosperado»; que los siervos obedecieran a sus maestros, prestando el servicio con doble buena voluntad si el maestro también era un hermano en Cristo; y cómo los maestros debían tratar a sus siervos, como quienes deben rendir cuentas ante el gran Maestro, Cristo. — 1 Tim. 5:8; 6:1; 1 Cor. 16:2; Ef. 6:5-9.

Nuestro Señor Jesús no solo no estableció una comunidad mientras vivió, sino que nunca enseñó que se debiera establecer una. Por el contrario, en sus parábolas enseñó que no a todos se les ha dado el mismo número de minas o talentos, sino que cada uno es un administrador y debe manejar individualmente (no colectivamente, como una comuna) sus propios asuntos, y rendir su propia cuenta. (Mateo 25:14-28; Lucas 19:12-24. Véase también Santiago 4:13, 15.) Al morir, nuestro Señor encomendó a su madre al cuidado de su discípulo Juan, y el relato de Juan (19:27) dice: «Y desde aquella hora aquel discípulo la llevó a su propia casa». Juan, por lo tanto, tenía un hogar, al igual que Marta, María y Lázaro. Si nuestro Señor hubiera formado una comunidad, sin duda habría encomendado a su madre a ella en lugar de a Juan.

Además, la formación de una comunidad de creyentes se opone al propósito y a los métodos de la edad evangélica. El objetivo de esta edad es *dar testimonio* de Cristo al mundo y, de este modo, «separar un pueblo para su nombre»; y con este fin se exhorta a cada creyente a ser una luz ardiente y resplandeciente ante los hombres —el mundo en general— y no solo ante los demás y entre ellos mismos. Por lo tanto, después de permitir que se estableciera la primera comunidad cristiana

establecerse, para demostrar que el hecho de no establecer comunidades en general no fue un descuido, el Señor la disolvió y dispersó a los creyentes por todas partes, para predicar el Evangelio a toda criatura. Leemos: «Y en aquel tiempo se desató una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y *todos* fueron *dispersados* por las regiones de Judea y Samaria, excepto los apóstoles», y fueron por todas partes predicando el Evangelio. —Hechos 8:1, 4; 11:19.

Sigue siendo la tarea del pueblo de Dios brillar como luces en medio del mundo, y no encerrarse en conventos y claustros o en comunidades. Las promesas del Paraíso no se harán realidad al unirse a tales comunidades. El deseo de unirse a tales «confederaciones» no es más que parte del
el espíritu general de nuestros días, contra el cual se nos ha advertido. (Isaías 8:12) «Confíen en el Señor y esperen pacientemente en él». «Vigilen, pues, y oren siempre, para que sean considerados dignos de escapar de todas estas cosas
... y para estar en pie ante el Hijo del hombre». —Lucas 21:36.

LA ANARQUÍA COMO REMEDIO

Los anarquistas quieren libertad hasta el punto de la anarquía. Al parecer, han llegado a la conclusión de que todo método de cooperación humana ha resultado un fracaso, y proponen destruir todas las restricciones cooperativas humanas. La anarquía es, por lo tanto, exactamente lo opuesto al comunismo, aunque algunos los confunden. Mientras que el comunismo destruiría todo individualismo y obligaría al mundo entero a compartir por igual, la anarquía destruiría todas las leyes y restricciones sociales para que cada individuo pudiera hacer lo que le plazca. El anarquismo es meramente destructivo: hasta donde podemos determinar, no tiene rasgos constructivos. Probablemente considera que ya tiene suficiente con destruir el mundo, y que es mejor dejar que el futuro luche por sí mismo en lo que respecta a la reconstrucción.

Los siguientes extractos de un folleto de dieciséis páginas publicado por los anarquistas de Londres y distribuido en su gran marcha del Primero de Mayo dan una idea de sus ideas descabelladas y desesperadas:

«La creencia de que debe haber autoridad en alguna parte, y la sumisión a la autoridad, son la raíz de toda nuestra miseria. Como remedio, aconsejamos una lucha a vida o muerte contra toda

autoridad —ya sea la autoridad física, encarnada en el Estado, o la autoridad doctrinal, resultado de siglos de ignorancia y superstición, como la religión, el patriotismo, la obediencia a las leyes, la creencia en la utilidad del gobierno, la sumisión a los ricos y a quienes ocupan cargos públicos—; en resumen, una lucha contra todas y cada una de las farsas diseñadas para atontar y esclavizar a los trabajadores. Los trabajadores deben, necesariamente, destruir la autoridad; quienes se benefician de ella, sin duda, no lo harán. El patriotismo y la religión son santuarios y baluartes de sinvergüenzas; la religión es la mayor maldición de la raza humana. Sin embargo, hay quienes prostituyen la noble palabra «trabajo» al combinarla con el término nauseabundo «iglesia» para formar «Iglesia del Trabajo». Bien podría hablarse también de una «Policía del Trabajo».

«No compartimos las opiniones de quienes creen que el Estado puede convertirse en una institución benéfica. El cambio sería tan difícil como convertir a un lobo en un cordero. Tampoco creemos en la centralización de toda la producción y el consumo, tal como la proponen los socialistas. Eso no sería más que el Estado actual en una nueva forma, con mayor autoridad, una verdadera monstruosidad de tiranía y esclavitud.

"Lo que quieren los anarquistas es libertad igual para todos. Los talentos y las inclinaciones de todos los hombres difieren entre sí. Cada uno sabe mejor que nadie lo que puede hacer y lo que quiere; las leyes y las regulaciones solo son un obstáculo, y el trabajo forzado nunca es agradable. En el Estado al que aspiran los anarquistas, cada uno hará el trabajo que más le plazca y satisfará sus necesidades con lo que haya en el almacén común, como más le convenga."

Parecería que incluso el juicio más pobre y la experiencia más escasa verían en esta propuesta nada más que la más absoluta locura. En ella no se propone ni se espera ningún remedio: no es más que el crujir de dientes de los desesperados y sin esperanza; sin embargo, es el extremo hacia el cual las multitudes están siendo empujadas por la fuerza de las circunstancias impulsadas por el egoísmo.

EL SOCIALISMO O EL COLECTIVISMO COMO REMEDIO

El socialismo, como forma de gobierno civil, se propondría asegurar la reconstrucción de la sociedad, el aumento de la riqueza y una

distribución más equitativa de los productos del trabajo mediante la propiedad colectiva pública de la tierra y el capital (riqueza que no sea bienes raíces), y la administración colectiva pública de todas las industrias. Su lema es: «A cada uno según sus obras».

Se diferencia del «nacionalismo» en que no propone recompensar a todos los individuos por igual. Se diferencia del «comunismo» en que no aboga por una comunidad de bienes o de propiedad. Por lo tanto, a nuestro juicio, evita los errores de ambos y es una teoría muy práctica si pudiera ser introducida gradualmente y por hombres sabios, moderados y desinteresados. Este principio ya ha logrado mucho a pequeña escala en diversas localidades. En muchas ciudades de Estados Unidos, el suministro de agua, las mejoras viales, las escuelas y los departamentos de bomberos y policía se administran de esta manera, en beneficio del bienestar general. Pero Europa nos lleva la delantera en este sentido, pues muchos de sus ferrocarriles y telégrafos se administran así. En Francia, el negocio del tabaco, con todas sus ganancias, pertenece al gobierno, es decir, al pueblo. En Rusia, el gobierno se ha hecho cargo del negocio de las bebidas alcohólicas y, de ahora en adelante, lo administrará en beneficio del público, tanto en lo económico como, según se afirma, en lo moral.

Las siguientes estadísticas interesantes provienen de

«SOCIAL UPBUILDING»

por E. D. Babbitt, LL. D., del College of Fine Forces, Nueva Jersey:

«Sesenta y ocho gobiernos son dueños de sus líneas telegráficas.

«Cincuenta y cuatro gobiernos son dueños de sus ferrocarriles, ya sea en su totalidad o en parte, mientras que solo diecinueve, entre ellos Estados Unidos, no lo son.

«En Australia, uno puede viajar 1,000 millas (en primera clase) a través del país por 5.50 dólares, o seis millas por 2 centavos, y a los trabajadores ferroviarios se les paga más por ocho horas de trabajo que en Estados Unidos por diez horas. ¿Esto empobrece al país? En Victoria, donde prevalecen estas tarifas, los ingresos netos de 1894 fueron suficientes para pagar los impuestos federales.

«En Hungría, donde las vías férreas son de propiedad estatal, uno puede viajar seis millas por un centavo, y desde que el gobierno compró las vías, los salarios se han duplicado.

«En Bélgica, las tarifas de pasajeros y de carga se han reducido a la mitad y los salarios se han duplicado. Pero, a pesar de todo eso, las vías férreas pagan al gobierno un ingreso anual de 4 000 000 de dólares.

«En Alemania, las vías férreas de propiedad del gobierno transportan a una persona cuatro millas por un centavo, mientras que los salarios de los empleados son un 120 por ciento más altos que cuando eran propiedad de las empresas privadas. ¿Ha resultado ruinoso ese sistema? No. Durante los últimos diez años, las utilidades netas han aumentado un 41 por ciento. El año pasado (1894), las vías férreas pagaron al gobierno alemán una utilidad neta de 25 000 000 de dólares.

"Se ha estimado que la propiedad estatal de los ferrocarriles le ahorraría al pueblo de los Estados Unidos mil millones de dólares y proporcionaría mejores salarios a sus empleados, de los cuales sin duda se necesitarían dos millones en lugar de los 700 000 actuales.

"Berlín, Alemania, es considerada la ciudad más limpia, mejor pavimentada y mejor administrada del mundo. Es dueña de sus plantas de gas, alumbrado eléctrico, sistemas de agua, tranvías, telefonía urbana e incluso de su seguro contra incendios, y de esta manera obtiene cada año una ganancia de 5,000,000 de marcos, o 1,250,000 dólares, una vez deducidos todos los gastos. En esa ciudad, los ciudadanos pueden viajar cinco millas tantas veces como quieran todos los días durante todo el año por
4.50 dólares, mientras que dos viajes al día en los trenes elevados de Nueva York costarían 36.50 dólares.

"El Sr. F. G. R. Gordon ha presentado en la *revista *Twentieth Century** las estadísticas relativas al alumbrado de varias ciudades estadounidenses y ha constatado que el precio promedio anual de cada lámpara de arco, cuando está bajo control municipal, es de 52,12 1/2 dólares, mientras que el precio promedio que pagan las distintas ciudades a los operadores privados es de 105,13 dólares por lámpara al año, es decir, un poco más del doble de lo que cuesta cuando las administran las propias ciudades.

"El precio promedio de los telegramas en los Estados Unidos en 1891 era de treinta y dos centavos y medio. En Alemania, donde los telégrafos son propiedad del gobierno, los mensajes de diez palabras se envían a

todas las partes del país por cinco centavos. Debido a las mayores distancias y a los precios más altos de la mano de obra aquí, probablemente tendríamos que pagar entre cinco y veinte centavos, según la distancia. La notable ventaja de que cada municipio controle su propio gas, agua, carbón y tranvías ha sido demostrada por Birmingham, Glasgow y otras ciudades de Gran Bretaña».

Muy bien, respondemos, en la medida en que eso es cierto. Pero aún así, ningún hombre en su sano juicio afirmará que los pobres de Europa están disfrutando de las bendiciones milenarias, incluso con todas estas teorías socialistas en funcionamiento en su seno. Ningún hombre bien informado se atreverá a decir que las clases trabajadoras de Europa estén ni remotamente a la par con los trabajadores en general de Estados Unidos. Este sigue siendo su Paraíso, y en este mismo momento se están elaborando leyes para limitar a los miles que aún desean venir a compartir este Paraíso.

Pero aunque nos regocijamos por cada mejora en la condición de los pobres de Europa, no olvidemos que el movimiento de nacionalización, excepto en Gran Bretaña, no es resultado de una mayor sagacidad por parte del pueblo, ni de la benevolencia o indolencia del capital, sino de otra causa que no opera en Estados Unidos: de los propios gobiernos. Se han apoderado de estos para evitar la quiebra. Tienen gastos inmensos para mantener ejércitos, armadas, fortalezas, etc., y deben contar con una fuente de ingresos. Las tarifas de viaje baratas tienen como objetivo complacer al pueblo y también atraer negocio; pues si las tarifas no fueran bajas, los muchos que ganan salarios modestos no podrían viajar. Tal como están las cosas, los vagones de cuarta clase en Alemania son simplemente vagones de carga, sin asientos de ningún tipo.

A la luz de estos hechos, no nos engañemos con la suposición de que tales medidas resolverían el problema laboral, o incluso aliviarían la situación por más de seis años, y eso solo ligeramente.

Tenemos razones para creer que el socialismo avanzará mucho durante los próximos años. Pero con frecuencia no se impulsará con prudencia ni moderación: el éxito embriagará a algunos de sus abogados, y el fracaso desesperará a otros, y como resultado la impaciencia conducirá a la calamidad. El capitalismo

y el monarquismo ven en el socialismo a un enemigo, y ya se oponen a él tanto como se atreven, teniendo en cuenta la opinión pública. La Iglesia nominal, aunque llena de cizaña y mundanalidad, sigue siendo un factor poderoso en este asunto; pues representa y controla en gran medida a las clases medias, en cuyas manos está el equilibrio de poder entre las clases altas y bajas de la sociedad. Hasta ahora, sus partidarios —que en general han sido infieles— han tergiversado considerablemente el socialismo ante estas clases. Los gobernantes, los capitalistas y los clérigos, con pocas excepciones, se aprovecharán de los primeros extremos del socialismo para atacarlo, tacharlo de infame y sofocarlo temporalmente, animándose con argumentos engañosos que les sugieren el interés propio y el miedo.

No podemos sino regocijarnos al ver que se ponen en marcha principios de equidad, aunque sean solo temporales y parciales. Y todos aquellos cuyos intereses se vean afectados por ello deberían esforzarse por adoptar una visión amplia y renunciar a una parte de su ventaja personal por el bien común.

Como se ha insinuado, el movimiento será aplastado bajo el poder combinado de la Iglesia, el Estado y el Capital, y más tarde conducirá a la gran explosión de la anarquía, en la que, como se indica en las Escrituras, todas las instituciones actuales serán destruidas: «un tiempo de angustia como nunca hubo desde que existe una nación».

Pero incluso si el socialismo se impusiera por completo, no sería más que un alivio temporal, mientras *el egoísmo* siga siendo el principio dominante en los corazones de la mayoría de la humanidad. Hay «intrigantes natos que
rápidamente encontrarían la manera de quedarse con lo mejor de las obras públicas y las compensaciones para sí mismos; los parásitos de la estructura social se multiplicarían y prosperarían, y las "camarillas"... estarían por todas partes. Mientras la gente reconozca y venere un principio, se ajustará a él en mayor o menor medida: de ahí que el socialismo al principio pudiera ser relativamente puro, y

sus representantes en el poder serían fieles servidores del público en pro del bien común. Pero si el socialismo se hiciera popular, los mismos intrigantes astutos y egoístas que ahora se oponen a él se infiltrarían y lo controlarían para sus propios fines egoístas.

Los comunistas y los nacionalistas ven que, mientras se permitan las diferencias de remuneración, el egoísmo deformará y tergiversará la verdad y la justicia; y, para satisfacer el orgullo y la ambición, superará todas las barreras contra la pobreza que los hombres puedan erigir. Para hacer frente a esta dificultad, recurren a los extremos poco prácticos que presentan sus postulados —poco prácticos *porque* los hombres son pecadores, no los santos; egoístas, no amorosos.

LA VISIÓN DEL SOCIALISMO DE HERBERT SPENCER

El Sr. Herbert Spencer, el destacado filósofo y economista inglés, al enterarse de que el socialista italiano Ferri respalda sus teorías, escribió: «La afirmación de que cualquiera de mis puntos de vista favorece al socialismo me causa gran irritación. Creo que el advenimiento del socialismo es el mayor desastre que el mundo haya conocido jamás».

Si bien los grandes pensadores coinciden en que la competencia o el «individualismo» tienen sus males que requieren remedios drásticos, condenan la esclavitud del individuo ante la organización social; o más bien, el entierro de toda individualidad en el socialismo, como el desastre mayor a la larga; ya que crearía ejércitos de empleados públicos, convertiría la política aún más en un negocio de lo que es actualmente y, en consecuencia, abriría el camino más que nunca a las camarillas y a la corrupción generalizada.

El siguiente fragmento, tomado del *Literary Digest* (10 de agosto de 1895), guarda relación con el tema que nos ocupa, ya que demuestra que los principios socialistas no perdurarían a menos que estuvieran respaldados por algún tipo de fuerza —tan fuerte es el egoísmo en toda la humanidad—:

«DOS COMUNIDADES SOCIALISTAS»

«Dos experimentos prácticos del socialismo atraen la atención de los estudiosos de la economía social en el extranjero. En ambos casos, a los promotores originales de las comunidades socialistas les va bastante bien; en uno de ellos, incluso prosperan. Pero el intento de vivir de acuerdo con las enseñanzas de los teóricos socialistas ha fracasado en ambos casos. Los antiguos comunistas han vuelto a métodos que apenas difieren de los de la *burguesía* que los rodea. Hace poco más de dos años, un grupo de trabajadores australianos, cansados de una vida de esclavitud salarial aliviada únicamente por las penurias de la inactividad forzada, partió hacia Paraguay, donde obtuvieron tierras aptas para agricultores que no cuentan con maquinaria pesada a su disposición. Llamaron a su asentamiento Nueva Australia y esperaban convertirlo en una utopía para los trabajadores. La Secretaría de Relaciones Exteriores británica, en su último informe oficial, ofrece una breve historia del movimiento que llevó a muchos hombres a cambiar Australia, «el Eldorado de los trabajadores», por Sudamérica. Tomamos lo siguiente del informe mencionado:

«Los objetivos de la colonia quedaron establecidos en su constitución, en la que uno de los artículos reza de la siguiente manera: "Es nuestra intención formar una comunidad en la que todo trabajo sea en beneficio de cada miembro, y en la que sea imposible que uno tiranice a otro. Será deber de cada individuo considerar el bienestar de la comunidad como su objetivo principal, asegurando así un grado de comodidad, felicidad y educación que es imposible en un estado de sociedad en el que nadie tiene la certeza de que no morirá de hambre».

«Este ideal no se hizo realidad. Ochenta y cinco de los colonos pronto se cansaron de las restricciones que les imponía la mayoría y se negaron a obedecer. Los recién llegados de Australia compensaron la pérdida ocasionada por esta secesión; pero los recién llegados, insatisfechos con el líder del movimiento, eligieron a su propio jefe, de modo que ahora había tres facciones en la colonia. La división equitativa de los frutos de su trabajo pronto insatisfecho a varios de los trabajadores, quienes, en oposición

a las reglas socialistas, exigieron una parte proporcional al trabajo que habían realizado. La estricta aplicación de la Ley Seca fue otra causa de descontento, especialmente porque su incumplimiento se castigaba con la expulsión sin posibilidad de recuperar el capital original invertido en la empresa. La colonia estaba a punto de desintegrarse cuando el antiguo líder del movimiento logró que las autoridades paraguayas lo nombraran juez y se rodeó de una fuerza policial. Existe la esperanza de que la colonia prospere ahora, pero las normas socialistas han sido descartadas.

«La experiencia de los mineros de Monthieux es un poco diferente. En su caso, fue la prosperidad lo que hizo que se dejaran de lado las teorías socialistas. El *Gewerbe Zeitung*, de Berlín, cuenta su historia de la siguiente manera:

"'En Monthieux, cerca de Saint-Étienne, hay una mina que la empresa propietaria abandonó hace un par de años, y los mineros fueron despedidos. Como no había posibilidades de empleo en los alrededores, los trabajadores le rogaron a la empresa que les cediera la mina, y como los propietarios no creían que la mina pudiera ser rentable, accedieron. Los mineros no contaban con maquinaria, pero trabajaron con gran empeño y lograron encontrar nuevas vetas. Realizaron esfuerzos casi sobrehumanos y lograron ahorrar lo suficiente de sus ganancias para comprar maquinaria, y las minas abandonadas de Monthieux se convirtieron en una fuente de riqueza para los nuevos propietarios. Los antiguos propietarios intentaron entonces recuperar la posesión, pero perdieron el juicio, y la prensa obrera no dejó de contrastar la avaricia de los capitalistas con la nobleza de los mineros, quienes repartían por igual los frutos de su trabajo. Las minas de Monthieux fueron señaladas como un ejemplo del triunfo del colectivismo sobre la explotación del capital privado.

"'Mientras tanto, los mineros ampliaron sus operaciones hasta que ya no pudieron realizar todo el trabajo sin ayuda. Se llamó a otros mineros, quienes hicieron todo lo posible por avanzar en la obra. Pero los hombres que primero se habían comprometido a hacer que la mina fuera rentable se negaron a compartir a partes iguales con los recién llegados. Ellos

sabían que la riqueza que yacía bajo sus pies había sido descubierta por ellos con esfuerzos casi sobrehumanos; habían, por así decirlo, creado algo de la nada, ¿por qué deberían compartir los resultados de su trabajo con los recién llegados, quienes, es cierto, habían trabajado todo este tiempo, pero en otro lugar? ¿Por qué deberían dar a los nuevos compañeros la cosecha que ellos no habían sembrado? A los recién llegados se les debía pagar bien, mejor que en otras minas, pero no debían convertirse en copropietarios. Y cuando los recién llegados provocaron un alboroto, los obreros «capitalistas» llamaron a la policía y los hicieron sacar de la sala de juntas." "---

EL NACIONALISMO COMO REMEDIO

El nacionalismo es un desarrollo posterior de la teoría en la línea del socialismo. Afirma que todas las industrias deben ser dirigidas por la nación, sobre la base de la obligación común de trabajar y una garantía general de sustento; que todos los trabajadores deben realizar la misma cantidad de trabajo y recibir el mismo salario.

Los nacionalistas afirman que:

«Las asociaciones, los trusts y los sindicatos, de los que la gente se queja actualmente, demuestran la viabilidad de nuestro principio básico de asociación. Simplemente buscamos llevar este principio un poco más allá y que todas las industrias sean operadas en beneficio de todos, por la nación —el pueblo organizado—, la unidad orgánica de todo el pueblo.

"El actual sistema industrial demuestra ser erróneo por los inmensos agravios que produce; demuestra ser absurdo por el inmenso desperdicio de energía y materiales que se admite es su consecuencia. Contra este sistema alzamos nuestra protesta: por la abolición de la esclavitud que ha creado y que perpetuaría, comprometemos nuestros mejores esfuerzos".

Algunos puntos positivos, comunes a ambos, los hemos mencionado favorablemente bajo el título «El socialismo o el colectivismo como remedio»; sin embargo, en su conjunto, el nacionalismo es bastante impracticable; las objeciones que se le plantean son, en general, las mismas

que planteamos anteriormente contra el comunismo. Aunque el nacionalismo no amenaza directamente, como el comunismo, con la destrucción de la familia, su tendencia iría sin duda en esa dirección. Entre sus defensores hay muchas almas de mente abierta y filantrópicas, algunas de las cuales han ayudado, sin esperanza de beneficio personal, a fundar colonias donde los principios del nacionalismo se pondrían en práctica como ejemplos públicos. Algunas de estas han sido fracasos rotundos, e incluso las que han tenido éxito en la práctica se han visto obligadas a ignorar *los principios* nacionalistas al tratar con el mundo fuera de sus colonias; y, como era de esperarse, todas han sufrido considerables fricciones internas. Si, con «un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo», a los santos de Dios les resulta
les resulte difícil "preservar la unidad del espíritu en el vínculo de paz», y necesitan ser exhortados a soportarse unos a otros con amor; ¿cómo podría esperarse que grupos mixtos, que no reivindican tal espíritu como vínculo, lograran vencer el espíritu egoísta del mundo, de la carne y del diablo?

En los últimos años, en Estados Unidos han surgido y fracasado varias colonias basadas en este plan nacionalista. Uno de los fracasos más notorios es el de la llamada Colonia Altruria, de California, fundada por el reverendo E. B. Payne, bajo la teoría de «Uno para todos y todos para uno». Tenía muchas ventajas sobre otras colonias, ya que seleccionaba a sus miembros y no aceptaba a cualquier persona. Además, contaba con una forma de gobierno tipo logia que ejercía un control muy riguroso. Su fundador, al explicar las razones del fracaso en el San Francisco *Examiner* del 10 de diciembre de 1896, dijo:

«Altruria no fue un fracaso total; demostramos
que la confianza, la buena voluntad y la sinceridad —que prevalecieron durante un tiempo— creaban una vida comunitaria feliz y, por otro lado, que la sospecha, la envidia y los motivos egoístas demonizan la naturaleza humana y hacen que la vida no valga la pena. No seguimos
a confiar y a considerarnos unos a otros como lo hacíamos al principio, sino que volvimos a caer en las costumbres del resto del mundo».

Lo que algunas personas demuestran con la experiencia, otras lo saben por razonamiento inductivo, basado en el conocimiento de la naturaleza humana. Cualquiera que desee una lección sobre la futilidad de la esperanza en

esa perspectiva, mientras el egoísmo siga controlando los corazones de los hombres, puede obtener su experiencia a bajo costo alojándose durante una semana en cada una de tres o cuatro «casas de huéspedes» de segunda clase.

LA EDUCACIÓN GENERAL DE LOS MECÁNICOS COMO REMEDIO

Hace algunos años apareció en *The Forum* un artículo del Sr. Henry Holt, en el que se esforzaba por demostrar que la educación debería ser en gran medida industrial, para capacitar a un mecánico a pasar fácilmente de un empleo a otro; debería «aprender una docena» de oficios. Si bien esto podría ayudar por un tiempo a unos pocos individuos, es evidente que tal medida no resolvería el problema. Ya es bastante malo que los yeseros y los albañiles estén ocupados mientras los zapateros y los tejedores están ociosos; pero, ¿cuál sería el efecto si estos últimos también supieran de albañilería y yesería? Se multiplicaría la competencia en cada oficio, si todos los desempleados pudieran competir por los trabajos disponibles. Sin embargo, el caballero aborda bien dos verdades generales, respecto a las cuales se necesita educación. Dijo:

"La más sencilla de estas verdades es la inevitable, aunque cruel: la necesidad de la selección natural. No digo que sea justicia. La naturaleza no sabe nada de justicia. Su maquinaria avanza implacablemente en medio de un conjunto de condiciones difíciles, pero, al fin y al cabo, extrae de esas condiciones lo mejor que pueden ofrecer. Es cierto que ha desarrollado en nosotros inteligencias para dirigir ligeramente su curso; y es al usarlas que surge la función de la justicia. Pero solo podemos dirigirla por canales adecuados a sus propias corrientes; de lo contrario, nos vemos abrumados. Ahora bien, ninguno de sus cursos es más amplio y está más claramente marcado que el de la selección natural, y en el ejercicio de nuestras pequeñas libertades y derechos, nunca somos tan sabios como cuando nos alineamos con ella —cuando, por ejemplo, sacamos a un Lincoln de su cabaña—. Pero hasta ahora, somos mucho más propensos a preferir al demagogo, y entonces sufrimos. El socialismo propone extender el peligro de este sufrimiento al ámbito de la producción. Los capitanes de la industria son elegidos ahora

puramente por selección natural —al menos con una anomalía muy moderada en la acción de la herencia, que se corrige rápidamente por sí sola: si el hijo no hereda la aptitud, pronto deja de sobrevivir—. Pero con la creciente libertad de competencia y las crecientes facilidades para que los hombres capaces, pero sin capital, puedan contratarlo, es sustancialmente cierto que la industria está dirigida actualmente por la selección natural. Por ello, el socialista propone sustituirla por la selección artificial, y eso mediante el voto popular. Un conocimiento general de la superioridad del método de la naturaleza curaría esta locura.

«La otra verdad, tan difícil de transmitir con claridad, aunque no imposible de dar a entender en cierta medida, es la más importante. Es difícil, no tanto porque requiera cierta educación preliminar, sino porque el dogma ha estado luchando contra ella durante miles de años, y sigue haciéndolo. Para la mayoría de quienes lean esto, probablemente cada una de estas afirmaciones les parecerá extraña, cuando la verdad se nombra con la fraseología familiar: "El reinado universal de la ley". Sin embargo, es un hecho que multitudes de hombres que creen creer en ello rezan todos los días para que no sea así —para que se hagan excepciones en sus casos—. La gente en general —y los legisladores en general—, en un asunto de fisiología, llamarían a un médico; o en un asunto de maquinaria, a un ingeniero; o en química, a un químico; y seguirían su opinión con fe infantil; pero en economía no quieren más opiniones que las suyas propias. No tienen idea de que tales asuntos están, al igual que los asuntos físicos, bajo el control de las leyes naturales; de que descubrir esas leyes, o aprender las ya descubiertas, requiere un estudio especial; y de que ir en contra de ellas, por ignorancia, debe traer un desastre tan fatal como si fuera por perversidad...

"El trabajador necesita, pues, no solo instrucción en la escuela de oficios y sobre ciertos hechos económicos, sino también el tipo de instrucción en ciencia e historia que le brinde alguna noción de la Ley Natural. Sobre la base así establecida se podría construir cierta idea de su control tanto en el mundo social como en el material; y también cierta comprensión de que

la ley humana es inútil, o peor aún, salvo en la medida en que, mediante un estudio minucioso y un experimento cauteloso, se logre que se ajuste a la Ley Natural. De ahí surgiría la convicción de que ninguna ley humana podría hacer que los no aptos sobrevivan, salvo a costa de otros; y que la única forma de permitirles sobrevivir por sus propios medios es hacerlos aptos».----

Sí, es bueno que todos aprendan que estas dos leyes rigen nuestro sistema social actual, y que no está en el poder del hombre cambiar la naturaleza ni las leyes de la naturaleza; y, por lo tanto, que le es imposible hacer más que retocar las condiciones sociales actuales y mejorarlas un poco de manera temporal. Las nuevas y más deseables leyes necesarias para la sociedad perfecta, la sociedad ideal, requerirán poderes sobrenaturales para su introducción. Aprender esta lección ayudará a traer (en lugar de un descontento que se agrava a sí mismo) «la piedad con contentamiento», mientras esperamos el Reino de Dios y oramos: «Venga tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

LA SOLUCIÓN DEL IMPUESTO ÚNICO

Sin duda porque observó los efectos del comunismo, el nacionalismo y el socialismo, como se señaló anteriormente, el Sr. Henry George ideó un plan de cierto mérito, conocido como la «Teoría del Impuesto Único». Se podría decir que, en algunos aspectos, esto es lo contrario del socialismo. En muchos aspectos importantes, es *individualismo*. Deja que el individuo se valga de los recursos de su propio carácter, sus esfuerzos y su entorno; salvo que preservaría para cada uno el derecho inalienable a compartir, como bendiciones comunes del Creador, el aire, el agua y la tierra. Propone muy pocos cambios directos al sistema social actual. Al afirmar que las desigualdades actuales de fortuna, en la medida en que son opresivas y perjudiciales, son en su totalidad resultado de la propiedad privada de la tierra, esta teoría propone que todas las tierras vuelvan a ser propiedad de la raza de Adán en su conjunto; y sostiene que, de este modo, los males de nuestro sistema social actual se corregirían rápidamente.

Propone que esta redistribución de la tierra se lleve a cabo, no dividiéndola proporcionalmente entre la familia humana, sino considerándola en su totalidad como una vasta finca, y permitiendo que cada persona, en calidad de arrendatario, utilice tanto como desee de lo que ahora posee, y recaudando de cada ocupante un impuesto sobre la tierra o un alquiler proporcional al valor de la tierra (sin contar el valor de los edificios u otras mejoras que se encuentren en ella). De este modo, a un terreno baldío se le aplicaría un alquiler o impuesto tan elevado como al terreno contiguo que esté edificado, y al campo sin cultivar tanto como al campo fértil contiguo. El impuesto así recaudado constituiría un fondo destinado a todos los fines del bienestar general —para escuelas, calles, caminos, agua, etc., y para el gobierno local y general—; de ahí el nombre de la teoría: «Impuesto Único».

El efecto sería, por supuesto, abrir a la colonización efectiva miles de lotes urbanos y campos estériles que ahora se mantienen con fines especulativos; ya que al consolidarse todos los impuestos en uno solo, al eliminarse los impuestos sobre el ganado, la maquinaria, los negocios y las mejoras de todo tipo, y al concentrarse todos en la tierra, el impuesto sobre la tierra se convertiría en una partida considerable; gradual, sin embargo, para no mostrar favoritismo, de modo que las tierras agrícolas pobres o alejadas de las vías de transporte se gravarían proporcionalmente menos que las mejores tierras y las más cercanas a las vías de transporte. De manera similar, las parcelas urbanas se tasarían de acuerdo con su valor, ubicación y entorno.

Una ley de este tipo, que entraría en vigor diez años después de su aprobación, tendría el efecto inmediato de reducir los valores inmobiliarios, y para cuando entrara en vigor, millones de acres y miles de lotes urbanos estarían disponibles para cualquiera que pudiera hacer uso de ellos y pagar las rentas fijadas. El Sr. Henry George aprovechó el hecho de que el Papa León XIII publicara una encíclica sobre el trabajo para publicar un folleto en respuesta, titulado «Carta abierta al Papa León XIII, etc.». Dado que
contiene algunas reflexiones interesantes relacionadas con nuestro tema y, además, constituye una exposición más detallada de la teoría que estamos analizando, presentamos a continuación algunos extractos:

UN EXTRACTO DE UNA CARTA ABIERTA DEL SR. HENRY GEORGE AL PAPA LEÓN XIII, EN RESPUESTA A LA ENCÍCLICA DE ESTE ÚLTIMO SOBRE LA COMPLEJA CUESTIÓN DEL TRABAJO.

«Nos parece que Su Santidad pasa por alto su verdadero significado al insinuar que Cristo, al convertirse en hijo de un carpintero y trabajar él mismo como carpintero, demostró simplemente que "no hay nada de qué avergonzarse en ganarse el pan con el trabajo". Decir eso es casi como decir que, al no robar a la gente, demostró que no hay nada de qué avergonzarse en la honestidad. Si considera cuán cierta es, desde una perspectiva amplia, la clasificación de todos los hombres en trabajadores, mendigos y ladrones, verá que era moralmente imposible que Cristo, durante su estancia en la tierra, hubiera sido otra cosa que un trabajador, ya que aquel que vino a cumplir la ley debía obedecer, tanto con hechos como con palabras, la ley divina del trabajo.

«Observen cuán plenamente y cuán bellamente la vida de Cristo en la tierra ilustró esta ley. Al entrar en nuestra vida terrenal en la debilidad de la infancia, tal como está dispuesto que todos lo hagan, Él aceptó con amor lo que en el orden natural se entrega con amor: el sustento, asegurado mediante el trabajo, que una generación debe a sus sucesores inmediatos. Al llegar a la madurez, se ganó su propio sustento mediante ese trabajo común con el que la mayoría de los hombres debe ganárselo y, de hecho, lo hace. Luego, al pasar a una esfera más elevada —la más elevada de todas— del trabajo, se ganó el sustento mediante la enseñanza de verdades morales y espirituales, recibiendo su salario material en las ofrendas de amor de oyentes agradecidos, y sin rechazar el costoso nardo con el que María ungió sus pies. Así, cuando eligió a sus discípulos, no acudió a terratenientes ni a otros monopolistas que viven del trabajo ajeno, sino a hombres comunes y trabajadores. Y cuando los llamó a una esfera más elevada de trabajo y los envió a enseñar verdades morales y espirituales, les dijo que aceptaran, sin condescendencia por un lado ni sensación de degradación por el otro, la retribución amorosa por tal labor, diciéndoles que «el obrero es digno de su salario», demostrando así, según nuestra opinión, que todo trabajo no consiste únicamente en lo que se llama trabajo manual, sino que quienquiera que contribuya a

a la plenitud material, intelectual, moral o espiritual de la vida es también un trabajador.

"Tampoco debe olvidarse que el investigador, el filósofo, el maestro, el artista, el poeta y el sacerdote, aunque no se dediquen a la producción de riqueza, no solo participan en la generación de utilidades y satisfacciones —para las cuales la producción de riqueza es solo un medio—, sino que, al adquirir y difundir conocimiento, estimular las facultades mentales y elevar el sentido moral, pueden aumentar en gran medida la capacidad de producir riqueza. Porque el hombre no vive solo de pan... Quien, mediante cualquier esfuerzo de la mente o del cuerpo, contribuye al conjunto de la riqueza disfrutable, aumenta la suma del conocimiento humano o confiere a la vida humana una mayor elevación o plenitud: él es, en el sentido amplio de las palabras, un «productor», un «hombre que trabaja», un «trabajador», y se está ganando honestamente un salario honesto. Pero aquel que, sin hacer nada para hacer a la humanidad más rica, más sabia, mejor o más feliz, vive del esfuerzo de otros —ese, sin importar qué nombre de honor se le dé, o cuán vigorosamente los sacerdotes de Mammón agiten sus incensarios ante él—, no es, en última instancia, más que un mendigo o un ladrón».

«Al suponer que los trabajadores, incluso los que realizan trabajos manuales comunes, son pobres por naturaleza, ignoras el hecho de que el trabajo es el productor de la riqueza, y atribuyes a la ley natural del Creador una injusticia que proviene de la impía violación por parte del hombre de su benévola intención. Incluso en el estado más rudimentario de las artes, es posible, donde prevalece la justicia, que todos los hombres sanos se ganen la vida. Con los aparatos que ahorran trabajo de nuestra época, debería ser posible que todos ganaran mucho más. Y así, al decir que la pobreza no es una deshonra, transmites una implicación irrazonable. Porque la pobreza debería ser una deshonra, ya que, en una condición de justicia social, implicaría —salvo que fuera impuesta por una desgracia inevitable— imprudencia o pereza.

"La compasión de Su Santidad parece dirigirse exclusivamente a los pobres, a los trabajadores. ¿Debería ser así? ¿Acaso no hay que compadecerse también de los ricos ociosos? Según la palabra del Evangelio, son los ricos, más que los pobres, quienes merecen compasión. Y para cualquiera que crea en una vida futura, la condición de aquel que al despertar descubre que sus

queridos millones que ha dejado atrás debe parecerle lamentable. Pero incluso en esta vida, cuán verdaderamente dignos de lástima son los ricos. El mal no está en la riqueza en sí misma —en su dominio sobre las cosas materiales—; está en la posesión de la riqueza mientras otros se hunden en la pobreza; en estar elevados por encima del contacto con la vida de la humanidad, de su trabajo y sus luchas, sus esperanzas y sus temores, y sobre todo, del amor que endulza la vida, y de las simpatías bondadosas y los actos generosos que fortalecen la fe en el hombre y la confianza en Dios. Piensa en cómo los ricos ven el lado más mezquino de la naturaleza humana; cómo están rodeados de aduladores y zorrillos; cómo encuentran instrumentos a su disposición no solo para satisfacer impulsos viciosos, sino para incitarlos y estimularlos; cómo deben estar constantemente en guardia para no ser estafados; con qué frecuencia deben sospechar de un motivo oculto detrás de un acto de bondad o una palabra amistosa; cómo, si intentan ser generosos, se ven acosados por mendigos desvergonzados e impostores intrigantes; con qué frecuencia se enfrían para ellos los afectos familiares, y se anticipa su muerte con la alegría mal disimulada de la posesión que se avecina. El peor mal de la pobreza no radica en la carencia de bienes materiales, sino en el atrofiamiento y la distorsión de las cualidades más elevadas. Así, aunque de otra manera, la posesión de una riqueza no ganada con esfuerzo también atrofia y distorsiona lo más noble del ser humano.

«Los mandamientos de Dios no pueden eludirse impunemente. Si es mandato de Dios que los hombres se ganen el pan con su trabajo, los ricos ociosos deben sufrir. Y así es. Observen el vacío absoluto de las vidas de quienes viven para el placer; observen los vicios repugnantes que se gestan en una clase que, rodeada de pobreza, está saciada de riqueza. Observen ese terrible castigo que es el *aburrimiento*, del cual los pobres saben tan poco que no pueden comprenderlo; observen el pesimismo que crece entre las clases adineradas —que excluye a Dios, que desprecia a los hombres, que considera la existencia en sí misma un mal y que, temiendo a la muerte, anhela sin embargo la aniquilación.

«Cuando Cristo le dijo al joven rico que lo buscaba que vendiera todo lo que tenía y se lo diera a los pobres, no estaba pensando en los pobres, sino en el joven. Y no dudo de que entre los ricos, y especialmente entre los que se han hecho ricos por sus propios medios, haya muchos que, al menos en ocasiones, sienten profundamente la locura de sus riquezas y

temen por los peligros y las tentaciones a los que estas exponen a sus hijos. Pero la fuerza de un hábito arraigado, los impulsos del orgullo, la emoción de ganar y conservar lo que para ellos se ha convertido en las fichas de un juego de cartas, las expectativas familiares que han adquirido el carácter de derechos, y la dificultad real que encuentran para hacer un buen uso de su riqueza, los atan a su carga, como a un burro cansado a su lomo, hasta que tropiezan con el precipicio que marca el límite de esta vida.

«Los hombres que tienen la certeza de obtener alimento cuando lo necesiten comen solo lo que les dicta el apetito. Pero para las tribus escasas que viven en los confines del mundo habitable, la vida es o bien una hambruna o bien un festín. Al soportar el hambre durante días, el miedo a ella los impulsa a atiborrarse como anacondas cuando tienen éxito en la caza. Y así, lo que convierte a la riqueza en una maldición es precisamente lo que impulsa a los hombres a buscarla, lo que la hace tan envidiada y admirada: el miedo a la necesidad. Así como los excesivamente ricos son el corolario de los excesivamente pobres, así también la cualidad destructora del alma que tiene la riqueza no es más que el reflejo de la necesidad que embrutece y degrada. El verdadero mal radica en la injusticia de la que surgen tanto la posesión antinatural como la privación antinatural.

«Pero esta injusticia difícilmente puede atribuirse a individuos o clases. La existencia de la propiedad privada de la tierra es un gran mal social del que sufre la sociedad en su conjunto, y del cual son víctimas tanto los muy ricos como los muy pobres, aunque en extremos opuestos. Al ver esto, nos parece una violación de la caridad cristiana hablar de los ricos como si fueran individualmente responsables de los sufrimientos de los pobres. Sin embargo, al tiempo que hacen esto, insisten en que no se toque *la causa* de la riqueza monstruosa y la pobreza degradante. He aquí a un hombre con una excrecencia desfigurante y peligrosa. Un médico se la quitaría con amabilidad, delicadeza, pero con firmeza. Otro insiste en que no se le quite, pero al mismo tiempo expone a la pobre víctima al odio y al ridículo. ¿Quién tiene razón?

«Al tratar de devolver a todos los hombres sus derechos iguales y naturales, no buscamos el beneficio de ninguna clase, sino de todas. Porque sabemos, tanto por la fe como por la realidad, que la injusticia no beneficia a nadie y que la justicia debe beneficiar a todos.

«Tampoco buscamos ninguna "igualdad fútil y ridícula"... La igualdad que queremos lograr no es la igualdad de fortuna, sino la igualdad de oportunidades naturales...

«Y al tomar para los fines de la sociedad lo que claramente vemos como el gran fondo destinado a la sociedad en el orden divino, no impondríamos el más mínimo impuesto a los poseedores de riqueza, por muy ricos que sean. No solo consideramos que tales impuestos constituyen una violación del derecho a la propiedad, sino que vemos que, en virtud de las maravillosas adaptaciones de las leyes económicas del Creador, es imposible que alguien adquiera riqueza honestamente sin aumentar al mismo tiempo la riqueza del mundo...

"Su Santidad, en la encíclica, da un ejemplo de esto. Al negar la igualdad de derechos respecto a los medios materiales de subsistencia, y sin embargo consciente de que existe el derecho a la vida, usted afirma el derecho de los trabajadores al empleo y su derecho a recibir de sus empleadores un salario determinado e indefinido. No existen tales derechos. Nadie tiene derecho a exigir empleo a otro, ni a exigir salarios más altos de los que el otro está dispuesto a dar, ni a ejercer presión de ningún tipo sobre otro para obligarlo a aumentar dichos salarios en contra de su voluntad. No puede haber mejor justificación moral para tales exigencias de los trabajadores hacia los empleadores que la que habría si los empleadores exigieran que se obligara a los trabajadores a trabajar para ellos cuando no quieren hacerlo y a aceptar salarios más bajos de los que están dispuestos a recibir. Cualquier justificación aparente surge de un error previo: la negación a los trabajadores de sus derechos naturales...

«Cristo justificó a David, quien, acosado por el hambre, cometió lo que normalmente sería un sacrilegio al tomar del templo los panes de la ofrenda. Pero con ello distó mucho de decir que robar en los templos fuera una forma adecuada de ganarse la vida.

"En la encíclica, sin embargo, usted elogia la aplicación a las relaciones ordinarias de la vida, bajo condiciones normales, de principios que en ética solo deben tolerarse bajo condiciones extraordinarias. Usted se ve impulsado a esta afirmación de derechos falsos por su negación de los derechos verdaderos. El derecho natural que todo hombre tiene no es el de exigir empleo o salario a otro hombre, sino el de emplearse a sí mismo —el de acceder, mediante su propio trabajo, al almacén inagotable que el Creador ha provisto en la *tierra* para todos los hombres. Si ese almacén estuviera abierto,

tal como la abriríamos mediante el impuesto único, la demanda natural de trabajo iría a la par con la oferta; el hombre que vendiera su trabajo y el que lo comprara se convertirían en interlocutores libres en beneficio mutuo, y desaparecería todo motivo de disputa entre el trabajador y el empleador. Pues entonces, al estar todos libres de emplearse a sí mismos, la mera oportunidad de trabajar dejaría de parecer una bendición; y dado que nadie trabajaría para otro por menos —considerando todos los aspectos— de lo que pudiera ganar trabajando por su cuenta, los salarios subirían necesariamente hasta su valor total, y las relaciones entre el trabajador y el empleador se regirían por el interés y la conveniencia mutuos.

"Esta es la única forma en que pueden regularse satisfactoriamente.

"Su Santidad parece dar por sentado que existe una tasa justa de salarios que los empleadores deberían estar dispuestos a pagar y que los trabajadores deberían conformarse con recibir, y a imaginar que, si esto se garantizara, se pondría fin a los conflictos. Evidentemente, usted considera que esta tasa es la que les proporcionará a los trabajadores un sustento modesto y tal vez les permita, mediante el trabajo arduo y una economía estricta, ahorrar algo.

«Pero, ¿cómo se puede fijar un salario justo sin el "regateo del mercado", del mismo modo que no se puede fijar así el precio justo del maíz, los cerdos, los barcos o las pinturas? ¿Y no frenaría una regulación arbitraria, en este caso como en los demás, esa interacción que promueve de manera más eficaz el ajuste económico de las fuerzas productivas? ¿Por qué se debería exigir a los compradores de mano de obra, más que a los compradores de mercancías, que paguen precios más altos de los que se ven obligados a pagar en un mercado libre? ¿Por qué deberían los vendedores de trabajo conformarse con menos de lo que pueden obtener en un mercado libre? ¿Por qué deberían los trabajadores conformarse con una alimentación frugal cuando el mundo es tan rico? ¿Por qué deberían conformarse con una vida de esfuerzo y privaciones, cuando el mundo es tan generoso? ¿Por qué no deberían ellos también desear satisfacer los instintos más elevados, los gustos más refinados? ¿Por qué deberían conformarse para siempre con viajar en tercera clase cuando otros encuentran más placentero viajar en cabina?

«Y no lo harán. La agitación de nuestra época no surge simplemente del hecho de que a los trabajadores les resulte más difícil vivir con el mismo nivel de comodidad. Se debe también, y tal vez en mayor medida, al aumento de sus

deseos a medida que mejora su nivel de comodidad. Este aumento de los deseos debe continuar; pues los trabajadores son hombres, y el hombre es el animal insatisfecho.

"No es un buey, de quien se pueda decir: tanta hierba, tanto grano, tanta agua y un poco de sal, y estará contento. Por el contrario, cuanto más obtiene el hombre, más ansía. Cuando tiene suficiente comida, entonces quiere mejor comida. Cuando consigue un refugio, entonces quiere uno más espacioso y acogedor. Cuando se satisfacen sus necesidades animales, surgen los deseos mentales y espirituales.

"Este inquieto descontento forma parte de la naturaleza del hombre —de esa naturaleza más noble que lo eleva por encima de los animales mediante un abismo tan inconmensurable, y demuestra que, en efecto, fue creado a imagen de Dios. No hay que discutir con él, pues es el motor de todo progreso. Es esto lo que ha erigido la cúpula de San Pedro y ha hecho resplandecer el rostro angelical de la Virgen en un lienzo opaco y sin vida; es esto lo que ha pesado soles y analizado estrellas, y ha abierto página tras página de las maravillosas obras de la inteligencia creativa; es esto lo que ha reducido el Atlántico a un transbordador oceánico y ha domesticado al rayo para que lleve nuestros mensajes a las tierras más remotas; es esto lo que nos está abriendo posibilidades ante las cuales todo lo que nuestra civilización moderna ha logrado hasta ahora parece insignificante. Tampoco puede reprimirse, salvo degradando y embruteciendo a los hombres; reduciendo a Europa a Asia.

"Por lo tanto, a menos que se alcancen los salarios que se podrían ganar cuando se eliminen todas las restricciones al trabajo y se garantice a todos el acceso a las oportunidades naturales en igualdad de condiciones, es imposible fijar cualquier tasa salarial que se considere justa, o cualquier tasa salarial que pueda impedir que los trabajadores se esfuercen por obtener más. Lejos de que los trabajadores se sientan más satisfechos al mejorar un poco su condición, es seguro que esto los hará más descontentos.

"Tampoco estás pidiendo *justicia* cuando le pides a los empleadores que paguen a sus trabajadores más de lo que están obligados a pagar —más de lo que podrían conseguir que otros hicieran el trabajo por ese precio—. Estás pidiendo *caridad*. Porque el excedente que el empleador rico da de esta manera no es, en realidad, un salario, sino esencialmente una limosna.

"Al hablar de las medidas prácticas para la mejora de la condición de los trabajadores que Su Santidad sugiere, no he mencionado aquello en lo que usted pone mucho énfasis: la caridad. Pero no hay nada práctico en tales recomendaciones como remedio para la pobreza, ni nadie las considerará así. Si fuera posible que el dar limosna aboliera la pobreza, no habría pobreza en la cristiandad.

«La caridad es, en efecto, una virtud noble y hermosa, grata al hombre y aprobada por Dios. Pero la caridad debe basarse en la justicia. No puede sustituir a la justicia.

"Lo que está mal en la situación laboral en todo el mundo cristiano es que se roba el trabajo. Y mientras usted justifique la continuación de ese robo, es inútil instar a la caridad. Hacerlo —recomendar la caridad como sustituto de la justicia— es, en esencia, algo similar a aquellas herejías, condenadas por sus predecesores, que enseñaban que el Evangelio había sustituido a la ley y que el amor de Dios eximía a los hombres de sus obligaciones morales.

«Todo lo que la caridad puede hacer donde existe la injusticia es, aquí y allá, mitigar un poco los efectos de la injusticia. No puede curarlos. Ni siquiera lo poco que puede hacer para mitigar los efectos de la injusticia está exento de mal. Porque lo que podría llamarse las virtudes superpuestas —en este sentido, secundarias— causan mal cuando faltan las virtudes fundamentales o primarias. Así, la sobriedad es una virtud, y la diligencia es una virtud. Pero un ladrón sobrio y diligente es aún más peligroso. Así, la paciencia es una virtud. Pero la paciencia ante el mal es la condonación del mal. Así, es una virtud buscar el conocimiento y esforzarse por cultivar las facultades mentales. Pero el hombre malvado se vuelve más capaz de hacer el mal en razón de su inteligencia. Siempre pensamos en los demonios como seres inteligentes.

«Y así, esa pseudocaridad que descarta y niega la justicia hace el mal. Por un lado, desmoraliza a quienes la reciben, ultrajando esa dignidad humana que, como tú dices, "el mismo Dios trata con reverencia", y convirtiendo en mendigos y indigentes a hombres que, para convertirse en ciudadanos autosuficientes y que se respetan a sí mismos, solo necesitan la restauración de lo que Dios les ha dado. Por otro lado, actúa como un analgésico para las conciencias de quienes viven del robo a sus semejantes,

y fomenta ese engaño moral y ese orgullo espiritual a los que sin duda se refería Cristo cuando dijo que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un rico entrara en el reino de los cielos. Pues lleva a los hombres, empapados de injusticia y que utilizan su dinero y su influencia para reforzar la injusticia, a pensar que al dar limosna están haciendo algo más que su deber para con el prójimo y merecen ser muy bien considerados por Dios, y a atribuir de manera vaga a su propia bondad lo que en realidad pertenece a la bondad de Dios. Porque considera: ¿Quién es el que todo lo provee? ¿Quién es aquel que, como tú dices, «le debe al hombre un almacén que nunca se agotará», y que «solo encuentra en la fertilidad inagotable de la tierra»? ¿No es acaso Dios? Y cuando, por lo tanto, los hombres, privados de la generosidad de su Dios, se ven obligados a depender de la generosidad de sus semejantes, ¿no se pone a estas criaturas, por así decirlo, en el lugar de Dios, para atribuirse el mérito de cumplir con obligaciones que tú mismo dices que Dios tiene?

«Pero peor aún, tal vez, que todo lo demás es la forma en que esta sustitución de las exigencias claras de la justicia por vagas exhortaciones a la caridad abre un camino fácil para que los supuestos maestros de la religión cristiana, de todas las ramas y comuniones, apacigüen a Mammón mientras se convencen a sí mismos de que están sirviendo a Dios...

"No, Su Santidad, así como la fe sin obras está muerta, así como los hombres no pueden dar a Dios lo que le corresponde mientras niegan a sus semejantes los derechos que Él les otorgó, así también la caridad, sin el respaldo de la justicia, no puede hacer nada para resolver el problema de la situación actual del trabajo. Aunque los ricos 'repartieran todos sus bienes para alimentar a los pobres y entregaran sus cuerpos para ser quemados', la pobreza continuaría mientras persista la propiedad de la tierra.

"Tomemos el caso del hombre rico de hoy que desea sinceramente dedicar su riqueza a mejorar la situación laboral. ¿Qué puede hacer?

¿Donar su riqueza a quienes la necesitan? Puede que ayude a algunos que lo merecen, pero no mejorará las condiciones generales. Y frente al bien que pueda hacer estará el peligro de causar daño.

«¿Construir iglesias? A la sombra de las iglesias se agrava la pobreza, y el vicio que de ella nace se propaga.

¿Construir escuelas y universidades? Aunque pueda llevar a la gente a ver la injusticia de la propiedad privada de la tierra, una mayor educación no cambia nada para los simples trabajadores, pues a medida que se difunde la educación, los salarios de los trabajadores bajan.

¿Establecer hospitales? Pues bien, a los trabajadores ya les parece que hay demasiados buscando trabajo, y salvar y prolongar la vida es aumentar la presión.

"¿Construir viviendas modelo? A menos que abarate el costo de la vivienda, no hace más que alejar aún más a la clase a la que pretende beneficiar; y al abaratar el costo de la vivienda, atrae a más personas en busca de empleo y reduce los salarios.

«¿Crear laboratorios, escuelas científicas, talleres para experimentos físicos? No hace más que estimular la invención y el descubrimiento, las mismas fuerzas que, al actuar sobre una sociedad basada en la propiedad privada de la tierra, están aplastando a la mano de obra entre la piedra de molino superior y la inferior.

«¿Promover la emigración de lugares donde los salarios son bajos a lugares donde son algo más altos? Si lo hace, incluso aquellos a quienes al principio ayuda a emigrar pronto se volverán en su contra para exigir que se detenga dicha emigración, ya que está reduciendo sus salarios.

«¿Regalar las tierras que tenga, negarse a cobrar renta por ellas o arrendarlas a rentas más bajas que el precio de mercado? Simplemente creará nuevos propietarios de tierras o propietarios parciales; tal vez enriquezca a algunos individuos, pero no hará nada para mejorar la condición general del trabajo.

"¿O, inspirándose en aquellos ciudadanos de espíritu cívico de la Antigüedad que gastaban grandes sumas en mejorar sus ciudades natales, intentará embellecer la ciudad donde nació o en la que se estableció? Que ensanche y enderezara las calles estrechas y torcidas, que construyera parques y erigiera fuentes, que abriera líneas de tranvía y trajera ferrocarriles, o que de cualquier manera hiciera hermosa y atractiva la ciudad que eligió, ¿y cuál será el resultado? ¿No será acaso que quienes se apropian de la generosidad de Dios se quedarán también con la suya? ¿No será que el valor de la tierra subirá, y que el resultado neto de sus beneficencias será un aumento de las rentas y una bonanza para los propietarios de tierras? Es más, el mero anuncio de que va a hacer tales cosas desatará la especulación y hará que el valor de la tierra se dispare a pasos agigantados.

«¿Qué puede hacer, entonces, el hombre rico para mejorar la situación de los trabajadores?

«No puede hacer nada en absoluto, salvo emplear su fuerza para abolir la gran injusticia fundamental que priva a los hombres de su derecho de nacimiento. La justicia de Dios se ríe de los intentos de los hombres por sustituirla por cualquier otra cosa».

* * *

«Si bien, dentro de límites estrechos, el sindicalismo promueve la idea de la mutualidad de intereses y a menudo ayuda a infundir valor y a fomentar la educación política, y si bien ha permitido que grupos limitados de trabajadores mejoren en cierta medida su situación y ganen, por así decirlo, un respiro, no toma en cuenta las causas generales que determinan las condiciones laborales y lucha por la mejora de solo una pequeña parte del gran conjunto mediante medios que no pueden ayudar al resto. Al apuntar a la restricción de la competencia —la limitación del derecho al trabajo—, sus métodos son como los de un ejército, que incluso en una causa justa son subversivos para la libertad y propensos al abuso, mientras que su arma, la huelga, es destructiva por naturaleza, tanto para los combatientes como para los no combatientes, al ser una forma de guerra pasiva. Aplicar el principio de los sindicatos a toda la industria, como algunos sueñan con hacerlo, sería someter a los hombres a un sistema de castas.

«O tomemos incluso medidas tan moderadas como la limitación de las horas de trabajo y del trabajo de las mujeres y los niños. Son superficiales, pues no van más allá del afán de hombres, mujeres y niños pequeños por trabajar en exceso, y proponen restringir por la fuerza el exceso de trabajo mientras ignoran por completo su causa: el aguijón de la pobreza que obliga a los seres humanos a ello. Y los métodos mediante los cuales deben aplicarse estas restricciones multiplican el número de funcionarios, interfieren con la libertad personal, propician la corrupción y son propensos al abuso.

“En cuanto al socialismo radical, que merece mayor reconocimiento por tener el valor de sus convicciones, llevaría estos vicios a su máxima expresión. Al sacar conclusiones apresuradas sin esforzarse por descubrir las causas, no se da cuenta de que la opresión no proviene de la naturaleza del capital, sino de la injusticia que priva al trabajo del capital al separarlo de la tierra, y que crea un capital ficticio que en realidad es un monopolio capitalizado. No se da cuenta de que sería imposible que el capital oprimiera al trabajo si

el trabajo tuviera libre acceso a los medios naturales de producción; que el sistema salarial en sí mismo surge de la conveniencia mutua, al ser una forma de cooperación en la que una de las partes prefiere un resultado cierto a uno contingente; y que lo que llama la «ley de hierro de los salarios» no es la ley natural de los salarios, sino solo la ley de los salarios en esa condición antinatural en la que los hombres se ven indefensos al ser privados de los medios para la vida y el trabajo. No se da cuenta de que lo que confunde con los males de la competencia son en realidad los males de la competencia restringida —se deben a una competencia unilateral a la que se ven obligados los hombres cuando se les priva de la tierra—; mientras que sus métodos —la organización de los hombres en ejércitos industriales, la dirección y el control de toda la producción y el intercambio por parte de organismos gubernamentales o semigubernamentales— significarían, de llevarse a su máxima expresión, un despotismo egipcio.

"Nos diferenciamos de los socialistas en nuestro diagnóstico del mal, y nos diferenciamos de ellos en cuanto a los remedios. No le tememos al capital, ya que lo consideramos la sirvienta natural del trabajo; consideramos que el interés en sí mismo es natural y justo; no pondríamos ningún límite a la acumulación, ni impondríamos a los ricos ninguna carga que no recaiga igualmente sobre los pobres; no vemos ningún mal en la competencia, sino que consideramos que la competencia sin restricciones es tan necesaria para la salud del organismo industrial y social como lo es la libre circulación de la sangre para la salud del organismo corporal —es el medio por el cual se asegurará la cooperación más plena. Simplemente tomaríamos para la comunidad lo que le pertenece; el valor que la tierra adquiere gracias al crecimiento de la comunidad; dejaríamos sagradamente al individuo todo lo que le pertenece; y, al tratar los monopolios necesarios como funciones del Estado, aboliríamos todas las restricciones y prohibiciones, salvo aquellas requeridas para la salud pública, la seguridad, la moral y la conveniencia.

«Pero la diferencia fundamental —la diferencia que le pido especialmente a Su Santidad que tenga en cuenta— radica en lo siguiente: el socialismo, en todas sus fases, considera que los males de nuestra civilización surgen de la insuficiencia o la falta de armonía de las relaciones naturales, las cuales deben organizarse o mejorarse artificialmente. Según su concepción, recae sobre el Estado la necesidad de organizar inteligentemente las relaciones industriales

relaciones de los hombres; la construcción, por así decirlo, de una gran máquina cuyas complicadas piezas funcionen adecuadamente juntas bajo la dirección de la inteligencia humana. Esta es la razón por la que el socialismo tiende al ateísmo. Al no percibir el orden y la simetría de la ley natural, no reconoce a Dios.

«Por otro lado, quienes nos llamamos Partidarios del Impuesto Único (un nombre que expresa meramente nuestras propuestas prácticas) vemos en las relaciones sociales e industriales de los hombres no una máquina que requiera construcción, sino un organismo al que solo hay que dejar crecer. Vemos en las leyes naturales, sociales e industriales una armonía semejante a la que observamos en los mecanismos del cuerpo humano, y que trasciende tanto el poder de la inteligencia humana para ordenar y dirigir como está más allá de la inteligencia humana el ordenar y dirigir los movimientos vitales de su propio cuerpo. Vemos en estas leyes sociales e industriales una relación tan estrecha con la ley moral que debe provenir de la misma Autoría, y eso demuestra que la ley moral es la guía segura del hombre, allí donde su inteligencia vagaría y se extraviaría. Así pues, para nosotros, todo lo que se necesita para remediar los males de nuestro tiempo es hacer justicia y otorgar libertad. Esta es la razón por la que nuestras creencias tienden hacia —es más, son de hecho las únicas creencias— compatibles con una fe firme y reverente en Dios, y con el reconocimiento de su ley como la ley suprema que los hombres deben seguir si desean asegurar la prosperidad y evitar la destrucción. Esta es la razón por la que, para nosotros, la economía política solo sirve para mostrar la profundidad de la sabiduría en las sencillas verdades que la gente común escuchó de los labios de Aquel de quien se decía con asombro: "¿No es este el carpintero de Nazaret?"

«Y es precisamente porque en lo que proponemos —garantizar a todos los hombres igualdad de oportunidades naturales para el ejercicio de sus facultades y la eliminación de toda restricción legal al ejercicio legítimo de esas facultades— vemos la conformidad de la ley humana con la ley moral, que sostenemos con confianza, no solo que este es el remedio suficiente para todos los males que ustedes describen de manera tan impactante, sino que es el único remedio posible.

«Tampoco hay ningún otro. La organización del hombre es tal, sus relaciones con el mundo en el que se encuentra son tales —es decir, las leyes inmutables de Dios son tales— que está más allá del poder del ingenio humano idear cualquier forma mediante la cual los males nacidos de la injusticia que priva a los hombres de su derecho de nacimiento puedan ser eliminados de otra manera que no sea haciendo justicia, abriendo a todos la generosidad que Dios ha provisto para todos.

«Puesto que el hombre solo puede vivir en la tierra y de la tierra, puesto que la tierra es el depósito de materia y fuerza del que procede el propio cuerpo del hombre, y del que debe obtener todo lo que puede producir,

¿no se deduce inevitablemente que otorgar la propiedad de la tierra a unos hombres y negar a otros todo derecho sobre ella es dividir a la humanidad en ricos y pobres, en privilegiados y desamparados? ¿No se deduce que quienes carecen de derechos sobre el uso de la tierra solo pueden vivir vendiendo su fuerza de trabajo a quienes la poseen? ¿No se deduce que lo que los socialistas llaman «la ley de hierro de los salarios», lo que los economistas políticos denominan «la tendencia de los salarios al mínimo», debe privar a las masas sin tierra —los simples trabajadores, que por sí mismos carecen de poder para disponer de su trabajo— de todos los beneficios de cualquier avance o mejora posible que no altere esta división injusta de la tierra? Pues, al carecer de poder para emplearse a sí mismos, deben, ya sea como vendedores de trabajo o como arrendatarios de tierras, competir entre sí por el permiso para trabajar. Esta competencia entre hombres, excluidos del almacén inagotable de Dios, no tiene más límite que la inanición, y en última instancia debe forzar a los salarios a su punto más bajo, aquel en el que apenas se puede mantener la vida y continuar la reproducción.

«Esto no quiere decir que todos los salarios deban caer hasta ese nivel, sino que los salarios de ese estrato de trabajadores —necesariamente el más numeroso— que solo cuenta con conocimientos, habilidades y aptitudes comunes deben caer hasta ahí. Los salarios de las clases especiales, que están protegidas de la competencia por conocimientos o habilidades particulares u otras causas, pueden mantenerse por encima de ese nivel común. Así, donde la capacidad de leer y escribir es poco común, poseerla permite a una persona obtener salarios más altos que los del trabajador común. Pero a medida que la difusión de la educación generaliza la capacidad de leer y escribir, esta ventaja se pierde. Así, cuando una profesión requiere capacitación o habilidades especiales, o su acceso se ve dificultado por restricciones artificiales, la limitación de la competencia tiende a mantener los salarios en ese sector en un nivel más alto. Pero a medida que el progreso de la innovación hace innecesarias las habilidades especiales, o se eliminan las restricciones artificiales, estos salarios más altos descienden al nivel común. Y así, solo mientras sean especiales, cualidades como la laboriosidad, la prudencia y el ahorro pueden permitirle al trabajador común mantener una condición superior a la que apenas le da para vivir. Cuando se vuelven comunes, la ley de la competencia debe reducir los ingresos o ahorros derivados de tales cualidades al nivel general —el cual, al estar la tierra monopolizada y el trabajo indefenso, solo puede ser

aquel en el que el siguiente punto más bajo es el cese de la vida.

«O, para expresarlo de otra manera: dado que la tierra es necesaria para la vida y el trabajo, sus propietarios podrán, a cambio del permiso para utilizarla, obtener de los simples trabajadores todo lo que el trabajo pueda producir, salvo lo suficiente para que puedan subsistir aquellos de ellos que sean necesarios para los propietarios de la tierra y sus dependientes.

«Así, donde la propiedad privada de la tierra ha dividido a la sociedad en una clase de terratenientes y una clase sin tierra, no hay ningún invento o mejora posible —ya sea industrial, social o moral— que, mientras no afecte la propiedad de la tierra, pueda prevenir la pobreza o aliviar la situación general de los simples trabajadores. Pues, ya sea que el efecto de cualquier invención o mejora sea aumentar lo que el trabajo puede producir o disminuir lo que se requiere para mantener al trabajador, tan pronto como se generalice, solo puede resultar en un aumento de los ingresos de los propietarios de la tierra, sin beneficiar en absoluto a los simples trabajadores. En ningún caso quienes poseen la mera capacidad ordinaria de trabajar —una capacidad totalmente inútil sin los *medios* necesarios para trabajar— pueden quedarse con más de sus ganancias de lo suficiente para poder vivir.

«Cuán cierto es esto lo podemos ver en los hechos de hoy. En nuestra época, las invenciones y los descubrimientos han aumentado enormemente la capacidad productiva del trabajo y, al mismo tiempo, han reducido en gran medida el costo de muchas cosas necesarias para el sustento del trabajador. ¿Acaso estas mejoras han elevado en algún lado los ingresos del simple trabajador? ¿No han ido sus beneficios principalmente a los propietarios de la tierra —aumentando enormemente el valor de la misma?

«Digo "principalmente", pues una parte del beneficio se ha destinado al costo de monstruosos ejércitos permanentes y preparativos bélicos; al pago de intereses sobre grandes deudas públicas; y, en gran medida disfrazado como interés sobre capital ficticio, a los propietarios de monopolios distintos al de la tierra. Pero las mejoras que acabarían con estos despilfarros no beneficiarían a los trabajadores; simplemente aumentarían las ganancias de los propietarios de tierras. Si se abolieran los ejércitos permanentes y todo lo que conllevan, si se eliminaran todos los monopolios distintos al de la tierra, si los gobiernos se convirtieran en modelos de economía, si se ahorraran las ganancias de los especuladores, de los intermediarios y de todo tipo de comerciantes,

si todos se volvieran tan estrictamente honestos que no se necesitaran policías, tribunales, prisiones ni precauciones contra la deshonestidad, el resultado no diferiría del que ha seguido al aumento de la capacidad productiva.

«Es más, ¿no traería precisamente estas bendiciones la inanición a muchos de los que ahora logran sobrevivir? ¿No es cierto que, si hoy se propusiera aquello por lo que todos los cristianos deberían orar, es decir, la disolución completa de todos los ejércitos de Europa, se despertarían los mayores temores por las consecuencias de lanzar al mercado laboral a tantos trabajadores desempleados?

«La explicación de esta y otras paradojas similares que en nuestra época nos desconciertan por doquier es fácil de ver. El efecto de todos los inventos y mejoras que aumentan la capacidad productiva, que evitan el desperdicio y ahorran esfuerzo, es reducir el trabajo necesario para obtener un resultado determinado y, por lo tanto, ahorrar trabajo, de modo que hablamos de ellos como inventos o mejoras que ahorran trabajo. Ahora bien, en un estado natural de la sociedad en el que se reconocen los derechos de todos al uso de la tierra, las mejoras que ahorran trabajo podrían llegar hasta el límite más extremo que se pueda imaginar sin disminuir la demanda de hombres, ya que en tales condiciones naturales la demanda de hombres radica en su propio disfrute de la vida y en los fuertes instintos que el Creador ha implantado en el corazón humano. Pero en ese estado antinatural de la sociedad, en el que a las masas de hombres se les priva de todo salvo del poder de trabajar cuando otros les brindan la oportunidad de hacerlo, allí la demanda de ellos se convierte simplemente en la demanda de sus servicios por parte de quienes detentan esa oportunidad, y el hombre mismo se convierte en una mercancía. Por lo tanto, aunque el efecto natural de las mejoras que ahorran trabajo es aumentar los salarios, en la condición antinatural que engendra la propiedad privada de la tierra, el efecto —incluso de mejoras morales como la disolución de los ejércitos y el ahorro del trabajo que implica el vicio— es, al disminuir la demanda comercial, bajar los salarios y reducir a los simples trabajadores a la inanición o al pauperismo. Si los inventos y las mejoras que ahorran trabajo pudieran llegar hasta la abolición misma de la necesidad de trabajo, ¿cuál sería

el resultado? ¿No sería que los propietarios de la tierra podrían entonces obtener toda la riqueza que la tierra es capaz de producir, y no tendrían ninguna necesidad de trabajadores, quienes entonces tendrían que morir de hambre o vivir como pensionistas a costa de la generosidad de los propietarios de la tierra?

«Así pues, mientras persista la propiedad privada de la tierra —mientras algunos hombres sean tratados como dueños de la tierra y otros solo puedan vivir en ella con su permiso—, la sabiduría humana no podrá idear ningún medio con el que se puedan evitar los males de nuestra condición actual».

Esta teoría de *la tierra libre* (salvo por los impuestos que recaen sobre ella) es una teoría amplia y justa que nos complacería ver puesta en práctica de inmediato, aunque no nos beneficiara personalmente. Sin duda, supondría un alivio temporal para la sociedad, aunque la destrucción del valor de la tierra provocaría un impacto tan grande o mayor que el que propone el socialismo, a menos que se graduara, como se sugirió anteriormente, mediante un anuncio previo. Se combinaría fácilmente con los aspectos más moderados del socialismo y les daría mayor perdurabilidad; porque, al estar la tierra —una fuente de riqueza— en manos de *todo* el pueblo en tales condiciones, nunca sería necesario que las personas sanas y trabajadoras pasaran hambre: todos podrían, al menos, cultivar lo suficiente para alimentarse. Si bien creemos que esta sería una medida sabia y justa, y acorde con la ley divina —como lo ha demostrado muy hábilmente el Sr. George—, no sería la panacea para todos los males de la humanidad. La creación que gime seguiría gimiendo hasta que la justicia y la verdad se establezcan plenamente en la tierra y todos los corazones se pongan de acuerdo con ellas, y el egoísmo seguiría encontrando la oportunidad de quedarse con toda la crema y dejar solo suficiente leche descremada para las necesidades más básicas de los demás.

Como prueba de que un impuesto único sobre la tierra no bastaría por sí solo para satisfacer las exigencias de los problemas sociales y financieros, ni para evitar el desastre inminente y la ruina social, citamos un ejemplo de su marcado fracaso. La India, durante largos siglos, ha tenido un impuesto único, únicamente un impuesto sobre la tierra —ya que la tierra se poseía en común y se administraba bajo

el control de las aldeas. Como resultado, alrededor de dos tercios de su población son agricultores —una proporción mayor que la de cualquier otro pueblo del mundo—. Solo en los últimos años los ingleses han introducido allí la propiedad privada de la tierra, y hasta ahora solo en un área muy limitada. Se puede decir que la gente de la India está *contenta* y *vive cómodamente*; pero ciertamente no es porque sean ricos ni porque cuenten con lujos y comodidades. La maquinaria moderna está revolucionando rápidamente sus quehaceres, reduciendo sus ingresos ya de por sí escasos y obligándolos a vivir con aún menos o, de lo contrario, a pasar hambre. Ya hemos citado fuentes fidedignas que demuestran que las masas pobres rara vez pueden permitirse comer hasta saciarse ni siquiera la comida más sencilla. Véase la página 381.

Si admitimos que la propuesta del impuesto único o de la tierra libre resultaría ser solo un factor de alivio *temporal*, eso es todo lo que podemos admitir; pues si se frena el egoísmo en una dirección, este solo estallará en otra: nada será eficaz salvo «corazones nuevos» y «espíritus rectos»; y ni la teoría del impuesto único ni ninguna otra teoría humana puede producirlos.

Supongamos, por ejemplo, que el pueblo fuera dueño de la tierra; sería muy fácil para un grupo de capitalistas negarse a comprar los productos agrícolas salvo a los precios que ellos mismos fijaran —apenas suficientes para que los productores puedan subsistir— y, por otro lado, controlar y fijar precios elevados en todo lo que el agricultor necesite adquirir, desde fertilizantes y aperos agrícolas hasta la ropa para su familia y los enseres del hogar.

Esta misma situación se está acercando sin duda: la ley de la oferta y la demanda opera demasiado lentamente para satisfacer la codicia de riqueza actual. La mano de obra no puede detener el funcionamiento de esta ley, y se ve desplazada tanto por la maquinaria como por la creciente población; pero el capital puede contrarrestarla, al menos parcialmente, formando trusts, consorcios, sindicatos, etc., para controlar casi por completo o en su totalidad la oferta y los precios. El consorcio del carbón es un ejemplo de ello.

¿De qué serviría, nos preguntamos, el Impuesto Único contra este espíritu de egoísmo? ¡Sería impotente!

Pero supongamos que la propuesta de la tierra gratuita y el impuesto único entrara en vigor mañana; supongamos que las tierras cultivadas quedaran exentas de todos los impuestos; que cada granja contara con una casa, un caballo, una vaca, un arado y otras necesidades; supongamos que esto significara duplicar la superficie actual de cultivo y duplicar las cosechas actuales. Esto garantizaría abundancia de maíz, trigo y verduras para que comieran las personas sanas y ahorrativas; pero el gran excedente generaría un precio tan bajo que no valdría la pena enviarlo al mercado, salvo en condiciones favorables. A veces ocurre así, incluso en las condiciones actuales: miles de bushels de papas y repollos se dejan pudrir porque no es rentable manejarlos. El primer año podría atraer desde las ciudades hacia las granjas antes mencionadas a miles de hombres fuertes y dispuestos, ansiosos por valerse por sí mismos: esto liberaría el mercado laboral urbano y elevaría temporalmente los salarios de quienes se quedaran en las ciudades, pero duraría solo un año. Los agricultores, al darse cuenta de que no podían fabricar ropa ni artículos de uso doméstico a partir del maíz y las papas, ya sea directamente o mediante intercambio, dejarían la agricultura y regresarían a las ciudades para competir enérgicamente por cualquier cosa que pudieran obtener que les proporcionara más que el mero sustento; por cualquier cosa que les otorgara una parte de las comodidades y lujos de la vida.

No; la tierra gratuita es buena como medida preventiva contra la inanición, y es una condición adecuada en vista de que nuestro generoso Creador le dio la tierra a Adán y a su familia como herencia común; y ayudaría enormemente a nuestras dificultades actuales si el mundo entero tuviera un Jubileo de la restauración de la tierra y remisión de deudas cada cincuenta años, como lo tuvieron los judíos. Pero tales medidas serían ahora meros paliativos, como lo fueron para los judíos y como siguen siéndolo en la India. La única cura real es el gran Jubileo *antitípico* que establecerá el venidero Rey de la tierra: Emanuel.

OTRAS ESPERANZAS Y TEMORES

Hemos repasado rápidamente las principales teorías propuestas para mejorar las condiciones actuales, pero es evidente que ninguna de ellas es adecuada a las necesidades del caso. Además de estas, hay un sinfín de personas que predican y rezan sin cesar por lo que consideran incorrecto, y que desean que alguien detenga el curso del mundo, pero que ni ven ni sugieren nada que siquiera se asemeje a algo viable.

Pero, en este sentido, no debemos olvidarnos de mencionar a algunas almas sinceras, aunque totalmente poco prácticas, que imaginan en vano que las iglesias, si tomaran conciencia de la situación, podrían evitar la inminente calamidad social, revolucionar la sociedad y restablecerla sobre una base nueva y mejor. Dicen: «Si tan solo las iglesias pudieran despertar, podrían conquistar el mundo para Cristo y establecer ellas mismas en la tierra un Reino de Dios basado en el amor y la lealtad a Dios, así como en el amor igualitario hacia el prójimo». Algunos de ellos incluso afirman que esto —el espíritu de Cristo en las iglesias— sería la segunda venida de Cristo.

Apenas hace falta señalar cuán irremediablemente impracticable es esta teoría. Lo que ellos consideran su fortaleza es en realidad su debilidad: los números. Miran la cifra de 300 000 000 de cristianos y dicen: «¡Qué poder!». Nosotros miramos la misma cifra y decimos: «¡Qué debilidad!».

Si este vasto número fuera *de santos*, movidos y guiados por el amor, el argumento tendría, en efecto, peso, y parecería totalmente factible afirmar que, si se les hiciera tomar conciencia de la verdadera situación, podrían revolucionar la sociedad de inmediato y lo harían. ¡Pero, ay! Predominan la "cizaña" y la "paja", y la clase del "trigo" es pequeña. Como declaró el gran Pastor, la suya no es más que un "pequeño rebaño", —al igual que su Maestro, "sin reputación ni influencia, y entre ellos
«no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles» —(1 Cor. 1:26). «Escuchen, mis amados

hermanos: ¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres de este mundo, ricos en fe, y herederos del Reino que él ha prometido a los que le aman?» —Santiago 2:5.

¡No, no! ¡El espíritu de Cristo en su pequeño rebaño no es suficiente para darles el Reino! La Iglesia nunca ha carecido de quienes tuvieran este espíritu. Tal como nuestro Señor declaró antes de dejarnos, que estaría con nosotros hasta el fin de los tiempos, así se ha cumplido. Pero también prometió que, así como se fue (personalmente) al final de la era judía, así volvería (personalmente) al final de esta era. Nos aseguró que, durante su ausencia, todos los que le fueran fieles «sufrirían persecución para que los coherederos de su reino
herederos "sufrirían violencia" *hasta* que él volviera y los recibiera consigo. Entonces recompensaría su fidelidad y sus sufrimientos con gloria, honor e la inmortalidad, y una participación en su trono y su poder para bendecir al mundo con un gobierno justo y el conocimiento de la verdad, y finalmente para destruir a los que obstinadamente practican la iniquidad de entre los que practican la justicia. Por esto, no solo la creación que gime, sino también nosotros mismos, que tenemos los primeros frutos del espíritu (Rom. 8:23), debemos gemir y esperar —el tiempo del Padre y la manera en que Él lo otorgue—. Él ha mostrado claramente que el tiempo de estas bendiciones ya está cerca, y que serán introducidas azotando al mundo con un terrible tiempo de angustia, del cual los santos, el rebaño pequeño, escaparán al ser transformados y glorificados en el Reino.

Pero para que nadie pueda decir jamás que la riqueza y las ventajas educativas les habrían permitido conquistar el mundo, Dios le ha dado a la iglesia nominal —la «cristiandad»— precisamente esas ventajas. Sin embargo, estas oportunidades parecen surtir el efecto contrario, cultivando el orgullo, la altivez y la infidelidad llamada «crítica superior», y terminarán en la ruina de la sociedad. «Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?»

LA ÚNICA ESPERANZA: «ESA BENDITA ESPERANZA»

«Esperando esa bendita esperanza y la gloriosa aparición del gran Dios y nuestro Salvador Jesús. Esperanza que tenemos como ancla para el alma, segura y firme». «Por lo cual, ceñid los lomos de vuestra mente, sed sobrios y esperad hasta el fin en la gracia que os será traída en la Apocalipsis de Jesús Cristo». —Tito 2:13; Heb. 6:19; 1 Ped. 1:13.

Al considerar esta controvertida cuestión de la oferta y la demanda, que tanto contribuye a dividir a la humanidad en dos clases —los ricos y los pobres—, hemos evitado en la medida de lo posible las críticas duras hacia cualquiera de las partes; creyendo firmemente, como nos hemos esforzado por demostrar, que las condiciones actuales son el resultado de la ley constitucional del egoísmo (consecuencia de la caída adánica) que domina a la gran mayoría de la familia humana, tanto a ricos como a pobres. Estas leyes profundamente arraigadas del egoísmo constitucional son detestadas por un pequeño número de personas (principalmente los pobres) que, habiendo encontrado a Cristo y sometido su corazón de todo corazón a su espíritu y a su ley de amor, abandonarían con gusto todo egoísmo, pero no pueden hacerlo. Estas leyes a menudo agobian tanto a los pequeños comerciantes y contratistas como a los empleados. Sin embargo, su funcionamiento es tan certero que, si todos los ricos murieran hoy y su riqueza se distribuyera a prorrata, esas leyes reproducirían en pocos años las mismas condiciones de hoy. De hecho, muchos de los millonarios de hoy fueron niños pobres. Y cualquier sistema de leyes que la mayoría de los hombres pudiera promulgar, y que privara a los hombres de las oportunidades para ejercer sus propensiones adquisitivas y egoístas, minaría la vida del progreso y haría retroceder rápidamente a la civilización hacia la imprudencia, la indolencia y la barbarie.

La única esperanza para el mundo está en el Reino de nuestro Señor Jesús: el Reino Milenario. Es el remedio prometido desde hace mucho tiempo por Dios, pospuesto hasta su momento oportuno, y ahora, gracias a Dios, cercano, incluso a las puertas. Una vez más, la situación extrema del hombre será la oportunidad de Dios: «El deseo de todas las naciones llegará, en un momento en que el ingenio y la destreza humanos se

se hayan agotado en la búsqueda de alivio sin éxito. De hecho, parecería ser el método divino: enseñar grandes lecciones en las escuelas de la experiencia. Así, a los judíos directamente (y a nosotros y a todos los hombres indirectamente) se les enseñó, mediante su Pacto de la Ley, la gran lección de que por las obras de la Ley ninguna carne (caída) podría ser justificada ante Dios. Así fue como el Señor señaló a sus discípulos el mejor Nuevo Pacto de Gracia a través de Cristo.

El tiempo de angustia, el «día de la venganza», con el que se cerrará esta era y se abrirá la era milenaria, no solo será una recompensa justa por los privilegios mal utilizados, sino que tenderá a humillar la arrogancia de los hombres y a hacerlos «pobres del espíritu», y listos para las grandes bendiciones que Dios está dispuesto a derramar sobre toda la carne. (Joel 2:28) Así, Él hiere para sanar.

Pero alguien que no esté familiarizado con el programa divino tal vez se pregunte: ¿Cómo puede establecerse el Reino de Dios si todos estos métodos humanos fallan? ¿Qué plan diferente propone? Si su plan está declarado en la Palabra de Dios, ¿por qué los hombres no pueden ponerlo en práctica de inmediato y así evitar la tribulación?

Respondemos: El Reino de Dios no se establecerá mediante el voto del pueblo, ni mediante el voto de la aristocracia y los gobernantes. A su debido tiempo, «aquel a quien le corresponde por derecho», aquel que lo compró con su propia sangre preciosa, *«tomará* el Reino». Él «tomará para sí su gran poder y reinará». Se empleará la fuerza: «Él las gobernará [a las naciones] con vara de hierro; serán quebrantadas como vasijas de alfarero»--- (Ap. 2:27) Él «... reunirá a las naciones para que yo junte los reinos, a fin de derramar sobre ellos mi indignación, es decir, toda mi ira ardiente; porque toda la tierra será devorada por el fuego de mi celos»---- Porque *entonces* [después de que hayan sido humillados y estén listos para escuchar y

presten atención a su consejo], les daré a los pueblos un lenguaje puro, para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan de común acuerdo». –Sof. 3:8, 9.

El Reino no solo se establecerá con fuerza y será un poder al que los hombres no podrán resistirse, sino que así continuará durante toda la era milenaria; pues todo el reinado tiene el propósito específico de vencer a los enemigos de la justicia. «Debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies». «Sus enemigos lamerán el polvo». «El alma que no escuche [obedezca] a ese Profeta [el glorioso Cristo —antitipo de Moisés—] será destruida de entre el pueblo», en la Segunda Muerte.

Satanás será atado —toda su influencia engañosa y confusa será restringida— de modo que el mal ya no les parecerá bueno a los hombres, ni lo bueno les parecerá indeseable o malo; la verdad ya no les parecerá falsa a los hombres, ni se hará que las mentiras parezcan verdaderas. —Ap. 20:2.

Pero, como se ha mostrado hasta ahora, el reinado no será solo de fuerza; junto a la fuerza estará la rama de olivo de la misericordia y la paz para todos los habitantes del mundo, quienes, cuando los juicios del Señor se extiendan por la tierra, aprenderán la justicia. (Isaías 26:9) Se abrirán los ojos cegados por el pecado; y el mundo verá lo correcto y lo incorrecto, la justicia y la injusticia, bajo una luz muy diferente a la actual —bajo una «luz séptuple». (Isaías 30:26; 29:18-20) Las
tentaciones externas del presente desaparecerán en gran medida; los males no serán tolerados ni permitidos; pero sobre los transgresores recaerá un castigo seguro y rápido, impuesto con justicia infalible por los jueces glorificados y competentes de aquel tiempo, quienes también tendrán compasión de los débiles. —1 Cor. 6:2; Sal. 96:13; Hechos 17:31.

Estos jueces no juzgarán por lo que oigan ni por lo que vean, sino que juzgarán con justicia.

(Isaías 11:3) No se cometerán errores; ninguna mala acción dejará de recibir su justa recompensa: incluso *los intentos* de cometer delitos deberán cesar rápidamente en tales condiciones. Toda rodilla se doblará [ante el poder que entonces estará al mando] y toda lengua confesará [la justicia de ese orden]. (Fil. 2:10, 11) Entonces, probablemente de manera gradual y para muchos, el nuevo orden de las cosas comenzará a atraer los corazones de algunos, y lo que al principio fue obediencia por la *fuerza* se convertirá en obediencia por *amor* y en aprecio por la justicia. Y, finalmente, todos los demás —todos los que obedecen simplemente porque se ven obligados por la fuerza— serán exterminados en la Segunda Muerte. —Ap. 20:7-9; Hechos 3:23.

De este modo se hará cumplir el gobierno y la ley del Amor; no por consentimiento de la mayoría, sino en oposición a ella. Será un retroceso de la civilización respecto a sus ideas republicanas y la colocación de la humanidad temporalmente bajo un gobierno autocrático —por mil años—. Tal poder autocrático sería terrible en manos de un gobernante malvado o incompetente; pero Dios nos libera de todo temor al informarnos que el Dictador de esa era será el Príncipe de la Paz, nuestro Señor Jesús, quien tiene tan presente el bienestar del hombre que entregó su vida como *precio del rescate* para que pudiera tener la autoridad de sacarnos de nuestra contaminación por el pecado y restaurar a la perfección y al favor divino a todos los que acepten su gracia mediante la obediencia al Nuevo Pacto.

A principios del Milenio, se hará evidente para todos que este camino que Dios ha trazado es el único adecuado a las exigencias de un mundo enfermo de pecado y egoísta. De hecho, algunos ya ven que la gran necesidad del mundo es un gobierno fuerte y justo: comienzan a darse cuenta, cada vez más, de que las únicas personas a quienes se les puede confiar con seguridad la libertad absoluta son aquellas que se han convertido de verdad —que tienen una voluntad renovada, un corazón renovado y el espíritu de Cristo.

LA ACTITUD ADECUADA PARA EL PUEBLO DE DIOS

Pero algunos podrían preguntarse: ¿Qué debemos hacer *ahora* quienes vemos estas cosas a la luz de la verdad? Si poseemos tierras baldías, ¿debemos regalarlas o abandonarlas? No; eso no serviría de nada, a menos que se las dieran a algún vecino pobre que realmente las necesite; y entonces, si él no supiera aprovecharlas, sin duda los culparía a ustedes como los responsables de sus desgracias.

Si somos agricultores, comerciantes o fabricantes, ¿deberíamos intentar hacer negocios según los principios del Milenio? No; pues, como ya se ha demostrado, hacerlo les acarrearía un desastre financiero, perjudicial para sus acreedores y para quienes dependen de ustedes, así como para sus empleados.

Sugerimos que lo único que se puede hacer ahora es dar a conocer nuestra *moderación* a todos los hombres: evitar explotar a nadie; pagar un salario razonable o una parte de las ganancias, o de lo contrario no contratar; evitar la deshonestidad en todas sus formas; «proporcionar cosas honestas a la vista de todos»; dar ejemplo de «piedad con contentamiento», y siempre, tanto con la palabra como con el ejemplo, desalentar no solo la violencia, sino incluso el descontento; y procurar guiar a los cansados y agobiados hacia Cristo y la palabra de la gracia de Dios —a través de la fe y la consagración total. Y si, por la gracia de Dios, fueras administrador de mayor o menor riqueza, no la adores, ni busques ver cuánto puedes acumular para que tus herederos se disputen y hagan mal uso *de ella*; sino *úsala*, de acuerdo con el pacto, para el servicio de Dios y bajo su dirección; recordando que no es tuya para quedártela, ni para usarla en tu propio beneficio, sino que es de Dios, confiada a tu cuidado, para ser utilizada en servicio gozoso, para la gloria de nuestro Rey.

Como sugerencia para la aplicación práctica de estas reflexiones a los asuntos de la vida, presentamos a continuación una carta que nos envió un lector de nuestra revista quincenal, y nuestra respuesta a la misma, tal como se publicó en ella. Puede ser de ayuda para otros.

EN EL MUNDO, PERO NO DEL MUNDO

Pensilvania

QUERIDO HERMANO: El domingo pasado, en nuestra reunión, tuvimos una lección de Romanos 12:1, y entre los muchos pensamientos que surgieron de un tema tan prolífico, hubo algunos sobre el uso que hacemos de nuestro tiempo consagrado. Me dedico al negocio de la mercadería; pero la situación del comercio en general exige casi una «vigilancia eterna» en este momento.

La pregunta que se me ha planteado muchas veces es: ¿Debería yo, como persona consagrada, esforzarme tanto por captar y mantener la clientela como es necesario hacerlo ahora? Publico listas de precios semanales, muchas veces ofreciendo productos a un precio inferior al costo como incentivo, y regalo muchos «obsequios» con productos más rentables; no por preferencia por ese tipo de prácticas, sino porque todos mis competidores están haciendo lo mismo y, para mantener mi negocio y mi sustento (ya que no soy rica), me veo obligada a seguir su ejemplo.

Otro aspecto objetable de ese tipo de método es que perjudica a mis hermanos más débiles en el mismo ramo de negocios. Conozco a muchos de ellos; algunos son viudas que tratan de ganarse la vida honestamente vendiendo mercancías; pero me veo obligado a dejar de lado todos mis mejores sentimientos y «lanzarme a la batalla», sin importar a quién perjudique. Esta es una triste confesión para alguien que aspira a ayudar a nuestro Señor a sacar a la humanidad del abismo del egoísmo del que debe ser salvada en la era que creemos estar tan cerca. No busco que justifiques mis acciones en este asunto, sino que deseo tu opinión sobre el curso aconsejable que deben seguir los hijos profesos de Dios dedicados a los negocios en la actualidad, cuando se trata de que los peces grandes se comen a los más pequeños.

Suyo en Cristo,

En respuesta: Las condiciones que mencionas son comunes a casi todas las formas de negocio y prevalecen cada vez más en todo el mundo civilizado. Es parte de los «problemas» generales de nuestra época. Tanto el aumento de la capacidad de las máquinas como el crecimiento de la familia humana contribuyen a reducir los salarios y a hacer que el empleo estable sea más precario. Cada vez más personas buscan dedicarse a los negocios; y la competencia y las ganancias reducidas, aunque beneficiosas para los pobres, están acabando comercialmente con las tiendas pequeñas y los precios elevados. En consecuencia, las tiendas y fábricas pequeñas están dando paso a otras más grandes que, gracias a una organización mejor y más económica, permiten un mejor servicio y precios más bajos. Un mayor surtido de productos más frescos a precios más bajos y con un mejor servicio redunda en beneficio general del público, en comparación con las antiguas tiendas pequeñas con productos rancios, precios altos y un servicio descuidado; aunque temporalmente algunas viudas pobres o dignas puedan sufrir por su incapacidad mental, física o financiera para adaptarse al nuevo orden de las cosas. E incluso ellas, si pueden adoptar una visión amplia y benevolente de la situación, pueden regocijarse por el bienestar público, aunque esto les imponga un cambio desfavorable en sus propios asuntos. Pueden regocijarse con quienes se benefician y esperar pacientemente el Reino venidero, que hará que las bendiciones de Dios sean más comunes para todos que en la actualidad. Pero solo se puede esperar que quienes tienen la «nueva naturaleza» y su amor vean las cosas de manera tan desinteresada. La competencia comercial actual no es, por lo tanto, un mal absoluto. Es una de las grandes lecciones que se le está dando al mundo como preparación antes de entrar en la gran era milenaria, cuando los negocios del mundo se basarán en gran medida, si no totalmente, en principios socialistas —no para la riqueza o el beneficio del individuo, sino para el bienestar general.

Mientras tanto, sin embargo, la tensión competitiva egoísta se vuelve cada vez más irritante para quienes poseen impulsos nobles y generosos, sean cristianos o no. Nos alegra observar su propia apreciación del tema y su insatisfacción con las condiciones actuales.

Nuestro consejo es que mantengas los ojos bien abiertos y, si ves alguna otra rama de negocio menos afectada por la competencia y, por lo tanto, más favorable, que hagas un cambio. De no ser así, o hasta que encuentres un negocio más favorable o condiciones más favorables, te aconsejamos que continúes donde estás y *modifiques* tu rumbo en cierta medida; es decir, que dividas los asuntos lo más equitativamente posible entre los tres intereses en conflicto: los tuyos, los de tus competidores y los de tus clientes o vecinos. Si tu negocio cubre los gastos y genera una ganancia razonable, esfuérzate por mantenerlo así, pero no lo exijas al máximo con el objetivo de "hacerte rico"; pues "los que *quieren* hacerse ricos caen en tentación y en la trampa" (1 Tim. 6:9). Debemos evitar toda competencia deshonrosa o mezquindad hacia los competidores, así como cualquier tergiversación de los productos ante los clientes. La justicia y la honestidad deben protegerse cuidadosamente a *cualquier costo*; luego, agrega toda la «moderación» a favor de tu competidor que el amor te sugiera y que las circunstancias permitan.

No estamos olvidando el mandamiento: «No seguirás a la multitud para hacer el mal» (Éxodo 23:2), ni aconsejamos el más mínimo compromiso con la injusticia. Entendemos que tu pregunta no es si puedes cometer una injusticia, sino si *el amor* te permitirá hacer todo aquello a lo que *la justicia* no se opondría y que la costumbre aprueba. El corazón mundano no tiene escrúpulos respecto a tales «bagatelas»: es tu «nueva naturaleza, cuya ley es el amor, la que preferiría ver prosperar a su competidor y anhela hacer el bien a todos los hombres siempre que tenga la oportunidad, especialmente a la familia de la fe. Cultiva esta «nueva naturaleza» obedeciendo su ley del amor de todas las formas *posibles*. «Si es posible, en la medida en que dependa de ustedes, vivan en paz con todos los hombres» —actuando con generosidad y según el amor. Quien está imbuido del espíritu del amor no piensa mal de su competidor, no busca únicamente su propio bienestar y no se regocija por el fracaso de un competidor.

La dificultad radica en que el mundo entero funciona sobre la

base depravada del egoísmo, lo cual es totalmente incompatible con el amor. Para algunos el nivel es más elevado, y para otros más bajo: algunos limitan su egoísmo a los límites de *la justicia*, otros caen en el egoísmo hasta la injusticia y la deshonestidad, y la tendencia es siempre hacia abajo. La «nueva criatura» en Cristo nunca debe caer por debajo de la justicia y la honestidad, y debe procurar, en la medida de lo posible, elevarse por encima de este estándar mundano más alto, hacia el amor perfecto. Es culpa del actual sistema competitivo que los intereses del comprador y los del vendedor estén siempre en conflicto. Ningún poder puede corregir, controlar y alterar todo esto, excepto el único poder que Dios ha prometido: el reino milenario, que impondrá el imperio del amor y liberará de las propensiones y ataduras del egoísmo a todos aquellos que, al ver y conocer el mejor camino, acepten la ayuda que entonces se les brindará.

* * *

Hemos visto que, bajo la ley social actual, es inevitable o bien el hundimiento de las masas de la humanidad en el fango, como esclavas de la riqueza y el intelecto, o bien el colapso del orden social actual bajo el reinado de la anarquía, y la declaración bíblica de que será lo segundo; y que esto traerá un terrible castigo sobre todos los hombres, ricos y pobres, cultos e ignorantes, y mediante una demostración real les enseñará a los hombres la locura del egoísmo, y los ayudará en el futuro a apreciar la sabiduría de la ley del amor de Dios; y que la «gran tribulación» les
enseñará a todos una lección temible, pero que a la larga resultará sumamente provechosa. Por lo tanto, estamos preparados para examinar en nuestro próximo capítulo lo que las Escrituras tienen que decirnos con respecto a la caída de «Babilonia» —la «cristiandad»— en la gran lucha con la que terminará esta era.

Al haber observado el fracaso de la cristiandad para adoptar el espíritu de las enseñanzas de Cristo, y al haber visto cómo el conocimiento y la libertad obtenidos de sus enseñanzas se mezclaron con el espíritu del mal y el egoísmo, y al ver en los presagios actuales

observamos el acercamiento seguro de la temible calamidad —la anarquía y toda obra maligna—, vemos la justicia de su permiso y leemos en ello la ley divina de la retribución. Y aunque lamentamos los males que acarrean la retribución, al reconocer su necesidad y justicia, y habiendo aprendido también que los fines de la misericordia se alcanzarán finalmente por este mismo medio, nuestros corazones exclaman: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de las naciones». —Ap. 15:3—
Margen

"Espera la mañana —sin duda llegará, tan
seguro como que la noche ha traído
necesidad;
Los ojos anhelantes al fin agudizarán la vista, sin
que la luz de la mañana les deje ya sin respuesta:
ya no se esforzarán en vano, entre lágrimas, por
atravesar la oscuridad de tus dudas y temores,
sino que, bañados en el rocío balsámico y los
rayos del Alba,
sonreirán con éxtasis ante la oscuridad que se ha ido.

«Espera la mañana, oh niño afligido,
Despreciado, azotado, perseguido y
vilipendiado, Sediento y hambriento, sin que
nadie se compadezca de ti, Coronado con las
espinas retorcidas de la agonía—
ni el más tenue rayo de sol a través del denso
infinito de la penumbra para guiarte de ahí—
Espera la mañana —sin duda llegará, tan
seguro como que la noche ha traído la
necesidad».

–James Whitcomb Riley

ESTUDIO XI

LA BATALLA DEL ARMAGEDÓN

La tribulación que se avecina, simbolizada de diversas maneras por los profetas —que la tipificaban en la caída de Israel, en el año 70 d. C., y en la Revolución Francesa—; su carácter general y su alcance; el gran ejército del Señor; «lo peor de las naciones»---; «el tiempo de la tribulación de Jacob»; su liberación; la
derrota de Gog y Magog.

«Porque he aquí, comienzo a traer mal sobre la ciudad que lleva mi nombre, [«la cristiandad» – «Babilonia»], invocaré la espada sobre todos los habitantes de la tierra», dice el SEÑOR de los ejércitos..... El SEÑOR clamará en voz alta desde lo alto y hará oír su voz desde su santa morada; gritará con gran estruendo sobre su morada [nominal] [la cristiandad]; dará un grito, como los que pisan las uvas, contra todos los habitantes de la tierra.

«Un ruido tumultuoso llegará hasta los confines de la tierra; *pues el Señor tiene una contienda con las naciones, y juzga a toda la humanidad*: entregará a los impíos a la espada, dice el Señor.

«Así dice el Señor de los ejércitos: He aquí, el mal se extenderá de nación en nación, y se levantará un gran torbellino desde los confines más lejanos de la tierra. Y los muertos del Señor estarán en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de la tierra; no serán llorados, ni recogidos, ni enterrados; serán como estiércol sobre la tierra». –Jer. 25:29-33.

Tan complejo y peculiar será el conflicto de este Día de la Venganza que ningún símbolo por sí solo podría describirlo. Por ello, en las Escrituras se utilizan muchos símbolos contundentes, tales como batalla, terremoto, fuego, tormenta, tempestad e inundación.

Es la «*batalla de aquel gran día de Dios* Todopoderoso», cuando él reunirá a las naciones y congregará a los reinos para derramar sobre ellos su indignación, es decir, toda su ira feroz; pues el Señor de los ejércitos mismo reúne a las huestes de la batalla.– Ap. 16:14; Sof. 3:8; Is. 13:4.

Es «un *gran terremoto*, como nunca lo hubo desde que hay hombres sobre la tierra, tan poderoso y tan grande», que «sacudirá no solo la tierra, sino también el cielo». – Ap. 16:18; Heb. 12:26.

Es *«el fuego de los celos de Jehová*, que devorará toda la tierra. Tanto los cielos actuales (los poderes eclesiásticos
de la cristiandad) y la tierra (la organización social bajo la influencia tanto de la iglesia como del Estado) están reservados para el fuego en este día de juicio. "Los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos [del eclesiasticismo actual] se derretirán con calor ardiente; la tierra [la sociedad] y las obras que en ella hay también serán quemadas. Los cielos
, al arder, se disolverán. Todos los soberbios y todos los que actúan maldad serán como paja, y este fuego los consumirá. No les dejará ni raíz ni rama.–Sof. 3:8; 2 Ped. 3:10, 12; Mal. 4:1.

«*Su camino está en el torbellino y en la tormenta*». «¿Quién puede resistir ante su indignación? ¿Y quién puede soportar la ferocidad de su ira?» –Nahúm 1:3, 6.

«He aquí que viene poderoso y fuerte de parte del Señor, como una *tempestad de granizo* y una *tormenta destructora*, como un *diluvio de aguas poderosas* que se desbordan, y derribará con poder a la tierra la corona del orgullo». «Él reprende al mar y lo seca, y seca todos los ríos; las montañas tiemblan
ante él, y las colinas se derriten, y la tierra [símbolos de todo el orden actual de las cosas] se quema ante su presencia; sí, el mundo y todos los que en él habitan. Con un diluvio desbordante
acabará por completo con aquel lugar, y la oscuridad perseguirá a sus enemigos». —Isaías 28:2; Nahúm 1:4, 5, 8.

Que no se trata de inundaciones e incendios literales, destructivos para nuestro planeta Tierra y su población, queda claro a partir de la afirmación (simbólica) de que, cuando el orden actual de las cosas sea destruido, le seguirá un nuevo orden: «unos nuevos cielos [el eclesiasticismo, la Iglesia glorificada de Dios] y una nueva tierra [la sociedad humana reorganizada bajo el Reino de Dios sobre la base del amor en lugar del egoísmo]». Refiriéndose a ese nuevo orden de
cosas, después de que el fuego de la venganza retributiva de Dios haya consumido los males actuales, Dios, por medio del profeta, dice: *«Entonces daré al pueblo un lenguaje puro [la verdad], para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan de común acuerdo»*. —Sof. 3:9.

DOS TIPOS TÍPICOS DE LA CATÁSTROFE INMINENTE

Pero que nadie concluya, por el hecho de que estas diversas descripciones no sean literales, sino simbólicas, que por lo tanto representen meramente una batalla de palabras, un temblor de miedo o una tormenta trivial de pasiones humanas. Porque aunque la controversia, las palabras apasionadas y las discusiones serán y son parte de las armas utilizadas en esta batalla, especialmente al principio de la misma, no terminará con ellas. Cada detalle profético indica que, antes de terminar, será un conflicto sumamente sangriento, una tormenta feroz y terrible. Ya hemos observado* el carácter típico de la gran tribulación que cayó sobre el Israel carnal al final de la era judía; y ahora, habiendo llegado al período paralelo —la cosecha de la edad evangélica—, vemos todos los indicios de una tribulación similar, aunque mucho mayor, sobre la «cristiandad», su antitipo. Si bien los juicios que cayeron sobre Judea y Jerusalén fueron terribles en extremo, fueron solo a pequeña escala en comparación con la gran tribulación que ahora se aproxima rápidamente sobre la cristiandad y que involucrará al mundo entero.

El ejército romano y la guerra convencional causaron solo una pequeña parte de los problemas al final de la era judía, como se señala en el

*Cap. 3 y Vol. II, Cap. 7.

la más terrible en las páginas de la historia, y a la que solo se le acerca la Revolución Francesa. Surgió principalmente de la desintegración nacional, el derrocamiento de la ley y el orden: la anarquía. Al parecer, el egoísmo tomó el control absoluto y enfrentó a cada hombre contra su prójimo, tal como se predice de los problemas venideros que caerán sobre la cristiandad (en medio de los cuales el gran templo espiritual, la Iglesia elegida de Dios, será completada y glorificada). "Antes de esos días no había salario para el hombre, ni salario para la bestia [véase el margen]; tampoco había paz para el que salía o entraba, a causa de la aflicción; porque yo puse a todos los hombres, cada uno contra su prójimo". —Zac. 8:9-11.

Es demasiado evidente, y no requiere prueba, que los tiempos no han cambiado tanto como para que tal calamidad sea imposible o improbable en nuestros días. Pero si alguien se inclinara a dudarlo, que recuerde la gran Revolución que, hace apenas poco más de un siglo, llevó a Francia al borde de la ruina social y amenazó la paz del mundo.

Algunos tienen la idea errónea de que el mundo ha superado las barbaridades de épocas pasadas, y se recuestan en una seguridad ilusoria, asumiendo que calamidades como las que ocurrieron en el pasado no podrían volver a acontecerle al mundo; pero lo cierto es que nuestro refinamiento del siglo XX es una capa muy delgada, fácil de desprender: el buen juicio y el conocimiento de los hechos, incluso de la historia reciente, así como del pulso febril actual de la humanidad, son suficientes para garantizar la posibilidad de que se repita el pasado, incluso sin la palabra segura de la profecía, que predice un tiempo de angustia como nunca ha habido desde que existe una nación.

En el lenguaje simbólico del Apocalipsis, la Revolución Francesa fue, en efecto, un «gran terremoto»: una conmoción social tan grande que toda la «cristiandad» tembló hasta que terminó; y ese terrible y repentino estallido de la ira de una sola nación

ira, hace apenas un siglo, puede dar una idea de la furia de la tormenta que se avecina, cuando la ira de todas las naciones enfurecidas romperá las ataduras de la ley y el orden y provocará un reinado de anarquía universal. También hay que recordar que esa calamidad ocurrió en lo que entonces era el corazón mismo de la cristiandad, en medio de lo que se consideraba una de las naciones más profundamente cristianas del mundo, la nación que durante mil años había sido el principal apoyo del papado. Una nación embriagada con el vino de las falsas doctrinas de Babilonia, tanto en la iglesia como en el Estado, y atada durante mucho tiempo por la hipocresía clerical y la superstición, vomitó allí su contaminación y descargó la fuerza de su furia desenfrenada. De hecho, parece que nuestro Señor se refiere a la Revolución Francesa en su Apocalipsis a Juan en Patmos como un preludio y una ilustración de la gran crisis que ahora se aproxima.

Cabe señalar también que las mismas causas que provocaron esa gran calamidad están actuando ahora para producir una revolución similar, pero mucho más extensa, una revolución que será mundial. Las causas de esa terrible convulsión han sido resumidas brevemente por el historiador de la siguiente manera:*

«La causa inmediata y más eficaz de la Revolución Francesa debe atribuirse a las penurias del pueblo y a las dificultades del gobierno ocasionadas por los enormes gastos de la guerra en la que Francia apoyó la independencia de las colonias americanas. El despilfarro de la corte, las disensiones del clero, el progreso gradual de la inteligencia general, la difusión de los principios revolucionarios provocada por la contienda estadounidense y las opresiones arraigadas desde hacía mucho tiempo a las que estaban sometidas las masas populares, todo ello contribuyó al mismo efecto. Agotadas por la opresión, irritadas
por la presencia continua de una tiranía insultante, impulsados por el resentimiento ante los agravios sufridos e instruidos en el *conocimiento*

**Campañas de Napoleón*, p. 12.

de sus derechos, el pueblo de Francia despertó a un espíritu universal de queja y resentimiento. ¡El grito de «Libertad!» resonó desde la capital hasta las fronteras, y se hizo eco desde los Alpes hasta los Pirineos, las costas del Mediterráneo y del Atlántico. Al igual que todos los cambios repentinos y violentos en los estados corruptos, la explosión estuvo acompañada de males y atrocidades, ante los cuales los crímenes y las miserias del antiguo despotismo palidecieron hasta convertirse en insignificantes.----

Dice otro historiador:*

«La principal de las causas de la revolución en Francia fue la hostilidad que se sentía hacia las clases privilegiadas —el rey, los nobles y el clero— debido a las limitaciones y cargas que la ley y la costumbre imponían a las clases inferiores.

«*La tierra*: casi dos tercios de la tierra en Francia estaban en manos de los nobles y del clero. Una gran parte de ella estaba mal cultivada por sus propietarios indolentes. Los nobles preferían las diversiones de París a residir en sus fincas. Había muchos pequeños propietarios de tierras, pero cada uno de ellos tenía muy poca tierra para mantenerse. El trato que recibía el campesino era a menudo tal que, cuando contemplaba las torres del castillo de su señor, el deseo más ferviente de su corazón era quemarlo junto con todos sus registros de deudas [hipotecas]. El clero poseía una inmensa cantidad de tierras, el control señorial sobre miles de campesinos y una vasta renta procedente de los diezmos y otras fuentes. En algunas provincias la situación era mejor que en otras; pero, en general, los ricos disfrutaban de los placeres, mientras que los pobres cargaban con las cargas.

«Monopolios: las manufacturas y el comercio, aunque se fomentaban, se veían limitados por monopolios opresivos y una estricta organización de los gremios.

«Gobierno *corrupto:* la administración del gobierno era tanto arbitraria como corrupta.

"Pérdida de respeto hacia la realeza: se perdió el respeto por el trono.

"Intentos fallidos de reforma: los esfuerzos por llevar a cabo reformas políticas

**Historia Universal* (por el Prof. Fisher, de la Universidad de Yale), p. 497.

y social en Francia y en otros países, impulsados por los soberanos tras las grandes guerras, generaron un sentimiento de inquietud sin lograr su objetivo de reorganización social.

"Especulación *política*: la corriente de pensamiento se orientaba hacia la revolución. Las creencias religiosas tradicionales fueron cuestionadas abiertamente. La especulación política abundaba. Montesquieu había llamado la atención sobre la libertad garantizada por la constitución inglesa. Voltaire se había detenido en los derechos humanos. Rousseau había disertado sobre el derecho soberano de la mayoría.

"El ejemplo de Estados Unidos: a estos factores se suma la influencia de la Revolución Estadounidense y de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, con su proclamación de los derechos humanos y el fundamento del gobierno en el contrato y el consentimiento del pueblo."

En todas esas causas principales que culminaron en los horrores de la Revolución Francesa vemos un fuerte parecido con situaciones similares de hoy en día, que están conduciendo rápida y seguramente a los resultados similares que se han pronosticado a escala mundial. Obsérvese la creciente animosidad entre las clases privilegiadas (la realeza y la aristocracia) y las clases trabajadoras, los debates sobre lo que está bien y lo que está mal para el pueblo, y el declive del respeto tanto por la autoridad civil como por la eclesiástica. Nótese también la corriente revolucionaria en el pensamiento y la expresión populares: la creciente insatisfacción de las masas populares con los poderes gobernantes y las instituciones del gobierno. Y si la Declaración de Independencia de Estados Unidos, con su proclamación de los derechos humanos y de que el gobierno se fundamenta en el contrato y el consentimiento del pueblo, inspiró en las masas francesas el deseo de libertad e independencia, no es de extrañar que el exitoso experimento de este gobierno del pueblo y para el pueblo, durante el último siglo, y el grado de libertad y prosperidad que aquí se disfruta, estén surtiendo efecto

en los pueblos del viejo mundo. La corriente ininterrupta de emigración de otros países hacia este es otra prueba de la impresión que este experimento ha causado en los pueblos de otras naciones.

Y, sin embargo, la libertad y la prosperidad de las que aquí se disfruta distan mucho de ser satisfactorias para la gente de aquí. Anhelan una condición aún mejor y buscan medidas para alcanzarla. En ninguna parte de la cristiandad esta determinación se afirma de manera más positiva y audaz que aquí. Cada hombre está *alertas* para hacer valer sus derechos, ya sean reales o imaginarios. La tendencia del pensamiento aquí, como en otros lugares, sigue la corriente de la revolución, y cada día lo hace con mayor intensidad.

La Revolución Francesa fue una lucha de un atisbo de luz contra las tinieblas densas; del espíritu de libertad que despertaba contra una opresión arraigada desde hacía mucho tiempo; y de un atisbo de verdad contra viejos errores y supersticiones, alentados y fomentados durante mucho tiempo por los poderes civiles y eclesiásticos para su propio engrandecimiento y la opresión del pueblo. Y, sin embargo, puso de manifiesto el peligro de la libertad cuando no está guiada por la justicia y el espíritu de una mente sana. (2 Tim. 1:7) Un poco de conocimiento es, en efecto, algo peligroso.

Una de las historias de Charles Dickens, cuya trama se desarrolla en los turbulentos tiempos de la Revolución Francesa, comienza así, y se adapta perfectamente a la época actual, tal como él sugiere:

«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos; era la era de la sabiduría, era la era de la necedad; era la época de la fe, era la época de la incredulidad; era la estación de la luz, era la estación de la oscuridad; era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación; teníamos todo ante nosotros, no teníamos nada ante nosotros; todos íbamos directamente al cielo, todos íbamos directamente en la dirección opuesta; en resumen, la época se parecía tanto a la actual que algunas de sus autoridades más ruidosas insistían en que se la considerara, para bien o para mal, únicamente en el grado superlativo de comparación».

Aunque vemos que las mismas causas operan hoy en día en todo el mundo, produciendo resultados similares a una escala más amplia, no podemos consolarnos con ideas de seguridad ilusoria y proclamar: «¡Paz! ¡Paz!», cuando no hay paz; especialmente en vista de las advertencias de la profecía. A la luz del carácter predicho de los acontecimientos venideros de esta batalla, podemos considerar la Revolución Francesa como solo el retumbar de un trueno lejano, que advierte de una tormenta que se aproxima; como un ligero temblor que precede a la sacudida sísmica general; como el chasquido premonitorio del gran reloj de los siglos, que avisa a quienes ya están despiertos de que las ruedas están en movimiento y de que en breve dará la medianoche, lo cual pondrá fin al orden actual de las cosas y marcará el inicio de un nuevo orden: el Año del Jubileo, con la conmoción y los cambios de posesión que lo acompañan. *De hecho,* despertó al mundo entero y puso en marcha las poderosas fuerzas que, con el tiempo, derrocarán por completo el viejo orden de las cosas.

Cuando las condiciones estén completamente maduras para la gran Revolución, una circunstancia de lo más trivial puede servir como la cerilla que encienda la actual estructura social en todo el mundo; tal como, por ejemplo, en el caso de la Revolución Francesa, cuyo primer hecho manifiesto, según se dice, fue el golpe que una mujer, cuyos hijos tenían hambre, dio a una olla de hojalata. Pronto, un ejército de madres marchaba hacia el palacio real para pedir pan. Al ser rechazadas, se les unieron los hombres, y pronto se encendió la ira de la nación y las llamas de la revolución arrasaron toda la tierra.

Y, sin embargo, la realeza estaba tan ajena a las condiciones del pueblo, y tan rodeada de abundancia y lujo, que, incluso cuando se produjeron estos disturbios, la reina no pudo comprender la situación. Al escuchar desde su palacio el alboroto de la multitud, preguntó qué significaba, y cuando le dijeron que el pueblo clamaba por pan, respondió: «Es una tontería que hagan tanto alboroto por *el pan*: si el pan escasea, que compren *pastel*, ahora está barato».

Tan llamativa es la similitud entre el presente y aquellos tiempos, que muchos observadores perspicaces de los signos de los tiempos están dando la voz de alarma, mientras que otros no logran darse cuenta de la situación. Los gritos que precedieron a la Revolución Francesa no fueron nada en comparación con los llamamientos que ahora se elevan desde las masas de todo el mundo hacia quienes tienen poder e influencia.

El profesor G. D. Herron, del Iowa College, dijo hace algunos años: «Por todas partes hay señales de un cambio universal. La raza se encuentra en una actitud de expectación, oprimida hasta que se cumpla su nuevo bautismo. Cada fibra de la sociedad siente las primeras agonías de una gran prueba que pondrá a prueba a todos los que habitan la tierra, y que culminará en una liberación divina [aunque él no logre ver *en qué* consistirá esa liberación ni *cómo* se llevará a cabo]. Estamos en el inicio de una revolución que pondrá a prueba todas las instituciones religiosas y políticas existentes, y que pondrá a prueba la sabiduría y el heroísmo de las almas más puras y valientes de la tierra. La revolución social, que hace de los últimos años de nuestro siglo y los primeros años del próximo *los más cruciales y formativos desde la crucifixión del Hijo del Hombre*, es el llamado y la oportunidad para que la cristiandad se vuelva cristiana».

Pero, ¡ay!, la llamada no es atendida; de hecho, en realidad solo la escucha una minoría indefensa en el poder, tan grande es el estruendo del egoísmo y tan fuertes son las ataduras de la costumbre. Solo las agonías del gran terremoto social que se avecina —la revolución— lograrán el cambio; y en su terrible curso nada será más evidente que los signos de la justa retribución que revelarán a todos los hombres el hecho de que el Juez justo de toda la tierra está «aplicando el juicio con la cuerda y la justicia con la plomada». —Isaías 28:17.

El carácter retributivo de la gran tribulación que cayó sobre el Israel carnal en la cosecha de la era judía fue muy marcado; así también lo fue el de la Revolución Francesa; y así se manifestará en la angustia actual cuando se alcance el clímax. Las observaciones del Sr. Thomas H. Gill, en su obra **El drama papal**, al referirse

al carácter retributivo de la Revolución Francesa, sugieren también el carácter retributivo de la tribulación venidera sobre la cristiandad en su conjunto. Él dice:

«Cuanto más profundamente se analiza la Revolución Francesa, más evidente resulta su preeminencia sobre todas las cosas extrañas y terribles que han ocurrido en esta tierra... Nunca el mundo ha sido testigo de una *retribución* tan precisa y sublime. Si bien infligió un mal enorme, presupuso
y derrocó un mal enorme en un país donde todas las
institución antigua y cada costumbre consagrada por el tiempo desaparecieron en un instante; donde todo el sistema social y político se derrumbó ante el primer golpe; donde la monarquía, la nobleza y la Iglesia fueron barridas casi sin resistencia, todo el entramado del Estado debía de estar podrido: la realeza, la aristocracia y el clero debían de haber pecado gravemente. Donde las cosas buenas de este mundo —el linaje, el rango, la riqueza, la ropa fina y los modales elegantes— se convirtieron por un tiempo en peligros mundanos y desventajas mundanas, el rango, el linaje y las riquezas debieron de haber sido terriblemente mal utilizados.

«La nación que abolió y proscribió el cristianismo, que destronó a la religión en favor de la razón y entronizó a la nueva diosa en Notre Dame en la persona de una ramera, no podía sino haber estado afligida por una forma muy irracional y muy corrupta de cristianismo. El pueblo que libró una guerra de exterminio tan absoluto contra todo lo establecido, hasta el punto de abolir las formas comunes de tratamiento y saludo, y la forma habitual de contar el tiempo, que aborrecía el "tú" como un pecado y rechazaba el "señor" como una abominación, que convirtió las semanas en décadas y ya no quería saber nada de los antiguos meses, seguramente tuvo buenas razones para odiar esas viejas costumbres de las que se alejó con una extravagancia tan minuciosa y absurda.

"Los salones demolidos de la aristocracia, los sepulcros saqueados de la realeza, el rey y la reina decapitados, el pequeño delfín tan tristemente asesinado, los príncipes reducidos a la mendicidad, los sacerdotes y nobles masacrados

sacerdotes y nobles, la guillotina soberana, los matrimonios republicanos, la curtiduría de Meudon, las parejas atadas juntas y arrojadas al Loira, y los guantes hechos con pieles de hombres y mujeres: estas cosas son de lo más horribles; pero, al mismo tiempo, son elocuentes de *la retribución*: denotan la presencia solemne de Némesis, la mano terrible de un poder vengativo. Traen a la memoria los horribles pecados de aquella antigua Francia; a los desdichados campesinos aplastados bajo el peso de los impuestos de los que los ricos y los nobles estaban exentos; azotados una y otra vez por crueles hambrunas a causa de impuestos aplastantes, guerras injustas y un gobierno monstruoso, y luego ahorcados o fusilados de veinte en veinte o de cincuenta en cincuenta por el simple hecho de quejarse del hambre: ¡y todo esto durante siglos! Nos recuerdan a los protestantes asesinados por millones en las calles de París, atormentados durante años por los dragones militares en Poitou y Bearn, y perseguidos como bestias salvajes en las Cévennes; masacrados y asesinados por miles y decenas de miles de las formas más dolorosas y a lo largo de muchos años de sufrimiento...

«En ninguna obra de la Revolución Francesa resulta más evidente, de manera tan llamativa y solemne, su carácter retributivo que en su forma de actuar frente a la Iglesia Romana y el poder papal. Le correspondía especialmente a Francia —que, tras una lucha tan encarnizada, había rechazado la Reforma y había cometido crímenes tan enormes en el proceso de ese rechazo— volver su furia contra esa misma Iglesia Romana en cuyo nombre se había mostrado tan iracunda, ... para abolir el culto católico romano, masacrar a multitudes de sacerdotes en las calles de sus grandes ciudades, perseguirlos por todo el país y expulsarlos por miles a costas extranjeras, tal como había masacrado, perseguido y enviado al exilio a cientos de miles de protestantes; .
. . para llevar la guerra a los territorios papales y amontonar todo tipo de desgracias y vergüenzas sobre el indefenso papado... Los excesos de la Francia revolucionaria no fueron tanto un castigo como el resultado directo de los excesos de la Francia feudal, real y papal. . . .

«En uno de sus aspectos, la Revolución puede describirse como una reacción contra los excesos, espirituales y religiosos, de la persecución católica romana contra el protestantismo. Tan pronto como estalló el torrente, se abalanzó directamente contra la Iglesia romana y el papado. Los bienes de la Iglesia fueron transferidos al
Estado; el clero francés pasó de ser un cuerpo propietario a uno asalariado;

los monjes y las monjas fueron reintegrados al mundo, y se confiscaron los bienes de sus órdenes; a los protestantes se les concedió plena libertad religiosa e igualdad política. La religión católica romana fue abolida formalmente poco después.

«Bonaparte desenvainó la espada de Francia contra el indefenso Pío VI... El Pontífice quedó reducido a la condición de dependiente... Berthier marchó sobre Roma, instauró una República Romana y detuvo al Papa. El soberano pontífice fue llevado al campamento de los infieles, de prisión en prisión, y fue finalmente llevado cautivo a Francia. Aquí exhaló su último aliento, en Valence, donde sus sacerdotes habían sido asesinados, donde su poder fue quebrantado, y su nombre y su cargo eran objeto de burla y de escarnio, y bajo la custodia de los rudos soldados de la República, que durante diez años le habían hecho beber una copa de tan manifiesta y extrema amargura. Fue una sublime y perfecta muestra de *retribución*, que tanto asombró al mundo a finales del siglo XVIII; esta proscripción de la Iglesia católica por parte de esa misma nación francesa que masacró a miríadas de protestantes a sus órdenes; este triste final del sumo pontífice, en ese mismo Delfinado tan consagrado por las luchas de los protestantes, y cerca de esos valles alpinos donde los valdenses habían sido perseguidos sin piedad por los soldados franceses; esta transformación de los «Estados de la Iglesia» en la «República Romana»; y este derrocamiento del papado territorial por parte de esa misma nación francesa que, hace apenas mil años, bajo Pipino y Carlomagno, le había otorgado esos territorios.

"Multitudes imaginaban que el papado estaba al borde de la muerte y se preguntaban si Pío VI sería el último pontífice y si el final del siglo XVIII estaría marcado por la caída de la dinastía papal. Pero la Revolución Francesa fue el comienzo, y no el fin del juicio; Francia apenas había *comenzado* a ejecutar la sentencia, una sentencia segura e inevitable, pero larga y prolongada, que se vería salpicada por muchos incidentes extraños y, de vez en cuando, por una apariencia de escape, una sentencia que se prolongaría a través de mucho dolor y mucha ignominia».

Debemos esperar que los problemas que se avecinan sean

no menos amargas y severas que estas dos ilustraciones, sino más bien más terribles y también más generalizadas; porque (1) las condiciones actuales hacen que cada miembro de la estructura social dependa más que nunca, no solo de nuevas y mayores comodidades y lujos, sino también de las mismas necesidades de la vida. El solo cese del tráfico ferroviario significaría la inanición en menos de una semana en nuestras grandes ciudades; y la anarquía general significaría la parálisis de toda industria que dependa del comercio y de la confianza. (2) El Señor declara específicamente que la tribulación venidera será «como nunca hubo desde que hubo nación» —ni jamás habrá en lo sucesivo—. Dan. 12:1; Joel 2:2; Mat. 24:21.

Pero aunque no hay esperanza de que esta tribulación pueda evitarse, las Escrituras dan instrucciones a aquellas personas que deseen protegerse de la tormenta que se avecina.

(1) A los fieles de la Iglesia se les promete la liberación antes de que la tormenta se desate con toda su fuerza. (2) Todos los que aman la justicia y buscan la paz deben poner diligentemente su casa en orden, tal como lo indica la Palabra del Señor, que dice: «Antes de que se promulgue el decreto, antes de que el día pase como la paja, antes de que venga sobre ustedes el día de la ira del Señor, busquen al Señor, todos ustedes, los mansos de la tierra que han cumplido sus ordenanzas; busquen *la justicia*, busquen *la mansedumbre*; quizás seáis ocultados en el día de la ira del Señor». —Sof. 2:2, 3

Para que todos ellos tomen conciencia de la situación, el profeta Joel exhorta a quienes ven estas cosas a que den la alarma, diciendo: «Tocad la trompeta, dad la alarma
en mi monte santo [la cristiandad —que se profesa como el monte santo o reino del Señor], que tiemblen todos los habitantes de la tierra; porque viene el día del Señor, pues está muy cerca»---- (Joel 2:1) «Sobre los impíos —dice el salmista—,
Dios "hará llover trampas, fuego y azufre [símbolos de aflicción y destrucción], y una terrible tempestad; esto

será la porción de su copa; porque el Señor, que es justo, ama la justicia». —Sal. 11:6-7.

La batalla de este gran día de Dios Todopoderoso será la mayor revolución que el mundo haya visto jamás, porque será una en la que se verán involucrados todos los principios de la injusticia; pues tan cierto es en este juicio de las naciones, como en el juicio de los individuos, que «no hay nada encubierto que no haya de ser revelado, ni oculto que no haya de ser conocido». (Mateo 10:26) He aquí, cómo, incluso ahora, el foco de la inteligencia general está descubriendo los resortes secretos de la intriga política, las políticas financieras, las afirmaciones religiosas, etc., y cómo todo ello es llevado ante el tribunal del juicio y, tanto por los hombres como por Dios, declarado correcto o incorrecto según las enseñanzas de la Palabra de Dios —la regla de oro, la ley del amor, los ejemplos de Cristo, etc.—, todo lo cual está cobrando un protagonismo tan notable en las discusiones de estos tiempos.

La batalla del gran día, como cualquier otra guerra revolucionaria, tiene sus etapas de desarrollo gradual. Detrás de cada indicio de conflicto se encuentran las causas que lo inspiran: los agravios nacionales e individuales, reales o imaginarios; luego viene una aguda percepción de esos agravios por parte de quienes los sufren; a continuación suelen seguir diversos intentos de reforma que, al resultar infructuosos, conducen a grandes controversias, guerras de palabras, divisiones, disputas de opiniones y, finalmente, a la venganza y al conflicto armado. Tal es el orden de la batalla del gran día de Dios Todopoderoso. Su carácter general es el de una lucha de la luz contra las tinieblas, de la libertad contra la opresión, de la verdad contra el error. Su alcance será mundial: el campesino contra el príncipe, el banco de la iglesia contra el púlpito, el trabajo contra el capital; los oprimidos en armas contra la injusticia y la tiranía de todo tipo; y los opresores en armas para la defensa de lo que durante mucho tiempo han considerado sus derechos, aun cuando se vea que son usurpaciones de los derechos de otros.

El Gran Ejército del Señor

En capítulos anteriores hemos señalado la labor de preparación para el conflicto de este día nefasto: la organización, el equipamiento y el entrenamiento de inmensos ejércitos, la construcción de grandes flotas navales, la invención de nuevas y maravillosas máquinas de guerra, la fabricación de nuevos y poderosos explosivos, y el agotamiento de los recursos nacionales en todas las tierras con fines de equipamiento militar; y hemos observado los murmullos de las naciones airadas mientras todas permanecen armadas hasta los dientes, mirándose con el ceño fruncido unas a otras.

Al observar a estos millones de guerreros armados y disciplinados, nos preguntamos: ¿Cuál de todas estas poderosas huestes es ese ejército al que los profetas se refieren como el gran ejército del Señor? ¿Pueden las referencias proféticas referirse a alguna de ellas? Y de ser así, ¿en qué sentido podrían considerarse el ejército del Señor, ya que ninguna de ellas está impulsada por su espíritu? ¿O puede ser que esta referencia se refiera al pueblo de Dios, los soldados de la cruz, cuyas armas son descritas por el apóstol Pablo no como carnales, sino poderosas, para derribar fortalezas? (2 Cor. 10:3-5) ¿Podrá ser que «la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios» (Ef. 6:17), en manos del pueblo de Dios, que están llenos de su espíritu, llevará a cabo la gran obra de derrocar todos los reinos de este mundo y entregárselos a Cristo como posesión eterna?

¡Ojalá fuera así! Pero ya hemos visto que no será así, tanto a partir de la visión profética como de las señales de los tiempos. Por el contrario, el mundo ignora constantemente las protestas y las advertencias de los justos, y las naciones siguen caminando en la oscuridad; en consecuencia, todos los cimientos de la tierra (de la estructura social actual) se han desviado de su curso (Sal. 82:5), poniendo así en peligro toda la superestructura social, que ahora se ve terriblemente sacudida. «Hubiéramos sanado a Babilonia», dice el profeta, «pero no se ha sanado; abandonadla [“Salgan

de ella, mi pueblo» —Ap. 18:4]; […] porque su juicio llega hasta el cielo y se eleva hasta las alturas». —Jer. 51:9.

Es evidente que no son los santos quienes constituirán el gran ejército del Señor, al que se refieren los profetas, para derrocar a los reinos de este mundo; tampoco son suficientes las armas de su lucha para este fin. Sus armas son, en efecto, poderosas, como dice el Apóstol, entre aquellos que se dejan influir por ellas. Entre el verdadero pueblo de Dios, que aplica diligentemente su corazón a la instrucción, su Palabra es más cortante que cualquier espada de doble filo, derribando verdaderamente «las imaginaciones [los razonamientos humanos] y toda altura que se exalta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Cor. 10:4, 5);
pero no así actúan las armas de esta guerra en el mundo. El ejército de los santos no es, además, un «gran ejército», sino un «pequeño rebaño, como nuestro Señor mismo lo designó
. —Compárese con Lucas 12:32; Joel 2:11.

Escuchen la descripción profética de este ejército:

«Un pueblo grande y poderoso; nunca ha habido otro semejante, ni lo habrá después de él, hasta los años de muchas generaciones. Un fuego devora delante de ellos, y detrás de ellos arde una llama; la tierra es como el jardín del Edén delante de ellos, y detrás de ellos un desierto desolado; sí, y nada les escapará. Su aspecto es como el de los caballos; y como jinetes, así correrán. Saltarán como el estruendo de carros en las cimas de los reinos, como el estruendo de una llama de fuego que devora la paja, como un pueblo poderoso dispuesto en formación de batalla.

«Ante su presencia, los pueblos sufrirán mucho; todos los rostros se oscurecerán. Correrán como hombres valientes; escalarán la muralla como guerreros; y
marcharán cada uno por su camino, y no romperán

sus filas. Y no se empujan unos a otros; cada uno por su camino trillado avanza; y pasan entre las armas de guerra, sin cambiar de propósito. Se apresuran hacia la ciudad; correrán sobre la muralla; treparán a las casas; por las ventanas entrarán como un ladrón. La tierra [el orden social actual] se estremecerá ante ellos; los cielos [los poderes eclesiásticos] temblarán; el sol y la luna [las influencias iluminadoras del Evangelio y de la ley mosaica] se oscurecerán [habiendo prevalecido ampliamente la infidelidad general], y las estrellas [las luces apostólicas (Ap. 12:1)] se oscurecerán y retirarán su resplandor [habrá llegado la noche oscura en la que nadie puede trabajar —Juan 9:4; Isaías 21:9, 11, 12]. Y el Señor alzará su voz ante su ejército, pues su campamento es muy grande; porque poderoso es el que ejecuta su palabra; pues el día del Señor es grande y muy terrible, ¿y quién podrá soportarlo?» —Joel 2:2-11.

Este ejército del Señor deberá enfrentar las terribles condiciones del día malo, cuando los elementos temibles que ahora se preparan para el conflicto —el fuego— hayan alcanzado el punto álgido de su preparación. Es este ejército el que, bajo la providencia soberana del Señor, derrocará el trono de los reinos y destruirá la fuerza de los reinos de las naciones (Hageo 2:22). Pero, ¿dónde se encuentra tal ejército? ¿Será el ejército alemán? ¿El francés, el inglés, el ruso o el de Estados Unidos? Un ejército tan grande como el que aquí describe el profeta, y que ha de llevar a cabo cosas tan maravillosas, y eso, como se indica, en los pocos años que aún quedan de este notable período de cosecha, probablemente ya existe en la actualidad y se encuentra en algún proceso de preparación para la venidera obra de matanza. La descripción del profeta no se refiere a una turba indisciplinada, con la que podrían lidiar fácilmente quienes están entrenados en las artes de la guerra; sino a un poderoso ejército con un alto

grado de disciplina. ¿Dónde, entonces, nos preguntamos, hay un ejército así, que esté recibiendo instrucción y entrenamiento en este momento? ¿Un ejército ante el cual la tierra [la sociedad] se estremecerá y los cielos [el eclesiasticismo] temblarán (Joel 2:10); que se enfrentará audazmente a las fuerzas conservadoras de la cristiandad, tanto civiles como eclesiásticas, y que incluso esperará hacer frente a su fuerza actual? ¿Dónde está el ejército que, en un futuro cercano, se atreverá a negar las doctrinas consagradas por el tiempo de la cristiandad, su arte de gobernar y su artimaña sacerdotal? ¿Que ignorará con desdén todos sus anatemas, despreciará sus órdenes y le devolverá sus rayos de autoridad y poder organizado? ¿Cuál se enfrentará al rugido de su artillería vesubiana, desafiará sus proyectiles de balas y granadas, atravesará sus flotas de armamento naval y, arrebatando las diademas de las cabezas coronadas, derribará los reinos en medio del mar? ¿Cuál incendiará los cielos y derretirá la tierra con calor ardiente, convirtiendo así en una vasta ruina universal el antiguo orden de las cosas, tal como lo predijeron los profetas?

Que tal ejército está surgiendo y preparándose para el conflicto desesperado nos lo aseguran con igual fuerza tanto las señales de los tiempos como «la palabra segura de la profecía». Y es el reconocimiento de este hecho (sin ninguna referencia ni conocimiento de la palabra de la profecía) lo que ahora llena el corazón de la cristiandad de un presentimiento temeroso e impulsa a los estadistas de todas partes a tomar medidas extraordinarias de protección y defensa.

Pero precisamente en estas medidas de autodefensa ideadas por «los poderes fácticos» se esconde probablemente una trampa de la que no se dan cuenta. Los ejércitos de los que dependen para su defensa, recordémoslo, son los ejércitos del pueblo llano: estos millones de guerreros disciplinados tienen esposas, hijos e hijas, hermanos y hermanas, primos y amigos entre las filas del pueblo llano, con cuyos intereses los suyos están vinculados por

fuertes lazos; y su servicio a los tronos y reinos solo se asegura mediante órdenes imperativas, y se hace soportable gracias a una remuneración que cada vez más consideran una compensación insatisfactoria por las penurias y privaciones que ellos y sus familias deben sufrir, sin mencionar los peligros para la vida, la integridad física, la salud y la fortuna. Año tras año, estas huestes armadas se sienten cada vez menos cautivadas por la «gloria» de la guerra, son cada vez más conscientes de sus sufrimientos y privaciones, y se muestran cada vez menos leales a los poderes soberanos que ordenan sus servicios, mientras que los ejércitos de trabajadores, de la gente común en casa, se vuelven cada vez más irritados e insatisfechos con su suerte, y cada vez más aprensivos ante el futuro.

Todas estas cosas son indicios de que existe, al menos, la posibilidad de que, ante la crisis que se avecina, las poderosas huestes armadas y disciplinadas de la cristiandad puedan volver su poder contra las autoridades que las crearon, en lugar de defenderlas y preservarlas. El hecho de que tal posibilidad no haya pasado del todo desapercibida para los gobernantes queda atestiguado por el hecho de que en Rusia, cuando prevaleció la hambruna y provocó disturbios entre la gente común, los hechos relacionados con ella se ocultaron diligentemente a sus amigos y hermanos en el ejército ruso, y los soldados destinados a la represión de los disturbios procedían de distritos remotos.

Quizá ahora no podamos deducir con claridad qué condiciones y circunstancias utilizará el Señor como su «voz» de mando para movilizar a este poderoso ejército; pero vivimos en una época en la que la historia se forja rápidamente; y, según principios generales, no sería descabellado esperar movimientos en esta dirección en cualquier momento. Pero en nuestros estudios anteriores (volúmenes II y III) hemos visto que Dios tiene un tiempo establecido para cada aspecto de su plan, y que incluso ahora nos encontramos en este «Día de la Venganza», que es un período de cuarenta años; que comenzó en octubre de 1874 y terminará muy pronto. Los años ominosos ya transcurridos de este «día» han

sin duda sentado una base amplia y profunda en la iglesia, en el Estado, en las finanzas y en las condiciones y sentimientos sociales para los grandes acontecimientos predichos en las Escrituras. Estos ya se ciernen sobre el mundo, y es tan seguro que ocurrirán como que han sido predichos. Unos pocos años parecerían ser tiempo más que suficiente para su pleno cumplimiento. Ya «a los hombres se les desmaya el corazón por el temor y por la expectación de las cosas que vendrán sobre el mundo».

Las profecías que se nos han señalado y que se han proclamado públicamente desde el inicio de este «Día de la Venganza» están culminando rápidamente; y, como se ha mostrado en los capítulos anteriores, todos pueden vislumbrar algo de los oscuros contornos de la tribulación que se acerca cada vez más, hasta el punto de que, al parecer, la sociedad es como una caja de yesca lista para la cerilla —como un polvorín, a punto de explotar en cualquier momento— como un ejército organizado, listo para el asalto a la orden de la orden. Pero Shakespeare escribió con razón:

> «Hay una divinidad que da forma a nuestro destino, por mucho que lo tallemos a nuestra antojo».

La humanidad en general ignora el interés del Señor en esta batalla; y casi todos los contendientes se ciñen la armadura por intereses personales y egoístas, de los cuales comprenden acertadamente que el Señor no podría compartir; y por eso, aunque todos por todos lados están listos para invocar las bendiciones del Señor, pocos cuentan con ellas —todos parecen confiar en sí mismos—, en su organización, en su número, etc. Nadie se sorprenderá más que los «poderes de los cielos», los grandes del actual control eclesiástico, quienes, al intentar establecer un plan propio para el Señor, han descuidado su plan tal como fue revelado en su Palabra. Para ellos, la obra del Señor en los próximos años será, en verdad, una «obra *extraña*». Escuchen la Palabra del Señor sobre este tema:

"El Señor se levantará como en el monte Perazim, se enfurecerá como en el valle de Gabaón; para hacer su obra, su obra *extraña*; y llevar a cabo su acto, *su acto*

acto… Porque he oído del Señor Dios de los ejércitos una destrucción [un fin, una consumación] ya determinada sobre toda la tierra». –Isaías 28:21, 22.

El sistema social, «la tierra», «los elementos», «el curso de la naturaleza», no pueden ser incendiados hasta que el Señor permita que se encienda la cerilla: la gran batalla decisiva no puede comenzar hasta que el gran «Miguel», «el Capitán de nuestra salvación», se presente y dé la orden (Dan. 12:1), aunque previamente haya frecuentes escaramuzas a lo largo de todas las líneas. Y el gran Capitán informa a su legión real, la Iglesia, que la catástrofe, aunque inminente, no puede ocurrir hasta que «los del Rey» —el «pequeño rebaño»—, «los elegidos», hayan sido todos «sellados» y «reunidos».

Mientras tanto, recordemos la descripción inspirada que hace el apóstol de esta tribulación: que será como los dolores de parto de una mujer embarazada, con espasmos o contracciones de angustia, con intervalos cada vez más cortos. Así ha sido hasta ahora; y cada espasmo futuro será más severo, hasta la prueba final en la que el nuevo orden nacerá en medio de la agonía de las instituciones actuales.

Dado que el Señor, en general, ha permitido que el mundo siga su propio curso durante los últimos seis mil años —excepto en el caso de Israel—, su intervención actual les parecerá aún más peculiar y «extraña» a quienes no comprenden los cambios dispensacionales que se producirán con la llegada del séptimo milenio. Pero en esta «batalla» hará que la ira de los hombres (y su ambición y egoísmo) lo alaben y le sirvan, y al resto los refrenará. Con gran paciencia ha permitido el largo reinado del pecado, el egoísmo y la muerte porque esto podría ser anulado para la prueba de su Iglesia elegida, y para enseñar a todos los hombres «la extrema pecaminosidad del pecado». Pero al ver que el mundo en general desprecia su ley de amor y

la verdad y la justicia, se propone aplicar una disciplina general antes de impartir la siguiente lección, la cual será una ilustración práctica de los beneficios de la justicia, bajo el Reino Milenario de su amado Hijo.

Si bien el Señor prohíbe a su pueblo luchar con armas carnales, y aunque se declara a sí mismo un Dios de paz, un Dios de orden y de amor, también se declara un Dios de justicia, y muestra que el pecado no triunfará para siempre en el mundo, sino que será castigado. «Mía es la venganza; yo daré la retribución, dice el Señor» (Rom.
12:19; Deut. 32:35). Y cuando se levante para juzgar a las naciones, tomando venganza de todos los impíos, se declara a sí mismo «hombre de guerra» y «poderoso en la batalla», y con un «gran ejército» a sus órdenes. ¿Y quién puede asegurar que las multitudes que ahora componen las huestes alineadas de la cristiandad no constituirán entonces el gran ejército que lanzará su poderosa fuerza contra los baluartes del orden social actual? —Éxodo 15:3; Salmos 24:8; 45:3; Apocalipsis 19:11; Isaías 11:4; Joel 2:11.

«El Señor saldrá como un hombre valiente; despertará celos como un guerrero; clamará, sí, rugirá; prevalecerá contra sus enemigos». El grito y el rugido de su gran ejército, así como su éxito en cumplir su propósito de revolución, se los atribuye así a sí mismo; porque ellos están llevando a cabo, aunque sin saberlo, su obra de destrucción. Él dice: «Durante mucho tiempo he guardado silencio; he permanecido quieto y me he contenido; ahora gritaré como una mujer en trabajo de parto; destruiré y devoraré de una vez». —Isaías 42:13, 14.

Pero en las Escrituras también hay indicios de que puede haber otros, más allá de las huestes rebeldes de la cristiandad, que también formarán parte del gran ejército del Señor. Y el Señor, por medio del profeta Ezequiel, refiriéndose a este mismo tiempo y a las calamidades que se avecinan para la cristiandad, dice:

«Y la entregaré en manos *de los extranjeros* como presa, y a *los impíos de la tierra* como botín; y ellos la profanarán. Formen una cadena [átelos, únanlos; que formen
una causa común]: pues la tierra está llena de crímenes sangrientos, y la ciudad [Babilonia, la cristiandad] está llena de violencia. Por lo cual traeré *a lo peor de las naciones*, y ellos se apoderarán de sus casas; también haré cesar la pompa de los grandes; y sus lugares santos [sus lugares sagrados, sus instituciones religiosas, etc.] serán profanados».-----Ezequiel 7:21-24.

Esto puede interpretarse en el sentido de que el levantamiento de las masas de la cristiandad en un estado de anarquía será, durante el predominio de la ilegalidad, tan extremadamente brutal y salvaje que superará las barbaridades de todas las invasiones paganas —como ocurrió en la Revolución Francesa. O bien puede significar un levantamiento de los pueblos de la India, China y África contra la cristiandad —una sugerencia ya planteada por la prensa pública en relación con el resurgimiento de Turquía y el levantamiento de millones de mahometanos. Nuestra opinión, sin embargo, es que «lo peor de los paganos» son aquellos dentro de la cristiandad que están «sin Dios» y carecen de sentimientos o esperanzas cristianas; quienes hasta ahora han sido refrenados y mantenidos a raya por la ignorancia, la superstición y el miedo, pero que, en los albores del siglo XX, están perdiendo rápidamente estas influencias moderadoras.

El Señor, mediante su providencia soberana, tomará el mando general de este gran ejército de descontentos —patriotas, reformistas, socialistas, moralistas, anarquistas, ignorantes y desesperanzados— y utilizará sus esperanzas, temores, locuras y egoísmo, de acuerdo con su sabiduría divina, para llevar a cabo sus propios y grandiosos propósitos en el derrocamiento de las instituciones actuales y para la preparación del hombre para el Reino de la Justicia. Solo por esta razón se le denomina «el gran ejército *del Señor*». Ninguno de sus santos —ninguno de los que son guiados por el espíritu de Dios como hijos de Dios— debe tener nada que ver con esa parte de la «batalla».

LAS CONDICIONES DE ESTA BATALLA NO TIENEN PRECEDENTES

Según las predicciones de los profetas, las condiciones de esta batalla no tendrán precedentes históricos. Como ya se sugirió, esta lucha final se describe gráficamente mediante símbolos en el Salmo 46. (Compárese también con Sal. 97:2-6; Isa. 24:19-21; 2 Ped. 3:10.) Las colinas (los gobiernos menos elevados y menos autocráticos) ya se están derritiendo como cera; aún conservan su forma, pero a medida que la tierra (la sociedad) se calienta, ceden a sus exigencias, bajando poco a poco al nivel de las demandas populares. Gran Bretaña es un buen ejemplo de esta clase. Las altas montañas (que representan a los gobiernos autocráticos) serán «sacudidas» por las revoluciones y, en última instancia, «arrastradas al medio del mar» —perdidas por completo en la anarquía. Ya «el mar y las olas rugen» contra los baluartes del actual sistema social: dentro de poco la tierra (la actual estructura social) se tambaleará y se tambaleará como un hombre ebrio, esforzándose en vano por enderezarse, mantener el equilibrio y restablecerse: con el tiempo será por completo «eliminada»,--- para dar lugar a la «nueva tierra (el nuevo orden social) en la que prevalecerán la rectitud y la justicia.

Será imposible restablecer el orden actual, (1) porque evidentemente ha dejado de ser útil y es injusto en las condiciones actuales; (2) debido a la difusión generalizada del conocimiento secular; (3) porque el descubrimiento de que el engaño clerical ha cegado y encadenado durante mucho tiempo a las masas con el error y el miedo conducirá a una falta de respeto generalizada hacia todas las afirmaciones y enseñanzas religiosas, al considerarlas parte del mismo fraude descubierto;
(4) porque las personas religiosas en general, al no discernir que ha llegado el momento de Dios para un cambio de dispensación, ignorarán la razón, la lógica, la justicia y las Escrituras al defender el orden actual de las cosas.

Entonces tendrá poca importancia que los cielos eclesiásticos (los poderes religiosos, tanto papales como protestantes) se hayan enrollado como un pergamino. (Isaías 34:4; Apocalipsis 6:14) El poder religioso combinado de la cristiandad será totalmente inútil frente a

la creciente ola de anarquía cuando se alcance la temible crisis. Ante ese gran ejército, «todo el ejército del cielo [la iglesia nominal] se disolverá, y los cielos se enrollarán como un pergamino [los dos grandes cuerpos que constituyen los cielos eclesiásticos; es decir, el papado y el protestantismo, ya que los dos extremos distintos del rollo se están acercando rápidamente el uno al otro, enrollándose juntos, como hemos mostrado]; y todo su ejército caerá [se desprenderá, se separará; no de una sola vez, sino gradualmente, aunque rápidamente] como cae la hoja de la vid, y como un higo que cae de la higuera (Isaías 34:4);
y finalmente estos «cielos, al arder, se desvanecerán, y los elementos [de los que están compuestos] se derretirán con calor ardiente». —2 Pedro 3:12.

«Mientras se entremezclan como espinas [pues el protestantismo y el papado nunca podrán asimilarse perfectamente; cada uno será una espina en el costado del otro], y mientras estén ebrios como borrachos [intoxicados con el espíritu del mundo], serán devorados [serán abrumados en la gran tribulación y, como sistemas religiosos, serán destruidos por completo] como paja completamente seca»; pues el Señor «pondrá fin por completo: la aflicción no se levantará por segunda vez. ¡Bendita
promesa! «Porque he aquí, viene el día que arderá como un horno; y todos los soberbios, sí, y todos los que hacen maldad, serán como paja; y el día que viene los consumirá, dice el Señor de los ejércitos, de modo que no les dejará ni raíz ni rama [para un mayor desarrollo]». —Nahúm 1:9, 10; Malaquías 4:1.

«EL TIEMPO DE LA ANGUSTIA DE JACOB»

Si bien la angustia y la aflicción de este día del Señor recaerán primero y especialmente sobre la cristiandad, y eventualmente sobre todas las naciones, el golpe final, según nos informa el profeta Ezequiel (38:8-12), recaerá sobre el pueblo de Israel reunido de nuevo en Palestina. El profeta parece indicar una reunión mucho más grande de Israel en Palestina dentro de este

período de cosecha de lo que ha ocurrido hasta ahora. Los describe reunidos allí, procedentes de las naciones en gran número y con una riqueza considerable, habitando los lugares antes desolados; y todos ellos viviendo a salvo en el momento en que el resto del mundo se encuentre en su más salvaje conmoción.–Ezequiel 38:11, 12.

Todos son testigos de que tal reunión de Israel en Palestina ya ha comenzado, pero es bastante evidente que su éxodo de otras tierras tendrá que recibir algún impulso grande y repentino para que esta profecía se cumpla dentro del tiempo señalado. Aún está por verse cuál será exactamente ese impulso; pero las palabras del profeta Jeremías indican además que sin duda llegará: 16:14-17, 21.

«He aquí que vienen días —dice el Señor— en que ya no se dirá: "Vive el Señor que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto", sino: "Vive el Señor que sacó a los hijos de Israel de la tierra del norte [¿Rusia?] y de todas las tierras adonde los había dispersado"; y yo los traeré de vuelta a su tierra, la que di a sus padres. He aquí, enviaré a muchos pescadores, . .
. y los pescarán; y después enviaré a muchos cazadores, y los cazarán de cada montaña y de cada colina, y de las grietas de las rocas. Porque mis ojos están sobre todos sus caminos: no se ocultan de mi rostro, ni su iniquidad se oculta de mis ojos. Haré que conozcan mi mano y mi poder; y sabrán que mi nombre es Jehová»---

No tenemos ninguna duda de que el Señor es plenamente capaz de llevar esto a cabo. En todas las naciones, la pregunta: «¿Qué se hará con los judíos?»---- es un dilema que, en alguna crisis del futuro cercano provocada repentinamente por la providencia soberana del Señor, conducirá sin duda, tal como lo indica el profeta, a alguna acción concertada por parte de las naciones para trasladarlos rápidamente a la tierra

prometida. Y, así como salieron de Egipto apresuradamente, con su ganado y sus bienes, y con la ayuda de los egipcios que dijeron: «Levántense y salgan de en medio de mi pueblo, […] Tomen también sus rebaños y sus manadas, como han dicho, y váyanse»; y así como el Señor hizo que el pueblo encontrara gracia ante los ojos de los egipcios, de modo que les dieron todo lo que pedían, de plata, oro y ropa (Éxodo 12:31-36), así también en el próximo éxodo, predicho por los profetas, no serán enviados con las manos vacías, sino que, al parecer, se ejercerá repentinamente cierta presión sobre las naciones que resultará favorable para Israel, cumpliendo así la profecía anterior de Ezequiel.

Esta raza emprendedora, una vez reestablecida en la tierra prometida y así separada, al menos por un tiempo, de la angustia de las naciones tan prevalente en todas partes, se adaptará rápidamente a la nueva situación, y los lugares hasta entonces desolados volverán a ser habitados.

Pero aún debe pasar una ola más de angustia sobre ese pueblo castigado; pues, según el profeta, el conflicto final de la batalla del gran día tendrá lugar en la tierra de Palestina. La relativa tranquilidad y prosperidad del Israel reunido hacia el final de este día de angustia, así como su aparente estado de indefensión, estimularán con el tiempo los celos de otros pueblos y los invitarán a saquearlos. Y cuando la ley y el orden sean barridos, Israel será finalmente asediado por hordas de saqueadores despiadados, a quienes el profeta denomina las hordas de Gog y Magog (Ezequiel 38), y grande será la angustia del indefenso Israel. «¡Ay!», dice el profeta Jeremías, «porque ese día es grande, de tal manera que no hay otro semejante a él; es el tiempo de la angustia de Jacob; pero él será salvado de ella». –Jer. 30:7.

Se presenta a las huestes de Gog y Magog hablando al unísono: «Subiré a la tierra de las aldeas sin murallas; iré contra los que están tranquilos, los que habitan seguros, todos ellos

viven sin murallas, y no tienen ni cerrojos ni puertas». Irás —dice el profeta— «para saquear y tomar botín; para volver tu mano contra los lugares desolados que ahora están habitados, y contra el pueblo reunido de entre las naciones, que ha adquirido ganado y bienes y que habita en medio de la tierra» (Ezequiel 38:11-13). El profeta
, al predecir estos acontecimientos como si se dirigiera a esas huestes, dice: «Vendrás de tu lugar, de las regiones del norte [Europa y Asia están al norte de Palestina], tú y muchos pueblos contigo, todos montados a caballo, un gran número y un ejército poderoso: Y subirás contra mi pueblo de Israel, como una nube que cubre la tierra; *será en los últimos días* [aparentemente la escena final del día de angustia], y *yo te traeré* contra mi tierra, para que las naciones me conozcan, cuando yo sea santificado en ti [apartado, distinguido como tu conquistador], oh Gog, ante sus ojos». – Ezequiel 38:15, 16.

En medio de la angustia, Dios se revelará como el defensor de Israel, tal como en tiempos antiguos, cuando su favor estaba con ellos como nación. Su situación extrema será su oportunidad; y allí se les quitará la ceguera. Leemos: «Porque yo reuniré a todas las naciones [representadas en los ejércitos de Gog y Magog] contra Jerusalén para la batalla; y la ciudad será tomada, y las casas saqueadas, y las mujeres violadas; y la mitad de la ciudad irá al cautiverio, y el resto del pueblo no será exterminado de la ciudad. Entonces saldrá el SEÑOR y peleará contra esas naciones, como cuando peleó en el día de la batalla. (Zac. 14:2, 3) Isaías (28:21), refiriéndose a lo
mismo tema, menciona la liberación de Israel por parte del Señor de los filisteos en Perazim y de los amorreos en Gabaón, diciendo: «Porque el Señor se levantará *como* en el monte de Perazim; se enfurecerá *como* en el valle de Gabaón». Véanse 2 Sam. 5:19-25; 1 Crón. 14:10-17; Jos. 10:10-15: cómo Dios no dependía de la destreza humana ni del arte de la guerra, sino que libraba sus batallas a su manera. Así, en esta gran batalla, Dios traerá la liberación en su propio tiempo y a su manera.

En la profecía de Ezequiel (38:1-13), el Señor nombra a los principales protagonistas de la contienda en Palestina; pero no debemos ser demasiado categóricos en nuestras identificaciones. Magog, Mesec, Tubal, Gomar, Togomar, Javán y Tarsis eran nombres de los hijos de Jafet, hijo de Noé, quienes se supone que fueron los primeros colonos de Europa. Sebá y Dedán eran descendientes de *Cam,* hijo de Noé —que se supone que fueron los primeros colonos del norte de África—. Abraham y su descendencia (Israel) eran descendientes de *Sem*, hijo de Noé, y se supone que se establecieron en Armenia —en Asia occidental—. (Véase Génesis 10:2-7.) Esto parecería indicar, en términos generales, que el ataque vendrá de Europa —los «cuarteles del norte»— con pueblos mixtos aliados.

La destrucción abrumadora de estos enemigos de Israel (que marcará el fin del tiempo de angustia y el inicio del establecimiento del Reino de Dios) es descrita gráficamente por el profeta Ezequiel. (38:18 a 39:20) Solo puede compararse con la terrible derrota del faraón y sus ejércitos, cuando intentaban recuperar el control de Israel, a quien Dios estaba liberando. También en este aspecto, la liberación de Israel será «como en los días de tu salida de la tierra de Egipto» —«cosas maravillosas»—. —Miqueas 7:15.

Después de describir que la llegada de este ejército desde el norte contra Israel (reunido de nuevo en Palestina «en los últimos días», —«con abundantes bienes»— y «viviendo en paz») será repentina, y «como una nube que cubra la tierra» (Ezequiel 38:1-17), el mensaje es: «Así dice el Señor Dios: ¿Eres tú aquel de quien hablé en tiempos antiguos por medio de mis siervos, los profetas de Israel, quienes profetizaron en aquellos días durante muchos años, que yo te traería contra ellos?» El Señor declara entonces su propósito de destruir al ejército impío; y la descripción parece indicar que esto se logrará mediante un estallido de envidia, revolución y anarquía entre los diversos elementos que componen el gran ejército mixto: una revolución y una contienda que involucrarán lo que aún quede de los gobiernos nacionales de los diversos pueblos, y

completará la insurrección y la anarquía universales: el gran terremoto de Apocalipsis 16:18-21

El testimonio de todos los profetas apunta a que el poder de Dios se manifestará de manera tan maravillosa en la liberación de Israel, al luchar Él por ellos (y, por extensión, por todos), con armas que ningún poder humano puede controlar —incluidas la pestilencia y diversas calamidades— derramadas sobre los impíos (los enemigos de Israel y los adversarios de Dios) hasta que rápidamente todo el mundo sepa que el Señor ha vuelto a aceptar a Israel en su gracia y se ha convertido en su Rey, como en tiempos antiguos; y pronto tanto ellos como Israel aprenderán a apreciar el Reino de Dios, que rápidamente se convertirá en el anhelo de todas las naciones.

El profeta Ezequiel (39:21-29), como portavoz del Señor, narra el glorioso desenlace de esta victoria y las consecuencias para Israel y para todo el mundo, diciendo:

«Y manifestaré mi gloria entre las naciones, y todas las naciones verán mis juicios que he ejecutado, y mi mano que he puesto sobre ellas. Y la casa de Israel reconocerá que yo soy el SEÑOR su Dios desde aquel día en adelante. Y las naciones sabrán… que por su iniquidad la casa de Israel fue al exilio: porque pecaron contra mí [al rechazar a Cristo —Rom. 9:29-33—]; por eso les oculté mi rostro y los entregué en manos de sus enemigos [durante todos los siglos de la dispensación cristiana]; y así cayeron todos a filo de espada. De acuerdo con su impureza y de acuerdo con sus transgresiones, les he tratado así y les he ocultado mi rostro.

"Por lo tanto [ahora que este castigo se ha cumplido], así dice el Señor Dios: Ahora haré volver del cautiverio a Jacob y tendré misericordia de toda la casa de Israel [vivos y muertos, habiendo llegado los «tiempos de la restauración» —Hechos 3:19-21—, y seré celoso por mi santo nombre; después de que hayan soportado [así] su vergüenza y todas sus transgresiones

por lo cual pecaron contra mí, cuando vivían seguros en su tierra y nadie les causaba temor. Cuando los traiga de vuelta de entre las naciones y los reúna de las tierras de sus enemigos, y sea santificado en ellos ante los ojos de muchas naciones, entonces sabrán que yo soy el SEÑOR su Dios, quien los hizo exiliarse entre las naciones, pero ahora los reúno en su propia tierra y ya no dejaré a ninguno de ellos allí. Tampoco volveré a ocultarles mi rostro, pues he derramado mi espíritu sobre la casa de Israel, dice el Señor Dios». «Así temerán el nombre del SEÑOR desde el occidente, y su gloria desde el oriente. Cuando el enemigo venga como un torrente, el Espíritu del SEÑOR [a lo largo de la edad evangélica —por medio del Israel espiritual—] levantará un estandarte contra él. Y el Libertador vendrá a Sion [la Iglesia, "el cuerpo de Cristo"] y a los que se apartan de la transgresión en *Jacob*, dice el Señor». —Isaías 59:19, 20. Compárese con Romanos 11:25-32.

«El Señor es bueno, un refugio en el día de la angustia; y conoce a los que confían en él». Pero «¿Quién puede resistir ante su indignación? ¿Y quién puede soportar la furia de su ira? […] Él acabará por completo [con la iniquidad]; la aflicción no se levantará por segunda vez». —Nahúm 1:7, 6, 9.

Así, mediante la batalla del gran día de Dios Todopoderoso, el mundo entero quedará preparado para el nuevo día y su gran obra de la restauración. Aunque la hora del despertar sea de nubes y densa oscuridad, gracias sean dadas a Dios por su bendita seguridad de que la obra de destrucción será «una obra breve» (Mateo 24:22), y que inmediatamente después de ella
el glorioso Sol de Justicia comenzará a resplandecer. "La tierra [la actual y vieja estructura social] será [así]… quitada como una cabaña (Isaías 24:19, 20), para despejar el camino
para el nuevo edificio de Dios, los nuevos cielos y la nueva tierra en los que habita la justicia.–2 Pedro 3:13; Isaías 65:17.

Dado que lo anterior es típico, un artículo de un antiguo *N. Y. Tribune* (26 de junio de 1897), muy pertinente, ha llamado

nuestra atención. Concuerda plenamente con nuestras sugerencias respecto a «el gran ejército del Señor----que se está preparando ahora, que dedicamos espacio a un extracto, como sigue:

«¿CORONA O PUEBLO? LO QUE A ALGUNOS EJÉRCITOS DE EUROPA SE LES PODRÍA PEDIR QUE EN UN FUTURO CERCANO

«Hace menos de cuarenta años, las tropas, obedeciendo las órdenes de sus soberanos, apuntaron con sus armas contra el pueblo y dispararon y acuchillaron con bayonetas a hombres, mujeres e incluso niños hasta que la sangre corrió como agua por las calles de Berlín, Viena y muchas otras capitales del Viejo Mundo. No se trataba de una mera turba de vagabundos y matones a los que el ejército debía hacer frente, sino de ciudadanos acomodados y altamente educados —profesionales, comerciantes, industriales, políticos y legisladores—; de hecho, todo ese sector que conforma lo que en el Viejo Mundo se conoce como la «burguesía» y las clases medias, quienes se esforzaban por asegurar los derechos políticos que les habían sido prometidos solemnemente en los términos de las constituciones decretadas por sus respectivos gobernantes, pero que estos últimos se negaron a poner en práctica hasta que el pueblo los obligó a hacerlo.

«LLEVADOS AL FRENTE EN ITALIA

"¿Manifestarían las tropas, si hoy se les pidiera que dispararan contra sus compatriotas, una obediencia similar a la orden del 'Ungido del Señor'? Esa es una pregunta que, en este momento, ocupa en un grado mucho mayor de lo que la gente de este país podría estar dispuesta a creer la atención de las cabezas coronadas de Europa, y que en los últimos días se ha dado a conocer al público a través de una resolución presentada ante el Parlamento italiano que propone la sustitución de la palabra «nacional» por la de «real» en la descripción oficial del ejército. Los argumentos presentados por los partidarios de la moción —que finalmente fue rechazada por el partido ministerial, el cual cuenta con mayoría

en la Legislatura, no solo eran lógicos, sino también contundentes, y no pueden dejar de tener un fuerte impacto en el pueblo de Italia, así como en cualquier otra nación civilizada, y sin duda deben haber dado motivos muy serios de reflexión al rey Humberto y a sus hermanos y hermanas monarcas».

[El artículo señala que, sin mayor alboroto, el mando del ejército inglés había pasado en los tres años anteriores a manos del Parlamento, representado por el ministro de Guerra, mientras que anteriormente el ejército había estado directamente adscrito a la corona debido a que su comandante era un príncipe de sangre real, quien desempeñaba su cargo como representante de la reina. Al parecer, la reina, como era de esperarse, intentó durante bastante tiempo conservar este último pilar de la soberanía, pero fue en vano. En Francia, asimismo, los celos del pueblo por el control del ejército se manifiestan en el hecho de que se rechazó el nombramiento de un general como comandante en jefe, y el control quedó en manos de un secretario de Guerra cambiante, quien representa al partido llevado al poder por los votos del pueblo. El artículo continúa:]

«UN CONFLICTO INMINENTE EN ALEMANIA

«Un conflicto de este tipo ya no se considera inminente en Italia. Pero no se puede negar que se teme algo de esta naturaleza en Alemania, y más especialmente en Prusia, donde el monarca y el pueblo se alejan cada día más el uno del otro. Que el emperador Guillermo anticipa una lucha de este tipo se desprende de todas sus declaraciones recientes cada vez que tiene ocasión de dirigirse a sus tropas, en particular en Bielefeld la semana pasada, siendo su tema favorito el deber de los soldados de mantenerse listos para defender con su propia sangre a su soberano y su trono, no tanto contra el enemigo extranjero como contra los enemigos dentro de las fronteras del imperio y del reino. Al presidir la ceremonia de juramento de los reclutas, nunca deja de recordarles que su primer deber

es para con él mismo, más que para con el pueblo que les paga, y nunca se cansa de explayarse sobre lo que él describe como la «librea del rey»; es decir, el uniforme, que él, al igual que muchos otros soberanos, opta por considerar como la librea, no del Estado ni de la Nación, sino del monarca, a quien quien lo lleva está vinculado por lazos especiales de lealtad, fidelidad y obediencia ciega e incuestionable. Tampoco hay que olvidar que, en todos los casos de disputa y conflicto entre civiles y militares, el Emperador siempre respalda a estos últimos, incluso cuando se demuestra que son los agresores, y llega incluso a indultar o conmutar las sentencias —siempre indulgentes— que se han impuesto a oficiales que, en estado de ebriedad, han herido gravemente y, en algunos casos, matado a civiles desarmados e inofensivos.

«ACTITUD DEL EJÉRCITO ALEMÁN

"¿Cuál será la actitud del ejército si llegara a producirse la lucha prevista entre la Corona y el pueblo? En los círculos de la corte y oficiales de Berlín se cree que el Emperador podrá contar con sus tropas. Pero esta opinión no es compartida en absoluto por el propio pueblo, ni tampoco por los principales políticos alemanes de la época. Las bases del ejército ya no están compuestas, como en tiempos pasados, por paletos ignorantes, incapaces de leer, escribir o incluso pensar por sí mismos, sino por hombres reflexivos y bien educados, a quienes se les ha enseñado en la escuela cuáles son los derechos y las prerrogativas constitucionales por los que sus abuelos y padres lucharon en vano. También saben lo suficiente de historia como para comprender que, en todas las luchas entre la Corona y el pueblo, siempre ha sido este último el que ha salido victorioso».

LA IRA DE DIOS

«La ira de Dios es la severidad del Amor
al sanar el pecado; el celo de la rectitud al
ser el mal vencido; el remedio
de la justicia para la reparación del mundo.

«La ira de Dios es el castigo por el pecado,
en la medida que corresponde a cada
transgresión,
que distingue bien y con justicia entre los
pecados presuntuosos y los pecados de
menor gravedad.

«La ira de Dios no inflige dolor innecesario, por
mera venganza o para complacerse a sí
mismo;
sino que busca alcanzar los fines de la
misericordia, desarraigar el mal y hacer
crecer el bien.

«La ira de Dios es un fuego devorador, que
arde mientras haya mal que destruir
o bien que purificar; ni puede extinguirse
hasta que todas las cosas se libren de la impureza del pecado.

«La ira de Dios es la vara paternal del
Amor, para castigar a los desobedientes,
someterlos,
y doblegarlos en sumisión a la voluntad de Dios,
para que el Amor reine cuando todas las cosas sean
renovadas.

"La ira de Dios nunca golpeará en vano, ni
dejará de golpear hasta que el pecado ya no
exista;
hasta que Dios alcance su propósito misericordioso,
y restaure la tierra a la justicia y la paz».

ESTUDIO XII

LA GRAN PROFECÍA DE NUESTRO SEÑOR

MATEO 24; MARCOS 13; LUCAS 21:5-36; 17:20-37

Importancia de esta profecía – Las condiciones y las tres preguntas que la provocaron – Cuidado con los falsos Cristos – Un breve repaso histórico de dieciocho siglos – La tribulación al final de la era judía y la que cerrará la edad evangélica, combinadas en el lenguaje de todos los evangelistas – La abominación de la desolación – Huyan a la montaña – Las que estén embarazadas, etc. – Antes del invierno y del sábado – ¡Miren aquí! ¡Miren allá! No les crean – La tribulación de aquellos días – El oscurecimiento del sol y la luna como señales – La caída de las estrellas – Cumplimientos simbólicos también – La señal del Hijo del Hombre – Lo que verán las tribus de la tierra – La higuera – «Esta generación» – ¡Vigilen! – «Como en los días de Noé, no lo supieron» – Recuerden a la esposa de Lot – Uno será tomado y otro dejado – Los elegidos serán reunidos a la verdad – La familia de Satanás será desintegrada – Provisiones para alimentar a la familia de la fe.

NUESTRO Señor pronunció una de las profecías más notables de las Sagradas Escrituras con respecto al «tiempo del fin» —la época final de la edad evangélica—. La pronunció cerca del final de su ministerio terrenal, cuando se esforzaba por preparar gradualmente a sus discípulos para la nueva dispensación, que se introduciría plenamente después de la tragedia del Calvario. Deseaba que comprendieran que no debían esperar de inmediato los honores y las glorias del Reino, que él había prometido que serían compartidos por sus fieles. Antes de estas glorias y bendiciones, vendrían pruebas y sufrimientos. Él, su maestro, el Rey, debía ser rechazado

por Israel y ser crucificado, de acuerdo con las declaraciones proféticas; entonces Israel sería entregado a sus enemigos, y su ciudad santa y su costoso templo serían destruidos por completo; además, sus discípulos no debían esperar estar por encima de su Maestro, exentos de los reproches y sufrimientos que recayeron sobre él; sino que la fidelidad hacia él y sus enseñanzas haría que fueran odiados por todos los hombres por su causa; pero que finalmente, aunque después de mucha tribulación, aquellos fieles hasta la muerte serían recompensados, cuando él volviera para recibirlos junto a sí y para que participaran de su gloria.

Nuestro Señor reservó las enseñanzas en este sentido hasta cerca del final de su ministerio. Al principio, los discípulos se mostraron dispuestos a resentirse por esto e insistir (como lo hacen algunos hoy en día) en que la causa del Señor debía conquistar al mundo como resultado de su predicación; y Pedro llegó incluso a expresar su desacuerdo a nuestro Señor, diciendo: «Lejos esté de ti, Señor, que esto [la muerte y la dispersión de tu pueblo y el triunfo del mal en general] te suceda».--- (Mateo 16:22; Marcos 8:31, 32) Pero nuestro Señor reprendió severamente a Pedro; y todos los discípulos parecen haber llegado gradualmente a comprender que las glorias del Reino aún estaban lejos, y que el Maestro debía irse y, al dejarlos, enviar al Consolador, el espíritu santo, para guiarlos y guardarlos hasta que él volviera en la gloria del Reino del Padre.

Fue con esta actitud mental y con las últimas palabras de nuestro Señor respecto al templo, que aún resonaban en sus oídos, que los discípulos le pidieron al Maestro información concreta sobre estos puntos que aún no tenían claros en sus mentes.

LAS TRES PREGUNTAS

«Y mientras Jesús estaba sentado en el Monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron en privado, diciendo: "Dinos: (1) ¿cuándo sucederán estas cosas [la destrucción del templo, etc.]? Y

(2) ¿cuál será la señal de tu presencia* y (3) del fin del mundo [la era]?» —Mateo 24:3.

Sin duda, tanto la oportunidad como las preguntas fueron fruto de la providencia divina; pues la profecía estaba destinada, sin duda, más a la instrucción del pueblo de Dios que vive en este tiempo de "cosecha" que a quienes formularon las preguntas. Al estudiar esta profecía, es muy necesario tener presentes las preguntas a las que constituye la respuesta inspirada. La profecía es relatada con gran similitud por tres de los evangelistas: Mateo, Marcos y Lucas; pero dado que la de Mateo es la más completa y ordenada, seguimos su narración en general, señalando cualquier modificación que se observe en los otros relatos.

CUIDADO CON LOS FALSOS CRISTOS

«Tened cuidado de que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: "Yo soy el Cristo", y engañarán a muchos». –Mateo 24:4, 5.

Gamaliel menciona a dos de estos falsos Cristos en su discurso al que se hace referencia en Hechos 5:36, 37; y la historia nos habla de varios otros que engañaron a un buen número de judíos. El más notable de ellos fue Sabatai Levi, de Esmirna, quien se proclamó a sí mismo en el año 1648 d. C. Sabbathai Levi se autodenominaba «el Hijo primogénito de Dios, el Mesías, el Salvador de Israel» —y prometía la restauración del reino y la prosperidad. Sabbathai, dice el historiador, «se impuso allí [en Esmirna] hasta tal punto que algunos de sus seguidores profetizaban y caían en extraños éxtasis: cuatrocientos hombres y mujeres profetizaban acerca de su reino en expansión. La gente actuaba por un tiempo como poseída por espíritus; algunos caían en trances, echaban espuma por la boca, relataban su futura prosperidad, sus visiones del León de Judá y los triunfos de

*La palabra griega *parousia*, utilizada aquí, significa invariablemente *"presencia"*, y no *"venida"*. Véase la Versión Revisada —margen—; también el *Diagloto Enfático*.

Sabbathai».--- Sin duda, este fue el cumplimiento falso que Satanás dio a la profecía de Joel (2:29): una imitación del espíritu santo que también se ha observado en avivamientos religiosos de épocas más modernas. En total, probablemente ha habido cincuenta o más falsos Cristos, hombres y mujeres, y muchos de ellos, sin duda, estaban dementes —poseídos por espíritus malignos—. Pero no se puede decir que ninguno de ellos, ni todos juntos, haya «engañado a muchos». Sin embargo, es contra los que *«engañan a* muchos» contra quienes nuestro Señor nos advierte aquí, y nuevamente, más adelante en su profecía, en cuyo contexto examinaremos particularmente a los anticristos que han engañado a muchos.

BREVE PREDICCIÓN DE LA HISTORIA DE DIECIOCHO SIGLOS

–Mateo 24:6-13; Marcos 13:7-13; Lucas 21:9-19–

«Y oirán de guerras y rumores [amenazas, intrigas] de guerras; miren que no se turben, porque es necesario que todo esto suceda, pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá hambrunas, pestilencias y terremotos en diversos lugares. Todas estas cosas son los dolores iniciales». Mateo 24:6-8

Así resumió brevemente nuestro Señor la historia secular, y enseñó a los discípulos a no esperar muy pronto su segunda venida y su glorioso Reino. Y cuán acertadamente: sin duda, la historia del mundo es precisamente esto —un relato de guerras, intrigas, hambrunas y pestilencias— y poco más. Nuestro Señor separa la historia de la verdadera Iglesia y la expone con similar brevedad, de la siguiente manera:

«Entonces [durante ese mismo período, la edad evangélica] los entregarán para que sean afligidos, y los matarán; y serán odiados por todas las naciones [pueblos] por causa de mi nombre. Y entonces [durante ese mismo período] muchos se escandalizarán, y se traicionarán unos a otros, y se odiarán unos a otros. Y se levantarán muchos falsos profetas [maestros] y

engañarán a muchos. Y debido a que abundará la iniquidad, el amor de muchos se enfriará». —Mateo 24:9-13.

A la luz de la historia, ¿sería posible describir el curso de la verdadera Iglesia de Dios en menos palabras? Ciertamente no. El parecido es perfecto. «Todo aquel que quiera vivir piadosamente sufrirá persecución», es la declaración del apóstol; y quien no la haya sufrido tiene todas las razones para dudar de su relación con Dios como hijo. (Heb. 12:8) Y lo mismo ocurre con la Iglesia en su conjunto: cuando no ha sido perseguida por la clase de Ismael y Esaú, ha sido porque había tanto del espíritu del mundo o tanto de «amor frío» hacia el Señor y su verdad que no eran dignos de persecución. Pero juzgados según este mismo criterio, y según la profecía de nuestro Señor, ha habido algunos fieles hasta la muerte a lo largo de toda la edad evangélica: un «pequeño rebaño».

EL TESTIMONIO DEL EVANGELIO, EN TODO EL MUNDO

—Mateo 24:14; Marcos 13:10—

«Y este evangelio del Reino será predicado por todo el mundo, en testimonio a todas las naciones; entonces vendrá el fin».

Aquí, una vez más, nuestro Señor mostró claramente a los discípulos que el fin de la era estaba mucho más lejos de lo que habían supuesto; que el mensaje de su Reino sería una buena nueva, no solo para Israel, sino para todas las naciones. Pero esto no implicaba que otras naciones recibirían el evangelio que Israel había rechazado. Más bien, debíamos esperar precisamente lo que encontramos: que así como el dios de este mundo cegó a Israel, así cegaría a la gran mayoría de las otras naciones y les impediría ver en Cristo el poder de Dios y la sabiduría de Dios —y así lo ha hecho—. (1 Cor. 1:24) Si tan solo un remanente de Israel (especialmente instruido durante siglos bajo la Ley) fue hallado digno de formar parte del «sacerdocio real», ¿qué más se podría esperar razonablemente de

¿Las naciones paganas, que durante tanto tiempo han estado «sin Dios y sin esperanza»?

Es bueno que prestemos especial atención a las palabras de nuestro Señor: que el evangelio no debía predicarse a las naciones para *convertirlas*, sino como *testimonio ante ellas*, y para llamar, perfeccionar y reunir de entre todas las naciones a «los elegidos». Más adelante, «los elegidos», como el Reino, bendecirán a las naciones, abriendo sus oídos sordos al evangelio y sus ojos ciegos a la Luz Verdadera.

Este *testimonio* ya se ha dado: la palabra del Señor, el evangelio del Reino, se ha proclamado a todas las naciones de la tierra. No todos los individuos lo han escuchado; pero esa no es la declaración de la profecía. Debía ser, y ha sido, una proclamación nacional. ¡Y *ha llegado el fin*! «La cosecha *es el fin* del siglo», explicó nuestro Señor (Mateo 13:39). Algunos
se han mostrado dispuestos a cuestionar si esta predicción se ha cumplido ya o no, porque los misioneros que han ido a tierras paganas, en general, han sabido poco o nada de las buenas nuevas especificadas particularmente por nuestro Señor: «las buenas nuevas del *Reino*». Pero respondemos que los evangelios impresos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan han llegado a ellos rebosantes de las buenas nuevas del Reino, tal como los tenemos nosotros.

Así, nuestro Señor resumió brevemente los dieciocho siglos de pruebas y persecuciones sufridas por su Iglesia, y el fruto de su labor al dar testimonio con éxito a todas las naciones, y se apresuró a responder a la importante pregunta sobre cómo los vivos sabrían del momento y del hecho de la *segunda presencia*. Ignoró la pregunta sobre cuándo serían derribadas todas las piedras del templo, para que no asociaran ese evento con su segunda venida, y porque deseaba asociar así la aflicción que sufriría el Israel carnal con el derrumbe de su sistema político con la aflicción que sufriría el Israel espiritual nominal al final de esta era, como típico ejemplo y antitipo.

Fue con evidente intención de parte de Dios, aunque desconocida para los evangelistas, que el relato de la profecía de nuestro Señor en

este punto se presenta de manera fragmentaria —aquí una parte y allá otra; aquí una referencia a la aflicción típica sobre el Israel típico al final de la cosecha típica, allá una referencia a la aflicción similar, aunque más general y mayor, al final de esta era sobre el Israel antitípico: la cristiandad—. En verdad, los profetas declararon acerca de nuestro Señor que abría su boca en parábolas y dichos oscuros, y que «sin parábola no les hablaba». Sin embargo, en armonía con la intención divina, las palabras enigmáticas y las parábolas se están volviendo ahora luminosas para todos aquellos cuyos ojos están ungidos con el verdadero colirio.

LA TRIBULACIÓN AL FINAL DE LA ERA JUDÍA

El relato de Lucas sobre la tribulación que cayó sobre el Israel carnal, y que culminó en el año 70 d. de J. C., es el más claro, por lo que lo presentamos aquí:

«Y cuando vean a Jerusalén rodeada de ejércitos, sepan entonces que su desolación está cerca. Entonces, los que estén en Judea huyan a los montes; y los que estén en medio de ella, salgan de allí; y los que estén en los campos no entren en ella. Porque estos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. ¡Pero ay de las que estén embarazadas y de las que amamanten en aquellos días! Porque habrá gran angustia en la tierra, e ira sobre *este pueblo*. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles. —Lucas 21:20-24.

Esta parte de la profecía de nuestro Señor se refería evidentemente a los acontecimientos que afectarían al Israel carnal; y la historia nos dice que se cumplió con exactitud en todos los detalles en las escenas turbulentas con las que la era y el sistema político judíos llegaron a su fin. «Estos son los días de venganza contra esta nación, para que se cumplan todas las cosas escritas en la ley y en los profetas acerca de ellos»----

Pero las palabras de nuestro Señor citadas por Mateo y Marcos difieren

de las anteriores y, evidentemente, se aplican a la tribulación que sufrirá el Israel espiritual al final de la edad evangélica. Sin duda, nuestro Señor pronunció ambas declaraciones, pero los evangelistas, al no tener conocimiento de las dos cosechas y los dos tiempos de tribulación, y al considerarlos prácticamente repeticiones, no registraron ambas declaraciones —lo cual fue dispuesto así por el Señor, con el propósito de encubrir u ocultar los hechos relativos a esta cosecha hasta el momento oportuno para revelarlos.

LA AFLICCIÓN AL FINAL DE LA EDAD EVANGÉLICA

Los relatos de Mateo y Marcos aquí son casi idénticos. Mateo dice:

"Por tanto, cuando vean la abominación de la desolación, de la que habló el profeta Daniel, puesta en el lugar santo (el que lea, que entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes; el que esté en la azotea no baje a tomar nada de su casa; ni el que esté en el campo regrese a tomar su ropa. ¡Ay de las que estén embarazadas y de las que amamanten en aquellos días! Pero oren para que su huida no sea en invierno ni en día de sábado; porque entonces habrá una gran tribulación, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. Y si aquellos días no se acortaran, nadie se salvaría; pero por causa de los elegidos, aquellos días se acortarán. Mateo 24:15-22; Marcos 13:14-20.

Cuatro puntos de este relato muestran que, si bien pudo haber tenido una aplicación típica a la tribulación del final de la era judía, su aplicación real o más importante corresponde a la tribulación con la que termina la edad evangélica. (1) La referencia a la «abominación desoladora» mencionada en la profecía de Daniel. (2) La afirmación de que la tribulación será la *más severa* que el mundo haya conocido jamás o que jamás experimente. (3) Que, a menos que se acortara la matanza

no se *salvaría ningún ser humano*. (4) El contexto que sigue describe sin lugar a dudas los acontecimientos del final de la edad evangélica —acontecimientos que no podían aplicarse al final o la cosecha de la era judía, y que no se cumplieron allí—. Dos de estos puntos merecen un análisis especial.

El profeta Daniel (9:27) sí registró que, después de que el Mesías fuera «cortado» en medio de la septuagésima semana del favor del pacto, él, al establecer los sacrificios antitípicos de la expiación, haría cesar los sacrificios y ofrendas de la Ley; y que entonces, debido a que *prevalecerían las abominaciones, derramaría destrucción sobre la* nación *desolada* (rechazada), *tal como Dios había decretado previamente*.

Todo esto se cumplió en la destrucción del sistema político del Israel carnal. Desde el momento en que nuestro Señor dijo: «Vuestra casa os será dejada *desolada*» —«ya no me veréis hasta *aquel día* en que digáis: Bendito el que viene en el nombre de Jehová»—, su religión se convirtió en una abominación, una forma vacía
forma vacía, una señal de su rechazo al *único sacrificio* por los pecados que Dios había provisto; y sometidos a la maldición que ellos mismos habían invocado sobre sí (ceguera —Mateo 27:25—), su camino hacia la destrucción fue rápido, tal como Dios lo había decretado y predicho.

Pero la profecía de Daniel tiene mucho que decir acerca de una *«abominación desoladora»* en el Israel espiritual nominal; la cual se estableció en el poder de manera representativa en el papado, y la cual ha ejercido una gran y perniciosa influencia de desolación espiritual en la casa o templo espiritual de Dios, la Iglesia de Cristo. Este abominable sistema de error debía continuar hasta la purificación de la clase del santuario; y más allá de eso, debía prosperar enormemente y llevar a muchos en el Israel espiritual nominal a repudiar el *sacrificio de rescate*, ofrecido de una vez por todas; y el resultado de su influencia generalizada sería la desolación de la cristiandad rechazada. —Véase Daniel 11:31; 12:11; y ESTUDIOS DE LAS ESCRITURAS, vol. III, cap. 4.

La gran abominación de la desolación, cuyo fundamento descansa en la doctrina de la misa (que sustituye el gran sacrificio del Calvario por prácticas humanas para la purificación del pecado), se ve ahora complementada por teorías de la expiación, y estas abominaciones que se extienden por doquier están respaldadas por tal influencia y sofismas que engañarán a muchos —«si fuera posible, incluso a los mismos elegidos»— y serán precursoras de la destrucción de la cristiandad.

Al mirar hacia atrás, vemos en esto otro paralelismo entre el fin de la cosecha judía y el fin del Evangelio. El rechazo por parte del Israel carnal del verdadero sacrificio por los pecados, y su persistencia en los sacrificios típicos que ya no eran aceptables para Dios, sino abominaciones, fue un hecho importante relacionado con su caída nacional y eclesiástica. Así, aquí, el rechazo de la doctrina del *rescate* y la aceptación, en su lugar, de las misas, las buenas obras o las penitencias, es una abominación a los ojos de Dios y constituye un hecho importante en relación con la caída de la cristiandad, tanto civil como eclesiástica.

Como ya se ha señalado, *la* abominación de la desolación que profanó el lugar santo de Dios o el verdadero templo, la Iglesia, fue la papal, cuya piedra angular es la doctrina blasfema de la misa. La abominación, la profanación y la desolación son antiguas; pero tan densa fue la oscuridad del error durante los siglos pasados que pocos, si es que alguno, pudieron verla. Es evidente que ni siquiera los reformadores percibieron que la misa era la abominación: pues aunque la Iglesia de Inglaterra, en sus Artículos, niega el poder de los sacerdotes para crear a Cristo a partir del pan y el vino, para sacrificarlo de nuevo, no tenemos indicios de que se haya reconocido la enormidad de esta práctica pecaminosa. Y Lutero, aunque estaba lleno de denuncias contra muchos de los pecados y falsedades del papado, no *reconoció* que la gran abominación de la desolación era la misa. Por el contrario, al regresar a su iglesia después de su estancia en el castillo de Wartburg, al descubrir que se había suspendido la misa, así como las imágenes y las velas,

por carecer de autoridad bíblica, Lutero restableció la misa.

Desde este punto de vista, las palabras de nuestro Señor tienen un gran significado: «Por tanto, cuando *vean* la abominación desoladora establecida en el lugar santo, tal como lo predijo el profeta Daniel (que el lector reflexione), entonces los que estén en Judea huyan a los montes». Aquí debemos recordar
el paralelismo entre las dos cosechas, los dos tiempos de angustia y las dos huidas; y debemos considerar que Judea representaría a la cristiandad de hoy.

La palabra griega traducida como «montañas» puede traducirse con igual o mayor propiedad en singular —montaña—; y así se traduce en la mayoría de los casos en la Versión Común. De hecho, huir *de Judea* (literalmente) hacia una montaña o muchas montañas parece extraño, ya que Judea era, de hecho, «una región montañosa», y Jerusalén se describe como situada
en la cima de las montañas. Pero aplicar las palabras de nuestro Señor al tiempo presente, y a su pueblo en la cristiandad, quienes ahora, a la luz de la verdad actual, *ven* a la Abominación erigida donde no debe estar —en el lugar santo— en lugar del verdadero sacrificio, es un asunto muy sencillo. Deben huir de inmediato de la influencia de la abominación y del sistema que se autodenomina falsamente el reino (montaña) de Cristo, hacia la verdadera montaña o Reino, que en este momento Cristo ha regresado a establecer en gloria y poder.

Pero abandonar la cristiandad, repudiando sus templos, sus formas de piedad, sus encantos sociales, sus halagos y honores, y hacer frente a sus denuncias y anatemas y a sus diversos poderes de boicot, y huir hacia el Señor y el verdadero Reino, repudiado, ignorado y negado por los sabios y buenos del mundo, es sin duda una gran huida, un gran viaje; y pocos, salvo los «santos», siquiera pensarán en emprenderlo
en él. Los peligros del camino son descritos por nuestro Señor de una manera que parecería exagerada y contraria a su costumbre habitual

costumbre si se aplicaran únicamente a los sufrimientos físicos de los creyentes que huyeron de Judea al final de la cosecha judía; pero sus palabras son manifiestamente apropiadas para la huida espiritual y las pruebas de este tiempo de cosecha. En una palabra, este mandato de huir, y la descripción de sus pruebas, solo pueden entenderse adecuadamente en relación con el mandato de Apocalipsis (18:4): «Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, y para que no recibáis de sus plagas».

«¡SALGAN DE ELLA, PUEBLO MÍO!»

«El que esté en la azotea, que no baje a sacar nada de su casa; ni el que esté en el campo, que regrese a tomar su ropa». —Mateo 24:17, 18.

Estas declaraciones indican la necesidad de apresurarse a huir de «Babilonia» tan pronto como cada uno vea la abominación de la desolación. La palabra del Señor es que toda vacilación, negociación o razonamiento humano será peligroso: no se debe perder tiempo en *obedecer* tan pronto como Él nos haga ver la abominación de Babilonia y su relación con todos los que han invocado su nombre. ¡Ay! Cuántos, al no hacer caso a la palabra del Maestro, se han dejado atar de pies y manos, de modo que ahora la huida es casi imposible. Pero el Maestro dice: «Mis ovejas oyen mi voz y me siguen».

Hay otra lección en estos versículos: muestran que parte del pueblo del Señor se encuentra en un lugar o condición, y otra parte en otro. Algunos están en el «campo»; es decir, en el mundo, fuera de todas las organizaciones humanas: estos no deberían considerar apropiado unirse primero a las iglesias nominales; sino que, haciendo uso de su libertad, deberían huir de su posición en el mundo para hacerse uno con el Señor como miembros de su Reino —la montaña—.

Algunos del pueblo del Señor se encuentran en las casas o en los

de Babilonia; pero, como aquí se da a entender, son en general los santos de los tejados, quienes tienen una vida, una experiencia y una fe más elevadas que los simples miembros nominales de la iglesia. Estos, en su huida, no deben bajar a la casa (los sistemas eclesiásticos nominales) para tratar de llevarse consigo sus «cosas»; sus bienes valiosos según la estimación humana, tales como títulos, dignidades, respeto, elogios por su buena reputación y posición estable, etc., sino que deben *abandonar todo* por Cristo y huir al verdadero Reino.

DIFICULTADES DE LA HUIDA

«¡Ay de las que estén embarazadas y de las que amamanten en aquellos días!» —Mateo 24:19.

Hay "bebés" espirituales, así como bebés carnales, y hijos ilegítimos, así como hijos legítimos. El apóstol Pablo describe su interés en la obra del evangelio como el de una madre que sufre los dolores de parto. Él dice: «Hijitos míos, [por quienes] vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (Gálatas 4:19). De manera similar, todos los siervos fieles de Cristo, todos los obreros fervientes por las almas, son descritos en este texto como «embarazadas». Dar a luz espiritualmente, siguiendo el ejemplo apostólico, es un servicio sumamente honorable y atrae la atención de algunos de los hijos más devotos de Dios. ¡Pero, ay!, así como el deseo de Abraham y Sara de ayudar a cumplir las promesas de Dios los llevó a un *método* no autorizado y produjo una clase de Ismael, que, nacida según la carne, persiguió a la simiente nacida legítimamente, así ocurre con muchos de los que ahora están «embarazados»: están ayudando a producir «hijos de Dios» ilegítimos. Sin embargo, todos deben recordar que solo deben emplearse medios legítimos: todos los hijos de Dios son engendrados por la palabra y el espíritu de la verdad, y no por la teoría humana y el espíritu del mundo.

Las visiones erróneas del plan divino (la suposición de que todos, excepto la Iglesia elegida, serán atormentados eternamente)

han estimulado tanto en algunos su deseo de dar a luz «hijos» que han recurrido a diversos artificios humanos para engendrarlos —pasando por alto el hecho de que todos los que no son «engendrados por Dios», todos los que no son engendrados «por la palabra de la verdad (no meramente por la letra de la Palabra, sino «engendrados
del espíritu de la verdad), son espurios y no se les considera
de Dios ni tratados como hijos. (Heb. 12:8) Como consecuencia, la Iglesia nominal de hoy da «una buena apariencia en la carne» —numéricamente, financieramente, intelectualmente— y tiene mucho de «la *forma* de la piedad» sin su verdadero espíritu y poder para controlar el corazón. Está llena de «niños», algunos de ellos verdaderamente niños en Cristo, pero muchos, muchos bastardos, no hijos de Dios; engendrados por el error en lugar de por la verdad —«cizaña». Y el esfuerzo constante es dar a luz aún *más* de esa progenie espuria, con la esperanza de salvarlos así del tormento eterno, la sentencia injusta de un supuesto Dios despiadado.

¡Ay! Qué difícil es para estos queridos hijos de Dios, que están así, en sentido figurado, según las palabras de nuestro Salvador, «embarazados», huir del sistema eclesiástico nominal con su multitudinaria maquinaria para el engendramiento falso y rápido, de la cual han aprendido a gloriarse y a jactarse. Sí, les resultará difícil dejarlo todo y huir hacia el Señor y su montaña (el Reino). Les resultará difícil creer que el Señor es realmente bueno, justo y misericordioso, y que tiene un plan misericordioso que provee plenamente para cada miembro de la raza de Adán —todos redimidos por el gran «rescate para todos».

La clase que “da de mamar” en estos días también contiene a muchos hijos de Dios nobles, buenos y bien intencionados. Incluye a muchos ministros y maestros de escuela dominical, cuya labor religiosa consiste en repartir “leche”; sin embargo, no siempre es la “leche pura de la Palabra”, pues por lo general la diluyen y la adulteran con tradición, filosofía y los opiáceos de la sabiduría mundana, que mantienen

sus «bebés» dóciles, somnolientos, «buenos»; y obstaculizan su *crecimiento en conocimiento* y gracia, lo cual han llegado a considerar peligroso.

Algunos pocos de estos maestros sí se esfuerzan por dar la «leche pura de la palabra» para que sus «bebés» crezcan con ella y aprendan a comer y asimilar el alimento sólido y alcancen la madurez en Cristo; pero afirman que repetidos experimentos les *demuestran* que incluso la «leche pura de la palabra»… no les sentará bien a la mayoría de sus «bebés»;…—y, por lo tanto, consideran que es su deber adulterar la leche para que sus «bebés» no se enfermen ni mueran. ¡Ah! No reconocen que la mayoría de sus «bebés», al no haber sido engendrados por
el espíritu de la verdad, nunca podrán asimilar las cosas *espirituales*; porque «el hombre natural no recibe las cosas del espíritu de Dios, ni puede apreciarlas, porque son de apreciación espiritual» (1
Cor. 2:14, 12). Tampoco ven que esta incapacidad para discernir está *matando de hambre*, atrofiando y envenenando a los verdaderos «bebés» espirituales a su cargo —quienes «ya deberían ser maestros»—. —Heb. 5:12.

Muchos de esta clase, que son verdaderos hijos de Dios, oirán el llamado: «Salid de ella, pueblo mío», y también tendrán grandes dificultades en este día. A medida que lleguen a ver la verdad presente, no solo temerán transmitírsela a quienes están a su cargo, sino que también temerán actuar de acuerdo con ella ellos mismos, por miedo a que eso los separe de sus pupilos. Temarán huir en este día; al darse cuenta de que solo unos pocos de sus «niños» serían capaces o estarían dispuestos a unirse a la huida; y
de hecho, solo los espirituales podrán soportar la prueba. Algunos superarán la crisis a salvo como «vencedores», mientras que otros, temerosos, se verán obligados a atravesar la gran tribulación.

HUYAN ANTES DEL INVIERNO

«Pero orad para que vuestra huida no sea en invierno (ni en día de sábado), porque entonces habrá una gran tribulación, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. Y si aquellos días no fueran acortados, nadie se salvaría; pero por causa de los elegidos, aquellos días serán acortados». — Mateo 24:20-22.

Esta reunión de la Iglesia ocurre en lo que se llama un tiempo de «cosecha», al final de un verano de favor. Nuestro Señor explicó (Mateo 13:30, 37-43) que en esta cosecha él recogería su trigo y quemaría la cizaña en un gran tiempo de angustia que seguiría. Todavía es costumbre en las zonas rurales dejar la quema de los desechos para el invierno. Entendemos, pues, que nuestro Señor quiere decir que debemos buscar ayuda y fortaleza para escapar de Babilonia antes de que llegue sobre ella el invierno de su angustia.

Debemos recordar que habrá dos clases de trigo que se salvarán en esta cosecha —por contrario que sea a la naturaleza—. (1) Los «vencedores» —los fieles y prontamente obedientes que salen antes del «invierno» y son «considerados dignos de escapar de todas aquellas cosas que han de suceder» (Lucas 21:36). (2) Aquellos hijos de Dios leales, pero no prontamente obedientes, sobrecargados de un celo que no se basa en el conocimiento y más o menos contaminados por el espíritu del mundo. A estos se les ayudará a salir de Babilonia cuando ella esté cayendo, y huirán en el invierno, diciendo con las palabras del Profeta: «La cosecha ha pasado, el verano ha terminado [el invierno ha llegado], y no hemos sido salvos»--- (Jer. 8:20) El Señor indica muy misericordiosamente que todos los verdaderamente leales de entre ellos finalmente «saldrán de la gran tribulación y estarán ante el trono (no en
el trono junto con el "pequeño rebaño" que hereda el Reino como coherederos con Cristo), habiendo lavado sus vestiduras en

la sangre del Cordero». (Ap. 7:14, 15) Oremos y trabajemos en consecuencia, para que hayamos completado nuestra huida antes de que llegue el «invierno» de la tribulación.

Debemos orar y esforzarnos para que nuestra huida no sea ni siquiera en día de sábado. ¿Qué día de sábado? Ni el séptimo día de la semana, ni el primer día; pues «las lunas nuevas y los sábados» seguramente no serían un obstáculo para los cristianos en ninguna huida física. (Col. 2:16) El sábado al que se refiere es el gran sábado antitípico: El Milenio, el sábado de los siete mil años. Si iniciáramos nuestra huida antes de que comience cronológicamente, tanto mejor; y cuanto más nos adentremos en él, más difícil será liberarnos y abandonar a Babilonia, justo en el momento en que más necesita y suplica nuestra ayuda para sostenerse. Pero Dios ha declarado que Babilonia debe caer, y ningún poder puede sostenerla; y nadie que se dé cuenta de cuán imperfecta es su obra, y de cuán buena y misericordiosa será la obra del Señor después de que ella sea removida y la verdadera Iglesia glorificada, podría desear obstaculizar la obra del Señor ni siquiera por un momento.

La gran tribulación de este tiempo de "invierno" no tendrá precedentes; y la seguridad que nos da nuestro Señor es que nada comparable a ella ha sobrevenido ni sobrevendrá jamás sobre el mundo. Esto identifica claramente sus palabras con la angustia al final de la edad evangélica, de la cual el profeta dice: «En aquel tiempo se levantará [tomará el control] Miguel [Cristo]… y habrá un tiempo de angustia como nunca lo hubo desde que hubo una nación» (Dan. 12:1). También lo identifica
también con el período mencionado en Apocalipsis (11:17, 18), cuando «las naciones se enojaron, y ha llegado tu ira, y el tiempo de que los muertos sean juzgados». Así que
grande será esta tribulación que, sin algún poder que intervenga para acortarla, toda la raza humana acabaría por ser exterminada. Pero Dios ha preparado el poder que intervendrá —Su Reino, Cristo y su Iglesia— «los elegidos».

Los elegidos intervendrán en el momento oportuno y pondrán orden en la confusión de la tierra.

FALSOS MESÍAS Y FALSOS MAESTROS

«Si alguien les dice *entonces*: "Mira, aquí está el Mesías", o "allí", no lo crean. Porque se levantarán falsos mesías y falsos maestros, y harán grandes señales y prodigios; de tal manera que, si fuera posible, engañarían hasta a los mismos elegidos. Recuerden que se lo he advertido». —Mateo 24:23-25.

Los engañadores aquí descritos ciertamente no son los fanáticos que de vez en cuando han afirmado ser Cristo y han engañado solo a unos pocos que poseían algún grado de sentido común y juicio. Ya hemos señalado *al* Anticristo, el gran engañador, el papado*, que durante siglos se sentó en el templo espiritual, presentándose como el único representante de Cristo —su vicario—, respecto a quien nuestro Señor predijo correctamente que todo el mundo se maravillaría de él, *excepto* aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero. (Ap. 13:8) De manera similar, la Iglesia de Inglaterra no es simplemente una iglesia o un «cuerpo», sino que tiene una cabeza terrenal en la soberana civil, la Reina. La Iglesia greco-católica, de manera muy similar, aunque no tan específica, tiene como cabeza al zar de Rusia —quien, no obstante, *ejerce* más poder—. Si el papado es el Anticristo, un pseudo o falso Cristo, ¿no son también los otros cuerpos falsos con cabezas falsas falsos Cristos o Anticristos —por muchos o pocos que sean los verdaderos santos de Dios que haya en ellos?

Varias denominaciones protestantes, aunque no reconocen ninguna cabeza excepto a Cristo, sin embargo, en la práctica convierten a sus sínodos, conferencias y concilios en *cabezas*, de las cuales toman sus leyes, costumbres y confesiones de fe, en lugar de la única cabeza de la única Iglesia verdadera.

Durante un largo período y en mayor o menor medida, estas

*Vol. II, cap. 9.

sistemas creados por los hombres han falsificado tanto al auténtico Mesías (cabeza y cuerpo) que han engañado parcialmente a muchos. Pero desde hace ya un siglo estos engaños están fracasando. Pocos presbiterianos, si es que hay alguno, creen ahora que *la* suya es la única Iglesia verdadera; tampoco los metodistas, bautistas, luteranos y otros piensan así de sus sistemas; e incluso los anglicanos, griegos y católicos romanos se están liberando del engaño de que la suya es la única Iglesia, fuera de la cual no hay ningún elegido. Pero en la profecía que estamos analizando, nuestro Señor nos advierte del peligro de los falsos Cristos «entonces» —es *decir, ahora*—. En consonancia con esto, encontramos en Apocalipsis (13:14-18) una profecía sobre una combinación especial de influencias mediante la cual las denominaciones protestantes se unificarán y, aunque separadas, llegarán a cooperar con el papado, de una manera que otorgará a ambos mayores poderes y engañará a muchos para que supongan que la nueva combinación será el instrumento de Dios para realizar la obra predicha del Mesías —y que, por lo tanto, es su representante—.

«SALDRÁ EL SOL DE LA JUSTICIA»

"Por eso, si les dicen: 'Miren, está en el desierto'; no salgan; o 'Miren, está en la habitación secreta'; no lo crean. Porque así como el resplandeciente [el Sol] sale del este y brilla hasta el oeste, así será también la *presencia* [en griego, *parousia*] del Hijo del Hombre". –Mateo 24:26, 27.

Que se avecinan grandes engaños, «engaños poderosos» de Satanás, lo atestiguan no solo las palabras de nuestro Señor aquí, sino también el apóstol Pablo. (2 Tes. 2:10-12) Si se hubiera predicho con precisión qué forma tomarían estos engaños, esto habría obstaculizado en cierta medida su poder engañoso. Dios permite estos engaños con el propósito mismo de *separar* a los «vencedores» de todos los demás, y simplemente nos garantiza que los «elegidos» serán preservados de caer. Y, sin embargo, es muy posible que algunas de estas pruebas, cribados

y engaños puedan afectar *más directamente* a quienes poseen el mayor grado de la luz de la verdad presente. ¡Cuán importante es que nos «mantengamos en el amor de Dios»; que no solo tengamos un conocimiento de la verdad —que *por sí solo* podría simplemente enorgullecernos—, sino que además tengamos el espíritu de Cristo, que debe producir: amor a Dios y unos a otros, y compasión por todos los hombres; pues «el amor edifica» el carácter a semejanza de nuestro Señor.

Los espiritistas ya están afirmando: «He aquí, él está en la cámara secreta», es decir, que pueden tener entrevistas cara a cara con el Señor en algunas de sus sesiones; y que todos los que simpatizan con sus puntos de vista pueden tener el mismo privilegio, etc. ¿Y si la advertencia de que, de ser posible, engañaría incluso a los mismos elegidos, significara que «los mismos elegidos serán sometidos a las pruebas más severas pruebas en este día malo? "¿Quién podrá mantenerse en pie? (Ap. 6:17). La respuesta dada por el profeta es: «El que tenga manos limpias [una vida honesta] y un corazón puro [una conciencia libre de ofensa hacia Dios y hacia el hombre]; este subirá al monte [Reino] del Señor y permanecerá en el lugar santo». —Sal. 24:3, 4.

Pero, ¿cómo sabrá el pueblo de Dios con certeza que estas manifestaciones no son auténticas? Él nos ha enseñado que su día vendrá como un ladrón en la noche, que estará *presente* sin ser visto por el mundo, supervisando la obra de la cosecha —reuniendo a sus elegidos, etc.—. ¿Cómo sabemos que no se manifestará a su pueblo que vigila, como afirman los llamados espiritistas cristianos, en los «recintos secretos» —en sus sesiones de espiritismo?

Sabemos que no se nos manifestará de esa manera, porque (1) sus instrucciones son que seremos «transformados» —hechos «semejantes a él»— y *así* «lo veremos tal como es»; y (2) él nos advirtió contra estos engaños que se propondrían mostrárnoslo en nuestro estado inalterado o carnal

, diciendo: «Si dicen que está en un lugar desierto o en aposentos secretos, *no lo* crean»; porque de ninguna manera así se manifestará. Por el contrario: «Así como el resplandeciente [el Sol] sale del Este [y no puede quedar confinado a un lugar solitario ni a una habitación privada], sino que resplandece [*por todas partes*] hasta el [lejano] Oeste, así será la *presencia* del Hijo del Hombre».

La revelación de nuestro Señor en su segunda presencia no será en una habitación, ni ante una comunidad en un lugar desolado o desértico; ni siquiera ante una sola nación como en el primer advenimiento; sino que será una manifestación general a nivel mundial: «El sol de justicia se levantará con sanación en sus rayos». Es el rayo penetrante de la verdad que emana del gran Sol de Justicia el que ya causa tanta confusión entre los hombres, al iluminar los lugares oscuros y descubrir el error y la corrupción de toda clase. Todo lo que hace manifiesto es luz. Y es la gran Luz del mundo, Cristo (y, en última instancia, también su Iglesia asociada), la que bendecirá a la humanidad al sacar a la luz todas las cosas ocultas de las tinieblas; pues nada hay oculto que no haya de ser manifestado. «El *día* lo declarará»; y no podría haber día sin que el Sol brillara desde el Este hasta el Oeste. «Esta es la luz verdadera que alumbra [a su debido tiempo] a todo hombre que viene al mundo».

(Examinaremos Mateo 24:28, como conclusión del versículo 41, para que el relato de Mateo concuerde con los de Marcos y Lucas.)

EL OSCURECIMIENTO DEL SOL Y LA LUNA COMO SEÑALES

«Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán sacudidas». —Mateo 24:29; Marcos 13:24, 25.

La tribulación *«de aquellos* días» debe distinguirse claramente

distinguirse de la tribulación al final de esos días, en la que esta era y esta cosecha llegarán a su fin; pero esto no se manifiesta tan claramente en los relatos de Mateo y Marcos como cuando comparamos el relato de Lucas —que parece resumir brevemente los acontecimientos de la edad evangélica y, al omitir la «tribulación de aquellos días», se refiere únicamente a la otra tribulación con la que se cerrará la era—. Él dice:

«Y ellos [los judíos] caerán a filo de espada y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles. Y habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, angustia de las naciones, perplejas ante el rugido del mar y de las olas; y los corazones de los hombres desfallecerán por el temor y por la expectación de las cosas que vendrán sobre la tierra». — Lucas 21:24-26.

El hecho es que toda la edad evangélica ha sido un período de tribulación al que se hace referencia en Mateo 24:9-12, y ahora en el versículo 29. La Iglesia primitiva fue perseguida por la Roma civil, mientras que más tarde, cuando la Roma papal tomó el control, todos los que se negaron a aprobar sus abominaciones fueron perseguidos por ella (Jezabel) directamente, o indirectamente por los poderes civiles con los que estaba unida (Acab). Y fueron entregados a su poder, y ella agotó a los santos del Altísimo durante un tiempo, tiempos y medio tiempo —1260 años— hasta el año 1799 d. C. Y esta larga persecución, en la que «muchos fueron purificados, blanqueados y probados, y en la que la Madre de las Rameras se "embriagó con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús" (Ap. 17:6), terminó, como ya ya hemos demostrado, prácticamente en 1776 y de hecho en 1799, cuando el Papa y su autoridad fueron humillados ante el mundo.*

Entendiendo claramente, entonces, que se trata de las señales que seguirán a la tribulación *«de aquellos* días» a las que se refiere nuestro Señor, nos preguntamos por las señales descritas con tanta precisión: las

*Vol. II, cap. 9 y Vol. III, cap. 4.

oscurecimiento del sol y de la luna, y la caída de las estrellas. ¿Deben considerarse estos signos como literales o como simbólicos? ¿Y se han cumplido ya?

Respondemos que han tenido un cumplimiento literal y que ahora están teniendo un cumplimiento simbólico mucho más trascendental.

El 19 de mayo de 1780 (aún «en aquellos días, los 1260 años del poder papal, pero después de que ese poder hubiera comenzado a decaer y lo peor de la tribulación hubiera pasado), ocurrió un oscurecimiento fenomenal del sol, que los científicos de aquella época y de las posteriores nunca han podido explicar. Que esto no fue un suceso común queda suficientemente demostrado por el siguiente testimonio competente:

El destacado astrónomo Herschel dice:

«El día oscuro en América del Norte fue uno de esos fenómenos maravillosos de la naturaleza sobre los que siempre se leerá con interés, pero que la filosofía no logra explicar».

El Diccionario de Webster, edición de 1869, en la sección «Vocabulario de nombres destacados», dice:

«El día oscuro, 19 de mayo de 1780 —llamado así debido a una notable oscuridad que se extendió ese día por toda Nueva Inglaterra. En algunos lugares, las personas no podían ver lo suficiente como para leer letras comunes al aire libre durante varias horas seguidas. Las aves entonaron sus cantos vespertinos, desaparecieron y callaron; las aves de corral se fueron a dormir; el ganado buscó refugio en el corral; y se encendieron velas en las casas. El oscurecimiento comenzó alrededor de las diez de la mañana y continuó hasta la mitad de la noche siguiente, aunque con diferencias en cuanto a la duración en distintos lugares».

La Legislatura de Connecticut se encontraba en sesión ese día y suspendió la sesión. El *Diario de la Cámara de Representantes* registra el asunto de la siguiente manera:

«Una sombría penumbra de una oscuridad inusual antes de las diez en punto—

una nube aún más oscura que se cernía bajo el telón negro desde el norte y el oeste antes de las once en punto—impidió el paso de la luz, de modo que nadie podía ver para leer o escribir en la Cámara, ni siquiera desde las ventanas, ni distinguir a las personas a corta distancia, ni percibir ninguna diferencia en la vestimenta del grupo de asistentes; por lo cual, a las once en punto, la Cámara suspendió la sesión hasta las dos de la tarde. Viernes, 19 de mayo de 1780».

Se dice que un ministro de aquella época y testigo ocular, el reverendo Elam Potter, al predicar el 28 del presente mes, nueve días después de los hechos, utilizó las siguientes palabras:

«Pero menciono especialmente esa *maravillosa oscuridad del 19 de mayo*. Entonces, como en nuestro texto, el sol se oscureció; una oscuridad como probablemente nunca se había visto antes desde la crucifixión de nuestro Señor. La gente dejó su trabajo en la casa y en el campo; los viajeros se detuvieron; las clases se suspendieron a las once en punto; la gente encendió velas al mediodía; y el fuego brillaba como en la noche. Me han dicho que algunas personas se sintieron consternadas y se preguntaron si no se estaría acercando el día del juicio final. Gran parte de la noche siguiente también estuvo singularmente oscura. La luna, *aunque estaba llena, no daba luz*, tal como dice nuestro texto».

El folleto n.º 379, publicado por la American Tract Society —*La vida de Edward Lee*—, dice:

«En el mes de mayo de 1780, hubo un día muy tenebroso y aterrador en el que todos los rostros parecían cubrirse de oscuridad, y la gente se llenó de temor. Hubo gran angustia en el pueblo donde vivía Edward Lee; a los hombres se les encogía el corazón por temor a que el Día del Juicio estuviera cerca; y todos los vecinos acudieron en masa al hombre santo, pues su lámpara estaba bien encendida y brillaba más que nunca en medio de la oscuridad antinatural. Feliz y alegre en Dios, les señaló el único refugio contra la ira venidera y pasó las horas sombrías en ferviente oración por las multitudes angustiadas».

Citando al juez R. M. Devins, en *«Our First Century»*:

«Casi, si no del todo, como el fenómeno más misterioso y hasta ahora inexplicable de su tipo en la variada gama de sucesos de la naturaleza durante el siglo pasado, se destaca el oscuro día del 19 de mayo de 1780; un oscurecimiento de lo más inexplicable de todo el cielo visible y la atmósfera en Nueva Inglaterra, que provocó intensa alarma y angustia en multitudes de personas, así como consternación entre los animales: las aves huían, desconcertadas, hacia sus nidos, y el ganado hacia sus establos. De hecho, miles de buenas personas de aquella época se convencieron plenamente de que había llegado el fin de todas las cosas terrenales; muchos abandonaron, por el momento, sus quehaceres mundanos y se dedicaron a las devociones religiosas. Fue un maravilloso día oscuro».

El juez Samuel Tenney, doctor en Derecho, escribió sobre este «día oscuro» a
la Sociedad Histórica en 1785, diciendo:

«Varios caballeros de talento literario se han esforzado por resolver el fenómeno, pero creo que estarán de acuerdo conmigo en que aún no ha surgido ninguna solución satisfactoria».

Noah Webster, Doctor en Derecho, escribió en 1843, en el New Haven *Herald*, sobre este día oscuro, y dijo: «Me quedé de pie observando el fenómeno. Aún no se ha atribuido ninguna causa satisfactoria».

El reverendo Edward Bass, Doctor en Teología (D.D.), primer obispo episcopal de Vermont, escribió en su diario el 19 de mayo de 1780: «Este día es el más notable en la conmemoración del hombre por su oscuridad».

El oscurecimiento de la luna llena la noche siguiente parece haber sido apenas menos notable que este oscurecimiento del sol; se cita lo siguiente de un testigo, el juez Tenney, de Exeter, N. H.:

«La oscuridad de la noche siguiente fue probablemente tan densa como jamás se haya observado desde que el Todopoderoso dio origen a la luz por primera vez. No pude evitar pensar en ese momento que, si todos los cuerpos luminosos del universo hubieran estado envueltos en una oscuridad impenetrable, o hubieran dejado de existir, la oscuridad no habría podido ser más completa. Una hoja de papel blanco

a unas pocas pulgadas del ojo resultaba tan invisible como el terciopelo más negro».

Se estima que este día inexplicable —salvo como una señal del Señor— se extendió a lo largo de 320,000 millas cuadradas, un área aproximadamente veinticinco veces mayor que Palestina, a la cual se limitaron las señales de la primera venida. De hecho, el hecho de que estos signos se limitaran principalmente a Nueva Inglaterra y los Estados del Medio no debe sorprendernos, si recordamos que el primer movimiento entre las «vírgenes» * (Mateo 25:1-
5) se dio principalmente en esa misma localidad. Y que Dios utilice la «tierra de la libertad» para enviar al mundo el mensaje de estas señales no es más maravilloso que el hecho de que le haya complacido enviar desde ese mismo lugar muchas de las bendiciones, inventos y lecciones modernas, reconocidas por todo el mundo y simbolizadas acertadamente por el regalo del gran artista francés Bartholdi al puerto de Nueva York: la estatua de «La Libertad iluminando al mundo».

LAS ESTRELLAS FUGACES

Pasó medio siglo antes de que apareciera la siguiente *señal*: la caída de las estrellas del cielo, como cuando una higuera arroja sus frutos verdes al ser sacudida por un viento fuerte. Las palabras de Nuestro Señor se cumplieron (aunque no en su cumplimiento completo y único, como veremos más adelante) en las maravillosas lluvias de meteoritos de la madrugada del 13 de noviembre de 1833. A quienes se inclinan a buscarle tres pies al gato argumentando que «las estrellas *fijas* no cayeron», se les recuerda que nuestro Señor no dijo nada acerca de que las estrellas fijas cayeran, y que las estrellas *fijas* no podrían caer: su caída demostraría que no son *fijas*. Las Escrituras no distinguen entre estrellas y meteoros como se hace comúnmente en nuestros días.

Las estrellas fugaces, e incluso las lluvias de meteoritos, no son infrecuentes cada año, y en algunos años se ven más que en otros. Se calcula que 400 000 pequeños meteoritos caen a nuestra Tierra anualmente. Pero estos no son nada en comparación con la gran lluvia del 13 de noviembre de 1833, en la que cayeron millones y

millones.

*Vol. III, páginas 87-90.

El profesor Kirkwood, en su obra titulada *Meteorología*, dice: «Hasta finales del siglo pasado, [las lluvias de meteoritos] nunca llamaron la atención de los científicos».----

El profesor D. Olmstead, Doctor en Derecho, de la Universidad de Yale, escribió:

«Quienes tuvieron la suerte de presenciar el espectáculo de las estrellas fugaces en la mañana del 13 de noviembre de 1833 probablemente vieron el mayor espectáculo de fuegos artificiales celestiales que se haya visto desde la creación del mundo, o al menos dentro de los anales que abarcan las páginas de la historia. Esto ya no
considerarse un fenómeno terrestre, sino celestial, y las estrellas fugaces ya no deben verse como producciones fortuitas de las regiones superiores de la atmósfera, sino como visitantes de otros mundos o de los vacíos planetarios». New Haven *Press*

El Sr. Henry Dana Ward, en ese entonces un comerciante de Nueva York, y más tarde escritor y ministro episcopaliano, escribió:

«Supongo que ningún filósofo ni erudito ha relatado o registrado un acontecimiento como el de ayer por la mañana. Un profeta lo predijo con exactitud hace mil ochocientos años, si nos tomamos la molestia de entender que las estrellas que caen son, precisamente, estrellas que caen. En verdad, las estrellas del cielo cayeron
sobre la tierra como en el Apocalipsis. El lenguaje del profeta siempre se ha interpretado como metafórico; ayer se cumplió literalmente».---- *Journal of Commerce*, 14 de noviembre de 1833.

Citando el siguiente relato de *The American Cyclopaedia*, vol. xi, página 431:

"El año 1833 es memorable por el espectáculo más magnífico del que se tiene registro. Ocurrió la noche del 12 de noviembre y fue visible en todo Estados Unidos, así como en parte de México y las Islas de las Indias Occidentales. Junto con las estrellas fugaces más pequeñas, que caían como copos de nieve y producían líneas fosforescentes a lo largo de su trayectoria, se entremezclaban grandes bolas de fuego, que se lanzaban a intervalos, describiendo en pocos segundos un arco de 30 o 40 grados. Estas dejaban tras de sí estelas luminosas, que permanecían a la vista varios minutos y, a veces, media hora o más. Una

de ellas, vista en Carolina del Norte, parecía de mayor tamaño y mayor brillo que la luna. Algunos de los cuerpos luminosos tenían forma irregular y permanecieron estacionarios durante un tiempo considerable, emitiendo corrientes de luz. En Niágara, el espectáculo fue especialmente brillante, y probablemente ningún espectáculo tan terriblemente grandioso y sublime había sido contemplado jamás por el hombre como el del firmamento descendiendo en torrentes de fuego sobre la oscura y rugiente catarata. Se observó que las trayectorias de todos los meteoros, si se remontaban, convergían en un cuarto del cielo, que era *la constelación de León Mayor*; y este punto acompañaba a las estrellas en su movimiento aparente hacia el oeste, en lugar de moverse con la Tierra hacia el este. De este modo, se demostró que la fuente de donde provenían los meteoros era independiente de la posición de la Tierra y exterior a nuestra atmósfera».----

El profesor von Humboldt dedica quince páginas de su obra, **Personal Narrative**, a este fenómeno; y afirma que fue visible en un área de once millones de millas cuadradas.

El Sr. Beupland, un sabio francés que lo presenció en compañía de Humboldt, dice al respecto: «No había un espacio en el firmamento equivalente a la extensión de tres diámetros de la luna que no estuviera lleno en todo momento de bólidos y estrellas fugaces».

El fenómeno se repitió en menor medida en 1866, pero el evento de 1833 parece haber cumplido el propósito de la *señal*; y, de hecho, en relación con la señal anterior, evidentemente tuvo mucho que ver con el primer despertar de las vírgenes para salir al encuentro del Novio, profetizado en el siguiente capítulo.–Mateo 25:1-5.

LOS CUMPLIMIENTOS SIMBÓLICOS

Si bien estas señales literales cumplieron su propósito previsto de llamar la atención general sobre el tiempo del fin, creemos que los cumplimientos simbólicos no son menos llamativos e incluso más interesantes para aquellos cuyas percepciones mentales y espirituales

se han despertado lo suficiente como para poder apreciarlos.

El *sol*, como símbolo, representa la luz del Evangelio, la verdad —y, por lo tanto, a Cristo Jesús—. La *luna,* como símbolo, representa la luz de la Ley mosaica. Así como la luna es un reflejo de la luz del sol, así también la Ley fue la sombra o el reflejo previo del Evangelio. Las *estrellas,* como símbolos, representan a los maestros inspirados de la iglesia: los apóstoles. Los *cielos*, como ya se ha mostrado, representan los poderes eclesiásticos de la cristiandad. En Apocalipsis 12:1 se encuentra una combinación de estos símbolos, donde la «mujer» —que simboliza a la Iglesia primitiva— se presenta vestida del *sol*, es decir, resplandeciente en la luz plena y clara del Evangelio sin nubes. La *luna* bajo sus pies indica que la Ley, que la sostiene, no es, sin embargo, la fuente de su luz. Las doce estrellas alrededor de su cabeza, a modo de corona, representan a sus maestros divinamente designados e inspirados: los doce apóstoles.

Con este esbozo del significado de estos símbolos presente en nuestra mente, examinemos de nuevo este aspecto de la gran profecía de nuestro Señor sobre las señales que indicarán el fin de esta era.

Dondequiera que miremos, podemos reconocer el hecho de que, si bien el pueblo consagrado de Dios está siendo alimentado e iluminado de manera especial en la actualidad, no ocurre lo mismo con la iglesia nominal. Su sol se está oscureciendo; su luna se está convirtiendo en sangre; y sus estrellas están cayendo. El centro de la luz del Evangelio ha sido desde el principio *la cruz* de Cristo, el *rescate*; y por más audazmente que el papado haya establecido el sacrificio competitivo de la misa, los santos de Dios siempre se han aferrado a este bendito centro de todas las promesas de Dios y de todas las esperanzas de su pueblo. Se han aferrado a él, aunque su filosofía haya estado casi por completo oculta a su vista.

Es cierto que siempre ha habido unos pocos que, al no comprender el rescate y al ser incapaces de armonizarlo con otras verdades,

y especialmente con sus propios errores, lo rechazaron. Estos, sin embargo, fueron raras excepciones a la regla. Pero desde 1878 —el punto exacto del tiempo de prueba indicado en las Escrituras—, paralelo al tiempo del rechazo de Cristo en su primera venida, cuando la cruz de Cristo se convirtió para los judíos en una piedra de tropiezo—, el tropiezo aquí ha avanzado mucho, hasta el punto de que hoy solo una pequeña minoría de los que se profesan ministros de la cruz *reconocen* su valor o la *predican*. Por el contrario, gran parte de la enseñanza actual tiene como objetivo negar y refutar que fuimos «*comprados* por un precio, a saber, la preciosa sangre de Cristo», y sustituye esto por la teoría de la evolución, afirmando que el valor de Cristo para el pecador consiste *únicamente* en sus palabras y su ejemplo.

Así, la luz del Evangelio se oscurece cada día más; y aunque esta negación del valor de la preciosa sangre como nuestro precio de redención no se ha extendido tan ampliamente desde el púlpito hasta los bancos de la iglesia, sin embargo, las falsas doctrinas que durante mucho tiempo se han considerado sagradas, junto con la reverencia por los líderes y el saber, han allanado tanto el camino que una gran mayoría de todos los que despiertan lo suficiente como para considerar el tema caen fácilmente presa de esta doctrina de la evolución, la cual niega la doctrina bíblica de una caída primigenia y de el rescate de la misma. Las Escrituras nos advierten de diversas maneras sobre esta gran apostasía, así como sobre este oscurecimiento de la fe de la Iglesia en *este* tiempo; de modo que el Hijo del Hombre, cuando venga, encontrará muy poca *fe* en la tierra. (Lucas 18:8) Un salmo que describe este período declara: «Mil caerán a tu lado, y diez mil a tu diestra; pero a ti no te alcanzará [los santos fieles, miembros del cuerpo de Cristo, cuyo número de elegidos se completará en breve]». —Salmo 91:7.

A medida que la luz del sol *del rescate* se oscurece, también la luz de la luna de la Ley mosaica —que en sus sacrificios prefiguraba el rescate— debe, necesariamente, oscurecerse también. Ya no es raro que los maestros públicos

se refieran a los sacrificios *sangrientos* de Israel, exigidos por su Ley, como bárbaros. Antes, cuando veían a la luz verdadera de la Palabra de Dios, apreciaban la afirmación del apóstol de que los sacrificios de Israel eran prefiguraciones de «mejores sacrificios por el pecado»; pero ahora, al rechazar el antitipo,
el rescate, y al negar el pecado original y, por lo tanto, toda necesidad de sacrificios por él, los sacrificios típicos también son rechazados y considerados bárbaros. Así, el oscurecimiento de la luz del sol del Evangelio da lugar al oscurecimiento de la luz de la luna. «La luna se convertirá en *sangre*». Y Joel (2:10) agrega que «las estrellas retirarán su resplandor», lo cual significa que
cuando la luz del Evangelio se oscurezca, y la Ley llegue a ser considerada meramente como una ceremonia de sangre sin sentido y bárbara, entonces las enseñanzas de las doce estrellas de la Iglesia ordenadas por Dios (los apóstoles) también se desvanecerán de la vista —dejarán de ser reconocidas como guías o luces.

Como hemos visto, Dios ha reconocido o designado doce estrellas apostólicas para la Iglesia. De ellas, así como de la luna y del sol, debía proceder toda la iluminación de la Iglesia. Y de ellas ha procedido la verdadera luz, que ha bendecido a la verdadera Iglesia. Pero el papado, al asumir el señorío eclesiástico de la tierra, ha colocado u «ordenado» diversas estrellas, luces, «autoridades» y «teólogos» en su firmamento; y las diversas denominaciones protestantes han hecho lo mismo, hasta que su número total se ha vuelto innumerable. Pero Dios, al tiempo que provee ayudantes, evangelistas y maestros a su verdadera Iglesia, no los ha ordenado con la autoridad de *luces* o *estrellas*. Por el contrario, a todos sus fieles seguidores se les instruye a aceptar como luz únicamente aquellos rayos de verdad que se ven proceder del sol, la luna y las doce estrellas *ordenadas para ese propósito*.

Todos los demás del pueblo de Dios deben ser, durante esta era, lámparas encendidas y resplandecientes, y no deben poner sus lámparas debajo de un alforje, sino brillar de tal manera que glorifiquen a su Padre que está en los cielos. La palabra *«estrella»* (en griego, *aster*) no se utiliza con respecto a

ninguno de los fieles (aparte de los apóstoles) al referirse a ellos en esta vida presente; sino que se usa en referencia a aquellos que se apartan de la verdad y se vuelven maestros falsos "presuntuosos", "vanamente enorgullecidos", que aspiran a ser considerados *autoridades* en el mismo sentido que los apóstoles, y a quienes se les llama "estrellas errantes" y "falsos apóstoles".–2 Cor. 11:13; Ap. 2:2; Judas 13.

Por el contrario, las Escrituras ofrecen en todas partes la promesa de que los fieles y humildes portadores de la luz de la lámpara de este tiempo presente serán, en su debido tiempo, junto con Cristo, la gloriosa y honrada descendencia de Abraham —«como las estrellas del cielo». Pero no brillarán en los «cielos» actuales, que pronto desaparecerán con gran conmoción, sino en los «cielos nuevos»: el nuevo reino eclesiástico de la era milenaria. De la misma clase, y de ese mismo tiempo de la resurrección, el profeta Daniel (12:3) dice: «Los sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que hayan guiado a muchos a la justicia, como *las estrellas* por los siglos de los siglos». El apóstol Pablo también habla de la gloria futura de la Iglesia en la primera resurrección, diciendo que sus glorias diferirán «como *una estrella* difiere de *otra* en gloria».

Ahora bien, si Dios ordenó solo doce estrellas como luces para su Iglesia, tal como se representa en Apocalipsis (12:1), ¿no es un gran error que los papas y los obispos se consideren a sí mismos sucesores de los apóstoles —¿estrellas también?—? ¿Y no es un hecho que algunos de los llamados «críticos superiores» se consideran a sí mismos, y son considerados por otros, como iguales o incluso superiores a los apóstoles, como portadores de luz, como estrellas? ¿Y no lo demuestran ellos y otros al predicar *sus propias ideas*, haciendo resplandecer su propia luz sobre diversos temas, sin considerar necesario consultar o presentar como *prueba* las palabras de los apóstoles inspirados? Y si citan o se refieren en absoluto a la luz de las verdaderas estrellas —las enseñanzas de los doce apóstoles—, ¿no es más bien para que estas *confirmen*

sus puntos de vista o su luz, más que para demostrar que la enseñanza es luz proveniente de las estrellas apostólicas? Y, de hecho, la luz de estas estrellas falsas, las «estrellas errantes», suele ser tan opuesta a la de los doce inspirados, que apenas pueden encontrar un texto adecuado en sus escritos.

En la profecía de nuestro Señor, estas verdaderas luces estelares se consideran parte de la Luz del Sol del Evangelio, oscurecidas, privadas de su resplandor; mientras que las estrellas falsas, los sabios del mundo, luces establecidas por el hombre de los cielos actuales, se representan haciendo un gran alarde al descender a las condiciones terrenales —abandonando su eminencia, que en otro tiempo fue en cierta medida espiritual, y en sus enseñanzas descendiendo al nivel de los moralistas y filósofos terrenales—, al nivel de la ciudadanía cristiana y la política.

La *sacudida* de los cielos eclesiásticos simbólicos mencionada en el mismo contexto tiene algo que ver con que estas luces de la cristiandad lleguen a un plano más bajo de enseñanza pública. Esta *sacudida* significaría precisamente lo que vemos por todas partes: una sacudida de los credos y dogmas de la cristiandad, los cuales, debido a su mezcla de errores, producen confusión cada vez que se mencionan —como, por ejemplo, la doctrina de los niños elegidos y no elegidos; la doctrina del tormento eterno de todos los que no son santos, vencedores, etc.

Como consecuencia, muchos de los hombres con experiencia en el mundo que se destacan ante el público ya están haciendo todo lo posible por desviar la atención de todos esos temas. ¿Qué otros temas pueden encontrar, sino la doctrina verdadera o falsa de la elección, y la idea verdadera o falsa de la provisión de Dios para la vida futura de la humanidad? Al desconocer el verdadero plan divino de los siglos y al no querer despertar controversia en torno al infierno y la condenación de los niños, ¿qué pueden predicar estos predicadores estrella para atraer la atención del mundo?

Pueden abandonar por completo los temas espirituales y descender

al plano del hombre natural, a cuestiones de reforma moral y política. Pueden ir a los «barrios marginales» y predicar el evangelio contra los barrios marginales. Pueden sumarse a cruzadas de ciudadanía cristiana, etc. Y estas cosas ocuparán cada vez más a estas estrellas del púlpito; mientras que otros causarán sensación al superar a los infieles más célebres en declaraciones de lo que no creen; al burlarse del relato bíblico de la caída adánica en el pecado y de la idea de ser salvados de algo que es un mito, según su teoría evolutiva.

¡Quién no puede ver hoy en día cómo se cumplen estas señales por todas partes! Pero el sol, la luna y las doce estrellas solo están parcialmente oscurecidos por ahora; sin embargo, muchas de las estrellas falsas han caído de toda pretensión de resplandor del Evangelio al nivel de comprensión de las masas a quienes iluminan.

Casualmente, Lucas (21:25, 26) agrega otras señales de este tiempo: «En la tierra, angustia de las naciones por la perplejidad; el mar y las olas [los elementos inquietos y sin ley] rugiendo; los corazones de los hombres desmayando por el temor y por la expectación de las cosas que vendrán sobre la tierra [la sociedad]: porque los poderes de los cielos serán sacudidos».

El mar y las olas rugientes simbolizan a las masas inquietas de la humanidad, frenadas, pero no completamente contenidas, por las leyes y regulaciones de la sociedad. Todos han escuchado algo de este «rugido» durante los últimos veinte años, con brotes tormentosos ocasionales que se abaten como maremotos contra la tierra [el orden social] y buscan devorarla. Contenidas por un tiempo, estas olas están cobrando fuerza e intensidad; y, como se muestra proféticamente, es solo cuestión de unos pocos años hasta que todas las montañas [reinos] sean «arrancadas y arrojadas en medio del mar», en medio de la anarquía. (Salmo 46:1, 2) Todos los periódicos que no están bajo el control de la riqueza dan voz al rugido del inquieto «mar»

; y los demás, aunque de mala gana, deben hacerse eco de ese rugido como noticia. Esto es lo que, en un período de paz relativa, está causando «angustia a las naciones con perplejidad».

Y es que, a medida que los hombres comienzan a darse cuenta de que el rugido del mar y la inquietud se deben en gran parte al declive de la superstición y de la influencia eclesiástica, y a medida que ven cada vez más cómo se tambalean los poderes del cielo (los credos y sistemas sectarios), sus corazones se desmayan de miedo —ante el temor de las cosas que vendrán sobre la tierra (la sociedad); pero los denodados esfuerzos que ahora se están realizando para restablecer y unificar el poder y la influencia sectarios tendrán éxito, en gran medida, solo por un breve tiempo; pues sin duda se desintegrarán por completo.

«Y entonces [en ese mismo momento] aparecerá la señal [evidencia, prueba] del Hijo del Hombre», la prueba o evidencia de la segunda venida del Hijo del Hombre.

No debemos perder de vista el hecho de que toda esta profecía se da en respuesta a ciertas preguntas, una de las cuales fue: «¿*Cuál* será la *señal* de tu presencia?» en la segunda venida. Teniendo en cuenta que pocos reconocieron al Mesías en su primera venida, y que ellos mismos tuvieron dudas y temores al respecto durante un tiempo considerable, deseaban saber cómo podrían estar seguros de reconocerlo. En la primera venida, nuestro Señor se manifestó y fue atestiguado por *señales*: por sus maravillosas palabras y obras, y por Juan el Bautista. ¿*Qué señal* debían esperar que indicara la segunda *presencia*? Esa fue su pregunta concreta.

La respuesta de Nuestro Señor les aseguró que su pueblo no se quedaría sin una *señal* adecuada y suficiente; pero *no* dijo nada sobre su naturaleza. «Entonces aparecerá *la* señal del Hijo del Hombre». Será suficiente para el pueblo fiel y vigilante de Dios, pero *no* está *destinada a los demás*. Fue

fue este grupo el que vio y comprendió las señales o pruebas de su primera venida, mientras que las masas del Israel nominal *no pudieron discernir las señales de su tiempo*, y Dios no deseaba que otros las discernieran; de ahí que muchas de las maravillosas palabras de vida se pronunciaran en parábolas y dichos enigmáticos, para que, al ver, no *vieran*, y al oír, no entendieran, al ser indignos de la luz que en ese entonces solo correspondía a los fieles. Y así será con respecto a la *señal* o *evidencia* de la segunda presencia del Señor. No se manifestará a toda la humanidad: solo podrán reconocerla los verdaderos israelitas, y estos deben ser honestos, sin engaño.

La palabra *«señal»* (versículo 30) es en griego *seemion* y tiene el significado de *prueba* o *evidencia,* como se ilustra en los siguientes casos:

«Y Jesús hizo muchas otras *señales*. —Juan 20:30.

«El Señor permitió que se hicieran *señales* y prodigios por medio de las
[de Pablo y Bernabé]. —Hechos 14:3.

«Las lenguas son una *señal* para los que no creen». —1 Cor. 14:22.

«En verdad, las *señales* de un apóstol se manifestaron entre ustedes con toda paciencia, con señales», etc. —2 Corintios 12:12.

Por lo tanto, «verán la *señal* del Hijo del Hombre» no significa que los discípulos del Señor que vivan en ese entonces *lo* verán *a él*, sino que tendrán una indicación o evidencia de su *presencia* en ese momento. Las *señales* de la segunda presencia de nuestro Señor estarán en armonía con el testimonio de los profetas* y serán corroboradas por este, tal como ocurrió en la primera venida. —Lucas 24:44-46.

«*En el cielo*»: La señal o prueba de su *parusía* se dará *en el cielo*. No en el cielo de la presencia del Padre y ante los santos ángeles, sino en el cielo simbólico, el cielo eclesiástico, el mismo cielo que el anterior

*Vol. II, caps. 5, 6, 7.

versículo nos dice que será sacudido tan terriblemente que se desprendan sus estrellas. Es *en este* cielo —la clase que se profesa espiritual— donde la señal o *evidencia de la presencia de nuestro Señor* se hará evidente por primera vez. Algunos «*verán*»... el cumplimiento de las declaraciones proféticas con respecto a este día de la segunda presencia, en el maravilloso desarrollo del plan divino de los siglos, y lo reconocerán como una de las *señales de su presencia*. (Lucas 12:37) El *juicio* de Babilonia —la cristiandad, tanto social como eclesiástica— es otra señal de que el Juez ha venido y está ajustando cuentas, en primer lugar, con aquellos a quienes, como mayordomos, les confió sus bienes. (Mateo 25:19; Lucas 19:15) «El juicio debe comenzar por la casa de Dios»; y esto significa confusión y consternación entre los doctores y sumos sacerdotes de la actualidad, mientras intentan conciliar sus doctrinas, prácticas y creencias, tal como les sucedió a los fariseos, sacerdotes y doctores de la ley en la primera presencia de nuestro Señor —aunque entonces, al igual que ahora, *se negara esa presencia*—.

Pero en la primera venida, los humildes israelitas, a quienes Dios consideró dignos, no se sintieron confundidos, sino iluminados, de modo que nuestro Señor pudo decirles: «Bienaventurados son vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo que muchos profetas y justos han deseado ver lo que vosotros veis, y no lo han visto; y oír lo que vosotros oís, y no lo han oído». (Mateo 13:16, 17) Así pues, ahora, en la segunda *presencia* del Hijo del Hombre, la revelación de la Palabra divina, el discernimiento del plan divino que muestra también los tiempos y las estaciones divinas, y la confusión que reina sobre «Babilonia» son pruebas satisfactorias de la presencia del Rey.

«Entonces todas las tribus de la tierra harán duelo, y verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo». –Mateo 24:30.

Las tribus de la tierra no verán la *señal* o *prueba* de la *presencia* del Señor dada únicamente entre los «cielos» —al menos

nominalmente espirituales —las iglesias— y que solo los sinceros de entre ellas aprecian. Tampoco verán jamás al Señor mismo con la vista natural, pues ya no es *carne* y no puede ser visto por los carnales.* Deben recordarse las palabras de nuestro Señor: «Todavía un poco, y el mundo *ya no me verá*» (Juan 14:19). Y también hay que tener en cuenta la conmemoración de las palabras del apóstol a la Iglesia: que todos debemos ser «transformados» y convertidos en seres del espíritu como nuestro Señor, antes de que podamos *«verlo tal como* es» (1 Cor. 15:51-53; 1 Juan 3:2). Las tribus de la tierra, por el contrario, verán las *nubes de tribulación* y confusión que acompañan al estremecimiento de los «cielos», y se darán cuenta de que se trata de una tormenta que sacudirá «también la tierra» (véase Hebreos 12:26, 27.) Y en ese momento también habrá un duelo general de todos, propio de ese gran tiempo de angustia; y finalmente, toda la humanidad, al término de la tormenta, *discernirá* y reconocerá al nuevo Rey con los ojos de su entendimiento, y llorará por él, y por el hecho de que, en su ceguera, lo rechazaron —primero los judíos—. Véase Zacarías 12:10-12.

«Y enviará a sus ángeles con gran trompeta, y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos, de un extremo del cielo al otro. (*El manuscrito del Sinaí* omite «sonido»...) —Mateo 24:31.

Esta obra estará en curso durante el intervalo, la «cosecha». Los ángeles (mensajeros del nuevo Rey de la tierra) llevarán a cabo una obra de separación, no entre la iglesia y el mundo, sino una obra de separación dentro de la iglesia nominal —entre los profesos nominales, los «cielos» actuales—. Esta obra se representa mediante diversas descripciones simbólicas: es la recolección del trigo de entre la cizaña y su almacenamiento en el granero (Mateo 13:30); es la recolección de los peces buenos en las redes y el arrojo al mar de los peces no aptos capturados en la red del evangelio (Mateo 13:47-49); es la recolección de sus joyas (Mal. 3:17); es el llamado a «mi pueblo»... para salir de Babilonia (Ap. 18:4); es el grito de medianoche a las vírgenes, que separa a las prudentes de las insensatas (Mateo

*Vol. II, cap. 5.

25:6); y en esta profecía es la reunión de los «elegidos» de entre todos los no elegidos de la cristiandad, de los cuatro vientos —de todos los rincones—.

No debemos esperar que aparezcan ángeles del espíritu con alas que vuelen por el aire tocando una gran trompeta y que, aquí y allá, se lleven a algunos de los santos —no más de lo que debemos esperar convertirnos en peces literales y ser colocados en canastas literales, o en granos de trigo literales que sean depositados en un granero literal. Los ángeles o mensajeros utilizados por nuestro Señor en esta cosecha serán, creemos, mensajeros como los que ha utilizado a su servicio a lo largo de esta era: siervos terrenales, engendrados por su espíritu santo, «nuevas criaturas en Cristo Jesús».----

Entendemos que la «gran trompeta» es la «trompeta del Jubileo» antitípica,---- la «séptima trompeta, tan simbólica como las seis anteriores (Ap. 11:15-18), ninguna de las cuales produjo jamás ningún sonido literal. Ha estado sonando simbólicamente desde octubre de 1874, y continuará hasta el final del Milenio. Con el inicio de esta trompeta comenzó la «cosecha» y la separación, que deben continuar hasta que los «elegidos», el «trigo», sean todos reunidos de los cielos actuales (sistemas eclesiásticos) —hacia el Señor. Los «ángeles» (mensajeros) son aquellos que llevan el *mensaje* de la Palabra del Señor, que produce la separación y reúne a sus elegidos junto a Él.

Es el privilegio del fiel pueblo de Dios, que ahora es trasladado de las tinieblas a la luz maravillosa —a quienes se les permite *ver* y *oír* aquellas cosas que otros no ven ni oyen—, ser colaboradores de su Señor como sus ángeles —mensajeros o siervos— en este y en todos los demás aspectos de la obra, a lo largo de la era. Por su gracia, estos han arado, sembrado, rastrillado y regado, y *ahora* este mismo grupo también puede cosechar junto con el Gran Segador.

LA PROXIMIDAD DEL REINO DE DIOS

"Aprended, pues, la parábola de la higuera: cuando su rama ya está tierna y echa hojas, sabéis que el verano* está cerca; así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca (el Reino de Dios —Lucas 17:21—), a las puertas. De cierto os digo que esta generación no pasará hasta que se cumplan todas estas cosas. El cielo y la tierra [el orden eclesiástico y social actual] pasarán, pero mi palabra no pasará». —Mateo 24:32-35.

Los incrédulos se han aferrado a este pasaje alegando que, evidentemente, no se ha cumplido, y que, por lo tanto, esto demuestra que nuestro Señor fue un falso profeta. Aplican la profecía por completo a los problemas relacionados con la caída del sistema político nacional de Israel en el año 70 d. C., y comentan con desdén que *esa generación* y muchas más pasaron sin ver el cumplimiento de «todas estas cosas». Nuestra respuesta a esto, por supuesto, es que no se ha entendido la profecía de nuestro Señor —que se refería solo en parte a la aflicción sobre Israel que culminó en el año 70 d. C.

Pero para responder a la objeción, ciertos escritores cristianos se han visto llevados a afirmar que las palabras «esta generación» en realidad significaban que *esta raza*, los judíos, no desaparecerá hasta que se hayan cumplido todas estas predicciones.

Sin embargo, debemos discrepar de esta interpretación por varias razones:

(1) Aunque las palabras «generación» y «raza» pueden proceder de una raíz o punto de partida común, no son lo mismo; y en el uso bíblico, las dos palabras son bastante distintas.

Obsérvese que en el Nuevo Testamento, cuando la palabra *«generación»* se utiliza en el sentido de raza o posteridad, es

*Los hebreos dividían su año en dos estaciones: verano e invierno.

siempre del griego *gennema* (como en Mateo 3:7; 12:34; 23:33; Lucas 3:7) o de *genos* (como en 1 Pedro 2:9). Pero en los tres relatos diferentes de esta profecía, se le atribuye a nuestro Señor el uso de una palabra griega totalmente diferente (*genea*), que no significa «raza», sino que tiene el mismo significado que nuestra palabra en español «generación». Otros usos de esta palabra griega (*genea*) *demuestran* que no se emplea con el significado de «raza», sino en referencia a personas que viven en la misma época. Citamos como prueba: Mateo 1:17; 11:16; 12:41; 23:36; Lucas 11:50, 51; 16:8; Hechos 13:36; Colosenses
1:26; Hebreos 3:10.

(2) Nuestro Señor no pudo haberse referido a la raza judía, y habría sido inapropiado utilizar una palabra griega que significara *«raza»*, porque la raza judía no era el tema de la pregunta de los apóstoles ni de la profecía de nuestro Señor en respuesta. Apenas se menciona a Israel en la profecía, y haber dicho: «Esta *raza* no desaparecerá hasta que todo se cumpla», habría dejado abierta la cuestión de a qué raza o a qué se refería, ya que no se indica ninguna raza en particular. Por lo tanto, si la palabra significara *«raza»*, sería tan correcto decir que se refería a la *raza humana* como decir que se refería a la *raza judía*.

Pero si entendemos que *«genea»* aquí, como en otros lugares, significa *«generación»*, y reconocemos que las palabras de nuestro Señor eran una profecía que abarcaba toda la edad evangélica, no nos cuesta entender que la declaración signifique: «Esta generación [que será testigo de las señales que los apóstoles preguntaron y que nuestro Señor acaba de enumerar —a saber, el oscurecimiento del sol y la luna y la caída de las estrellas] —*esta generación* no pasará hasta que todas estas cosas se cumplan». En otras palabras, las señales mencionadas ocurrirán dentro de una época generacional al final de la era.

El brote de la higuera pudo haber sido solo un comentario casual, pero nos inclinamos a pensar que no lo fue. La peculiar circunstancia narrada de la maldición de nuestro Señor sobre una higuera que no daba fruto y que se secó de inmediato (Mateo 21:19, 20) nos lleva a creer que la higuera en esta profecía puede entenderse como un símbolo de la nación judía. De ser así, se está cumpliendo de manera notable; pues no solo miles de israelitas están regresando a Palestina, sino que el movimiento sionista, como todos saben, ha alcanzado tal magnitud que justifica la celebración de convenciones de representantes de todas partes del mundo, que se reúnen año tras año para concretar la propuesta de reorganización de un Estado judío en Palestina. Estos brotes prosperarán, pero no darán fruto perfecto antes de octubre de 1914 —el fin completo de los «tiempos de los gentiles».

Una «generación» podría considerarse equivalente a un siglo (prácticamente el límite actual) o a ciento veinte años, la vida de Moisés y el límite que establece la Escritura. (Génesis 6:3) Si contamos cien años a partir de 1780, la fecha de la primera señal, el límite llegaría hasta 1880; y, según nuestro entendimiento, todos los acontecimientos predichos habían comenzado a cumplirse en esa fecha; la «cosecha» o tiempo de recolección que comenzó en octubre de 1874; la organización del Reino y la toma por parte de nuestro Señor de su gran poder como Rey en abril de 1878, y el tiempo de angustia o «día de la ira» que comenzó en octubre de 1874 y cesará alrededor de 1915; y el brote de la higuera. Quienes así lo deseen podrían afirmar, sin contradicción alguna, que el siglo o la generación podrían contarse tan válidamente a partir de la última señal —la caída de las estrellas— como a partir de la primera —el oscurecimiento del sol y la luna—; y un siglo que comenzara en 1833 aún estaría lejos de haber concluido. Hay muchos vivos que fueron testigos de la señal de la caída de las estrellas. Aquellos que caminan con nosotros a la luz de la verdad presente no están esperando cosas por *venir* que ya están aquí, sino que están esperando la consumación

de los acontecimientos que ya están en curso. O bien, dado que el Maestro dijo: «Cuando veáis *todas* estas cosas», y dado que «la señal del Hijo del Hombre en el cielo», la higuera que brota y la reunión de «los elegidos» se cuentan entre las señales, no sería incoherente calcular la «generación» desde 1878 hasta 1914 —36 años y medio—, lo cual se aproxima al *promedio* de la vida humana actual.

«Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solo mi Padre». (Mateo 24:36, Manuscrito Sinaítico. Compárese con Marcos 13:32, 33.) «Tened cuidado, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el momento».

Para muchos, estas palabras parecen implicar mucho más de lo que expresan: las interpretan como si pusieran un candado y dejaran sin efecto todas las profecías de la Biblia —como si nuestro Señor hubiera dicho: «Nadie lo sabrá jamás», cuando en realidad solo dijo: «Nadie lo sabe [*ahora*]», refiriéndose únicamente a las personas que lo escuchaban— a quienes no les correspondía que se les revelaran los tiempos y las estaciones exactas. ¿Quién puede dudar de que los «ángeles del cielo» y «el Hijo» *saben ahora*, plena y claramente, los asuntos que han avanzado tanto que están a punto de cumplirse? Y si a ellos no les impide saberlo *ahora* la declaración de este versículo, tampoco a los santos de Dios les impide o restringe este versículo el buscar comprender toda la verdad «escrita desde antes para nuestra enseñanza». De hecho, fue en gran medida porque no era la voluntad del Padre que su pueblo *en aquel entonces*, ni hasta el momento en que se rompieran los «sellos»*, conociera la fecha, que nuestro Señor delineó el curso de los acontecimientos y les aseguró que, si velaban y oraban y así permanecían fieles, en el momento oportuno no serían dejados en la oscuridad, sino que verían y sabrían.

Dios, por medio de su profeta Daniel, señaló que en *este* tiempo «los sabios entenderán» la visión y

*Vol. II, caps. 2 y 3.

profecía, y simplemente que «ninguno de los impíos entenderá».---- (Dan. 12:9, 10) A esto el apóstol Pablo añade su testimonio: «Vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas para que aquel día os sorprenda como un ladrón», aunque así vendrá sobre todo el mundo. «Velad, pues [para que a *su debido tiempo lo sepáis*], y orad siempre para que seáis considerados dignos de escapar de todas estas cosas que han de suceder».

COMO EN LOS DÍAS DE NOÉ, «NO SABÍAN»

«Pero como fueron los días de Noé, así será también la presencia [del griego *parousia*] del Hijo del Hombre. Porque así como en los días que precedieron al diluvio comían y bebían, se casaban y daban en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca, y *no lo supieron*, […] *así será también la presencia del Hijo del Hombre*». –Mateo 24:37-39.

Muchos pasan por alto el verdadero punto de esta ilustración al presuponer, sin ninguna base en las palabras del Maestro, que la similitud que aquí se señala es la *maldad* de los días de Noé y la de los días de la presencia de Cristo. Pero aunque tal comparación podría haber sido justificada y adecuada, el hecho es que dicha comparación no se hizo, sino que se evitó. La comparación que se hace es *la similitud de la ignorancia*. Solo Noé y su familia *lo sabían*; la gente *no lo sabía*, sino que seguía con su vida como de costumbre: casándose, sembrando, construyendo, comiendo y bebiendo. De manera similar, *durante el tiempo de la presencia* de *Cristo* al final de esta era, y mientras se avecina el gran tiempo de angustia, los únicos que sabrán de su *presencia* o tendrán una comprensión clara de lo que se avecina, o por qué, o cuál será el resultado, serán el pueblo del Señor. Los demás *«no lo sabrán»*.

En Lucas (17:26-29) se enseña la misma lección; y se muestra que tanto los vecinos de Noé como los de Lot ignoraban las tribulaciones inminentes *en los días* de Noé y *en los días* de Lot, así como la gente de aquí ignorará la tribulación venidera

en los días del Hijo del Hombre —después de que él haya venido y esté presente—. Vemos esto claramente cumplido a nuestro alrededor hoy en día. El mundo está temeroso y perplejo; pero no sabe de la *presencia* del Hijo del Hombre, ni de la «cosecha» que ya está en curso. Aunque puedan intuir aproximadamente la tribulación que se avecina, no pueden adivinar la bendición que hay más allá de ella.

"Así será… cuando el Hijo del Hombre [que ya *está presente*] sea revelado [se manifieste: primero a sus 'vírgenes' que velan, y más tarde, en la tribulación, a todos los hombres]. En aquel día, el que esté en la azotea y tenga sus pertenencias en la casa, que no baje a tomarlas; y el que esté en el campo, que tampoco regrese. Acuérdense de la mujer de Lot. Cualquiera que busque salvar su vida [mediante concesiones de conciencia y permaneciendo en Babilonia] la perderá; y cualquiera que pierda su vida [sacrifique los intereses de la vida presente] la conservará» —para siempre—. —Lucas 17:30-33.

Así es como el Evangelio de Lucas aplica estas palabras (ya consideradas anteriormente) al final de la edad evangélica —«el día en que el Hijo del Hombre sea revelado».

«¡*Acuérdense de la esposa de Lot*!» —es la contundente advertencia de nuestro Señor. Cuán insignificante sería la pertinencia de esta exhortación si se aplicara a quienes huyeron de Judea en el año 70 d. C.; pero cuán intensamente contundente es como advertencia para el pueblo de Dios aquí, en el fin de la edad evangélica. Cuando nos enteramos de que Babilonia está condenada y escuchamos el mensaje del Señor: «Salgan de ella, pueblo mío, para que no sean partícipes de sus pecados ni reciban parte de sus plagas», es en verdad como la voz de los mensajeros que apresuraron a Lot y a su familia a salir de Sodoma, diciendo: «No se detengan en toda la llanura; escapen para salvar su vida; escapen al monte para que no sean consumidos; no miren atrás».– Génesis 19:17.

La ilustración cobra mayor relevancia cuando recordamos que la cristiandad es «esa gran ciudad [Babilonia] que en aspectos espirituales se llama Sodoma». –Ap. 11:8.

La esposa de Lot, después de comenzar a huir según se le había indicado, «miró atrás»; —anhelando las cosas que había dejado atrás—; y lo mismo ocurre con algunos que ahora huyen de Babilonia hacia la montaña (el Reino) del Señor; sienten más afinidad por las cosas que han dejado atrás que por las que tienen por delante. Solo aquellos que pongan su afecto en las cosas de arriba, y no en las de abajo, correrán la carrera hasta el final. La perseverancia de los santos brota de una consagración plena del corazón; todos los demás fracasarán en correr de tal manera que obtengan el gran premio.

UNO SERÁ TOMADO Y OTRO DEJADO

«Les digo que en aquella noche habrá dos en una cama; uno será tomado y el otro será dejado». –Lucas 17:34– omitido por Mateo.

El Señor, por medio del profeta, nos informa que, aunque se acerca la mañana milenaria, también se aproxima una noche (Isaías 21:12). Será una noche de tribulación, en cuya primera parte los santos serán reunidos fuera de Babilonia. La «cama», aquí, en armonía con el uso que hace Isaías de esa palabra (Isaías 28:20), puede interpretarse como un símbolo de los credos humanos, que son lo suficientemente largos para los «niños» en Cristo, pero demasiado cortos para que un «hombre» maduro pueda estirarse en ellos. Esto es cierto en cuanto a las diversas «doctrinas de los hombres», que sustituyen a las doctrinas de la Palabra de Dios —cuya profundidad y amplitud superan el conocimiento humano—, pero que son muy diferentes de ellas. Por ejemplo, la doctrina de la Elección, tal como la enseñan nuestros amigos calvinistas, es una «cama» bastante suficiente —para que descansen muchos que son solo «niños en Cristo, cuyos sentidos nunca se han ejercitado mucho; pero a medida que, a la luz del conocimiento actual, los niños despiertan y crecen en gracia y conocimiento, todos ellos seguramente encontrarán que la vieja cama del credo es demasiado corta para su comodidad; y a medida que cada uno intenta envolverse en las promesas de Dios, limitadas por una teología errónea, no logra cubrirse satisfactoriamente; las dudas se cuelan para helarlo con el temor de que, después de todo, no esté seguro de que él y todos sus amigos sean de los «elegidos»; y

además, los cristianos más maduros encuentran un alivio al salir de tal aprieto; y a ellos Dios generalmente les envía la luz de la verdad actual para guiarlos a un «lugar espacioso» de verdadero descanso, provisto de abundantes cobijas para todos los que buscan conocer y hacer la voluntad del Padre. Otros, sin embargo, la gran mayoría, permanecen bastante satisfechos y cómodos en sus diversas y pequeñas cunas, porque son «niños» y no «hombres» en cuanto al conocimiento y la experiencia cristianos. «Uno será tomado y el otro dejado».

«Entonces estarán dos en el campo; uno será tomado y el otro dejado». —Mateo 24:40.

«El campo es el mundo —explicó nuestro Señor—; y en este discurso representa una condición fuera de la "casa" nominal —fuera de Babilonia—. Así se nos enseña que no todos los que "han salido"... serán "reunidos",... sino que las "joyas serán serán buscadas dondequiera que estén —"el Señor conoce a los que son suyos"— y en esta cosecha Él está reuniendo sus joyas —reuniendo a sus "elegidos"– para que sean coherederos en su Reino.

«Dos estarán moliendo en el molino; uno será tomado y el otro dejado». —Mateo 24:41; Lucas 17:35.

Un molino es un lugar donde se prepara el alimento: los ministros y las escuelas teológicas se encargan de moler el alimento espiritual para «Babilonia», y producen un grano muy pobre —no «alimento limpio». Cada vez son más las quejas de que el alimento suministrado consiste en gran parte en cáscaras y paja, que no sustentan la vida ni la fortaleza espirituales; y cada molinero se ve obligado a preparar lo que le da su propia denominación, y no puede mantener su posición y, al mismo tiempo, proporcionar el «alimento a su debido tiempo», el «forraje limpio», para la familia de la fe. De ahí que la «verdad presente» reúna a algunos de los molineros y deje a otros: uno es tomado y otro es dejado. Aquellos que son leales a Dios y a su rebaño serán tomados; todos los demás serán dejados. Mientras que el mundo y la iglesia nominal declaran que este

un tiempo de unión y «confederación», Dios declara que es un tiempo de separación.–Isaías 8:12.

¿ADÓNDE SE REÚNEN? — LA ATRACCIÓN

«Y ellos [los discípulos] respondieron y le dijeron: "¿Dónde, Señor?" [¿Adónde serán *llevados* estos?] Y él les dijo: "Dondequiera que esté el cuerpo [el cadáver, el alimento], allí se reunirán las águilas"». —Mateo 24:28; Lucas 17:37.

La lección es que *en aquel día*, cuando el Señor esté reuniendo a sus «elegidos» de los cuatro vientos del cielo —de todos los rincones de la Iglesia—, los atraerá como se atrae a las águilas, mediante el alimento, por el cual tienen una aguda visión y un gran apetito; que a su debido tiempo el Señor proporcionaría el alimento adecuado, y su verdadero pueblo lo reconocería y se reuniría en torno a él —los preparados y dignos serán tomados y los demás dejados atrás.

El alimento de la «verdad presente» que ahora provee nuestro Señor, y la reunión de los santos por medio de él y hacia él, se ajusta exactamente a la descripción de esta profecía. El llamado actual no es de un «molino» a otro «molino»; ni de una «cama» a otra de aproximadamente el mismo tamaño. No se trata de la reunión por parte de un hombre o de muchos hombres, hacia él o hacia ellos, en una nueva denominación; sino de una reunión en torno a Cristo mismo, el verdadero y único Maestro y Instructor. ¿Dónde y cuándo antes hubo jamás un reconocimiento público semejante de todos los que confían en la preciosa sangre de Cristo y que están consagrados a él, como la única familia de la fe —todos hermanos— y el único y solo Legislador, Cristo, sin importar los credos y dogmas humanos sobre otros temas? Nunca y en ningún lugar desde los días de los apóstoles, hasta donde podemos juzgar.

Además, cabe destacar que la gran habilidad humana, la oratoria, etc., se han relacionado notablemente con otros movimientos, pero no con esta reunión actual ante el Señor. Aquí la *verdad*, el alimento espiritual que el Señor está proporcionando,

es todo el atractivo: la elocuencia y la oratoria humanas encuentran aquí poco espacio para ejercitarse; faltan, pero no se extrañan. Los reunidos y los que se están reuniendo se juntan porque «tienen hambre y sed de justicia; y están encontrando
la porción satisfactoria que el Señor mismo ha provisto; y cada uno, por sí mismo, se alimenta de ella.

VIGILEN, SI ES QUE QUIEREN SABER

"Velad, pues, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor. Pero sabed esto [la razón por la que el tiempo está tan oculto bajo símbolos y parábolas], que si el dueño de la casa hubiera sabido en qué vigilia vendría el ladrón, habría velado y no habría permitido que le asaltaran la casa". –Mateo 24:42, 43.

El «maestro de la casa» o «cabeza de familia» de la presente dispensación no es *nuestro* Señor, sino *nuestro* adversario, el diablo, «el dios de este mundo», «el príncipe de la potestad del aire», «el príncipe de este mundo», quien ahora gobierna en los hijos de la desobediencia, cegando las mentes de todos los que no creen —cuyos ojos del entendimiento no han sido ungidos con el colirio del Señor. (2 Cor. 4:4; Ef. 2:2; Ap. 3:18) El adversario es astuto y muy mañoso; y cualquier conocimiento que tenga de los tiempos, las estaciones y los designios divinos, se apresura a utilizarlo para oponerse al plan divino, tal como lo declara nuestro Señor en la afirmación anterior.

La actitud del Padre Celestial hacia Satanás ha sido dejar que siga su propio camino, excepto cuando ello entre en conflicto con el plan divino, y así anular sus malvados designios para utilizarlos en pro del avance del plan divino. De ahí que Satanás, aunque conoce la Biblia desde hace mucho tiempo, haya entendido muy poco de ella, por la misma razón por la que el hombre tampoco la ha entendido: porque está escrita en parábolas, símbolos y figuras retóricas. Y ahora que es *tiempo* de comprenderlas, su comprensión se limita a aquellos que cuentan con la guía del espíritu santo, el cual, como prometió nuestro Señor, *«los* guiará a toda la verdad», pero que el mundo no puede recibir. Satanás no posee el espíritu santo ni es guiado por él, y, en consecuencia, gran parte de la

Palabra divina es necedad para él. Pero sin duda ha aprendido, al igual que el mundo ha aprendido hasta cierto punto, que: «El secreto del Señor es para los que le temen» (Sal. 25:14). Podemos suponer , por lo tanto, que sus representantes, los ángeles caídos, están frecuentemente presentes en las pequeñas reuniones y Los Estudios Bíblicos, etc., del pueblo verdaderamente consagrado de Dios, para aprender algo del plan divino.

Solo podemos conjeturar de qué manera Satanás habría manejado sus asuntos de manera diferente si hubiera sabido antes más sobre el plan divino; pero contamos con el testimonio afirmativo de nuestro Señor de que tal conocimiento por parte de Satanás habría hecho necesario un final diferente de la edad evangélica y un inicio diferente de la era milenaria, distintos de lo que Dios había propuesto y declarado. Pero en lugar de saberlo y poner su casa en orden, fue tomado por sorpresa por la *parusía* del Señor en 1874, y la obra de la «cosecha» comenzó entonces; de modo que, a pesar de todas sus artimañas y engaños, de todas sus simulaciones de la verdadera luz, etc., su «casa» —las instituciones actuales— sufrirá un colapso total. Al darse cuenta de esto, realiza los esfuerzos más denodados por engañar, llegando incluso a recurrir, a través de sus siervos engañados, a milagros de sanación física, aunque él es el príncipe de la enfermedad, la dolencia y la muerte. (Heb. 2:14) Pero una casa así dividida contra sí misma está destinada a caer; y grande será la caída de Babilonia: caerá como una gran piedra de molino arrojada al mar. – Ap. 18:21.

"Por tanto, estén también ustedes preparados, porque a la hora que menos lo esperen, vendrá el Hijo del Hombre." – Mateo 24:44.

Aquí se menciona a «*ustedes también*» —los creyentes, los fieles del Señor— en contraste con Satanás y su casa. El momento de la presencia del Señor no podía conocerse de antemano, ni siquiera por los santos. Tampoco se reconoció el hecho de la presencia del Señor hasta casi un año después de octubre de 1874, cuando se reconoció su llamado, a través de la palabra de los profetas y apóstoles. Desde entonces hay abundantes señales externas, evidencias, de la presencia del Hijo del Hombre; y sus devotos, a medida que son reunidos de los cuatro vientos del cielo, son llevados a su casa de banquete y se les hace sentarse a comer un manjar que el mundo no conoce, y son servidos, en primer lugar por el propio Maestro, y de manera incidental unos a otros.–Véase Lucas 12:37.

DISTRIBUCIÓN DE ALIMENTOS A LA FAMILIA

–Mateo 24:45-51; Lucas 12:42-46–

"¿Quién, pues, es el siervo fiel y prudente, a quien su Maestro ha puesto a la cabeza de su casa para darles alimento a su debido tiempo? ¡Dichoso aquel siervo a quien su Maestro, al llegar, encuentre así ocupado! De cierto les digo que lo pondrá a la cabeza de todos sus bienes." –Mateo 24:45-51; Lucas 12:42-46.

Lo que aquí parece insinuarse es que, en el momento específico indicado por la profecía —es decir, durante la *presencia* del Señor y en el momento de la reunión de los elegidos—, nuestro Señor, el gran Siervo de su pueblo, elegirá *un solo canal* para distribuir el alimento a su debido tiempo, aunque se utilizarán otros canales o «compañeros de servicio» para llevar el alimento a la «casa». Pero el siervo es meramente un mayordomo, y puede ser destituido en cualquier momento si no reconoce plena y debidamente, en todos los aspectos, al Maestro —el gran Siervo de Dios y de su pueblo—, «el Mensajero del pacto», Cristo.

La fidelidad por parte de dicho mayordomo (tanto hacia el «Maestro» —como hacia «sus consiervos»— y «la casa»—) será recompensada con su permanencia como mayordomo; mientras sirva fielmente, podrá continuar y podrá servir a la casa de la fe con cosas nuevas y viejas —alimento a su debido tiempo— hasta el final; sacando a la luz todas las cosas preciosas de la provisión divina. Pero si es infiel, será destituido por completo y arrojado a las tinieblas de afuera, mientras que, presumiblemente, otro ocuparía su lugar, sujeto a las mismas condiciones.

A nuestro entender, esto no implicaría que «ese siervo» o mayordomo, utilizado como canal para la circulación del «alimento a su debido tiempo», fuera el *creador* de ese alimento, ni *inspirado*, ni *infalible*. Muy por el contrario, podemos estar seguros de que quienquiera que el Señor utilice de esta manera, como agente distribuidor de la verdad, será muy humilde y modesto, así como muy celoso por la gloria del Maestro; de modo que no se le ocurriría reclamar la autoría o la propiedad de la verdad, sino que simplemente la dispensaría con celo, como un don de su Maestro, a los «siervos» de su Maestro —y a su «casa».»—

Cualquier otro espíritu y conducta sin duda provocarían un cambio de mayordomo. Nuestro Señor lo detalla de la siguiente manera:

«Pero si ese siervo se vuelve malvado y, [al perder la fe], dice en su corazón: "Mi Maestro tarda en venir", y golpea a sus compañeros siervos, y come y bebe con los intemperantes [de sus falsas doctrinas], el Maestro de ese siervo estará presente en un día en que no lo espera, y en una hora de la que no tiene conocimiento, y lo destituirá [de ser su siervo] y le asignará su parte con los hipócritas: allí habrá llanto y crujir de dientes».–Mateo 24:48-51.

* * *

Nuestro Señor fue el más grande de todos los profetas, y su profecía, asimismo, la más impactante. Las profecías de Moisés, Jeremías y otros tratan principalmente del rechazo y la reunificación del Israel carnal. Las profecías de Isaías, además de tratar sobre el Israel carnal, muestran a Cristo como el que sufrió por nuestros pecados, así como una luz para los gentiles, y, en última instancia, la apertura de todos los ojos ciegos de la humanidad a «esa luz verdadera». Daniel predice la venida y la eliminación de Cristo, la unción del Pentecostés del Lugar Santísimo, la historia de los poderes gentiles hasta su fin y el establecimiento del Reino de Cristo bajo todo el cielo. También muestra el poder persecutorio del cuerno pequeño papal, su agotamiento de los santos durante la era y los días de espera por el Reino, etc. Pero ningún otro profeta, salvo nuestro Señor, nos ha dado los detalles necesarios de este tiempo de «cosecha», relacionándolos con los acontecimientos destacados señalados por los demás profetas.

La profecía de nuestro Señor, al igual que las de los demás, está cubierta por un velo de lenguaje simbólico y parabólico, y con el mismo propósito: que «ninguno de los impíos la entienda», sino solo los mansos, honestos y fieles del pueblo de Dios —en el tiempo y la manera que Dios disponga.

«A *ustedes* se les ha dado a conocer los misterios del Reino de Dios; pero a los demás, en parábolas ["palabras oscuras"]; para que, viendo, no vean, y oyendo, no entiendan». —Lucas 8:10.

ESTUDIO XIII

EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO Y CÓMO SE MANIFESTARÁ

Caminar por fe – Quiénes constituyen el Reino – El establecimiento del Reino espiritual – El establecimiento de «príncipes en toda la tierra» – El deseo de todas las naciones – La comunicación íntima entre el Reino y sus ministros o «príncipes» – La escalera de Jacob – El velo de Moisés – Gran
Cambios inaugurados: ¿Habrá peligro al concentrarse tanto poder en manos del nuevo potentado?; El gobierno con vara de hierro, ¿hasta cuándo?; La conversión del mundo; Una nación nacida en un día; «Todos los que están en las tumbas»; El crecimiento de su reino; La renuncia al vicereinato; Que se haga la voluntad de Dios en la tierra.

«Y el deseo de todas las naciones vendrá». «En los últimos días sucederá que el monte de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes».

«En aquel tiempo llamarán a Jerusalén el trono del Señor; y todas las naciones se reunirán en ella, en nombre del Señor, en Jerusalén; y ya no andarán más según la obstinación de su corazón malvado». —Hag. 2:7; Miqueas 4:1, 2; Jer. 3:17.

HABIENDO llegado, en nuestros estudios del plan divino, al final de la aflicción del gran «Día de la Venganza» y visto cómo arderá la indignación divina contra el pecado y el egoísmo, tenemos ahora la tarea más agradable de examinar, a la luz de la Biblia, cómo se establecerá el Reino de Dios, por medio del cual serán bendecidas todas las familias de la tierra, y se establecerá un orden de cosas nuevo, permanente y mucho mejor, en lugar del orden, indudablemente defectuoso, del presente y del pasado.

Si los temibles acontecimientos del futuro cercano ya están proyectando sus sombras y causando temor y inquietud en el mundo, aquellos que miran desde "el lugar secreto del Altísimo" ven un rayo de esperanza entre las nubes de aflicción, lo cual bien puede llevarlos a levantar la vista, alzar la cabeza y regocijarse porque su liberación se acerca, y también el alivio para todos los redimidos con la preciosa sangre, cuando «saldrá el Sol de justicia con sanidad en sus alas». —Mal. 4:2.

Muchos de los asuntos tratados anteriormente son tan evidentes que incluso el hombre natural puede quedar considerablemente impresionado por ellos. Pero ahora nos acercamos a una parte que requiere una visión más clara, un estudio más cuidadoso de la Palabra del Señor y un agarre más firme de la fe; pues trata de cosas que aún no son visibles, excepto para el ojo de la fe. Sin embargo, se espera que el pueblo de Dios camine por fe y no por vista, y que confíe en que lo que Dios ha prometido, Él es plenamente capaz de cumplir.–Rom. 4:18-21.

De estas cosas nadie podría saber nada por su propio conocimiento o sabiduría; pero todos los que tienen la unción del Santo tienen fe en el poder de Dios para decir: «No ha fallado ni una sola palabra de todas sus buenas promesas (1 Reyes 8:56); y estos pueden esperar con paciencia y confiar implícitamente en las cosas buenas que están por venir.

En nuestros estudios anteriores sobre el tema* aprendimos que los «Tiempos de los gentiles», que ocupan el lapso de tiempo entre la retirada del Reino típico de Israel y el pleno establecimiento del verdadero Reino mesiánico sobre las ruinas de los reinos actuales, terminarán en octubre de 1914 d. C. Hemos visto que el período de *la presencia* de nuestro Señor, de 1874 a 1914, es un tiempo de «cosecha»: la primera parte para reunir a su novia elegida, y la última parte, un tiempo de angustia, para el derrocamiento de los actuales

*Vol. I, caps. 13 y 14; Vol. II, cap. 4.

instituciones, en preparación para el nuevo Reino. Examinemos ahora, a la luz de la lámpara profética (Sal. 119:105; 2 Pedro 1:19), algunos de los detalles relacionados con el establecimiento de este Reino del Altísimo, que será el quinto imperio universal de la tierra y no tendrá fin; y que traerá bendiciones a todos sus súbditos, mientras que todos los demás reinos han traído, en gran medida, decepción y opresión a la «creación que gime». No es de extrañar que, en el típico, se declare que será anunciado con la trompeta del jubileo (Lev. 25:9); y no es de extrañar que el profeta Hageo (2:7) nos asegure que, con el tiempo, será reconocido como el «Deseo de todas las naciones».

Dado que esto tiene una relevancia práctica en cuanto a la forma en que se establecerá «el Reino de Dios», el «Reino de los Cielos», la conmemoración de lo que ya hemos aprendido de las Escrituras* con respecto a la realeza de este Reino y a quienes lo constituirán.

(1) Es el Reino de Dios en el sentido de que el Padre Celestial es el Gran Rey y ha dispuesto el plan de salvación del cual formará parte el Reino Milenario. Es también su Reino en el sentido de que será establecido y perpetuado por su *poder*. (1 Cor. 15:24-26) Es su Reino, además, en el sentido de que lo representará a él como el gran gobernante supremo, así como sus leyes, su amor y su misericordia, a través del mediador que él ha designado.

(2) Es también el Reino de Cristo —el Reino del amado Hijo de Dios—, en el sentido de que Cristo, como el mediador del Nuevo Pacto, será el gobernante activo de este Reino Milenario, como representante del Padre, con el propósito de someter al mal, destruir el pecado y llevar a una obediencia plena y sincera al Padre y a sus leyes a toda la raza redimida dispuesta a ser restaurada plenamente a la semejanza divina, al favor y a la vida eterna.

---

*Vol. I, págs. 288-300.

(3) Será el Reino de los santos, en el sentido de que ellos, como «un sacerdocio real» (Ap. 5:10), reinarán, juzgarán y bendecirán al mundo junto con su Señor, Jesús.–Rom. 8:17, 18.

La clase del Reino propiamente dicha estará compuesta únicamente por nuestro Señor y sus «elegidos» de la edad evangélica, a quienes él dijo: «No temáis, rebañito, porque al Padre le agrada daros el Reino». De ellos, además, el Señor le dijo al profeta Daniel: «El Reino y el dominio, incluso la majestad del Reino bajo todo el cielo, serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo Reino es un Reino eterno, y todos los gobernantes le servirán y le obedecerán». —Dan. 7:27.

Pero hay que recordar que todos ellos serán «transformados» en su resurrección (la primera resurrección —Ap. 20:4, 6; 1 Cor. 15:42-46, 50-54; Juan 3:5, 8)— y, a partir de entonces, ya no serán seres humanos, sino «partícipes de la naturaleza divina», e invisibles para la humanidad, al igual que lo son Dios y los ángeles celestiales. Por consiguiente, será necesario algún medio de comunicación entre esta gloriosa Iglesia y aquellos a quienes juzgará* y levantará de la degradación del pecado y la muerte. En el pasado, dicha comunicación entre los seres espirituales y la humanidad se ha logrado mediante la aparición de los seres espirituales en cuerpos de carne, y así se han comunicado con ciertas personas importantes respecto a los arreglos divinos. Así, los ángeles se aparecieron a Abraham, a Sara, a Lot, a Gedeón, a Daniel y a María, la madre de Jesús, entre otros. Nuestra Señor se comunicó de esta manera con los apóstoles después de su resurrección como ser del espíritu, porque era necesario transmitirles ciertas instrucciones, y «el espíritu santo aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado». —Juan 7:39.

*Véase 1 Cor. 6:2; y vol. I, cap. 8.

Pero no esperamos que la comunicación entre los gobernantes espirituales y sus súbditos terrenales sea de esta manera durante el Milenio; pues vemos que Dios ha dispuesto que cierta clase de humanidad, ya probada (durante el período anterior a la edad evangélica) y hallada digna de la perfección y la vida eterna, sirva a lo largo del Milenio como *intermediaria* entre el Reino espiritual, los santos y sus súbditos, la humanidad.

(4) Estos intermediarios, aunque no constituyan el Reino en el sentido estricto de la palabra, serán tan plenamente sus representantes entre los hombres que serán reconocidos como el Reino por ellos: representarán al Reino ante los hombres y serán sus únicos representantes *visibles*. Por eso hemos denominado a estos «la fase terrenal del Reino», visible entre los hombres.–Lucas 13:28.

Estos, «Abraham, Isaac y Jacob, y todos los profetas» —y los hombres ilustres de la antigüedad a los que se refieren nuestro Señor y los apóstoles (Mateo 8:11; Heb. 11:4-40), habiendo superado su prueba, serán despertados de la muerte en estado de perfección —plenamente restaurados a la perfección humana—; y no necesitarán la resurrección por juicio —de mil años de duración–, como sí lo necesitará el resto de la humanidad. Y esta perfección les permitirá comunicarse *directamente* con los Reyes y Sacerdotes espirituales, sin necesidad de que los seres espirituales asuman cuerpos carnales con el propósito de comunicar las leyes, etc., al mundo. Así como Adán, cuando *era perfecto*, antes de su transgresión, podía comunicarse directamente con los poderes celestiales, así también estos hombres ilustres se comunicarán, cuando sean restaurados al mismo estado de perfección.

Pero los gobernantes terrenales no serán los «reyes y sacerdotes», sino que, bajo el nombramiento del Rey, serán «príncipes en toda la tierra» —destacados o principales— gobernantes, instructores.

COMUNICACIÓN ÍNTIMA ENTRE EL REINO Y SUS REPRESENTANTES

Es evidente que la fase terrenal del Reino se desarrollará en términos de comunión íntima, compañerismo y cooperación con el Reino propiamente dicho, es decir, con los gobernantes espirituales. Se relacionarán entre sí como padre e hijos, y como departamentos cooperativos del mismo gobierno celestial: el celestial será el departamento legislativo o legislador, y el terrenal, el departamento ejecutivo o encargado de hacer cumplir la ley. Como está escrito: «De Sion [el Reino espiritual] saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor [los mensajes divinos, a través de los "príncipes"---]. Isa.
2:3.

EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO

«Se predica el Reino de Dios, y todo hombre [que acepta el testimonio como un mensaje de Dios] se apresura a entrar en él». — (Lucas 16:16) Durante más de dieciocho siglos, este mensaje, esta oferta del Reino, ha estado realizando su obra prevista de seleccionar a los «elegidos» y a los «vencedores» del mundo. Durante toda esta era, estos han esperado el tiempo del Padre para su establecimiento o exaltación al poder, como sus reyes y sacerdotes, para gobernar y enseñar al pueblo redimido de la tierra, y así brindarles la oportunidad de la vida eterna mediante la fe y la obediencia. Sin embargo, durante todo este tiempo, esta clase del Reino ha sufrido violencia a manos de la clase de Ismael y Esaú, y a manos de Satanás, el príncipe de este mundo, y sus siervos cegados. Como lo expresó nuestro Señor: «El Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mateo 11:12). Nuestro Señor, el
jefe del Reino, sufrió hasta el punto de morir; y todos sus seguidores han sufrido alguna pérdida terrenal como consecuencia de haber sido trasladados del poder de las tinieblas al Reino del amado Hijo de Dios —Col. 1:13.

Esta *sumisión* durante más de dieciocho siglos a la violencia del mal dominante no se ha debido a falta de poder por parte de nuestro Señor resucitado, ascendido y glorificado para proteger a su pueblo; pues después de su resurrección declaró: «Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18).
El ejercicio de ese poder se ha retrasado con un propósito. En el plan del Padre había un «momento oportuno para que se ofreciera el gran sacrificio
para que se ofrecieran los sacrificios por los pecados, y otro momento oportuno para que el Reino se estableciera con poder y gran gloria para gobernar y bendecir al mundo; y estos momentos estaban lo suficientemente separados como para permitir el llamado y la preparación de la "Iglesia elegida" para ser el coheredero del
Reino junto con Cristo. Se han *permitido* las influencias malignas y la oposición de los pecadores con el fin de purificar, poner a prueba y pulir a aquellos "llamados" a ser miembros de la clase del Reino. Al igual que con la Cabeza, así también con el cuerpo, es el designio de Dios que cada miembro, como nueva criatura, sea "perfeccionado mediante el sufrimiento". —Heb. 5:8, 9.

Pero ahora nos encontramos al final de la edad evangélica, y el Reino se está estableciendo o erigiendo. Nuestro Señor, el Rey designado, está presente desde octubre de 1874 d. C., según el testimonio de los profetas, para aquellos que tienen oídos para oírlo; y la inauguración formal de su oficio real data de abril de 1878 d. C.; y la primera obra del Reino, tal como la mostró nuestro Señor en sus parábolas y profecías (la reunión de «sus elegidos»), está ahora
en curso. «Los muertos en Cristo resucitarán *primero*», explicó el Señor por medio del apóstol; y la resurrección de la Iglesia será en un instante.* En consecuencia, el Reino, tal como lo representó nuestro Señor, y los santos dormidos ya preparados y hallados dignos de ser miembros de «su cuerpo», la «novia», se *estableció* en 1878; y todo lo que queda por hacer para su consumación es la «reunión ante el Señor» de aquellos de los «elegidos» que están vivos y permanecen —cuya prueba aún no ha concluido.

*Vol. III, cap. 6.

Sin embargo, en lugar de que el Reino esperara a que los miembros vivos terminaran su carrera, la obra del Reino comenzó de inmediato; y los vivos de este lado del velo tienen el privilegio de conocer «los misterios del Reino» y de participar en la obra del Reino antes de su «transformación»; y al morir (no «se dormirán», —sino que) serán «transformados en el momento
de la muerte, resucitarán como parte de la primera resurrección, bendita y santa: como está escrito: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor *de aquí en adelante*; sí, dice el espíritu santo, *descansarán de sus trabajos*, mientras que sus *obras continuarán*». —Ap. 14:13.

Todo esto está en armonía con la declaración bíblica de que el Reino de Dios debe establecerse primero antes de que su influencia y obra den como resultado la destrucción completa de «los poderes que existen» de «este mundo malo presente» —políticos, financieros, eclesiásticos— hacia el final de los «Tiempos de los Gentiles», en octubre del año 1914 d. C. Veamos algunos pasajes bíblicos al respecto.

Al describir los acontecimientos bajo la séptima trompeta, se observa este orden: (1) el Señor, como Rey de la Tierra, toma el poder y comienza su reinado; (2) como consecuencia, la gran tribulación del juicio cae sobre el mundo. Se nos dice, proféticamente, que el reinado comienza antes del tiempo de angustia y antes de la resurrección de los santos y los profetas; pero que continuará mucho después de estos (durante mil años), hasta que haya «juzgado a toda la humanidad, recompensando a quienes
temen al Señor y destruirá a aquellos cuya influencia es corruptora». Tomen nota de estos puntos en la siguiente cita:

«Te damos gracias, oh Señor Dios Todopoderoso, el que eres, el que eras y el que ha de venir; porque has tomado en tus manos tu gran poder y has reinado. [Representado en Cristo: «Todas las cosas son del Padre», y «todas las cosas son *por medio* del Hijo», su honrado representante.] Y [como consecuencia del reinado iniciado] las naciones se enojaron, y ha llegado tu ira, y el tiempo de los muertos, para que sean juzgados, y para que

dales recompensa a tus siervos los profetas, a los santos y a los que reverencian tu nombre, tanto pequeños como grandes; y para que destruyas a los que corrompen la tierra». —Ap. 11:17, 18.

Leemos de manera similar que el reinado del Reino comenzará antes de que caiga «Babilonia»; y que Babilonia caerá como resultado de los juicios del Reino —discernidos más tarde por algunos de los que están en ella, quienes son representados como quienes obtienen luz y libertad a través de Cristo después de su caída. Dicen:

"Verdaderos y justos son sus juicios, pues ha juzgado a la gran ramera que corrompió la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de su mano." – Ap. 18; 19:2-7.

El profeta Daniel fue inspirado divinamente para relatar y explicar al rey Nabucodonosor su visión del poder gentil, representado por una gran imagen. La visión mostraba una piedra que golpeaba a la imagen en los pies, lo cual provocaba la ruina total del poder gentil, y esa piedra se expandía luego hasta llenar toda la tierra. La explicación dada muestra que el Reino de Dios se establecerá y tendrá pleno poder, y que la ruina de los gobiernos terrenales será el resultado directo de la energía de ese Reino. El testimonio inspirado de Daniel es el siguiente:

"En los días de estos reyes [los últimos del poder gentil —representado en los dedos de los pies de la imagen—], el Dios del cielo *establecerá* un reino [presente de manera representativa a lo largo de la edad evangélica, pero no reconocido por el mundo como un reino]; este [a diferencia de los reinos gentiles cambiantes representados en la imagen] nunca será destruido; y el reino no será entregado a otro pueblo [como el poder de la imagen pasó de un pueblo a otro], sino *que desmenuzará y consumirá* todos estos reinos, y permanecerá para siempre». —Dan. 2:44, 45.

Nuestro Señor aseguró a sus fieles que, en el momento del establecimiento de su Reino y del derrocamiento del poder gentil, la Iglesia vencida estaría con él y *participaría* en esa obra. Sus propias palabras son:

«Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, a éste le daré autoridad sobre las naciones; y las gobernará con vara de hierro; serán quebrantadas como vasijas de alfarero, tal como yo recibí de mi Padre». —Ap. 2:26, 27. Compárese con Sal. 149:8, 9.

Quizá no podamos juzgar con precisión qué aspectos de la gran obra están llevando a cabo ahora el Señor y sus santos glorificados más allá del velo; pero podemos estar seguros de que son participantes activos en la obra asignada a los miembros de la misma clase del Reino, cuyo camino y servicio aún no han terminado de este lado del velo: la obra de la cosecha (1) de reunir a los «elegidos» vivos; (2) de decir a
Sión: «Tu Dios reina» —el Reino se está estableciendo—; y
(3) anunciando el Día de la Venganza de nuestro Dios.

EL ESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO TERRENAL

No es hasta el final completo de los Tiempos de los Gentiles (octubre de 1914 d. C.) que debemos esperar la fase terrenal del Reino de Dios; pues al otorgar un período de dominio a los gentiles hasta esa fecha, Dios no cometió ningún error y sus planes no cambian. La fase terrenal del Reino de Dios, cuando se establezca, será israelita; pues tal es el compromiso o el pacto de Dios con Abraham y su descendencia natural. Incluso el favor principal, el Reino espiritual, se ofreció primero al Israel carnal, y se les habría dado si hubieran estado preparados de corazón para recibirlo en las condiciones *que se le* impon*ían: sufrir con Cristo* y después ser glorificados con él. (Rom. 8:17) Israel, en efecto, deseó y buscó lo *mejor* que Dios tenía para ofrecer; pero «Israel no ha obtenido lo que busca; sino que los elegidos [el “pequeño rebaño seleccionado tanto de

tanto de judíos como de gentiles] lo ha obtenido, y *los demás fueron* cegados» —no para siempre, sino hasta que se complete la elección de la descendencia espiritual, el Reino propiamente dicho—. —Rom. 9:31-33; 11:7, 23, 25-32.

Si bien los israelitas en diversas etapas de incredulidad serán reunidos de nuevo en Palestina bajo el favor divino, conforme a la promesa, ninguno será considerado en ningún grado como parte, ni siquiera como partidario o asociado de la fase terrenal del Reino, a menos que primero reconozcan a Cristo Jesús como el Hijo de Dios, el único redentor y Libertador de Israel y del mundo.

El inicio de la fase terrenal del Reino a finales del año 1914 d. de J. C. consistirá, según entendemos, exclusivamente en los santos resucitados de la antigüedad —desde Juan el Bautista hasta Abel—: «Abraham, Isaac, Jacob y todos los santos profetas». (Compárese con Mateo 11:11; Lucas 13:28; Hebreos 11:39, 40). Aunque estos dignos personajes de la antigüedad no tendrán parte ni suerte en el Reino espiritual, porque no fueron «llamados» a él —puesto que ese alto o «llamado celestial» no fue posible hasta después de que nuestro Señor Jesús pagara el rescate—, ocuparán una posición de preeminencia por encima del mundo, habiendo dado testimonio de su fe y amor durante el reinado del mal, de una manera aprobada por Dios. Así fueron preparados y se mostraron dignos de ser los ministros y representantes terrenales del Reino espiritual. En armonía con esto está escrito en los Salmos, dirigiéndose al Cristo: «En lugar de [ser considerados por más tiempo] tus padres, [ellos] serán tus hijos, a quienes tú harás príncipes [jefes, capitanes] en toda la tierra». —Sal. 45:16.

Estos antiguos hombres dignos serán diferentes del resto de la humanidad, no solo porque su prueba ya habrá pasado, mientras que la prueba del mundo en general apenas estará comenzando; sino que también serán diferentes de ellos en el hecho de que habrán alcanzado la *recompensa* de su fidelidad: serán

serán *hombres perfectos*, a quienes se les habrá restaurado por completo todo lo que se perdió en Adán en cuanto a la semejanza mental y moral con Dios, y a la perfección de las facultades físicas. Así, no solo serán los «príncipes o jefes de la tierra (los representantes terrenales
Del Reino Celestial —Cristo y su Iglesia—, sino que, individualmente, serán representantes de lo que todos los que obedezcan de buena gana podrán alcanzar bajo el Nuevo Pacto.

Cuando Abraham, Isaac, Jacob y todos los hombres virtuosos de la antigüedad hayan sido resucitados y aparezcan entre los israelitas reunidos, hacia el final del tiempo de la tribulación final de Jacob con Gog y Magog, sus superiores poderes mentales los distinguirán rápidamente de los demás. Además, sus mentes perfectas comprenderán rápidamente los conocimientos y los inventos de la actualidad; y serán singulares en muchos aspectos, como lo fue el hombre Cristo Jesús, de quien la gente decía: «¿Cómo es que este hombre conoce las cosas de la literatura, sin haber estudiado nunca?» (Juan 7:15) Y así como Jesús enseñó al pueblo de manera positiva, definitiva y clara, y no con dudas ni de manera confusa, como lo hacían los escribas, así será con los antiguos dignatarios perfeccionados cuando aparezcan entre los hombres. Además, estos dignatarios, «príncipes», tendrán comunión directa con el Reino espiritual (Cristo y la Iglesia), tal como nuestro Señor la tenía con los ángeles, y tal como Adán disfrutaba de una comunión personal similar antes de caer bajo la sentencia divina como transgresor. Estos «príncipes» de la nueva tierra (el nuevo orden social) estarán
estarán plenamente calificados para el honorable cargo que se les asigne.

Así vemos que, cuando llegue el momento de Dios para la inauguración de su Reino entre los hombres, todos sus agentes estarán ampliamente preparados para el servicio; y sus magistrales medidas de sabia política, su moderación y digno autocontrol, así como su ejemplo personal de toda gracia y virtud, atraerán a los hombres y los ganarán rápidamente —castigados bajo

la gran tribulación—, a cooperar activamente. Incluso antes de que se revele su identidad, sin duda el pueblo de Israel habrá notado su preeminencia sobre los demás hombres.

Además, recordemos que el propósito mismo del gran tiempo de angustia, que ahora se acerca a su culminación, es quebrantar los corazones de piedra de todo el mundo, humillar a los orgullosos hasta el polvo y labrar la tierra en barbecho con profundos surcos de dolor, angustia y aflicción, preparando así al mundo para las grandes bendiciones del Reino Milenario. Y cumplirá el propósito para el que fue concebido: como declara el Profeta: «Cuando tus juicios [Señor] se extiendan por la tierra, los habitantes del mundo aprenderán la justicia». (Isaías 26:9) Para entonces, todos habrán aprendido que los planes egoístas y todos los planes que puedan idear y llevar a cabo los hombres caídos son defectuosos, y solo conducen a diversos grados de tribulación y confusión. Y para entonces todos anhelarán un reinado de justicia, aunque desesperados por alcanzarlo, sin darse cuenta de cuán cerca está.

Mientras tanto, las esperanzas del Reino, tan anheladas por Israel, se reavivarán entre aquellos que, por respeto a las promesas, se habrán reunido en Palestina. Cuando los antiguos hombres de virtud les anuncien la resurrección y la forma de gobierno justo que se establecerá, sin duda reconocerán de inmediato que el plan proviene del Señor; y cuando sepan que el verdadero Reino que los gobierna es el espiritual, y que Jesús, el crucificado, es el Rey, y mentalmente, con el ojo de la fe, «contemplen a aquel a quien traspasaron» —entonces, "llorarán por él, como se llora por un hijo único, y se afligirán por él como quien se aflige por su primogénito. En aquel día habrá un gran luto en Jerusalén. Y Dios "derramará sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de súplica". Zac. 12:10, 11.

La noticia de la derrota de los ejércitos de Gog y Magog, y de la maravillosa liberación de Israel de sus enemigos, será seguida rápidamente por la noticia de la aparición de sus renombrados «padres», resucitados, y del establecimiento de un gobierno con ellos a la cabeza, así como de la conversión general de Israel al Mesías, durante tanto tiempo rechazado. Y sin duda, gran parte de esto se considerará un fraude entre los gentiles: se se burlarán de los judíos por ser crédulos, y a los antiguos hombres ilustres se les calificará de astutos impostores.

Pero la bendición que acompañará a la reorganización del gobierno bajo los nuevos auspicios en Palestina provocará cambios tan maravillosos y rápidos en el bienestar de Israel que asombrarán al mundo, entonces anárquico y desanimado, y llevarán a muchos a pensar y a decir: «¡Ya sean impostores o no, la obra de estos hombres que afirman ser los profetas resucitados es precisamente la que el mundo necesita!». Ojalá tomaran el control del mundo entero y trajeran orden y paz a nuestro desorden universal. Y entonces enviarán a estos maravillosos «príncipes» a extender por todas partes su gobierno, su yugo de justicia, que se ha demostrado tan beneficioso para Israel. Así lo afirma el Profeta con las siguientes palabras:

«Y sucederá en los últimos días que el monte [Reino] de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes [como un Reino que supera o domina a todos los reinos], y será exaltado por encima de las colinas [los picos más altos]; y todas las naciones afluirán a él. Y muchos pueblos irán y dirán: "Venid, subamos al monte [Reino] del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y *él nos enseñará sus caminos*, y andaremos por sus sendas; porque de Sion [el Reino espiritual —el Cristo glorificado, cabeza y cuerpo] saldrá la ley, y de Jerusalén [la sede del gobierno representativo terrenal en manos de los "príncipes"] la palabra del Señor.

Y [anteriormente —en el gran tiempo de angustia—] juzgará entre las naciones y reprenderá a muchos pueblos; y [como resultado de las reprimendas del Señor y, posteriormente, de su ley y su Palabra] convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en podaderas; ninguna nación levantará la espada contra otra nación, ni aprenderán más la guerra».–Isaías 2:2-4; Miqueas 4:1-4.

LA INTIMIDAD ENTRE EL REINO Y SUS «PRÍNCIPES» TERRENALES

Como cabe esperar, la comunicación entre las dos fases o partes del Reino será fácil y directa; y de ese modo, la supervisión y la instrucción de la humanidad serán completas, siendo los «príncipes» los canales de la comunicación divina. Esto parece ser lo que insinúan las palabras de nuestro Señor a Natanael: «De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios [los mensajeros de Dios, los "príncipes" de la nueva dispensación] subiendo y descendiendo sobre el Hijo del Hombre». (Juan 1:51) ¿Acaso no fue
el sueño de Jacob sobre la escalera entre el cielo y la tierra, y el ir y venir de los mensajeros, una profecía además de un sueño, que presagiaba la futura comunicación cercana entre el Reino Celestial y el mundo, en cuya obra, como uno de los mensajeros comunicadores, el propio Jacob iba a participar en la bendición del mundo? Creemos que así fue concebido.–Génesis 28:10-12.

Que Moisés, el mediador del Pacto de la Ley, fuera un tipo de Cristo, el Mediador del Nuevo Pacto, se enseña claramente en las Escrituras y es reconocido en general por los estudiosos de la Biblia; pero no todos han reconocido que Moisés era un tipo del Cristo completo —cabeza y cuerpo— y que, en este sentido, toda la edad evangélica ha sido el período del levantamiento de Cristo. Sin embargo, esta es la única aplicación típica que encaja en varios casos: por ejemplo, en Hechos 3:22, 23.

En la institución del Pacto de la Ley, en el Monte Sinaí, Moisés parece haber sido un tipo del Cristo completo (cabeza y cuerpo) al inicio de la era milenaria, cuando el Nuevo Pacto se presentará al mundo —después de «el sonido de la gran [séptima] trompeta», y la oscuridad total y el «gran terremoto», etc., del Día de la Venganza hayan aterrorizado a la humanidad y la hayan preparado para escuchar la voz del Gran Maestro, y para aceptar con alegría su Nuevo Pacto. Esto lo señala claramente el apóstol (Heb. 12:18-22), quien parece marcar cada paso del paralelismo. Israel se había estado acercando y finalmente había llegado al Monte Sinaí, que se podía tocar, y del cual emanaban imágenes y sonidos tan temibles que todos temían y temblaban; pero nosotros nos estamos acercando al Monte Sión y a sus maravillosas glorias y bendiciones, muy superiores a las del Sinaí; pero acompañando a estas bendiciones mayores habrá una trompeta más terrible, oscuridad y temblores de tierra —la sacudida final de todo lo que puede ser sacudido (todo lo que es pecaminoso y contrario a la voluntad divina)—, para que solo permanezca lo que es verdadero y perdurable. La solución de todo este asunto está en las palabras: «Por lo cual, nosotros [que así anticipamos] recibir un reino que no puede ser conmovido, tengamos gracia, por medio de la cual podamos servir a Dios de manera aceptable». —Heb. 12:28.

Al continuar el análisis de esta ilustración, observamos que después de esto Moisés subió al Monte (el Reino) y fue glorificado en tipo; es decir, la piel de su rostro resplandecía de tal manera que Israel no podía mirarlo. Esto parecería simbolizar la consumación de la Iglesia (Cristo, cabeza y cuerpo) en gloria. Y el *velo* que Moisés usaba después ante el pueblo, pero que se quitaba cuando estaba con el Señor en el Monte, parecería tipificar la fase terrenal de su Reino, los «príncipes en toda la tierra» a través de quienes Cristo hablará al pueblo y será representado, estando la gloria oculta. Esto parece ser una llamativa

ilustración de la relación íntima que existirá entre los «príncipes» terrenales y los Reyes y Sacerdotes celestiales. El hecho de que Moisés subiera al monte para comunicarse con Dios mientras la montaña estaba envuelta en nubes que destellaban con relámpagos, y la tierra temblaba al retumbar los truenos, representaba que el Cuerpo de Cristo se completará, los últimos miembros serán «transformados» y recibidos en el Reino en el momento en que el orden actual de las cosas esté cambiando, en medio de un gran tiempo de angustia como la tierra nunca ha experimentado hasta ahora.

Así como las primeras tablas de la Ley que fueron quebrantadas representaban el fracaso del Pacto de la Ley a causa de la «debilidad de la carne», así las segundas tablas representan el Nuevo Pacto, del cual Cristo es el mediador, y que no fallará. Este Nuevo Pacto entrará en vigor para el *mundo* después de que el «Cuerpo de Cristo» esté completo. Mientras tanto, continúa la elección de los miembros del Gran Profeta semejante a Moisés. (Hechos 3:23) Ahora bien, fíjense en el hecho de que fue cuando se entregaron las segundas tablas de la Ley (que representan el Nuevo Pacto) que Moisés fue *transformado*, de modo que a partir de entonces llevaba un velo ante el pueblo, porque su rostro resplandecía.

La inauguración del Reino irá acompañada de escenas tan impresionantes que harán que el mundo entero tiemble de temor y reconozca con alegría al Ungido del Señor como Rey de toda la tierra. Así como Israel suplicó que el Señor ya no les hablara —debido a las terribles imágenes y sonidos presenciados en el Sinaí—, así también aquí, todos los pueblos desearán que el Señor Jehová deje de hablarles en su ira y de atormentarlos con su ardiente y justo desagrado, y se alegrarán de escuchar en su lugar al gran mediador, para reconocerlo como el Rey a quien Jehová pone sobre ellos: Emanuel; el gran antitipo de Moisés: el Profeta, Sacerdote y Rey con velo (oculto). —Compárese con Hebreos 12:19 y Salmos 2:5, 6.

Israel estará dispuesto y ansioso por el nuevo Reino; como está escrito: «Tu pueblo estará dispuesto en el día de tu poder» (Sal. 110:3). Será justo lo que Israel ha estado esperando (cegado ante el llamado espiritual superior de la edad evangélica): solo que será mucho más grandioso y duradero que cualquier cosa que jamás hayan concebido. Entonces, un gran número de creyentes parciales en Cristo, lamentablemente mal informados, dirán: «¿No profetizamos [predicamos] en tu nombre? . . . ¿y en tu nombre hicimos muchas obras maravillosas?» (Mateo 7:21, 22) Estos no serán reconocidos como la novia de Cristo, sino que serán dejados para participar en el llanto y el crujir de dientes del gran tiempo de angustia, y sin duda se convertirán en el pueblo de Dios en lugar de sectarios, y estarán «dispuestos en el día de su poder». Y, de hecho, muy pronto, como declara nuestro texto, el Reino de Dios será reconocido como «el deseo de todos los pueblos».

REFORMAS MORALES Y SOCIALES

La Ley del Señor, que entonces saldrá del Monte Sión —el Reino— y será promulgada a todos los pueblos desde Jerusalén, la Nueva Capital del mundo, como la Palabra del Señor por medio de sus «príncipes», abordará de inmediato lo que ya se reconoce como «males clamorosos». Se instituirán reformas morales en todos los ámbitos; las cuestiones financieras, sociales y religiosas serán reformuladas en armonía tanto con la justicia como con el amor. El juicio se medirá con la plomada, y la justicia con la niveladora (Isaías 28:17); todos los asuntos de la tierra serán nivelados y medidos con justicia, y se ajustarán estrictamente a ella.

¡Cuánto significará esto en lo que respecta a la supresión de todas las actividades comerciales que tientan a la humanidad al atraerla y seducirla a través de las debilidades de su naturaleza caída y el desequilibrio de sus cualidades mentales y morales!

Las destilerías, las cervecerías, los bares, los burdeles, las salas de billar y todos los negocios que hacen perder el tiempo y corrompen el carácter serán clausurados; y a sus empleados se les asignará una tarea que sea beneficiosa para ellos mismos y para los demás.

Del mismo modo, cesará la construcción de buques de guerra, la fabricación de municiones de guerra y de defensa, y se disolverán los ejércitos. El nuevo Reino no tendrá necesidad de estas cosas, sino que contará con poder abundante para ejecutar justicia sumaria en el castigo de los malhechores, cuando estos hayan decidido actuar, pero antes de que hayan causado daño a otros —pues nadie causará daño ni destruirá en todo el santo Reino (Isaías 11:9), salvo cuando los jueces competentes y justos hagan que la segunda muerte caiga sobre los incorregibles—. —Isaías 32:1-8; 65:20-25; Sal. 149:9;
1 Cor. 6:2.

El negocio bancario y de corretaje, así como otros empleos similares, que son muy útiles en las condiciones actuales, ya no tendrán cabida; pues bajo las nuevas condiciones se exigirá a la raza humana que se trate mutuamente como miembros de una misma familia, y el capital privado y el dinero para prestar y que se necesita serán cosas del pasado. Los propietarios y las agencias de alquiler también encontrarán nuevos empleos, porque el nuevo Rey no reconocerá como válidas las patentes y escrituras que ahora están registradas. Él declarará que cuando en el Calvario compró a Adán y a su raza, también *compró* el dominio de Adán, la tierra (Efesios 1:14); y la repartirá, no solo entre los egoístas, avaros y codiciosos, sino que sus lugares más fértiles serán entregados a "los mansos", conforme a su promesa en el sermón del monte —Mateo 5:5.

Es de este gran Rey y Juez (cabeza y cuerpo), tipificado por Moisés, de quien el Señor declara:

«El espíritu del Señor estará sobre él: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará perspicaz en el temor de Jehová; y no juzgará según lo que vean sus ojos, ni reprenderá según lo que oigan sus oídos; sino que con absoluta rectitud juzgará a los pobres y reprenderá con equidad a los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios matará al impío. La justicia será el cinturón de sus lomos, y la fidelidad, el cinturón de sus riñones». –Isaías 11:1-5.

A algunos les podría parecer que este programa divino convertirá la tierra en un paraíso para los pobres, pero en un lugar de angustia para aquellos que ahora están acostumbrados al lujo y a tener una ventaja sobre la mayoría, ya sea por buena fortuna o por talentos y oportunidades superiores, o mediante prácticas deshonestas. Pero tales personas deberían recordar las palabras del Juez, pronunciadas hace dieciocho siglos: «¡Ay de ustedes, los ricos! Porque ya tienen su consuelo. ¡Ay de ustedes, los que están saciados [satisfechos]! porque tendrán hambre [estarán insatisfechos]».---(Lucas 6:24, 25) Al principio, estos se sentirán inclinados a lamentar la pérdida de sus ventajas, y así como ahora a los ricos piadosos les resulta difícil alcanzar la condición de corazón y de vida que será recompensada con una parte en el Reino de Cristo, así también entonces aquellos que antes estaban acostumbrados a las riquezas encontrarán dificultades que no experimentan quienes ya han sido disciplinados en la escuela de la adversidad.

Pero hay que aceptar la inevitable nivelación de la sociedad que se logrará mediante la anarquía del Día de la Venganza; y poco a poco (más lentamente en algunos, más rápidamente en otros) se reconocerán y apreciarán en general las ventajas del reino del Amor. Se descubrirá que, bajo el designio divino, todos pueden, si así lo desean, ser bendecidos, ser verdaderamente felices y «ascender» por el camino

de la santidad hacia la grandiosa perfección humana (la imagen de Dios) y hacia la vida eterna. (Isaías 35:8) Lo que ya se reconoce de manera general se verá que es absolutamente correcto; a saber, que con las comodidades actuales, si se pusiera a trabajar a toda la población de manera sistemática y sabia, no se necesitarían más de tres horas de trabajo por persona. Y bajo la guía del Reino celestial, las horas de descanso del trabajo no causarán daño ni moral ni físico, como sin duda lo harían en las condiciones actuales, con el mal y la tentación por todas partes, aprovechándose de las debilidades heredadas.

Por el contrario, cuando Satanás sea atado (el mal refrenado) y se eliminen las tentaciones externas, las horas de descanso se dedicarán, bajo la guía de la Iglesia glorificada, a estudios que se volverán cada vez más atractivos e interesantes: estudios de la naturaleza y del Dios de la naturaleza, y de sus gloriosos atributos —su sabiduría, justicia, amor y poder—. Y así, de manera placentera, podrán avanzar hacia la perfección humana —el fin de su carrera o prueba—; pues, hay que recordar que el nuevo gobierno no solo se ocupará de los grandes asuntos e intereses de sus súbditos, sino también de sus asuntos más insignificantes. Será un «gobierno paternal» en el sentido más completo de ese término.

Bien podría ser que los hombres contemplaran con gran aprensión el establecimiento del gobierno más autocrático que el mundo haya conocido jamás, en el que las vidas, los bienes y todos los intereses de la humanidad quedarían absolutamente en manos del Rey, sin posibilidad de apelación, de no ser porque contamos con las pruebas más absolutas y convincentes de que cada norma y disposición del Reino está diseñada para el beneficio de sus súbditos. El Rey de ese Reino mediador amó tanto a aquellos sobre quienes ha de reinar que entregó su propia vida como *precio de rescate*, para asegurarles el derecho a un juicio individual por la vida eterna; y el objetivo mismo de su reinado milenario es ayudarlos en

esa prueba. ¿Qué más se podría pedir? Como el redentor, tiene justamente el derecho de controlar absolutamente aquello que compró con su propia sangre; y todos los que aprecian tal amor como el que él ha manifestado, si la cuestión se dejara a su voto —lo cual, sin embargo, no sucederá—, le concederían de buen grado todo poder y autoridad y se someterían sin demora a su justa voluntad.

Pero los «santos que serán coherederos en el Reino,
y jueces asociados—¿se les puede confiar con seguridad un poder absoluto y autocrático?

¡Ah, sí! Así como Cristo Jesús demostró que tenía el espíritu del Padre Celestial y es «la imagen exacta de la persona del Padre», así también todos los que formarán parte de ese «pequeño rebaño, sus coherederos
en el Reino, habrán demostrado poseer "el espíritu de Cristo" —el espíritu santo del Amor—. Es una de las condiciones de su "llamado" que se conviertan en *"copias* del amado Hijo de Dios, y nadie más será aceptado como
haber asegurado su llamado y elección. De hecho, es para que puedan simpatizar con aquellos que entonces estarán bajo su cuidado e instrucción, que estos están siendo seleccionados de entre los débiles e imperfectos, y se les está enseñando lo que es librar la buena batalla por la justicia y la verdad contra el error y el pecado. Sí, se puede confiar sin temor tanto en los sub-sacerdotes como en el Sumo Sacerdote del Sacerdocio Real. Dios les confiará el poder a estos, y esta es la mejor garantía de que será utilizado con justicia, sabiduría y amor —para la bendición del mundo.

EL GOBIERNO DE LA VARA DE HIERRO

Las naciones serán gobernadas por la fuerza, una fuerza irresistible, hasta que se establezca el orden justo mediante una sumisión general; toda rodilla se doblará, toda lengua confesará el poder y la gloria divinos, y la obediencia externa será obligatoria. Como está escrito: «Él gobernará a las naciones con vara de hierro, y

como los vasos de un alfarero serán quebrantados en pedazos» (Ap. 2:27). Este castigo y este quebrantamiento pertenecen propiamente al Día de la Venganza, y aunque el poder y la vara seguirán existiendo a lo largo de la era milenaria, probablemente su uso será innecesario, ya que toda oposición abierta será reprendida a fondo en el gran tiempo de angustia. Tal como lo presenta el profeta, Dios, en este tiempo de castigo, le dirá a la humanidad charlatana, clamorosa y prepotente: «¡Callen! Y sepan que yo soy Dios. Seré exaltado entre las naciones, seré exaltado en la tierra» (Sal. 46:10).
será, sin embargo, la labor de toda la era milenaria «poner la justicia como cordel y la rectitud como plomada en
todos los asuntos, grandes y pequeños, de cada individuo de la raza, a quienes así se les "enseñará de parte de Dios" por medio de su Siervo "elegido" del pacto, el gran Profeta, Sacerdote y Rey (cabeza y cuerpo): Profeta en el sentido de maestro, Rey en el sentido de gobernante, Sacerdote en el sentido de mediador quien, habiendo sido redimido, es el abogado del pueblo y el dispensador del favor divino. Los oficios están unidos: «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» —quien era sacerdote en su trono—. Heb. 7:17; Zac. 6:13; Hechos 3:22;
Deuteronomio 18:15.

Como personificación de la sabiduría, el nuevo Rey declara: «Mío es el consejo y la sabiduría sana; yo soy el entendimiento; yo tengo fuerza. Por mí reinan los reyes y los príncipes decretan justicia. Por mí gobiernan los príncipes y los nobles; incluso todos los jueces de la tierra [la fase terrenal del Reino]. Amo a los que me aman; y los que me buscan desde temprano me encontrarán. Las riquezas y el honor están conmigo; sí, riquezas duraderas y justicia. Mi fruto es mejor que el oro, sí, que el oro fino; y mis ingresos, que la plata selecta. Yo guío por el camino de la justicia, en medio de las sendas del juicio: para que haga que los que me aman hereden una posesión duradera; y llenaré sus tesoros. Quien me encuentre
encuentra vida y obtendrá el favor del Señor, pero el que

peca contra mí perjudica a su propia alma; todos los que me odian aman la muerte». –Prov. 8:14-21, 35, 36.

ISRAEL COMO EJEMPLO

Al parecer, al mundo se le dará tiempo para ver en Israel el funcionamiento del gobierno divino y sus beneficios prácticos, en contraste con la anarquía que prevalecerá en ese entonces, de modo que la mayoría de todas las naciones «deseen el gobierno del Reino».
Esto se describe de manera contundente en las palabras proféticas dirigidas a Israel en ese momento:

«Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y densas tinieblas a los pueblos; pero sobre ti amanecerá el Señor, y su gloria se verá sobre ti. Y *vendrán* las naciones *a tu luz*, y los reyes [los principales de la tierra] al resplandor de tu amanecer. [Esto se aplicará al Israel espiritual, el Sol de Justicia, pero también a sus representantes terrenales: el Israel carnal restaurado al favor.]

«Alza tus ojos a tu alrededor y mira: todos se reúnen, vienen a ti; tus hijos vendrán de lejos, y tus *hijas* serán amamantadas a tu lado. (Compárese con Ezequiel 16:61.) Entonces *verás y te llenarás de luz*, y tu corazón se llenará de asombro y se ensanchará; porque la abundancia del mar [las masas anárquicas —véase Apocalipsis 21:1] se convertirá a ti, así como lo mejor de las naciones vendrá a ti. Y ellos proclamarán las
alabanzas del Señor». —Isaías 60:1-6, 11-20.

¡En verdad, ese será un día glorioso en el que se abrirán los ojos ciegos y muchos se volverán a la justicia! Será un día de conversiones y avivamientos basados en la verdad y no en el miedo ni en la tergiversación. Será el tiempo mencionado por el profeta cuando «una nación nacerá en un día» (Isaías 66:8). Israel será esa nación; (1) el Israel espiritual,
la «nación santa»; (2) el Israel carnal, su representante terrenal.

Y de Israel resplandecerá la luz que pondrá de rodillas al mundo castigado; y marcará el inicio del derramamiento prometido del espíritu santo del Señor *«sobre toda carne después de aquellos* días», tal como se ha derramado sobre sus verdaderos siervos y siervas *durante estos días*. —Joel 2:28.

Este es el día de la salvación del que cantó el profeta David (Sal. 118:18-27):

> «Este es el día que hizo el Señor;
> ¡Nos alegraremos y nos regocijaremos en él!
> La piedra que desecharon los constructores
> *se ha convertido* en la piedra angular.
> ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!* ¡Sálvanos
> ahora, te lo ruego, oh Señor!
> Oh Señor, te ruego, envía ahora prosperidad. El
> Señor me ha castigado duramente:
> pero no me ha entregado a la muerte. Ábreme
> las puertas de la justicia:
> entraré por ellas y alabaré al Señor.
> Esta es la puerta que conduce a Jehová;
> por ella entrarán todos los justos.
> Te alabaré, porque me has escuchado
> *y te has convertido en mi salvación:*
> Dios es el Señor, quien nos ha mostrado la luz».

Así vemos que las reformas educativas y las enseñanzas del futuro comenzarán en el corazón de las personas: partirán de la lección: «El temor del Señor es el principio de la sabiduría»--- (Prov. 9:10). Una de las grandes dificultades de la educación actual, que tiende al orgullo, la arrogancia y el descontento, es su falta de esta sabiduría elemental. Toda obra de gracia bajo las normas del Reino se iniciará adecuadamente y se llevará a cabo a fondo.

Ninguna criatura de la raza redimida será demasiado humilde para que la gracia divina la alcance, a través de la omnipotente y bendita intervención del Reino. Ninguna degradación del pecado será demasiado profunda para que la mano de la misericordia la alcance, a fin de rescatar el alma comprada con sangre; ninguna oscuridad de la ignorancia y la superstición será tan densa

---

*Compárese con Mateo 23:39.

en ningún corazón, sino que la luz de la verdad y el amor divinos penetrará su oscuridad y le traerá el conocimiento del gozo y la alegría del nuevo día, así como la oportunidad de compartirlo mediante la obediencia. Ninguna enfermedad que pueda atacar y contaminar el sistema físico estará más allá del control inmediato del Gran Médico. Y ninguna deformidad, monstruosidad, superfluidad, redundancia o imbecilidad mental podrá resistir su toque sanador.

TODOS LOS QUE ESTÁN EN LAS TUMBAS SALDRÁN

La grandiosa obra de la restauración, así iniciada en las naciones vivas, se extenderá pronto a todas las familias dormidas de la tierra; pues se acerca la hora, sí, no está lejos, en que todos los que están en las tumbas oirán la voz del Hijo del Hombre y saldrán: «cuando la muerte y el Hades [la tumba] entreguen a los muertos que hay en ellos; y el mar entregue a sus muertos». (Juan 5:28, 29; Ap. 20:13). Sí, incluso las huestes de Gog y los pecadores de Israel que habrán perecido en la batalla del gran día saldrán a su debido tiempo; no de nuevo como un ejército devastador de forajidos, sino como individuos castigados y arrepentidos, cubiertos de vergüenza y con el rostro confundido a la luz de aquel día, pero a quienes se les mostrará misericordia y se les dará la oportunidad de levantarse de nuevo al honor y la virtud.

La resurrección de los antiguos hombres de virtud, junto con las frecuentes curaciones de los enfermos en respuesta a la oración de fe, probablemente les sugerirá —cuando los hombres hayan tenido tiempo de reflexionar y de recuperarse de los estragos del gran tiempo de angustia— la posibilidad de la resurrección de otros —sus amigos y parientes— de entre la muerte y la tumba, en cumplimiento de la promesa de Cristo de que *todos* los que están en las tumbas oirán la voz del Hijo del Hombre, y saldrán. Y no es descabellado sugerir que esto pueda ser en respuesta a la oración de fe

por la restauración de los amigos fallecidos que esta gran obra pueda comenzar y avanzar. Vemos una razonabilidad en tal método que parece recomendarlo por encima de otros que pudiéramos considerar. Por ejemplo, traería de vuelta a los muertos gradualmente, y en orden inverso al que descendieron, y así proporcionaría hogares y una cálida bienvenida, así como las comodidades necesarias de la vida para los resucitados de inmediato a su regreso a la vida; y de este modo se familiarizarían con los idiomas, los modales y las costumbres de quienes los rodean; mientras que, si el orden se invirtiera, los resucitados estarían totalmente desprevenidos en estos aspectos para las nuevas condiciones, y serían completos extraños y poco afines a la generación en medio de la cual se les asignaría su nuevo destino. Estas objeciones, sin embargo, no serían válidas en el caso de los profetas y otros hombres ilustres de la antigüedad, quienes, habiendo cumplido su período de prueba, resucitarán como hombres perfectos y, como tales, serán superiores intelectual, moral y físicamente a todos los demás hombres.

No es probable que todas las oraciones por la restauración de amigos fallecidos sean respondidas de inmediato; pues el Señor tendrá planes definidos para su restauración con los que algunas de esas peticiones podrían no estar en armonía. Su orden será probablemente, como se indica claramente en la resurrección de la Iglesia y de los hombres ilustres de la antigüedad, el orden de la idoneidad —la idoneidad tanto de los sujetos de la resurrección como de los amigos y las condiciones en medio de las cuales comenzará su nueva vida. Esto requeriría un cierto grado de preparación por parte de quienes hicieran tales peticiones: una preparación del corazón y de la vida, así como de las condiciones favorables para su avance por el camino de la santidad. De este modo, tales restauraciones se convertirían en recompensas de fidelidad para los vivos y también asegurarían condiciones favorables para los que han resucitado.

LA PERSPECTIVA GLORIOSA

¡Qué perspectiva gloriosa presentará la nueva dispensación cuando se inaugure plenamente! Los cambios de una dispensación a otra en el pasado han sido marcados y prominentes, pero este cambio será el más trascendental de todos.

No es de extrañar que la idea de tal espectáculo —de toda una raza regresando a Dios con cánticos de alabanza y alegría eterna sobre sus cabezas— parezca casi demasiado buena para creerla; pero aquel que ha prometido es también capaz de cumplir todo lo que le place. Aunque la tristeza y los suspiros parezcan casi inseparables de nuestro ser, sin embargo, la tristeza y los suspiros *huirán*; aunque el llanto en cilicio y cenizas ha perdurado a lo largo de la larga noche del dominio del pecado y la muerte, sin embargo, la alegría espera la mañana milenaria, y todas las lágrimas serán enjugadas de todos los rostros, y se dará belleza en lugar de cenizas, y aceite de alegría en lugar del espíritu de pesadumbre.

EL CRECIMIENTO DE SU REINO

El Reino de Dios se extenderá o crecerá, en sus diversas partes o divisiones, tal como lo hacen los gobiernos terrenales, hasta que se convierta en «una gran montaña [Reino] y llene toda la tierra» (Dan. 2:35). Para ilustrar esto: el Reino
de Gran Bretaña es, en primer lugar, únicamente el soberano reinante y su casa; en un sentido secundario, incluye al Parlamento y a los diversos ministros del gobierno; en un sentido aún más amplio, incluye a todo británico y a todo soldado que haya jurado lealtad a ese reino; y, en un sentido aún más amplio, incluye a todos los súbditos conquistados del reino, en la India y en otros lugares, que no desafíen abiertamente las leyes de ese reino.

Lo mismo ocurre con el Reino de Dios: en primer lugar, es el Reino del Padre, que gobierna sobre todo (Mateo 13:43; 26:29); pero el Padre se ha propuesto voluntariamente poner el dominio

de la tierra durante mil años bajo la plena responsabilidad de un virrey, un vicario —Cristo y su novia exaltados a la naturaleza divina y a la majestad divinas— para subyugar y destruir el mal y para elevar a todos los que lleguen a una plena armonía con el Padre bajo las condiciones misericordiosas del Nuevo Pacto. En un sentido secundario, incluirá a los ministros terrenales o «príncipes» que serán sus representantes visibles entre los hombres. En un sentido aún más amplio, incluirá a todos aquellos que, al reconocer su establecimiento, le presten leal sumisión y devoción —tanto judíos como gentiles—. En el sentido más amplio, incluirá gradualmente a todos los súbditos que obedezcan sus leyes, mientras que todos los demás serán destruidos. —Hechos 3:23; Apocalipsis 11:18.

Esta será la situación del Reino viceregal de Dios al término de su reinado designado de mil años: prevalecerá una paz conquistada y un reinado de justicia impuesto, habiendo sido destruidos todos los opositores obstinados bajo el gobierno de la vara de hierro (Ap. 2:27); tal como lo escribió el profeta Isaías al describir este período: "El pecador de cien años será maldito [exterminado]"; aunque al morir a esa edad no sería más que un niño; porque incluso con una obediencia externa a los arreglos razonables y justos del Reino, podría vivir al menos hasta el final del Milenio. – Isaías 65:20; Hechos 3:23.

Pero tal paz —una paz y una obediencia conquistadas e impuestas—, aunque adecuada para proporcionar un ejemplo que demuestre las bendiciones y ventajas de un gobierno justo y equitativo, está lejos del ideal de Dios. El Reino ideal de Dios es aquel en el que cada individuo es libre de hacer su propia voluntad, *porque* cada uno tiene una voluntad que está en estricta conformidad con la norma divina: amar la justicia y odiar la iniquidad. Esta norma debe prevalecer en última instancia en todo el universo; y se introducirá con respecto a la humanidad al término del Reino milenario viceregal.

En consecuencia, se nos muestra (Ap. 20:7-10) que al final de la era milenaria habrá un tiempo de «cosecha», para cribar y separar entre los miles de millones de seres humanos que vivirán entonces, cada uno de los cuales habrá disfrutado de una oportunidad plena de alcanzar la perfección. Esto será similar al actual cribado de «Babilonia», la «cristiandad», en este tiempo de «cosecha»; y similar también a la obra de cribado en la «cosecha» de la era judía. La cosecha milenaria
será testigo de la separación completa de las «cabras» de las «ovejas» del Señor, tal como se representa en la parábola de nuestro Señor (Mateo 25:31-46).

Pero aunque los resultados de las «cosechas» judía y del Evangelio——cada una muestre solo un pequeño rebaño reunido y a las grandes masas como indignas, debido a que hasta el momento presente Satanás engaña y ciega a las masas de la humanidad—, no es descabellado esperar que los resultados de la «cosecha» de la era milenaria muestren resultados opuestos: que las masas sean «ovejas» leales que serán conducidas a la vida eterna, y que la minoría comparativa de «cabras» sea destruida. Sin embargo, la prueba del Señor no es el número, sino la calidad. Su garantía es que el pecado, los pecadores y quienes simpatizan con el mal no sobrevivirán al Milenio, para poner en peligro la felicidad, la paz y la bienaventuranza de la gran eternidad venidera —donde «ya no habrá más muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor; porque las primeras cosas han pasado»— Ap. 21:4.

Así vendrá el Reino de Dios, y se hará su voluntad en la tierra como en el cielo. Así reinará Cristo como vicario del Padre hasta que haya derrocado toda autoridad y poder antagónicos, y haya hecho que toda rodilla se doble y toda lengua confiese la Sabiduría, la Justicia, el Amor y el Poder de Dios el Padre. Y finalmente, habiendo puesto de manifiesto, mediante la última prueba decisiva al término del Milenio, a todos los que sienten siquiera simpatía por el pecado, aunque sean obedientes en apariencia; y habiendo destruido a estos de

entre los hombres (Ap. 20:9), entregará al Padre el dominio viceregal. Así lo expresa el apóstol:

"Debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será subyugado es la muerte [adánica]. Entonces vendrá el fin [de su reinado, habiendo cumplido su propósito], cuando él [Cristo] haya entregado el Reino a Dios, es decir, al Padre; cuando él [Cristo] haya derrocado todo dominio [oponente], toda autoridad y todo poder. Cuando todas las cosas le hayan sido sometidas
a él [el Padre], entonces también el Hijo mismo se someterá a aquel [el Padre] que le sometió todas las cosas [durante los mil años]». –1 Cor. 15:24-28.

¿Dejará de hacerse la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo cuando termine el Reino Milenario de Cristo? ¡Oh, no! Muy por el contrario, esa condición solo se alcanzará entonces, como resultado del reinado de Cristo. Para entonces, todos los hombres no solo serán perfectos, como lo era Adán cuando fue creado (habiendo sido destruidos los pecadores obstinados), sino que además tendrán conocimiento de la bondad de la justicia y de la extrema pecaminosidad y nocividad del pecado; y habrán superado con éxito su prueba y demostrado que han formado plena y definitivamente caracteres en la más completa armonía y semejanza con el carácter divino.

El Reino de Dios estará entonces entre los hombres tal como está ahora en el cielo entre los ángeles; las características especiales del Reino mediador de Cristo, con sus disposiciones de misericordia bajo el Nuevo Pacto para las debilidades de los pecadores, habrán llegado a su fin; serán innecesarias, porque ya no habrá seres débiles e imperfectos que se beneficien de ellas.

Podemos suponer fácilmente, sin embargo, que incluso cuando todos sean perfectos y estén a imagen de Dios, el orden seguirá manteniéndose; pues así como «el orden es la primera ley del cielo», así también debería serlo

la primera ley de la tierra. Y esto implicará principados y potestades justos. Allí existirá la primera República plenamente exitosa. Los intentos actuales de reconocer a cada hombre como un rey, e igual a todos los demás, y al representante elegido o presidente como un servidor de sus compañeros reyes, en lugar de un señor, han resultado ser fracasos en diversos grados; porque los hombres no son iguales mental, física ni moralmente, ni en aspectos financieros ni en otros; y porque ninguno es realmente apto para ser soberano, sino que, debido a sus debilidades, todos necesitan ahora estar sujetos a leyes y restricciones.

Pero cuando se haya alcanzado lo perfecto para la humanidad, mediante el Reino Mediador, todos serán reyes como lo fue Adán antes de pecar. Y a estos reyes, unidos, se les entregará el Reino de Dios posmilenario; y todos reinarán armoniosamente bajo la ley del Amor, y su presidente los servirá y representará. ¡Oh Señor, te rogamos, que venga tu Reino! Por el bien de tus santos actuales y por el bien del mundo.

ESTUDIO XIV

EL ESCABELLO DE JEHOVÁ GLORIFICADO

El estrado de Dios profanado y abandonado a causa del pecado — El avivamiento prometido de su gloria — La posesión adquirida que será restaurada — Su joya más resplandeciente — El restablecimiento de los pies de Jehová «en el Monte de los Olivos» — Las bendiciones resultantes — El estrado finalmente glorioso en verdad.

«Así dice Jehová: El cielo es mi trono, y la tierra es el estrado de mis pies». «Y haré glorioso el lugar [el estrado] de mis pies». «Y sus [de Jehová] pies se posarán en aquel día sobre el Monte de los Olivos». —Isaías 60:13; 66:1; Zacarías 14:4; Mateo 5:35; Hechos 7:49.

El estrado de Dios ha sido todo menos glorioso durante los últimos seis mil años: el pecado, el dolor, el llanto, el sufrimiento mental y físico y la muerte lo han convertido en un vasto osario en el que ahora, según estimaciones conservadoras, al menos cincuenta mil millones de seres humanos esperan el momento en que se levante la maldición de la justicia divina; y la luz del favor divino, que resplandece en el rostro de Jesús, nuestro Señor, se levantará como el Sol de Justicia:

> «Ahuyenta las sombrías sombras del pecado, ilumina la oscuridad con tu rayo sanador».

Con este fin, Dios ha hecho provisiones abundantes. El *rescate* por Adán, y por todos los que sufrieron pérdida a través de él como sus hijos, compró al mundo entero y aseguró para cada miembro de nuestra raza la oportunidad de una prueba para la vida eterna bajo condiciones favorables; pero hizo más aún: compró

el hogar paradisíaco de Adán (perdido por su transgresión) y su dominio como rey de la tierra, representante de Dios, su Creador y Padre.

De ahí que leamos: «Y tú, oh Torre del rebaño [Cristo], fortaleza de la hija de Sion, a ti vendrá el *primer dominio*» (Miqueas 4:8).
El apóstol Pablo también habla de la «redención de la *posesión* adquirida» (Ef. 1:14). Nuestro Señor, en una de sus
Las parábolas se referieron también a esto, mostrando que él compró no solo a la humanidad, el tesoro, sino también el campo, el mundo, la tierra, liberándola de la maldición; y que todos los que se unen a él, como miembros de la clase del Reino, participan en esa compra del campo y del tesoro. —Mateo 13:44.

Toda la obra del Milenio consistirá en reordenar y glorificar el estrado de los pies de Dios. El Paraíso, cuando se perdió a causa del pecado, no era más que un «jardín» en un rincón de la tierra; pero dado que la raza de Adán se ha multiplicado hasta llenar la tierra, de acuerdo con la intención divina (Gén. 1:28), y dado que todos han sido redimidos, será necesario proporcionar un Paraíso lo suficientemente grande como para dar cabida a todos; y esto implicará que toda la tierra se convertirá en el Jardín del Edén en cuanto a fecundidad, belleza y perfección. Y todo esto se promete como la gran consumación futura del plan divino.–Hechos 3:20, 21; Ap. 2:7; 2 Cor. 12:4.

Pero la joya más preciosa del estrado glorificado del Señor al final del Milenio será la humanidad, en cuya perfección, libertad y semejanza con Dios, en las virtudes morales e intelectuales, se reflejará la imagen misma de la Divinidad. Y de la manera más gloriosa, el hombre perfecto reflejará honor sobre su Creador y su maravilloso plan para su creación, redención y la restauración. Y con ese maravilloso plan siempre se identificarán íntimamente, en primer lugar, el Señor Jesús, la «Palabra» de Jehová, y, en segundo lugar, la Novia,

la esposa del Cordero y coheredero en la distribución de las bendiciones aseguradas por el rescate.

Este embellecimiento y glorificación del «estrado de los pies» del Señor... no se *completará* hasta que nuestro Señor Jesús, como agente honrado del Padre, «haya sometido todo dominio [contrario], toda autoridad y todo poder. Porque debe reinar hasta que haya puesto a todos los enemigos bajo sus pies», antes de entregar el Reino al final del Milenio.–1 Cor. 15:24-28.

El período del reinado del Pecado y la Muerte se representa como el tiempo en que Dios «no se acordó de su *estrado* en el día de su ira» — (Lam. 2:1); pero tras el inicio del Milenio, se exhorta proféticamente al pueblo a: «Exaltad al Señor nuestro Dios y adorad ante su *estrado*, pues él es digno» (Sal. 99:5). Y esta idea, de que el establecimiento de la Nueva Jerusalén, la Iglesia de Dios glorificada, como el nuevo gobierno en la tierra, significará el comienzo de la restauración del favor divino hacia el estrado de Jehová, se expone claramente a través del profeta Zacarías (14:4, 5).

LOS PIES DE JEHOVÁ EN EL MONTE DE LOS OLIVOS

Esta profecía suele malinterpretarse y aplicarse a los pies de nuestro Señor Jesús en su segunda venida; y, de hecho, quienes cometen este error suelen ir más allá y afirmar que serán los pies de carne, traspasados por los clavos del Calvario —sin darse cuenta de que nuestro Señor entregó su naturaleza humana, completa y para siempre, como el rescate; y que resucitó de entre los muertos, por el poder del Padre, como un espíritu glorioso — «la imagen exacta de la persona del Padre»*—.

Pero un vistazo al versículo anterior (3) muestra que la referencia del profeta es al regreso de los pies de Jehová; pues el

*Véase el vol. II, cap. 5.

La declaración (que se refiere a la tribulación mediante la cual se establecerá el Reino) es: «Entonces *Jehová* saldrá y peleará contra esas naciones, como cuando peleó en el día de la batalla [en tiempos antiguos por Israel]. Y *sus pies* se posarán en aquel día sobre el Monte de los Olivos, que está frente a Jerusalén, al este. Y el Monte de los Olivos se partirá por en medio, de este a oeste, y habrá un valle muy grande; y la mitad del monte se desplazará hacia el norte y la otra mitad hacia el sur».

Tan pronto como alguien reconozca que los pies mencionados son los pies de Jehová, no discutirá que este lenguaje es simbólico y se refiere al restablecimiento por parte del Señor de su dominio en la tierra, la cual ha estado durante mucho tiempo relativamente abandonada al «dios de este mundo», Satanás—salvo en la medida en que el Señor fue representado, en primer lugar, por el Tabernáculo típico; en segundo lugar, por el Templo de Jerusalén; y, por último, por la actual condición de tabernáculo de la Iglesia de Cristo, durante la edad evangélica. Sin duda, nadie caerá en el error de pensar que Jehová descansa literalmente sus pies sobre esta tierra como un «escabel».

Y si el hecho de que Jehová coloque y descanse sus «pies» es simbólico y significa el regreso del favor y el dominio divinos a la tierra, entonces podemos estar seguros de que otros elementos relacionados con la misma profecía también son simbólicos: el Monte de los Olivos, su peculiar división, su valle, la huida del pueblo, las aguas de vida que brotan de Jerusalén (compárese el versículo 8 con Ezequiel 47:1-9), etc., son todas declaraciones simbólicas —imágenes de grandiosas verdades espirituales.

El *olivo* es un símbolo lleno de significado: en la antigüedad era la fuente de luz artificial, ya que su aceite se usaba generalmente para este propósito (Éxodo 27:20). De hecho, en hebreo el olivo se llamaba *shemen* o «árbol del aceite». El aceite de oliva también se utilizaba como base de muchos de los ungüentos preciosos de la antigüedad —como el que se usaba para ungir a los sacerdotes y a los reyes—, tipificando al espíritu santo sobre el «sacerdocio real» antitípico (Éxodo

30:24). Y desde tiempos inmemoriales, la rama de olivo se ha utilizado como símbolo de paz —Génesis 8:11; Nehemías 8:15—.

Si, pues, el olivo es el símbolo de *la luz*, *la paz* y *la bendición divina* a través del espíritu santo, y si una montaña se considera, como en otros lugares, el símbolo de un Reino, se ve fácilmente que el significado aquí del término «Monte de los Olivos» es: el Reino de la Luz, la Paz y la Bendición Divina. Y el hecho de que Jehová ponga o establezca o fije sus «pies sobre él» significa que el favor y la ley divinos serán
se restablecerán en la tierra por medio del santo Reino.

Esta interpretación del término «Monte de los Olivos» concuerda plenamente con la declaración del apóstol (Rom. 11:17, 24), en la que compara al Israel carnal con el olivo cultivado original, y a los gentiles convertidos con ramas de olivo silvestre injertadas en el lugar donde se habían desprendido las ramas naturales. (Compárese con Jer. 11:16, 17.) Y explica que la raíz del árbol está en la promesa de Dios —la promesa a Abraham, de que la simiente de Abraham acabaría por bendecir a todas las familias de la tierra, etc. Con el tiempo, la misma raíz o promesa dará dos tipos de ramas: las ramas de olivo silvestre injertadas y las ramas naturales reinjertadas; esto sucederá cuando se quite la ceguera del Israel carnal y este contemple con los ojos de la fe al Salvador crucificado y traspasado hace dieciocho siglos —un sacrificio por el pecado—. Recordamos también que el Israel carnal fue el Reino típico de Dios o la montaña durante mucho tiempo, y que el Israel espiritual de la edad evangélica está llamado a ser el verdadero Reino de Dios, tal como declaró nuestro Señor: «No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le agrada daros el Reino».

Además, de estos *dos* reinos (incluso antes de que *la gloria* de Jehová descanse sobre ellos, para convertirlos en sus canales de bendiciones para toda la humanidad) ha procedido toda «la *luz* del mundo» durante toda la

oscuridad del pasado: ¿acaso no son estos los representantes del Antiguo y del Nuevo Testamento, del antiguo y del nuevo pacto? ¿No corresponden estos a los dos testigos del Señor y a los dos olivos de Zacarías (4:3, 11, 12), mencionados claramente también en Apocalipsis (11:4)? —en el sentido de que estas dos partes del monte simbolizan el resultado de esos pactos, los frutos del testimonio— el Reino en sus fases celestial y terrenal?

Aquí vemos, pues, que las *dos mitades* del Monte de los Olivos significan las *dos partes* del Reino de Dios, claramente separadas según un orden o disposición divina. La separación no indica ninguna oposición entre las dos partes del Reino. Por el contrario, tiene como propósito crear el «Valle de las Bendiciones» entre ambas —al cual todos los que deseen ayuda divina puedan acudir y encontrar socorro bajo la bendita protección tanto de la fase celestial como de la terrenal del Reino.

Al profeta David (Salmo 84) parece que se le concedió una visión previa de este gran «Valle de las Bendiciones», cerca de los «pies, --cuando canta primero de los santos de la edad evangélica y luego de los bendecidos en la era venidera, diciendo:

«¡Cuán amables son tus moradas, oh
Jehová de los ejércitos!
El alma anhelaba, sí, incluso se
desmayaba por los atrios de Jehová.
Mi corazón y mi carne exultan de alegría
ante el Dios viviente.
Así como el gorrión ha hallado una casa, y la
golondrina un nido para sí,
donde pueda poner a sus crías; (así he hallado) tus altares, oh
Señor de los ejércitos.
Mi Dios, mi Rey. Bienaventurados los que moran en tu casa; te
alabarán sin cesar. Selá.

«Bienaventurado el hombre cuya firme confianza está en ti,
cuyo corazón se centra (por completo) en los caminos de (la justicia).
Al atravesar el valle del luto,

lo convierten en un lugar de manantiales de
(alegría) —[Valle de las Bendiciones].
La lluvia de otoño les trae bendiciones [Joel 2:28]: van
de fuerza en fuerza
para que cada uno de ellos sea presentado
(perfecto) ante Dios en Sión».

El Salmo 85 también describe el regreso de la clemencia y la bendición divinas bajo el Reino Milenario: el Monte del Olivo (Reino) de dos partes.

El desplazamiento de una parte de la montaña hacia el norte y de la otra hacia el sur es significativo; el norte es la dirección del grupo de las Pléyades, el centro celestial del universo, la supuesta sede del imperio divino.* Esto parecería indicar el «cambio» de la Iglesia del Evangelio en este momento, de condiciones humanas a espirituales como «partícipes de la naturaleza divina»; y el desplazamiento de la otra mitad de la montaña parecería significar la restauración completa, a condiciones humanas perfectas, de aquellos antiguos dignos considerados aptos para constituir a los representantes terrenales del Reino de Dios.

El valle así formado estaría lleno de luz, libre de sombras, pues el sol lo atravesaría de este a oeste. Esto habla simbólicamente del Sol de Justicia y de su plena luz de verdad divina y bendición, que disipa las sombras del pecado, la ignorancia, la superstición y la muerte, y sana y restaura a los dispuestos y obedientes de la humanidad que huyan a este valle de bendiciones, el valle de la misericordia.** El valle de la misericordia, *situado entre* las fases espirituales y humanas del Reino de la Luz y la Paz (el establecimiento de los pies de Jehová) y bajo su cuidado, será sin duda un «Valle de las Bendiciones» para todos los que entren en él con corazones quebrantados y contritos.

Debemos recordar, además, que si bien es solo para Israel

*Véase el vol. III, p. 327.
**La palabra hebrea que significa *misericordia* es *elaios* y se deriva de *elaia,* que significa *olivo*.

que se dice: «Huiréis al valle de las montañas»... sin embargo, como nombre, Israel significaba «El pueblo bendecido por el Señor», «El pueblo de Dios», «El pueblo del Señor»... (2 Crón. 7:14) Y aunque, como hemos visto, la primera bendición —la espiritual— del Reino recaerá sobre el Israel espiritual, y la segunda —la terrenal— comenzará con el Israel según la carne, no se detendrá ahí; pues cualquiera que lo desee puede convertirse en israelita: al ejercer la fe y la obediencia de Abraham, toda la humanidad puede llegar a ser verdaderamente israelita —«el pueblo de Dios»—. Y de ahí que el profeta Isaías declare que cuando Israel sea llamado de nuevo al favor divino, al establecerse el Reino, este incluirá *a «todo aquel que sea llamado por mi [de Jehová] nombre*; porque yo lo he creado para mi gloria; yo lo he formado, sí, yo lo he hecho». (El nombre de Israel se aplicará entonces a todos los que son el pueblo de Dios.) —Isaías 43:7; Romanos 9:26, 33; 10:13.

«Y [así] entrará Jehová mi Dios, y todos los santos [así] se unirán con él. (Zac. 14:5)
Cuando el tiempo de Dios haya llegado plenamente, cuando el plazo del poder otorgado a los gentiles haya expirado, cuando el sacrificio del gran Día de la Expiación (la edad evangélica) haya cesado, cuando el sumo sacerdote haya terminado de hacer la expiación, no solo por su propio «cuerpo», la Iglesia, sino también por su «casa» y por «todo el pueblo», y él salga a bendecir a todo el pueblo, entonces la maldición de Jehová, o sentencia de muerte, será levantada de la tierra, su tabernáculo, el estrado de sus pies, será reconocido de nuevo, y comenzará y progresará su embellecimiento en justicia y verdad y en el espíritu santo de amor, hasta que, al final del Milenio, todos los justos por voluntad propia hayan alcanzado la perfección, o se hayan reunido con Jehová, y todos los que no lo hayan querido hayan sido destruidos.–Hechos 3:23; Ap. 20:9.

Llevando la imagen más allá, el Profeta declara, con respecto a aquel día en que gradualmente la tierra será glorificada como el estrado de Jehová:

"Y sucederá en aquel día que la luz no será brillante ni la oscuridad densa; sino que el día será aquel conocido de antemano por el Señor —ni día completo ni noche—; pero sucederá que al final [la tarde] habrá luz [clara]". —Zac. 14:6, 7.

Algunos confundieron el «día» aquí descrito con el «día de la venganza», que es «un día de nubes y oscuridad densa, sin luz alguna» (Joel 2:2; Sofonías 1:15), y los traductores, al parecer, han tratado en general de armonizar las traducciones. Pero no es así; el día al que se refiere aquí Zacarías como solo parcialmente luminoso es el Día Milenario, aunque en él se levantará y brillará el Sol de la Justicia, para disipar el miasma de pecado, superstición y muerte de la tierra. No obstante, será solo parcialmente luminoso, porque durante todo ese tiempo se ocupará de generación tras generación de la raza caída, resucitada de la tumba y en diversas etapas de la restauración hacia la perfección. Pero qué reconfortante es tener la seguridad de que en ese día en que Jehová vuelva a establecer sus pies sobre su estrado, ya no habrá más «oscuridad densa»; y que al final de ese Día Milenario, en lugar de oscurecerse cada vez más, el mundo solo habrá alcanzado el mediodía de su «luz del conocimiento de Jehová», y que su sol nunca se pondrá.

La referencia a los ríos de aguas vivas que fluyen de Jerusalén, durante este Día Milenario del restablecimiento de los pies de Jehová sobre su estrado (Zac. 14:8, 9), nos recuerda el testimonio correspondiente de Ezequiel (47:1-12) y del Apocalipsis de Juan (22:1, 2), que, bajo este mismo símbolo de aguas vivas que proceden del trono del Reino Milenario, nos muestran las bendiciones de la restauración bajo los símbolos de las «aguas de vida», a las que cualquiera que quiera puede venir y beber libremente, y de los árboles fructíferos de vida eterna cuyas hojas sanarán a los pueblos arrepentidos de la tierra de todas sus imperfecciones.

¡Ah, sí! «En aquel día el Señor será Rey sobre toda la tierra»; su Reino habrá llegado tal como sus fieles han orado durante tanto tiempo; y al final de ese día se hará su voluntad en la tierra así como se hace en el cielo. El estrado de Dios será entonces verdaderamente glorioso, como está escrito:

«Tan cierto como que yo vivo, toda la tierra se llenará de la gloria de Jehová». —Núm. 14:21; Isa. 11:9; Hab. 2:14.

"No habrá lugar en esa nueva tierra para
todo lo que corrompe este universo;
ningún mal mancillará el segundo
nacimiento; ya no habrá más
maldición.
Ustedes, los de corazón quebrantado, dejen
de gemir; el día de la promesa amanece
para ustedes;
pues aquel que está sentado en el trono
dice: "Haré nuevas todas las cosas".

"¡Lloramos a los muertos, pero ellos despertarán!
¡A los perdidos, pero serán restaurados!
¡Oh! ¡Cuánto se romperían nuestros corazones
humanos sin esa palabra sagrada!
¡Ojos apagados, levanten la vista! ¡Corazones
tristes, regocíjense! Al ver el arco de la
promesa de Dios,
al oír esa voz profética: "Haré nuevas
todas las cosas"».---

ÍNDICE DE CITAS BÍBLICAS
DE
ESTUDIOS BÍBLICOS, SERIE IV

GENESIS
1:28 648
6:3 604
8:11 651
10:2-7 556
11:9 26
19:17 607
25:30-34 14
28:10-12 629
36:1 14

EXODO
12:31-36 554
15:3 549
23:2 524
27:20 650
30:24 651

LEVITICO
25:9 617

NUMEROS
14:21 656
20:18,20,21 14

DEUTERONOMIO
8:18 426
18:15 637
32:35 ..... 73 549

JOSHUA
10:10-15 555

JUECES
7:19-23 ..... p.i

1 Samuel
31:1-6 ..... p.i

2 Samuel
5:19-25 555

1 Reyes
8:56 616
18:21, 22 190

2 Reyes
9:30-37 ..... p.i

1 Crónicas
14:10-17 555

2 Crónicas
7:14 654
35:22-25 ..... p.i

NEHEMIAS
8:15 651

SALMOS
2:1-5 ..... 52 239
2:5,6 631
2:12 ix
2:8 12
2:10-12 52
11:3-7 541
17:6, 8 29
24:3,4 582
24:8 549
25:14 612
34:14-16 68
45:3 549
45:16 625
46 ..... 46 158
46:1,2 ..... 551 596
46:3 45
46:10 637
50:1, 4, 7, 16-22 ... 75
51:10 450
82:1-4 53
82:5 ..... 55 542
84 652
85 653
91 .. 43, 66, 158, 242
91:1,14-16 158
91:7 592
96:13 519
97:2-6 551
97:8 158
98:1 18
99:5 649
110:3 632
118:18-27 639
119:105 617
132:13-16 158
149:8,9 624
149:9 633

ECLES.
1:4 iv

PROVERBIOS
8:14-21, 35, 36 .. 638
9:10 639

ISAIAS
2:2-4 629
2:3 620
2:17-21 148
2:19 55
8:9,10 239
8:12 ..... 481 610
8:20 66
11:1-5 634
11:3 519
11:4 ..... 18 549
11:9 ..... 633 656
13:1,2 40
13:1-13 22
13:4 528
13:11,12 149
13:12 45
13:19 24
14:4 24
14:4-7 473
21:9,11 544
21:12 ..273 544 608
24:19,20 558
24:19-21 551
26:9 519
26:13,14 370
28:2 529
28:12, 13, 21, 22, 273
28:17 ..... 22 536 632
28:20 608
28:21 ..... 548 555
28:22 ..... 272, 548
29:13 64
29:14 ..173 239 473
29:18-20 519
30:26 519
32:1-8 633
33:14 23
34:1 13,20
34:2 ..... 13, 20, 70
34:4 ..... 551, 552
34:6 17
34:7 20
34:8 ..... 11, 9, 20
35:8 635
42:13,14 549
43:7 654
47:1-9 42
56:11 ..... 61, 62
59:18 39
59:19,20 558
60:1-6, 11-20 638
60:13 647

61:3 30
63:1-6 14
63:4 11,19
65:17 558
65:20 ..... 6po43
65:20-25 633
66:1 647
66:8 638

JEREMÍAS
3:17 615
6:14 238
6:13-15 156
7:9 24
8:20 578
8:22 469
10:10 13
11:16,17 651
16:14-17,21 553
19:5 24
25:26-38 527
25:31 20
25:31-33 13
30:7 554
49:17 14
50:46 28
51:1-3, 6, 24 39
51:1, 6, 8, 9, 45 43
51:7-9 469
51:9 543
51:24-26, 42, 63, 64.37
51:44,58 40
51:49 28
51:61-64 111

LAMENTACIONES
2:1 649

EZECHIEL
7:12-18, 19, 21, 25-27 45
7:13-24 550
7:17-19 148
7:19 ..... 274 329
7:19 473
16:49,50 295
16:61 638
21:27 12
22:4 72
34:2-16 62
38 554
38:1-17 556
38:18-20 556
38:8-12 553
38:11-13, 15, 16 555
38:18 556
38:21,29 557
39:20 556
39:21-29 557
47:1-9 650
47:1-12 655

DANIEL
2:35 642
2:44,45 ..... 429 623
5:25 42,76
7:1-8 vi
7:22,27 429
7:26 37
7:27 ..... 12 618
9:27 571
11:31 571
11:32-35 31
12:1 ..... iii, xv
12:1 11 540 548 579
12:1-4 414
12:3 594
12:4 ..... ,312
12:9,10 606
12:11 571

Oseas
4:1-3 19

JOEL
2:1 ..... 241 540
2:2 ..... 11 540 655
2:2-11 544
2:10 ..... 545 593
2:11 ..... 543 549
2:28 ..... 518 639 653
2:29 566
3:9-11 142
3:10 141

AMOS
3:2 190
5:20 11
6:1 23
8:4-8 308

Miqueas
4:1,2 615
4:1-4 629
4:8 648
6:1,2 ..... 20 186
7:15 556

NAHÚM
1:3 238
1:3, 6, 7 528
1:4, 5, 8 528
1:6,7,9 558
1:9,10 552
1:10 267

HABACUC
2:14 ..... 195 656

SOFONÍAS
1:15 655
1:18 ..... 329 385 473
2:2,3 540
2:3 68
3:8 13,28,528
3:8,9 13 269 370 519
3:9 ..... 13 519

HAGGAÍ
2:7 ..... 615 617
2:22 544

ZACARÍAS
2:8 29
4:3, 11, 12 652
6:13 637
8:9-11 530
9:10 238
12:10-12 ..... 600 627
14:2,3 555
14:4,5 649
14:4 647
14:5 654
14:6-9 655
14:8 650

MALAQUÍAS
3:17 600
4:1 ..... 11 528 552
4:2 616

MATEO
1:17 603
3:7 603
5:4 30
5:5 633
5:35 647
7:21,22 632
7:22,23 170
8:11 619
10:26 541
10:37 268
11:11 625
11:12 620
11:16 603
12:34 603
12:41 603
12:41,42 72
13:16,17 ..... —
13:30 30,61,578,600
13:37-43 578
13:39 568
13:43 642
13:44 648
13:47-49 600
15:6 64
16:22 564
19:23,24 304
21:19,20 604
23:6-12 61
23:8,9 160
23:31,32 27
23:33,36 603
23:34-36 47
23:39 639
24 563

24:3 565
24:4,5..... 565
24:9-13 567
24:6-13 566
24:9-12,29 584
24:21 ..... iii, xv
24:14 .....169 567
24:15-22 570
24:17-18 574
24:19 575
24:20-22 578
24:21 ..... 11 540
24:22 ..... 11 558
24:23-25 580
24:26,27..... 581
24:28 .....583 610
24:29 583
24:30 .....598 599
24:31 600
24:31,32..... 72
24:32-35 602
24:35-36 606
24:36 605
24:37 296
24:37-39 606
24:40,41..... 609
24:42,43..... 611
24:44 612
24:45-51 613
24:48-51 614
25:1-5 588,590
25:1-13 ii
25:6 601
25:14-28 480
25:19 599
25:31-46 644
26:29 642
27:25 571
28:18 621

MARK

8:31,32..... 564
8:34,35..... 268
13 563
13:7-13 566
13:10 567
13:14-20 570
13:24,25..... 583
13:32,33..... 605

LUCAS

3:7 603
3:15 167
3:38 310
6:24,25..... 634
8:10 614
11:50,51.....47 603
12:15-20 273
12:32 543
12:37 .....599 612
12:42-46 613
12:48 72
13:28 .....619 625
14:26,27..... 268
16:8 603
16:16 620
17:20-37 563
17:21 602
17:26,28..... 296
17:26-29 606
17:30-33 607
17:34 608
17:35 609
17:37 610
18:7,8 ..... 39 592
19:12-24 480
19:15 599
19:22 157
21:5-36 563
21:9-19 566
21:20-24 569
21:22, 25-27 113
21:24-26 584
21:25 13
21:25,26..... 596
21:26 413
21:36 46,68,481,578
24:44-46 598

JUAN

1:9 238
1:51 629
3:5,8 618
3:19 238
5:28,29 640
5:44 61
7:15 626
7:39 618
7:48 65
9:4 .....273 544
10:11-14 62
11:47, 48, 53 164
12:48-50 66
14:19 600
19:27 480
20:30 598

Hechos

2:44-47 474
3:19-21 558
3:20, 21 648
3:21 311
3:22 637
3:22,23 630
3:23 520, 631, 643, 654
4:12 190
4:15-18 164
5:36-37 565
7:5 427
7:49 647
8:1,4 481
11:19 481
13,36 603
14:3 598
15:14-17 169
17:11..... 66, 67, 161
17:23-31 190
17:26.....310
17:31.....519

ROMANOS

1:16..... 188 232
1:18-32 68
2:24.....71
3:1,2.....71
4:18-21 616
6:2-8 476
8:17.....624
8:17,18.....618
8:19,22.....424
8:19-23 376
8:23.....516
9:8.....22
9:26,33.....654
9:28.....272
9:29-33 557
9:31-33 625
10:13.....654
11:7, 23, 25-32 625
11:17,24.....651
11:25-32 558
12:1.....522
12:19..... 73 549
13:1.....77

1 CORINTIOS

1:24.....567
1:26.....515
2:6-10 190
2:12, 14.....577
3:1..... 17
6:2.....519,618,633
9:27.....476
10:18.....22
14:22.....598
15:24-26 617
15:24-28 645,649
15:42-46 618
15:50-54 618
15:51-53 600
16:2.....480

2 CORINTIOS

4:4..... 611
4:6.....238
10:3-5 542
10:4,5.....543
11:13.....594
12:12.....598
12:4.....648

GÁLATAS

1:8.....242
4:19.....575
5:16, 17.....476
6:16.....22

Efesios
1:14 .....633 648
2:2 611
2:3 242
5:6-17 44
5:11 173
6:5-9 480
6:13 66
6:17 542

FILIPENSES
2:10,11..... 520

COLOSENSES
1:13 620
1:26 603
2:16 579
2:20 476
3:3 476
3:22-25 306
4:1 306

1 TESALONICENSES
5:3 284
5:3, 5, 6..... 242
5:21 66

2 TESALONICENSES
2:3,7-10 31
2:7,8 32
2:10-12 .....217 581

1 TIMOTEO
5:8 480
6:1 480
6:9 524
6:9,10..... 283

2 TIMOTEO
1:7 .....326 534
2:19 158
3:17 190

TITO
2:13 517

HEBREOS
2:14 612
3:10 603
5:9 621
5:12 577
6:19 517
7:17 637
11:4-40 619
11:39,40..... 625
12:8 567,576
12:18-22,28 630
12:19 632
12:26 528
12:26,27..... 600
12:26-29 .....22 113
12:27 55
12:28 630

Santiago
1:25 307
2:5 516
4:4 183
4:13,15 480
5:1-6..... 11
5:1-9..... 392 411
5:3,5 274
5:5 301

1 PEDRO
1:13 517
2:9 603

2 PEDRO
1:19 ..... ,617
3:7 271
3:8-13.....iv
3:10 551
3:10, 12 528
3:12 552
3:13 558

1 JUAN
3:2 600

Judas
3..... 173
13..... 594

Apocalipsis
1:1 v
2:2 594
2:7 648
2,20 ii
2:26 268
2:26,27 .... 12 296 624
2:27 ..... 12 429 518, 637 643
3:14-22 41
3:17 210
3:18 ..... 42 611
3:21 268
5:10 .....425 618
5:13 viii
6:14 .....258 551
6:15-17 45
6:17 582
7:9,14 268
7:14 17
7:14,15 578
8:7 35
11:3 258
11:4 652
11:8 608
11:15-18 601
11:17-18 ..... 579, 623, xvii
11:18.....643
12:1.....544, 591, 594
13:2..... vi
13:5.....x
13:7.....xi
13:8.....580
13:14-18 .....,581
14:13.....622
14:18-20 18,51
14:19,20..... 311
15:3.....526
16:13..... vi, xi
16:13-16 .....v,i
16:14.....22
16:14,18.....528
16:16.....xv
16:18..... 528 557
16:18-21 557
16:18,19..... xv
16:19.....38
17:1-6 ..... 25, 27, 35
17:2.....265
17:2-6 35
17:3-6 43
17:5.....,23
17:5, 6, 18 35
17:6..... 25 584
17:16.....38
18 623
18:1-5 43
18:4..... 4 158 267 543, 574 600
18:5-7 38
18:7.....35,43
18:8..... 37, 39, 43
18:9-19 73
18:9, 11, 17-19 186
18:21..... 37, 111, 612
19:1,2.....40
19:2.....38
19:2-7 623
19:11.....549
19:11-16 17
19:15..... 18, 19, 296
20:2.....519
20:4.....52 263 618
20:6..... 425 618
20:7..... vii
20:7-9 520
20:7-10 644
20:9..... 645 654
20:12.....66
20:13.....640
21:1.....638
21:4.....644
21:9,10.....25
22:1,2.....655